

NO, MI GENERAL

guillermo thorndike

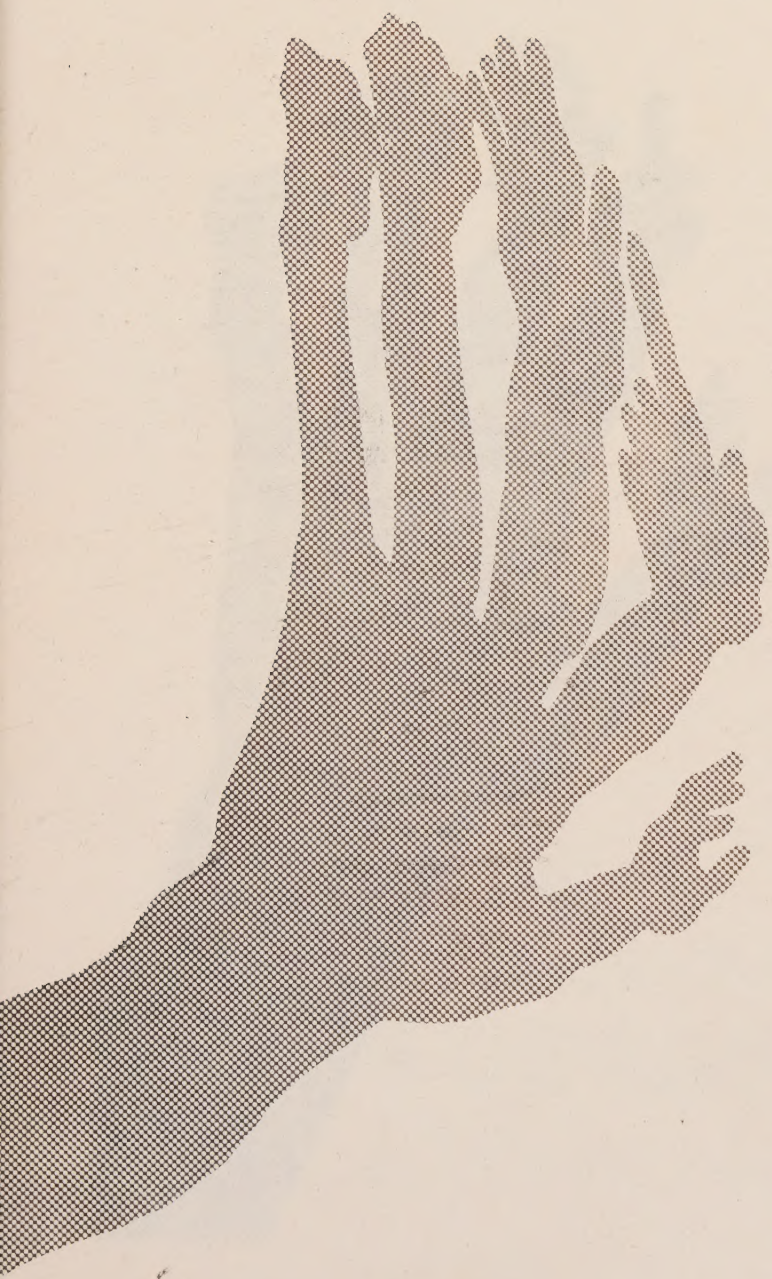
F3448.2.T46

No, mi General /
UNIVERSITY OF NEW BRUNSWICK LIBRARIES



3 9950 00289910 3

3ª Edición
10,000 Ejemplares





Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/bwb_P3-DUY-383

thorndike / NO, MI GENERAL



Tapas y dibujos de Jesús Ruiz Durand

PRIMERA EDICION

Abril, 1976

SEGUNDA EDICION

Mayo, 1976

TERCERA EDICION

Setiembre, 1976



©

GUILLERMO THORNDIKE

©

MOSCA AZUL EDITORES SRL.

LIMA, 1976



guillermo thomdike
NO, Mi GENERAL

mosca azul editores

035569

THE GREAT
NO. 1
THE GREAT
THE GREAT
THE GREAT

1914

a Emilio y Anita



Orden confidencial

045-112-D. I. M. I. N. 74

AL HOMBRE QUE ponía y quitaba presidentes en el Perú, no le permitieron salir de su casa la noche de ese viernes lluvioso. Como de costumbre Luis Miró Quesada fue el primero en conocer la noticia. Una voz siseante confirmó telefónicamente que el plazo se había cumplido, que esta noche le quitaban su periódico, que la libertad de prensa ha muerto don Luis. Parientes y allegados descubrieron en las acuosas pupilas del anciano ese brillo terrible que anunciaba grandes cataclismos políticos. Quien alzara un dedo contra el diario "El Comercio", auténtico decano de la prensa nacional, baluarte del orden público y garantía de las buenas costumbres, sería seguramente aplastado por la historia. Quisieron decirle que no se atreverán, ni siquiera Velasco puede contra usted don Luis, pero el viejo impuso silencio nada más que con un gesto. Claro que podía. Los estaba arruinando desde hacía tres años. Desbarataba sus conspiraciones. Ignoraba halagos y amenazas. Trajeado de negro avanzó don Luis por los salones de su excesiva mansión en San Isidro. No siempre habitó esa construcción rodeada por un parque ahora casi salvaje. En épocas de crisis, el patriarca de la prensa peruana la arrendó al Embajador de Francia. Volvió a ella alumbrado por un esplendor inigualado, más importante que cualquier partido político, aparentemente inmortal aunque impregnado de esa soledad sin remedio de quienes padecen vejez extrema. Una ruina sutil se había ya instalado en las habitaciones en penumbra esa noche del 26 de julio de 1974. El uso y los años roían brocados, la falta de plumero auspiciaba una capa de polvo

en estatuillas y rincones. Con sus 93 años cubiertos por una camiseta de lana, una camisa de popelina blanca, chaleco, chaqueta y abrigo de paño inglés, Miró Quesada llegó a la puerta de esa urbana fortaleza, concebida para que sus numerosos enemigos jamás la penetraran y de pronto convertida en una trampa porque sólo había una manera de salir, franqueando la reja custodiada por perros bravos y guardián con ametralladora, camino que estaba bloqueado desde las siete de la noche por los vehículos de la División de Seguridad del Estado, DSE.

—Don Luis, dicen que no puede salir —se atrevió a informar el guardián.

—¿Quién dice? —habló el anciano.

Mientras Miró Quesada aguardaba en el umbral, sus acompañantes fueron en tropel hasta la reja y abrieron. Ni siquiera un adversario numeroso salió a su encuentro, nada más que un capitán de los servicios de inteligencia y dos subalternos. Pero la casa estaba rodeada de agentes que se aplastaban contra la sombra.

—¿Quién ha ordenado este abuso? —tembló de ira la voz de los sitiados.

—El Ministerio del Interior —replicó el oficial—. Nadie sale.

—¡Arresto domiciliario! ¡Es inconcebible!

—Tómelo como quiera. Ahora vuelvan adentro.

—¿Podemos entregarle a usted una carta para el Ministro del Interior?

—Sí, por supuesto.

Ni siquiera trataban de caer simpáticos, porque la policía acostumbraba a pedir disculpas si se trataba de personas importantes, arrestándolas como si el Gobierno fuese culpable. Después de todo, humildes agentes que consumían su ferocidad pateando obreros, no tenían por qué joderse con don Luis, sus parientes y sus amigos: la política era un subibaja y quienes hoy perdían y mañana mandaban, merecían de la tropa maneras exquisitas, órdenes casi suplicantes. Los poderosos miraron al capitancito que gana al mes lo que ellos bien pueden gastar en una noche, si procuran no despilfarrar, y ni les tiene miedo ni francamente apostaría su sueldo a que, para los Miró Quesada, el subibaja volverá a subir. Se cerró la reja. Volvieron pisando fuerte. Nadie, ni el anciano director de

“El Comercio”, arrastró los pies. Estaban aislados y sin embargo en el centro de su planeta. Por primera vez la sombra de la derrota aleteó en el rostro del viejo. Se acomodó en una butaca. Pudo decir que esta humillación no durará. Sin embargo, guardó silencio.

Cuaderno de ocurrencias.

Hora: 11 p. m. Sin novedad

EN PARIS ERAN las tres de la mañana y Pedro Beltrán Espantoso dormía a pierna suelta. El poderoso amo de “La Prensa” se ha regalado un exilio voluntario después de perder una batalla judicial y periodística con la ciudad de Lima, que lo forzó a abandonar su vetusto caserón de la calle Velaochaga para ampliar el antiguo dédalo limeño. Enjuto y afilado, Beltrán prefiere las casas viejas. “La Prensa” funciona en un quejumbroso edificio de adobe en pleno Jirón de la Unión. Su hogar en Velaochaga, aunque modernizado, provisto de ascensor y flamante gasfitería, era una centenaria construcción que impedía la apertura de una avenida. Las obras se detuvieron en su vereda. A partir de allí, autobuses y micros se desviaban por insoportables estrechuras. La ciudad entera sabía que aquella, la única que aún se alzaba entre escombros de demolición, era la mansión de Beltrán. Alega don Pedro que su casa armoniza con la plazuela colonial de enfrente. Sugiere que para bien de los limeños se haga una vía subterránea. O que la avenida termine simplemente en su puerta principal, a él no le molesta el ruido. En sus días de Primer Ministro consiguió que calificaran la residencia de monumento histórico. Demolerla resulta delito contra la cultura nacional. En ese balcón que trepida a la hora del tráfico más intenso, se sienta Beltrán a beber una copa de jerez o una taza de té mientras sus periódicos promueven una polémica nacional. Pero la Municipalidad de Lima ganó el proceso. En vez de mudarse de barrio, el dueño de “La Prensa” prefirió mudarse de país. Parecía desencantado. Cuarenta años persiguió la presidencia de la república.

ca sin siquiera llegar a candidato oficialmente inscrito. Antes de que la picota tumbara sus jardines aéreos, donde geranios y rosales se confundían con la ropa puesta a secar, antes de que cayeran para siempre los salones propicios a la duda y la conspiración o que se hundieran las bodegas donde atesoraba vinos corpudos y añejos, hizo maletas y partió con Miriam Kropp, su esposa norteamericana, a dar la vuelta al mundo, a quedarse por ahí, sin prisa. Por un tiempo se estableció en Marbella. A mediados de julio se trasladó a París.

Beltrán no tiene hijos. "La Prensa" la ha heredado, más o menos, Pedro Beltrán Ballén, el menor, el más callado de sus tres sobrinos. Como a veces ocurre en la víspera de grandes noticias, la segunda planta del diario parece un barco abandonado. Más alto, donde funciona el vespertino "Última Hora", se encuchan risas, una radio que propaga una cumbia demasiado chillona para el gusto del joven Beltrán. Recorrió un largo pasillo sin que nadie le prestara atención. Alta y larga, la sala de redacción ocupa todo el frente del edificio, con varios balcones a la calle. En un extremo, el editor nocturno revisaba los últimos originales entre sus dedos flacos y manchados de tabaco. Beltrán siguió de largo hasta el pequeño despacho de su tío, al que sólo ha suprimido un cartelito impuesto por tía Miriam, que rogaba no fumar. Entre anaqueles colmados de libros, llaves de ciudades extranjeras, diplomas de la Sociedad Interamericana de Prensa y confortables de cuero verde, Beltrán memorizó la oficina. El imperio acababa de desmoronarse. Ocupó la butaca del viejo y giró hacia la derecha para contestar el teléfono.

—Don Luis está arrestado en su casa —dijo la voz.

Rollo 3, secuencias 8 y 9

Listo para impresión

—¡APAGUEN LA LUZ!

—¡Ya está!

—No, carajo, la otra. Disculpa, viejo. Van a tener que in-

terrumpir su trabajo. Necesitamos oscuridad. ¿Está bien? Gracias. Bueno, empecemos de una vez. Claro, vengan a ver. A lo mejor les gusta la Revolución.

El sótano del Estudio B de Telecentro quedó un rato en penumbra mientras dos contadores, olvidados allí por la administración, cerraban sus escritorios y se acomodaban al otro extremo. Corrió después la película por el proyector: cañaverales, sembríos a sesenta kilómetros por hora, campesinos que saludaban a la orilla del camino. Un viejo cubierto con un casco de corcho se inmovilizó en el papel blanco que servía de pantalla.

—Juan Gildemeister: 437,344 hectáreas —se escucho al locutor. Y luego—: Manuel Enrique Izaga: 11,163 hectáreas (un tipo simpático, ¿sabes? ¡Y qué hermoso caballo!). Julio de la Piedra: 10,707 hectáreas (mofletudo y de espejuelos, igualito presidía el Congreso). Condesa Orbegoso de Iturregui: 7,632 hectáreas (vaya, qué pasada de moda, claro que la foto es vieja). Jorge Picasso Peratta: 5,925 hectáreas (¿y éste no encendía cigarrillos con billetes de a quinientos?) —pausa el locutor, los planos son demasiado lentos, habrá que acortarlos a dos segundos y aún a menos—. Marcelino Julca Aguayo, tres hectáreas (acaso cincuenta años, cholo de mirada triste, al menos hermano tenía tres hectáreas). Cahuide Rivero Huanay, una hectárea. Sebastián Luján Félix, media hectárea. Cosme Aparcana Vicente, ninguna. Santos Cuyotupa, ninguna —ahora los rostros no demoran un segundo y el locutor ladra—: ninguna, ninguna, ninguna, ninguna, ninguna, ninguna...

El periodista enciende un cigarrillo con los ojos clavados en el amasijo de rostros campesinos, sus dientes como pequeños granos de choclo, sus ojos como llorando.

—... La Reforma Agraria era necesaria. El 0.4 por ciento de los propietarios poseía tres cuartas partes de toda la tierra. Setecientos mil campesinos eran dueños del 5 por ciento de la tierra. Cerca de dos millones de trabajadores agrícolas eran dueños de nada. Mil familias tenían ingresos de un millón de soles mensuales o más. Dos millones de campesinos ganaban un sol diario o menos. La Reforma Agraria era necesaria...

—Ha mejorado —dijo el productor—. Nada más que un poco lenta.

—...¿Cómo era el campo peruano? Gobernaba en ese tiem-

po Manuel Prado. Ya entonces el latifundismo tenía una larga y negra historia de represiones al campesinado. Como los trágicos años veinte, los años 1957, 1958 y 1959 también serán años de masacre. En Chepén, en Casagrande, en Calipuy, en Queromarca los campesinos mueren acribillados por la policía o directamente por los gamonales. El crecimiento de la marea campesina pone en claro que sólo la represión no podrá solucionar el estado de guerra en el campo. Era preciso recurrir también a la trampa...

—Me gusta “Vida y muerte severina” pero preferiría aquí una música peruana.

—Ya la grabamos. Oye, esta toma es mediocre...

—... Es así como un gobierno formado por terratenientes decidió hacer una falsa reforma agraria. Para ella nombró a Pedro Beltrán, director del diario “La Prensa”, órgano de la Sociedad Nacional Agraria y principal defensor de los intereses del imperialismo norteamericano en el Perú...

—Hay que acortar la secuencia.

—¿Por qué no intercalamos a Beltrán con el Embajador de los Estados Unidos en la ópera?

—... Pedro Beltrán, capitán de los latifundistas, pasó a presidir una Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda. Para completar el ridículo, los primeros 22 mil soles con que funcionó la Comisión fueron puestos por los Rockefeller, pues el Congreso no quiso autorizar el gasto. Tras cuatro años de reuniones, la Comisión presentó un proyecto cuyo fin principal era conservar intacta la situación del agro peruano. El campesino no iba a recibir un palmo de tierra cultivable. En ese momento, diversas personalidades levantaron su voz para denunciar la maniobra. Uno de los más activos demoledores del proyecto latifundista fue Carlos Malpica, diputado por Cajamarca...

Malpica hablará cinco minutos, pero ninguna entrevista ha sido aún filmada. Antes debe aprobarlas el General Eduardo Segura, Jefe del Sistema Nacional de Información, SINADI. Por ahora sólo existe un rectángulo de luz que rebota en la pared. Sonó el teléfono y contestó el productor.

—Abran los ojos y vean, los peruanos: nuestra reforma agraria no es sólo algo que importe y beneficie a los explotados del campo...

—¡Aló, aló! Carajo, no se oye nada. Viejito, baja el volu-

en caso de agresión. Matones a sueldo custodian los mármoles interiores, los bustos de don Luis y sus antecesores. "El Comercio" apareció por primera vez en las calles de Lima a las diez de la mañana del 4 de marzo de 1839, en los albores de la República. Fue un sábado. La primera plana destacaba la sección marítima, informando del movimiento de buques desde la víspera hasta el 14 del mes. La edición original de ese diario "comercial, político y literario" se obsequió a toda la ciudad. Competía con "El Mercurio" y "El Telégrafo". Ni ameno, ni veraz, ni moderno, ni luchador o informado, nadie se explica bien cómo prevaleció. Acaso su relativo buen éxito inicial se debió a la liberalidad con que publicaba textos pagados en la sección comunicados, desde la cual, a cambio de unas monedas, se podía injuriar a plenitud. Más tarde combatió editorialmente sobre asuntos internacionales, soslayándose de la política interna acaso porque sus propietarios-fundadores no eran peruanos. Manuel Amunátegui, chileno, fue un caballero tan conservador que hizo dos guerras defendiendo los intereses del rey de España. Apresado en Chacabuco, después de haber peleado contra los patriotas chilenos, lo confinaron en la ciudad de Mendoza, de donde escapó picando espuelas hasta el Perú, todavía virreynato, para volverse a enrolar en el ejército realista. De espaldas a la historia, combatió en Ayacucho y otra vez perdió. Pero entonces no hubo prisioneros sino emancipación, amnistía total, y Amunátegui se estableció en la capital ayacuchana donde contrajo matrimonio e hizo fortuna. Diez años después conoció a su socio, el argentino Alejandro Villota, quien, todo lo contrario, había militado en las filas patriotas a órdenes del General Arenales. Amunátegui fue el verdadero conductor de "El Comercio". En 1867 contrató a un joven de 22 años llamado José Antonio Miró Quesada. Hacía seis años que Villota había muerto en París. Fatigado por la edad, Amunátegui iría cediendo el control del diario a Miró Quesada. A la muerte del fundador, ocho años después, el servicial escribiente se había virtualmente adueñado de la empresa. Desde que asumió la dirección de "El Comercio" el primero de marzo de 1875, imprimió al diario una personalidad conservadora y vengativa que duraría exactamente un siglo. A principios del siglo XX tuvo que pedir prestado para mejorar el negocio, pero ya "El Comercio" era una costumbre nacional. Lo temían y leían. Pagaban cotidiano tributo a sus

dueños. Los adulaban. Sus comentarios elevaban o hundían socialmente. Sus titulares sustentaban o tumbaban gabinetes. Y la familia y sus amigos escalaban el mundo oficial, la cátedra y la fama. La siguiente generación de Miró Quesadas tuvo propenderante actuación en la política y las letras. Aupado por la importancia del periódico familiar, don Luis fue diputado, alcalde de Lima y canciller de la República. En 1904 se había doctorado en Ciencias Políticas. Seguramente se proponía llegar a presidente del Perú, por cuanto el único cargo superior a ese, la dirección de "El Comercio", fue ocupado por su hermano Antonio, el primogénito. Pero en 1935 pasó a jefaturar el diario cuando Antonio y su esposa cayeron baleados en la Plaza San Martín. Un fanático aprista apretó el gatillo. Hacía crisis la guerra entre "El Comercio" y el principal partido de masas de la República en aquella época. Convertidas las calles en eventuales campos de batalla política, se alzó la céntrica fortaleza donde se imprimía el periódico, custodiada siempre por dos soldados de la Guardia Republicana. La influencia de "El Comercio" en los altos mandos militares fue cultivada por don Luis desde que se convirtió en su director. Auspició dictaduras y una venganza sin cuartel no sólo contra el APRA sino contra todo lo que se le pareciera. Su prosperidad no dependía de la clase obrera. "El Comercio" vivía de la burguesía peruana. La mayoría de sus lectores pertenecía a la emergente clase media. Los pobres sólo compraban un ejemplar para buscar trabajo en sus páginas de anuncios clasificados, donde igual se ofrecía pensión, cachorros finos o trajes de novia para bodas de segunda mano. Los propios obreros del diario, sumergidos en emanaciones de plomo fundido, estaban prohibidos de formar un sindicato y los pocos que lo intentaron, fueron despedidos violentamente.

*Grabación 02-015
(24.7 DGI-A3, 74)*

HASTA LA AMORATADA penumbra de las seis y media de la tarde en la terraza de "La Bonbonnière" se desparramaba a veces

la luz tibia y amarillenta del interior de la confitería. Abri-
gadas señoras ajetreaban el vaivén de las puertas. Un olor a
café y hojaldre engordaba junto a vitrinas colmadas de trufas
y merengue, donde familias cortesas tomaban el té. Afuera el
viento crispaba a los solitarios ocupantes de la única mesa
puesta en la terraza. No importa el frío, allí se podía conver-
sar. Soportando encima suyo varios pisos de apartamentos, la
confitería quedaba frente a un espacio rectangular, ni siquiera
una plazuela, donde se amontonaban automóviles. A ese
lugar convergían callecitas bordeadas de árboles, reminiscen-
cia sanisidrina de bulevares europeos, densamente construidas
con cemento, casas y edificios y hasta la clínica auspiciada
por la beneficencia italiana.

—Este es el árbol que yo veía desde la clínica cuando
estuve paralizado. Fue justamente en Navidad, hace ocho años.
No estaba así, deshojado. Había mucho sol. Acababa de morir
mi padre y encima me malogré la columna. Estaba en el ter-
cer piso y desde la cama sólo veía la copa de este arbolito
—recordó el periodista echando sacarina a su café. Nada más
que ocho años y todo qué distinto. Así su vida, sin que la
costumbre hubiese tenido tiempo de cubrirla con su cáscara
de vejez, y sin embargo envejeciendo a treinta y cinco, pronto
a cuarenta, a no tener ya cómo cumplir con todo lo pendiente,
a no ser cuanto había dicho que sería, en constante mudanza
a lo imprevisto que ya no le causaba asombro. Miró la ventana
de la clínica desde ocho años después, desde abajo del arbolito,
desde las seis de la tarde en invierno y, un poco aferrado
a la mano de su mujer, recordó al padre muerto, el viejo ca-
si feliz, casi vencido, y todavía más distante su pecho velludo
y robusto al que se abrazaba durante el baño de mar en La He-
rradura, hasta que acometieron perros, caballos, puestas de sol,
travesías, intimidades de pronto importantes como el desayuno
a las siete de la mañana, cuando el pan crujía y sólo el padre
y su hijo estaban de pie en el hogar dormido. Acometió des-
de atrás la vida con sus narices y sus gestos, sus voces im-
borrables recordándole que ahora él decidía por todos los an-
tiguos. ¡Hola! interrumpió otra voz actual. De un viejo Opel
azul descendía un hombre delgado y juvenil llamado Abelardo
Oquendo. Se propagó el buen humor—. Me comeré un pastel
—anunció el periodista.

—¿Cómo fue la entrevista —Oquendo encendió un cigarri-

llo, escuchó atentamente—. Sí, yo conozco algo porque Frías se adelantó, quiere que vaya a trabajar con él. A Frías también le han ofrecido "La Crónica" o al menos es lo que anda diciendo por ahí. Me citó para esta noche. Interesante, ¿no?

—Ya acepté la dirección pensando en nosotros. Hay que integrar el comité. Espero que me acompañes.

—No sé, hombre. Primero tenemos que calcular cuánta libertad van a permitir. Lo de la transferencia a los sectores populares no está claro todavía. Ellos dicen que "El Comercio" es para los campesinos. Pero ¿a qué campesinos se refieren? ¿A los de la CCP que está controlada por Vanguardia Revolucionaria? No lo creo. Yo estoy de acuerdo con la expropiación siempre y cuando no sea para estafar a las bases. ¿Qué clase de autonomía nos van a conceder? ¿Y quién garantiza que más tarde no cambien de parecer y nos den una patada?

—No puedes saber si el agua está fría sin antes mojarte —protestó el periodista—. La única garantía que vale es la nuestra. Pero hay que intervenir. ¿O vamos a dejar la puerta abierta a los hampones de siempre? Tenemos que estar dentro de la reforma y meter el hombro y no afuera para después quejarnos. Mira, libertad, lo que se dice libertad nunca ha habido en la prensa...

—De acuerdo —dijo Oquendo.

—... entonces hay que hacer una. Habrá que avanzar hasta que digan basta y cuando digan basta tendremos poca o mucha libertad, pero libertad de prensa al fin. Y digo libertad de prensa para todos —miró a su amigo. No será fácil apartarlo de sus libros, de la universidad, de su habitual desconfianza—. ¿No crees que vale la pena?

—¿Qué te parece "La Crónica"? —aplastó el cigarrillo, pidió un café, también un pastel qué cuernos—. Es una basura, ¿no? Con todo ese sensacionalismo, mal escrita, huachafa.

—Sí, una pena —el periodista respiró hondo. Había sido un estupendo periódico popular, el primer tabloide que tuvo Lima. Apareció el 12 de abril de 1912. Después de una vida brillante, cayó en poder de los Prado, a quienes sólo interesaba por su influencia en la política. Más preocupado por sus caballos de carrera, Gustavo Prado, conductor del negocio, entregó la dirección periodística a siniestros ayayeros. Pero hasta los Prado se arruinaron y en el laberinto financiero

la luz tibia y amarillenta del interior de la confitería. Abri-
gadas señoras ajetreaban el vaivén de las puertas. Un olor a
café y hojaldre engordaba junto a vitrinas colmadas de trufas
y merengue, donde familias corteses tomaban el té. Afuera el
viento crispaba a los solitarios ocupantes de la única mesa
puesta en la terraza. No importa el frío, allí se podía conver-
sar. Soportando encima suyo varios pisos de apartamentos, la
confitería quedaba frente a un espacio rectangular, ni siquie-
ra una plazuela, donde se amontonaban automóviles. A ese
lugar convergían callecitas bordeadas de árboles, reminiscen-
cia sanisidrina de bulevares europeos, densamente construidas
con cemento, casas y edificios y hasta la clínica auspiciada
por la beneficencia italiana.

—Este es el árbol que yo veía desde la clínica cuando
estuve paralizado. Fue justamente en Navidad, hace ocho años.
No estaba así, deshojado. Había mucho sol. Acababa de morir
mi padre y encima me malogré la columna. Estaba en el ter-
cer piso y desde la cama sólo veía la copa de este árbolito
—recordó el periodista echando sacarina a su café. Nada más
que ocho años y todo qué distinto. Así su vida, sin que la
costumbre hubiese tenido tiempo de cubrirla con su cáscara
de vejez, y sin embargo envejeciendo a treinta y cinco, pronto
a cuarenta, a no tener ya cómo cumplir con todo lo pendiente,
a no ser cuanto había dicho que sería, en constante mudanza
a lo imprevisto que ya no le causaba asombro. Miró la ventana
de la clínica desde ocho años después, desde abajo del arbolito,
desde las seis de la tarde en invierno y, un poco aferrado
a la mano de su mujer, recordó al padre muerto, el viejo ca-
si feliz, casi vencido, y todavía más distante su pecho velludo
y robusto al que se abrazaba durante el baño de mar en La He-
rradura, hasta que acometieron perros, caballos, puestas de sol,
travesías, intimidades de pronto importantes como el desayuno
a las siete de la mañana, cuando el pan crujía y sólo el padre
y su hijo estaban de pie en el hogar dormido. Acometió des-
de atrás la vida con sus narices y sus gestos, sus voces im-
borrables recordándole que ahora él decidía por todos los an-
tiguos. ¡Hola! interrumpió otra voz actual. De un viejo Opel
azul descendía un hombre delgado y juvenil llamado Abelardo
Oquendo. Se propagó el buen humor—. Me comeré un pastel
—anunció el periodista.

—¿Cómo fue la entrevista —Oquendo encendió un cigarri-

llo, escuchó atentamente—. Sí, yo conozco algo porque Frías se adelantó, quiere que vaya a trabajar con él. A Frías también le han ofrecido "La Crónica" o al menos es lo que anda diciendo por ahí. Me citó para esta noche. Interesante, ¿no?

—Ya acepté la dirección pensando en nosotros. Hay que integrar el comité. Espero que me acompañes.

—No sé, hombre. Primero tenemos que calcular cuánta libertad van a permitir. Lo de la transferencia a los sectores populares no está claro todavía. Ellos dicen que "El Comercio" es para los campesinos. Pero ¿a qué campesinos se refieren? ¿A los de la CCP que está controlada por Vanguardia Revolucionaria? No lo creo. Yo estoy de acuerdo con la expropiación siempre y cuando no sea para estafar a las bases. ¿Qué clase de autonomía nos van a conceder? ¿Y quién garantiza que más tarde no cambien de parecer y nos den una patada?

—No puedes saber si el agua está fría sin antes mojarte —protestó el periodista—. La única garantía que vale es la nuestra. Pero hay que intervenir. ¿O vamos a dejar la puerta abierta a los hampones de siempre? Tenemos que estar dentro de la reforma y meter el hombro y no afuera para después quejarnos. Mira, libertad, lo que se dice libertad nunca ha habido en la prensa...

—De acuerdo —dijo Oquendo.

—... entonces hay que hacer una. Habrá que avanzar hasta que digan basta y cuando digan basta tendremos poca o mucha libertad, pero libertad de prensa al fin. Y digo libertad de prensa para todos —miró a su amigo. No será fácil apartarlo de sus libros, de la universidad, de su habitual desconfianza—. ¿No crees que vale la pena?

—¿Qué te parece "La Crónica"? —aplastó el cigarrillo, pidió un café, también un pastel qué cuernos—. Es una basura, ¿no? Con todo ese sensacionalismo, mal escrita, huachafa.

—Sí, una pena —el periodista respiró hondo. Había sido un estupendo periódico popular, el primer tabloide que tuvo Lima. Apareció el 12 de abril de 1912. Después de una vida brillante, cayó en poder de los Prado, a quienes sólo interesaba por su influencia en la política. Más preocupado por sus caballos de carrera, Gustavo Prado, conductor del negocio, entregó la dirección periodística a siniestros ayayeros. Pero hasta los Prado se arruinaron y en el laberinto financiero

con que destrazaron una fuga de capitales a México y España, el diario fue saqueado. Vendieron su edificio al Hotel Crillón. Liquidaron sus talleres, encargando la impresión a otra empresa, propiedad a su vez de otras compañías al fin controladas por los Prado. Destruyeron su archivo fotográfico, el mejor de la república. "La Crónica" estaba podrida—. Pero tiene la mejor rotativa del Perú. Imprime setenta mil ejemplares por hora, a todo color. Con "La Crónica" viene "La Tercera", que es pan caliente. No influye pero vende. Podríamos cambiar el formato de la mañana. Algo que sea espectacular. La gente está habituada a que los diarios de opinión sean grandes. Dejamos el tabloide para la tarde. Piensa en un diario grande, bien escrito y diseñado. No en la basura actual sino en el diario de opinión que nunca se ha hecho en este país.

—¿Y se puede cambiar el formato así, de un día para otro?

—Dicen que no, pero yo creo que sí se puede.

Se le perdió la mirada. No hará nada que sea incorrecto y por eso Oquendo meditaba mientras empezaba a lloviznar. Tampoco hará nada que sea aburrido. Sabe el periodista que si le propusiera largarse a Madagascar en velero, lo estaría pensando con la misma severidad, porque este hombre sabio, capaz de la más limpia escritura, de cualquier escritura, que jugaba con el pensamiento con la soltura de un malabarista chino, era en verdad un aventurero feroz: daba lo mismo vivir una historia que escribirla y acaso era mejor vivir los libros, interesante posibilidad, ¿verdad? Volvió de pronto—: ¡Hombre, qué carajo, hagamos un gran periódico! ¿Cuándo empezamos?

*Sesión secreta Nº 1.
Ministerio de Pesquería*

EN EL ROSTRO quemado por el sol, los ojos son verdes y burlescos. El cabello corto es de incipiente gris. Javier Tantaléan Vanini, Ministro de Pesquería, no vestía su habitual ba-

tín japones sino uniforme de general de división. Se movía con soltura en el ojo de las tormentas, perseguido por la admiración de sus ayudantes militares y la ternura de sus secretarías. El Poder se acomodaba bien a su movimientos forzados y pausados. Habitualmente gobierna desde el último piso de un edificio provisional, alfombrado y ascéptico, en un tranquilo barrio de San Isidro. Pronto ocupará una sede asombrosa, porque si la Revolución padecía de gigantismo burocrático y sectores y empresas públicas rivalizaban en elevar edificaciones nunca vistas en el país, el General ha de instalarse en el más grande, el más costoso ministerio de hormigón y cristal. Hasta las once de la mañana del jueves 25 de julio, el Ministro Tantaleán no se movió del despacho donde recibió a un sindicato de pescadores. Con su íntimo amigo, el Ministro Sala Orosco, había manejado la comisión que cocinó la transferencia de los diarios. Nadie desconoce que el General es, además, el predilecto del Jefe de la Revolución. Cuando el último de los convocados ocupó su lugar en el salón de reuniones, Tantaleán cerro la puerta tras de sí.

—Aquí el único que no sabe para qué estamos reunidos es Pedro Sala —dice Tantaleán y los inminentes directores sonríen. Así que para el cholo repetían la pepa de la transferencia, señores. Más tarde pueden preguntar lo que quieran. Fuma el General Richter, Ministro del Interior. Mira el vacío el Contralmirante Jiménez de Lucio, Ministro de Industria. Escucha el General Vargas Gavilano, Ministro de Economía. Levemente sonríe el General Segura, jefe del SINADI. Dice el General Tantaleán que querían sorpresa, pese a que cada director tendrá que organizar un pequeño equipo editorial. Con el aire desvaído de un sabio atrapado en una ecuación hasta ahora no resuelta, Walter Peñaloza apunta todo con escritura de miniaturista. Sólo falta Ruiz Caro, pero en su lugar ha aparecido el actual director de “La Crónica”, Augusto Rázuri. ¿Qué sucedió con Efraín? cuchicheó el periodista y Neira respondió que no ha aceptado, que Rázuri es la llanta de repuesto. —Señores —Tantaleán alzó levemente la voz—. ¿Y cuándo creen ustedes que debe producirse la expropiación? ¿Qué día y a qué hora?

—¿Abelardo irá a trabajar con usted? —pregunta en voz baja el profesor Peñaloza mientras nadie se ponía de acuerdo.

Ajá, así es—. Vaya, qué suerte. Yo también había pensado en él.

—Oye, no seas pesado —habló el General Sala— ¿a qué hora dan de comer en este Ministerio?

Ruiz Eldredge intercambió un guiño con Peñaloza. Hay que cuidar el papeo, decía Tantaleán mientras entraban unos mayordomos del Hotel Bolívar a limpiar la mesa de sesiones y cubrirla con un mantel blanco, en el Ministerio de Pesquería atendían bien, no como en el Ministerio de Trabajo, donde el tacaño de Sala Orosco no te convidaba ni café. ¡Este cachaco, replica el Ministro Sala, tú lo único que invitabas era pescado porque seguro te lo regalan! Pues hoy el menú incluye carne, para que no te quejes, dice Tantaleán que entra y sale del salón de reuniones atendiendo otros asuntos. Nos tomaremos un whiskicito para que a los señores directores no se les seque la garganta y además porque hablando a los civiles no los ganaba nadie. Mientras disponen cubiertos y platos, mientras llegan pan y mantequilla, sirven un whisky incógnito pero generoso. Luego llenan las copas con Tocornal blanco. Por primera vez acercado al poder revolucionario, el periodista lo encuentra un tanto banal, se encoge de hombros y acepta el cebiche mientras al otro extremo brota la voz del General Sala, ya lo ven, otra vez pescado. Qué bien guardado se lo tenía, dice el periodista al General Segura, ahora qué nos hacemos con el programa de televisión, un especial político cada quince días no podía quedar abandonado. ¿Ya está listo? Claro, se sorprende, acabo de informárselo en un memorándum, faltaba nada más que usted autorizara. Entre dos bocados de filetmignon pregunta el General a quiénes ha entrevistado. El periodista devolvió los cubiertos al plato, a la espera del postre encendió un cigarrillo. Malpica sobre la falsa reforma agraria de Prado y Beltrán. Figallo sobre la fracasada reforma de Belaúnde Terry. El cura García, Efraín Ruiz Caro y el actual director de Reforma Agraria sobre el proceso revolucionario. Y tres líderes campesinos. Acaso porque ha sido jefe del Servicio de Inteligencia Nacional, el General de Brigada Eduardo Segura Gutiérrez descubre comunistas en todas partes. Se ha ido torciendo su expresión. Cuando pronunciaba la palabra comunista, lo hacía apretando los dientes, sin disimular su cólera, vaya uno a saber qué le han hecho. Pero Segura hasta hoy jamás ha tomado una decisión importante ni formulado

una política. Desde el SINADI se limita a contentar a los señores ministros. Lo que tú digas hermanito, muy bien primo, tú decides compadre. ¿Ha hablado usted con el Ministro de Agricultura? Será mejor que le consulte el contenido del programa. Al periodista casi se le cayó el cigarrillo de los dedos. ¿Quién dirigía el programa? ¿el Ministro de Agricultura? Hemos trabajado ocho semanas en una película de cincuenta minutos, quince de ellos a color, y no la vamos a desarmar, quiso decir. El guión fue consultado previamente con usted, general, quiso decir. No lo dijo y se avergonzó de sí mismo. No terminaban el postre cuando un capitán murmuró al oído de Tantaleán que afuera hay unos periodistas, usted dirá qué hacemos, mi general. Se levantó a mirar por la ventana. Los futuros expropiados olfateaban el rastro. Salieron Tantaleán y Richter y cuando llegó el café ya estaba todo arreglado, pero al salir de aquí, señores, háganlo por la otra calle.

Archivo, File Nº 5, páginas 30 a 37

SI LLEGA A LIMA David Rockefeller visita a don Luis en su despacho de "El Comercio". El Vicepresidente Nixon también se detiene a saludarlo. Los candidatos van a postrarse ante el patriarca, a que les imparta su bendición. Si cumple años, un edecán presidencial acude a felicitarlo. Le rinden honores académicos, le ofrecen vinos de honor, misas de salud, lo hacen padrino de obras públicas, lo retratan, lo esculpen de frente y de perfil. En el diario ocupa un vasto aposento alfombrado. Un sillón de amplios brazos sustenta su cuerpo de luto perpetuo. Escritorio, sillones, armarios, todo es opulento, todo demandó el esfuerzo de distantes ebanistas europeos, todo se recubrió de rasos o cueros dorados al fuego, todo está taraceado con marfil o acabado en rampantes leones de bronce. Allí podría trabajar una realeza y como una majestad don Luis escucha sólo las peticiones más elevadas, jamás a la plebe que suada en las entrañas mecánicas de su imperio, manchándose de

tinta y maldiciendo esas ronchas imborrables que la intoxicación por plomo salpica en sus cuerpos. Si los políticos lo temen, si es tan poderoso, por qué no irse a sentar un rato en el sillón de los presidentes. En 1955, cuando la buena estrella de Odría se apagaba, las miradas de los dueños viajaron hacia don Luis. Diversas comisiones llegaron a su despacho. Le dijeron al oído que la Patria lo necesitaba. ¿Quién más prudente para gobernar a los peruanos, quién comparable a él? Don Luis explicó que todos tendrían que estar de acuerdo. No soportaba el desorden. Los dueños asintieron. Alguien propuso el pacífico salón general del Convento de Santo Domingo y allí se reunieron los notables. Llegó don Luis dispuesto a aprobar un frente único de ricos que debía elevarlo a presidente. Sin embargo discutieron, hasta lo acusaron de manipular la reunión. Esa tarde regresó a "El Comercio" decidido a sólo gobernar desde allí. En 1956, Miró Quesada apoyó inicialmente la candidatura de Manuel Prado, permitiendo incluso que miembros de su familia postularan en las listas pradistas al Parlamento. En la víspera de las elecciones, Prado pactó con el APRA, durante ocho años perseguida por Odría y que volvía de sus catacumbas en el apogeo de la popularidad. Tal alianza llevó a Prado al gobierno y a don Luis a la oposición. Las relaciones empeoraron cuando Prado obtuvo la anulación de su matrimonio ante la Santa Sede. Don Luis y don Manuel eran parientes políticos a través de las señoras Garland que fueron sus esposas. La disolución de tales vínculos motivó un motín social. Los Miró Quesada azuzaron una silenciosa procesión de damas enlutadas por la Plaza de Armas. Se llegó a dudar del Papa. Poco después estalló el escándalo del petróleo y "El Comercio" se enfrentó con todo su poder a quienes vendían la soberanía del Perú y su riqueza petrolera a la International Petroleum Company, subsidiaria de la Standard de Nueva Jersey. Campeón de la entrega fue Pedro Beltrán Espantoso, quien de opositor a Prado se convirtió, con gracia inigualable, en su Primer Ministro. La guerra entre los dos grandes periódicos de Lima alcanzó tal virulencia que hizo temer la necesidad de un golpe de estado. "El Comercio" apoyó a quienes atacaban a la empresa norteamericana y de paso difundió ideas socialistas. La Revolución Cubana perfumaba de esperanza a todo el continente. El rabioso y exasperado macartismo de "La Prensa" no perdonó a los Miró Quesada y, en priva-

do, Beltrán acusaba a don Luis de padecer una senilidad comunista. Casi diez años más tarde, el mismo escándalo del petróleo, aunque con distintos personajes, detonó la Revolución Peruana.

Don Luis viaja todos los años a Estados Unidos y Europa a chequear su salud, a respirar otras primaveras. Miró-Quesadas y Garcías-Miró, todos los parientes ganan sueldo en "El Comercio". El periódico paga cuentas telefónicas, automóviles, gastos de representación. Para conocer cómo se divierte la familia no hay que ser mago: basta leer el propio diario, su abultada sección sociales. Aparecen las numerosas sobrinas de don Luis en los grandes festejos, casan con los más estupendos cachorros de la oligarquía. Pero allí, en "El Comercio", hay quienes han trabajado veinticinco años y ganan 66 soles diarios. No existe la jornada de ocho horas sino aquella que exige la empresa. A veces diez, a veces doce. Y casi nunca se paga sobretiempo. La mitad de la vida cada día y no alcanza para ganar una miseria. Don Luis acaba de cobrar 540,000 soles por haber trabajado sus vacaciones y hay periodistas que a fin de mes reciben 1,980 soles por doscientas cincuenta horas de labor de madrugada. Fuera de "El Comercio" se extiende la Reforma Agraria, pero dentro de esas murallas no se permite un sindicato. Hubo que organizarlo como una conspiración. Una nueva ley de comunidades industriales daba creciente participación a los trabajadores en las utilidades y el manejo de la empresa, permitiéndoles la paulatina adquisición de acciones hasta alcanzar, en un día remoto, el cincuenta por ciento. Eligieron los trabajadores a un linotipista para que los representara en el directorio. Nunca fue bien recibido, no sólo porque la familia rechazaba cualquier entrometimiento sino también porque vestía pobremente y su dicción no era perfecta. El 27 de febrero de 1971, los trabajadores se reunieron en asamblea para conocer los fracasos de su comunidad industrial. El periodista Roberto Mejía reveló que el gran periódico, cuyos ingresos pasaban del millón diario, sólo repartiría 215,000 soles de utilidades al cabo de un año. Un obrero gritó: ¡Libertad! ¡Necesitamos sindicato! Y la asamblea rugió con los puños en alto: ¡Queremos sindicato, queremos sindicato! A las 2 y 30 de la tarde, atónitos transeúntes contemplaron a los trabajadores de "El Comercio" gritando vivas a la Revolución mientras marchaban con una bandera del Perú por las calles cén-

tricas. La petición de gráficos y periodistas que “El Comercio” fuese para el pueblo, electrizó a la ciudad. Pero el hombre que ponía y quitaba presidentes no cedió. Lo usó todo: la trampa contable, la denuncia policial, la pateadura anónima y nocturna, el soborno y la emboscada judicial. El sindicato respondió con la huelga indefinida y borró a “El Comercio” de las calles de Lima. United Press y Associated Press difundieron pronto la versión más favorable a los Miró Quesada, insinuando que el flamante sindicato estaba orientado por los comunistas, y no tardó en llegar, por los mismos conductos, el apoyo de los grandes diarios del continente, como “El Comercio” afiliados a la SIP. Cinco días después, la familia cedió. Pero hoy, viernes 26 de julio, mientras la ciudad ya sabe que se avecina la expropiación, don Luis tiene la certeza que numerosos enemigos trabajan en su imprenta. Las puertas que se electrizaron, las ventanas como troneras esta vez no servían para nada.

*Sesión secreta N° 2,
Ministerio de Interior.*

EL MINISTERIO DEL INTERIOR ocupa lo que alguna vez fue el aeropuerto de Limatambo y que quedó acorralado por la ciudad que crecía: barrios de clase media, casitas de vivir decente. Su caprichoso trazo no se debe a la errática conducta de un arquitecto sino al destino inicial del edificio amarillento, donde el primer día del año desayunaban elegantes calaveras, porque comer jamón con huevos en la terraza de Limatambo, aún vestidos de etiqueta, viendo llegar o partir ruidosos cuatrimotores de Panagra, fue el colmo de lo chic en los años cincuenta. Donde antes hubo porteros que custodiaban puertas de bronce, ahora hay retén, policías uniformados de azul-verde y quepís. Donde antes sonreían transoceánicos viajeros llenos de fragancia aventurera, hoy aguardan humildes suplicantes. Desde el cuarto piso de esta vieja mole, ahora se maneja el Perú. Allí despacha el general de división Pedro Richter Prada. Hasta allí confluyen comunicaciones confidenciales,

la numerosa y no siempre exacta información que la DSE y el DIMIN recogen sobre los presuntos enemigos del Estado. Desde allí se imparte órdenes a las fuerzas auxiliares, la Benemérita Guardia Civil del Perú, la Guardia Republicana y sus cuerpos antisubversivos, la Unidad de Servicios Especiales o antigua Guardia de Asalto que se encarga de los disturbios callejeros y la Policía de Investigaciones del Perú que infiltra sus agentes no tanto en los bajos fondos como desde hace un tiempo en los sindicatos. Allí se paga soplones, se recompensa la delación, se resuelven sucios pero indispensables negocios públicos. Allí autorizan a las prostitutas a abrir sus piernas, a los alcahuetes a comerciar, a las celestinas a poner negocio, a las cantinas a vender aguardiente hasta el amanecer. Allí investigan a tratantes de menores y a traficantes de cocaína, gobiernan los pueblos a través de autoridades locales, decomisan lo especulado, castigan las malas costumbres. De allí dependen las cárceles y hasta el fusilamiento, cuando a algún degenerado lo sentencian al paredón. Allí, en fin, se decide quiénes son los buenos y quiénes los malos peruanos. No es un lugar ruidoso. Los visitantes deben solicitar un pase. Comprobada su identidad, son admitidos por sucesivos controles. Todo está clasificado con letreros: sala de espera, ascensor, cuarto piso, baño, sala de conferencias, derecha, izquierda, despacho ministerial. Nadie puede extraviarse en el corazón del orden público, ni siquiera el Poder mismo.

—Señores, a partir de las cuatro de la tarde no deben salir de sus casas o reportarse si tienen que hacerlo... —el musculoso señor Ministro no denota ninguna emoción. Sus movimientos son de rigurosa corrección castrense, su espalda mantiene la tiesura de la escuela militar. El periodista se aparta de la mesa de reuniones en busca del baño, recordando que hace dos años estuvo en ese mismo despacho a protestar por el asesinato de un colega. Mientras orina espumosamente observa la polaca del general colgada de una percha, el cepillo de dientes y el tubo de dentífrico, las lociones y el peine. El agua no corrió por el inodoro. Contempló las burbujas amarillentas que rehusaban partir, sin saber qué hacer. Después se encogió de hombros— ... les ruego proporcionar sus números telefónicos personales a fin de revisar las líneas.

—Mi teléfono no funciona —advirtió Ruiz Eldredge.

—¿Qué número es?

—Veinticinco, noventa y tres, noventa y siete. La línea está muerta, señor Ministro.

—Que hagan la reparación en el acto —ordenó el general a su ayudante.

Los diarios, señores, dejarán de ser voceros y defensores de intereses minoritarios, explica el General Arturo Valdez, jefe del COAP. En la etapa actual del proceso es necesario que los medios de comunicación masiva, sin desmedro de las funciones generales que les son propias, contribuyan activamente al esfuerzo de construir una sociedad libre y solidaria. Así es el decreto-ley 20680, caballeros, y los caballeros asintieron deglutiendo el rocoto relleno y después el seco de res con arroz y choclo en el comedor del cuarto piso. Pero es igualmente necesario que los diarios no se conviertan en piezas de un monopolio estatal, sumiso al poder público y monacorde en sus juicios sobre la acción de éste. Fumaron mientras bebían café auténtico y regresaban al despacho del señor ministro. El gobierno invita a ejercer la fiscalización permanente y responsable del poder, señores, y a convertir los diarios en canales de expresión popular y difusión de los distintos enfoques ideológicos que encuadran dentro de los parámetros de la Revolución Peruana. Duda el periodista si debió aceptar. Eso de los parámetros lo había introducido Cornejo Chávez para permitirse a sí mismo la difusión de las ideas demócrata-cristianas, vaya uno a saber qué entendían los generales por libertad de prensa en su propio diario, querrían que los alabaran en buen castellano, imposible vaticinar la libertad desde esto nada más: un escritor nuevo en política, que preguntaba en voz baja si no tendrán las secretarías un poco de bicarbonato. Esta mañana supo que la realidad no era la misma para un ministro y para un periodista. Los datos de su película estaban equivocados, decía el Ministro de Agricultura, el 29 de junio habían entregado más hectáreas a los campesinos, así que debían rehacer el documental para incluir la información exacta, demoramos señor Ministro nuestro trabajo casi un mes esperando los datos oficiales y lo que se dice en el film es lo mismo que tuvieron la gentileza de proporcionarnos aquí, en su propia secretaría, los llevaban locos pegando y cortando la película y modificando el guión, me hubiese usted preguntado señor periodista y yo habría ayudado con todo gus-

to, las puertas de mi despacho están abiertas para usted. En cuanto a los entrevistados, sentenció el Ministro, el señor Malpica no tiene nada que ver con la Reforma Agraria, ni Efraín Ruiz Caro, ni el cura García que además era, cómo decirlo, un poco folklórico. Así que el programa no salía al aire, se archivaba hasta que el señor Ministro designara a los entrevistados que convienen a la Revolución.

—No importa que no lo digan —comentó al salir Hugo Neira—. . . expropiarán los diarios esta noche.

*Libreta de apuntes N° 3,
primera parte*

LA NUEVA VOZ atraviesa dientes decentemente cepillados, muelas más o menos intactas que trituran sándwiches de miga y jamón cocido que la falta de mantequilla vuelve difíciles de tragar, como si fueran papel. Se aclara la voz a sí misma con disgustados sorbos de coca-cola transnacional, se mezcla a voces parecidas en un sótano arrendado frente al mar. Un sillón rojo igualmente alquilado, una tosca mesa de sauce comprada en el mercado de Surquillo, rumas de la antigua revista "Mundial" y otros periódicos viejos, dos sillas y una lámpara amarilla comparten el espacio con esas voces que discuten el editorial sobre la reforma de la prensa. Una ventana se abre frente a la bahía y desde allí es posible contemplar la iluminada ribera de Lima, curvándose y bajando al encuentro de la espuma en La Punta. Malhumorada crece la marea y, cuando golpean las olas, su trepidación sacude levemente los vidrios.

—Dice, emanación política de una oligarquía minada en lo económico. . . —la Reforma Agraria amamantó a esa voz. Con Ruiz Caro organizó mítines campesinos y cubrió el país de afiches francamente subversivos. Mirko Lauer trepaba techos, corría olas, dominaba lenguas, como un aceite se deslizaba por conciliábulos y bases. Acaso nadie hubiera augurado tan constante buena fortuna a la criatura que bajó en brazos de su padre inmigrante al Callao precisamente el 3 de octubre

de 1948, cuando en el puerto tronaban las balas de la gran insurrección de la marinería aprista. El padre de Lauer, que al cabo se hizo rico con la misma habilidad para los motores que lo convirtió en mecánico de Montgomery en la batalla de El Alamein, contempló los aviones que ametrallaban en picado a las unidades rebeldes de la escuadra, a los tanques que reventaban alcanzados por la artillería naval, las fachadas acribilladas desde la madrugada y se preguntó si no sería mejor volver a Europa. Lauer tenía un año de edad. Había nacido en Zatec, un pueblito de Checoslovaquia. Vuelto peruano, esta noche hablaba desde su edad de veintisiete—. . . dice, la prensa diaria peruana no era ya sino la decadente obstinación de pequeños grupos puestos de espaldas a la historia.

—Claro, esa temblorosa fachada ha caído por fin —agrega Oquendo—. Detrás de ella, a través del ruinoso polvo que su derrumbe ha levantado, no se advertirá, por supuesto, a las masas, al pueblo peruano.

—Dice: Apenas si se verá, sacudiéndose, tal vez con las maletas listas, a los testaferrros sobrevivientes de un poder ayer indiscutible y hoy desechado por la. . . por la. . .

—Por la lógica de los acontecimientos, punto.

Entre la chimenea sin tiro, nada más que un adorno del que se ha descolgado una panoplia falsificada, y los alquilados confortables azules, más allá de la viga contra la cual machucan los altos sus cabezas, por las habitaciones no en vano dispuestas a la manera de un buque, cuyo dueño, que pronto será almirante y que, por ahora comandante, agregado naval del Perú en alguna parte, arrienda con todos sus cachivaches menos amados por dieciocho mil soles mensuales, por esos pisos ajenos transitan ahora los inminentes conductores de "La Crónica". En la planta alta, sobre una cama llora la mujer del periodista, fabricando una soledad, un temor a lo que vendrá. Apoyado en la mesa del comedor, el director se hace poner una inyección.

—Carajo, mira tú, venirme a dar tortícolis justamente esta noche —contemplan gravemente nalga tan importante, agujereada por una experta matrona que vive de las hipodérmicas y a quien han sacado de su cama, en un callejón vecino al mercado de Barranco—. Es que no puedo ni sostener la cabeza. Señora, ¿con esto duraré hasta el amanecer?

—¿Te gusta el logotipo del diario? ¿cómo lo quieres? —Jesús Ruiz Durand suspira. Haz el periódico a tu gusto, le han dicho, de la noche a la mañana en otro formato, sin siquiera conocer la tipografía de “La Crónica” o si más tarde habrá quién lo ayude. Sabía de todo: las más variadas formas de impresión, dibujos animados, fotografía, diseño de periódicos, cerámica, hasta estampado en telas. Dice el periodista que hagas como quieras y después dice que no le gusta, lo hacía recordar a la bruja que se casó con su tío el calígrafo, que lo crió allá, en una remota provincia de Huancavelica, bruja no por fea sino por bruja auténtica que acabó ahogando al viejo en un río, no sin antes haberlo desesperado muchos años, manchando o rompiendo su maravillosa escritura—. No sé si te entiendo: una mezcla de antiguo con algo muy moderno. ¿Seguro que va a ser formato grande? ¿Y el logotipo puede ser móvil? No, qué pena. Mejor me voy a trabajar al estudio. Te veré en el periódico.

—Aló, sí, un momentito. De parte del Ministerio del Interior.

—Los cambios que hoy empiezan en la prensa, son, pues, una abolición y un desafío. Abolición de un periodismo fundamentalmente irrepresentativo, que interpretó el pluralismo como un catálogo de opciones informativas siempre oligárquicas y siempre reaccionarias, y la libertad de expresión como un derecho de una casta. Para quienes episódicamente recibimos el mandato de un pueblo que hoy recobra su voz, se trata de un desafío.

—Yo sé dónde ubicar al caricaturista. Tiene una peña criolla que se llama “El pejerrey de oro”.

—¿Te basta para fotografiar toda la expropiación? —responde que sí el Chino Domínguez, nada más que su cámara había fotografiado la Revolución de Torrijos en Panamá, muchas otras noticias importantes. Escucha asintiendo las instrucciones del director—: No quiero que te quiten los rollos, así que no te muestres demasiado. Más valen fotos mediocres que fotos en poder de la policía, ¿estamos de acuerdo?

—Incapaces de ninguna grandeza, porque simplemente no pueden tenerla quienes traicionan la demanda de los tiempos, es decir, de las revoluciones, los escribas de ese orden en trance de ser superado no lograron siquiera formular un periodismo acorde con sus intereses —releyó Oquendo mientras Lauer mordisqueaba un lápiz—. Hay que quitar esta coma. Mmm.

Quizá si el peor pecado de los diarios no fue... no fue el veneno político que, coma, con creciente ineficacia, coma, trataron de verter sobre el país y su revolución, dos puntos, quizá si lo peor fue la negra vacuidad, la nada y la evasión que proponían sus páginas. Punto.

—Medianoche, llegó la hora.

Parte del 01-403229027-A

EL HOMBRE QUE ponía y quitaba presidentes, despachó al fin una carta dirigida al Ministro del Interior, pero las órdenes no fueron revocadas. Nada podía ya detener la expropiación de los grandes diarios. Sin embargo, los agentes de la DSE aflojaron el cerco, permitiendo que entraran y salieran vehículos aunque registrándolos antes, no fuera a escapárseles don Luis.

En la oficina de Miró Quesada en “El Comercio”, aguardaba su hijo Alejandro acompañado por Luis García Miró y cercanos colaboradores. Los teléfonos no descansaban. Noventa y nueve años había controlado la familia el diario más importante del Perú. Y todo lo había resistido: guerras, ocupación extranjera, asesinatos políticos, escándalos, falta de dinero, la creciente competencia de otros periódicos. Por qué entonces tan débiles esta noche, por qué tan solos mientras al otro lado de las puertas van y vienen periodistas que, pese a haber concluido la jornada, rehúsan partir y se amontonan en la escalera. En los talleres, los gráficos no interrumpen su trabajo pero vociferan su rebeldía, ya llega la expropiación, ahora sabrá la familia lo que es quedarse en la calle.

Exactamente a las 2 y 19 minutos de la mañana del 27 de julio, el líder demócrata-cristiano Héctor Cornejo Chávez entró silenciosamente en “El Comercio”. Enfundado en un abrigo y con las manos en los bolsillos, contempló el gentío que ocupaba el vestíbulo y sonrió cuando comenzaron los aplausos. Detrás suyo llegaron los miembros del comité. Los trabajadores

entonaron el Himno Nacional. Alejandro Miró Quesada no se movió de la oficina.

—¡Flash! —dictó el gerente de la United Press—. El importante diario “El Comercio”, decano de la prensa del Perú, acaba de ser expropiado por el gobierno.

En los talleres se leyó el decreto de la expropiación y Cornejo Chávez ordenó que se sustituyera el editorial del día.

—¿Por dónde se sube a la redacción? —preguntó.

—Por aquí, doctor. ¿Desea ver a don Alejandro?

—No será necesario —replicó.

Ocuparon la sala de redacción. Por teléfono le avisaron que ni siquiera se interesaban en verlo. El discurso que había preparado para sus adentros mientras esperaba la expropiación, toda su furia y su meditada grandeza final, se desinflaron en esa soledad. Ya los auditores del Banco de la Nación levantaban el inventario de los bienes. Un rato después, sin ruido y sin prisa, los Miró Quesada abandonaron “El Comercio”.

Cassette N° 11, “La Prensa”.

Duración: 90 minutos

NI SIQUERA CONOCÍA el camino a la redacción. En el segundo piso, pero adónde. Los policías prefirieron quedarse en la puerta, dijo el comisario que si necesitaban ayuda los llamaran. Walter Peñaloza y sus tres acompañantes estudiaron el antiguo edificio mal iluminado y subieron las escaleras. La redacción estaba a la derecha, pero un periodista malintencionado los desvió en dirección contraria. De la sección provincias emergieron los beltranistas gritándoles ladrones y miserables. Peñaloza ni parpadeó. Nada alteró su voz. Ignoró los puños que se crispaban, acercándosele, y observó el angosto pasillo donde los habían emboscado.

—Esto no es lugar apropiado para conversar —dijo—. Algunos de ustedes quieren hablar y a mí me gustaría escucharlos. ¿Tendrían la bondad de llevarme a la sala de redacción?

Con su barbuda corpulencia de misionero fornicador Raúl Vargas enarcó las cejas calculando el pleito. Pero los vociferantes dijeron que muy bien, a la redacción, ya verán ustedes. Retrocedieron hasta el final de la escalera y más allá empujaron una puerta. Una intensa luz neón reemplazó la mortecina iluminación que hacía más numerosos a los defensores de Beltrán. La verdad, no pasaban de cinco o seis.

—¡Ustedes no tienen ningún derecho a entrar en “La Prensa”! —habló un editorialista—. Vienen a cometer un acto de prepotencia que estamos decididos a no permitir. Yo lo lamento, doctor Peñaloza, porque ha sido usted mi maestro en la universidad y ahora se presta a esta patraña inmundada. Usted no viene a instaurar la libertad porque aquí, y todos los compañeros lo saben, aquí siempre hemos sido libres. Usted viene a silenciar la libertad.

—Estos hombres son unos comunistas —tembló de furia la voz de otro beltranista—. ¿A quién quieren engañar? El doctor Peñaloza tiene sobrados motivos para querer vengarse de nosotros. Y los comunistas tienen sobrados motivos de venganza porque nosotros hemos combatido todos sus intentos de implantar el terror y el oscurantismo en el Perú.

—¡Son unos lamebotas! —gritó un jovencito de anteojos.

—¡Viva don Pedro!

Daban un empellón a la puerta batiente, entraban los gráficos con sus vestimentas sucias de tinta, sus ojos habituados a descifrar la escritura al revés del plomo.

—¡Viva la Revolución, carajo!

—¡Lo saludamos, doctor Peñaloza! —bramó el obrero Borjas—. Ha escuchado usted a los sirvientes de Beltrán. Ahora reciba usted el abrazo de los trabajadores de “La Prensa”.

—Señores, por favor —apaciguó Peñaloza. Vargas descansó las cejas, admirando la serenidad del viejo maestro—. En primer lugar —se dirigió al editorialista— yo deploro que usted haya sido mi alumno, porque veo que no aprendió nada.

—¡Protesto!

—¡Usted negó el derecho a protestar a los obreros!— Borjas señalaba a los beltranistas ahora arrinconados—. ¡Aquí todos nos conocemos bien! Aquí sabemos quién es el sirviente y quién el hombre decente! ¡Aquí sabemos qué clase de li-

bertad existía, que no publicaba los comunicados de nuestro glorioso sindicato!

—Nadie está obligado a quedarse. Quienes quieran irse, pueden hacerlo —dijo Peñaloza—. Seguramente con el dolor de ustedes, que como trabajadores están identificados con el Perú, los dueños y dirigentes de este diario atacaron la planificación y la calificaron de comunista; atacaron la Reforma Agraria y la calificaron de comunista; atacaron la Reforma de la Educación y la calificaron de comunista; violentamente se pronunciaron contra la expropiación de La Brea y Pariñas y acusaron de comunistas a sus defensores. Cada acción a favor del Perú fue sistemáticamente criticada y calumniada por los dueños y dirigentes de “La Prensa” y siempre cada acción fue calificada de comunista.

—¡Así es, doctor Peñaloza, usted dice la verdad! —vociferó Borjas.

Los beltranistas salían de la redacción.

—¿Puede decirse que esa orientación periodística era una orientación independiente? —preguntó Peñaloza—. Falso por completo. Esa orientación hacía de “La Prensa” un diario dependiente de la oligarquía. Queremos un Perú nuevo y por eso “La Prensa” no puede seguir siendo de la oligarquía. Ese es el sentido de esta expropiación.

Se escucharon aplausos.

—Los dirigentes al servicio de la oligarquía seguramente renunciarán —añadió Peñaloza—. Nada tienen que hacer en el nuevo periodismo que nace en el Perú.

—¡Viva “La Prensa” del pueblo! —gritó un obrero.

—¿Está el señor Beltrán?

Por aquí, a través de esta habitación, por el pasillo y la puerta hasta el pequeño salón adornado con espejos, era familiar la enjuta silueta de don Pedro. En su lugar apareció, más alto y joven, Pedro Beltrán Ballén. Procuraba no inmutarse. No será necesario que le lean el decreto-ley que expropia “La Prensa”. Ya que han venido a quedarse con el periódico, ahí lo tienen. Es suyo, por ahora. El señor Beltrán prefería retirarse. Buenas noches, señor Beltrán.

TRISTE LUGAR, LA SALA de redacción: ni ventanas, ni aire fresco, ni otra cosa en las paredes que recortes engrudados a ellas, hembras desvestidas y grandes futbolistas o, en fin, nada más que mugre oscureciendo la pintura apenas amarilla, y también mugre abajo, escupiduras, colillas aplastadas y cuartillas hechas un bollo, hasta infinitas lonjas de papel arrancadas a los tres teletipos. Triste lugar, la sala de redacción, a la que llegan últimos los periodistas, disputan la silla o el papel carbón, sacan del bolsillo la cinta que colocan en la máquina ensuciándose los dedos, al cabo escriben, conversan, vuelven a meter la cinta en el bolsillo y se van. Jamás allí una primicia inolvidable, una verdad asombrosa, un sacrificio, una indignación. Triste lugar, la sala de redacción de "La Crónica", donde esta noche aguardaban al nuevo director.

A la una de la mañana salieron del Ministerio del Interior. Había dejado las llaves puestas en el automóvil. Por suerte los centinelas andaban cerca. El periodista se sintió torpe, como si todo empezara marcado por una persistente mala fortuna. Se pusieron en marcha lentamente, mientras la lluvia ensuciaba el parabrisas y con un gruñido sacaba la mano para limpiarlo con un huaípe. Condujo sin prisa, pensativamente, seguido por Oquendo a bordo de su Opel azul. Acaso lo asusta el periódico en blanco. Aún estaba a tiempo de no cambiar audazmente, pero rechazó la duda y prefirió imaginar como será la oficina donde ha de trabajar los próximos doce meses. Sabe que el diario depende del subsidio gubernamental. Sabe que allí es posible comprar elogios por dos mil soles en la página tres. Te estabas asustando Guillermo y Guillermo dijo que si empiezas a dudar ya sabes que te jodes, acertaba sólo al seguir la primera corazonada. Uno, contó al entrar en la avenida Grau. Por aquí la caballería dispersaba a sable las marchas obreras, por acá nació el Club Alianza Lima, por allá quedaba el barrio de las putas. Cuatro, contó, qué cuadra más larga. Apareció el viejo edificio del Politécnico y miró a su izquierda: una construcción sin ventanas se alzaba en el inmenso baldío donde antes funcionó la fábrica de tejidos Santa Catalina, otra ruina de los Prado. Frenó hasta cambiar de rumbo.

La orilla izquierda de la calle sin luz estaba repleta de automóviles y camiones. Descifró el nombre de "La Crónica" en un vehículo. No había dónde estacionarse así que se montó en la vereda opuesta. Esto era: una calle tenebrosa, cubierta de basura. Un pobre vecindario de tugurios, no lejos del barrio chino.

—¿Bien? —dijo Oquendo. Cambiaron una mirada de simpatía—. Entremos.

—Buenas noches —dijo al grupo que perdía su tiempo en la puerta de la imprenta—. Soy Guillermo Thorndike.

—Pase usted, señor director.

Por aquí señor director, después de usted señor director, buenas noches señor director, tanto respeto, tanta reverencia lo desconcertaron, haciéndolo sentir burócrata, casi personaje de un cuento ruso. Entró a una grasienta sala de espera, con confortables arruinados y sebosos. Abrieron otra puerta y se encontró en una pequeña oficina donde esperaban tres auditores del Banco de la Nación. Aquí despachaba de noche el antiguo director: al sofá verde se le salía el relleno, al silloncito del escritorio le faltaba un brazo, rumas de papeles polvorientos se apoyaban en las esquinas. La infinita suciedad de esa habitación lo empujó a salir por otra puerta hacia la redacción. Saludó con un movimiento de cabeza, sabiendo que sus pies se enredaban en papeles inservibles, en despachos de agencias noticiosas, en basura inabarcable. De un baño brotaba un hedor amoniacal. Examinó las máquinas de escribir: faltaban carretes y cintas. La sospecha de un sabotaje y la cólera por tanta suciedad y desorden indispusieron su ánimo. Llegó hasta una pared y buscó por dónde continuar explorando, pero la sala de redacción había terminado: eligió una silla y se derrumbó.

—Señor director —se acercó un gordo—. Soy Berríos, el editor nocturno. ¿Va a ordenar cambios en la edición de la mañana?

—No lo sé, señor Berríos, francamente no lo sé. ¿Puede esperar un rato?

—Sí, señor director.

—¿Por qué no hay cintas en las máquinas de escribir?

—Los redactores se las llevan, señor director. Es para que no las roben.

—Consiga unas cuantas, señor Berríos, es posible que las necesitemos —volvió a mirar a Oquendo y sus ojos decían que esto es una mierda, en qué nos hemos metido. La mirada de Oquendo respondió que lo había imaginado mejor. Los periodistas lo observaban en silencio, desde el otro lado de la sala de redacción. Por ahora, en cada uno de ellos habitaba el enemigo. Llegaba con toda su prepotente juventud a amenazar la rutina de la que se habían hecho propietarios, a decirles que aquello era una mierda, que no estaba satisfecho. Hasta la reubicación de una silla alteraría esos poderes pequeños que se repartían el periódico. Su sola aparición inquietaba necesidades hasta hoy satisfechas. Y ciertamente él se proponía desencadenar un apocalipsis en tal lugar miserable—. Carajo, estamos solos —dijo—. ¿Qué pasa con la gente?

—Ya vienen —comentó Oquendo, imperturbable.

A las tres empezaron a llegar.

—Me gusta este logotipo —dijo Ruiz Durand, pero Lauer dijo que mejor lo llenaras de tinta, tenía que leerse de lejos. También el caricaturista necesitaba pincel y tinta, un trozo de cartulina, lo habían separado de su guitarra y su aliento de buen pisco delataba que en “El pejerrey de oro” los emisarios de Thorndike interrumpieron una jarana. Pero no hay tablero para dibujar, nada con qué trabajar. Berríos sugirió que pidieran prestados pinceles a los talleres de Editora Virú. Jesús, ¿te animabas a hacer el periódico en formato grande? Alzó las cejas, las dejó caer—: Ya, pues.

A las tres y cuarto de la mañana no podía cambiarse toda la edición. Tan pronto acabara el matutino, habría que imprimir La Tercera.

—Señor Berríos, por favor —lo vio acercarse, lleno de buena voluntad—. Impriman nomás la primera edición. No hay cambios.

—¿Sin cambios, señor director?

—Así es, señor Berríos —y en ese momento tomó la decisión—. Inmediatamente después lanzaremos una edición extraordinaria... en formato standard —leyó la sorpresa, deliciándose—. “La Crónica” de la mañana cambia de formato, señor Berríos.

—Como usted diga, señor director.

—No hay fotografías —jadeó Domínguez—. La policía nos quitó los rollos.

—Te lo advertí. Llamen a los diarios, averigüen cómo fue la expropiación. Abelardo, te dejo la página editorial. ¿Hay cables con la noticia? ¿alguna reacción? Claro que publicaremos lo que digan en el extranjero, hasta la última palabra. Usted, señor, ¿cómo se llama? Señor Parra, la extraordinaria tendrá ocho páginas. Quiero hablar con el jefe de la rotativa para explicárselo bien. Mirko, hay que inventar una encuesta a noctámbulos, puede ser divertido. Editorial en la tres, el artículo sobre “La Crónica” antigua en la cuatro. Carajo, señor Berrios, necesitamos cintas, si es preciso rompan los armarios bajo mi responsabilidad. Habrá que usar fotos de archivo y muchas caricaturas. Viejo, un artículo sobre los canillitas, nadie se va acordar de ellos. Sí, eso es: fotos de todos los directores menos la mía. Te apuesto que van a publicar la suya en sus diarios y que se olvidarán de mí. Mirko, hermano, pon imaginación, hazte la nota sobre la expropiación y los cabarets. La Revolución y las putas se encontraron esta noche en la calle. Aquí, la expropiación. Allá, el Tabarís.

—Nené Bravo, la folklorista argentina, y las bailarinas Katiushka, Giovanna y Gaby Miñón están saliendo del Tabarís a un cuarto para las cuatro de la mañana —escribe Lauer fumando un cigarrillo—. Con la folklorista y las bailarinas sale el ansioso, cansado público de la última función: los que tuvieron dinero para beber hasta el final de la jornada y los que tuvieron paciencia para llegar hasta el final sin beber —resopla detrás de sus bigotes—. A seis cuadras está ocurriendo algo insólito.

—Un tigre hecho de papel periódico, así desparramado, como un tapiz extendido en el suelo —Oquendo abre los brazos y simula extenderse como un cuero valioso. El caricaturista asintió—: y abajo, lo siguiente: ahora la oligarquía es un tigre sin papel.

—¿Nadie tiene cigarrillos? —pregunta Thorndike. Carajo, nadie. Tenía que sostener su cabeza con las dos manos. “La Crónica” no tiene cantina, ni siquiera una cafetera—. A lo mejor les ganamos la calle —exclama cuando informan los espías que “La Prensa” no empieza a imprimirse, que también tardaba “Ultima Hora”—. Averigüen si “El Comercio” se ha atrasado.

—Y adentro, convirtiendo el talco en engrudo a través del sudor, Nadia Benson, la estrella del Tabarís, está decidida a bailar hasta el final. A ocho cuadras está ocurriendo algo in-

sólito —Lauer muerde un palito de fósforos, no olvidará a las carretillas ambulantes que venden pan con apanado—. El último acontecimiento del día de ayer se ha encontrado con el primer acontecimiento de este día. El último trago de la copetinería y el primer diario que disparan las rotativas. El pasado y el futuro, reunidos en el presente irreal de la Plaza San Martín, en las pequeñas horas de la mañana.

—Bien, el gran titular de primera plana es este: Sin patrones ni mordaza.

Acurrucados en los zaguanes de los diarios, los canillitas escucharon cómo las rotativas rompían el silencio del amanecer.

Esa mañana, a casa de don Luis nadie llevó el primer ejemplar salido de la rotativa de “El Comercio”. Un mayor-domo tuvo que salir a comprarlo. Pero el viejo que ya ni podía ni quitaba presidentes, se negó a leerlo.

Archivo, File Nº 2, páginas 1 a 14

JUAN VELASCO ALVARADO, Presidente del Perú y Jefe de la Revolución Peruana, es de carne enferma y fatigados huesos. Hace diecisiete meses que un aneurisma lo fulminó. El pueblo apenas advirtió forcejeos en la cúspide del poder mientras el General resucitaba. Tuvieron que amputarle una pierna. No importa que cojo o desencajado, lo cierto es que Velasco regresó al Palacio, esta vez a despachar desde una habitación pequeña, situada en la vacía residencia presidencial. Nada lo saca de sus casillas como que lo supongan inválido. Prudentemente los caricaturistas han restituido una pierna que todos saben que no tiene. Un disimulo nacional ha vuelto invisibles las muletas que habitualmente lo sostienen. Aunque lo consideren sentenciado a muerte, prevalece la imagen de otro General, musculoso y tostado por el sol, que en las chirigotas periodísticas propina atléticas tundas al imperialismo norteamericano. Al fin de la jornada avanza Velasco disgustado con lo pesado de su cuerpo para una sola pierna. Rehúsa en público la silla de

ruedas. Los agentes de seguridad trepan a sus autos sin molestarse en disimular las metralletas. El Mercedes-Benz presidencial se estaciona exactamente ante la puerta privada de la residencia. El General de Brigada Enrique Ibáñez Burga, Jefe de la Casa Militar, precede al Presidente que se apoya en las muletas, soportando a duras penas la rígida y anhelante vecindad de sus edecanes que lo siguen al acecho de un traspies. Sube laboriosamente el Jefe de la Revolución al asiento posterior del automóvil, por el otro lado se acomoda el General Ibáñez, hasta el lunes, suspiran los edecanes: durante tres días se suspende el gobierno, vamos de una vez, se impacienta Velasco. Las flechas del tránsito han sido modificadas para que la caravana presidencial salga del túnel del Palacio, acelere por los jardines, trasponga la reja y avance por el costado de Desamparados hacia la avenida Abancay, doble hacia el río Rimac, se apure aún más por la nueva vía de evitamiento hasta otra vez cruzar el río y a ciento cuarenta kilómetros por hora se dirija hacia la carretera trasandina y a la casa de Velasco en Chacacayo. La seguridad de este hombre amputado y sin embargo único, demanda que viaje a alta velocidad, más rápido que las miras telescópicas. Abre la ruta un patrullero blanco y negro de la Guardia Civil. Los aceitados Toyotas de la DSE van empujando a los lerdos a un costado del camino. Un experto conduce el Mercedes-Benz: para él no hay semáforos adversos o atoros de tránsito. Su ruta está controlada por un visible despliegue policial. Pero Juan Francisco Velasco Alvarado no siempre fue el más fuerte, el jefe de todo, el número uno. Nació en Piura, en familia pobre y numerosa. Su padre era sanitario, es decir, auxiliar médico. Los pobres de la ciudad iban a curarse con el brujo o el sanitario, así que Juan Francisco Velasco Gallo era hombre muy ocupado. Según como se le mire, Piura puede ser una ciudad divertida o un infierno involuible. Vista la vida desde la Gallinacería, el miserable barrio de los negros pendencieros, la verdad que parece una equivocación. Muere la mitad de los niños antes de cumplir dos años. Trabajaban los morenos siempre para otros. Y por sus riñas, su vivir violento, cuando no acaban en la cárcel terminan ahorcados de un algarrobo. Tampoco en la Mangachería aficionada a la chicha se vive mejor. Ni de chozas o basurales, ni de grandes casas con caballeriza, el barrio de Castilla está como suspendido entre lo mejor y lo peor, más pobre que rico, más de-

cente que extraviado, pero siempre al servicio de los blancos, de quienes todo lo tienen. Nadie jamás ascendió a coronel a don Ricardo Seminario. Con encomiable modestia se otorgó a sí mismo ese rango, cuando la Patria y las luchas políticas exigieron su concurso. Al frente de sus montoneros, auxiliado por el fiel y legendario Sarango, el coronel Seminario hizo valerosas campañas, al cabo se retiró de la milicia aunque conservando su ejército para mantener la paz en sus haciendas. Los winchester del coronel habían apoyado al capitán Cervantes cuando proclamó la república de Iquitos, aparte de perseguir a bandoleros y secuestradores. No tan violentos, Hilbck y Ostendorf son aún más acaudalados que el coronel. También Romero, el español de alpargatas que llegó sin un real y que vendiendo sombreros de Catacaos acabó por comprar la inmensa hacienda Mallares y que vendiendo algodón se hizo tan rico que nunca supo verdaderamente cuánto dinero tenía. Los potentados de Piura viajaban por barco directamente a Europa. Embarcaban en Paita, principal puerto de la región: no necesitaban conocer Lima. Educados en Suiza, en Alemania, últimamente en Inglaterra, desdeñaban la capital. Cuando no navegaban el océano, se refugiaban en sus plantaciones de algodón o visitaban Castilla y Catacaos, a divertirse en las chicherías. Para cocinar buena chicha se requiere destreza, indudable prosapia en el oficio. Chicha espesa o buen clarito se anuncian con bandera blanca colgada de una caña en la fachada de casa. Con chicha se moja el piqueo y la fiesta. Apetitosas privadoras incitan a beber y también a comer, desde el ortodoxo seco de chabelo, un menjurje de plátano verde con hilachas de carne, hasta más picantes majaos, rachi-rachi o malarrabia. Entre la porción de sangrita o cebichito y succulentos rellenos y sudados, la privadora va y viene, no seas lambido, guá, repartiendo chicha entre varones que la desean. Chicheras y chicherías se confunden en una sola identidad. Se va a beber a casa de las Pindongas o de las Tiruleras en Castilla. Quehacer menos honrado en Catacaos, son famosas la Fabucha, la Mea Largo y la Cara Cortada.

El niño Velasco no va al cine "Variedades", ni saborea tamariñadas o jugo de guanábana con nieve en la tienda de Las Peladas, en la avenida Grau, acaso ni siquiera conoce al zambo Jojolí, hermano de Las Peladas, que le esconden la ropa forzándolo a tostar café durante varios días en el sótano del es-

tablecimiento y que, una vez recuperado el calzoncillo, el traje a rayas y el bastón, explica su ausencia porque estuvo en Europa, describiendo Viena o París sin jamás haber abandonado la provincia. Becario de escuela pública, a las cinco de todas las mañanas sale Velasco rumbo al mercado para hacer las compras del día. Es un niño moreno y de temperamento tranquilo. Hay que trabajar en casa, ayudando a la señora Clara que rara vez sale a la calle. Hay que aprobar todos los exámenes para no perder la beca. Cuanto gana el sanitario Velasco no alcanza para prole tan numerosa. Jamás un regalo de Navidad. Nunca un festejo de cumpleaños. Con sus propias manos fabrica Juan cuadernos escolares, utilizando sobrantes de papel que una imprenta regala a los niños pobres. Juega a los cocos y gana sus centavos que invierte en dulce de chancaca. Rumbo a la escolita fiscal N° 21, a la que entró en 1918, alguna vez se habrá cruzado con hacendados a caballo. Y es posible que los patrones de Piura, en lo alto de un alazán, no le hayan dignado una mirada o que viéndolo, humilde y pequeño, no sospecharan que un día, convertido en General, ese niño a quien hiere la injusticia va a repartir las haciendas entre los pobres. Hasta que terminó la primaria y, en el Colegio Nacional San Miguel de Piura, la secundaria. En 1928, dos años antes de que el comandante Sánchez Cerro, otro piurano, liquidara los once años de gobierno civil de Leguía, el joven Velasco marchó a Paita con su perro "Mocho" y varios amigos a los que anunció que se iba a Lima, a ser militar. No tenía con qué comprar pasaje en barco, así que se fue de pavo. Los ladridos de "Mocho" abandonado en el embarcadero de Paita, lo acompañaron en la memoria. Pero se había vencido el plazo de inscripción en la Escuela Militar. De Lima a Chorrillos son muchos kilómetros y los anduvo con el corazón ligero, imaginándose ya teniente o capitán, contemplando al pasar los satisfechos chalets construidos en las orillas de la avenida Leguía, que después de la liberación será rebautizada como Avenida Arequipa. De pronto qué lejos Castilla, los baldíos donde jugaba al fútbol, la perpetua siesta de los barrios quemados por el sol. Pero este año no puede postular. Tendrá que volver sobre sus pasos, en 1929 presentarse más temprano. Escuchó las malas noticias sin asustarse. No tenía amigos en Lima, ni un techo donde dormir, nadie que le invitara una merienda. ¿Aceptaban soldados rasos? Sí, por supuesto que sí. ¿Y el

próximo año igual podía postular a la Escuela? Ajá. Juan Velasco Alvarado se quedó de recluta.

El capitán de caballería que monta guardia con sus soldados en la calle sin asfaltar, saluda militarmente al comandante en jefe. Cae la gruesa cadena, se apartan los autos de la escuela y el Mercedes-Benz avanza lentamente hasta una casa blanca al final de la avenida bordeada de sauces y eucaliptos.

Después de amputarle la pierna derecha, los médicos recomendaron una vida tranquila y él respondió que imposible, no hay presidente de la república que viva apaciblemente. Tampoco convenía que en 1973 abandonara el comando de la Revolución. Porque la Revolución no la hacen todos los uniformados, ni entre los mismos revolucionarios hay unanimidad sobre el proceso. Cuatro coroneles y Velasco: así comenzó la rebeldía. En el golpe militar intervinieron otros, pero sólo cinco personas conocían en 1968 cómo será el movimiento. La Revolución echó a andar con sólo Velasco en el gobierno y los otros apoyándolo desde el COAP, el Comité de Oficiales Asesores de la Presidencia que nació con el golpe del 3 de octubre. Para expropiar a la International Petroleum Company fue preciso que los coroneles se amotinaran y que Velasco informara a un consejo de ministros más bien conservador, que los oficiales jóvenes regresaban a los cuarteles y que, en fin, ustedes verán que hacen cuando regresen con la tropa. Hasta que los cuatro coroneles y otros de igual o inferior rango conversos a la causa, ascendieron a generales, hasta que sucesivas crisis les permitieron asumir comandos importantes, a menudo Velasco había tenido que empujar la Revolución a pesar del gabinete ministerial. En agosto de 1974 sólo uno de esos coroneles revolucionarios integraba el consejo: el General Fernández Maldonado, titular de Energías y Minas. Así que en el verano de 1973 el Presidente informó a los médicos que debía seguir gobernando aunque tuviera que morir. Sin embargo aceptó alejarse de Lima fuera de horas de oficina. Mientras se restablecía en el Hospital Militar, habían empezado a modificar su casa, en un barrio próximo a Miraflores. Porque Velasco fue el primer presidente que desdeñó el Palacio y rehusó mudarse a él. Transformó la residencia en oficina de la jefatura del gobierno y de la Revolución. Cada mañana a las ocho, cada tarde a partir de las seis, en los puentes de la vía ex-

presa aparecían agentes de seguridad y policías uniformados a la espera del breve convoy presidencial. Velasco dormía en su casa de siempre, primer diseño de su hijo mayor, el arquitecto Juan Velasco Gonzales. Necesitaría allí por lo menos un ascensor, porque las alcobas estaban en la planta alta. Entonces fue que convino en mudarse a Chaclacayo todo el año. Buen clima, paz nocturna, aire puro e indispensable aunque no excesiva lejanía del gobierno, fueron argumentos que lo convencieron. Como tantas casas de Chaclacayo, destinadas sólo a la temporada invernal, aquella tenía un hermoso jardín donde jugar con los nietos, hasta un piscina recubierta de azulejos. El sitio donde solía pasar fines de semana antes de la enfermedad, se convirtió prácticamente en sede del Gobierno. Instalados los teléfonos de tres cifras, el circuito que enlazaba todos los comandos, establecidos los puestos de vigilancia, reconocidos los cerros, aprobados los vecinos, hecho cuanto debía hacerse para protegerlo, Velasco se mudó definitivamente al balneario de invierno. Sentado en la silla de ruedas, podía contemplar desde la terraza el húmedo y tranquilo paisaje, enturbiado de mañana por una neblina azulada que el sol no tardaba en evaporar.

La enfermedad no sólo llevó al Presidente a cambiar de barrio: también lo aisló. El General de mirada negra y brillante que podía irrumpir en una dependencia pública a constatar que se maltrataba a los humildes y a destituir a burócratas abusivos, para luego visitar un pueblo joven que nacía entre esteras miserables o que recorría el Perú mezclándose a muchedumbres a las que hablaba con voz ronca y palabras nunca antes pronunciadas por un presidente, se transformó en una presencia remota, en una fotografía en los diarios, en una imagen azulada que parpadeaba en los televisores. Velasco no sólo había salido del pueblo o tomado tercamente partido por las causas populares, también transmitía una ardiente voluntad de Revolución. Era preciso verlo, estar cerca suyo. Expuesto a la pobreza, devuelto a la edad de los zapatos rotos, rescatado del esplendor de edecanes y fanfarrias, el General era capaz de gestos inolvidables. Cómo no sentir ganas de llorar si en la Pampa de Anta aquella humilde campesina se arrodillaba ante el Jefe de la Revolución como si fuese una divinidad y si el General la tomaba suavemente de los brazos

obligándola a levantarse, y si de pronto vencido por la obstinada gratitud de la mujer que seguía sollozando palabras inaudibles, el Presidente del Perú también se hincaba de rodillas, sus ojos centelleantes colmados de lágrimas; cómo no llorar con este hombre si así, arrodillado, la abrazaba, consolándola con la ternura de quien consuela a todo su pueblo o de quien abraza en esa campesina a todos los hijos de sus hijos. Cómo olvidar al viejo soldado que señalaba la Plaza Castilla y recordaba: “Yo nací ahí. Mi casa la tiraron abajo. Por aquí jugábamos pelota con vejiga de toro. Eran tiempos muy duros. A veces no había ni para el yantar”.

Pero hace ya mucho tiempo que el Presidente viene a clausurarse en esta casa o que de este jardín sale a otros jardines más opulentos, no a mezclarse con su pueblo. El perro de raza chau-chau que le trajeron de China, ladra a su encuentro. Es un bicho malhumorado, salvo con el General. Desde la inmunidad que representa su categoría de mascota del Jefe, el chau-chau no vacila en hincar sus colmillos en los visitantes menos conocidos. La verdad, quien ahora cumple papel preponderante es Consuelo Gonzales, la esposa de Velasco. Es ella quien organiza el descanso del Presidente, quien invita o ignora, y, así administrando la intimidad presidencial, comienza a influir en el desarrollo político de la Revolución. Los amigos de la familia no provienen como Velasco del pueblo, sino como Consuelo de una pequeña burguesía que llegó a lo alto. Los viernes en la tarde, el Presidente se reúne a jugar dados o naipes con algunos de los nuevos ricos más conocidos del país. También llegan militares y parientes. Prefiere jugar golpeado o al dudo. Igual que cuando competía a los cocos, Velasco juega por dinero, no mucho, apenas lo suficiente para sentir emoción. La timba relaja al Jefe de la Revolución. Si es sábado, acaso acepta invitaciones de los mismos amigos para almorzar, regresa a Chaclacayo al caer la noche o aun más tarde. Los domingos pertenecen exclusivamente a su familia: su madre, sus hijos e hijas, sus nietos, sus hermanos y cuñados y sus numerosos sobrinos llegan a la casa presidencial. Contempla a la prole que retoza en el jardín, a Consuelo vigilando a sus pollitos, y desea que la vida jamás termine. Juan Velasco Alvarado es razonablemente feliz.

—DICE EL GENERAL si puede usted venir inmediatamente —reconoció la voz de la señorita Doris. Ahí voy, respondió Thorndike. Arrugó el papel pero volvió a abrirlo después de colgar el teléfono directo. No quería leer y relejó: lamebotas-hijo-de-puta. Lo guardó en el bolsillo. Camina hacia el auto comunista concha tu madre, maneja hasta la Plaza de Armas traidor, estaciona atrás del Correo Central vendido, se apura judas porque por primera vez desde la expropiación es posible ver al jefe del Sistema.

La Oficina Central de Información, OCI, es el nervio del SINADI. No entra Eduardo Segura Gutiérrez al edificio vecino al Palacio por la puerta que franqueó el director de "La Crónica" sino por otra, lateral y privada, que traga rápidamente el vehículo verde del que salta el General con prisa para trepar escaleras también particulares y abrir, cerrar una puerta exclusivamente suya, atravesando una chillona secretaría, buenos días Doris, hola capitán Durand, hasta llegar al despacho, el sillón de jefe que no le gusta, que sí le gusta, desde el cual presiona timbres, usa teléfonos, se amarga, sonríe, escucha, gobierna todas la comunicaciones, los cines, los televisores, las radioemisoras, los satélites y, en fin, habla—: Muy bien, señor Thorndike, caramba, qué cambio le ha dado al periódico, lo felicito —hojeó varios ejemplares—. ¿Y cómo está la circulación?

—Ni ha subido, ni ha bajado. Más bien estamos cambiando de público. General, la verdad yo estoy preocupado por mi falta de comunicación con el Gobierno. Durante estos días, por ejemplo, he tratado de hablar con el Ministro del Interior sin conseguirlo. Yo no sé si usted me comprende, pero es imposible dirigir "La Crónica" si de verdad no es vocero de la Revolución. Al menos sin correr el riesgo de algún día crear un gran problema político.

Sonríe el General, otros ministros lo han felicitado, muy bien Lalo, qué bien has transformado el diario. Hasta el Presidente le dedicó un efusivo comentario.

—Tenemos que ser concientes del orden dentro de nuestra Revolución que nosotros la hacemos y la manejamos por el

bien del Perú, de ese Perú que tenemos que defender con nuestras vidas y no como quieren manipularlo esos miserables porque ya usted lo sabe, señor Thorndike, usted no es un ignorante, usted es un hombre culto y sensible, a usted no se le escapará cómo quieren manipularnos los comunistas, así que dentro de ese orden no olvide señor Thorndike que usted debe coordinar conmigo, nada más que conmigo, porque a usted se le van a meter por todas partes, aquí ya lo hemos experimentado, uno abre la puerta y ya se están colando los enemigos de la Revolución y el propio Presidente Velasco lo ha dicho: esta Revolución no es ni comunista ni capitalista —el General lo repitió—: ni comunista, ni capitalista, así que usted coordine conmigo: el día que quiera reunirse con el Ministro del Interior, yo le hago la cita en dos minutos, pero usted debe observar el conducto regular, porque imagínese que yo recibiera a los subprefectos, por ejemplo, ¿se da cuenta de la confusión que habría en el país? Si usted quiere una información sobre lo que está pasando, no tiene más que llamarme. No podemos ignorar que aquí todo funciona de acuerdo a normas administrativas, porque si no fuera así, estaríamos permitiéndole a los enemigos de la Revolución un juego que usted me comprende, ¿verdad, señor Thorndike? También tenemos que ser concientes de que “La Crónica” es el periódico del SINADI y no defiende al SINADI. Espérese pues, señor Thorndike, y ya verá usted que yo no le hablo por hablar, sino que tengo mis razones. Usted conoce las dificultades que atraviesa Telecentro. No se puede cambiar carajo de la noche a la mañana como ellos quisieran. Ya lo ha visto al pobre comandante López trabajando hasta la madrugada y la verdad es que esa empresa es un embrollo, que no hay plata y si no hay plata, no vamos a fabricarla. Pero ahí están macheteándolo al pobre López todos los días. Yo quisiera darles la televisión una semana para ver qué hacen. Todos los días esos canallas de “Expreso” joden y joden. ¿Por qué cree usted que están ahí prendidos? ¿o es que no se han enterado de los problemas financieros de Telecentro? Ellos atacan por hacerle daño a Telecentro, al SINADI y para fregarme, porque saben que yo, caracho, si no fuera por mí, esos comunistas ¿hasta dónde se habrían metido? El deber de usted, señor Thorndike, es defendernos. “La Crónica” debiera decir: ¡alto ahí! Sin embargo no ha dicho nada.

—Perdón, General, yo no estoy de acuerdo con la televisión. Usted lo sabe, me ha pedido informes para cambiar los noticieros porque son una basura.

—Yo no le digo que usted defienda lo malo. Claro que no. ¿Cuándo le he exigido yo a usted algo incorrecto? Lo que digo es que tenemos que ser concientes de nuestra Revolución para defenderla, porque esta Revolución la hemos hecho nosotros —se golpeó el pecho dos veces— y nosotros sabemos adónde conducirla bajo la orientación del Presidente Velasco. Yo le digo que en la televisión también hay cosas buenas, o acaso todo está mal, y eso es lo que debemos decir, para eso está “La Crónica”, para apoyar al Sistema y para difundir toda la obra de la Revolución. Y yo, señor Thorndike, le doy mi apoyo, usted sabe cómo me gusta trabajar: mientras cada uno cumpla con su deber, yo los dejo que hagan, que le saquen provecho a su creatividad, y no intervengo sino cuando empiezan a desviarse, sin mala fe, yo comprendo, cualquiera, hasta nosotros —volvió a golpear su uniforme— hasta nosotros nos equivocamos y muy bien lo ha dicho el señor Presidente, somos hombres y por lo tanto no somos perfectos ni infalibles, pero usted no debe olvidar que yo soy su jefe, y así como yo no me meto en las órdenes que usted imparte a sus subalternos y por el contrario le doy mi apoyo, también usted debe ser conciente que todas sus relaciones con el Gobierno serán a través mío, usted me llama por teléfono y yo contesto, pero si usted llama al Ministro del Interior, él piensa: qué raro, Seguro no me ha avisado que el señor Thorndike me va a llamar, así que mejor no le contesto. Nosotros actuamos con toda franqueza, con las cartas sobre la mesa, y sobre todo con lealtad. Debemos tenernos mutua lealtad, ¿me comprende, señor Thorndike? Salvo que usted descubra que yo, por ejemplo, voy a traicionar al señor Presidente de la República porque caracho, si yo me doy cuenta de que uno de mis superiores va a traicionar a Velasco, salto por encima de todos los conductos y voy directamente hasta él para decírselo. Así que hablando con toda franqueza, señor Thorndike, debe usted tener mucho cuidado con el señor Zimmermann, que es un intrigante. Lo mismo que Carlos Delgado. Ellos quisieran manejar la Revolución a su antojo pero nosotros no se lo permitimos. Claro está, colaboran con el proceso y el Presidente dice que debe-

mos acoger a todos los que quieran trabajar por la Revolución, pero tampoco les vamos a permitir torcerla. . .

—Si le molesta “Expreso”, ¿por qué no habla con su director? Sería más conveniente que declararle la guerra desde “La Crónica”.

—Yo no sé qué le pasa al doctor Ruiz Eldredge. Todo un señor embajador, un hombre mayor que se deja embaucar por esa partida de comunistas y sinvergüenzas, no se da cuenta de que lo están usando y que “Expreso” no va a caminar bien mientras lo manejen Landa y Sheen Lazo, le hemos dado noventa días para que los bote y todavía no hace nada, claro, falta mucho para que se cumpla el plazo, pero el doctor Ruiz Eldredge los ha ratificado en sus cargos y eso no está bien, no está nada bien. Ya que estamos claros en estos conceptos, señor Thorndike, debe usted tener conciencia de lo que hablan los enemigos de la Revolución: dicen que este proceso es comunista, cuando ya el Presidente ha explicado muy bien su naturaleza, pero ellos no quieren oír y afirman que es comunista, que usted y yo somos comunistas porque pueden ver en “La Crónica” cómo se levanta a Raúl Castro, todos los días retratan a los cubanos, el General Mercado con Castro en el Cusco, Castro con poncho, Castro en Machu Picchu, Castro con dirigentes campesinos, y no es así, señor Thorndike, los cubanos tienen su revolución y nosotros tenemos la nuestra, que es autónoma como muy bien lo ha dicho el señor Presidente. ¿Ah? Sí, claro, el señor Castro es nuestro invitado, pero no por haberlo invitado tenemos que. . .

—A propósito, le traje estas fotos suyas con Raúl Castro. Las tomaron durante el almuerzo en Villa. Aquí hay otras, del General Richter toreando al alimón con Raúl. Y aquí están dando la vuelta al ruedo con sombrero cordobés. ¿Gracias, no? Este juego de fotos es para usted, General. Yo pregunto si podemos publicarlas.

Archivo, File N° 2, páginas 15 a 23

POR AHORA LIBRES de todo mal, todo peligro, todo silencio, toda hambre, toda distancia, todo aburrimiento, toda duda, toda sole-

dad, a los señores ministros los acompaña el gobierno aun en sus ratos de ocio. Gobierno era el circuito telefónico de tres cifras, gobierno las patrullas apostadas en la puerta de casa, gobierno el respetuoso trato de todos cuantos no alcanzaban la misma privilegiada categoría, gobierno las escoltas de la DSE, gobierno los automóviles con chofer, gobierno la confianza fortaleza de sus movimientos, en fin, gobierno su conversación, su risa, sus amigos. Gobierno también era un estilo de descansar, convidándose unos a otros o acompañando al señor Presidente, como si además de gobierno fuesen una familia que se debiera asistencia y compañía sabatina, un poco como acostumbran los italianos, concediéndose al Jefe de la Revolución la indiscutida cabecera de la mesa, la elección de lo conversado, la definitiva influencia en el menú y hasta en la música. Aunque dejen el uniforme en el ropero, siguen los generales siendo de brigada o división y más antiguos unos que otros, de modo que aún a la hora de brindar o ser felices resultan perceptibles las jerarquías de los señores ministros entre sí y de todos ante el señor presidente, que paternalmente inaugura el piqueo y, cubierto por su gorra favorita, mejor de pie que sentado, mejor callado que todavía hablador, alerta a todas las palabras y a todas las intimidades entre los seres a su mando, gobierna solitariamente también hoy sábado, en casa del contralmirante Jiménez de Lucio, su ministro de industrias.

El General Velasco ha despreciado la escolta. Su Mercedes-Benz rodó de Chaclacayo a Santa María, a través del Rímac y casi hasta las puertas del antiguo balneario invernal de Chosica, nada más que con el chofer, el Presidente y su esposa. A pesar del Jefe de la Revolución, los agentes de la DSE lo persiguieron desde lejos, confundidos con el pesado tráfico que asciende a las montañas en busca de sol. Casi frente al amurallado parque con estanques y lotos donde solía pasear Manongo Mujica, propietario-fundador del diario "Expreso", el auto presidencial franqueó la puerta de un garaje y descendió Velasco apoyándose en sus muletas, al encuentro del contralmirante que hoy cumple años. El dueño de casa es un hombre metódico, exacto y puntual. Se adorna con un bigotillo negro. No es ni alto, ni fuerte, ni ruidoso. Almuerza la cantidad exacta de proteínas y legumbres necesarias para mantener la línea. De lunes a viernes carga un viejo y abul-

tado maletín de cuero repleto de documentos. Repite sus movimientos, sus horarios como si fuese un tren. No fuma y prefiere el agua mineral, aunque hoy beberá whisky con hielo y un chorro de agua, lo mismo que el Presidente. En aquella casa donde es posible detectar el hábito de la lectura y donde una excavación en el jardín anuncia la inminente inauguración de una piscina, se ha dispuesto una larga mesa con mantel blanco bajo un toldo festivo. Al sol tertuliaban los invitados.

Cuando el taxi rojo se detuvo ante la casa, hacía rato que había llegado el Presidente de la República. Está mal demorarse más que Velasco, pero Thorndike no quiso separarse de "Variedades", el nuevo suplemento dominical, hasta no aprobar la última prueba de página. Nada más que tres policías y un patrullero cuidaban el barrio. Abrió un mayordomo y debieron atravesar el jardín para saludar a los dueños de casa. Hermoso lugar para vivir, estupendo clima, dice el director de "La Crónica", habría que quedarse aquí todo el año. Pues los Jiménez de Lucio nunca se movían de allí, era su única casa y felizmente la compraron antes de adquirir notoriedad política. Ha leído la señora del Ministro sus libros señor Thorndike, tenían que conversar más tarde, pero nada de periódicos, sólo de literatura. Pasen, pasen.

—El señor Presidente —susurró el General Segura.

—Buenas tardes, Thorndike —el General sonríe escrutando todo con ojos brillantes. Ahora o en cinco minutos o a más tardar en tres años, este hombre se desplomará liquidado por un derrame cerebral o un paro cardíaco. Mientras tanto sus venas se irán haciendo de cartón, cerrándose sus arterias hasta oscurecer toda su espléndida agudeza. Una vez resucitó. Tuvo la suerte de que el aneurisma se rompiera hacia dentro y no hacia afuera de la aorta. Un dolor de muerte explotó en su vientre mientras lo llevaban en su propio automóvil al Hospital Militar. Bebió un sorbo de whisky—. Salud, gringo. Ahí he visto que reaparece "Variedades" —comentó el Jefe de la Revolución rehusando unos higaditos de pollo fritos al ajo. Estaba avanzada la noche cuando la camilla rodó con el páldo Presidente por el cuarto piso del Hospital. Su esposa Consuelo había viajado al extranjero. Desde su soledad sin remedio, el General todavía arengó a los médicos, nomás le cortaban doctorcitos lo que fuera necesario, nada de sentir respe-

to por su pellejo—. Una revista muy conservadora —comentó Velasco—, muy belle epoque.

—Saluden a la señora Consuelo —recordó el Canciller en voz baja.

—Permiso, señor Presidente —los recién llegados se acercan a la Primera Dama, sentada en medio de todo el mujeriego, en sillas apartadas de los hombres. Sonríe Consuelo, cómo están, pregunta por qué tan tarde, claro, el trabajo en los diarios debe ser tremendo, pero ahora se olvidaban un rato de todo y por favor, Guillermo, no le hablen de política al General, siéntese Charo. Las señoras no se mezclan con los varones por ahora. Conversan de modas, diplomacia, enfermedades, decoración, niños y obras de caridad. Velasco bebió otro whisky sonriendo bajo la gorra con visera. De tan alto venía y helo ahí, tan pequeño bajo el tamaño de esa noche terrible, de su piel para adentro nada más que una oscuridad mientras con sus propios tejidos envolvían la arteria rota, cosiéndola como quien parcha una manguera. Y sin embargo qué plácida travesía la anestesia y a pesar de ella qué importante el miedo, con todo lo vivido vuelto proceso a ese pobre cuerpo abierto mientras su corazón enfermo galopaba el veredicto. Niño también, al cabo anciano y una misma cosa al fin de tantos peligros: no valían fusiles para salir de allí, no servían blindados para salvar la pierna que coagulada, obstruida muchas horas, ha terminado por morir. Aquella, la que pateaba la pelota, la que clavaba espuelas, esa pierna lo ha precedido en el oscuro viaje definitivo. Y para que la muerte no lo trepara al General, expandiéndosele por dentro como un gas, pudriéndolo por las entrañas, fue preciso separarlo de su propio cadáver. Lo amputaron casi a la altura de la ingle. Lívida, sus uñas amoratadas, sus bordes recubiertos por una baba, aquella pierna de infantería que había recibido tantos honores reposó temporalmente entre paños blancos hasta que con gran secreto viajó a la tierra, a esperar el resto de sí misma—. Eso de “Variedades” es como el pasado que vuelve y la Revolución no quiere que vuelva. Mañana veremos, ¿no? ¿Qué es de SINAMOS? —el Presidente ha descubierto que Ruiz Eldredge y el General Rudecindo Zavaleta, jefe del SINAMOS, conversan aparte, casi ocultos por un follaje—. Se ha perdido SINAMOS —insistió Velasco. El General Tantaleán los divisó: estaban ahí, qué barbaridad, a la izquierda.

A las tres y media se sentaron a almorzar. A la derecha de Velasco, la dueña de casa. Después, el Negro Arce, Ministro de Marina. Junto a su esposa, el General Sala Orosco. Y el General Segura, vecino a Zavaleta. Frente al Presidente está Consuelo, flanqueada por Jiménez de Lucio y el Vicealmirante Gálvez. El General Tantaleán prefiere el extremo derecho, junto a Ismael Frias y no lejos de Cornejo Chávez.

—Salud, pues. — Velasco acepta el brindis mientras los mayordomos del Gran Hotel Bolívar sirven una corvina en salsa de camarones. Vivía de prestado, convinieron los médicos que no hay manera de garantizar al Presidente una hora más, un minuto. Si su vida tuvo un plazo, ya se ha cumplido. Su propio sobreviviente, el General se aferró a lo poco que quedaba de esta orilla, con voluntad descomunal se izó de retorno. Habían llegado sabios de Estados Unidos, un avión cubano con especialistas y sofisticado instrumental. Deliberaron las eminencias: la enfermedad es irreversible, envejecerá Velasco más rápido que otros hombres hasta no parecerse a sí mismo, Dios no quiera que hasta volverse su contrario. El Presidente no beberá el Tacama rosado que llena dulzón las copas sino siempre whisky con hielo y agua—: Por el dueño del santo —brindó y volviéndose hacia el Ministro de Marina añadió—: Y por el Negro Arce —intercambiaron sonrisas—. Negro, tú sabes cuánto nos has ayudado. Si no fuera por ti, hermano... Pero ya no importa. Salud, salud.

Velasco tardaba en empuñar el tenedor y se enfriaba la corvina.

—Oye, cholo, la verdad que sentí mucho no ir a la boda de tu hija —se dirigió a Sala Orosco. Un estado de alerta crispó a todas las guarniciones del país. Los soldados se prepararon como para una guerra mientras operaban al Jefe de la Revolución. Los comandantes generales de cada arma decidieron gobernar por su cuenta. Sus firmas valdrían para hacer la ley, después de todo Velasco se moría. Pero Velasco no murió. A iniciativa de su director Efraín Ruiz Caro, el diario "Expreso" convocó al pueblo para reunirse a dar su aliento al soldado. Sindicatos, ligas campesinas, pueblos jóvenes, una enorme muchedumbre marchó por la avenida Brasil a corear el nombre de Velasco ante el Hospital Militar. Voz tan numerosa hizo trepidar las ventanas, llegó hasta el General que se alzó a firmar un decreto, que todos lo sepan bien:

Velasco es el Presidente. Volvió a brindar—: Por la felicidad de tu hija, cholo. Otra vez estaremos juntos.

—¡Qué bien te has acomodado! —se burló Tantaleán desde el otro extremo de la mesa—. ¡Mírenlo a Pedro, caray, el cholo se ha arrimado a los blancos!

—Oye, no te contesto como mereces porque hay señoras presentes.

—¡Cómo te ríes! —Velasco vuelve a brindar—. ¡Pedro nunca imaginó sentarse con blancos! Salud, pues. Porque los señores directores de los diarios cumplan bien la misión que les hemos encomendado. No se olviden de criticar, ya lo saben. ¡Salud!

Se clavan exhaustos tenedores en los gruesos filetes de corvina bañados por una salsa rojiza. Mientras muelas sanas y de las otras, de hueso o porcelana, trituran el camarón, aparecen los guitarristas encabezados por el “Carreta” Jorge Pérez, a quien el favor presidencial ha convertido en maestro de ceremonias de la televisión.

—Buen provecho señor Presidente, señora Consuelo —dice Pérez por el micrófono. Los músicos se acomodan detrás de él, sobre un tabladillo—. Buenas tardes a todos. Saludándolos con el afecto de siempre, venimos a traerles la gracia, la picardía inigualable de nuestra música criolla. Pero mientras saborean esa rica corvina, deseo contarle señor Presidente que acabo de regresar de Miami Beach, esa ciudad tan linda, a la que nos invitaron los residentes peruanos. Porque la colonia peruana en el gran país del norte, señor Presidente, es numerosa y patriótica, todos los años organiza fiestas de recuerdo de la Patria el 28 de julio. Yo he tenido el honor de ir invitado por esos peruanos que añoran nuestra tierra, nuestra música y nuestro cebichito, porque hay que ver cómo se extraña un sabroso tacu-tacu o un picante caucucito, ¿no es verdad señor Presidente? —y Velasco está de acuerdo, ríe, salud, salud—. El año pasado presentamos un show en el fabuloso Waldorf Astoria de New York y este año, como le digo, en Miami Beach, en un hotel muy lindo. Y esos peruanos, señor Presidente, me preguntaban por usted. Preguntaban cómo está Juan Velasco Alvarado y cómo está la señora Consuelo. Preguntaban cómo está la patria y yo le aseguro, señor Presidente, que esos peruanos apoyan la Revolución y están con usted.

Muchas gracias, carreta. Te cantarás una polkita, carreta. Salud carreta. Desencajado pero con el puño en alto, hundidos sus ojos pero aún brillantes, amputado pero erguido posó el Presidente para los fotógrafos en el cuarto piso del Hospital Militar. Ha enflaquecido su cuello, han crecido sus pómulos. Un poco más de cuatro años de Revolución abrumaban su cuerpo para siempre maltrecho. Nunca más correr, saltar. Jamás andar libremente. Para siempre apoyándose o sentado. Y todo el tiempo la inevitable sensación de tener ahí sus dos piernas y también la sorda irritación de su muñón.

A las cuatro y media acabaron el seco de cordero. A las cinco, el postre de merengue y fresas y bizcocho y chantilly. A las cinco y media, la fruta. A las seis, el café, los licores.

—Cuando yo vi esa fotografía, pensé inmediatamente en esa parte del discurso. En mi propia tierra —Tantaleán hablaba paseándose detrás de Consuelo que mira la foto de unos escolares desfilando sin zapatos—. Fue el día que inauguramos el frigorífico en Chota. Esa fotografía debiera ampliarse, servir de mural en todos los ministerios para que la gente no olvide por qué se hace la Revolución.

—Yo no admito que los niños estén expuestos a peligro moral en el reformatorio, porque entran ahí a malograrse —Consuelo discute ahora con el Presidente—. Entonces mejor que los dejen sueltos. ¿Qué daño pueden hacer?

—Pero mujer, escucha. Caray, qué fregada. Oye, chola, pero tienes que comprender...

—Habla como piurano, ¿verdad?

—... yo no hablo como piurano —rectifica a pesar del barullo—. Oye, chola, no vas a convertir los reformatorios en... Mujer, escúchame, pues.

—Una revolución se hace para los niños. ¿O para quién se hace

—¡Qué tal oído tiene, caramba!

—No quiero whisky, sírvame otro cointreau con hielo —dice Thorndike.

—¡Cómo es posible que no haya un par de zapatos para cada colegial del país!

—Es fantástico. Escucha todo —dice Sala Orosco—. Está hablando contigo y a la vez oye cuanto dicen en los rincones.

—No se puede hacer una revolución sin los maestros —dice el Presidente—. Por eso yo los he llamado a conversar...

—Pero mientras ustedes los hombres hacen política, a los niñitos no les dan su desayuno en la escuela. ¿Y cómo van a estudiar bien esos pobres angelitos? La Revolución tiene que darles leche. Primero los niños.

—... tenemos que ganarlos...

—Además, Juan, es hora de irnos. Ya es de noche.

—Señor Presidente, mejor póngase su chaqueta que está haciendo frío.

—... ¡salud, gringo! Pero sécala pues hombre. Enséñale a Pedro cómo beben los blancos.

—Tengo para rato, señor Presidente, pero usted se tiene que ir —resopla Thorndike mostrando el vaso vacío que un mayordomo vuelve a llenar de cointreau. Dice Consuelo que no bebas más, Juan. De pie, con la chaqueta puesta sobre los hombros por los ministros, Velasco anuncia que tomaremos el último trago, nadie haga caso a las mujeres. No hay luces en el jardín y los generales, los almirantes empiezan a despedirse, sus sombras en movimiento rodeaban al Presidente que se sabe sentenciado: más miedo en él que en nadie la muerte, más temor cada jaqueca, más alerta cada dolor, cada fatiga acaso el principio del momento tan temido.

*Cassettes 17 y 18: primera sesión,
Cusco. Duración: 120 minutos*

A LAS SIETE DE LA MAÑANA del 23 de noviembre de 1973, Angel Avendaño asomó bostezando por una ventana de su casita en Pumacurcu 624, en el barrio más empinado del Cusco. Nubes lanudas y gordas se apuraban encima de los tejados y, casi desde lo más alto del antiguo laberinto incaico, tuvo la impresión de que la ciudad navegaba patas arriba. Un golpe de viento que llegaba desde San Sebastián o de aún más lejos, hirió su rostro sin afeitar. También poeta, también catedrático, también dirigente universitario, también provocador, también exguerrillero, Avendaño separó olores hasta identificar el vaho húmedo de las piedras monumentales de Sacsawmo, arriba y

más o menos detrás suyo, fragancias a establo y eucalipto, la más cercana intimidad de fogones y desayunos y, abajo, enroscándose, la familiar vecindad de los pobres apretándose entre Pumacurcu, en el barrio de San Cristóbal, y la inmensa Huacacaypata, la plaza donde ajusticiaron a Túpac Amaru. Aunque con ganas de seguir durmiendo, sumergió su rostro en agua fría, resoplando aceptó el primer tazón de café ofrecido por su esposa Rina. Preso político en 1962 en el Panóptico, preso ese mismo año en la isla penal de El Frontón por el millonario asalto al Banco de Crédito en Miraflores que debió financiar una guerrilla, preso en 1963 en la cárcel cusqueña de La Almudena, preso político en 1964 en el infierno selvático de El Sepa, devuelto a esa misma prisión en 1967, este hombre pequeño y robusto, hijo de un ex-guardia civil y de una apenada mujer que cada mañana pide a la Providencia que aparte a su hijo de guerrilleros, marxistas, revolucionarios y otras malas juntas, se instaló a corregir una conferencia, más o menos feliz allí, no en una celda sino en casa, no acosado por violentos caporales sino aceptando el beso matinal de sus cuatro hijos: Ninoska, la mayor; Patricia Kruskaya, la triste; Angel Illich, el fortachón y César Rubén, el rubio.

Ni un presentimiento, nada alteró el absorto trabajo de Avendaño hasta las nueve de la mañana. A cinco años de iniciada la Revolución en el Perú, la combativa ciudad del Cusco parecía en víspera de una guerra. Tres meses cumplían los universitarios de San Antonio Abad desordenando las calles en demanda de reivindicaciones económicas para su antiguo centro de estudios. Tampoco los campesinos estaban satisfechos. A pesar de la Reforma Agraria, hacían de las suyas los gamonales con la complicidad de un Poder Judicial corrompido o aliado a intereses que no eran populares. En noviembre, una redada descomunal envió al Sepa o a incógnitos escondites de la PIP a los principales dirigentes del Sindicato Unico de Trabajadores de la Educación Peruana, SUTEP. Para disuadir a los universitarios de cualquier aventura callejera, el Batallón de Infantería 9 hizo maniobras en la misma ciudad: se adiestraba públicamente en la captura y defensa de los principales edificios cusqueños. No sólo el BI-9 sino las guarniciones de Chaurimayo, donde alguna vez floreció la guerrilla, y de K'osnipata se movilizaban agravando la tensión pública. Campesinos, obreros y estudiantes cusqueños empezaban a sentirse el enemigo,

no importa que los discursos oficiales afirmaran que ellos, el pueblo y nadie más, eran los beneficiarios de la Revolución. Lima estaba lejos y el escritorio de Velasco aún más distante. La verdad, en el Cusco gobernaban las autoridades políticas del departamento y encima de ellas el jefe de la plaza militar y jefe del SINAMOS.

A las 9 y 10 de esa mañana, Angel Avendaño se despidió de su familia y bajó por Pumacurcu hacia la Huacaypata. Cerca del Banco Popular tropezó con el rector de la Universidad, Isaac Velasco Quintanilla. ¿Qué hace usted aquí? se sorprendió el rector, ¿no sabe que hay desórdenes universitarios? Avendaño no sabía. Como integrante de la comisión de gobierno, se apuró hacia los claustros. Provocaban sistemáticamente a los muchachos para intervenir en San Antonio Abad. Querrían aplastar su autonomía, la creciente importancia estudiantil en el manejo de la universidad. Pero cuando bajó del taxi, todo parecía en calma. Marca su tarjeta de empleado, camina Avendaño saludando a los estudiantes, averigua que hace un rato peleaban por aquella aula que ya está en poder de los muchachos de Economía, saluda a los otros empleados de la Biblioteca Central, se sienta en su oficinita a revisar el parte de lectores.

Era un día como cualquier otro en aquel recinto silencioso, una de las bibliotecas más importantes del país. Allí se atesoraban primeras ediciones del Inca Garcilaso y de Concolorcorvo, también la irremplazable biblioteca jesuita, donada a la Universidad en 1647. A las diez de la mañana se produjo una estampida que golpeó las puertas. Dos muchachas aullaban en la entrada.

—¿Pero qué sucede? —se alarmó Avendaño.

—¡Están atacando la Universidad, doctor! —gimió una alumna—. ¡Es la policía!

Cargó Avendaño a una de las estudiantes, alejándose de la Biblioteca que estaba expuesta al ataque. Por la avenida de la Cultura comprobó que la Guardia Civil bombardeaba con gases a San Antonio Abad. Los estudiantes respondieron con una lluvia de piedras. Se escucharon las primeras descargas y cayeron algunos muchachos alcanzados por perdigones. Avendaño rabiaba. Decía qué fascistas de mierda, nunca se baleaba una universidad carajo. Con sus propias manos conectó las mangueras de los jardineros. Los chorros de agua abatieron la nube de gas que acorralaba los claustros. Varias ráfagas de ame-

tralladora convencieron a Avendaño de que no valía la pena enfrentarse desarmados a la agresión. Retrocedió a una oficina donde los representantes de la comunidad universitaria le encargaron hablar con el jefe militar del Cusco. Discó el número de la comandancia. Cuatro veces dió señal de ocupado. A la quinta contestó una voz nada cordial.

—Quiero hablar con el General —vociferó—. De parte del doctor Angel Avendaño, de la comisión de gobierno de la Universidad.

—El General no está —replicó el capitán ayudante desde la IV Región Militar.

—Escúcheme usted: están matando a los muchachos y hago responsable a la policía que viola la autonomía universitaria y al General que lo permite. ¿Me ha entendido?

—Lo he escuchado, doctor. Espere un momento.

Los guardias rompieron a puntapiés la portería, penetraron hasta la Biblioteca rompiéndolo todo.

—Identifíquese —dijo otra voz.

—Soy el doctor Angel Avendaño, miembro de la comisión de gobierno de la Universidad. Supongo que usted es el General.

—Así es. Y estamos grabando la conversación.

—Puedo imaginarlo —a Avendaño se le entrecortaba la respiración—. Soy hijo de un ex-policía pero jamás he visto tanta furia como la que se ha desatado contra nuestra universidad. Le hablo por encargo de la comunidad. El tres de octubre de 1972 el General Velasco invitó a los intelectuales a expresar sus críticas al Poder...

—Los contrarrevolucionarios han buscado este enfrentamiento —dijo la voz secamente.

—Los contrarrevolucionarios son los oficiales de la policía que provocan sistemáticamente a los estudiantes —apenas podía controlarse: los freían a balazos y encima los acusaban de atacar al Gobierno.

—No es momento de discutir quiénes son los contrarrevolucionarios —se enfrió la voz.

—Le pido que ordene a la policía que se retire de la Universidad —observó por la ventana tres cerros de cascotes, calculó—: Han lanzado mil bombas.

Hubo un silencio.

—Estoy dispuesto —dijo el General—. Sólo si se compromete a garantizar que hoy terminan las marchas universitarias.

Avendaño suspiró. Eso era. No querían más protestas callejeras.

—Ni Cristo puede garantizarlo —dijo con voz que se desinflaba.

Perforaron las balas a Jaime Salas, hijo único, estudiante del cuarto año de ingeniería química. Nunca se sabrá dónde lo enterraron.

—Entonces haga las gestiones pertinentes ante el Prefecto. Es el único que puede impartir la orden —dijo el General.

—Como revolucionario y representante de Velasco usted debe detener esta matanza —volvió a indignarse Avendaño.

—Si no hay compromiso de su parte... Porque yo sé muy bien quién es usted. Si quiere, usted los puede controlar.

—Esto no es revolución —bufó Avendaño—. Esto es peor que cualquier dictadura.

—No tenemos nada más que hablar —dijo el General y colgó el fono.

Cusco conocía el ataque a la universidad. Voces de que al menos diez o doce muchachos y no sólo uno habían muerto acibillados, sublevaban los ánimos más calmados. Una lenta indignación se propagaba hasta los barrios obreros. En la avenida de la Cultura se concentraba una rabiosa multitud universitaria. Súbitamente la Guardia Civil se retiró.

Avendaño contó siete cascotes de bombas lacrimógenas nada más que en su pequeña oficina. Por aquellas ventanas los asaltantes habían lanzado suficiente gas dentro de la Biblioteca como para asfixiarlos. Pero estuvo felizmente vacía. Pudieron incendiarla con las bombas. Echó llave a todas las puertas y corrió a dar alcance a los estudiantes que emprendían una marcha hacia el centro de la ciudad. Al frente estaba Tany Valer.

—¡Espera, Tany! ¡Esto es caer en la provocación! —los universitarios lo abuchearon—. ¡No tengo miedo a morir —gritó— ¡Pero no quiero que la Universidad sea intervenida por la reacción!

Avendaño se sumó a la protesta. Gravemente recorrieron Limacpampa Grande, con ojos enrojecidos, todavía llorosos vencieron Abrazitos, desafiantes colmaron Limacpampa Chico. De cualquier parte llegará la embestida policial a garrotearlos, a arrastrarlos a prisión. Y sin embargo se atrevieron por la plazoleta de Santo Domingo, vociferando ante mudas facha-

das que los claustros han sido atacados, que han muerto estudiantes del pueblo. Cobrizos y fuertes muchos hombres se unían a la marcha, gritaban que muy bien mujeres robustas de amplísimas polleras. Se duplican y triplican mientras al fin confiados, valientes a plenitud avanzaban por la Bajada de Arrayán. Allí los estudiantes trizaron el letrero de Radio On-da Imperial, única emisora que propaga en el país La Voz de los Estados Unidos. Grita Avendaño que no, que basta un vidrio roto para justificar la represión, que mejor siguieran adelante. Por la avenida El Sol llegaron a la Huaccaypata. La terrible mañana que nadie ha olvidado, Areche comulgó por los ajusticiados y desde el edificio de la Compañía contempló el suplicio de Túpac Amaru. Después llovió tanto que sus cenizas regresaron a la tierra, sin que el viento las aceptara. Allí, donde Túpac Amaru fue cortado y tironeado, esperaba la Guardia Civil. La marcha no se detuvo. Los policías no se movieron. Pasaron vociferando entre los pelotones. Dejaron atrás Espaderos y la Plaza del Cabildó, en cuya otra orilla se cerraban con temor las ventanas del Hotel de Turistas. A doscientos metros del repudiado local del SINAMOS, la marcha prefirió San Juan de Dios para desembocar, a las tres de la tarde, ante la vacía comandancia de la Guardia Civil. Mientras los más atrevidos la penetraban, el grueso de los estudiantes doblaba por la Plaza de San Francisco y después por Santa Clara a la calle del Marqués, a quinientos metros del SINAMOS, y, en fin, hacia el mercado, las barriadas, la avenida El Sol y, a las cuatro y media de la tarde, de regreso a la universidad.

—Aunque sea una papa por persona, pero que el comedor atienda a todos —ordenó Avendaño al acabar la marcha.

—Doctor, SINAMOS dice está ardiendo.

—¿Cómo? ¿SINAMOS?

Ni siquiera habían desfilado frente a la sólida casona de muros incaicos y doble reja donde funcionaba el SINAMOS.

—¡Angell! ¿Qué ocurre? Están diciendo que hay cuatro muertos y que ustedes han quemado SINAMOS —su amigo Felipe Portugal llegaba en ese momento a la universidad—. Van a implantar el toque de queda. Vete de aquí, los van a barrer.

SINAMOS, en efecto, ardía como si fuese de madera y no de antiguo granito. Según la versión oficial, los universitarios

habían arrojado trapos empapados en petróleo y cocteles molotov por sus ventanas. La guardia policial fue retirada del SINAMOS una hora antes del siniestro. Los bomberos sólo llegaron cuando la casona de la calle del Marqués era un infierno.

—Hermano, no sé qué hacer —Avendaño se hundió en una silla—. Todo esto es una trampa. Puedo ir a dormir a tu casa. Seguramente habrá redada.

Pero Avendaño no salió de la universidad. A las cinco de la tarde, el BI-9 rodeó los claustros. Sólo se podía salir a las calles con salvoconducto de la IV Región Militar.

Eran cuatrocientos entre estudiantes, familiares, catedráticos y empleados. Avendaño ordenó que abrieran los sótanos. La despensa del comedor universitario fue vaciada por los alumnos. El gobierno interrumpió el fluido eléctrico, les cortó el agua. Pero San Antonio Abad tiene un pozo, no importa que salobre. Se abrigaron como pudieron en el subterráneo. Cayó la noche sin que una luz les permitiera verse los rostros. De rato en rato los sitiadores disparaban ráfagas al aire. Escucha Avendaño la cercana crepitación, preguntándose para qué tanto ruido si es que no quieren matarlos. Invisibles pisadas crisparon a los acorralados. Acaso anunciaban un nocturno final. Pero ninguna violencia los alcanzó esa primera noche. Al amanecer descubrieron que la tropa había sacado escritorios y carpetas amontonándolos en la calle.

Mujeres, niños y algunos ancianos compartían el refugio de estudiantes y catedráticos. No podía ser Avendaño, era inhumano, así que Avendaño se aventuró por los jardines hasta la alambrada. Un soldado lo apuntó con su fusil. Intentó hablar con un teniente y lo mandaron a la mierda, así que regresó sobre sus pasos sabiéndose apuntado por la espalda. De vuelta en el refugio se descubrió bañado de sudor.

A los tres días se acabaron los víveres. Al quinto día escucharon por la radio una invitación de la IV Región Militar para que salieran de allí. Los culpables serían tratados de acuerdo a su condición humana, ofrecía la voz, aunque castigados severamente. Después se anunció una tregua de nada más que cinco minutos para que las familias de los acorralados se acercaran a la universidad. La verdad, la situación quemaba. No podía el Ejército tomar por asalto los claustros, obreros y campesinos le paraban el Cusco al General. Duran-

te cinco días, a trescientos metros de la Universidad las patrullas detenían a quienes intentaban llevar ayuda. Esta vez los dejaron pasar.

Julián Choque, empleado de San Antonio Abad, se enteró de la tregua cuando ya corrían los cinco minutos. Se apuró a comprar una bolsa de pan.

—Estamos jodidos. Hay gente enferma. El frío es bestial y no tenemos frazadas. Nos acompañan algunos viejos que están resfriados. Hay varias criaturas. Hace dos días se terminó la comida. Para salir de aquí necesitamos garantías.

Felipe Portugal escucha el informe de Avendaño, dice que pedirá la intervención de la Cruz Roja.

Sonó un silbato.

Julián Choque corrió hacia la alambrada con dos soles de pan recién horneado en una bolsa de papel. Angel, gritó, disponiéndose a lanzar el paquete por el aire.

La tregua había terminado.

Un soldado le clavó la bayoneta por un costado. Otra bayoneta lo avanzó por los riñones. Lo izaron los aceros ante los ojos espantados de estudiantes y catedráticos. Se salía su lengua, de pronto deshecho por tantos filos rencorosos. Julián Choque abría y cerraba puertas, barría pisos, era amable, no tenía sino cinco soles en el bolsillo y dos de pan en una bolsa, a la que se abrazaba mientras su cuerpo brincaba en el pavimento y de sus agujeros salían pequeños surtidores de sangre.

Bestias, gritaba. Hijos de puta, gritaba. Malditos sean, gritaba. La puta madre que los parió, gritaba. Los iban a joder a todos y ni siquiera podían defenderse. Nunca había odiado tanto como ahora, fresco todavía el recuerdo de la breve e innecesaria agonía de Julián Choque. Por dos soles de pan, carajo. Por un poco de amistad, puta madre.

A los diez días se rindieron. Abandonaron la Universidad los familiares, después los estudiantes. Desde los claustros, Avendaño comprobó que nadie se interesaba aún en detenerlos. La tropa nada más quería que salieran de allí. Con otros dirigentes subió a un automóvil y tranquilamente salieron entre los soldados hasta la ciudad. La PIP merodeaba el 614 de Pumacurcu así que Avendaño fue a esconderse a casa de sus padres. Por primera vez, el viejo no pronunció un solo reproche.

Hasta el cuatro de diciembre Avendaño se evaporó. Sólo Tany Valer era más buscado que él por la policía cusqueña. Ese día consiguió hablar con la artista argentina Marta Campana. Le pidió que buscara en su nombre al poeta César Calvo.

Trece días tardó Calvo en llegar al escondite de Avendaño. Vinculado al Director Superior del SINAMOS, Carlos Delgado, había organizado un grupo cultural dependiente del Sistema en el Cusco. Sabía Avendaño que su amigo a veces escribía los discursos del General, que disfrutaba de salvoconducto ahora que había estado de sitio, que podía solicitar mínimas garantías al jefe de la plaza militar. Estabas jodido, comentó Calvo, se acusaba a Avendaño de toda suerte de crímenes, empezando por el incendio del SINAMOS. Lo primero que se carbonizó allí fue la sección contabilidad. Avendaño sintió un escalofrío. A consecuencia de los sucesos, la policía emprendía una redada que complementaba aquella que envió a prisión a sesenta maestros del SUTEP. La Universidad San Antonio Abad estaba de rodillas. Y a quienes criticaban la Revolución desde la izquierda, o los habían enjuiciado o los buscaba la PIP poniendo al Cusco de revés.

—El General nos espera —anunció Calvo tres días después.

Avendaño no se había afeitado desde que se escondió. Aquella barba negra y espesa ocultaba la mitad de su rostro. Vistió su mejor traje. No tenía corbata y Calvo prestó la suya. Viajaron en taxi a la IV Región Militar. Nomás en la entrada dos soplones reconocieron a Avendaño y quisieron arrestarlo. Calvo franqueaba la secretaría del General.

—He venido con él, hermanito —se disculpó Avendaño señalando a su amigo—. Es del Servicio de Inteligencia y llegó primero.

Los detectives intercambiaron miradas y lo dejaron pasar. No demoró Calvo en asomar desde el despacho del General y llamarlo con un gesto.

—El señor Avendaño, General —los presentó como si más amable fuese la reunión.

—Puedes irte, César —dijo el General de pie. Estudió Avendaño sus calculados movimientos. El otro no lo invitó a sentarse—: Francamente no tiene por qué estar oculto.

—Claro, pero igual se ha desatado en el Cusco una represión feroz. Ya conozco que se me acusa de delitos que no he cometido y que no pueden probarme, pero en realidad quieren

alejarme de la Universidad —Avendaño habló acaloradamente. El General permitió que le echara un discurso. Mientras estuvo fugitivo, Avendaño había leído todos los discursos de Velasco, todos los documentos ideológicos de la Revolución, empleaba ahora argumentos gubernamentales para explicar al General por qué se luchaba en el Cusco. Concluyó más bien anhelante—: Siempre he combatido por la izquierda y sus ideales.

—No puedo hacer nada por usted —dijo el General oprimiendo un timbre.— Que venga el Inspector.

Enmudeció: ¿para entregarse a la PIP se había puesto corbata? Recordó a su padre con uniforme de policía, llevándolo de la mano a la comandancia el día que lo echaron de la Guardia Civil por aprista. Ciertamente, el viejo había sido aprista notable en el Cusco, viajaba uniformado en el estribo del auto de Haya de la Torre cuando en 1945 visitó la ciudad. Tres años después, apenas fracasó la revolución aprista del Callao, tan pronto llegó un telegrama anunciando que el General Odría era el nuevo presidente del Perú, notificaron a Pedro Avendaño que lo echaban del cuerpo. Nunca se achicó ese viejo. Ahora que silbar la marsellesa aprista merecía la cárcel, el expolicía entró a la comandancia saludando con un ¡seasap compañeros!... como habituaban los apristas. Un silencio de plomo le contestó. Por fin dejó de ser cachaco, decía Pedro Avendaño mientras entregaba su arma, sus balas, sus fornituras. Y el guardia Chauca, su íntimo amigo, le susurró en la oreja: te van a matar, Pedrito, te van a matar.

—¡Maricón! —el Inspector lo sacudió—. ¡Hijo de puta! ¿Dónde has estado?

—En mi casa —mintió Avendaño adoptando el aire aturdido que había aprendido de los campesinos en la cárcel. Seis detectives lo rodeaban en una oficina.

—El General te ha garantizado así que puedes ir a tu casa a que te afeites, cabrón, porque así sólo andan los guerrilleros.

—Muchas gracias, señor inspector.

—Te vamos a tener vigilado —advirtió el policía más calmado.

—Sí, señor inspector.

No es libertad vivir así, seguido de cerca, rodeada su casa por apenas invisibles detectives, mientras en derredor suyo crece la telaraña. Pensó escapar, pero adónde. Ni siquiera

fue a su casa en Pumacureu, no fueran después a perseguir a su esposa o a sus hijos. Prefirió continuar en casa de sus padres, como antes de entregarse, aunque ahora al menos podía ir a la Universidad, a presenciar cómo se desmoronaba su autonomía. César Calvo lo visitó una vez: no sabía hermano lo que iba a suceder, se peleó con el General porque engañó a los dos. No te preocupes por mí, flaco —decía Avendaño: nadie se preocupe que él estaba acostumbrado. El 7 de enero salía con un grupo de personas de la Universidad a tomar desayuno cuando una docena de agentes los rodeó, encañonándolos.

—¿Quién es Avendaño? —gritó un policía.

—¿Quién es Avendaño? —demandó el oficial Girón apenas llegaron a la Estación de la PIP en Cochirihuaylla.

—Yo soy.

—Concha tu madre, ven aquí carajo —Girón lo arrastró hasta derribarlo en una celda—. Me voy a culear a tus hermanas, huevón —lo pateó dos veces—. Me voy a cachar a toda tu familia.

Lo odió desde el suelo, en silencio.

—Así que líder universitario, ¿no? Tú eres un ladrón, una pobre mierda —abofeteó el rostro lívido, otra vez lo sacudió por los cabellos hasta estrellarlo contra las paredes de la celda—. A ver, repite: yo soy ladrón.

Se había cubierto el rostro con los brazos.

—Repite, mierda —el zapato del oficial se hundió en sus costillas—. ¡Repite!

—Yo soy ladrón —se apagó Avendaño.

—No escucho.

—Yo soy ladrón.

—¡Más alto!

—¡Yo soy ladrón! —gritó el prisionero.

—Yo soy una mierda.

—¡Yo soy una mierda!

—Yo participé en el asalto al banco. . .

—¡Yo participé en el asalto al banco!

—... yo no creo en Dios. . .

—¡Yo no creo en Dios!

—... yo no tengo Patria. . .

—¡Yo no tengo Patria!

—... yo no tengo madre.

—¡Yo no tengo madre!

—¡Más alto!

—¡Yo no tengo madre! ¡Yo no tengo madre!

—Muy bien, así me gusta —Girón lo contempló un rato. Avendaño no se movió. Sin decir palabra, el policía salió cerrando tras de sí.

Hua'nchac no era entonces parte del Cusco, sino que se adhería a la ciudad por un enorme barrizal que ningún auto se atrevía a cruzar. Ahí, en dos cuartos, se instaló el ex-guardia Avendaño con su esposa y sus siete hijos menores. Con sus propias manos construyeron el horno. Después aprendieron a amasar y a hornear pan. Al principio el negocio no alcanzaba para tantas necesidades, pero tenían techo y nunca faltó una hogaza tibia. Con los años, esa destartalada y humilde panadería de barriada llegará a ser la más importante del Cusco, pero distante todavía la prosperidad, los Avendaños trabajaban siempre más, como si de nada sirvieran las jornadas de diez o doce horas, como si estuviesen condenados a ser parias toda la vida. Una tarde Angel descubrió un tesoro de latas de leche evaporada con mecha en un escondite paterno. Llevó una al colegio: qué raro, nunca antes había visto latas con rabo. Calla cojudo, eso no era rabo, explicó un amigo que le llevaba seis años de edad. Tampoco era leche evaporada. Eso es una bomba. El amigo venía de familia aprista, un hermano suyo estaba escondido o en el desierto, vaya uno a saber, y en su casa había latas igualitas. Llegó el domingo y se fueron los chiquillos a los cerros, a ensayar su artillería. Eligieron lo más remoto que alcanzaban sus piernas, no los fuese a capturar la policía. Ni siquiera nervioso, Avendaño encendió una mecha. ¡Tírala, pues, sonso! se preocupó el amigo. Voló la bomba justo a tiempo. ¡Pom! Se estremeció la campiña, despertó un orfeón de perros. Así empezaron a jugar a la revolución, capturando imaginarios cuarteles defendidos por villanos policías.

Tres días después se abrió la celda y entró Girón con un voluminoso expediente: diecisiete arrestos Avendaño, un asalto a un banco, guerrillas, paredes pintadas, periódicos subversivos, tráfico de armas, rebelión, ataque a la fuerza armada, eras una peste Avendaño. El policía lo despreció.

—¡Político! ¡Puaj! ¡Tú eres un ratero de mierda! —mostró la ficha—. Aquí está todo escrito.

—También pueden escribir mentiras.

—¡Juna gran puta! ¿Quién va a mentir, cojudo? ¿Nosotros? Nosotros somos la ley, huevón —lo zarandeó del pelo hasta colocarlo contra la pared y esposarlo por la espalda. Antes de salir le estampó un bofetón—: ¡Para que vayas recordando!

Lo dejaron en el “Limbo”, una celda hermética, toda de cemento o fierro, donde era imposible reconocer el día o la noche. Quiso sentarse pero cualquier movimiento cerraba aún más las esposas que ya mordían insoportablemente sus muñecas. Clic, sonaba y otro diente quedaba aprisionado en el mecanismo de acero. Lentamente comenzó a echarse, casi sin respirar. Resbaló. Clic, clic. Los anillos de acero aplastaban sus venas, sintió que sus manos se enfriaban, hinchándose y amoratándose. Por fin de costado, apoyó la mejilla abofeteada en el cemento viscoso. Entonces sintió la vejiga hinchada. Cuatro días sin defecar pesaban en sus tripas. Hubiese orinado en la otra celda. Ahora que no podía moverse, se detectaba la nariz sucia, un escozor en la oreja, otro en el cuello. Soportó mientras trataba de aflojar los músculos. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Media hora, cuarenta minutos? Movié sus dedos entumecidos. Un aguijón se le clavaba por la vejiga pero no conseguía orinar, así de costado, no importa que vestido con su traje de domingo. Pujó hasta que un hilito de orina caliente mojó sus ropas y, vuelto chorro, resbaló por sus piernas, empapándolo. Después el líquido se enfrió, colmándolo de asco. ¿Una hora? ¿Dos horas? ¿Cuántos cientos o miles de horas de oscuridad, de hedor, de hambre, de torturas eran necesarias para doblar a un hombre? Trepaba a Sac-sawmo a disfrutar su soledad, el silencio de las ruinas jaspeadas. Huía del rigor paterno para vagabundear: tal su oficio predilecto. Miraba la ciudad callada, el lento paso de los mendigos a los que imaginaba inmortales, tan pobres, inmutables desde el principio de los tiempos, preguntándose cuánto tiempo necesitaban para vestirse con sus numerosos andrajos que suponía puestos en orden. Aparecía el joven Chango Aragón siempre armado de una taza que usaba a manera de micrófono, porque Aragón no sólo era comandante de minúsculas huestes revolucionarias que capturaban imaginarios cuarteles hechos de ruinas incaicas, sino también locutor de la ficticia OAX

7A, que con voz monocrorde y urgente iba historiando las aventuras infantiles o entrevistando a sus pequeños compinches. Porque el Chango, mayor que ellos, era capitán nato de la chiquillería en la barriada de Hua'nchac, que en la cresta de algún buen negocio juvenil invitaba pasteles y gaseosas en el Delicias o financiaba una auténtica pelota de fútbol. Qué ayer nomás esas tardes dulces bajo los eucaliptos y qué largo el tiempo que se espesaba en la celda, negándose a discurrir, mientras con un chasquido seguían cerrándose las esposas más allá de todo lo soportable y casi sumido en un letargo de fatiga y tedio y desesperanza contaba Avendaño de uno a mil y otra vez de uno a mil, hasta haber contado muchos millones de nada. Chirrió la pesada puerta pero afuera estaba oscuro y no distinguió a Girón hasta que la linterna lo encandiló.

—Vamos, de pie —la voz parecía amable.

Movió primero los brazos, sus manos inútiles, las muñecas cárdenas, la piel adelgazada, a punto de derramarse en sangre vieja, estancada. Dolían todos sus goznes, su almacén entumecida. Movió las piernas enfriadas, las costillas heridas contra el cemento. Sin conseguir estirarse del todo, siguió dócilmente a Girón hasta una oficina. No sólo la libertad le había sido arrebatada, también su condición humana. Era propiedad de su interrogador. Así devuelto Avendaño a un estado de total servidumbre, Girón se mostró casi afectuoso.

—Siéntate —ofreció una silla y le quitó las esposas—. Vamos a hablar por las buenas.

Si confiesas lo que él quiere que confieses, si te das por vencido, si no te opones más, es posible que no te vuelvan a pegar y te permitan dormir sin esposas. Conversaron de la universidad, de las huelgas estudiantiles, de los viajes de Avendaño a Lima. De rato en rato, Girón exhibía fotografías que supuestamente comprometían al prisionero en delitos contra el Estado. No había cambiado el estilo, tampoco los argumentos policiales. Golpeaban lo mismo antes de la Revolución.

—Eres hombre muerto —dijo Girón—. Aquí estás en la avenida Grau con Chang.

—¿Y eso qué prueba? —Avendaño se reconoció junto a Eugenio Chang Navarro en Lima—. El ha muerto con el Che. Lo mataron en Bolivia, no en el Perú. Esa foto tiene más de diez años. Y yo ya estuve preso por las guerrillas.

—¡Cojudo! ¡Tienes la suerte de que sea tu amigo! ¡De

piel! —Girón volvió a esposarlo— Ah, pero no quieres colaborar. ¿Crees que voy a perder mi tiempo?

Lo devolvieron a la celda. Imposible dormir a pesar del infinito cansancio, Avendaño volvió a tumbarse en el piso de cemento, a ponerle números al tiempo, a escuchar pisadas o risas de sus carceleros. A las diez de la mañana abrieron la puerta y le permitieron lavarse.

—Vas a mostrarnos dónde estuviste escondido —advirtió Girón—. Ten mucho cuidado con lo que hablas —le examinó las muñecas amoratadas—. Una sola palabra de los golpes y te jodes. . .

—Muy bien, señor Girón.

Después de tan larga ausencia, ven los niños llegar a su padre esposado a la espalda rodeado por extraños que dan órdenes, allí dónde sólo mandaban mamá y papá, manoseando queridas posesiones o desordenando brutalmente los papeles que les estaban prohibidos: manuscritos, cartas, también poemas, discursos, hojas que arrancan para amontonarlas en una caja de cartón que arrastran por el piso mientras recogen su botín de sospechas. Angel Illich esconde el rostro avergonzado detrás del mandil de mamá, por qué papá no les pegabas hasta echarlos de allí, caray, él te ayudaba. Patricia Kruskaya sorbió los mocos, hipando. Papá simula estar de acuerdo, colabora con el saqueo, hasta sonríe cuando le arrebatan el álbum de fotos o lo separan de esos libros comprados por la abuela y que él conserva como lo único que valió la pena en toda su infancia. Suspiró aliviado cuando el registro terminó de voltear la casa. Rina contempla inexpresivamente, restándole importancia. Mierda, todos disimulaban menos Angel Illich y Patricia Kruskaya que enfermará de pena. Ninoska no está. César Rubén optó por no moverse de la cocina. Atrapado por la mentira, así está. Porque ahí no estuvo. Sin embargo debe inventar cómo se escondió, desde dónde atisbaba a los policías que llegaron a preguntar por él. Con las manos prisioneras en la espalda se despidió de sus hijos, desfiló ante los vecinos. Arrancó la Toyota y cien metros más allá, el chofer clavó el freno. Incapaz de sostenerse, Avendaño se estrelló contra el parabrisas. Aceleró el auto y volvió a detenerse. El preso daba botes, magullándose el rostro. Girón volvió a cogerlo del cabello.

—¿Dónde se reunían clandestinamente? —lo golpeó contra

los filos interiores del vehículo— ¡Habla, mierda! ¡Te podemos matar, huevón! ¡Habla, habla!

—¿Qué reuniones? —gimió Avendaño.

—¡Habla, cojudo!

—No hubo reuniones —la voz se adelgazaba. Lo arrojaron como un fardo en el “Limbo”. Se recordó a sí mismo, vuelto a la conciencia, aunque ahora ferozmente magullado. La frialdad del cemento alivió sus labios hinchados: besaba la piedra como si eso fuese una caricia. Esa noche lo visitó Rondinel. Era policía pero había sido su compañero de carpeta. Suplicó ayuda—: Hermano, ¿hasta cuándo?

—Estás jodido, Angel. Girón te odia.

—Por favor, suéltame un poco las esposas, llévame a un baño, no aguento mi propia pestilencia.

Rondinel lo escoltó hasta un mugriento inodoro. Habían sido amigos allá en Hua'nchac, pero ahora desconfiaba. Aguardó en la puerta mientras Angel defecaba. Después le quitó las ropas y lo baldeó. Ya seco, vestido, flojas las esposas, le invitó un tazón de sopa caliente y nuevamente lo encerró en la celda. No había tenido tiempo ni de mirar las estrellas. Todo allí era cemento, fierro, todo agonía. Acaso ahora durmiera, diluyéndose en lo más negro del sueño, como una muerte. Mejor te hubieses ocultado Angel en San Salvador, el pueblo donde nació tu madre, allá en un valle cerrado, partido en dos por el turbulento Vilcanota y en cuyos espesos maizales había burlado la persecución cuatro veces entre 1963 y 1967. Pero Juan de Dios Licon, el waqeqmasi, el campesino que trabajaba al partir un terrenito de mamá y que otras veces había ido al Cusco a guiarlo por campos y senderos de montaña hasta ese paraíso impenetrable, purgaba cárcel por una deuda de veinte mil soles. Se había dormido cuando abrieron la celda violentamente. Contra la pared, mierda. El empujón lo aplastó contra el cemento. Girón le cubrió la cabeza con una capucha negra.

—Te llegó la hora, concha tu madre. Vas a aprender lo que hacemos con maricones como tú, cojudo —siseó el policía empujándolo hacia el patio—. ¡Caminal!

Ciego y sin brazos, cómo andar así por pasadizos y escaleras. Detrás suyo, Girón lo apuraba, insultándolo si se detenía. Más rápido, más alto, más bajo: la capucha lo sofocaba. Intuyó unas escaleras y se detuvo. Un feroz puntapié hi-

rió sus riñones y lo hizo caer de bruces. No importan sus gemidos, el policía siguió pateando hasta obligarlo a levantarse, a casi rodar los peldaños, en fin, a detenerse. Otros policías le quitaron la capucha de un tirón, arrancaron sus ropas. Después los dejaron solos, Girón con su gorrita de comando, sus bigotes caídos y su mirada de desprecio; Avendaño desnudo, tiritando, todavía esposado. Observó baldes, sillas, látigos y sogas, hasta una escalera de tijera y un teclé. Ahora lo descoyuntaban hasta que admitiera cualquier cosa. Acaso mejor fuera evitarse el sufrimiento. Respiró el aliento borracho de Girón. Comprendió que el policía prefería torturar.

—Te voy a hacer culear, cojudo —dijo el policía caminando en derredor de su víctima—. ¡A ver, agárrate la pinga si puedes! ¡Ahora haz guerrilla, huevón! ¡Asalta un banco! Repite: yo soy un maricón.

—Yo soy un maricón.

—¡Más fuerte!

—¡Yo soy un maricón! ¡Yo soy un maricón!

—Le he sacado la mierda a tipos más capos que tú —dijo Girón acariciándole una mejilla en la que descargó un súbito bofetón—. ¡Ahora salto y te rompo el cuello, carajo! ¡Habla!

—Sí, señor Girón.

—Has robado a la universidad, ¿verdad?

—No, señor Girón.

Le arrancó un mechón de pelos del pubis. Avendaño gimió intentando retroceder. Otro bofetón lo enderezó.

—Repite...

El miedo le galopaba por la sangre.

—Sí, señor Girón.

—... yo soy un ratero...

—¡Yo soy un ratero!

Esta vez el oficial le tironeó el sexo. Avendaño sintió que se lo arrancaban, aulló a duras penas sosteniéndose de pie.

—¡Más fuerte!

—¡Yo soy un ratero!

—¡Gritalo!

—¡Yo soy un ratero!

Girón le escupió el sexo, otra vez se lo tocó. La baba caliente resbaló por la amoratada verga del prisionero.

—Yo he robado a la universidad, vamos, dílo —otro bofetón, otro mechón se desprendió del pubis, la zarpa del poli-

cía jaló orejas, testículos, nariz—. ¡Repítele! ¡Yo he robado! ¡Yo he robado a la universidad!

—Yo no he robado, señor Girón.

—Yo soy un enemigo del Perú... ¡repítelo!

La verdad, era tan poca cosa así, en medio de esa habitación colmada de groseros instrumentos de tortura. Tal vez si recién lo hubiesen capturado, si nomás ayer hubiera despertado rodeado por su familia y su pellejo estuviese habituado no al cemento sino a cálidas cobijas, tal vez entonces habría flaqueado, pero ahora ya no importaba, el peor de los dolores era siempre el primero, y aún más insoportable era la idea de un dolor inevitable pero desconocido. Las uñas de Girón se clavaban en su sexo, desollándolo. Puesto de rodillas, no jugarán al caballito. Te van a culear, dice el oficial descargando expertas violencias en sus riñones para que hables, concha tu madre, para que mañana orines sangre. Tales bofetones le reventaban los oídos, aquella boca odiada escupía todo el tiempo: al cautivo, al suelo, a los rincones. ¿Dónde está Tany Valer? ¿Quién les paga para que hagan huelgas? ¿Qué dirigentes campesinos están vinculados a la subversión universitaria? ¿Cuánto le has robado a la universidad? Ni una sola vez preguntó Girón por el incendio de SINAMOS. Siete horas después de empezado el interrogatorio, Avendaño se desplomó.

Un violento frío hizo que abriera los ojos. Apretó las mandíbulas como mordiéndose a sí mismo, en vano sujetándose por los dientes. Temblaba fuera de control. Todavía desnudo y esposado, lo habían arrojado en una celda que parecía una enorme y sombría pajarera, abierta a todos los vientos. A 3,700 metros sobre el nivel del mar, el frío cusqueño lo acuchillaba. Tan violento era su temblor que Avendaño se preguntó si no estaría ya agonizando. Una remota satisfacción de haber soportado la tortura sin rendirse apenas calentó sus entrañas. Las esposas ya no importaban. Comenzaban a ser parte de su organismo, a no entorpecer del todo sus movimientos. Se enroscó, examinándose el sexo tumefacto, el pubis al que habían arrancado casi todos sus pelos. Los golpes aún quemaban en su cintura y ardían en sus orejas. Al rato apareció Rondinel con un tazón lleno de avena. Girón se ha ido a dormir, has sido macho, dijo el policía. Tragó la avena insípida pero tibia como si fuera un manjar único y

desconocido. Rondinel se arriesgaba quitándole un rato las esposas, hasta le ofreció un cigarrillo, pero Avendaño quería un poco de agua, un soplo de calor, imploró a su antiguo compañero de escuela que le devolviera sus ropas o que lo sacara de esa jaula, no conocías hermano lo que era el frío y Rondinel estuvo de acuerdo, no lo conocía, nunca lo habían torturado, la sola posibilidad de que algún día pudiesen encapucharlo y colgarlo de la espalda para moler sus riñones o achicharrar con electricidad sus testículos, agitaba sus sueños y motivaba taciturnas borracheras. Antes de volverlo a esposar, Rondinel comentó que lo habían tratado bien. Porque Angel, a veces se les pasaba la mano y nomás tenían que enterrarlos.

Veinticuatro horas después lo devolvieron al "Limbo". El oficial PIP Moreno lo pateó hasta sangrarlo porque una hermana de Avendaño, que intentó visitarlo, rechazó sus amaneradas insinuaciones. El oficial Gamarra llega en la oscuridad a golpear la puerta. —Avendaño, Avendaño —susurra—. ¿Te gusta? ¿es rico, no? Pero ya viene lo mejor. Ya te vamos a colgar. Viene un negro a culearte—. Pero Avendaño conocía que por ahora han suspendido el interrogatorio: lo dejaban dormir, le daban de comer una vez al día, lo sacaban de su celda para que caminara y viera el sol, hasta lo bañaron con un chorro de manguera. A los ocho días del nocturno infierno administrado por Girón, dos policías a quienes no conocía se lo llevaron esposado al Palacio de la Justicia cusqueña. Tocaron la puerta del juez instructor Luis Alcázar Castilla y se lo entregaron. Doctor, era todo suyo. Adiós, Avendaño.

Amontonados los expedientes, atados con pita, cubiertos de polvo los procesos, caminadas por moscas las acusaciones, roídos por polillas los alegatos, en monumental desorden la justicia allí arrinconada, dudó Avendaño de la temulenta imparcialidad del juez. Aunque era de mañana, el doctor Alcázar se había echado sus tragos, lo recibió untuosamente. Tome usted asiento, amigo Avendaño, y luego, con su susurro de confesión: ¿sabe usted? Yo también soy izquierdista. Ah, mucho gusto doctor Alcázar. Regáleme pues cigarrillos, toda la cajetilla doctor Alcázar, y un fosforito, muchas gracias.

Cuando se le pasó la borrachera, el juez instructor lo mandó encerrar en la cárcel de La Almudena. Lo acusó de incendiar SINAMOS.

EL DOCTOR LUIS GONZALES POSADA, cuñado del Presidente de la República, tiene treinta años de edad. También es abogado, hombre de negocios, funcionario público. Mientras concluyen de construirle su casa en un nuevo barrio residencial, vive en un apartamento de tres alcobas entre San Isidro y Miraflores. Su esposa, en avanzado estado de embarazo, estudia el menú. Marilú de Cossío de Gonzáles Posada elige para sí y su marido un chateaubriand con salsa bearnesa. El maitre escribe que más bien jugoso, no muy rosado. ¿Y antes? Antes unos camarones. Los había de buen tamaño, muy frescos. Mientras allí ordenan la cena y beben whisky-sour, van y vienen los estafados mayordomos del antiguo Country Club de Lima. Aquello es un gran hotel que alguna vez albergó a celebridades como Clark Gable o el Príncipe de Gales. Perteneció, lo mismo que el Gran Hotel Bolívar, igual que bancos, financieras, almacenes, fábricas y urbanizaciones, a los hermanos Augusto y Fernando Wiese. La Gran Guerra los hizo millonarios, la prudencia los mantuvo entre los más ricos. De origen humilde, casaron a sus hijas como nadie en el Perú, entre faisanes importados del Canadá, langostas viajadas desde Chile, legítimo caviar Petrossian y escogidas champañas de sus opíparas bodegas hoteleras. No cometieron otros desvaríos que aquellos memorables festejos. Que se conozca, nunca despilfarraron en casinos, purasangres, bataclanas u otras debilidades del mejor vivir. Contribuían a todas las colectas patrióticas o de caridad, consolidando un gran renombre cívico; pagaban puntualmente sus impuestos y jamás hicieron política como no fuese para que los dejaran en paz. Si había elecciones, financiaban un poco a todos los candidatos. Si había besamanos, encabezaban a los notables. Aseguraban que cualquiera podía ser tan rico como ellos si ahorrraba un sol diario, nada más. Joviales, accesibles, murieron más o menos de vejez. La vajilla de oro, los edificios, los negocios, todo se repartió como corresponde. Sus herederos arruinaron el Country Club. Aquellos cortesés mayordomos integraban ahora un sindicato que desde las cocinas exigía la expropiación del hotel, porque la creciente ruina

había evaporado los beneficios sociales. En el salón comedor nada parece haber cambiado desde hace muchos años. Pero las botellas que adornan el bar están vacías y los cubiertos ingleses han sido sustituidos por otros, inoxidable y nacionales. Quedan pocos azucareros de plata. Y sólo hay caviar en el menú, que mantiene nostálgicamente delicias importadas, ahora imaginarias. Sin embargo, la etiqueta es la misma, aunque ciertos recién llegados la desafían con ropas francamente impropias, como los periodistas que acompañan al cuñado del Presidente de la República. El maitre compuso el rompecabezas de aquella comilona con paciente escritura, al cabo se acercó al director de "La Crónica" con quien intercambió un cómplice cuchicheo, hasta convenir que el "Casillero del Diablo" es un buen vino y más barato que el "don Matías", tampoco iban a exagerar. Thorndike no sólo lleva a sus invitados al Country Club: también asesora a algunos dirigentes del sindicato.

"La Crónica" paga la cuenta. Quería reunir a Gonzáles Posada con Oquendo y Lauer que, sin mayores cortesías, cancelaron al cuñado de la página editorial. No todos podían escribir bien en el diario, concedía Oquendo, pero el hermano de la Primera Dama iba a ser difícil de gobernar. No se trataba exactamente de un líder revolucionario o de un autor famoso. Toda su importancia provenía de su parentesco con el General Velasco. Mientras algunos comandantes generales aguardaban hasta dos meses para conversar con el Jefe de la Revolución, el joven Gonzáles Posada almorzaba con él casi todos los domingos. Había dirigido un suplemento político en "La Crónica" antigua. Lo suprimieron. Envió una colaboración para la página editorial. No la publicaron. A pesar de ese tratamiento, Gonzáles Posada telefoneó a felicitar, el cambio de formato le parecía estupendo. Después aceptó una invitación a cenar. Oquendo estuvo de acuerdo: mejor amigo que enemigo.

Más bien solemne, más bien seguro de sí mismo, más bien servicial, antes del postre aceptó escribir un artículo para reanudar su vinculación con "La Crónica". Habían suprimido las fotos de los autores. Todas las firmas se imprimían en discreta cursiva de doce puntos. El cuñado de Velasco dijo que muy bien, pero que su nombre así, tan pequeño no le iba a gustar. Thorndike cruzó miradas con Lauer y Oquendo.

Bien, dijo, eso se puede arreglar, estoy seguro. Tal vez una manito sugirió el propio Gonzáles Posada y puso su diestra como señalando algo con el índice. ¿Una manito? De las que usa Ruiz Durand, adivinó Lauer con una sonrisa, esas viñetitas antiguas, ¿verdad? Ah, claro, respiró aliviado el director, unos dedos que invitaban a continuar leyendo en otra página. ¿Y adónde quieres que los pongan? Señalando su nombre, volvió a adivinar Lauer. El cuñado del Presidente asintió complacido.

Toda la velada pudo Thorndike leer la burla agazapada en los ojos celestes de Mirko Lauer. Pero el otro confundió ese brillo sonriente con interés por su relato: gracias a que consiguió publicar unas declaraciones del General en "La Prensa", cuando trabajaba en ese diario y se cocinaba el escándalo del petróleo, la Revolución pudo avanzar hasta el tres de octubre; Fidel Castro había sido su anfitrión en Cuba y Marilú había metido la pata; después del golpe, Velasco vio tranquilamente las noticias por televisión desde su casa, vestido con un suéter color café.

Muchacho de mierda, murmuró Thorndike mientras atravesaba con Lauer los jardines del Country Club al concluir la cena, los he reunido para que se hagan amigos, no para que jodas. Mirko raposeó en la penumbra: ¿qué te preocupas, si está contento? Además, la manito le ha encantado. Podían rodear su nombre de dedos dibujados especialmente para Gonzáles Posada: dedos barrocos, dedos rectos, dedos gordos, dedos enjoyados, dedos esqueléticos, dedos peludos según el tema.

Aunque su esposa encinta parecía agotada, el cuñado de Velasco rehusó dormir. Ofreció llevar a Thorndike a Barranco. Aplomado por la cena, el director de "La Crónica" resistía incontenibles bostezos. Escuchó cómo lo aconsejaban para prosperar en la vida. Un rato estuvieron estacionados frente al Malecón Berckemeyer. A la una entraron a tomar café. A un cuarto para las cuatro Gonzáles Posada se despidió.

—¿Vas a ver al Presidente este fin de semana? —se interesó Thorndike. Por supuesto, lo mismo que todos los dominos—. Bueno, Lucho, quiero que le transmitas una petición.

—Habla con confianza.

—Se trata de Angel Avendaño que está preso en el Cusco.

—Incendió SINAMOS.

—Eso es falso, completamente falso. Claro, no tienen por qué creerme, pero tampoco hay por qué creer a los jueces del

Cusco, que son unos contrarrevolucionarios. El Presidente puede exigir una investigación. Avendaño ha aceptado escribir en "La Crónica" desde la cárcel. No me importa lo que piense el General de la IV Región, pero vamos a hacer una campaña hasta que se descubra la verdad y se haga verdadera justicia. Todo lo que pido es que el Presidente revise su caso.

—Pierde cuidado —dijo Gonzáles Posada y anotó el mensaje en una libretita.

Operación Atahualpa, informe

2303A4 — DGI15

—¡YA VOY! —GRITA desde la ventana Castillo Anselmi al fotógrafo René Pinedo que se impacienta a bordo de un taxi. Recoge su mochila, la grabadora. Se despide de su esposa y sus hijas con un ya vuelvo y a las seis y cuarto de la mañana se marcha con un apurado portazo. Maranga es una ciudad chata, construida a plazos no lejos del aeropuerto internacional. Hasta las ocho de la mañana y también a medianoche los reactores comerciales ensordecen ese paraje. Las monumentales pirámides preincaicas han sido arrasadas en nombre del progreso. Aquello fue un gran cementerio. Después una gran hacienda entre Lima y el Callao. Ahora promete convertirse en una gran ciudad hipotecada. La habita una esforzada clase media. Florecen peluquerías, bodegas, pollerías y discotecas. Maranga está, además, en el camino a discretos albergues vecinos al aeropuerto, donde por doscientos soles las parejas pueden fornicar en paz. A las seis y media de la mañana, nadie camina aún sus calles. Pronto aparecerán sirvientitas a comprar pan. Y después autobuses escolares, pequeños autos que se apuran rumbo a la oficina. No la lluvia sino una leve humedad se corporiza contra el parabrisas. Pinedo, sobreviviente del gran alud de Ranrahirca que mató a cuatro mil personas, dormita ahora en el asiento delantero, junto al chofer. Atraviesan velozmente la zona industrial que se estira a lo largo de la avenida Argentina, avanza al filo del inmenso barrio obrero de

San Martín de Porras, con casas miserables, muladares infestados de ratas. Así de pobre, o acaso más, la infancia de Castillo Anselmi, hijo de un maestro de primaria. Humberto Castillo era cajamarquino pero vivió cuarenta años en el departamento de La Libertad, enseñando a leer y escribir en casi todas las aldeas. Cuando conoció a Angela Anselmi en el pueblo serrano de Santiago de Chuco, ganaba cien soles mensuales y acababa de enviudar. Era un hombre de gruesos zapatones, que llevaba de la mano a su pequeño hijo Javier. Por calles tristes y embarradas, entre construcciones de piedra y en la plazuela inundada de pájaros, amó a Angela, nieta de italianos. Casaron tan pronto consiguió traslado a Ascope, cerca de los ricos valles azucareros, con un salario de ciento ochenta soles al mes. Allí nació su hijo Humberto. Con digna pobreza, el maestro se muda de una provincia a otra mientras crece su familia. Cuatro hijos tuvo de su unión con Angela Anselmi. Trepaba el Chivo por la descolorida franela de los pantalones paternos, en equilibrio sobre las rodillas del amado profesor de escuela jugaba con las teclas de su máquina de escribir, una pesada portátil Underwood que pintaba letras azules sobre las cuartillas baratas. Porque el salario no alcanzaba, obtuvieron un nuevo traslado a Trujillo. Al menos allí Angela Anselmi puede coser para la calle. Camisas y pantalones para caballeros, tal era su especialidad. En la calle Bolívar primero, en Almagro 301 después, se la escucha pedalear la Singer, teclear a papá, jugar a los niños. Pero siempre habrá un lugar mejor para vivir. Siempre soñará Castillo con otra ciudad más grande, al menos con una oportunidad. Frente a las habitaciones que ocupaban los Castillo Anselmi había un gran patio, y más allá vivía Gonzalo Fernández Gasco, que conducía una tienda de abarrotes. Desde los días en Santiago de Chuco, Javier ha sido amigo entrañable de Luis Felipe de la Puente Uceda y allí, en la calle Almagro, volvieron a encontrarse. Estudiaron Medicina, después Letras, militaron en el APRA, rompieron con ella y organizaron el MIR. Los recuerda ahora, todavía jóvenes y sin embargo tan viejos, vistos desde sus ocho años. Jugaban fútbol en aquel patio y, si faltaban jugadores, si los mayores estaban de buen humor, le permitían patear la pelota. Fernández Gasco le regalaba caramelos. Más rico que Javier, el flaco de la Puente a veces obsequiaba una peseta. Qué pronto muertos, derrotados, per-

seguidos, rotos sus zapatos, encorvadas sus espaldas. Qué triste no haber llegado a ninguna parte y sin embargo haber partido, andar de nada a nada, mientras el hermano menor adivina el desastre prematuro. ¿Castillo Anselmi? Sí. ¿Su equipaje? Esta mochila. Muy bien, puede pasar al avión. Habrá buen tiempo, ni cuarenta minutos demora el vuelo directo hasta Andahuaylas. No quiere café, ni jugo de maracuyá, ni otra cosa que lo dejen dormir, la blanca cabeza apoyada en el aéreo ojo de buey. Ya era periodista cuando Fernández Gasco comandó las guerrillas en el norte y cuando a de la Puente Uceda jefe de todo el movimiento guerrillero, le descargaron el tiro de gracia. Pobre cosa la vida, también podía matarte la falta de trabajo, quedarte huérfano por algo tan común como el hambre. Siete apetitos eran demasiado para doscientos soles mensuales y para los cachuelos de mamá, que ahora también horneaba pan y cocinaba cachangas y unas tortas con miel de chancaca que sus hijos vendían en las calles de Trujillo. No duerme el maestro Castillo, envejecía de prisa acosado por la tos de su mujer, por tantas infinitas miserias sin remedio. Eso era el fracaso: la vacía botella de jarabe, los remiendos. Rehusaba aceptarse tan inservible de no poder nunca comprar un buen almuerzo a su familia. En alguna parte tenía que aguardar la prosperidad. Lo decidió en cinco minutos. Renunció a la escuela y compró lentos pasajes en autobús interprovincial con destino a Lima. Pero en la Capital no consiguió trabajo. Casi asombrado recorría los ministerios, las tiendas, dispuesto a cualquier cosa. Su hijo Humberto camina cada mañana hasta un colegio nacional, al regresar lo descubre siempre más lívido, las manos vacías, puesta su mirada en alguna sucia pared del conventillo. Lo mató un derrame cerebral. Ajusten los cinturones y apaguen por favor los cigarrillos, vamos a aterrizar. Pidieron prestado para enterrarlo. Vendieron la pequeña biblioteca del maestro de escuela. Luego la máquina de escribir. En fin, la Singer, sus cacharos, hasta la ropa. Así fue como regresaron a Trujillo más pobres que antes y además huérfanos. Despierta, Chivo, hemos llegado. Pinedo carga su maletín de fotógrafo y baja rápidamente del avión. Respiró el aire serrano, frío a pesar del sol. Esperó a Castillo a bordo de un taxi. Demoró unos diez minutos. Parecía preocupado.

—Disimula —murmuró al fotógrafo cuando el automóvil echó a rodar—. Nos están siguiendo.

Los ojos de Pinedo preguntaron quién. Quién va a ser. La policía, seguridad del Estado, los servicios de inteligencia, en fin, el Gobierno. El gran rector, el ojo único revolucionario, el inmutable orden público por encima de todas las cosas habrá de acompañarlos hasta constatar su obediencia. En medio de una rica campiña, Andahuaylas dice haber recuperado la paz social. Patrullan sus calles agentes secretos que no engañan a nadie, porque nunca abundaron los extranjeros y esos hombres de pies uniformados, todos con botas más o menos militares, ni venden o compran, ni son agricultores y sin embargo gastan y sin embargo preguntan demasiado.

—¿Habitación doble? —el administrador del hotel bajó el volumen de la radio, los estudió brevemente. Desde que comenzaron las invasiones, la gente se ha vuelto desconfiada—. Escriba sus datos, por favor. ¿Cuántos días?

—Cuatro, cinco —Castillo escribe 35 años, procedente de Lima, periodista—. No hemos tomado desayuno.

—Lo siento mucho, el comedor está cerrado. Mmmm. ¿Periodistas de Lima? Mucho gusto, bienvenidos. ¿En qué diario trabajan? Ah, "La Crónica". Aquí sólo llega tres veces por semana. Hace mucha falta los domingos. Sígame, por favor.

Se le adhería el ojo único, desconfiaba carajo de todos, por qué tan preguntón el hotelero, que le haga conversación a sus paisanos. El ha venido a interrogar, no a ser interrogado. Intruso en tal país clausurado por los servicios secretos y represivos, el periodista no es otra cosa que testigo venido del exterior, capaz de estar en desacuerdo y de ser, por ajeño a esos servicios, un enemigo. Coloca el enemigo su mochila en una cama, abre la ventana y contempla la resplandeciente iluminación de los cerros y los bosques. A todo lo largo y ancho de esa campiña nunca prosperó la Reforma Agraria. Preferían los funcionarios hospedarse en casa de los dueños, despreciar por sucia y analfabeta a la paupérrima indiada que huele a cabra y a cañazo, que puede esperar otros diez o veinte años, qué mierda. Hasta que la masa campesina, secretamente organizada, avanzó sobre los latifundios, ocupándolos como antes de la Revolución. Sesenta y ocho haciendas, sesenta mil hectáreas fueron invadidas. Dicen que hay Reforma Agraria pero los campesinos no creen, rehúsan retirarse. Si va a ha-

ber Reforma Agraria, que la haya ahora. Si alguien tiene que retroceder, que retrocedan los gamonales. En el patio de la hacienda Huancahuacho se encontraron los invasores y el Gobierno. No bastan fusiles para atemorizar a veinte mil campesinos dispuestos a morir por la tierra. Para la Revolución que liquidó a los grandes terratenientes de la costa peruana, aquello era un trago francamente amargo. A la hora del balance de sus actos, la Reforma Agraria era el más justo y audaz. Y sin embargo los campesinos de Andahuaylas se sublevaban acusándola de favorecer al gamonal. No quiere el Gobierno que continúen las invasiones y a toda máquina afecta 6,545 hectáreas. Asesorados los campesinos por Vanguardia Revolucionaria, partido marxista-leninista de tendencia maoísta, suscribieron con las autoridades el Acta de Huancahuacho. Firmaron un comandante de la Guardia Civil, un Comisario Superior de la PIP y un representante del SINAMOS. Y dirigentes de la Federación Provincial de Campesinos de Andahuaylas y de la Confederación de Campesinos del Perú, CCP. De lo que motivó las invasiones y de cuanto sucedió después tenía que informar Castillo Anselmi, no la huidiza versión gubernamental sino la verdad del periodista, basada en la palabra de la Revolución y también en aquella de los campesinos. Observó las calles quemadas por el sol serrano, caminadas por lentos transeúntes y se preguntó cómo haría para establecer contacto con los invasores de las haciendas.

—Vamos a desayunar —dijo Pinedo.

Salieron hasta la plaza y eligieron un restaurante. Café y pan con chicharrón. Y una botella de agua mineral. Pinedo lleva su cámara fotográfica debajo de la casaca. Parecían dos comerciantes.

—¿Ya saben que hay dos tipos de “La Crónica”? —un hombre corpulento se sumó a otro grupo en una mesa vecina—. No hay que perderlos.

—“La Crónica” es del Gobierno —comentó uno flaco, con granos en la cara.

—Ordenes son órdenes. Aquí mandamos nosotros.

Pinedo interrumpió el bocado de chicharrón.

—¿Escuchaste? —susurró.

Sin detener la ingurgitación del café, Castillo asintió. Ni siquiera empezaba a preguntar y ya lo acosaban. Con perseguidos movimientos, vigilando de reojo a sus vecinos de mesa,

liquidó el desayuno y salió a la calle. Doscientos metros más allá entró a una escuela.

—¿Profesor?

—Sí, qué desea —el maestro observó a los extraños.

—Soy Humberto Castillo Anselmi, del diario “La Crónica”. Mi compañero, Pinedo. Escúcheme, profesor: hemos venido a hacer un informe sobre las invasiones y la policía nos está buscando.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

—Estamos tan vigilados que no nos dejarán salir al campo. Deseo ponerme en contacto con los dirigentes del SUTEP y, a través de ellos, con los campesinos.

El maestro de escuela lo miró fijamente.

—Caramba, no sé que responderle, señor Castillo. ¿Está usted en el hotel? Bien, bien. Trataré de ayudarlo. Y “La Crónica”, ¿no es el diario del Gobierno? Es un poco raro que a usted lo persigan.

—Somos revolucionarios, profesor. Yo he venido en busca de la verdad.

El maestro sonrió.

—Le creo, señor Castillo. Más tarde pasaré por usted.

La Land-Rover frenó bruscamente ante el hotel. Cuatro detectives entraron rápidamente y, tras consultar el registro de pasajeros, subieron a la planta alta. La puerta estaba con llave. La patearon hasta que reventó la cerradura. Fuera de aquí, no moleste. Retrocedió el administrador y desde un rincón observó como destripaban la mochila y se llevaban libretas, cassetes, rollos fotográficos.

—Vino la policía, señor Anselmi. Han roto nuestra puerta y alguien tiene que pagar el cerrojo. Abrieron su equipaje y se han llevado sus cosas. Aquí no nos hacemos responsables, señor Anselmi. Yo le ruego que para nuestra tranquilidad mejor se vaya del hotel, señor Anselmi.

—¿Y por qué no abrió usted la puerta?

—Porque no me pidieron la llave, señor Anselmi. ¡Señor Anselmi!...

—Hijos de puta —contempló tristemente la mochila deshecha. Se han llevado sus libretas, todas las cintas magnetofónicas en blanco. También vaciaron el maletín de Pinedo. Por suerte, no cargaron con todos los rollos. ¿Y ahora qué

hacemos? se asustó el fotógrafo—. ¡Vamos a la PIP! —resopló Castillo—. Por lo menos nos deben una explicación.

—¿Del diario “La Crónica”? Hágalos pasar —el mayor Péndola, oficial de inteligencia, salió a su encuentro—. Adelante, señor Castillo. Soy el mayor Péndola, del Ejército Peruano.

—¿Usted manda aquí? Es que han ido de la PIP a romper la puerta de mi habitación y a robar mi equipaje.

—Sí, sí. Lo sé, señor Castillo. Usted debe comprender que la situación es muy delicada. Tome asiento. Me alegro que haya venido, así podrá ayudarnos.

—¿Ayudarlo? ¿cómo?

—El Ejército ha tomado Ándahuaylas bajo su control. Todo depende ahora de nosotros. Así que deberá traerme la información que usted consiga como periodista.

—Un momento, mayor. Yo no dependo del Servicio de Inteligencia. Usted se ha equivocado. Yo dependo del diario “La Crónica”. Mi jefe es el señor Guillermo Thorndike. Si usted quiere, puede pedirle a él que le proporcione copia de mis despachos.

—No se haga usted el difícil, señor Castillo. Podemos levantar un teléfono y hacer traer aquí a su... a su jefe o como se llame. Le sugiero que colabore. Si no, en fin, se puede usted joder.

Atisbaba el ojo único desde ventanas que se cierran. Los habitantes de Andahuaylas parecían salir de sus casas sólo si era indispensable. Arrimaron la cómoda contra la puerta, como si tal obstáculo los pusiera a salvo del acecho. Pero no duerme Castillo, desde las siete tumbado en ese camastro de hotel provinciano. Miraba con ojos desorbitados la oscuridad de rato en rato agujereada por el resplandor de un automóvil. Atento a todas las pisadas que se acercan y se van, a numerosos y desconocidos sobresaltos y chasquidos nocturnos, vigilaba las luminosas agujas del reloj pulsera que tardaban en llegar a la cita. Para no hacer Reforma Agraria no habrá dado leyes el Gobierno Revolucionario, no podía ser tan estúpido. Pero hasta la Revolución tenía parientes y compadres, cuanto más distante un lugar de Lima más fácil resultaba que autoridades complacientes burlasen la repartición de la tierra. Se pregunta qué sucederá si el diario difunde la versión de los campesinos estafados por la Reforma Agraria. Acaso sea su palabra, nada más que la palabra de un periodista, en fin, un

simple paisano, contra la palabra de más importantes uniformados. Porque si vestías uniforme, nunca te equivocas, nadie podrá jamás acusarte de comunista o de obedecer a intereses ajenos a la Revolución, no importa que la Reforma Agraria fracase o que esté la región al borde de un levantamiento campesino. A diez para las tres de la mañana se acercó a la ventana y apenas empujando la cortina, vigiló la calle. Despertó a Pinedo y se calzó las botas. Pisando levemente, salieron de la habitación. Chirrió la escalera pero nadie se interesó en averiguar si partían. Se escabulleron por la cocina hasta la puerta posterior. El ojo único dormía profundamente. Unos perros ladraron en la huerta. Saltaron la pared. Al otro lado esperaba el maestro.

—¡Apúrense! —optaban por las calles más estrechas, alejándose rápido del centro de la ciudad— Los vieron entrar a la PIP esta tarde...

—Nos han amenazado —respondió Castillo.

Se detuvieron bajo unos sauces. El maestro fumó.

—Espero que no nos hayan seguido. Hay un virtual estado de sitio, pero aflojan mucho la vigilancia durante la noche.

Cinco minutos después crujió la hojarasca. Un campesino emponchado se corporizó en la oscuridad.

—Aquí están los compañeros que quieren ver a Mezzich —dijo el maestro. El campesino movió afirmativamente la cabeza—. Tendrán que ir a pie porque la carretera está bloqueada. Buena suerte, señor Castillo.

Subes, tropiezas, jadeas, bajas, atraviesas sembríos, acequias, perseguido siempre por un invisible tumulto de perros. Una lenta claridad azul descubrió después las ondulaciones cubiertas de vegetación y, aprisionando el valle, encadenados y rugosos como viejas cabezas, cerros en cuyas crestas divisó a jinetes campesinos que avanzaban al paso, vigilándolos. Andahuaylas pertenece a una región montañosa pero cálida, donde se cultiva caña de azúcar para destilar alcohol y donde los maizales se doblan bajo el peso de espléndidas mazorcas. El guía apenas si se detiene cuando el cansancio demora a los periodistas. Celeste y rosado de amanecer, al cabo apareció el sol hiriendo sus ojos que no han dormido. Respiraba la fragancia de la tierra apenas empapada, el vaho a bosques. Ahora transpiraba bajo la casaca, dolían sus pies, sabe que habrá que desandar ese sendero y ya van seis, siete horas de caminata

sin tregua. Desde lo alto de una colina, el guía señaló un caserío dominado por una casona de piedra. Qué tipo más hosco, piensa Castillo, no ha hablado ni una sola vez. Mientras descendían por un sendero cubierto de hojas secas, bordeado de eucaliptos, preguntó cómo se llamaba la hacienda.

—La Laguna —replicó el guía—. Invadimos el 27 de agosto.

Los dejaron en un patio, frente a un portón. Contempló la casa que se desmoronaba. Luchaban los gamonales por conservar lo derruido, lo viejo, lo casi inservible. Sólo la virtual esclavitud de los campesinos podía arrancar riquezas de esas haciendas sin tractor, de esos campos sin fertilizantes. Lóbrega y despellejada, francamente ruinosa, la casa del dueño estaba ahora ocupada por campesinos que asomaban en silencio. Un hombre de poncho, con el sombrero de fieltro caído sobre la frente, se echaba puñados de cancha a la boca. Estaba sentado en el suelo, junto al portón, a unos pasos de los periodistas. Sólo cuando alzó la cabeza descubrió Castillo que sus ojos eran verdes.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Periodistas de "La Crónica". Buscamos a un tal Mezzich.

—Yo soy Mezzich.

—Bueno, es un placer conocerlo —Castillo es un profesional, no demoraba en presentaciones—. Queremos hacer un reportaje a las invasiones.

El Secretario de Defensa de la Federación Provincial de Campesinos de Andahuaylas había dirigido la ocupación de las haciendas. Militante de Vanguardia Revolucionaria llegó a la provincia en 1967. Siete años trabajó como un campesino, tomó mujer campesina, organizó a los campesinos hasta convertirse en su líder. Condujo a los periodistas a un salón de la casa-hacienda. De poncho y sombrero llegaban otros dirigentes.

—Son compañeros de "La Crónica". Han venido a conversar con nosotros —explica Mezzich.

Mucho gusto, compañero. Manos como hechas de tierra aprietan la diestra de Castillo. Mucho gusto, compañero. Mucho gusto, compañero. Siéntese, compañero. Vea usted compañero, aquí han querido hacernos el cuento de la Reforma Agraria. Nos dijeron que la tierra es de quien la trabaja. Nos hablaron de Velasco, compañero. El dice que la Reforma Agraria marcha a fondo. Pero, ¿dónde está la Reforma? No hay. Sabemos que en otras partes los campesinos ya son dueños

de la tierra pero aquí todo sigue igual. Los gamonales nos han abusado toda la vida, pero nunca como ahora. No es una exageración, compañero. Ahora conocemos nuestros derechos. Hay gamonales que son parientes de ministros de funcionarios de la Reforma Agraria, compañero, ¿cómo nos van a dar entonces la tierra? Por eso, compañero, hemos tenido que invadir y por eso mataron a un campesino en la Hacienda Pincos. Seguramente el asesino nunca será castigado. Entre el 15 y el 18 de julio, compañero, ocupamos veintidós haciendas, catorce en Cocharcas y siete en Andarapa-Pacucha. Entre el 10 y el 22 de agosto invadimos dieciocho haciendas. En setiembre hemos tomado veinte fundos, compañero, y mañana hay otra invasión, lo invitamos a presenciar. Ocupamos por las buenas, entiende usted compañero, sin emplear armas, sin caer en provocaciones. Sólo en Pincos tuvimos muerto. Esa hacienda es propiedad de Plácida Trelles de Duda, hermana de Trelles, el que fue Ministro de Gobierno en tiempos de Belaúnde, ¿recuerda usted? Sí, Castillo recuerda: en 1963, por órdenes del Ministro Trelles la policía disparó en Ongoy, no lejos de aquí, en defensa de los gamonales. Murieron diecisiete campesinos. El crimen quedó impune. A Trelles nada más lo censuró la Cámara de Diputados. Así es compañero, recuerda usted bien. El 2 de setiembre quisieron ocupar Pincos, donde además de cañaverales existe una destilería que produce un violento aguardiente. Pero los Duda, alemanes de nacimiento, habían organizado a sus propios campesinos. Si se dejaban invadir, explicó Duda a la peonada, acaso perdieran sus derechos a esa tierra cuando llegara la Reforma Agraria. Los dirigentes de la invasión se acercaron a la casa del gamonal, a incitar a los campesinos a unírseles. Sonó un disparo de carabina y Humberto Vargas se desplomó muerto. Los invasores se replegaron a un cerro, a organizar una venganza. Pero los Duda solicitaron tregua y huyeron de la hacienda. Seis días después llegaron las autoridades a expropiar y a poner en funcionamiento la Reforma Agraria. Pero salga usted, compañero, converse con los campesinos, recoja usted toda la verdad. Avanza Castillo por el empinado sendero de Ccuripaccha hasta encontrar un rebaño de carneros mugrientos. Arrecia, el frío y un ventarrón sacude los sauces. No sé nada de Reforma Agraria, compañero, no hemos visto, y Juan Quispe Caprina escupe la bola de coca, sonríe mientras se escucha volar a los buitres y, aba-

jo, el turbulento rumor del río Chumbao. Tenemos que tomar lo que es nuestro porque nadie nos va a regalar la tierra, compañero, y José Carmen Ccapallanga se apoya en el azadón clavado en la rica tierra de Huanchalla. Contempla Castillo a los niños de mejillas rosadas, con sus pobres sombreros de fieltro y sus pobres ropas remendadas, no en la escuela sino esperando con sus cántaros para recoger el agua de una fuente. Contempla Castillo a viejos de cuarenta años, desdentados, picados por las viruelas. Algún día, hermanos, tema que hacérselos justicia. Buena suerte, dijo Mezzich. Estrechó todas las manos que se le acercaban después de tres días de recorrer a pie la región invadida. Antes de partir, ni siquiera intentó memorizar sus rostros. Sabía que no volverá a verlos.

—¡Señor Anselmi! Ah, pero hubiera usted avisado que se iba a ausentar. Estábamos tan preocupados. Han venido varias veces a preguntar por usted. Sí, claro, que se presente a la policía, eso dijeron.

Castillo Anselmi se encogió de hombros.

—Si regresan, dígales de mi parte que no me jodan.

Y se fue a dormir.

A las siete de la mañana del sábado 20 de setiembre, Castillo y Pinedo salieron del hotel para tomar desayuno en el mercado. Por debajo del estrépito de huaynos y camiones explicó Castillo que hoy entrevistarán a los hacendados y a las autoridades y después... Después a Lima, en el avión de las cuatro. Así que terminaban el desayuno y a trabajar. Rollos y apuntes estaban bien escondidos, ni siquiera en el hotel. Es una vergüenza, refunfuñaba el periodista, lo que realmente intentaba el Gobierno era ocultar el fracaso de la Reforma Agraria en Andahuaylas. Para que no trascienda, son capaces de todo, hasta de meternos presos, se amargó. Así que en sus últimas horas en esa ciudad, se andaban Pinedo con mucho cuidado.

—Señor Castillo, estamos abandonados. No tenemos ninguna garantía. Las autoridades se han cruzado de brazos —habla la hacendada Plácida Trelles de Duda, hermana del responsable de la matanza de Ongoy. Eberhard Duda, su esposo, agrega—: Nos han acusado de entregar armas a ciertos campesinos, para provocar un conflicto —es un alemán-peruano de anteojos y mejillas sin afeitar—. ¡Eso es falso! —se agría la hacendada, que viste pantalones y botas. Es una mujer corpulenta, de voz

chillona, según los campesinos aficionada a castigar—. Mi marido ni siquiera tiene una escopeta de caza.

—Los indios son así, señor Castillo —opina Carmen Samanez viuda de García, cuya hacienda “Pincos” acaba de ser intervenida—. Un día le dan abrazos a una y al otro le clavan un puñal por la espalda. Usted viene de Lima, señor Castillo, no se deje impresionar por esa gente. Claro, dan lástima, tan andrajosos. Pero están así porque quieren. La verdad es que no sirven para nada. Son sucios, borrachos, incumplidos, traicioneros. En vez de trabajar para prosperar prefieren emborracharse con aguardiente que roban a las haciendas, figúrese usted. ¡Cuánto no hemos hecho por educarlos! —sus manos juegan con unos anteojos de montura celeste. Durante seis años, la viuda de García evitó la Reforma Agraria y los campesinos la acusan de haber desmantelado el molino de Pincos—. Yo tengo parientes influyentes —dice la mujer—. No vaya usted a creer que estoy sola en el mundo. El General Richter es mi pariente. Y Benjamín Samanez, director de Reforma Agraria, es mi sobrino. Así que una no está desamparada frente a esos sinvergüenzas que quieren que les regalen todo.

—Tenemos órdenes de no hablar con periodistas, ni siquiera de “La Crónica”, señor Castillo —dice el funcionario del SINA-MOS—. Pero yo creo que es necesario dar a conocer ciertos datos. Sólo le pido que no vaya a mencionarme porque me joden —calló un rato, como dándose ánimos para hablar—. En Apurímac, Zona de Reforma Agraria, nada sucedió en cinco años. Sólo se adjudicó a los campesinos la Hacienda Toxama. Aquí los hacendados han pagado bien a los tinterillos para causar un monumental embrollo de juicios y recursos. Pretendieron burlar la Reforma mediante la parcelación privada, es decir, por la entrega de la tierra, voluntariamente, a supuestos campesinos. Yo comprendo la decepción del campesinado. La Revolución no era sino una palabra. Mientras tanto, los hacendados constituían un Comité de Defensa que financiaba campañas contra el Gobierno. Durante cinco años han desacreditado la Reforma Agraria y las cooperativas, las otras opciones que la Ley estipula para la propiedad de la tierra. Aquí fracasó una cooperativa en tiempos de Belaúnde por falta de apoyo y mala gestión. Por todo esto, cuando Vanguardia propuso otra opción, la parcela individual, y la invasión de las haciendas como instrumento de lucha contra los gamonales, el campesino

nado le dio apoyo masivo. Lo que ha sucedido en Andahuaylas es que los propios representantes del Gobierno han hecho una labor contrarrevolucionaria y ahora quieren tapar el escándalo con un baño represivo.

—¡Señor Castillo! —el mayor Péndola entró al Hotel—. ¿Dónde ha estado usted?

—Entrevistando a quienes han querido hablar —no iba a decir que había presenciado la invasión de una hacienda—. Mayor, a las cuatro regreso a Lima.

—¿Le importa decirme a quiénes ha entrevistado?

—No, claro que no. Estuve con un señor Mezzich. . .

—¡Mezzich! ¿Ha visto usted a Mezzich? ¡Pero si lo estamos buscando desde hace tres meses! ¿Y dónde está?

—En una hacienda. Me llevaron a pie. No conozco la región. Usted sabe que acabo de llegar de Lima.

—¿Fué usted caminando y encontró a Mezzich, así nomás?

—Así nomás.

—He venido a que me entregue toda la información que ha recogido.

Calculó lo apurado de su situación. Nadie podía auxiliarlo en Andahuaylas.

—No puedo satisfacerlo, mayor. Ya se lo he dicho: yo dependo del director de “La Crónica”. Hable usted con él.

—Escúcheme bien, Castillo: si se publica una sola palabra de Andahuaylas, yo lo hago responsable a usted. Aténgase a las consecuencias.

—Me está usted amenazando, mayor.

—De esto no va a salir nada en los diarios y mucho menos en “La Crónica”. Es el diario del Gobierno.

—Por eso mismo, hable usted con el director. El me ha ordenado que venga. El puede ordenar que no se publique.

—Por última vez, señor Castillo. . .

Creyó que iba a pegarle. Seguramente llamará a los forzudos que aguardan en el automóvil, lo arrastrarán a la PIP y, cuando no encuentren ni rollos ni apuntes en la mochila, cuando comprendan que ha tenido que pedir ayuda a la clandestina organización de la izquierda para cumplir su misión informativa, entonces, ¿qué hará usted, señor mayor? ¿Inventarle un expediente?

—¿Qué quiere usted?

—La información, los rollos, todo, señor Castillo.

El periodista dijo que no con la cabeza, observó la furia del militar al abandonar el hotel y abordar el automóvil dando un portazo.

En Lima lo esperaban intranquilamente. Los enemigos de la Revolución bombardeaban las noches limeñas con inofensivos pero ruidosos petardos. A los cien pasajeros del vuelo 421 de Canadian Pacific los desembarcaron cuando ya el avión estaba por alzar vuelo. Una voz anónima informó que había una bomba a bordo. Registraron la nave y el equipaje sin encontrar nada. El ex-presidente Belaúnde se presentó en el puesto fronterizo de Aguas Verdes. La policía lo devolvió al Ecuador y al día siguiente Ecuador lo expulsó de retorno a Estados Unidos. El artículo 13 del convenio de operaciones firmado por el Perú con la aerolínea soviética Aeroflot desencadenó un escándalo internacional. En Washington, William Buckley escribió que gracias al artículo 13, Aeroflot ayudaría a atacar militarmente a Chile, pues en caso de conflicto los aviones soviéticos que se encontraran en el Perú, podrían ser utilizados por este país. No era una cláusula extraordinaria, rectificó la Cancillería Peruana, las había idénticas en convenios con LAN Chile y Braniff International, entre otras aerolíneas. Un centenar de obreros textiles que intentaba recuperar su local sindical fue baleado por matones apristas: hubo tres heridos. Los periodistas de "Expreso" capitanearon la captura del edificio de la Federación de Periodistas del Perú, que estaba en poder de una facción partidaria de los antiguos patrones. En la caldeada oficina de "La Crónica" se hacía un recuento de los ataques al Gobierno Revolucionario cuando apareció, el cabello alborotado, el pulso perseguido, Humberto Castillo Anselmi.

—¡Putra madre, así no se puede trabajar! —explotó— ¡Mírame las manos! ¡Estoy temblando! Carajo, nos han amenazado, nos han robado, nos han dicho que si se publica una línea me joden. Hemos salido con las justas. Ya llegaban a atraparnos en el aeropuerto. ¿Qué clase de periodismo revolucionario es éste?

—Así es, precisamente —opinó el arquitecto Eduardo Ordóñez, asesor editorial—. Si te dejaran trabajar en paz, sería periodismo oficial.

—No me joden. Bien, ¿qué hago? ¿Escribo?

—¿Conseguiste el reportaje? —Thorndike planeaba publicar—

lo por partes, una página cada día, de domingo a martes—. ¿Qué tal las fotos?

—Yo tengo un buen reportaje y si lo escribo es para que se publique íntegro. Carajo, han roto la puerta de nuestra habitación, destriparon mi mochila y se llevaron las cosas. ¿Quién? La policía, el servicio de inteligencia. Escucha, Guillermo: te van a joder si lo publicas.

—Chivito, calma, no te preocupes por mí.

—¡Carajo! ¿Cómo no me voy a preocupar? Te joden a ti y nos joden a todos. Entiéndeme, Guillermo, aquí está metido el Ejército, el servicio de inteligencia. Me han amenazado. ¿Todavía no te llaman?

—No. Ahora siéntate y escribe.

—¿Insistes en publicarlo?

—Si tú estás asustado, es otra cosa, Chivo...

—¿Yo? ¡Yo no estoy asustado!

—Entonces ponte a escribir.

Castillo meneó la cabeza.

—Antes tengo que salir. Nada más que una hora. ¡Carajo, tú escúchame! Vuelvo dentro de una hora y escribo el reportaje.

—No te vayas a esconder, Chivo, sí, sí, ya sé. ¡Qué hombre más jodido! —Thorndike lo vio salir. Iba gesticulando, lisureando. Se volvió hacia Ordóñez—: Por favor, Eduardo, hay que encontrar a Oquendo y a Lauer. Que vengan inmediatamente.

El Ministerio de Energía y Minas ocupa un edificio de dos plantas en el antiguo Limatambo, no lejos del Ministerio del Interior. Su apariencia sibilina y amurallada se debe a que fue construido para albergar al Servicio de Inteligencia Nacional. Sólo los alfombrados pasillos, de color ocre y fresa con dibujos peruanos, rompen la austeridad interior. A las nueve de la noche casi todos los funcionarios han partido, pero el despacho del Ministro estaba iluminado.

—De parte de Castillo Anselmi, dígame que es muy urgente —insistió ante el desconfiado vigilante que manipulaba la central telefónica.

—Aló, sí señor, inmediatamente señor —el vigilante cambió de expresión—. Dice el señor Ministro que pase. Por esa puerta y después...

—Conozco el camino, gracias.

El General de División Jorge Fernández Maldonado esperaba en el pasillo. Lo vio llegar, desencajado.

—Entra —dijo palmeándolo afectuosamente—. No te deprimas. ¿Qué ha sucedido?

—Vengo de Andahuaylas — se desplomó Castillo en un sillón del despacho ministerial—. La verdad, yo quiero saber si esto es o no es una Revolución.

—Cuéntame lo que has visto —los ojos gris-azules del General Fernández Maldonado se clavaron en el periodista. El hombre que posiblemente imaginó la Revolución Peruana antes que nadie, escuchó sin que se moviese un músculo de su rostro. Veinte minutos más tarde, cuando Castillo calló azeizante, volvió a moverse—: ¿Y qué has venido a preguntarme?

—¿Debo escribir el reportaje a pesar de las advertencias y las amenazas?

—¿Qué dicen en “La Crónica”?

—Que lo haga.

—Tú eres revolucionario... ¿qué dice tu conciencia?

—Que debo decir lo que sucede en Andahuaylas.

—Yo no soy mejor que tu conciencia. Pero opino lo mismo. Hay que decir toda la verdad. ¡Qué tal insolencia la de esa gente! La Revolución se hace para los campesinos, no para los hacendados. Para decir la verdad, no para mentir.

No hubo forma de averiguar con quién se había entrevistado Castillo Anselmi. Eligió un rincón de la sala de redacción y se sentó a escribir. Disparaba cuartillas que el director corregía y entregaba a Oquendo. Modificó sus planes: publicarían íntegro el informe, de una sola vez, no fuesen después a presionar para detener las entregas. Ni una palabra en primera plana. Tres páginas interiores, sin aspavientos, bastarían para presentar el primer reportaje sobre las invasiones.

—Oye, Guillermo —otra vez se preocupaba Castillo—. Yo pongo todo y tú quitas lo que creas conveniente.

—Yo no quito nada, Chivo, no soy un censor.

—¡Pero tú eres el director! —se rascó la cabeza acordándose del violento mayor Péndola—. ¿Cómo voy a poner lo de los parientes? Esa vieja menciona a Richter, a Samanez.

—¿Lo dijo o no? Entonces, ponlo.

—Carajo, nos van a fregar —regresaba a la máquina a telear vertiginosamente.

Un rato antes de la medianoche, depende de los diagrama-

dores la puntualidad de la edición. Ellos nunca pierden la calma. Con sonriente cachaza, el flaco Parra calcula al milímetro la longitud de los textos, gobierna esa mesa adonde ha ido a sentarse el señor Pizarelo, supervisor de "La Crónica". Hace rato que los Miyashiros, dos japonesitos que venden sándwiches y café, se han ido a su casa en Manco Cápac, a dormir temprano aunque mañana no haya colegio.

—No te entusiasmes, Parra, nada de letras descomunales. Fíjate que no debe parecer sensacionalista. Lo deben ver los generales y decir, caray, esto es un informe serio.

—No se preocupe, don Guillermo. Ya sé cómo lo quiere. Así, a media agua.

—¡Terminé! —entrega Castillo su último artículo—. ¿Se publica todo?

—Todito —raposeó Parra—. Y con tu firma bien grande para que no se confundan. Mañana sabemos si hay libertad de prensa.

Cassette 19, cárcel de La Almudena.

Duración: 90 minutos

LA MUERTE DEJÓ DE SER muerte, convirtiéndose en regazo cóncavo donde la luz y las tinieblas aún no se habían separado y cuyo azul contenía cuanto hay de penumbra y de destello. Una exultante ingravidez, como si se hubiesen ya evaporado sus partes más antiguas, alivió la pesadumbre original. Sólo una ilusión de libertad, nada más que un viento imaginado. Porque ahí estaba su cuerpo, ni encarcelado o leve sino más denso que antes, si trataba de moverlo. Empujó una pierna, el brazo hacia la puerta más cercana. Arrastró sus huesos y siguió clavado a su sombra. Importaba la percepción, no el universo. Importaba el ojo, no el paisaje. El universo y el paisaje importaban sólo si podían percibirse. Pero al cabo resulta que sólo hay un ojo y que a través de aquella su vida y de todas las vidas el ojo percibía lo mismo siempre: el universo. Es decir, el ojo mismo. Todo está bien, quiso decir, alcanzado por un sopor amable, y la perpetua contradicción reconoció

sus propios interiores heridos, oscuridades agazapadas en su pecho, el coágulo que habrá de detenerlo. Y admitió: todo está mal y sin embargo todo está bien y supo que estaba diciendo la verdad. Aquí termina y sin embargo no termina. Porque estaban dentro de él todos los que han sido y aunque hoy concluya su apariencia, estará a su vez propagándose por otros hasta no ser más que una partícula de olvido. Muérete de una vez Angel Avendaño, no tendrás que tirar de tu cadáver hasta muy lejos. Ahora yaces de espalda al cementerio: un dormido silencio que acecha la borrachera de los presos, domando sus violencias. Muérete con el cáncer que va matando a la mitad de tus raíces, a dentelladas consumiendo a la madre de sí mismo, la misma historia pero con huesos nuevos, porque éramos muchísimos muertos de todo, carbonizados, fusilados, afiebrados, degollados, apestados. De esas narices de todas las formas, de esos ojos de todos los colores, de esas manos y esos pies de todos los tamaños venías Angel Avendaño. Habías muerto de garrote y de bubónica, de frío, de suplicio y soledad. Y sin embargo no recuerdas. Mudaba la vida de huesos y pellejos pero era la vida y estos brazos tan importantes, esta barriga y este corazón venían a ser nada más que una referencia, compañero, el párpado pero jamás el ojo, el ojo pero nunca el paisaje, el paisaje pero siempre el universo. Daba lo mismo estar muerto que despierto en tal silencio común a cadáveres y a presos, el compartido sigilo de la cárcel y el cementerio de La Almudena. Reciente costumbre esta de enterrar a los viajados no en cerros o en capillas sino en un campamento. Marcavillata, constructor del cementerio, se condenó; para él no habrá ni paraíso, ni averno, ni espacio alguno en el ancho país de los muertos. Por eso colgaron su altivo esqueleto del frontispicio de La Almudena. Ochenta años pendió el arquitecto de las piedras labradas, mientras sus huesos se cubrían de verdín y un musgo prosperaba en sus vértebras y asomaba por sus cuencas. Los inviernos, el sol, los picotazos de los pájaros habían casi deshecho su cabeza cuando lo descolgaron en 1930 para arrojarlo a una fosa. La piedad cusqueña entregó a sus muertos las más ricas tierras del valle porque allí, donde hoy se derrumban nichos y, como escarbados febrilmente, dejan de pronto caer un cajón podrido de humedad, que revienta en pedazos devolviendo el polvo al polvo, alguna vez engordaron los jardines de los Padres Betlemitas. No

importan los macizos de flores, los árboles que fueron derribados, aquel lugar siempre recogió el llanto de los seres más tristes. Porque donde se alza la iglesia, antes funcionó el Hospital de pobres para naturales, donde en vez de medicamentos se administraba oraciones para el buen morir de quienes mal habían vivido: siervos y mendigos y parias llagados. Acaso porque allí habrían de expirar tantos miserables, es que eligieron los jardines para enterrar sus huesos.

A diez metros de las tumbas, en un camastro en el maloliente Pabellón Cinco para sentenciados, se muere lentamente Angel Avendaño. Allí hay un misti por cada diez campesinos. No es un olor urbano, el que se respira, sino otro hedor a lana, a cueros, a cañazo impuro, a vergas adormecidas, a pezuña inmemorial. Si cae el granizo, si llueve, un escándalo a calamitas rotas o un insoportable tamboreo ensordece a los doscientos réprobos que lo habitan. No basta el techo para contener los diluvios cusqueños, así que chorrea el agua en el interior del Pabellón, convirtiendo el suelo en lodazal, los jergones en charcos. Entonces se mete en su camastro Angel Avendaño, cubriéndose con un plástico. En la peor hora, los mistis maldecían, callaban de cucullas los campesinos, mojándose inmutables. Hierven cecina: apestaba la cuadra a sebo. Hilaban lana de carnero: flotaba un polvillo animal, una pelusa que hería las gargantas. Allí no sólo esperan a que se cumpla la condena, también se ganaban la vida haciendo cestas, tejiendo ponchos, repujando cueros, vendiendo nada más que té caliente o caldos grasientos. Pero ahora todo está en silencio. Hasta que un aullido crispa el Pabellón y despierta Avendaño igual que otros presos para observar a un criminal arrinconado por la vida que no cesa, esgrimiendo un enorme cuchillo. Una noche cualquiera enloquecían.

Al amanecer, el preso Alejandro Huilca se acercaba a saludar al amauta Avendaño. Hola secretario, dice resucitado con la luz Avendaño, hoy escribiremos muchas cartas. Instalará su máquina portátil en el carretaje, escuchará a los campesinos dictar sus miserias en quechua, traducirá después al castellano empleando las palabras más hermosas que acudan a su mente. Viajarán las cartas por infinitas manos hasta llegar, sobadas y arrugadas, a lo más remoto del Cusco, donde serán descifradas por otros amautas y traducidas en alta voz al quechua. Si se aparta del carretaje, las humildes propieda-

des de Avendaño son custodiadas por el temible zapatero Alejandro Chuya, que es caporal del Pabellón de Sentenciados y para quien escribe, gratis, las cartas más extensas. Chuya es campesino. Sin embargo hasta los hermanos Gómez, mistis homicidas, lo respetan. También Chuya ha matado. Es hombre de pocas palabras y de cuchillo rápido. Huilca es asesino y abigeo. Robaba once ovejas cuando luchó con el pastor y ganó la pelea a bastonazos. No sabe leer ni escribir. Lo sentenciaron a 25 años de penitenciaría. Las ovejas pertenecían al gamonal. La sirvientita con quien quiso casar Pedro Aragón también era del gamonal y por eso, por unas noches de amor que los jueces calificaron de violación, le dieron quince años de cárcel. Otto de Bari, dueño de Canchis, de sus jueces, fundos y policías, aguas y ganados, recuperó sus once ovejas y Alejandro Huilca trabaja para pagarle una indemnización, así que el secretario lava calcetines, compone la cama del amauta, a fin de mes cobra un salario de cuatrocientos soles. Más caro resulta morir en las cárceles limeñas, pero igual hay que pagar por todo en La Almudena. Para recibir visitas, cien soles. Por una botellita de pisco "Sol de Ica", trescientos. Para que los guardias no te cuelguen de la reja o te machuquen con su varas, de cuatrocientos a dos mil, según la gravedad de la falta. Para salir a la calle con un guardia republicano, quinientos y además pagar la borrachera. Por una botella de alcohol puro, doscientos cincuenta. Y sin embargo los campesinos no querían irse. Se caían la paredes de la cárcel y no escapaban. Aquí no falta paila, ese nauseabundo sancocho de papas y fideos, y no falta un techo. Y no hay gamonal. Porque el gamonal era peor que esos carceleros codiciosos que exprimían la infinita miseria de los presos. Y en las haciendas nunca hubo más libertad que en este Pabellón de Sentenciados donde al menos hilaban en paz, absortos en sus pequeños trabajos.

El primer día que Avendaño entró a la cárcel de La Almudena, los presos hicieron una huelga y un carcelero lo acusó de haberla instigado. Quisieron sepultarlo en La Aislada, un cajón de cemento con una puerta de fierro oxidado, sin respiraderos. Llovieron garrotazos, pero no entró. Amenazaron matarlo, pero no entró. Así que lo dejaron desnudo, a la intemperie, a que aprendas a protestar huevón, esposado a la reja que separaba a los sentenciados de los inculpados. Que-

maba su piel por la fiebre cuando Huilca y Chuya recibieron su cuerpo y lo metieron en un camastrón. Su condición de amauta inspiraba respeto a los presos. Sólo dos o tres allí sabían leer y escribir. Otra fiebre aún peor postró a otro sentenciado esa misma noche. No de enfriamiento sino de galopante apendicitis, el miserable jadeaba retorciéndose. Sombríos campesinos lo escuchaban lamentarse. Golpearon barrotes, vociferaron los reclusos llamando a sus carceleros, pero nadie abrió. Se iban a parrandear los empleados después del encierro, dejando el penal bajo la custodia de la Guardia Republicana. A las tres reventó el preso. A las cuatro se durmió Avendaño atiborrado de aguardiente. Aunque todavía no lo hayan juzgado, le hacían un favor confinándolo con los sentenciados: allí no eran frecuentes las reyertas.

Ocho meses después, Angel Avendaño es un recluso más o menos ilustre. Sus artículos aparecen publicados en el diario del Gobierno Revolucionario, así que los carceleros lo tratan con prudente deferencia. Por orden del Presidente de la República se ha despachado informes, por supuesto adversos, sobre la instrucción judicial. El corresponsal de "La Crónica" lo visitó una vez en La Almudena. No es tan notorio Avendaño como para que el juez, el agente fiscal o el escribano no exijan crecientes sobornos, nada más que para apurar el expediente. No importa la influencia de sus distantes amigos periodistas, no alcanzan los ingresos de su familia para comprar su inocencia. Pero los médicos legistas que han ignorado dos veces la violenta inflamación de sus amígdalas, en setiembre ordenaron su traslado a la carceleta en el Hospital Antonio Lorena. Sale apenas muerto, con su máquina portátil y un costalillo colmado con sus ropas, su peine y su pastilla de jabón. Abraza a Alejandro Huilca, ya regresará Tomás Kalluchi, guárdame mi jergón Alejandro Chuya. A lo mejor no vuelves Avendaño, sonrió un carcelero, eras un hombre importante so grandísimo cabrón, regálame cien soles.

Nunca podrá decir qué fue peor, si La Almudena o la carceleta. Le quitaron sus ropas a cambio de un camisón a rayas azules y blancas. Una docena de camas se alineaban en aquel pabellón enrejado, donde una vez al día entran los médicos mientras vigila la Guardia Republicana. Una vez empezado a triturar por la muela de la Justicia, ni siquiera has de agonizar con dignidad. Dormían con las luces encendidas. To-

do allí es sucio y antiguo. La carceleta está aprisionada entre el Pabellón de Tuberculosos y la morgue. Pronto descubrió Avendaño que cada noche moría al menos un tísico y que en la morgue se reunían las plañideras de la ciudad. Ciérrate ojo, cállate luz. Prefiere no ser a ser algo que termina. O no mirar, si que es no he de comprender. En lo que al ojo concierne, esto empezó alguna vez y ha de tener un final. Caerá el párpado, se apagarán las plañideras, así que muérete Avendaño, llévate de aquí barrotes y caporales, hazte polvo, déjate arrastrar por los caminantes, mejor dispérsate vuelto surco que esta angustia. No pregunta cuántos hombres aún más desesperados han muerto en esa cama que ocupan sus espaldas. O si soportará su cabeza tanto encierro. Llega el barchilón cada mañana a contar los muertos en el Pabellón de Tuberculosos. A través de los vidrios que se apoyan en la reja, observa Avendaño cómo arrebatan todo abrigo a los cadáveres. La camisa es propiedad del Hospital. Y la sábana. Huesudo y moreno, el barchilón distribuye palmazos a esos muertos consumidos, todavía tienen carne, se burla, están buenos para cocinárselos a los perros. Y sus dientes cariaños rien del pavor de Avendaño. Los niños tísicos, no. Le parecían conejos. Habrá que guisarlos para el almuerzo de los enfermos. Y los tísicos que pronto han de yacer a merced del barchilón, sonríen tímidamente. Manoseaba piernas, nalgas, barrigas yertas: Mmmm. ¡Qué rico, qué rico! Retroceder adónde. Otras ventanas dan a un patio hediondo: la morgue. Una dulzona pestilencia penetra desde allí, a veces trepan gusanos hasta la carceleta, gordos y blancos gusanos que deben rechazar por entre los barrotes. Llegan crispados los muertos anónimos. Será preciso destriparlos, profanarlos, averiguar por qué murieron. Y Avendaño se aferra a los barrotes gritando: ¿Y por qué no van a morir? ¿Por qué no hemos de morir todos violentamente? ¿Acaso no tienen hambre, acaso no los abusan, acaso no los acostumbra a la coca y al aguardiente desde que son niños? Escucha conversaciones que informan de asesinatos y de suicidios. Pero aquí los carceleros despojan sólo a los muertos. Como un respeto, casi un temor invade a los soldados, de modo que las visitas se filtran casi a diario gracias a pequeñas propinas. Es posible leer los diarios. "La Crónica" pedía la revisión de su caso. Desde aquella lejana fortaleza bombardeaban a los jueces del Cusco. Cada vez más impor-

tante, dejaban pasear a Avendaño. Los guardias republicanos le permitían estirar las piernas por el Pabellón de Tuberculosos. Dicen los médicos que el Hospital carece de medicinas para curarlos y como los pobres no pueden comprar, allí todos saben que tienen que morir. Los aceptan sólo en vísperas de la agonía. Para que no ensucien las calles o ahuyenten a los turistas norteamericanos. Niños y ancianos se mezclan en esa sala. Hablaba sólo con los viejos, apartando a los niños si se le aproximaban en sus juegos. Llega un hombrecito andrajoso, abrigado por incontables trapitos y remiendos, apenas sostenido por su mujer, una campesina que se lamenta en quechua. Luchan los enfermeros por desnudarlo: han de apartar a la vieja que chillaba como si lo estuvieran asaltando. Arrebatan el sombrero mugriento. Arrancan trozos de bufanda, pedacitos de todo superpuestos entre sus hundidas costillas y su camisa. Ya desnudo, lo cubrieron con la ropa del Hospital. Ordenó el médico una inyección de dextrosa. No terminaban de ponérsela cuando el viejo murió. Escucha Avendaño la sollozante salmodia de la mujer y después su reyerta con los enfermeros porque pretendían recuperar el camión que el Hospital ha prestado hasta que muera. La vieja lo reclamaba como única herencia.

Seis mil doscientas ochenta y ocho horas no parecen mucho tiempo. Pero cuéntalas minuto a minuto: muchas gotas de vida demoradas en caer, oyéndolas irse por un pozo de nada. Desperdiciadas respiraciones, en vano saliva discurriendo entre los dientes, para qué sangre bombeada y absorbida, lo mismo daba morir, no estar jamás. Seis mil doscientas ochenta y ocho horas han transcurrido desde que la PIP lo detuvo en la calle Arcopunco. Nadie ha demostrado que es culpable. Tampoco se ha investigado verdaderamente el incendio del SINAMOS que le atribuyen. Los señores jueces se las arreglan para demorar el proceso. Tramitó Avendaño la libertad provisional pero el Agente Fiscal se fue de permiso y el suplente se excusó. Nombró el Tribunal a otro suplente que antes de dictaminar fue recusado por el juez instructor. El tercer suplente opinó que procedía la libertad provisional pero el juez la denegó así que el expediente tuvo que ascender al Tribunal cuyo presidente se negó a ver el caso. El Fiscal opinó que Avendaño debía continuar preso "porque se ha quemado una casa de bastante valor, perteneciente a los marqueses de

Valle Umbroso". Apeló Avendaño pero se excusó el segundo Fiscal y también el suplente y otro suplente y mientras tanto te vas muriendo Avendaño.

A las ocho y media de la mañana del viernes 27 de setiembre de 1974 descendió en el aeropuerto del Cusco Humberto Castillo Anselmi. Vestía un impermeable beige. Pese a la altura cusqueña, caminó resueltamente al encuentro de Efraín Paliza, corresponsal de "La Crónica".

—Avendaño ha sido trasladado desde hace veinte días al Hospital Antonio Lorena —dijo Paliza, alto y cachazudo—. Padece de amigdalitis y poliglobulia.

—¿Qué es eso?

—Exceso de glóbulos rojos. Podemos verlo inmediatamente.

—Guillermo quiere saber si le entregaron el dinero —camaban hacia el automóvil, seguidos por el fotógrafo Nelson Vela.

—Tres mil soles: ha publicado tres artículos —dijo Paliza—. ¿Cuál es tu misión?

Contempla Castillo a los parias amontonados en los bordes del camino a la ciudad, el tumulto de indios que acarrear leña sobre sus lomos, que trotan como bestias entre una muchedumbre indiferente.

—Vamos a sacarlo de la cárcel —dijo el periodista—. Demonstraremos públicamente que la justicia es una mierda.

Vio que Paliza dudaba, disgustado, y prefirió callar.

Angel Avendaño Farfán ha pertenecido al Partido Comunista. No está de acuerdo con el mundo.

Los jueces del Cusco respetan a Dios y la propiedad. Son amigos del gamonal. Gente conservadora, sabe usted.

Después de dejar el equipaje en el hotel, Paliza accedió a llevarlos al Hospital. Una vez franqueada la puerta, se excusó. Tenía que atender un negocio.

Angel Avendaño es un réprobo.

—Es aquel —señaló a Avendaño el centinela de turno.

—¿Avendaño? Soy Castillo Anselmi, de "La Crónica".

Saltó de la cama. Vestía pijama y una chompa negra. Hay una botella de agua, libros, periódicos y algunas medicinas en una mesita junto a su lecho.

—¡Qué gusto verlos, compañeros!... —una alegría suavizó el semblante del preso. Unos ojos locos y brillantes, una bar-

ba negra y espesa, unas manos fuertes y expresivas: así es Avendaño. Castillo no lo había visto nunca.

—... Mi oficio es el canto. Nunca tuve tiempo para el odio. Pero estoy empezando a odiar con todas mis fuerzas...

Observa Castillo los lívidos despojos de un tísico al que han quitado la camisa y que yace desnudo en el Pabellón vecino. Dos niños enfermos correteaban por el corredor, sin prestar atención al cadáver.

—... Dicen que hay que tener paciencia. Pero la historia me dice que las rejas de la cárcel son más tercas que todas las humildades. Hay que arrugar chaquitacllas para forjar cuchillos. Encierren a una paloma y verán como le salen garras...

Por la ventana se filtran gemidos, después otros llantos, unos martillazos: a esta hora practican las autopsias. Abren los cuerpos a la mala, con cincel.

—... Dicen los cartelitos: "Todo trámite penal es completamente gratuito". Sin embargo: 100 soles por cada testigo que declara. Dicen los cartelitos: "Veinte soles por foja que copie un escribano". Sin embargo: 800 soles, 1,200 soles por copiar tres fojas de instructiva. Dicen los cartelitos: "Todo trámite penal es completamente gratuito". Sin embargo: cuatro mil soles porque el escribano está de vacaciones. Peruanito que creces: no es una ficción. No todos conocen estos horrores. Pero me sucede a mí, Angel Avendaño, poeta nunca consagrado, sin borracheras en París, únicamente encarcelado...

—Señor Thorndike, voy a darle una buena noticia —sonríe el General Segura—. Con motivo de cumplirse el sexto aniversario de la Revolución, ha sido indultado el señor Angel Avendaño —pausó, fumando—. Ya es oficial, la noticia puede publicarse.

—¡Aló, aló! No, el señor Castillo no está. Sí, sí. Lo haré buscar. ¿De parte de quién? Muy bien, señor director. Que lo llame inmediatamente.

—No es posible, carajo —se amargó Castillo cuando Avendaño terminó su relato. ¿Otra copita? ofreció el soldado de la Republicana. Habían comprado unas botellas de pisco del fino y un jamón, invitado a los centinelas, a todos los presos. Sentado en el camastro, Avendaño hizo un puntual recuento de sus experiencias. Los presos, también los soldados añadían sus propias historias. Sí, muchas gracias. Bebió el pisco de golpe, sacudió la copa sobre el suelo antes de entregársela al

fotógrafo—. Pero si todos sufrimos los mismos abusos —intentó explicar. Venían todos del pueblo, pero algunos se la pasaban defendiendo a los de encima. El alcohol enturbiaba su cabeza—. No importa, ahora no importa...

Avendaño era libre y él sin conocerlo.

—... bueno, Angel, me voy a dormir. Mañana vendré a verte...

Regresaron a pie, por calles de piedra, frías y silenciosas. Un vaho a ciudad sagrada y violenta los persiguió por las estrechuras incaicas.

—... así es el Perú: se atropella a los humildes, se pisan las leyes y nunca hay castigo, nunca, ni ahora con la Revolución. Este es el país de los canallas impunes. Torturan a diario y encima los ascienden, les pagan pensión, los condecoran, puta madre, algún día esto tiene que cambiar —escupió los muros incaicos—. Al Perú hay que meterle una mecha, encenderla y dejar que explote. Y después empezar...

—¿Usted es el señor Castillo? —el conserje del Hotel de Turistas le alcanzó la llave de su habitación—. Lo han llamado siete veces de Lima. Aquí están los mensajes.

En Pumacurcu 624, Rina Soto de Avendaño está en cama, sin poder dormir. Seis mil trescientas horas ha soportado la persecución a su familia. Unos violentos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—¡Rina! ¡Rina, abre! —no reconoció la voz: la una de la mañana—. ¡Rinal

Otra vez golpeaban. Así que asomó por una ventana, abrigándose con un poncho.

—¿Quién es?

—Rina, soy Castillo Anselmi, de "La Crónica". Acabo de hablar con Lima —el periodista respiró hondo—. Han indultado a tu marido, Rina, él es libre.

Vistió apuradamente unos pantalones, un abrigo negro. Seguida por los niños abrió la puerta. Castillo la descubrió movida por el llanto.

—Tienes que creerlo —insistió Castillo—. Mañana se publica la noticia en los diarios. Ahora mismo la están imprimiendo.

Créelo, Rina. Felicitaciones, Rina. Bravo, qué felicidad, Rina. Se bañaba su rostro, temblaban sus manos, gemía su garganta. Calentar el agua, hacer café, comprar el pan y la leche, despertar a los niños, lavarlos, servir desayuno, vestir a

los niños, mandarlos al colegio, dejar a los menores en casa de sus abuelos, correr al trabajo, pedir permiso, ir al juzgado, suplicar al escribano, perseguir al abogado defensor, sollozar, sollozar, volver al empleo, otra vez pedir permiso, apurarse a la casa, contar su dinero, pedir fiado en la tienda, guisar el rápido almuerzo, dar de comer a sus hijos, correr con una portaviandas a La Almudena, saludar amablemente a los centinelas, sonreír al carcelero que se queda con lo mejor del almuerzo, regalar un paquete de cigarrillos, soportar el registro, no ver a su marido, sollozar, ir al trabajo, al abogado, recoger a los niños, zurcir ropas, de nuevo contar el dinero, asomar a la ventana, encerrarse en el baño, quererse suicidar y seguir viviendo, cocinar la cena, sonreír a los niños, acostarlos, quedarse a solas, mirar la pared, mirar los techos, mirar las fotos, mirarse en el espejo, mirar la noche estrellada, mirar las calles vacías, mirar sus manos ajadas, mirar los zapatos viejos, llorar amargamente. Por que, Ángel Avendaño.

—Hay que avisarle a sus padres —dijo con un hilo de voz.

A las cuatro de la mañana los admitieron en el Hospital Antonio Lorena. El centinela reconoció a Castillo. Déjanos pasar, viejo, el Presidente Velasco lo acaba de indultar. No sabían nada los carceleros, no pasaban visitas a esa hora, pero está bien, adelante.

—¡Ángel! —se rompió la voz de Rina Soto—. ¡Eres libre!

Libre muerto. Nada importa al ojo frente al ojo. ¿Libre? ¿Indulto? ¿Revolución? Cómo mierda iban a indultarlo si ni siquiera lo habían sentenciado. Ha resistido la locura durante casi trescientos días y ahora Rina gesticula, sus dientes afirman que puedes irte, lo abraza tironeando el pijama como si quisiera romperlo, indultado, caray, te han indultado, tienes que bailar con ella, dar de saltos mientras otro tísico se mueve en el pabellón vecino. Sólo cuando vio la feliz sonrisa de Humberto Castillo empezó a creer. Mira a todos lados, atento a las voces que se desploman encima suyo hablando de libertad, terminó el infierno, la eternidad de murallas, mientras Nelson Vela fotografía sus ojos desorbitados e incrédulos.

El miércoles 2 de octubre, Ángel Avendaño y su esposa bajaron del jet de Aeroperú en el aeropuerto limeño Jorge Chávez. Brillaba el sol como si ya fuese verano. Castillo dio un codazo a Guillermo Thorndike: es aquel barbudo. “La Crónica” había girado los pasajes a su nuevo redactor principal.

—Permíteme Thorndike que te diga que iré adónde tú lo ordenes —casi gritó Avendaño. Se le quebró la voz—. ¡La mierda nos ahoga!

Avanzaron abrazados por el terminal. El Chivo se aparta porque está a punto de llorar. Nada más que por momentos como éste trabajaba de periodista: Ahora descansa Angel Avendaño, olvida la cárcel, usa la libertad, entra a los cinemas, siéntate en los cafés, visita los parques, escucha a los pájaros, vete a mirar el mar desde Barranco. Haz lo que quieras, Angel Avendaño. Y cuando estés más o menos en paz, más o menos vivo, anda a ocupar tu escritorio en "La Crónica". Lo vieron irse en el automóvil de unos parientes. Desde la vereda agitaron las manos.

—Es bien emotivo —se apagó Castillo Anselmi—. Y cree que también nosotros somos libres.

Operación Alcón, informe 143-05A

—LO BUSCA UN CABALLERO que dice ser su amigo, señor director: el Chino Cervantes. Está en la puerta, con una gorda. Usted dirá si pasa.

Vaya, el Chino Cervantes en persona, el único hombre a quien respetaba Chalaquito I, monarca del hampa del Callao. El Chino había sido guardaespaldas del difunto magnate pesquero Luis Banchemo Rossi. La gorda habrá de ser Berta, su hermana, la mujer de Cara de Papa.

—Sí, es mi amigo, por supuesto, que entre.

Gafas oscuras a las nueve de la noche, chaqueta celeste, pantalón bien planchado y, como siempre, zapatos en punta con los pasadores sueltos: Guillermo Cervantes entró a la sala de redacción seguido por una mujer de ciento treinta kilos, sonriente y emperejilada. Chino, qué gusto verte. Cómo estás Guillermito. Qué hay Bertita. Les presento a mi esposa Charo. Mucho gusto Charito. Tomen asiento, voy a cerrar la puerta.

—¿Y ésta es tu oficina? —se torció la expresión de Berta mientras estudiaba los muebles arruinados—. No puede ser,

hermano, tienes que exigir una oficina de acuerdo a tu categoría. Toma, ve. Fíjate cómo no me olvido de la marca que te gusta —le alcanzó una cajetilla de Benson & Hedges—. También le gustaban a mi compadre Lucho —suspiró—. ¿Y, cómo te va?

—Todavía no lo sé, Berta. ¿Y don Juan Desmaison? —recordó a viejos amigos—. ¿Chacalla, los Pimpines?

—¿No sabías? Don Juanito murió el año pasado. Tenía pues sus arterias de plástico.

—Chacalla está arriba —intervino el Chino—. Ahora trabaja para su padrino Tantaleán.

Encendió uno de los cigarrillos obsequiados, conversaron del puerto, del cebiche prometido por Berta hacía dos años, la última vez que se vieron.

—Pero, ¿qué los trae a “La Crónica”? No han venido sólo a saludarme.

Intercambiaron miradas.

—Bien sabido que eres, ¿no? —rió Berta—. No has cambiado nada.

Sin prisa, el Chino explicó el problema de su hermana. Guapo cansado, eso parecía. Un tal Ugarte, sabes, un miserable, actuaba de intermediario entre la EPSEP, gran empresa pública de servicios pesqueros, y también entre la EPCHAP, que importaba carne, hígados y mondongo, y los dueños de los camiones frigoríficos, que les decían cámaras, imponiendo contribuciones ilegales. Berta había invertido sus ahorritos en dos buenos camiones pero se negaba a pagar cupos a Ugarte y mucho menos a participar en el robo de carne y pescado, así que le negaban viajes entre el terminal y los depósitos y la estaban arruinando. Un buen periodicozo tal vez enderezara a Ugarte.

—Perdón, Chino, ¿puedes explicarme eso del robo de carne y pescado?

Berta se sobresaltó.

—Hermano, no vayas a publicar ni una palabra porque nos hunden.

—Nomás quiero saber Berta.

Dudaron un momento. En fin, tenían que confiar así que escucha bien, Guillermo: en tiempo de veda de vacuno, desembarcaban en el Callao carneros, mondongo, hígados congelados que traían del extranjero. Si hay buque, sólo los camiones de Ugarte entraban al terminal. A la hora de cargar, car-

gaban más y apuntaban menos en la guía de remisión. El pesaje de los camiones estaba arreglado. Un controlador de EPSA, la empresa que manejaba todos los supermercados, echaba candado, se metía la llave en el bolsillo y se sentaba junto al chofer. Rumbo a los grandes almacenes frigoríficos, se desviaban a diversos escondites donde descargaban el exceso de la carga, para venderla al día siguiente. También robaban pez espada.

—¡Pero alguien tiene que darse cuenta! —se amargó el periodista— ¡No es posible que le roben la comida a un pueblo con hambre!

—Están todos involucrados.

—No puedo creerlo.

Berta escarbó en su cartera y le entregó un papel ajado. Leyó: EPCHAP, guía de remisión 660. Consignatario: San Martín. Motonave: Marie Australe. Muelle 9-C, bodega 2. El camión había cargado 9,700 kilos de corazones y mondongo y descargado 192 kilos menos.

—Si la policía quisiera —dijo Berta— hace tiempo que habría liquidado esta cochinada. ¿Pero a quién te vas a quejar? Fíjate, es bien fácil. Si hay buque, no tienes más que seguirlos desde el terminal y verás que no van directo a los frigoríficos.

—Pero debe haber mucha gente embarrada.

—Y bien capazotes, hermano, bien de arriba.

Thorndike estuvo de acuerdo. Se conocía más o menos la existencia de un tráfico de alimentos que perjudicaba a los más pobres. La carestía era evidente. Pero ni un resquicio permitía atisbar el mecanismo del fraude. Hacía dos o tres semanas que en "La Crónica" andaban en busca del hilo. Siguieron el rastro de los malos comerciantes de papas y tropezaron con Antonio Tello Cuya, hombre de mucha influencia porque era Secretario General de la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana, CTRP.

También husmearon la venta de pescado. No hacía mucho que el Ministro Tantaleán anunció que el Perú seguía siendo el país pesquero más importante del mundo. La industria que capitaneó el audaz y asesinado empresario Luis Banchemo, llegó a ser la fuente de divisas más importante del país. Exportaba el Perú no sólo harina de pescado sino barcos repletos de delicias marinas rumbo a Europa, Estados Unidos y Japón. Sin embargo, en magros mercados limeños el pescado

amenazaba convertirse en lujo. Se filtraron reporteros y fotógrafos al Terminal Pesquero sólo para descubrir abundancia de lorna, poco apetecida, mientras en la calle, casi en las puertas de la EPSEP, apreciadas cojinovas, opíparas corvinas y lenguados se vendían a descontrolados precios con la evidente tolerancia policial.

Siguieron la pista proporcionada por Cervantes. Madrugada tras madrugada se turnaban los fotógrafos en acecho del Terminal. Pero ni descargaban carnero ni acarreaban vísceras congeladas.

Esa noche de fría primavera, Domínguez y Fidel Méndez, jefe de noticias policiales de La Tercera, viajaron a investigar en Pucusana. En invierno refugio de amores culpables, escondidos en hotelitos con terraza a la bahía llena de botes, en el viejo balneario la EPSEP había instalado un frigorífico. Las más finas especies partían de allí y se extraviaban en Lima. Ni corvinas o lenguados, ni congrios o cojinovas llegaban al Terminal Pesquero de la capital, donde regían precios oficiales que la propaganda gubernamental se complacía en difundir, sino que acababan en restaurantes de lujo o en pescaderías de barrio rico.

—No, al pueblo no —insistió Domínguez cuando aparecieron los cerros que rodean Pucusana.

Fidel asintió. A las once de la noche, dos extranjeros curiosos bastaban para alarmar a pescadores y comerciantes embarcados en sucios negocios. Fueron a estacionarse frente a un restaurante vecino a la garita de control en la Carretera Panamericana.

—Fíjate los bandidos —observó Domínguez—. Esto debe estar iluminado para controlar mejor. Pero no. Los focos están todos rotos.

—Voy a husmear —se ofreció el tercer ocupante del automóvil, un amigo que Méndez recogió del cuartel de bomberos de La Victoria, de la que era comandante. El amigo apagaba incendios en sus ratos de ocio, es decir, casi toda la vida. De vez en cuando trabajaba de charla, engatusando transeúntes con pociones mágicas a veinte soles que vendía en el Parque Universitario.

—El tipo se pasa —rió Domínguez observándolo alejarse: remataba su indumentaria con un sombrero cusqueño adornado con cintas de colores.

Un guardia civil se acercó a mirarlos. Rondó un rato, estudiando las matrículas. Domínguez escondió su teleobjetivo.

—¿Esperan a alguien? —se interesó el policía.

Un camión-cámara frenó a quince metros de la garita.

—Queremos dormir —replicó Méndez observando al Charla que merodeaba el camión—. Hemos viajado toda la noche.

—Ah —dijo el policía y se inclinó para mirar a Domínguez que simulaba roncar.

El chofer de la cámara encontró la guía, sacó un billete de mil soles y se aproximó a la garita donde lo saludó un teniente. Entregaba el dinero cuando irrumpió el Charla.

—¿Y me vas a dar o no esas diez libras? —dijo al oficial que escondió apuradamente el billete. Se desorbitó su mirada ante el intruso que no cesó de hablar—: Caracho, tengo que viajar y se quedan con lo mío, como si nunca me hubieras visto, yo no sé para qué están los amigos —el teniente selló la guía, salió el chofer y tras él se apuró el Charla—. Amigo, llévame a Lima.

—Sube, pues.

Méndez se enderezó. El Charla era un aventado, ya se zampó al camión. Se disponía a encender el motor cuando los policías los rodearon.

—Brevete y tarjeta de propiedad —exigió un cabo—. Y bajen del auto.

—¿Se puede saber que infracción hemos cometido?

Abrieron las puertas y los sacaron a empujones. Bajo el asiento encontraron dos radiotransmisores portátiles, la Nikon de Domínguez.

—Contra la pared —los hicieron retroceder mientras examinaban el equipo—. ¿Quiénes son ustedes?

—El auto es alquilado, mi cabo.

—Somos periodistas —se rindió Méndez y mostró su credencial—. Sistema Nacional de Información.

—¿Tienes factura de la cámara y las radios?

—Anda y pídeselas al General Segura —se malhumoró Méndez—. Nosotros también trabajamos para el Gobierno.

Las credenciales viajaron de mano en mano hasta el ofuscado teniente. Se preguntaba quién sería el desconocido que lo sorprendió mientras lo sobornaban. Los carnets de prensa quemaron sus manos. Déjenlos ir, dijo, que se vayan de inmediato.

A la mañana siguiente, el Charla fue presentado al director de "La Crónica". Aceptó un cigarrillo, se acomodó en un sofá, contuvo el aliento hasta que ya seguro del interés del auditorio, explicó que a mil soles la cámara, de cuarenta a cincuenta mil soles diarios se repartían los policías, no había contado personalmente los camiones, pero su amigo el chofer se lo dijo. Se había presentado como un guardia civil expulsado del servicio, que intentaba cobrar una deuda al oficial en Pucusana. Averiguó que más al Sur cargaban corvina o cojinova y la cubrían con despreciado jurel, que nadie controlaba ni en el puerto, ni en las garitas, ni en Lima. El pescado fino se descargaba en corralones cercanos al Terminal Pesquero para su distribución a negocios de lujo. No, no había podido descubrir ningún corralón, porque el chofer lo hizo bajar en la avenida Aviación. El Charla propuso viajar a Nazca, donde estaba la verdadera prosperidad de corvinas, y conseguir trabajo con la mafia.

—Bien —dijo Thorndike—. Desde ahora eres periodista. Ten cuidado. Por menos averiguación te clavan un cuchillo.

El sábado 5 de octubre, el General Richter y el Ministro de Comercio, el General de la Fuerza Aérea Luis Barandiarán, arribaron sorpresivamente a Tumbes, casi en la frontera con el Ecuador, y dirigieron la captura de veinte camiones repletos de alimentos que salían del país de contrabando. Al Ecuador se llevaba aceite, harina, leche, manteca, productos subsidiados por el Gobierno. De pronto activadas por una furia presidencial, las aduanas requisaban grandes cargamentos que sin documentación se iban también a Chile y Bolivia.

A diez pasos de la escalera del avión en el aeropuerto de Tumbes abrasado por el sol, Humberto Castillo reconoció una semana más tarde el perfil agresivo del capitán Burmester. No vestía uniforme del Ejército. Lo conocía de Trujillo y después del COAP, donde era ayudante del General Graham. Qué hay, hermano, saludó. Burmester guiñó un ojo, intercambió una sonrisa y Castillo siguió de largo con el fotógrafo Rolando Angeles. La civilización ha ahuyentado manadas de sajinos y acorazados lagartos negros que nomás hace unos años se asoleaban en las barrosas orillas del río Tumbes. Aquí parece estar en otro país. Al fin separada la costa de la fría corriente marina de Humboldt, acaban dunas y lo árido se cubre de verde, empiezan manglares que extienden su laberinto

casi hasta Guayaquil, llueve torrencialmente y un vaho a infierno acompaña cada movimiento, como si la piel se evaporara. Rodeado de Ecuador casi por todas partes, Tumbes es una inmensa guarnición militar. Hace años que los dos países no se quieren, aunque las cancillerías disimulen, y por eso sus ejércitos desconían a lo largo de la frontera. Tumbes es una ciudad con moscas, multitudes pobres, una plaza con buena sombra, un Hotel de Turistas en cuyo segundo piso dicen que hay fantasmas y una gran antena de Radio Nacional del Perú.

Luego de bañarse, Castillo se fue de compras. No hay leche. No hay aceite. No hay galletas. No hay tallarines. No hay azúcar. El pueblo se aglomera frente a los puestos reguladores de la Municipalidad. No hay, vuelva mañana, se acabó. Antes de que cierren la frontera a las seis de la tarde, los periodistas se apuraron hasta Aguas Verdes y cruzaron el puente internacional. En Huaquillas, territorio ecuatoriano, hay leche envasada en el Perú. Y aceite, manteca, azúcar, harina y hasta cemento peruano, todo lo que se quiera comprar, naturalmente que más caro. También cambian dólares, vaya uno a saber si auténticos, por controlados soles peruanos que los contrabandistas usarán en comprar más alimentos subsidiados por el Gobierno Revolucionario.

Al anoecer consiguió hablar con el capitán Burmester en el bar del Hotel.

—Mira, hermano, hay por lo menos cincuenta caminos que llevan a la frontera y son utilizados por los contrabandistas. La Guardia Civil debe vigilar y no vigila. Al Prefecto lo han destituido por inmoral. Aquí todas las autoridades están metidas en el contrabando hasta el cuello. Nomás te lo cuento para que no te agarren desprevenido. De las aduanas, mejor ni hablar. No me vas a decir que recién ahora se han dado cuenta que el contrabando pasaba como si fuese comercio legal.

—A veces pienso que la única forma de componer el Perú es empezando a fusilar —dijo el periodista—. ¿A cuánto crees que asciende el contrabando en los últimos años? ¿Y qué haces tú aquí, de paisano?

—No puedo calcularlo. Miles de millones de soles. Yo estoy en misión secreta. Sólo dependo de Lima.

Pronto descubrió Castillo que los contrabandistas habían organizado un verdadero consorcio, con oficinas y tiendas de

fachada y que los mismos intereses se movían en el lado ecuatoriano. Dice el pueblo que si la Revolución quisiera moralizar, no se salvaría ni una autoridad. Dice el pueblo que Tumbes es el destino más apetecido entre muchos oficiales de la Guardia Civil y la Guardia Republicana. Dice el pueblo que los aduaneros reciben descarados sobornos en el mismo puente internacional. Dice el pueblo que aquí todo funciona movido por la corrupción. Dice el pueblo y, pese a la visita y a las órdenes de los señores ministros, todo continúa más o menos igual. Empezó el contrabando hace unos cuatro años, cuando el costo de vida en Ecuador dejó atrás al costo de vida peruano. Como todo buen negocio, no es exclusividad de grandes empresarios. También lo emprenden pequeños comerciantes que, incapaces de comprar a un Prefecto o a un jefe de la policía, emplean chutereros o cargadores, para arrear, de caja en caja, de bolsa en bolsa, un lento pero numeroso contrabando por senderos casi invisibles.

Con su libreta de notas engordada a fuerza de declaraciones y sin embargo dueño de nada nuevo, regresó Castillo a la frontera por tercera vez. No duró media hora. La policía lo acorraló.

—Está prohibido tomar fotos. Identifíquese.

—Somos periodistas.

—No se puede fotografiar la frontera.

—Fotografiamos el contrabando.

—Entreguen los rollos.

Miró en derredor: nadie que pudiera ayudar. Los empujaron hasta una garita.

—Hola —saludó Burmester igualmente arrestado por tomar fotografías y preguntar demasiado.

—Si usted es capitán del Ejército, ¿por qué no está uniformado?

—No tengo que contestar a sus preguntas.

—Parece que nos jodimos —susurró Castillo a Angeles—. Nomás entrega los rollos.

—En la Comandancia no lo conocen.

—No pertenezco a la guarnición de Tumbes.

Castillo se frotó la cabeza. Era para no creerlo: el ayudante del General Graham y los enviados del diario de la Revolución apesados por unos cachacos contrabandistas.

—Yo mismo hablaré con el General —dijo Burmester pero le negaron el teléfono.

En ese momento se detuvieron dos vehículos de la División Motorizada: Por una ventana vieron saltar a tierra a una compañía de tostados fusileros. Un capitán armado de una metralleta se aproximó a la garita. El Ejército se encargaba desde ahora del control de la aduana y de la frontera, así que volvían los guardias a Tumbes, a conocer sus nuevos destinos: de Lima disparaban órdenes de baja y aun de prisión para las autoridades mezcladas en el escándalo. Castillo y Angeles aprovecharon la confusión para abordar un taxi. No se detuvieron hasta Piura, seis horas al sur.

Mientras tanto, el Charla ha conseguido trabajo en Marcona. Allí el pescado tiene un precio en la lancha, otro a la hora de la descarga, otro más alto al llegar al muelle. Del mar a los camiones ha de pasar por cinco o seis intermediarios. La capitanía del puerto quiere controlar y no controla. Sabe el Charla que cada camión parte con jurel barato cubriendo espléndidas corvinas. Cobran los guardias de Marcona, cobran en Nazca, cobran en Pucusana. Pero el negocio alcanza para todos. A veces, en la carretera se trasborda a automóviles de matrícula particular, que no son revisados en las garitas. Ha detectado en Nazca una camioneta provista de un radiotransmisor que se comunica con las lanchas que están en alta mar. Otros instalan una radio en el Hotel de Turistas para hablar con los pescadores y averiguar si salió pescado fino. Usan nombres femeninos para corvinas, lenguados y cojinovas. En Lomas también descarga la mafia. No hay ni Guardia Civil, ni PIP: nada más que un alcalde que además es líder sindical de los pescadores y quien sella los camiones-cámara con un membrete del Ministerio de Pesquería. Los moños, es decir, la parte que corresponde a incógnitas autoridades, son recogidos una vez por semana por un hombre joven, siempre con gafas ahumadas, que llega en un deportivo y ruidoso último modelo. Le alcanzan un paquete de billetes envuelto en papel periódico y se marcha sin siquiera contarlos. Cualquiera no puede comprar pescado blanco. Primero es preciso estar bien recomendado desde arriba y luego hay que pagar un cupo de seis mil soles mensuales al alcalde de Lomas, que vaya uno a saber cómo lo reparte.

—¿Guillermo? —la urgente voz de Berta llegó por el telé-

fono directo—. Esta noche roban carneros. Ha llegado un buque con dos mil toneladas. Están llamando a todos los camiones de la mafia. Los carneros son para EPSA.

Diez días habían acechado para coger el hilo y desanudar desde abajo la corrupción en EPSA.

—Demasiado tarde —contestó. Tenía ante sí una copia del decreto ley 20753 que declaraba EPSA en reorganización. Esa tarde, la Empresa Pública de Servicios Agropecuarios había sido intervenida. Todos los gerentes quedaban destituidos. Los archivos, clausurados. Las cuentas corrientes, congeladas. Si alguien iba a averiguar la corrupción en esa empresa, a la que se achacaba en gran parte el abastecimiento de los contrabandistas, ahora sólo podía hacerlo el señor juez instructor.

*Entrevista confidencial, libreta
Nº 2. Páginas 25 a 29*

—MUY BIEN LA DEFENSA del Perú en Caracas, todo un éxito, caray, el señor Presidente está muy satisfecho y es posible que los invite a Palacio, así que muy bien: tenemos que estar alertas y concientes para la defensa de la Revolución en cualquier terreno porque, caracho, ya escuchó usted lo que dijo el señor Presidente, estamos amenazados por la CIA, el imperialismo está en todas partes y, caray, yo mismo le he tenido que cortar sus tentáculos desde el Servicio de Inteligencia, estuvimos trabajando un año atajándolos por aquí, atajándolos por allá, hasta que echamos abajo todo el encatrado del gringo Chappers, figúrese usted. Y después me invitaron a conocer Estados Unidos y yo me dije: caramba, no vayan a meterme un balazo o a darme veneno, pero igual me fui a pasear porque no se va a portar uno como un miedoso —rió el General, oprimió un timbre, dos tecitos por favor Doris, encendió un cigarrillo—. Porque Chappers era un tremendo espía, lástima que esa historia no se pueda difundir porque hicimos un trabajo bien interesante enfrentándonos a sus agentes, claro que no, pero yo se lo digo señor Thorndike, el imperialismo está en

todas partes así que nosotros debemos proyectar una imagen favorable de la Revolución y no hay que dejarse llevar por el entusiasmo, creer que es revolucionario ponerse a denunciar de todo, no señor Thorndike, así no es la Revolución: tenemos que robustecerla y no estarle serruchando el piso, porque fíjese usted, claro, yo no sé por qué será, no puedo atribuírselo a ninguna intención, pero no es posible: "La Crónica" debe defender al Gobierno y no lo defiende, ¿o es que todas estas denuncias son una defensa del Gobierno Revolucionario? No, señor, así no se defiende. ¿O a usted le gustaría que lo defendieran golpeándolo en la cara? No, usted diría: mejor no me defiendas compadre. Esto es agresión, esto es oposición. ¿Y cómo va a ser, pues? A mí me llaman los ministros, hasta el señor Presidente me dice que ahora "La Crónica" se nos ha pasado a la oposición, qué es esto Segura, tú no manejas ni tu propio sector, porque "La Crónica", señor Thorndike, está integrada al Sistema Nacional de Información, esa es la realidad, y no puede rebajarse a la altura de "Expreso", así que yo respondo: yo le he dado autonomía al señor Thorndike y si él se ha equivocado, sabrá comprenderlo porque es un hombre conciente, un hombre culto y bien intencionado, un señor escritor que no va a traicionarnos, él sabrá rectificar el rumbo y si usted, señor Thorndike, tiene comunistas en el diario, yo le recomiendo que los eche de una vez, no vayan a crearle dolores de cabeza. Claro, yo comprendo que ha estado usted ausente en Caracas, pero mejor veamos "La Crónica", porque a lo mejor yo estoy equivocado y nos está apoyando, sólo que yo no me he dado cuenta. Mire usted: EPSA era una estafa, con tremendas letrotas que no le alcanza la primera plana para meterlas. Cinco mil doscientos millones en estafas: ¿quiénes son? Otro tremendo titular. Y aquí dice: EPSA y sus estafas, 40 millones en aceite. Y luego: ¿Quién controla el uso de vehículos oficiales? Y fotografían ustedes automóviles del Ministerio de Pesquería y de Pesca Perú sin saber si están en misión oficial. No, nada más los retratan en la calle y atribuyen otra sinvergüencería al Gobierno. EPSA no es una estafa, señor Thorndike, es una empresa que seguirá operando en el país porque no la vamos a borrar, ha costado organizarla, plata de los peruanos que debemos ser concientes de cuidarla porque no es patrimonio del Gobierno sino de todo el pueblo peruano para quien nosotros —se golpeó el pecho—,

para quien nosotros conducimos esta Revolución humanista y libertaria, ¿comprende usted, señor Thorndike? A EPSA la han estafado unos zamarros y la investigación corresponde al Poder Judicial, ustedes los periodistas no tienen por qué estar calificando a la gente de ladrones y delincuentes sin que antes se haya pronunciado la Justicia, porque entonces para qué tenemos jueces, ¿verdad, señor Thorndike? Ustedes, los periodistas, no se dan cuenta de la fuerza que tienen los diarios, caracho meten unos golpazos y se quedan tan tranquilos, pero hay una verdadera zozobra en todas las empresas públicas, los técnicos dicen para qué nos vamos a meter, así quién se arriesga a trabajar por la Revolución, si después el propio diario del Gobierno maltrata a los funcionarios. No, señor Thorndike, esto tiene que cambiar.

—No, General, yo no puedo aceptar que se nos acuse de habernos pasado a la oposición. Francamente. . .

—Pero usted ha visto los titulares.

—... que un Gobierno Revolucionario se preocupe por el tamaño de las letras y la intranquilidad de los pícaros. . .

—Es la impresión que se crea. Yo no lo estoy acusando.

—... por último “La Crónica” está integrada al Sistema pero el Sistema no ha dicho una palabra sobre qué clase de diario quiere. No se trata de decir: esto no me gusta, lo de allá tampoco. Ni una orientación, nada. Ahí estamos tirados en una covacha en el Jirón Andahuaylas, con una empresa en quiebra, sudando para comprar el papel de cada edición. Mire, General, no nos embrollemos. Ya existe un diario oficial, vocero del Estado, donde se pronuncia la burocracia cada vez que lo desea. Ese diario es “El Peruano”. No vamos a hacer un segundo periódico oficial, igualito al otro, porque entonces ni yo ni mis colaboradores somos necesarios, sería una inmoralidad que continuáramos en nuestros puestos. Yo entiendo “La Crónica” como vocero de la Revolución, no de la burocracia cuyos privilegios acaba de denunciar el General Velasco. Ser vocero de la Revolución no implica necesariamente servir a los intereses del aparato estatal que la propia Revolución se propone modificar. Porque si el Perú estuviese muy bien organizado, si ésta fuera una sociedad justa, si no hubiera corrupción e inmoralidad en la función pública, entonces tampoco la Revolución sería necesaria y usted no tendría por qué estar sentado detrás de este escritorio, sino de lo más tranquilo, en

su cuartel. Yo pienso que estamos aquí en guerra con el antiguo Estado...

—Por supuesto, señor Thorndike, yo no he sugerido que el Perú no necesita la Revolución.

—... y con los peculados, los sobornos, el contrabando, el abuso de muchos funcionarios y esa tendencia sibilina a convertir la Revolución en otro Gobierno autoritario más, porque supongo que ni usted ni yo queremos ser cómplices no de una estafa como la de EPSA, sino de otra estafa peor, una estafa política al pueblo...

—Pero señor Thorndike, yo estoy de acuerdo.

—... y yo también soy funcionario público, corro los mismos riesgos que cualquiera, igual voy a ser revisado por la Contraloría.

—Escúcheme, señor Thorndike, ¿usted cree que se puede defraudar así nomás cinco mil millones?

—No lo sé, General, nunca me lo he propuesto. Usted lo ha dicho: no soy un financista sino un escritor. Pero ésta situación me parece irrisoria, por lo menos.

—¡Cinco mil millones! ¡caracho! Mencionan semejante y tremenda cantidad como si se tratara de cincuenta libras. Hay falta de información, señor Thorndike.

—Los cinco mil millones han sido mencionados por el juez instructor. La investigación nunca es reservada, aunque la ley mande lo contrario. Porque los jueces utilizan a los periodistas para defenderse de muchas presiones. Porque el Poder Judicial tampoco es autónomo. Y porque tampoco los jueces son imparciales ni todos son honestos. El mismo señor juez que dateó a los periodistas de los cinco mil millones, que ha sido diputado aprista además, ha dicho que va a llevar a los generales implicados a su despacho y si no que lo saquen del juzgado. A veces pienso que los ministros andan tan alto que no se enteran de las cosas.

—Pero yo le voy a demostrar, señor Thorndike, que "La Crónica" se equivoca y que con ese sensacionalismo basado en el error, lo único que hace es perjudicar al Gobierno, caracho, ¿qué va a decir la gente? Que la Revolución está corrompida, que los funcionarios roban y los ministros también.

—El Gobierno está corrompido, General. Pero el Gobierno y la Revolución no son una misma cosa.

—¿Pero cómo no va a serlo, si la Revolución gobierna? Y

por unos cuantos sinvergüenzas no hay por qué ensuciar a personas honorables. ¿O todos los funcionarios son inmORAles? No, pues. Así que debemos tener mucho cuidado.

—¿“La Crónica” es el diario de la burocracia o de la Revolución?

—No entremos, pues señor Thorndike, en discusiones bizantinas ni en sutilezas, caray, es lo malo de los intelectuales, se ponen a discutir si esto es así, si esto es asá, y mientras tanto el mundo y los enemigos no dan tregua, señor Thorndike, ahí está el imperialismo, tenemos que ser concientes de que la Revolución camina y yo estoy seguro, porque usted es un hombre realista, caray, eso que se llama un hombre pragmático, que usted comprende: no vamos a serrucharle el piso a nuestra Revolución, la que nosotros hacemos precisamente para el pueblo tan necesitado, no la otra Revolución, la que quieren hacer esos comunistas y miserables —zumbó el teléfono, aló, sí, que pase, colgó—. . . Aquí está el General Tantaleán, precisamente para aclarar unas informaciones de “La Crónica”. Nos ha mandado una carta tremenda.

—Ah, ya está aquí don Guillermo —entró Tantaleán uniformado y detrás suyo un robusto oficial con galones de coronel.

—Buenos días, mi General —dijo Segura poniéndose de pie.

—Don Guillermo, le presento al coronel Villacorta, director ejecutivo de EPSEP —Tantaleán prefirió una silla, depositó sobre el escritorio del jefe del SINADI una abultada maletín—. El hombre está caliente con usted, don Guillermo.

Thorndike ofreció la diestra al adusto coronel de bigotes. En su pecho relucía la insignia de paracaidista. Un rencor fulguraba en la mirada del oficial. Caramba, se sentía injuriado.

—El coronel Villacorta ha dirigido esta carta a “La Crónica”. Léala usted, don Guillermo —el General Tantaleán ofreció el documento. Mientras Thorndike leía, los demás guardaron silencio. Dice EPSEP que “La Crónica” miente.

—La carta es un exabrupto —comentó Thorndike— pero la publicaremos, desde luego. El coronel está en todo su derecho. Y nosotros replicaremos a su debido tiempo.

—No se trata de pelear, don Guillermo. Haciendo uso no sólo de mi rango superior sino de la amistad que me une al coronel Villacorta, yo le pedí que no despachara la carta hasta no reunirnos con usted. No vamos a dar el espectáculo de dos empresas públicas peleando entre sí, ¿verdad? Qué

más quisiera la contrarrevolución. Yo creo que podemos conversar nuestras diferencias. Me gustaría, don Guillermo, que usted escuchara lo que el coronel tiene que decir.

—Muchas gracias, mi General —el coronel estaba furioso—. En “La Crónica” se ha dicho que los transportistas roban pez espada a la EPSEP, mi General. Eso es falso. Usted sabe bien que a la EPSEP no se le pierde ni una espina de pescado. Yo sé, mi General, que lo publicado en “La Crónica” es una venganza de una señora transportista, la señora Berta de Santos Castro, por un pleito que tiene con otros propietarios de camiones, y que quiere así presionar a la EPSEP para que la prefieran. Esto es inadmisibile, mi General, es inmoral. Y el señor Thorndike no puede negar que conoce a esa mujer, porque hasta la ha utilizado como personaje en uno de sus libros.

Thorndike rió.

—¿Qué pasa, don Guillermo? —sonrió Tantaleán.

—¿Pero cómo voy a negar que conozco a la gorda Berta, la mujer de Cara de Papa? Usted, General, seguramente también la conoce. Vaya, yo no creo que podamos reducir todos los problemas de la pesca a un incidente tan trivial. Por segunda vez esta mañana se me insiste que todo está muy bien y, usted va a perdonarme coronel, ahora debo hablar yo, y todo no está bien. ¡Hombre! Se detecta un inmenso contrabando, se llevan de todo a venderlo a otros países, tienen que intervenir EPSA, el Presidente Velasco denuncia la inmoralidad pública... ¡claro que el país no está bien, General! —se dirigió a Tantaleán—, usted conoce a su gente, los pescadores siempre han sido unos pendejos, ahorita mismo el mejor pescado no ingresa a EPSEP pero se vende en la calle, delante de la EPSEP. ¿Por qué no aceptamos, con un poco de humildad, que a lo mejor suceden irregularidades que desconocemos? ¿por qué en vez de escribir cartas no se investiga?

El coronel se revolvió en su asiento.

—En EPSEP no hay nada que investigar, mi General, usted lo sabe. Es una empresa perfectamente bien organizada y controlada.

—¿No le parece, coronel, que reducir la especulación del pescado a un chisme de la señora Berta o de Cara de Papa resulta una exageración?

—Pero usted ha dicho que a la EPSEP le roban pescado.

—Bien, bien, tranquilícense —intervino Tantaleán.

—Si el coronel quiere mostrarnos cómo funciona la EPSEP, estamos dispuestos a publicarlo. Pero que sea por las buenas. . .

—Eso es lo que digo yo —sonrió Tantaleán—. “La Crónica” puede rectificar amigablemente sin necesidad de cartas o de que las dos empresas se peleen públicamente. Yo no quiero hacer uso de mi rango, coronel, pero como amigo le pido que retire la carta.

—La retiro, mi General.

—Y don Guillermo enviará un buen equipo de periodistas a comprobar que en EPSEP no se pierde ni una espina de pescado.

—Así lo espero, mi General.

—Ya usted sabe, don Guillermo, cualquier noticia vinculada a pesquería. . . si usted tiene una duda, me llama. Yo no soy de los que hacen esperar. Por ejemplo eso de los vehículos oficiales —sacó un grueso expediente—, nosotros lo controlamos desde hace varios años. Diariamente se hace un informe. Esto —agitó el expediente— voy a mostrárselo al Presidente. Bueno. . .

Se incorporó y todos lo imitaron. El General Segura sonrió.

—Ya lo ve, señor Thorndike —dijo—. Yo tenía la razón.

*Grabación sobre operativo para
organizar la CTRP: 110 minutos*

DOCE AÑOS ANTES de la matanza de Cobriza, el niño Mateo Tincopa averiguó que el mundo no acababa en los cerros de Lucanas y se fugó de casa. Acababa de cumplir los doce y su madre, Francisca Calle, escondió un queso, unas lonjas de fiambre y un puñado de cancha en el costalillo que contenía todas sus propiedades. —Busca a tu hermana, es maestra en un gran colegio en Comas —dijo la señora—, Comas es un importante anexo de la Capital—. Así, con la solitaria complicidad de su mamá, el niño aguardó a que el viejo Pedro Tincopa se durmiera y escapó por un camino acechado por zorros y lechu-

zas. El pueblito de Santa Cruz apenas es un pueblo: treinta casa construidas con más barro que piedra, un corral, la fuente de agua y la árida, quebrada campiña desmoronándose encima suyo. Pero aquella pedregosa pobreza era cuanto tenían los Tincopa, bocas siempre demasiado numerosas. Nunca más pastor, cosechador de papas, vagabundo o cazador de lagartijas, de camión en camión llegó Tincopa a La Parada limeña y, sobre cáscaras y peligros, incrédulo ante tantas casas que se pisoteaban por los cerros, aturdido por el vocerío y el humo, embestido por carcochas que hacían colectivo, codiciado por maricas pintarrajeados, asediado por rateros, se abrió paso por tal ciudad que colmaba el horizonte y, sin haber conocido todavía el mar, llegó a la insomne Plaza Unión, respiró el perfume de frituras, turrone callejeros, frutas más o menos corrompidas, anticuchos y encebollados, y, desde allí persiguió con sus zapatones serranos el asfalto que terminaba, según dijeron, en el distrito de Comas. Vio centinelas sin saber que allí se acantonaba la División Blindada. Vio paredes en las que deletreó palabras como justicia social y revolución, sin adivinar que se trataba de la Universidad Nacional de Ingeniería. ¿Esto es Comas? No, hijo, más allá. ¿Aquí se llama Comas? No, después de ese cerro.

Once años antes que al compañero secretario general Pablo Inza le sacaran los pulmones por la espalda, Mateo Tincopa, avezado ciudadano, entró a la escuela nocturna. De seis a once de la mañana trabajaba como vendedor ambulante en el mercado de Piñonate, aprendió a regatear, a convencer, a ir viviendo. Diez años antes de que lanzaran a los Sinchis en paracaídas sobre el campamento minero, había prosperado hasta vender calcetines en las veredas del Mercado Central: podía pagar cupos a la policía municipal para que lo dejaran negociar en paz. Seis años antes que retumbaran las ametralladoras entre los cerros de Cobriza, el joven y musculoso Mateo Tincopa conoció a don Pancho Manrique, distinguido coracoreño propietario de una lavandería en San Isidro, barrio de ricos, que lo empleó como repartidor de ropa limpia en triciclo. Tienes que ir a la universidad cuando termines la nocturna, aconsejaba don Pancho, que era un hombre muy respetado en la provincia de Lucanas, fíjate bien Mateo: el mundo tiene que cambiar. Así es, don Pancho. Qué casas más grandes y tan vacías, don Pancho. Pedaleaba Mateo a entregar

camisas, calzoncillos a domicilio. No moleste usted a los señores, toque por la puerta de servicio. Vislumbraba salones deshabitados, lámparas apagadas, silencios alfombrados, rara vez transitados. Pedaleaba de retorno a Lavasol, hola don Pancho, construían casas para no estar en ellas, viera usted qué amplias: allá en Lucanas y también en Comas todos los espacios servían, nada había que guardar para cuando hubiese una fiesta o una boda. Y esos perros de San Isidro se alimentaban con carne y buen camote. Y a los señores había que alcanzárselo todo, hasta un vaso de agua. Cinco años antes que las mujeres de los mineros cubrieran con sus cuerpos a los niños mientras las balas sajabán el aire, ganaba Mateo veinte soles diarios ascendido a planchador de camisas y, a veces acompañaba a don Pancho en la camioneta, si había que comprar petróleo. El trabajo es lo único que importa, reflexionaba don Pancho, y sin embargo nada más trabajando un hombre puede morir de hambre. Así es, Mateo, algo andaba mal. Tres años antes que un puntapié abriera la oficinita del secretario general del sindicato de trabajadores de Cobriza y que oprimieran un gatillo apuntando a las sorprendidas tripas de Inza, el provinciano Tincopa ingresó a la Universidad de San Marcos. Dos años antes que quemaran las balas al encuentro del cuerpo roto, sacudiéndolo y perforándolo diecinueve veces, comprendió Mateo la lucha de clases que predicaba Patria Roja en los claustros. Cuatro meses antes que los bofes, el estómago y el corazón de Pablo Inza quedaran aplastados en la pared contra la que se apoyó al ser fusilado, Mateo Tincopa se enroló en un cursillo sobre Revolución auspiciado por el Ministerio de Energía y Minas. Lo convirtieron en promotor. Tendría que capacitar a los trabajadores sobre la ley de comunidades mineras y la nueva ley general de minería. Una semana antes del ensangrentado atardecer de Cobriza, partieron los promotores sociales hacia los campamentos de la Cerro de Pasco Corporation al mando de un mayor del Ejército. Tincopa se sintió un poco bombero, aventado a lo peor de un incendio. Las minas estaban en huelga. A él lo enviaron a Cobriza.

Los comandaba un ingeniero. Cuatro son en total los promotores a bordo del Jeep y el ingeniero ocupa el mejor asiento, guarda las credenciales de todos en una cartera de cuero. Antes había trabajado para la Cerro de Pasco Corporation y

ahora explica la geografía de la mina y los campamentos: hay tres niveles. En lo alto, lo que llaman el staff, es decir los gringos, los peruanos privilegiados. Al medio, los empleados, que no se han plegado a la huelga. Y abajo, en lo más profundo, casi en la ribera del río Mantaro, viven y trabajan los obreros. Stop. Yield. Danger. Los letreros que bordean la carretera están escritos en inglés. Bien, vamos primero al campamento de obreros, propuso Tincopa y todos estuvieron de acuerdo. Los huachimanes de la Compañía les cerraron el paso.

—¿Tienen permiso?

—Somos del Ministerio de Energías y Minas —explicó el promotor José Ninaquispe.

—Sí, pero esto es propiedad particular —los huachimanes no se andan con cortesías.

—Venimos en misión oficial —insistió Ninaquispe.

—Nadie entra sin permiso. Vayan a hablar con el superintendente.

Dijo el Ingeniero que mejor obedecían, no habían viajado a las minas a provocar sino a todo lo contrario. No fue-se a quejarse la Compañía de que el Gobierno mandaba agitadores sobre todo ahora, cuando la situación es tan delicada. El Jeep jadeó por un sinuoso camino hasta lo más alto de Cobriza. Pelado por las emanaciones, árido y silencioso el paraje, al fin llegaron a las pulcras construcciones destinadas a los técnicos extranjeros y a los peruanos ascendidos a la privilegiada condición de colaboradores de confianza. El superintendente Youkous salió a recibirlos.

—Están en huelga —dijo el gringo escupiendo el chicle—. Es mejor que se vayan.

—Sólo queremos dar unas charlas —explicó el Ingeniero—. No buscamos problemas. ¿Podemos descansar?

Youkous desconfió de los acompañantes del Ingeniero: más bien cholos, más bien desafiantes, más bien revolucionarios. Sin embargo asintió con la cabeza.

—Claro —dijo—. Claro que sí. Pónganse cómodos.

Llevaron a los promotores a una barraca en el campamento de empleados. El Ingeniero se quedó en el nivel superior, alojado en el hotel de la Compañía. Después fue a beber cervezas con los gringos en el club del staff. Tincopa se aco-

modó encima de una colchoneta, observó el techo de calamina, las ventanas sucias.

—Carajo, no vamos a esperar toda la vida a que nos den permiso —protestó—. Y este cojudo del ingeniero no tiene ganas de trabajar. Salgamos un rato.

Sin autorización de Youkous los promotores salieron a conocer el segundo nivel. Acechado por hoscos huachimanos, Tincopa conversó con dirigentes del sindicato de empleados. Acor-daron sostener la primera charla al día siguiente. A las ocho de la noche se atrevieron hasta el campamento de los obreros.

—¡Son del Gobierno! —alertó un huelguista.

—¡Abajo el gobierno fascista! —gritó otro.

Brotaron de túneles, asomaron de covachas. Los que morirán a los cuarenta años, los que casi nunca ven el sol, los que respiran polvo de mineral, los que no conocen la leche, los que jamás dormirán en buena cama, los que tosen, los anónimos, los que escarban la entraña de su país para que en la bolsa de Nueva York prospere la Compañía, aquellos cuyo trabajo engorda a distantes inversionistas, esos hombres numerosos sacudían el Jeep para volcarlo e incendiarlo. Tincopa trepó como pudo al techo, un momento compañeros; vociferó, no los confundieran. Nada tenían que ver con la huelga. Lo abuchearon. Un dirigente se acercó a entregarle un papel. Leyó. Les daban cuatro horas de plazo para largarse de Cobriza.

De retorno en el segundo nivel, acordaron no moverse de la mina hasta no cumplir con su misión. El Ingeniero seguía bebiendo en el club del staff. Ninaquispe y Tincopa enviaron un escrito al sindicato obrero a través del sindicato de empleados, explicando que no querían provocar a los huelguistas porque, para empezar, estaban de acuerdo con la huelga, caramba, tenían la misma posición de lucha. Después de la primera charla con los empleados, llegó la respuesta de los huelguistas. Esta vez les ampliaban el plazo a ocho horas.

Se fueron, pero sólo de paseo hasta Ayacucho porque el ingeniero quería divertirse.

Un día antes de la muerte de Pablo Inza, el promotor Tincopa y su compañero Ninaquispe se quedaron en el campamento de empleados: otra vez el Ingeniero paseaba con el Jeep. Pero la víspera, durante la noche, los rompehuelgas se llevaron la maquinaria del tercer nivel. Nada encabrita la huelga de los mineros como que secuestren las herramientas

de trabajo. En la tarde de ese lunes violento se escucharon toques de corneta y se movilizaron los comités de lucha. Ha sido advertido Tincopa que debe irse de Cobriza porque los obreros lo creen infiltrado, espía de la represión. Ahora no tenía con qué partir, porque el Ingeniero está de putas vaya uno a saber dónde. Doce guardias de la Unidad de Servicios Especiales rodeaban la estación de radio en el segundo nivel. A veinte metros de distancia, Tincopa escuchó los gritos, supo que los mineros abandonaban su campamento. El sargento que comandaba el pelotón preparó su metralleta. Pero si metemos bala después nos mataban, mi sargento, les metían las metralletas por el culo. Los huelguistas y sus mujeres y sus hijos sumaban varios miles mi sargento. Sólo subieron unos cien o ciento cincuenta, no hubo tiempo de contarlos. Se detuvieron frente a la radio.

—Quiero hablar por teléfono con el superintendente —dijo Pablo Inza al sargento—. Exigimos que devuelvan la maquinaria.

—Nadie entra en la estación —respondió el sargento. Los demás apuntaban a los huelguistas.

Los mineros regresaron al tercer nivel. Una muchedumbre se desparramó después por los cerros. Sólo los huelguistas sabían cómo moverse por esas laderas infestadas de tarántulas. Los policías escucharon rodar galgas que empujaron los mineros para bloquear el camino, separándolos del staff. La tropa no se apartó de la radio.

Para mister Youkous fue una sorpresa. La Unidad de Servicios Especiales debía impedir que los mineros se atrevieran hasta el pueblo norteamericano, apenas resguardado por tres policías y asustados huachimanes. Los huelguistas coparon la carretera, rodearon las oficinas. Pero Youkous no estaba dispuesto a parlamentar. Apareció en la puerta armado de una pistola. Lo flanqueaban los guardias y otros funcionarios de la Compañía. Tincopa ni pudo ver desde el segundo nivel, ni escuchar lo conversado. Pero oyó las detonaciones. Murieron un anciano minero y un niño de siete. Los huelguistas eligieron de rehenes a Youkous, a un antropólogo que sospechaban agente de la CIA y al jefe de relaciones industriales. Enarbolando una metralleta capturada y la pistola del gringo, emprendieron el regreso, ya no por los cerros sino por la carretera. Los doce guardias se parapetaron en la caseta mientras pedían auxilio a Lima.

Lo vio bajar, despojado de toda su prepotencia. Youkous tropezaba, caía, lo alzaban a puntapiés, otra vez andaba. Pasaron frente a la radio. El superintendente miró a los policías pidiendo auxilio. La multitud siguió de largo con los rehenes. Los policías ni pestañearon.

Ahora apareció el Ingeniero. Rápido viajaba la noticia del choque con los huelguistas. No habrá más charlas con los trabajadores en medio de tanta violencia, así que partían inmediatamente. Cargaron su equipaje y ascendieron hasta el control. Una fila de modernos automóviles ocupaba la carretera. Gringos y funcionarios peruanos se marchaban. Casi de rehenes, los promotores viajaron por delante, seguidos por aquella airada caravana. Porque los extranjeros se sentían ultrajados por la violencia de los mineros, hablaban de la intervención de su Embajador en Lima, de lo irresponsable que era el Gobierno Revolucionario. A la cumbre llegaron avanzada la noche. Los hicieron detenerse. Se iluminó una pista de aterrizaje. Un pequeño avión aguardaba. Tincopa descubrió que dos de los gringos lo abordaban. Invitaban los funcionarios un picnic nocturno mientras el avión alzaba vuelo. Hay jamón, salame, gallina, huevos duros, salsa de tomate, una meditada merienda mientras algunos técnicos peruanos dicen que cómo no tener una ametralladora para echarle plomo a esos indios de mierda. Al amanecer siguieron viaje, pero ahora el Jeep aceleró dejando atrás el convoy de la Compañía. Creció la luz y vieron caer hasta siete sinchis en paracaídas: la tropa antisubversiva de la Guardia Republicana entraba en acción a rescatar a mister Youkous. También se cruzaron con dos autobuses llenos de policías con arcos de combate.

Nunca sabrá Tincopa cuántos murieron realmente en Co-briza. Los gringos fueron rescatados y los dirigentes de la huelga murieron o acabaron por una larga temporada en El Sepa, lo mismo que sus asesores legales. Hasta 1972 dividió su tiempo entre la universidad y diversos cachuelos. Estaba asqueado. Pero visitó varias veces las oficinas del SINAMOS. Un día le propusieron trabajar en una misión política. Y Tincopa aceptó sin sospechar que pronto iba a convertirse en organizador de un centenar de sindicatos.

A casi cuatro años de Revolución, dos grandes centrales de trabajadores existían en el país: la antigua Confederación de Trabajadores del Perú, CTP, controlada desde que se tenía

memoria por los apristas; y la más joven y poderosa Confederación General de Trabajadores del Perú, CGTP, con preponderante influencia del Partido Comunista. Se había voceado una reforma del sistema sindical para abril de 1972. Pero parece que nadie se puso de acuerdo y la ley no se dio. En su lugar surgió un operativo militar destinado a organizar una central de trabajadores de la Revolución Peruana. El proyecto tenía cinco o seis meses de preparativos. A nivel de alto Gobierno, la nueva central fue proyectada por una comisión encabezada por los ministros Sala, Richter, Tantaleán y por el jefe del SINAMOS, el General Leonidas Rodríguez Figueroa. Todo hacía indicar que a la hora de actuar, el trabajo fue asumido principalmente por el Ministerio del Interior. Y fueron los servicios de inteligencia los encargados de dirigirlo. Jefe del operativo era el coronel Oscar Torres Llosa, quien, según trascendía hasta los paisanos, era uno de los principales expertos del Ejército en guerra psicológica. Los comandantes Juan Estrada Bracamonte, del Ejército; Carlos de Izcue, de la Marina; y Hugo Alegre, de la Fuerza Aérea, lo secundaban en el operativo. También intervinieron varios oficiales superiores de la PIP. Uno de estos policías, el inspector Guillermo Castillo, recibió a Tincopa en su primer día de nuevo trabajo. Se trataba de algo muy secreto, nadie debía sospechar, así que lo llevó a un incógnito edificio frente al Camal de Yerbateros.

—Aquí funciona el Grupo Cuatro —dijo Castillo presentándole a los señores Prado, Rivera y Moreno y a la secretaria—. Yo soy el jefe. Se trata de captar a todos los trabajadores no sindicalizados.

—¿Con qué propósito? —desconfió Tincopa.

—Para que se organicen en sindicatos —dijo el policía.

—¿Y después?

—Después es después, Tincopa —Castillo repartió un poco de dinero y desapareció.

Prado era sociólogo. Rivera prestaba su automóvil. A Moreno casi no lo veían. Tincopa averiguó que debía trabajar una importante zona industrial e informar diariamente no se sabía a quién. Abundaban folletos sobre la Revolución y afiches que parecían hechos en el SINAMOS, aunque demasiado conservadores. Visitaba fábricas pequeñas, reunía a los obreros al terminar la jornada, los azuzaba a organizarse. Acaso

gozaba sintiéndose un agitador. Tenía 24 años de edad y una gran facilidad de palabra. Su experiencia de vendedor ambulante, de charla en los mercados, facilitaba su labor. Los obreros estaban de acuerdo con él: mejor unidos que a merced del patrón, en todas partes se cometían abusos, fraguaban balances, burlaban las utilidades de los trabajadores, estafaban sus beneficios sociales, el Ministerio de Trabajo a menudo negaba la razón a los humildes. O, cuando menos, demoraba el reconocimiento de un nuevo sindicato muchos meses, distrayendo a los trabajadores en trámites inacabables. Ahora es distinto, decía Tincopa, necesitaban apoyo de nuevos sindicatos, él y sus amigos se encargarían de tramitar lo que fuese necesario. Organizó treinta en poco tiempo. Lo que en el Ministerio de Trabajo tardaba un año, ahora caminaba en horas. Reconocían sindicatos hasta en dos días. Y cada semana aparecía Castillo en las secretas oficinas de Yerbateros. Pagaba la planilla con dinero en efectivo que traía en el bolsillo. No se sabe cuánto costó organizar la central pero se sospecha que muchos millones. Un día felicitó calurosamente a Tincopa. Y lo invitó a una reunión con los otros grupos que funcionaban en Lima.

A la noche aguardó a Castillo en una esquina de la avenida Arequipa. No viajaron lejos. Castillo se estacionó ante un edificio de la calle Ramón Dagnino, una de esas arterias céntricas pero a trasmano. Subieron al segundo piso. Todo allí era provisional, sigiloso. Cuando acabe el operativo, muebles y máquinas serán trasladadas a otro lugar secreto, a servir en otras intrigas. Un aire a mientras tanto, uno no se qué a ropero, a sobornada intimidación recibió a Tincopa. Treinta, tal vez cuarenta personas aguardaban a los jefes de la misión. Nadie lo presentó así que Mateo saludó con un leve movimiento de cabeza y prefirió un rincón. Pero los demás se conocían: eran de la PIP o líderes sindicales de profesión, más o menos. Y unos cuantos desconocidos como Tincopa: quienes han de seguir sus pasos, muchacho, la Revolución era nuestra.

Entraron varios militares con ropas civiles. A Tincopa lo divertía descubrirlos por sus cabellos cortos, el estilo de sus ropas, la tiesura de sus movimientos. Sin embargo ellos se sentían bien disimulados. El comandante Estrada Bracamonte presentó al coronel Torres Llosa: mandíbula sólida, pómulos sólidos, pecho sólido. Y cabello gris, ojos miopes, voz gruesa,

hablar soldadesco: cortante, salpicado de términos psicológico-castrenses, argumentos arengatorios, palabras que impresionaban mucho en el colegio. Estaban allí reunidos casi todos los elementos de la nueva organización: quienes ejecutaban y quienes ordenaban. Sólo faltaban quienes mandaban a quienes ordenaban, pero Tincopa podía calcular sus nombres. Ni comunismo, ni capitalismo, ni huelgas pero tampoco represión a los trabajadores, ni lucha de clases o sumisión al imperialismo, más bien participacionismo, más producción, solidaridad entre los peruanos todos, los de arriba y los de abajo, quienes comen y quienes ayunan: parpadeaba Tincopa desenredando la madeja, recordándose en esquinas mal iluminadas en las que anunciaba a los obreros la posibilidad de una central no sujeta al poder aunque estimulada por él, y libre de mandatos partidarios, porque los partidos a veces sacrificaban una huelga por sólo Dios sabe qué incomprensibles intereses. Tincopa había sido reclutado por gente del SINAMOS y hasta ahora no tenía ningún contacto con su área laboral. Se movió incómodo dentro de tal aparato que ahora comprendió financiado por el Ministerio del Interior. ¡Vaya! ¡los policías organizaban sindicatos! Quienes vigilaban que la clase obrera no se enderezara demasiado, resultaban motivándola. Después controlarán la organización. Estarán dentro de ella para hacer más fácil su trabajo. Porque Tincopa no creyó que la DSE, el DIMIN, el SIM o el SNI hubiesen cambiado hasta poner el revés al derecho.

A partir de esa noche, Tincopa accedió a la central del operativo: un edificio de dos pisos en el céntrico Jirón Ayacucho. Lo preocupaba la debilidad ideológica de la Revolución oficial que lo había enrolado, y que se definía por rechazo a otras posiciones, adoptando con ello una posición que nadie podía explicar bien. Gaseosos eruditos a sueldo del Gobierno fracasaban en esa explicación. Porque preguntaba Tincopa qué es la Revolución Peruana y se rascaban la cabeza: visto desde allí, desde la naciente CTRP, nada más era la invención de una central obrera, con cientos de sindicatos minúsculos que ahora el Ministerio de Trabajo reconocía en 24 horas para asombro de los trabajadores. Visto desde abajo, igual había analfabetos, igual niños sin desayuno, igual la policía pateaba a los más pobres y quien no lo crea, que se vaya a vivir por ejemplo, a los barracones del Callao.

En el Jirón Ayacucho trabajaba casi un centenar de personas: promotores como Tincopa, obreros de imprenta, secretarías, policías y militares. Hay mucho pariente, según descubre Mateo, primas o sobrinas o recomendadas de uniformados. Y también pituquitos que ganan bien, si se compara sus sueldos con el magro ingreso del promotor Tincopa: cinco mil al mes, siempre pagados del bolsillo del inspector Castillo, inacabable como un cuerno de la abundancia. Pronto aprendió que allí es recomendable hablar poco. Detrás de cada persona hay un gran aparato de averiguación. El ojo único persigue a los promotores, la oreja única detecta sus confidencias, la gran curiosidad se interesa por cuanto hablan los obreros.

Ahora el jefe visible del gran operativo militar-sindical era el comandante Estrada Bracamonte. Se esperaba de los dirigentes sindicales una adhesión sin reservas, sin posibilidades críticas. Quien se atreviera a opinar, a disentir, era inmediatamente sospechoso de ser un infiltrado. Montaban federaciones de la noche a la mañana. Necesitaban un mínimo de diez para inscribir la central de acuerdo a las leyes vigentes. Así que el Ministerio de Trabajo envió a su asesor principal, el abogado Antonioli, a que apurara las cosas. En derredor de un avezado dirigente, se integró una fantasmagórica federación de obreros de la construcción. Otros espectros que el Ministerio reconoció con prontitud fueron la federación de cerveceros, la de trabajadores de radio y televisión, y la de empleados de comercio. La federación de metalúrgicos se organizó con cuatro o cinco pequeños sindicatos. Pero el operativo adquirió algunas federaciones importantes, que agrupaban verdaderamente a decenas de miles de trabajadores, como la de choferes y la de pescadores.

El 16 de diciembre de 1972, la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana, CTRP, solicitó su reconocimiento al Ministerio de Trabajo. Se lo otorgaron en una semana.

Tincopa fue a visitar a su viejo amigo Pancho Manrique. Has prosperado, Mateo, dijo el viejo coracoreño. Estoy jodido, respondió el muchacho. Buscó palabras. Hundido en bosta, eso era. Relató sus experiencias. Mientras puedas pelear, hazlo, aconsejó el paisano, y mejor que no lo hagas solo. Esa noche, mientras los dueños del operativo celebraban el final de su

misión, Tincopa decidió quedarse en la CTRP. Acaso se la pudiera limpiar si los obreros se unían. Así es, opinó Manrique. Pesimista regresó Mateo a su casa. Había participado en un engaño. Corregir lo hecho sería como mover una montaña.

Operativo Tiburón, expediente 01-223

EL CAPITÁN AYUDANTE entró a las ocho de la mañana en la oficina de José Luis Alvarado, jefe del Area Laboral del SINAMOS y entregó un oficio firmado por el General Rudecindo Zavaleta. Ni una sonrisa, nada más que un leve movimiento de cabeza al entrar y otro al salir anunciaron malas noticias. El oficio liquidaba lacónicamente a Alvarado. Así nomás. Un asombro reunió a sus colaboradores en torno al papel con membrete, sello y firma. La víspera, el funcionario Alfredo Filomeno había detectado a varios dirigentes de comunidades industriales escondiéndose por las cercanías del Centro Cívico, donde estaban las oficinas del SINAMOS.

—Pienso que hay un operativo contra CONACI —se preocupó. Conocía cómo trabajaban. Hasta que lo separaron de otro operativo, Filomeno había representado al Area Laboral en la organización de la CTRP.

—Almorcemos juntos —dijo Alvarado—. Iremos al Cream Rica de la avenida Panamericana. Ahí se puede hablar en paz.

El día que la Revolución reformó la industria privada, nacieron en el Perú centenares de comunidades industriales. Puesto que el trabajo generaba la riqueza, la reforma reconoció el derecho de los trabajadores a una importante participación en las utilidades que podía en parte repartirse y en parte invertirse en acciones de las mismas empresas, hasta adquirir propiedad de la mitad de cada una. La fórmula del 50-50 entre capitalistas y trabajadores fue atacada por unos como conciliadora de clases y por otros como declaratoria de guerra entre las clases. Un poco a merced de los grandes propietarios, cuyos bufetes pronto aconsejaron diversas fórmu-

las para burlar la reforma, mediante gruesas capitalizaciones y magros repartos de utilidades a fin de que la porción de los obreros quedara en perpetua desventaja, los trabajadores comprendieron la necesidad de organizarse. Aunque las comunidades agrupaban a todos y obreros y capitalistas tenían derecho a llamarse comuneros, el fortalecimiento de la reforma interesaba sólo a los trabajadores, que se beneficiaban con ella, y no a los dueños, que debían ceder privilegios y propiedad. Así fue como desde abajo empezó a gestarse la Confederación Nacional de Comunidades Industriales, CONACI.

Alfredo Filomeno no es, a pesar de su juventud, un recién llegado a la política. Nació en el Rímac, como todos los Filomeno. A principios de siglo, cuando había sólo media docena de escuelas fiscales en Lima, es decir, paupérrimas aulas gratuitas para igualmente paupérrimos alumnos, el abuelo Filomeno fue director-maestro-portero-administrador de la escuela de Malambo. Este Filomeno, flaco y de anteojos, que hoy se dirige al discreto Cream Rica del antiguo aeropuerto de Limatambo, es hijo de otro Filomeno profesor y tiene cinco tías maestras. En un colegio tuvo su primera experiencia política. En el combativo barrio de Surquillo, estudiaba Filomeno en la Unidad Escolar Ricardo Palma de la que era director el doctor Filomeno, su papá. El primero de julio de 1956, veintisiete días antes de dejar la presidencia de la República, el General Odría hizo un buen servicio a su sucesor y también a la Esso, y elevó el precio de los combustibles. Estallaron disturbios en toda la ciudad, alentados principalmente por estudiantes. En la Unidad Ricardo Palma, los muchachos capturaron las aulas, salieron después a impedir el tránsito de autobuses, en fin, quemaron uno. Aquel día violento, el comité de huelga dirigido por Filomeno desafió al colegio dirigido por Filomeno. Esa noche, apagados los disturbios, Filomeno y Filomeno volvieron a encontrarse como siempre a la hora de cenar. Gravemente miró el padre a su hijo. No habrá comité de huelga bajo ese techo, nada más que el silencio de las niñas y el atareado ir y venir de mamá que disimulaba presintiendo una crisis. Pero un orgullo se abrió paso por los ojos de Filomeno concentrados en su único varón, su carne como él inconforme con la vida.

—Alfredo —dijo el maestro Filomeno—. Cuando creas que tienes la razón, no te detengas aunque tu padre esté al frente.

Seis meses después, el estudiante Filomeno se ofreció como voluntario para la realización de un censo en el distrito de Surquillo. Una frontera invisible, el límite distrital, divide a los más pobres de los más ricos, las malas de las buenas costumbres. Porque Surquillo se desmorona a partir del viejo Miraflores. Alguna vez hacienda, olivar, estación de tren, Surquillo fue un pueblo más o menos al servicio de quienes, al otro lado de la línea a Chorrillos, disfrutaban de ranchos asoleados. Peones, jardineros, mayordomos, lavanderas y después artesanos, y después obreros de construcción, y después pobres peleadores, inconformes, zambos ariscos, en fin maleantes, la famosa banda de la metralleta, se apretujaron en callejones numerosos. Al estudiante Filomeno no lo sorprendía la pobreza. La veía, al pasar al colegio cada mañana. Conocía su olor grasiento y orinado, su avinagrada sofocación. Pero nunca, como ahora, había ido a tocarle la puerta. Una credencial del Municipio lo autorizaba a exigir la estadística del consumo y la propiedad a los miserables que habitaban una callejuela cercana al mercado, donde los ricos de Miraflores mandaban comprar su churrasco. En la tarde, después de almorzar, eligió un tugurio: de cemento los pisos, de mugre y cemento las paredes, de cemento las jardineras convertidas en basural, de cemento el botadero donde unas vecinas se lavaban las axilas y el pelo. Tocó una puerta y se hizo un silencio. Abrió un niño, cinco o seis años menor que él.

—¿Los mayores de la casa? —preguntó más o menos cortido por las averiguaciones de la mañana: hasta tres familias en una habitación, hasta cinco personas en una cama, hasta cincuenta familias para una letrina.

—Estoy solo —respondió el niño de ojos viejos—. ¿Qué desea?

—Soy del censo y tengo que hacer unas preguntas. ¿Puedo pasar?

El niño dudó observando al interrogador con uniforme de colegio público. Se encogió de hombros y terminó de abrir la puerta.

—Entre —dijo y con un gesto abarcó el desfondado mobiliario—. Siéntese.

Quedaron frente a frente, tensos los dos. Involuntariamente Filomeno detectó la cocinilla a kerosene, el Corazón de Je-

sús, el hule desvaído, las sillas tambaleantes, las migajas, las moscas y, más allá de una cortina roja, un camastrón.

—Bien —dijo—. ¿En qué trabaja tu padre?

—No tengo padre —replicó el niño.

El censo no mandaba preguntarlo y sin embargo Filomeno preguntó:

—¿Cuándo murió?

—No tengo padre —se obstinó el niño—. Nunca he tenido padre.

—¿Nunca? —Filomeno tragó saliva.

—Nunca, pues. No tengo nombre, es decir, no tengo apellido. Nada más el de mi mamá.

Un silencio se espesó mientras Filomeno simulaba escribir, justificando su curiosidad. Volvió al censo.

—¿Y tu mamá, trabaja?

—Ella sí trabaja —se animó el chiquillo—. Es puta.

—¿Perdón?

—Mi mamá es puta —explicó el niño con naturalidad—. Trabaja en el burdel.

—¿Y tú cómo sabes? —dijo Filomeno todavía desde el país del bien y del mal.

—¿Cómo no voy a saber, pues? Ella está trabajando ahora —el niño-viejo explicó mejor—: Su oficio se llama meretriz, pero aquí todos dicen que es puta.

—¿Y dónde queda su trabajo?

—En la avenida México —dijo el niño—. En los corralones. Yo no sé en cuál.

—¿Y tú estudias?

—No.

Sobre el hule había una sobada receta médica. Filomeno la estiró: estreptomicina.

—¿Estás enfermo? —indagó.

—No es para mí —el niño devolvió la receta a su lugar—. Es para mi mamá. Ella es tísica.

País de mierda, se enfurecía Filomeno, mundo de mierda, peruanos de mierda que permitíamos, que consentíamos. Así es, peruanito, todos cómplices. Y el tugurio le hervía en la sangre, tanta cólera y ni siquiera quince años, a todo esto —ciudad, funcionarios, discursos, primeras piedras, diplomas— había que echarle candela, reventarlo.

El mismo Filomeno que ahora se detiene ante adversos semáforos, se enroló por un compromiso político, no ideológico, en la Democracia Cristiana. A la izquierda del partido, a los veintitrés llegó a Secretario de la Juventud DC y a miembro del comité ejecutivo nacional. Qué dura alternativa: la Democracia Cristiana integraba una alianza en el Gobierno y el Gobierno liquidaba a las guerrillas que irrumpían contra aquel tugurio que conservaba en la carne viva de su memoria. Los partes del frente invisible daban cuenta de policías y guerrilleros muertos. Extraoficialmente se conocía una gigantesca represión a la izquierda. Entonces se anunció el gran baile de las debutantes.

El Club Nacional, situado en un rincón de la Plaza San Martín, integra el alto folklore del país. Sus mil ochocientos socios alguna vez gobernaron casi todo en el Perú. Allí hay cuanto necesita un caballero para ser feliz: piscina ovalada bajo techo, en la que puede zambullirse desnudo; también sauna y sala de armas, también peluquería, masajista, bar y restaurante, también billares, salones para timbear o sestar, y, sobre todo, una paz razonable: siempre se consulta una llamada telefónica y las mujeres sólo pueden entrar si son escoltadas por un socio y apenas hasta el vestíbulo superior y al comedor. El club es para hombres con corbata. A los mandaderos allí los llaman pajes. Pérez y Reyes, dos viejos mayor-domos, alimentan la borrachera en un bar donde hombres más o menos viejos, más o menos aburridos y derrotados, baten los dados y juegan, no mucho. Expropiaciones, sonados procesos, el lento desinflamiento de toda una clase agredida por la Revolución, han ido royendo el altivo esplendor de ese edificio de tres pisos, colmado de obras de arte, al que durante cien años la policía sólo se atrevió a entrar una vez, en tiempos de Odría, para capturar a un conspirador que se escondió en un inodoro. Lejanos están los días en que el extravagante don Totó Barreda, protagonista de estremecedoras aventuras limeñas y recordados romances, pidió en el club un vaso de leche a las once de la noche y, no habiéndola, salió y regresó con una vaca que mugió encantada de entrar a tan exclusivos salones. Ni un rastro queda de esos magníficos tarambanas, ni hay más champaña en las bodegas del club porque se ha prohibido la importación, pero en 1965 todavía no principiaba la decadencia y, mientras el Gobierno y las guerrillas comba-

tían en los Andes, el Club Nacional desempolvó salones y bajo enormes lámparas de cristal que ardían a plenitud, se dispuso a recepcionar a las debutantes, presentándolas en buena sociedad. Filomeno se indignó. La primera página de "La Prensa" chorreaba sangre de buenos y malos peruanos y en la página dieciséis se anunciaba la deliciosa e inminente velada a la usanza de las más nobles jaranas europeas. Convocados modistones y peluqueros, publicados los nombres de las felices debutantes, llegó la gran noche. Una multitud de mirones se apostó frente al club a contemplar el paso de las niñas, admirándolas fervientemente. Mientras llegaban las jovencitas de fiesta escoltadas por sus familias, en el cercano café Versailles se reunían los jóvenes democristianos a cocinar su protesta. No sumaban cincuenta cuando bajo los portales de la plaza caminaron hacia el club. La policía de tránsito auxiliaba a las debutantes, desviando el paso de colectivos y autobuses para facilitar el más gracioso andar, el más airoso despliegue del chiffon. De un taxi, los manifestantes bajaron un bombo y forcejearon hasta ponerse en primera fila, pom, pom, abajo la oligarquía, pom, pom, hambreadores del pueblo. Una confusión arruinó el semblante de las señoritas que debían entrar a la sobada fiesta atravesando primero un furioso mitin político. Caballeros de frac asomaron por la loggia del club, vagamente turbados por el incidente. Convocaron a la policía. Llegó un camión con la guardia de asalto mientras al caballero anunciador de debutantes, que nomás hacía una mes se había inscrito en la Democracia Cristiana, se le atascaba la voz. Pom, pom, justicia social. La Benemérita los invitaba a largarse cuando estalló un petardo. Nada más esperaba la guardia de asalto. Una enorme trifulca se propagó hasta las puertas del club, espantando a las debutantes que recién llegaban. Otras optaron por huir con sus familiares por la puerta de servicio. Por tal manifestación debieron los muchachos estar presos en San Quintín, en el tercer piso de la Prefectura, varios días. La fiesta se arruinó.

Todo eso sucedió antes de que el joven Filomeno destapa para el aconchabamiento de una dirigencia democristiana con sectores del poder económico y adversarios políticos. Lo descubrió por una casualidad. Tenía que viajar a Huancayo, a un acto partidario, y el ómnibus partía a las cuatro de la mañana. A las dos entró al Hotel Crillón a beber un café y a hacer

tiempo. En amable tertulia descubrió al Ministro de Justicia, el demócrata cristiano Roberto Ramírez del Villar, con el amo de la industria pesquera Luis Banchemo Rossi y el secretario general del APRA Armando Villanueva. Pero Ramírez casi nunca visitaba el partido, no reconoció al secretario de la juventud, de modo que Filomeno observó a sus anchas. Averiguó que todas las noches, más o menos, se reunían a conversar. El acecho continuó varias semanas. Ramírez visitaba asiduamente la suite del Crillón en que vivía Banchemo y allí se entrevistaba no sólo con el financista sino con otros capitales de industria y tales reuniones coincidieron con la publicación en "Correo", propiedad de Banchemo, de artículos sobre diferencias internas en el partido. Ramírez dateaba los secretos de la Democracia Cristiana. En la famosa suite 7-H, todos coincidían en la necesidad de arruinar al senador Cornejo Chávez, que imponía su línea en el partido e influía en el Gobierno contra los intereses pesqueros. El escándalo estalló cuando la revista "Oiga" fotografió al Ministro Ramírez saliendo de un almuerzo en la suite de Banchemo. El incidente provocó un cisma dentro de la Democracia Cristiana y más tarde el rompimiento entre el entonces Presidente Belaúnde y sus aliados.

Ahora, que frena ante el discreto Cream Rica del antiguo Limatambo, hace tres años que Filomeno y otros doscientos entre dirigentes juveniles, sindicalistas y universitarios, han roto con la Democracia Cristiana para fundirse a la Revolución. Sabe Filomeno, por su experiencia en la organización de la CTRP que es inminente la manipulación en CONACI. La verdad, tan pronto empezó el movimiento comunero, intervino el Ministerio de Industria y Turismo, MIT, estableciéndose una suerte de competencia con el SINAMOS. El Area Laboral representaba la línea adversa a la manipulación. El MIT, todo lo contrario. Los comuneros, preocupados por la intervención del Ministerio, pidieron que el Comité Organizador de CONACI se renovase por elecciones de base hasta la realización del gran congreso nacional, que debía alumbrar a la CONACI definitiva. También pedían los comuneros reorganizar el funcionamiento del Comité para acelerar cuanto faltaba por hacer. Cuando los comuneros se vincularon al Area Laboral, principió la ofensiva de los agentes del MIT para quebrar la CONACI manipulando a los sectores menos expertos y politizados. Fi-

lomeno creyó que la conjura empezaba hasta que entró al Cream Rica.

La directiva del Comité Organizador de CONACI acababa de reunirse con el General Zavaleta. Nomás la víspera le pidieron que se pusiera en marcha la reorganización desde las bases. El Jefe del SINAMOS dijo que todavía no, pero que estuviesen tranquilos: el Sistema los apoyaba. Parte del apoyo del Gobierno se traducía en facilidades para viajar y viáticos que SINAMOS les había suprimido ese mismo día. Veinticuatro horas después, traspuesta la puerta del restaurante, Filomeno comprendió por qué cesaban en sus funciones a José Luis Alvarado en el Área Laboral y por qué cortaba SINAMOS toda ayuda al auténtico comité de CONACI. Allí, en derredor de una mesa bien servida, festejaban unos veinte dirigentes de comunidades y todo el equipo del MIT.

—Comienza el operativo —murmuró Filomeno a Alvarado—. Busquemos un fotógrafo. Aquí siempre hay.

Pero no había. Así que telefonearon al Área de Difusión del SINAMOS.

—Necesitamos un fotógrafo urgente —dijo Alvarado.

—Mejor los espero en mi oficina —contestó el periodista Jorge Merino—. Tengo algo para ustedes.

Media hora más tarde, Merino mostraba las fotos de la instalación del Comité Reorganizador de CONACI, ocurrida en la mañana. El operativo había finalizado. CONACI estaba partida en dos, con la aprobación sonriente de los Ministros Richter, Jiménez de Lucio, Sala y del propio jefe del SINAMOS.

A las tres, Filomeno fue llamado al despacho de Zavaleta. Tenían que echarlo de SINAMOS. El General ni se quitó los anteojos de leer. Pareció no despegarse de un papel con varias anotaciones.

—Mire, Filomeno, en un ambiente de amistad podemos aclarar muchas cosas sin llegar a las vías judiciales —amenazó el General—. A principios de abril usted estuvo en Talara hablando mal de mí y contra los intereses de la Revolución. También debemos aclarar un viaje que hizo usted a Huancaayo entre el 12 y el 16 de marzo.

—Un momentito, General —Filomeno sacó una libreta y consultó sus notas de viaje—. A principios de abril no estuve en Talara, General. Viajé a Arequipa. Y del 12 al 16 de marzo,

hum, no estuve en Huancayo sino en Trujillo. Me parece que lo han informado mal...

Zavaleta rehusaba mirarlo. Siguió con la mirada puesta en el papel.

—Bueno, yo creo que debe ser un malentendido, ya le dije, estamos en un ambiente de amistad...

—En la dirección de personal tienen todos los datos que usted necesita, General.

—... y mientras tanto, deseo encomendarle un estudio en el Centro de Participación, así que hoy mismo entréguele su oficina al coronel Sierralta.

Filomeno no renunció a la espera de un seminario nacional del Area Laboral. Lentamente se apreciaba la magnitud del operativo. El cisma de CONACI se apoyaba principalmente en cinco dirigentes, de los que uno, Ernesto Chicata, de la federación de industrias de cemento, pro-chino, nada más propició la división para después mantener independiente a su federación. Del resto, sólo uno, Filomeno Pasache, había sido elegido por las bases para organizar CONACI. Pasache pertenecía a la Democracia Cristiana, cuyo líder Cornejo Chávez, ahora director del "El Comercio", apoyaba la Reorganización. Los otros co-presidentes de CONACI-CR fueron designados a dedo por el MIT: Oscar Lynch, de la federación de harinas y molinos, era un cooperativista entrenado en Costa Rica; el argentino Eduardo Combi, había sido gerente de una firma vinícola antes de elevarse en corta y asombrosa carrera a dirigente comunero con apoyo del MIT; y Walter Jarama, representaba a una base en dificultades, por fraudulenta quiebra de una compañía: Jarama pronto olvidó a sus hermanos comuneros que lo expulsaron de su propia comunidad.

En la CONACI original, quedaron tres de los cinco dirigentes elegidos por los comuneros: William Wendell, uno de los precursores de la Confederación y dirigente textil que gozaba de gran prestigio; Roberto Mejía, periodista que encabezó la batalla en "El Comercio" contra los Miró Quesada y que representaba a la federación de la industria periodística; y César Jiménez, miembro del Partido Comunista, dirigente de la federación metal-mecánica. Tan pronto se formó la CONACI-CR, el General Richter llamó a su despacho al periodista Mejía, que también era alcalde del pobre distrito de El Agustino. Usted sabrá Mejía que el Gobierno apoyaba a la Comisión

Reorganizadora. Si usted insistía en quedarse con la otra CONACI, estaba apoyando a los adversarios de la Revolución y tal posición resultaba incompatible con su condición de alcalde. Bueno, respondió Mejía, que había obtenido la más alta votación cuando los comuneros eligieron a su dirigencia, adónde hay que firmar porque renunció a ser alcalde. La ofensiva nada más comenzaba. "Ultima Hora", cuyo director era asesor del MIT, atacó violentamente a la CONACI original, denunciando en ella manipulación comunista por la presencia de Jiménez en la directiva.

Al fin llegó el seminario nacional del Area Laboral del SINAMOS. Bajo la anterior jefatura del General Leonidas Rodríguez Figueroa, tales reuniones servían para establecer un diálogo amplio. Ahora sirvió para impartir directivas políticas. Había que escuchar y obedecer, sin dudas ni murmuraciones. En la última sesión, unos gritos sobresaltaron a los promotores del SINAMOS. A la voz de jatari, jatari, —"levántate" en quechua— irrumpieron en el seminario los forzudos del Movimiento Laboral Revolucionario, MLR. Benevolente, el General Zavaleta cedió la palabra a dos de los recién llegados: Rolando Riega y Franco Baca. Ellos explicaron que el MLR era el aparato político de la Revolución Peruana.

Filomeno abandonó la sesión para escribir una escueta carta de renuncia irrevocable.

*Objetivo Marcona
directiva 3-1806 DGI*

EL BELLO ANTONIO acomodó el revólver en la cintura, compuso sus ropas, miró brevemente a la mujer todavía borracha y, más bien indiferente, salió a la calle.

—Ya pues, Bello, apúrate. Estamos haciendo esperar al Partido —se amargó La Cobra al timón del Dodge último modelo.

El Bello Antonio ni contestó. De la Plaza de los Burros, donde integró una banda con el Flaco Hilo, el Viejo Yeyo y el Chino Mario, o de aún más lejos, de la isla-penal El Frontón que todos conocen en el puerto como el Cerro, a capitán

de las violentas huestes del MLR, aparato político de la Revolución, inminente partido del Gobierno organizado por el propio General Tantaleán, próximo presidente del Perú, el Bello Antonio había sobrevivido a muchos peligros. Ahora, que está arriba, que lleva consigo un documento acreditándolo como funcionario de la Revolución, que al revés de siempre cuenta con la protección del Ministerio del Interior, al Bello Antonio, ex-monrero con varios ingresos a la cárcel, le disgusta la familiaridad con que lo trata La Cobra, mercenario no tan distinguido en la jerarquía secreta del MLR. A sus víctimas, La Cobra las trabajaba al susto. Te quemo la casa, huevón. Te voy a cortar la cara, comunista concha tu madre. Fornido y vidrioso, zambo de elevada estatura y cara de serpiente, la verdad es que La Cobra asustaba. Pero el Bello Antonio conoce que el negro se desinfla ante los guapos auténticos. Ni siquiera actuaba con prudencia. Atiborrado de cocaína y aguardiente, no hacía mucho que de un chairazo La Cobra le abrió la mejilla en dos a un inofensivo comerciante en La Parada. Estuvo casi ocho meses en el Cerro hasta que el Ministerio del Interior consiguió rescatarlo. Ahora, rumbo a la cita de la dirigencia del MLR, se abría paso a bocinazos, insultando a los lentos.

A casa del Calloso, llamado así por sus abultados juanetes, ya había llegado el elegante Calo-Calo, ex-inquilino de Corongo, la barriada más tumultuosa del Callao y ahora organizador de los mercenarios. Por su elevado rango dentro del MLR, se instaló en una de las siete sillas, único mobiliario que, además de un camastro, el Calloso necesitaba para vivir. Sabú, pescador con antecedentes por asalto a mano armada en el Rimac, y el cholo Bayona, fanático seguidor de Tantaleán, aguardaban cerca de la puerta, vigilando la calle. A las diez de la noche, mientras afuera discutían el Gago Pancho y el Negro Crico, de dos automóviles descendieron los dirigentes del MLR.

Entran por delante Rolando Riega, asesor de asuntos laborales del Ministro Tantaleán, y su esposa, concesionaria de la cafetería del Ministerio de Pesquería. Antes dirigente sindical en el ramo de construcción civil, después secretario del sindicato de pescadores del Callao, el sonriente Riega terminó preso en el Cerro hasta 1971, por un desfalco a su propio sindicato. Tan pronto salió en libertad, lo reclutó el Ministro

Tantaleán para organizar, con Franco Baca, esta noche ausente, lo que habrá de ser el partido político de la Revolución Peruana. También entró Daniel Bossio Da Silva, ex-secretario nacional de la CTRP y ahora dirigente de la Federación de Pescadores del Perú, un hombrecito de anteojos, más bien gordo, armado de un importante maletín negro. Detrás de otro dirigente de los pescadores, Dino Gherardi, llegaron el Bello Antonio, La Cobra y el influyente Negro Corsino, que ha sido estibador, patrón de lancha y que ahora coordina las relaciones entre el MLR y la flamante CNA, la organización campesina propiciada por el SINAMOS. En fin, entró el Calloso con dos cajas de cervezas. La Cobra se animó: dice Gherardi que habrá una operación importante. Bebieron excitados por la charla de Riega: es un hecho, el Hombre, el Tío Tantaleán ya huele a Presidente de la República, todos serán premiados por su devoción a la causa, Franco Baca ha pedido la Dirección de Gobierno Interior, el propio Riega será Ministro de Pesquería, el hermano Alberto Gil Peñaranda, secretario general de la Federación de Pescadores que tampoco ha venido esta noche, será Embajador del Perú en España. Salud, Rolando. Salud, Cobra. Muy bien, se animó Sabú, él no quería ser Ministro, nada más pedía ser jefe de la aduana en Aguas Verdes, así que ya sabes, Rolando, el puesto estaba comprometido. Rieron, otra vez brindaron.

El Movimiento Laboral Revolucionario se organizó desde el Ministerio de Pesquería a partir de 1971. La idea de formar un partido político que reuniera a sumisos dirigentes sindicales con una corpuda fuerza de choque, pertenecía al Ministro Tantaleán. Nacido en familia aprista, hermano de activistas apristas bastante conocidos, al General seguramente lo impresionó la disciplinada eficacia de los "defensistas", como bautizó el APRA a los grupos armados con que ese partido pretendió tomar el poder en 1948. El MLR fue planeado como un operativo por cuenta del Ministerio de Pesquería. Había que reclutar también un pequeño ejército particular. Obtenido el apoyo de los servicios de inteligencia, irían capturando uno por uno los sindicatos más importantes del país.

El MLR comenzó dentro de la Federación de Pescadores del Perú. Allí mandaba Alberto Gil Peñaranda, un hombre musculoso, perpetuamente emboscado tras unas gafas negras. Fue estibador, dirigente, después pescador. Irrumpió en la Fe-

deración en 1967. Inicialmente luchó por los intereses de la clase obrera. Más tarde se adhirió al poder pesquero comandado por Luis Banchemo Rossi. La Federación era un desorden, la industria también. En diez años se habían construido en el Perú las empresas pesqueras más grandes del mundo. Para tripular bolicheras se contrataba a cualquiera dispuesto a correr el riesgo. Campesinos que ni sabían nadar, habituados en los Andes a ganar 15 soles al mes, cobraban hasta mil quinientos en una semana. Chimbote, principal puerto pesquero, se transformó en un enorme lupanar. Ninguna empresa pedía certificado de buena conducta, ni siquiera el nombre verdadero. No había reglamentos, horarios, nadie exigía otra cosa que una creciente depredación de los inmensos cardúmenes de anchoveta, materia prima para la codiciada harina de pescado. También el hampa se refugió en los puertos. Asesinos buscados por la policía podían instalarse en las bolicheras, vivir a bordo hasta que se cansaran de buscarlos. Los más guapos embarcaban borrachos. En alta mar los matones trabajaban sólo si querían. El lumpen al cabo se arrimó a los empresarios, algunos de los cuales fomentaban un incipiente gangsterismo sindical. Se compraba, pateaba, sobornaba, cualquier cosa con tal que las fábricas nunca se detuvieran. Las dirigencias sindicales también acababan por corromperse. Algunos irritados pescadores que acusaron a Gil Peñaranda de negociar las huelgas, reaparecieron flotando después de algún desdichado accidente en plena travesía. Más tarde se acusó al secretario general de haber acordado con Banchemo una huelga de 45 días para que subiera el precio de la harina en el mercado mundial. Más o menos en 1970, Gil Peñaranda se le volteó al industrial Banchemo, que pronto sería asesinado a puñaladas en su casa de campo. Ahora negociaba el apoyo de la Federación en delicados operativos sindicales: la formación de la CTRP y el impulso al MLR. Gil Peñaranda tenía un nuevo patrón: el Ministro Tantaleán.

Apoyar, lo que se dice apoyar a la CTRP en sus inicios, Tantaleán no apoyó. Estaba demasiado ocupado con el MLR que crecía secretamente en el Callao y en Chimbote. Un mes después que empezara a funcionar el SINAMOS, en mayo de 1972 el Ministerio de Pesquería organizó un seminario de diez días en la Colonia Vacacional de Huampaní. Dictaron cursos para patrones de lanchas, discretas charlas políticas. El sá-

bado, a la hora de la clausura, concurrió invitado el General Leonidas Rodríguez, entonces jefe del SINAMOS. Llegó solo, a diferencia de Tantaleán a quien acompañaba un numeroso cortejo. Pero aquello no había sido un seminario técnico. Tan pronto se acomodaron los Generales en la mesa de honor, varios oradores anunciaron que como militantes, habían decidido agruparse y formar el Movimiento Laboral Revolucionario. El jefe del SINAMOS, tomado por sorpresa, se limitó a conceder: yo apoyo toda decisión de las bases.

Riega en el Callao, Franco Baca en Chimbote, habían puesto a andar al MLR. Nacido en 1944 en Chiclayo, Franco Baca es un mocetón de elevada estatura y fornida estampa. Sus huellas conducen a una adolescencia rebelde, vinculada a grupos maoístas. Apareció en Chimbote cuando en 1968 se liquidaba a los apristas del sindicato de pescadores. Se vinculó al Gobierno Revolucionario poco después. Porque servía al coronel Torres Llosa en la organización de la CTRP en Chimbote al tiempo que cocinaba el nuevo partido, vinculó por su cuenta al MLR con los servicios de inteligencia. Era secretario del sindicato de pescadores pero las bases lo desplazaron turbulentamente. Baca prestaba más atención a los intereses de arriba que a las necesidades de abajo. En su lugar, se eligió una directiva provisional. El 24 de mayo de 1972, tras haber nacido oficialmente en Huampaní, el MLR hizo su primera aparición pública. Reforzados por matones de todo el litoral, los emelleristas chimbotanos atacaron la asamblea sindical. A golpes de pirulo, a silletazos, a manoplazos, a tiros al aire capturaron el sindicato. Encabezados personalmente por Riega y Baca, los mercenarios, como pronto se les conocería en todos los puertos, rompieron cabezas, machucaron costillas, trituraron dentaduras sin que la Guardia Civil se diera por enterada de la batalla. Chimbote era un polvorín. En la Siderúrgica crecía el descontento tras una reorganización que dejó en la calle a 42 trabajadores. Marchaban los obreros por las polvorientas y asoleadas calles chimbotanas cuando reincidió el MLR. Armados de bastones y cadenas, los emelleristas ayudaron a la Guardia Civil a disolver el mitin, acción que costó dos vidas.

Tres meses después, animado por los éxitos iniciales del MLR el General Tantaleán empujó a la Federación de Pescadores en apoyo de la CTRP. Un dirigente del MLR, Bossio

Da Silva, sería el primer secretario nacional de la central y casi todos los demás dirigentes nacionales se afiliaron secretamente al nuevo partido. La CTRP era un cascarón bajo el cual se deslizaba el MLR con prontitud a la captura de numerosos e inexpertos sindicatos. Cuando la CTRP echó a caminar, el Gobierno dio por concluido el operativo. Se disolvieron oficinas y promotores. Los militares que dirigieron la misión, volvieron a reunirse en la Dirección General de Difusión, DGD, del Ministerio del Interior, jefaturada por el General Segura, a quien secundaba el tenaz Coronel Torres Llosa. Pronto la DGD se convertiría en el SINADI pero mientras tanto, con el concurso cada vez más acentuado de una facción trotskista, seguía apoyando a la central y, a través de ella, al MLR.

Hermanos, al MLR le correspondía cumplir una importante misión en apoyo de la Revolución, hablaba Riega. Ya ustedes sabían cómo se infiltraban los comunistas, de qué solapada manera se enquistaban en sindicatos estratégicos, desde dónde amenazar el desarrollo nacional. Uno de esos sindicatos, hermanos del MLR, era el de Marcona. Allí, a sabiendas de que pronto las minas serían expropiadas por nuestra gloriosa Revolución, allí maniobraba el comunista Orrego, a quien era preciso echar del sindicato para poner a dirigentes que llevaran Marcona a la CTRP. Y nadie sino el MLR, nadie podía conseguirlo, hermanos, porque Orrego no iba a salir por las buenas, ya ustedes sabían cómo se aferraban los comunistas a los cargos directivos. Hermanos, rompían el sindicato, metían bala, hacían cuanto quisieran pero a Orrego y a los comunistas los botaban de Marcona. Por orden del señor Ministro del Interior, la Guardia Civil debía protegerlos, como si fuese necesario cuidar de ustedes, hermanos. Los gringos de la mina apoyaban el operativo. Y por Orrego no se preocuparan, casi siempre los dirigentes metían una en las cuentas del sindicato, ya se encargarían de joderlos por medio de una auditoría. No necesitaba invocar el espíritu combativo de los emelerristas, porque podía verlo allí, presente en esas miradas. Había diez mil para cada mercenario.

—¡Diez lucas! —se asombró La Cobra. Nunca habían pagado tanto.

—Calo-Caló, el Bello, Sabú, Bayona, Chinchay y Corsino —eligió Riega—. Cada uno de ustedes pone diez hombres. Sali-

mos a las seis de la mañana en taxis. Y hay bastante trago para que los muchachos no se aburran.

—Hay que recoger los pirulos y cachiporras de la CTRP —recordó Gherardi.

—¡Salud por la Revolución! —se entusiasmó La Cobra—. Mañana la Marcona es nuestra.

—Viva la Revolución —gritó el cholo Bayona—. ¡Viva Tanta-leán, nuestro próximo Presidente!

Del Callao a Lima no son más que veinte minutos en automóvil. Las dos ciudades, que se desafiaban en el pasado, han terminado por unirse. Pero el Callao es mucho más que un puerto. Es un prestigio de hombres, un peligro, una tradición de pelo en pecho. Porque a sus famosos barracones no entra cualquiera. Allí son pobres pero valientes. Barracones auténticos no hay más que dos. Al principio eran la barraca Grau, vecina al muelle dársena, y la barraca Estrella, frente al céntrico cine Sáenz Peña. Allí se refugiaron los numerosos damnificados por el terremoto de 1940 que devastó el puerto. Doce años después, el Gobierno inauguró una unidad vecinal para trasladar a los temidos habitantes de las barracas. Sólo quienes podían pagar un alquiler-venta pudieron mudarse a los edificios de cemento. Los demás fundaron nuevas barracas, una en el célebre vecindario del bar "El arca de Noé", también conocida como Barraca Uno; y la otra en la Mar Brava, o Barraca Dos. Pero tales laberintos carpinteados con madera y calamina no bastaban para tantos miserables que preferían el Callao y así aparecieron barrios enteros, malolientes, donde se apretujaban pescadores, obreros y maleantes: Ruggia, apoyado en las orillas de Maranga; Corongo, predilecto del hampa, por el obelisco; y Puerto Nuevo, cuya entrada principal vigilaban avezados centinelas populares desde la ensangrentada cantina "El Boquerón". En los barracones todos son guapos, más que menos conviven con los delincuentes, los sanguinarios, como los llaman. Hay jerarquías de mala sociedad. En lo más alto: el jefe de una banda que asalta en grande y a mano armada. Un buen ladrón, un choro distinguido, compite con el prestigio de las bandas. Porque hay buenos choros, malos choros y, como en cualquier oficio, también hay atorrantes. Las perritas, chiquillas alocadas, son la alegría de los barracones. No las busque jamás un galán honrado. Ellas disputan por los choros recién egresados de prisión, que se han puesto de moda

a la manera de los artistas llegados de París o los aventureros desembarcados de un electrizante safari africano. No importa la fama de Puerto Nuevo o la sombría reputación de Corongo, nada desafía la gloria de las cantinas del Zapatón, en el Uno, y de Palomino, en el Dos. Pocos son los intrusos que se han emborrachado en esos turbios bebederos sin tener que aceptar un duelo a chaveta. Alguna vez allí podía invitárseles cerveza a los Chalaquitos, tres hermanos que no sólo gobernaban el puerto sino también el Cerro, o al Negro Cutupa y a su hermano el Cholo, esgrimistas de reconocido talento. No lejos del Uno, se desmorona el famoso Callejón de Nariguete. Cuando no se reunía con los choros antiguos a beber vino con kola inglesa, ese abominable trago que los pobres llaman "lija", Nariguete se sentaba a asolearse en la entrada del callejón al que legó su nombre. Norteño y octogenario, Nariguete había sido ladrón de los finos, sin nunca pisar una cárcel para quedarse en ella. Antiguo guapo, ahora disfrutaba de su lejano prestigio, acordándose de pasados, casi legendarios delitos, a petición de los atorantes del barrio Marco Polo que rodeaban su vejez con pequeñas atenciones: un suéter robado de un tendedero si hace frío, una gallina escamoteada en el mercado, una caja de tabaco hurtada al pasar por la bodega. Nariguete, el anciano Siete Buches, el tembloroso Tierrezita, el vacilante Carta Brava, los jubilados del hampa nacional atravesaban el Callao seguidos del respeto público, para sentarse a consumir nostálgicas "lijas" en La Casita Blanca, única cantina del puerto donde podían emborracharse a salvo de estruendosas rockolas.

La Cobra detuvo el auto en el jirón Ayacucho y bajó a la medianoche seguido por el Negro Cricro, a quien también se conoce como "el malograo", por el asombroso tamaño de su sexo. Eligieron el bar de la tía Laura, empujando disgustados a los atorantes que bailaban salsa junto a una estridente radiola Wurlitzer.

—¿Qué hay, Chancaca? —sonrió La Cobra—. Mañana trabajas con Corsino. Asunto del partido.

—¿Cuánto hay? —se oscureció la voz del Negro Chancaca.

—Diez lucas —susurró Cricro—. Tres quinas por adelantado.

—Me apunto —dijo Chancaca—. ¿A quién hay que abollar?

La Cobra se deslizó hasta la caja y mostró un fajo de

billetes de a mil a la tía Laura que sonrió, negro bandido, entra, ya conocías el camino.

—Un par de pomos —pidió La Cobra aplastándose dentro de un cuartucho lleno hasta el techo de botellas de cerveza. La tía rebuscó hasta elegir dos vacíos frascos de desodorante. La Cobra asintió. Laura extendió una mano abierta. El otro contó diez billetes, dudó antes de rendirlos—: Oye, tía, ¿es de la casa? No vayas a dármela bambeada.

—Claro que es de la casa, cojudo, no te voy a engañar —se enfureció la tía y le arrebató los papeles. Volvió en cinco minutos con los frascos colmados de coca—. De mi propia cocina, huevón. La mejor del Callao.

—Está bien, tía, no quise ofender —La Cobra destapó un frasco, observó las escamas brillantes como madreperla. Con la llave del auto se sirvió groseramente la nariz, aspirando ruidosamente.

—Límpiate bien el hocico, cojudo —dijo la dueña del bar.

La Cobra se pasó saliva por las aletas pegoteadas de blanco, sintió que se le apuraba el corazón. Con la bamba anestesiada y la lengua estropajosa salió hasta la barra y pidió una cervecita, bien fría.

—El Negro Talán dice que no puede viajar pero aquí están Chancaca y El Bolsa —informó Cricro y añadió en voz baja—: Invite pues compadre.

La Cobra terminó de ingurgitar su cerveza. Se crecía dentro de su fealdad, se le hinchaban las venas del cuello, resopló apoyándose en Cricro.

—Lleva unas cervezas al auto, Negro.

Cuatro cantinas se sucedían en aquella tenebrosa callecita chalaca. Se llamaban como sus dueñas: la negra Mina, la negra Juana, la Chilena y la tía Laura. Allí se abastecían de cocaína o de buenos petardos de marihuana llegada de Colombia o Panamá en los mercantes. La Cobra husmeó en los establecimientos sin encontrar a sus compañeros de partido así que enrumbo al Muelle de Pescadores, mientras Cricro sorbía ruidosamente su porción de coca. Tocó bocina frente al bar de la tía Betty. Un atorrante se aproximó. ¿Y el Chino Comba? Sí está, dijo el choro. De parte de La Cobra, apúrate. La tía Betty conservaba ágil aquella grupa que la hizo famosa en los bataclanes de barrio, auspiciados por la compañía Bim Bam Bum. Viuda del Negro Sarmiento, ahora mujer del temido Pa-

tachón, la tía Betty extendía su prestigio por los muelles y el vecino Puerto Nuevo. Jamás permitía un duelo dentro de su cantina. Y nunca los rayas, es decir los detectives de la Brigada del Callao, arrestaban a sus clientes. Una o dos veces cada noche, los muchachos de la PIP se detenían a conversar con la tía y a recibir su propina. ¿Qué hay, Cobra? A las cinco, en el partido. Aquí tienes tu adelanto. ¿Y hay trago? Sí, y también su coca, su pito. Nos íbamos a divertir en grande, Comba, no vayas a faltar. Escuchando cumbias y salsa propaladas por Radio Onda Popular, aceleró La Cobra hasta el obelisco y eligió la oscura carretera a Ventanilla. Más allá brillaron los lupanares. Hace años, los burdeles de Zapata, la Mami y el Ají Verde quedaban dentro de la ciudad. Ni Zapata, viejo maricón de bisoné que había viajado a todas las olimpiadas desde 1936, ni la Mami, que vivía junto al Callejón de Nariguete, sobrevivieron a la furia moralizadora que echó los prostíbulos hasta una plazuela en la avenida Argentina, ahora llamada Plaza Revolución, de la que también fueron empujados hasta esa isla de luz rodeada de chacras y casuchas, donde La Cobra se detiene. Allí están El Botecito, La Salvaje y El Trocadero, con sus doscientos cuartos cada uno, su olor a grajo, a meados, a jabón desinfectante. Cricro bajó y volvió con los hermanos Ceca. El partido los necesita a los cinco, anunció La Cobra. Ya sabían, Cobra, ya Cricro informó, nomás venían a recoger la suya. José y Luis Ceca recibieron su adelanto, por qué no la mitad, no vayan a engañar. Carajo eran órdenes de arriba, se amargó La Cobra, si no quieren, ya lo saben: nomás devuelven y se pierden la diversión. Los Ceca refunfunaron, está bien, Cobra, serán de la partida. De regreso a la ciudad, La Cobra se atrevió hasta el bar "El que sabe, sabe", en el corazón de Corongo: allí encontró al Niño Juan y al zambo Capulí.

Amanecía en el puerto cuando frente al edificio del sindicato de pescadores del Callao, en cuyos altos funcionaba el MLR, empezaron a congregarse los hampones emelleristas con aire festivo. Para el Bello Antonio, la política no es novedad. Allá por 1965, se turnaba con el Negro Candela en el oficio de cuidar las espaldas del rector en la tormentosa universidad Federico Villarreal. Dos eran los Candelas, los hermanos Antonio y Matías. La verdad, nadie alcanzó nunca la estatura del negro Antonio Aguilar alias Candela. El más veloz "timón"

de los bajos fondos, era al mismo tiempo el más feroz cuchillo del puerto. Candela podía meter un automóvil bajo un camión a ochenta, a cien kilómetros por hora, de noche y con las luces apagadas, para que sus socios saltaran a la plata-forma a desvalijar mercadería. Preso en el Cerro, al Negro Candela siguió pagándole su sueldo la universidad. En la cárcel destronó a los Chalaquitos. Hasta que los muchachos de Surquillo organizaron la famosa Banda de la Metralleta nadie discutió la autoridad de los hermanos Candela. En la Universidad, Candela cuidaba la paz aprista y perseguía a cadenas los perniciosos infiltrados de doctrinas marxistas en los claustros. Reclutó a un grupo de forajidos a quienes el Callao conocía como la banda de los universitarios. El Bello Antonio fue uno de los elegidos para proteger al rector aprista. El Mono Santiago, Turrino, Cochandarte y el Rey de los Platos, autor del célebre robo de las barras de plata en el Terminal Marítimo, completaban el equipo que rompió no pocas cabezas de primer año de facultad, que se descarriaban políticamente. De aquellas épocas aprendió el Bello Antonio las ventajas de estar aliado al poder. Eramos, negro, el Gobierno, nos enviaba la Revolución a luchar contra sus enemigos, éramos impunes, licenciados para matar si es necesario. Eramos el pueblo organizado, los humildes en pie de guerra, los defensores de una causa justiciera. Compartía La Cobra el frasco de coca con Cricro y Chinchay. Van a ver, moscovitas de mierda, ahorita liquidaban los desórdenes sindicales, qué carajo se habían creído con tanta intransigencia, ¿caso le iban a perder el respeto a mi General? Ah, eso sí que no. Para poner las cosas en su sitio estaba el partido. El Gago Pancho, que compró un tocadiscos garantizado por un gerente de Pesca Perú y no pagó ni la primera letra, jugaba con un pirulo. Ya no éramos banda sino partido político. Y el partido protegía, regalaba dinero, conseguía buenos empleos, por ahora nada más que en el sector pesquero aunque pronto, muy pronto, tal como lo había prometido el tío Tantaleán, el MLR tendría todo cuanto los mercenarios podían soñar: aduanas, cargos políticos, honores, verdadera influencia para dedicarse a los negocios en grande. Eramos el Gobierno Revolucionario. Eramos los sucesores del General Velasco. Eramos carajo el poder. Siete horas después de haber partido, los veinte automóviles alquilados entraron en Marcona.

—De frente y después a la derecha, ahí los esperan —informó un divertido alférez.

Desde sus refrigeradas oficinas, los gringos sonreían. Más cerca, desde varias bocacalles, los policías los observaron empuñar cadenas y garrotes.

—¡Jatari, jatari! —rugió Corsino.

—¡Viva Velasco, carajo! —se enardeció Bayona.

—¡Muera Orrego, fuera los comunistas! —el loco Chinchay avanzó con los mercenarios llegados más temprano desde Pisco.

—¡Viva la Revolución Peruana! —gritó Sabú pulverizando las ventanas.

—¡Jatari, revolución! ¡Jatari, revolución! —y Corsino derribó la puerta del sindicato de un puntapié.

—Comunista concha tu madre —comentó Chancaca esquivando un silletazo. Su cadena de a pulgada y media voló zumbando al encuentro de una cabeza que reventó en sangre.

Sabú descargó expertos pirulazos abriéndose paso hasta la mesa directiva. Cricro deshizo una silla encima de los dirigentes. La Cobra derribó la mesa, los micrófonos. Por el otro lado del salón de asambleas, se crecieron los huestes del Bello Antonio. Huyeron los dirigentes. Todavía los mercenarios aporrearon a los asambleístas que se atascaban despavoridos en una puerta.

—¡Marcona es nuestra! —se alegró La Cobra—. ¡Jatari, jatari!

Inconforme porque el combate no había durado ni diez minutos, el negro Cricro quería seguir el pleito en la calle. Pero afuera la Guardia Civil entró en actividad, dispersando a los asambleístas que pretendían iniciar un mitin. Inmediatamente otros obreros, adversarios de Orrego, fueron llamados al deshecho local del sindicato, ahora sí protegido por la policía. Eligieron una directiva provisional que acusó a Orrego de malversación y acordó afiliarse a la CTRP.

—¡Muchachos! —se animó Bayona después de beberse una cervecita—. ¡Tres hurras por el glorioso MLR! Jip, jip...

—Oiga, compadre —raposeó Cricro, cuyas aletas husmeaban la posibilidad de continuar el pleito—. A diez lucas por sindicato, yo limpio el país de comunistas.

—Regresamos al Callao —informó el Bello Antonio—. La operación ha sido un éxito. ¡Chinchay, nos vamos!

—¿Y si vuelven los comunistas? —se preocupó La Cobra.

—Trabajo de la Benemérita —el Bello se encogió de hombros—. Muchachos, suban a los autos.

Cassettes 18 y 22, sobre MLR

Duración: 104 minutos

ABELARDO OJEDA TENÍA catorce años cuando recibió su primera pateadura policial. Juan, su padre, era de Santa, un valle de maizales y cañaverales al norte de Chimbote, a casi quinientos kilómetros de Lima. Primero chofer de camión interprovincial, después piloto en la línea 7 de autobuses entre Lima y Callao, el viejo Ojeda se instaló con sus ocho hijos en el puerto. Antes que se mudaran los barracones en tiempos de Odría, la familia de provincianos ocupó parte de un tugurio en la calle Carrillo de Albornoz. Después los absorbió la barraca Uno. La única época en que Abelardo comió bien y durmió en paz fueron dos meses de verano que disfrutó en la Climática de Ancón, una colonia vacacional para niños pobres en un rincón del balneario de los ricos. Le raparon el pelo, lo desinfectaron, le obsequiaron una pobre pero limpia indumentaria. Desayunó avena, confitura de frutas, cocoa. Almorzó estofado, sopa de fideos. Jugó al fútbol, se bañó en el mar. En el Callao, el pequeño Ojeda se divertía bailando en las cantinas. El Negro Merengue, el Pavo Mañuco, otros pilluelos como él aprovechaban las monedas que los guapos dejaban caer en las rockolas del barrio, para rumbear con Los Compadres o la Sonora Matancera. Le decían El Jefe. No era mandón, tampoco lo atraían la violencia o el delito, pero rara vez sentía miedo y, aunque asustado, jamás se acobardaba. Conocía, eso sí, a los personajes del hampa. Vivía en una barraca, asistía a los duelos, a veces algún choro famoso premiaba su habilidad en la guaracha con una buena propina. A los cator-

ce ha visto morir, perder orejas, mejillas, sonrisas, dientes, dedos, derramarse tripas. Al frente de la chiquillería se ha atrevido hasta la comisaría del parque Guardia Chalaca, a seguir al cabo Metralleta cuando sin más compañía que un trabuco y un perro policía, marchaba a hacer redadas por su cuenta. Entraba el cabo a las barracas, encañonaba a quienes bebían en una cantina y los sermoneaba sin bajar la puntería: no vayan a golpear la jurisdicción, carajo, roben en otra parte, yo no quiero hacerles daño. Y los ladrones contemplaban la insondable amenaza de ese cañón, sí tío, no se moleste usted tío, cómo se le ocurre tío que vamos a golpear en el barrio.

A los catorce años, Ojeda y su amigo Cebollita abrieron negocio en el cementerio de Bellavista. Su capital: una escalera de tijera, dos baldes, trapos diversos. Lavaban lápidas y componían flores a solicitud de deudos recientes. Sábados y domingos prosperaban, aunque el resto de la semana tampoco faltaran clientes. A las cinco de la tarde montaban en el tranvía con acoplado rumbo al puerto. Se iban corriendo del cobrador para ahorrarse los cinco reales que costaba el viaje. Una tarde, casi al llegar a casa, un hombre les mostró una pistola y los obligó a sentarse frente a él.

—¿Boleto? —los alcanzó el cobrador.

—Policía —dijo el hombrecito—. Me los llevo presos.

—Ah, ya —comentó el cobrador al ver la pistola que volvió a asomar por la chaqueta—. ¿Choros?

El policía asintió con la cabeza. Llorando de rabia, Ojeda explicó que nada más viajaban sin pagar, que de una vez lo registraran, que había sido más o menos honrado toda la vida. Su captor no se inmutó. La verdad, no era policía sino amanuense en la Prefectura, en cuyos sótanos funcionaba la Brigada. Acaso impresionado por las fechorías de sus vecinos o por la lectura de folletines policiales, el amanuense colaboraba con la PIP capturando a cuanto infeliz parecía sospechoso. Le dieron gracias cuando los entregó. ¿De qué se trata? Carteristas, respondió el amanuense, y los abandonó en el infierno sin dedicarles una última mirada.

—Señor, yo no hice nada —protestó el niño.

—Silencio, mierda —se amargó el vigilante arreándolos por una escalera de cemento hasta el sótano que olía a caca, a pezuña, a humanidad abombada por la falta de ventilación. Chi-

rió una reja. Antes de que se hubieran acostumbrado a la oscuridad, los aventaron a una celda.

—¿Qué pasó, chiquillos? —se interesó Coyoya, que era del barrio.

—Nada, lo peor es que no pasó nada —Ojeda estaba furioso—. Veníamos en el tranvía y nos detuvieron, eso es todo. Nos creen lanzas.

—¡Qué tales mierdas! —opinó el Cabezón Bugi—. Ustedes no son más que palomillas y ellos lo saben.

—No se vayan a echar —aconsejó Coyoya—. No se rindan porque los joden, los mandan al reformatorio.

—¡Pero por qué! —casi lloró Ojeda.

—Y si no aguantas, señala a cualquiera, yo sé por qué te lo digo —siguió enseñando Coyoya—. Dices que sí, que robaste cualquier cosa, que se lo vendiste a tal o cual comerciante. Que se joda otro. Ellos lo que quieren es su parte. Y aquí golpean hasta dos y tres días.

Cayó la noche. En silencio, los presos se acurrucaban sobre el cemento de la celda. Nada más escuchaban el monótono teclear de una máquina de escribir y las pisadas de un vigilante que se acercaba sin llegar nunca. No hay cómo medir el tiempo desde esa niñez encadenada. Otra vez pagará boleto, nunca más parecerá sospechoso. La puta que los parió, policías de mierda. Varias horas después de haber anochecido, un grupo de detectives entró ruidosamente en la Brigada.

—Ahora empieza —dijo Bugi.

—¡Ese Coyoya! —tronó una voz—. ¡Esos palomillas!

Buena suerte, muchachos. Y no suelten la lengua. A los niños se les doblaban las piernas. El propio Sueiras, jefe de la Brigada, los recibió en otra celda más amplia. Los policías olían a aguardiente. De rato en rato se servían de una botella de pisco. Sueiras vapuleó a Cebollita.

—Así que cartetas, ¿no? Aprendiendo a robar, a joder a la gente, ¿no?

—No hemos hecho nada —se encolerizó Ojeda—. Ni siquiera hay denuncia.

Recibió un bofetón.

—Nadie te ha preguntado, cojudo.

A Coyoya lo desvestían.

—A ver, todos calatos —dijo Sueiras—. Puta madre, no

hay quien confiese por las buenas, como si a mí me gustara golpearlos.

—Déjemelos —pidió un zambo que envolvía una cañería de plomo con una toalla—. A estos mierditas hay que corregirlos.

Ojeda quiso controlarse pero le temblaron los dientes. Un ventarrón hirió su cuerpo desnudo.

—La ley es para respetarla —sermoneó Sueiras—. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—¿Y dónde vives?

—En Carrillo de Albornoz.

—¿En la barraca?

—No. Por ahí, cerca.

—¿A quién le has robado? ¿Quién te enseña?

—No soy ladrón —retrocedió el chiquillo.

—¿Nunca has robado? ¿a nadie? ¿No le has robado sencillo a tu mamá? Huevón, no hay un solo hombre honrado en el mundo —Sueiras bebió dos tragos de pisco—. Coyoya, díselo tú que eres choro antiguo. No te escucho, Coyoya.

El verdugo sacudió al preso de un bofetón. Le habían amarrado los brazos a la espalda, protegiéndoselos con un costalillo.

—Habla, pues, primo —dijo el verdugo amistosamente—. ¿Por qué no te ahorras el disgusto? De todas maneras tienes que confesar.

Coyoya respiró hondo.

—¿Qué hacías con el Bugi en La Parada?

Otro bofetón salpicó de sangre su nariz.

—¿A quién le vendieron? —el verdugo se endulzó—. Tú no más echas al comprador.

—Está bien —Sueiras suspiró—. Súbanlo —miró a Ojeda—. Después te colgamos a ti.

La vidriosa mirada de Coyoya se anticipaba a un dolor insoportable. De pie sobre una silla, permitió mansamente que le enlazaran los brazos. Quedó atado por la espalda de una soga que colgaba del techo. Cuando estuvo tirante, se acercó Sueiras.

—¿A quién le vendieron?

Coyoya guardaba aire. El zambo pateó la silla, desplo-mándola. Cayó el prisionero hasta que crujieron sus brazos descoyuntados. Así, descuajado, con los codos adelante y los

hombros puestos al revés, aulló perneando con la desesperación de un ahorcado. Con metódica ferocidad, el verdugo descargó golpes de cañería en la espalda de Coyoya. El torturado pareció expirar. Lo baldearon hasta que volvió en sí. Sin aliviar un segundo el bárbaro estiramiento de sus brazos, los detectives presionaron: dónde estaba el botín, a quién se lo había entregado, quién era el comprador. Pronto liquidaron la botella de pisco y abrieron otra. Pero Coyoya no habló. De nuevo lo machucaron. Achicharraron su sexo con un cigarrillo. Otra vez lo revivieron. La cañería golpeó su estómago, la sofocación lo amarató. Se le abrazó el verdugo, sumando su peso al colgamiento. Coyoya se desmayó sin remedio. Quedó pendiente de la sogá, color de muerto.

—A ver, tú —un puntapié alcanzó a Ojeda—. En cuatro patas.

Obedeció temblando.

—Te vamos a cachar, cojudo, estás bien rico —dijo el zambo y los demás rieron—. ¡Lame el piso. Lámelo, te digo!

Otro puntapié lo obligó a sacar la lengua.

—¡Lame el piso!

Su lengua llegó hasta el cemento. Comerías lo que te ordenaran, chiquillo, o te molían con la cañería, te la metían por el culo. A lamer la celda, a tragar cuajarones, a sorber huellas de zapatos, a ensalivar rastros, a palpar todas las grietas, a devorar el polvo, la mugre, briznas recónditas. Lamió ida y vuelta muchas veces esa celda, mientras el zambo, también Sueiras vigilaban que toda su lengua se arrastrara por el piso.

—Bien, mierdita, ¿vas a confesar o te colgamos?

—Yo no he robado —lloró el niño.

El zambo esparció por el suelo restos de un plato de comida.

—Ahora come.

Ojeda se negó con la cabeza.

—¿Te me vas a amotinar?

Lo patearon por la espalda. Cayó de bruces encima de las sobras.

—¡Come, cojudo!

Lloraba cuando empezó a tragar granos de arroz, lentejas.

Antes de encerrarlo con el resto de los presos, el vigilante de servicio le entregó una pomada para curar las heridas

de Coyoya. Lo estuvieron masajeando hasta el amanecer. Doce horas después, soltaron a los niños. Eran inocentes. La política ni siquiera se disculpó.

Mejor cuanto más lejos del Gobierno, decía el joven Ojeda. Gobierno era todo lo malo que amenazaba al pueblo: la arbitraria Brigada que torturaba y extorsionaba, los funcionarios municipales que imponían cupos, los jueces que traficaban sentencias. Acosaba el Gobierno a los gobernados para desvalijarlos o emparedarlos. No importaban discursos, Marcha de Banderas, monumentos, fanfarrias, próceres, palabras y palabras, Gobierno era el puntapié, Gobierno era el abuso. De esa gran mentira que era la Patria buena, huía el muchachito que se refugió en el puerto, a abrigarse con la libertad de los pescadores. Lavaba lanchas por una propina. Y anhelaba hacerse a la mar. Allá, en el horizonte, no había Gobierno. Por fin consiguió salir a cangrejar. Entre las islas de San Lorenzo y El Frontón, frente a Lima, capturaban miles de cangrejos al caer el sol. Los observaba enarbolar tenazas y cortarse unos a otros, en duelos como de hombres. La noche líquida, el inacabable chapoteo del océano, la rugiente turbulencia de las costas, en fin, la oleosa paz del puerto y sus altas luces, su resplandor de fragua rechazaban al joven pescador más atento a la obstinada actividad de agonizantes cangrejos: quería viajar lejos del puerto amargo, ser verdaderamente libre. A los dieciocho se embarcó con una tripulación de anchoveteros. Cuatro años trabajó al sur, para una factoría en el puerto de Ilo. A los veintidós pasó a la más cálida región de Tambo de Mora.

Ojeda es ahora un hombre fornido, de cabello rizado, vencedor de provincianos torneos de guaracha o salsa. Ningún pescador lo ha ganado a contonearse junto a la acompasada estridencia de una rockola de colores. Nadie le busca pleito porque Ojeda es un aventado. En 1974 aunque no quiso aceptar, aceptó: por unanimidad una asamblea lo designó delegado fraternal de Tambo de Mora al Congreso de Pescadores en Huampaní. Mejor que haya Revolución a estar como antes, decía Ojeda, pero nunca avanzó más allá de esa indiferente reflexión. Será la política como el Gobierno: el más sucio de todos los negocios. En fin, irá al congreso, escuchará a los dirigentes, conocerá al Ministro pero ya lo saben muchachos, nó más por ésta vez les aceptaba el encargo.

Viajando a Chaclacayo, unos diez kilómetros antes de la

casa del General Velasco, al otro lado del Rímac se alza la colonia vacacional de Huampaní. Hay que desprenderse de la atareada carretera trasandina y, por un asfaltado y sinuoso camino, cruzar la línea férrea y después un puente. En la otra ribera, casi en medio de un bosque está Huampaní. No se esforzaron los arquitectos por dibujar un hotel verdaderamente placentero. Construido por el Gobierno, Huampaní se hizo más bien para empleados pobres. Y, como es costumbre, para los pobres nunca se derrocha. Hay piscina, habitaciones dobles, bungalows para familias de hasta ocho personas y un salón de actos que los domingos se transforma en capilla. Aquí se alojaron casi trescientos delegados de todas las bases de pescadores del país.

El tercer Congreso de los pescadores se inauguró el 31 de julio de 1974 en otra parte. Al salón de asambleas del Centro Cívico de Lima, dotado de un sistema para traducción simultánea a varios idiomas y lujosamente amoblado con sillones de metal y cuero, asistieron los Generales Tantaleán y Zavaleta. Jatari, jatari, gritaban los emelerristas con voces que no eran desconocidas: eran los mismos gritones profesionales que añadían un pintoresco fervor a los mensajes en vivo y en directo del Presidente Velasco. Esta vez, parte de la audiencia se sumó a vociferar las consignas, mientras los ojos verdes del General Tantaleán viajaban de los puños que enarbolaba su partido a la sonriente e influenciable faz del General Zavaleta. Se leyó un caluroso mensaje de felicitación de la CTRP y, dando la bienvenida a los Generales y a las delegaciones, habló el dirigente del MLR, de la CTRP y de la Federación, Daniel Bossio Da Silva, a quien Tantaleán observaba complacido: era uno de sus cachorros políticos.

Al día siguiente, el congreso continuó en Huampaní. Lo hacían en grande, con el visible apoyo del Gobierno. Dictaron conferencias los Ministros de Trabajo, del Interior y de Industria, el Jefe del SINAMOS, también el coronel Sierralta que había remplazado a Alvarado en el Área Laboral y Carlos Delgado, que además de redactar los discursos presidenciales y durante varios años organizar la teoría revolucionaria, se desempeñaba como Director Superior del SINAMOS, rango comparable al de un viceministro. Los pescadores aprobaron por aclamación pedir al Gobierno que el General Sala no abandonara el Consejo de Ministros al pasar al retiro mi-

litar a fines de noviembre y designar presidentes honorarios del congreso a Velasco y al Ministro Tantaleán.

Durante el congreso, La Cobra trabajó de chofer y guardaespaldas de Alberto Santa Gadea, que sería elegido secretario general de difusión. No se desprendía de un maletín negro con casi medio millón de soles en efectivo y dormía con Gil Peñaranda, secretario general, y Dino Gherardi, inminente presidente de la Federación, en un bungalow lejos del pabellón donde descansaban delegados que no eran de confianza. Usaba La Cobra un automóvil de Pesca Perú, la empresa estatal, para viajar al Callao a abastecerse de coca. Ojeda lo sorprendió regresando al hotel con Soledad y Chabela, putas del puerto. En sociedad con el Negro Chancaca, La Cobra abrió negocio en el bungalow vecino al que ocupaban los dirigentes.

—Ojeda, primo, ¿quieres ser el primero? —propuso La Cobra mostrando la grupa de Soledad—. Nada más que veinte billetes y además te lo chupa, ¿qué te parece?

Soledad se acarició, insinuante.

—No jodas, Cobra —respondió Ojeda.

Mientras el contralmirante Jiménez de Lucio dictaba una aplaudida conferencia, La Cobra y Chancaca conseguían clientes en voz baja entre el auditorio. Después de almuerzo llevaron a las putas al pabellón de delegados. Chancaca cobraba y La Cobra controlaba el tiempo empleado por los clientes. Soledad y Chabela atendieron hasta las nueve de la noche. De los doscientos soles, cincuenta eran para los promotores. Más bien sudorosas y coqueadas, las mujeres regresaron a la zona de los bungalows, no al que ocupaban los mercenarios sino al otro, donde las aguardaban Gil, Gherardi y Santa Gadea.

—No puede ser —se amargaba Ojeda rodeado de inconformes—. Por ahí está La Cobra diciendo que él sí puede y que a Gherardi la coca lo vuelve impotente, así que debe montar a las putas mientras el resto lo contempla en el bungalow. Yo quiero saber si esto es una federación o es un lupanar.

—Gil Peñaranda nomás huele a trago —decía Morante, también delegado de Tambo de Mora—. Por eso no se desprende de las gafas negras.

—Sí, pero es gente de confianza de Tantaleán —se quejó un delegado de Huarmey—. Ellos están organizando el MLR.

—El MLR está asaltando sindicatos para remplazar a legítimos dirigentes por mercenarios. Eso no es un partido político —dijo Morante—. Es una mafia.

—¿Y la plata? ¿de dónde sale? —se preocupó Ojeda—. Porque Tantaleán dice que Pesca Perú es de catorce millones de peruanos, principalmente nosotros, y aquí el trago lo pone Pesca Perú, ¿verdad? A las mujeres las trajeron en un vehículo de servicio oficial. Y la coca la compran en otro vehículo de servicio oficial. Y seguramente están comprando droga con la plata del congreso. La Federación se está convirtiendo en basura.

—Contra esta gente no se puede luchar —opinó un delegado de Ilo—. Son muy poderosos, los apoyan de arriba, para qué nos vamos a engañar. Gil Peñaranda tiene acceso al Ministro, le puede hablar. En cambio, los trabajadores sólo podemos escuchar al Ministro.

—Es que Tantaleán quiere ser Presidente —razonó el delegado de Huarmey—. Para eso nomás los necesita.

—Sí, pero todo tiene su precio —dijo Ojeda.

—Organizar un partido en base a borracheras debe costar una fortuna —reflexionó Morante—. Estos mercenarios beben mucho.

—Los sindicatos no se asaltan gratis.

—¿Y quién paga los autos para que los mercenarios viajen por todo el litoral? ¿quién los saca de la cárcel cuando se exceden? ¿quién, ah?

—¡Quién va a ser! —Ojeda bufó—. Ahí principian otra vez —dijo señalando a La Cobra y Chancaca que escoltaban a las putas hacia el pabellón de delegados—. No es posible. Y esa gente, no sé cómo lo permite.

—¿El Bello Antonio no asaltó el sindicato de Supe?

—Sí, con La Cobra y el Calato, también el Negro Caracha. Pim, pam, pam: todito lo hicieron trizas para instalar una directiva del MLR.

—Los protegían funcionarios del Ministerio —dijo Ojeda—. A mí me han contado.

—El asalto al sindicato de Chancay lo dirigieron los asesores de Tantaleán. Principalmente Johnny Alarco: a ese tipo lo han entrenado en Europa. Bien vestido, con su abrigo, sus anteojitos ahumados. Parece un muñequito pero es bien trompeador.

—¿Alarco? —se interesó Ojeda.

—Dicen que nació en Tarapacá —explicó Morante que de rato en rato miraba el cielo estrellado—. Tendrá sus treinta y ocho, sus cuarenta...

—No, compadre —dijo el de Huarney—. Es mayor que eso.

—... él mismo da varias versiones sobre su persona. Que se retiró del Ejército en 1959, que se retiró diez años después, que es teniente retirado, que llegó a comandante. No se ha puesto de acuerdo consigo mismo así que no se puede asegurar nada. Otros dicen que nomás era sargento y que participó en la captura de la telefónica cuando el General Zenón Noriega quiso golpear a su compadre el General Odría. Dice Alarco que ha sido mercenario en Argelia pero ese mismo año lo vieron en Chimbote, acompañando a la Coalición Nacional. Siempre anda con pistola. Y viste como si no fuera peruano. ¿O usted es de usar abrigo y llevar sombrero? No, señor. Así se visten los extranjeros. Igualito que Gil, siempre lleva puestos anteojos ahumados. Fue demócrata cristiano. Quiso vincularse al movimiento campesino en la época de las guerrillas. Más tarde se asoció a Franco Baca en Chimbote. Dice Alarco que es asesor político de Tantaleán, que le prepara discursos, pero nomás trabaja en inspección, un cargo no muy importante. La verdad, organiza los mítines. Esos gritones los pone Alarco. O sea que es muy estimado por el Ministro. Está metido en el MLR, más o menos a la altura de Riega. Es un fantasioso, un aventurero que puede ser peligroso. Así será pues la Revolución. Yo, la verdad, no conozco.

Rudecindo Zavaleta, general de brigada, ex-jefe del Ejército en la importante región militar de Chiclayo, actual jefe nacional del SINAMOS con asiento en el Consejo de Ministros, fue recibido por Alberto Gil Peñaranda en Huampaní, mientras las agotadas prostitutas viajaban de regreso a los bungalows donde las esperaba Santa Gadea con la maleta llena de dinero. Zavaleta habló de la participación plena, de la revolución humanista, cristiana, libertaria y socialista, pero La Cobra no lo escuchó: iba al puerto por más cocaína y regresaba, insomne y borracho, en un vehículo de Pesca Perú. Disertaba el jefe del SINAMOS en un estrado donde se distinguía a numerosos dirigentes del MLR, sin prestar atención al Negro Chancaca que conseguía nuevos clientes en las filas de atrás. Almorzó el General no con quepis sino con una gorri-

ta del MLR y, sin ver a Soledad y Chabela que ojerosamente eran arreadas por La Cobra hacia la impaciente fila de fornidores que aguardaba en el pabellón, agitó los puños después del postre, gritando jatari, jatari, jatari. Al terminar la sesión vespertina, en tanto las prostitutas se tambaleaban rumbo al bungalow, el presidente de la Federación Dino Gherardi tomó el micrófono.

—Y ahora, hermanos pescadores, citamos a una reunión del MLR...

—¡Protesto! —explotó Ojeda trepando a una silla—. ¡Esto es un congreso de pescadores, no un congreso del MLR!

—¡Jatari, jatari, jatari! —aullaron los emelerristas, tratando de acallarlo.

—¡Este congreso lo pagamos los pescadores! —se oyó gritar a Ojeda—. ¡Que el MLR pague su propio congreso!

—¡Jatari, jatari!

—¡Los pescadores no podemos tolerar tanta cochinado! —continuó Ojeda—. ¡Esto no es un congreso, esto es una borrachera! ¿Dónde está Gil Peñaranda? ¿Gil Peñaranda está con unas putas en el bungalow que le pagamos los pescadores!

Se oyeron aplausos.

—¡No está programada la intervención del compañero de Tambo de Moral —se amargó Gherardi.

—¡Es una inmoralidad!

—¡Jatari, revolución! ¡jatari, revolución!

—Vámonos, loco —propuso Morante—. Nos van a matar.

*A todas las unidades: código 3,
emergencia*

SONREÍAN OSOS Y PERROS de peluche, tamboreaban monos de látón, chirriaban minúsculos tractores, querían los niños atrapar espadas de plástico, luminosas pistolas interplanetarias. Elizabeth Orellana, atractiva empleada de Sears y Roebuck del Perú, consoló a un niño que berreaba por la posesión de una jirafa. Eran las siete de la noche. El limeño almacén de Sears,

a doscientos metros de la Casa de Gobierno, estaría abierto hasta las ocho. A un mes de Navidad, el sótano colmado de juguetes atrajo al turista chileno Víctor Laborda, cuyo atuendo hippie armonizaba con la muchedumbre de panteras rosadas y perros anaranjados. Se distrajo Laborda observando las piernas de Elizabeth que salía del baño a ocupar su puesto de vendedora. La señora Magda Carranza de Rojas solicitaba precios, dudando si un triciclo o algo más barato. Mujer metódica, ella hacía sus compras navideñas con anticipación, eligiendo lo mejor y evitando las multitudes. En el momento que Armando Rojas se acercó a su esposa Magda y la besó en la mejilla, Sonia Castillo y su amiga Lupe se refugiaron riendo en la juguetería, perseguidas por unos muchachos que perdieron la pista. Eras las siete y cinco cuando el vendedor Bocanegra preguntó en qué podía servirles y ellas respondieron que no más miraban y se movieron hacia la sección libros donde Laborda, entretenido en una colección de estampillas, alzó la mirada y sonrió agradablemente sorprendido. Me duelen los pies, murmuró Elizabeth a Bocanegra antes de atender a un caballero interesado en juguetes educativos. No quería Germán Aliaga regalar a sus hijos violencias en miniatura. Bocanegra bostezó. Los altoparlantes difundían el vals "Estrellita del Sur". Pensó irse a tomar un café, pero Elizabeth no quería quedarse sola. Observó a dos muchachos que salían del baño y se apuraban escaleras arriba. Miró el reloj: las siete y nueve minutos. Llegaría a casa, tomaría un café, se acomodaría frente al televisor. Un minuto después el aire reventó en la cara de Bocanegra. Todo vuelto tiniebla y vuelto ruido, un golpe repercutió en su paladar. Quiso respirar, no pudo. Sus ojos quemaban, cubiertos de una arena que hervía. Un eco a trueno retumbaba en su cráneo. Supo su quijada fuera de lugar, sus huesos tironeados, toda la vida crujiendo, estallándolo de afuera para adentro, mierda, se acabó, así ha de ser la muerte. Palpó el mundo y se descubrió tumbado sobre infinitas víctimas de peluche. Entonces gimió una mujer y a través de sus propios ecos, los inacabables círculos que lo repetían dolorosamente, reconoció la voz de Elizabeth. Dios mío, gruñó, pero qué ha pasado. Se incorporó Laborda abanicando el espacio en busca de aire fresco pero un turbio vaho a demolición penetró a sus pulmones. Sentía correr sangre por sus piernas y se buscó la abertura con las manos, para otra

vez meterse en su propio cuerpo. Mis ojos, lloró Aliaga, mis ojos: no veo nada. Magda Carranza de Rojas se arrastró hacia la escalera donde brilló una lucecita.

—Por aquí, señora —llegaban los vendedores de la planta principal, armados con linternas de la sección ferretería. Iluminaron el sótano: la pared que dividía los baños de la juguetería, había sido arrancada de cuajo. Del deshecho planeta liliputiense se alzaban hombres y mujeres ensangrentados. Sólo las guirnaldas navideñas que colgaban del techo estaban intactas.

—No enciendan fósforos —vociferó un oficial de la Guardia Civil seguido por los integrantes de una patrulla—. Si hay heridos graves, no los muevan, ya viene una ambulancia. ¡Cabo, atienda a esa señora! —arrebató la linterna a un empleado, iluminó los baños hasta descubrir una gran huella negra, a quemazón—. ¿Había balones de gas? —preguntó y los empleados dijeron que no—. Entonces ha sido una bomba.

—Claro que ha sido bomba, seguramente hecha con dinamita —opinó ante el juez instructor un perito de la DSE—. La pusieron contra esa pared, más bien un tabique. La estructura del edificio no ha sufrido daños. La explosión hizo que se apagaran las luces. No, señor juez, no ha sido una bomba realmente potente. Claro, es impresionante. Ha causado tales estragos porque estamos en un sótano. ¿Plástico? —el perito sonrió—. No es plástico. Aquí el único que sabe fabricarlo es el Ejército.

En el tranquilo chifa de los suburbios, el principal de los chinos tomó personalmente el pedido.

—Sí, claro, unos camarones rellenos con almendras —convino el General Tantaleán—, el patito laqueado y, a ver, ¿quiénes quieren arroz chaufa? —el General Mercado alzó la mano, también dos de las señoras—. Y arroz blanco para los demás. Oye, y no te olvides del vino, bien heladito.

Afuera, la DSE no descansaba. Vigilaba a enemigos de carne y hueso, no sólo a fantasmas sembradores de explosivos que sobresaltaban el sueño de la ciudad. También protegía a los dirigentes de la Revolución. Los agentes comprobaron que los Generales Mercado, Tantaleán y Arbulú cenaban tranquilamente. Los chinos eran de confianza. Más bien hambrientos, los policías fumaron en la puerta. Estaban hechos

para acechar. Consumían la mayor parte de sus vidas esperando alguna cosa.

Opina Tantaleán que los enemigos se infiltran en las organizaciones populares, muerde el lechón, caramba, no se podía controlar, saborea el nabo encurtido, salud, salud, organizaciones con varios millones como la CNA o de cientos de miles de obreros como CONACI, sus palitos eligen un camarón que sumerge en salsa de limón, se van a voltear contra nosotros azuzadas por los infiltrados y entonces a ver qué hacíamos. Llega la gallina con frutas, caray, le había costado trabajo convencer al Presidente pero lo que se necesitaba era una vanguardia política, qué bueno está el pato, salud, salud, algo así como un brazo civil armado, muerde el camarón con taúsí, para eso ya teníamos el MLR, a ver un wantán y un chorrito de vino, faltaba sólo darle impulso político.

A las once y media, los Generales y sus esposas aparecieron en la puerta del chifa. La DSE tenía que adivinar sus movimientos porque rara vez las escoltas eran vistas con agrado. Quién se va a atrever, es una vaina que nos sigan, qué fastidio estar siempre vigilados. Los Generales se acomodaron en el automóvil de Gilberto Neumann, cuñado del Primer Ministro Mercado. En otro vehículo se reunieron las señoras. Y atrás, las escoltas. Al filo de la medianoche, las avenidas que conducen a Chacarilla del Estanque están desiertas. Todavía no terminado de habitar, el barrio es uno de casas nuevas, calles recién pavimentadas, un vecindario predilecto entre militares de alta graduación, cuyas casas se descubre por la habitual presencia de un patrullero de la Guardia Civil. En el asiento delantero, el General Mercado se volvía para conversar con Tantaleán y Arbulú, que es cuñado del Ministro de Pesquería. Se habían distanciado de los otros vehículos.

Medio minuto sobra para morir. Un Toyota irrumpió por la noche hasta ponerse al lado de los Generales. El primer fogonazo iluminó el lívido semblante del Ministro Tantaleán. Así, emboscado, el General se inclinó, protegiéndose de la pistola que disparaba furiosamente. Ni medio minuto. Ni quince segundos. Antes de que pudiera desenfundar su revólver, un chasquido le dislocó el brazo derecho. Había visto nada más que el resplandor de las balas rasando en su busca. Neumann empujó el auto hacia otra pista, frenó acezante. Con las luces apagadas, el Toyota agresor se evaporó por la avenida.

Sólo ahora se acercaron las escoltas de la DSE, saltaron los agentes con impacientes metralletas: apenas quedaban las víctimas del atentado. Mientras el indemne General Mercado calmaba a las señoras, el General Arbulú desprendió sus manos del rostro herido. Sintió su cabeza abierta por un balazo y las manos, sucias de sangre, parecieron anunciar una muerte. Mercado ordenó que rápido, al Hospital Militar. Un estado de alarma se propagó por la ciudad, hasta los cuarteles y, alertados por radio, los patrulleros empezaron a cazar todos los Toyotas que circulaban esa madrugada de lunes.

A las seis y media de la mañana, el Presidente Velasco salió del ascensor en el cuarto piso del Hospital Militar. Allí había sobrevivido al aneurisma, detrás de aquella puerta le cortaron la pierna, dos habitaciones más lejos había despertado a otra vez ser Presidente. Todos vestían batas verdes, esterilizadas, menos el Jefe de la Revolución. Con el brazo derecho suspendido de un cabestrillo, boca arriba en una cama con baranda, sonrió el Ministro. Velasco se inclinó hasta quedar encima de esos ojos verdes en cuyas profundidades deletreó el miedo.

—Cómo estás, viejo, ¿qué pasó? —habló con voz ronca el Presidente.

—No lo sé, Juan. Fue todo muy rápido.

En la puerta de la casa de sus suegros en Miraflores, Ricardo Letts, el robusto asesor de la CCP y dirigente de Vanguardia Revolucionaria, miró el mar tan azul, calculó la hora.

—María Luisa, apúrate —dijo bajando un peldaño. Un peli-gro se corporizó a su espalda. Conocía. Muchas veces perseguido, Letts lo sentía como un aliento. Empezando a moverse, descubrió por el filo de la mirada a un Volkswagen que arrancaba en su búsqueda. De dos saltos se introdujo en su propio automóvil. Cuando aceleró, comenzaron a disparar. Desde el jardincito, María Luisa observó el rabioso zigzagear de su esposo que al cabo se sacudió de los agresores y huyó hacia concurridas avenidas.

En el Depósito Central de EPSA, en la industriosa avenida Argentina, el obrero Cipriano Vidal dio la alarma: medio millón de sacos de yute y polietileno ardían súbitamente a las cinco de la tarde. No lejos de las llamaradas que subían veinticinco metros, los tanques de aceite comestible amenazaban estallar. El incendio también acechaba los grandes alma-

cenes de tubérculos y arroz. Siete compañías de bomberos se congregaron a lanzar chorros de agua en la sección sacos vacíos.

En el Almacén 11 del Terminal Marítimo una explosión sacudió los cerros de fardos de algodón. A las tres de la mañana, el fuego creció incontenible mientras las sirenas de los muelles aullaban a catástrofe. Una muchedumbre se aproximó a la escollera, a contemplar el reflejo del incendio en las aceitosas aguas del puerto. Cruzaban los bomberos la ciudad, llegaban de los barrios más apartados mientras uno tras otro, quince mil fardos llameaban calentando el aire hasta volverlo insoportable.

Una bomba explotó en la avenida Salaverry, a cien metros del Ministerio de Marina. Se quemó un mercado en Piura. Dos bombas sacudieron la Pera del Amor. Dispararon contra la Embajada de Cuba. Un cartucho de dinamita deshizo una caseta telefónica en San Isidro. Una bomba despertó a los vecinos de la Urbanización Santa Catalina. Dos petardos sacudieron el óvalo de Miraflores a la hora del tráfico grueso. Siguieron los incendios en los mercados. Atentaron contra la Embajada de la Unión Soviética. Las bombas nocturnas se acercaron al centro de Lima. Telefoneaban a anunciar atentados a las compañías de aviación, a las oficinas públicas, a los cinemas, a los supermercados. La DSE descubrió una monumental bomba de dinamita en un edificio céntrico.

En el Parque Domodossola no había un alma a pesar de que eran las once y media de la mañana. El corpulento Guido Lombardi estacionó su auto, respiró a pulmón pleno el aire marino, recogió su cámara fotográfica y caminó por la vereda hacia uno de los senderos de grava que llevan al filo de los acantilados. Entró Miraflores y el mar, desde el parque podía verse las playas colmadas de gente diminuta, la intensa reverberación del sol en la gran bahía. Hasta allí subía, remota, la música de lejanos altoparlantes municipales. Casi abogado, a los 25 años de edad Lombardi trabajaba como periodista de asuntos laborales en el diario "Correo".

—¡Lombardi... Lombardi! —escuchó a sus espaldas. Lo llamaban desde un Volkswagen azul con tres ocupantes. Se acercó, inclinándose para reconocer hasta apoyarse en el vehículo. Entonces asomó una pistola Herstal. Vio la vecindad del cañón apuntando a su pecho, le galopó el corazón. No, no,

dijo, enderezándose rápidamente. Lo sacudió el balazo, debajo de la clavícula izquierda. El Volkswagen arrancó con un chirrido. Caía Lombardi mientras se le encharcaba el dolor y se nublaban sus ojos jóvenes. Se chorreó en la calzada. Nadie vio, nadie se acercó a prestar auxilio. Sus ojos volvieron a ver: la cercana iglesia de la Virgen de Fátima, el parque silencioso, un casquillo que brillaba sobre el cemento. Se esforzó por recogerlo y conteniéndose la vida con las manos, se tambaleó hasta el automóvil. Recordó que por allí vivía un antiguo maestro suyo y, casi desvaneciéndose, condujo a través de una transitada avenida. La sangre crecía en su camisa cuando bajó a tocar el timbre. El maestro estaba en casa.

En los altos de una comfortable casa en la cuadra quince de la avenida Pezet, el Vicealmirante Guillermo Faura fue despertado por su esposa a un cuarto para las tres de la mañana. Dentro de ocho horas, cuando sustituya al negro Arce como Ministro de Marina y haya recibido la adhesión de la Escuadra, a ese barrio de San Isidro llegará la protección de la Guardia Civil. Pero el marino Faura no es todavía el Ministro Faura así que esta noche nadie velaba en las veredas. Creo que hay ladrones, murmuró la esposa del vicealmirante. Faura encendió las luces, empuñó un revólver y en pantuflas avanzó hacia la puerta. Una bomba de alto poder estalló contra la columna principal de la fachada y crujió la residencia, empujada arriba y atrás. El ventarrón arrasó los bajos, arrastró vidrios, cortinas, despellejó confortables, trituroó mesas y sillas. Una lluvia de astillas de vidrio se clavó en los muebles de las casas vecinas. Se desplomaron los cristales de un edificio de apartamentos, de una iglesia cercana, de la clínica parroquial, de las oficinas de la UNICEF. Un hombre de 81 años fue despedido de su cama y lo recogieron del suelo, sollozando. En la bodega Chang el remezón derribó botellas y latas de conservas. El bombazo descuajó puertas y ventanas, retorció los marcos, devastó jardines. Cuando el vicealmirante salió a la calle, todavía en pantuflas, todavía armado de la pistola, una nube de polvo oloroso a cordita se espesaba sobre la monumental confusión de vidrios rotos y lamentaciones.

—EDUARDO, ¿ESTAS SEGURO que va a venir? —se escuchó la voz gruesa de Raúl Vargas, subdirector de “La Prensa”.

—Sí, hombre. Me dijo que de todas maneras venía —repliqué el dueño de casa.

—Es que ya son las once y nos citaron a las nueve —se amotinó Mirko Lauer—. ¿Qué le pasa a este tipo? ¿quiere hacerse el interesante?

El arquitecto Eduardo Ordóñez consultó su reloj, mitad acariciándose la barba gris, mitad sacudiendo la cabeza pidió tranquilidad con un ademán. Más bien peleador, practicaba una religión útil en política: la estadística o, mejor, la información. Se movía dejando tras de sí una huella de datos que sólo él parecía manejar. Sobre Ordóñez pesaba la responsabilidad de informar a “La Crónica” de cuanto el Gobierno le ocultaba a su propio periódico. Más vacío que lleno, más moderno que antiguo, más confortable que elegante, empaquetado en color naranja o pintado de blanco, en el apartamento se habían congregado seis periodistas desde la hora de cenar. La reunión, un tanto solemne y nocturna, degeneraba a ratos en violentas discusiones. Si no hubiese tenido un propósito político; la lista de invitados debería haber sido otra: Rafael Roncagliolo, jefe editorial de “Expreso”, y Mirko Lauer habían sido rivales políticos en la Universidad; Abelardo Oquendo no conocía a José María Salcedo, jefe de la página laboral de “La Prensa”; Raúl Vargas no conocía a Ordóñez y hacía varios años que no le dirigía la palabra a Mirko Lauer. Ahora conversaban como si recién los hubieran presentado. Un hombre amargo a la vez que tierno: así es Vargas. Se le ha empozado no se sabe qué, si escepticismo o una gran cólera en la vida. Y esa amargura se le derrama a veces, como si adentro le hirviera la infancia. Puede ser un discurseador de plaza universitaria, cuando se lo propone. O un pausado profesor a pesar de su juventud: no ha cumplido 33 años. Pero esta noche, Vargas ha decidido no enfadarse. Posiblemente allí prefirió a Oquendo y, como él, se repliega, hundiéndose en el sofá con una copa de vodka en la diestra, un cigarrillo en la otra mano mientras recuerda.

Todas las tardes, quince minutos antes de las cinco, el conserje de la dirección cruzaba el vestíbulo superior de "El Comercio" hasta una alacena vecina a la sala de redacción. Casi en secreto, el servidor uniformado de azul preparaba el té con tostadas para don Luis. Puntualmente a las cinco acomodaba el servicio de plata, se ponía guantes blancos, volvía a cruzar la planta alta hacia la oficina del señor director. El joven Raúl Vargas asomaba a contemplar tan solemne ritual, regresaba a su covacha a aplastar la colilla en un cenicero de latón. En 1960 había entrado por primera vez en "El Comercio", armado de una tarjeta de recomendación y de la necesidad de ganarse la vida. Lo recibió don Alejandro. ¿Qué experiencia tiene? Ninguna, respondió Vargas, soy estudiante universitario. Miró Quesada lo aceptó: trabajará usted en la central de radio. "El Comercio" había inaugurado un servicio de unidades móviles que recorrían la ciudad recolectando principalmente noticias policiales, que transmitían por radio al periódico. En una pequeña habitación junto a la biblioteca de "El Comercio", Vargas recibía los despachos y los llevaba al jefe de informaciones. En verano, la oficina hervía. La tenaz crepitación, los chirridos del receptor no incomodaban sus orejas. La verdad, era un alivio conversar con periodistas invisibles que daban cuenta de las más variadas catástrofes urbanas. Aquí va una de suicidas, se animaba la voz del Sordo Zevallos. Tengo una banda de escaperos y tres amagos de incendio, informaba Gilberto Escudero. Venga, replicaba Vargas, disponiéndose a teclear. Porque "El Comercio" era un lugar más bien apagado cuando no mudo. Se hablaba con voces que no hirieran la majestad de los mármoles o la minuciosa urbanidad de la Familia. Cualquier disonancia, cualquier gesto vulgar se castigaba con la expulsión del paraíso. El estilo no era del todo nuevo para el aprendiz. Se había criado con sus abuelos, a falta de padres viajados o muertos, él no sabía. El abuelo Pedro Llosa y la abuela Carmen Ureta, patricios arequipeños, vaya, más bien pobres pero rectos, llenos de cortesía y de verdad, eran parientes del ex-Presidente Bustamante y Rivero. La persecución del General Odría los alcanzó. No pasó Pedro Llosa días de cárcel, pero sí conoció años de desempleo, de puertas cerradas. Tuvo que dedicarse al comercio de todo, más o menos auxiliado por sus parientes. También fue agricultor sin fortuna en Arequipa y alrededores. Más o me-

nos la corporificación de un pecado mortal que no era bien visto, Vargas se arrimaba a los abuelos sin sentirse verdaderamente de la familia, avejentándose de tanto compartir su infancia con ancianos. Solo Mamaé, vetusta tía, lo engreía y él, casi vengándose de su soledad, la hacía subir, bajar escaleras, comprar golosinas, apurarse hasta que sufría septuagenarias taquicardias, sólo para después comprender su maldad, temer que la viejita muriera a consecuencia de caprichos infantiles. Se movían los Lloşa dentro de un vaho irreal, entre grandezas disminuidas e hijos que nadie asumía verdaderamente, que nada más mantenían en una suerte de limbo, de un disimulo. El aprendiz que cada tarde sale a contemplar el ritual del té de don Luis, no es ajeno a esa liturgia, y tampoco uno de sus oficiantes. Otros rituales comprometían la atención del joven periodista. Cada mañana a las once aparece en el pasillo un anciano redactor de la columna "Hace un Siglo", que reproduce noticias del "El Comercio"; penetra a la vecina biblioteca, recinto casi sagrado, y extrae un libraco con centenarios ejemplares del diario que transporta a la sala de redacción como si fuese el santoral. Otro rito consiste en atisbar a las apetitosas hijas de don Aurelio cuando llegan al caer la tarde, a recoger a su papá. Y otro, amargo, se repite cada quincena, a la hora de cobrar forzosos adelantos de sueldo, porque la Familia, para evitarse cargas sociales, paga un salario oficial y otro por recibo que es preciso suplicar a un cajero gruñón que se complace en negarlo, ya ha pedido usted demasiado, no se puede, y abría, cerraba la caja fuerte, tardaba en rendir mugrientos billetes, firme aquí, qué barbaridad, los periodistas eran voraces, se hubiesen comido "El Comercio" si él no lo impedía. La importancia de los periodistas se medía por la cantidad de veces que eran recibidos por la Familia. Los mismos Miró Quesadas tenían marcadas jerarquías. Frecuentar a Alejandro estaba bien. Pero más codiciada era la intimidad de don Aurelio. En la cúspide estaban los admitidos al despacho de don Luis. A Raúl Vargas nunca lo llamó el anciano director a obsequiarle los dos tomos de sus obras completas, que don Luis regalaba sólo a quienes ascendían en su confianza, para que se formaran en el espíritu de la casa. En aquellos tiempos, el periodista que manejaba el diario con el apoyo de don Luis era Augusto Zimmermann, un arequipeño alto, que desde la jefatura de redacción condujo la lucha

del diario contra la International Petroleum Company. A Zimmermann, ahora y desde 1969 secretario de prensa del Presidente Velasco, aguardaban los periodistas. A las once y veinte se escuchó el timbre.

Vestía una larga chaqueta de cuero negro y daba la impresión de venir de otra reunión, siempre más urgente. Había sido flaco toda la vida, pero empezaba a engordar. Tostado por el sol, seguro de sí mismo, estrechó todas las manos, aceptó un whisky, se sentó cruzando las piernas. A Zimmermann lo perseguía un halo de rapidez, de confidencias, una atmósfera de conspiración inevitablemente adquirida en seis años de moverse en la penumbra de la Casa de Gobierno. Tutteaba a los generales, cenaba con ellos, Velasco se chanceaba con él, mantenían un trato familiar, de antiguos amigos. A excepción de Roncagliolo, esta noche aquí nadie lo conocía bien. Zimmermann no los visitaba para datearse, ni para discutir problemas de línea o teorizar, sino para transmitir ideas e influir en un sector de la prensa socializada.

—Bien, señores, no sé si ustedes ya conocen la existencia de un grupo militar al que se conoce, en medios castrenses, como La Misión —dijo Zimmermann con su voz de barítono fumador. Desde la indudable importancia de sus conocimientos sobre las intimidaciones de la Revolución, leyó la ignorancia en todos los rostros y continuó—: Hay varias maneras de ver la Revolución. Desde luego, la unidad monolítica en la Fuerza Armada, de la que tanto se habla oficialmente, no existe. La Misión se propone una evidente desviación revolucionaria. Es un grupo políticamente poderoso, no por su respaldo en la Fuerza Armada, sino porque controla el comité político del Consejo de Ministros. Debo decirles que el Presidente Velasco no apoya a La Misión, pero ellos actúan coordinadamente desde sectores muy importantes. La Misión está aparentemente jefaturada por el General Tantaleán y la integran los Generales Richter, Sala, Segura, Zavaleta y el Contralmirante Jiménez de Lucio. La Misión, por ejemplo, ha manejado la expropiación de los diarios en julio pasado, lo cual explica la designación de ciertos directores claramente reaccionarios —Zimmermann pausó, recorriendo esas ocho miradas en las que crecía la preocupación—. La Misión controla, a través de Segura, todo el sistema de comunicaciones, la televisión a nivel nacional y también maneja varios cientos de millones de soles

en publicidad estatal, lo cual le asegura la obsecuencia de muchos pequeños órganos de opinión. La Misión también controla todos los proyectos de participación popular a través del SINAMOS. La Misión influye por medio de Jiménez de Lucio en el vasto sector de las comunidades industriales. La Misión dispone de autoridades políticas en todo el país y del aparato que mantiene el Ministerio del Interior para recoger información y vigilar a sus enemigos. Y, en el sector pesquero, La Misión promueve la formación de un partido político neo-fascista que se llama Movimiento Laboral Revolucionario. ¿Qué reúne a esos generales en La Misión? Yo creo que el temor a un pueblo organizado que desautorice la manipulación que en estos seis años se ha hecho evidente. Se manipula a CONACI, a la CTRP, ustedes lo saben bien. Desde luego, también los reúne la ambición política. Tantaleán está jugando claramente a ser el próximo Presidente del Perú. Yo quiero insistir en que la posición de este grupo es distinta a la del General Velasco. He estado a su lado seis años y puedo asegurar que el Presidente es rotundamente contrario a las prácticas que caracterizan a La Misión. El equipo del General Velasco es básicamente el de aquellos coroneles que lo acompañaron durante el golpe y en la elaboración del Plan Inca, además de otros militares progresistas. Y yo pienso que así como hay un grupo militar que intenta empujar a la Revolución fuera de sus cauces, debe existir también una coordinación de civiles revolucionarios que se les oponga.

Un silencio se espesó mientras Zimmermann encendía un cigarrillo. Si les hubiese comunicado que el Presidente iba a morir pasado mañana, aquellas palabras no habrían causado más preocupación. Les titubeaba la fe en el proceso, se les aflojaba la voluntad de luchar. Pero también de pronto, muchas experiencias en distintos diarios adquirirían sentido. No es que los generales no se diesen cuenta de la manipulación, como pretendían. Es que estaban de acuerdo con ella o la practicaban.

—Hay dos puntos que no me parecen claros —desafinó Vargas—. En primer término, si los generales de La Misión no tienen el apoyo del Presidente Velasco, si tampoco cuentan con el respaldo de la Fuerza Armada y si obviamente carecen de la simpatía de los sectores populares que sufren la manipulación... ¿qué misteriosa fuerza los sostiene para que se

atreven a gobernar dentro del Gobierno? ¿Por qué, si el Presidente no está de acuerdo con ellos y si nadie se los impone, por qué simplemente no los cambia? Y en segundo término, no veo la razón por la cual nosotros tengamos que salir a pelear contra una argolla tan poderosa. Somos nada más que civiles, nombrados por el propio Gobierno y, según me acabo de enterar, designados a dedo nada menos que por La Misión, es decir, por los fascistas del proceso, lo cual, además, me sitúa en una posición francamente desfavorable porque yo no soy fascista. No gobernamos tanques, no sabemos seguramente manejar una pistola, no tenemos un partido político, estamos por añadidura deplorablemente informados, es decir, somos un puñado de miserables. ¿Dónde están, pregunto yo, los militares progresistas y por qué no resuelven ellos mismos sus diferencias con La Misión? ¿Y dónde está la claridad dirimente del Jefe de la Revolución?

Como en un partido de tenis, todas las miradas viajaron hacia la otra mitad del salón. Zimmermann sonrió, sorbió un poco de whisky. Ordóñez se mordía las uñas. Lauer mascaba un trocito de papel. Salcedo se apoyaba en las dos manos. Roncagliolo expresaba casi un dolor. Oquendo miraba sin que se le moviese un músculo.

—Es que tendríamos que revisar un poco la historia de la Revolución —habló Zimmermann—. La Revolución la iniciaron unos cuantos militares, no la Fuerza Armada. Ya he dicho que la unidad monolítica no existe, ni siquiera dentro del Ejército. Y es cierto: la Fuerza Armada no apoya a La Misión. Pero tampoco debemos olvidar el acentuado anticomunismo militar, sólo comparable a su antiaprimismo. A los generales progresistas se les ha tildado de comunistas. Es una situación absurda, si lo quieren, pero que los obliga a una gran cautela. Ellos, además, están en cargos castrenses. Han quedado un poco de lado en las decisiones políticas. Ahora, no olvidemos que La Misión actúa apoyándose en un bien coordinado grupo de civiles. Cuando yo planteo la necesidad de coordinar acciones contra La Misión, no estoy sugiriendo una guerra civil, que es lo que se trata de evitar, sino una lucha política en la que representemos la lealtad a los principios revolucionarios socialistas y lealtad a los generales progresistas. Si hubiera que usar los tanques, Raúl, no te pediríamos auxilio porque los tanques los tienen precisamente los gene-

rales progresistas. Yo les traigo información de buena fuente. No puedo revelarla, pero estén seguros que no hay exageración en mis palabras. Pienso que deben ustedes constatar por su cuenta, si lo desean, e intercambiar información. Y debemos seguir reuniéndonos.

—Me parece injusto —insistió Vargas—. A los generales progresistas les preocupa que digan por ahí que son comunistas cuando no lo son. Entonces nosotros tenemos que actuar políticamente en vez de ellos, para que nos acusen a nosotros de ser los comunistas.

—Pero viejo, no lo veas así —Zimmermann no perdía la paciencia—. Míralo de otra forma: la Revolución vale la pena y hay que salvarla, es preciso impedir que prospere La Misión desviando el proceso. Somos o no somos revolucionarios. Si somos revolucionarios, tenemos que actuar.

—¿Qué vínculos se supone que existen entre La Misión, el APRA y la reacción? —indagó Lauer.

—Hay una evidente comunión de intereses —Zimmermann encendió otro cigarrillo—. El común denominador es el anticomunismo, que es una posición reiteradamente condenada por el Presidente Velasco. Una cosa es no ser comunista y otra es ser anticomunista. Pero además, ¿quiénes son los comunistas? Comunistas somos todos los que no estamos de acuerdo con la manipulación de las bases, entiéndanme bien: contra la manipulación, no contra la orientación revolucionaria. Claro que hay vínculos. Yo creo que Tantaleán pactaría con el APRA sin titubear, si eso le permitiera ganar un respaldo de masas para asegurarse la sucesión presidencial.

—Ya mismo aflora el macartismo —admitió Salcedo—. A “La Prensa” la presionan para que no difunda noticias vinculadas a la verdadera CONACI. Hay represión contra muchos dirigentes sindicales.

—La culpa de esta situación yo creo que la tienen Carlos Delgado y quienes lo secundan en su teoría del no-partido —opinó Roncagliolo—. En seis años de Revolución ya debiera existir una organización política que vertebrara la participación de las bases populares, lejos de toda posibilidad de manipulación burocrática.

—Yo estoy de acuerdo en que establezcamos una coordinación a nivel de nuestros periódicos —dijo Lauer—, para in-

tercambiar información y protegernos, porque nosotros también somos, somos...

—Manipulables —ayudó Vargas.

—... exacto, manipulables, sobre todo en el caso de "La Crónica". Por ahora hay tres diarios presentes. Opino que se debería tender puentes hacia "Correo" y, al mismo tiempo, alentar algunas reuniones con los militares progresistas, porque si nosotros vamos a comprometernos con ellos, es preciso que ellos también reconozcan un razonable compromiso con nosotros, ¿verdad?

—La ley del embudo —razonó Vargas—. La única ley inmovible en política.

Acordaron reunirse una semana después y se despidieron a la una de la mañana. En las arboladas inmediaciones de "La Bombonnière", Oquendo se acordó de la tarde en que comenzó la aventura. El barrio dormía, de rato en rato pasaban luces veloces por la cercana avenida Salaverry, a un paso del Ministerio de Marina.

—Abelardo, ¿piensas igual que yo? —dijo Vargas.

—¿Qué cosa?

—Que estamos jodidos.

—Sí, pues —buscó las llaves de su automóvil y repitió—: sí, pues. En este pleito de generales, en el que sólo son visibles los supuestos enemigos mientras que los aliados no aparecen nunca, yo creo que tenemos todas las de perder. Pronto van a decir que somos unos infiltrados, a atribuirnos toda clase de protervas intenciones. Y de otro lado estamos defraudando a los sectores populares que ignoran nuestras dificultades para informar y opinar. Mientras tanto, esto no lo entiende nadie.

—Trabajamos para La Misión —se oscureció Lauer con una sonrisa avinagrada.

—¿Por qué?

—¿No dice Zimmermann que Segura está con La Misión?

—Ah... pero felizmente no ha logrado hacernos pasar por el aro —Oquendo meneó la cabeza con disgusto—. Claro, y encima el jefe del Sistema puede ser un fascista. Y todo, para qué. No aprecian la crítica inteligente, no desean la participación, tenemos que informarnos casi clandestinamente...

—Los teléfonos están intervenidos —añadió Lauer.

—... sí, pues. Un verdadero embrollo.

—No te aflijas, Lauer —ahora Vargas estaba de buen humor—. Cuando Segura te arroje con su espada llameante del paraíso de “La Crónica”, te recogeremos en “La Prensa”. Podemos hacer un estupendo suplemento dominical porque el actual es una porquería.

—Siempre y cuando nada más te arrojen de “La Crónica” —observó Ordóñez que se sumó al grupo en la vereda.

—¿Por qué? —Lauer mordía un fósforo—. Veamos: ¿qué es lo peor que nos puede pasar?

—¡Las cadenas! —casi declamó Vargas—. ¡La prisión, las galeras, las torturas, la grito infamante de los plumíferos al servicio de Tantaleán! —los observó carcajear—. No se rían, cojudos. Es algo que pasa todos los días. Claro, ustedes trabajan en un diario amordazado y no se enteran de nada. Tampoco le ha sucedido a ninguno de nosotros o a los amigos. Pero ya empiezan, ya. Primero los insultos en algún diario socializado, después las acusaciones, las calumnias, eso que tan acertadamente Moncloa llama la lluvia de caca esparcida por un ventilador, y, en fin, mi querido Lauer, te meten preso o te botan del país. En ambos casos estás jodido. En la prisión, porque no puedes salir y la comida es una mierda. Y en el exilio porque nadie ofrece un trabajo y también te mueres de hambre.

*Apunte confidencial:
Libreta 1, página 40*

EL ZAMBO BRACAMONTE conducía en silencio, malhumorado por el pesado tráfico nocturno en la avenida Circunvalación. El director había chisporroteado de cólera todo ese día, ahora fumaba un cigarrillo mentolado, distraído en el horizonte de luces. Dice que por aquí, por allá, sin explicar del todo adónde iban.

—Cuidado, hay un camión sin luces. Carajo, zambo, hay que ponerse anteojos —se tensó Thorndike. Volvió a desmadejarse una vez que sobrepasaron a una lenta carcocha que viajaba a

oscuras. La alternativa, acaso, es matar primero. Y dormir sin dormir, verdaderamente. Y siempre mirar atrás, apartarse de las ventanas abiertas, desconfiar de los paquetes, alejarse de la luz si afuera cayó la noche. La alternativa, acaso, era vivir con el dedo en un gatillo, conversar en clave, y así, al filo de la hora más temida, siempre de víspera, siempre de acecho, simular que todo está muy bien, reír lo mismo que antes. Habrá que matar para morir después, estirando la vida hasta que ella no resista, hasta que sea inevitable irse de a pocos o de una buena vez, y se dice ahora, mientras avanzan por los pobres suburbios de Lima a las diez de la noche, que no quiere ver más en otros el reflejo de lo que será su muerte. No la vida sino el revés de morir: esto es la diaria emboscada, la vigilancia que persigue sin pausa, las orejas numerosas que recogen cada palabra, todas las dudas. Y él, todavía sin hijos, todavía colmado de proyectos, a la mitad de todo se sentía a la vez acabado y nuevo. Alza el teléfono y presiente la invisible actividad de las grabadoras. Por eso hablaban siempre como si fuesen al menos tres en la línea, utilizando claves espontáneas y cambiantes. Sabía que el teléfono directo y también su casa, los números habituales estaban intervenidos. El secretario de redacción, un japonés untuoso, trabajaba para el Ministerio del Interior. Los choferes también pertenecían al aparato represivo. Y muchos conserjes. Estaban allí para escudriñarlo y juzgarlo. También dos o tres periodistas informaban a la PIP y otros coordinaban directamente con los oficiales de inteligencia del SINADI. La contabilidad de "La Crónica", que sigue en quiebra desde la época de los Prado, es fotografiada y enviada a alimentar críticas estatales contra sus actuales conductores. Hasta Bracamonte, que es su guardaespaldas y chofer, pertenece realmente a algún servicio de inteligencia, tal vez al DIMIN. La verdad, tiene instrucción superior. Y es primo del comandante Estrada, el que organizó la CTRP. Thorndike confiaba en él porque le parecía un tipo honesto y si alguien tenía que informar de sus movimientos, sus amistades políticas y sus costumbres, mejor que fuese Bracamonte y no cualquier otro. Pero igual elegía cada palabra si telefoneaba al Poder o a sus amigos. En "La Crónica", para conferenciar en paz, salían a pasear por el baldío o a la ruidosa avenida Grau. En los restaurantes callaban si se acercaba el camarero. En las calles vigilaban si algún automóvil los se-

guía. Del Jirón Andahuaylas a la rotativa hay que atravesar nada más que una puerta siempre abierta, controlada por un viejo y poco aguerrido portero. Desde la vereda es posible hacer blanco en las bobinas de papel con una botella de gasolina. Las precarias oficinas de la dirección, editorial y La Tercera, están de espaldas al baldío, unos diez mil metros de escombros donde habita un circo chileno que se arruinó la última temporada hasta quedar sin carpa y donde también se amontonan autobuses convertidos en chatarra en los que duermen maleantes y locos harapientos, ulcerados de caracha. Allí, cerca de las paredes de madera y de los techos de calamina que el verano calcina, acababan de sorprender a unos niños jugando con cartuchos de dinamita. Los creían cohetones navideños. Se los regaló un señor para que asusten a los periodistas. Thorndike revisó la imprenta sin extinguidores, la calle sin luz, los techos sin escaleras, las ventanas sin rejas, el botiquín sin medicamentos, dijo que cualquier rato los jodían—. Entra por esta calle y luego a la derecha, hasta el parque —arrojó la colilla por la ventana y bajó en un parquecito sembrado de sauces.

—¿Lo acompaño, don Guillermo?

—Mejor espera, César. No tardaré mucho —cruzó hasta el otro extremo de los jardines, dudó entre dos casas gemelas, eligió la derecha y tocó el timbre. La ventana estaba a oscuras, apenas alcanzada por la reverberación de un televisor. Un hombre corpulento empujó los tules y miró hasta reconocerlo. Abrió los brazos en gesto de bienvenida y, tras varias vueltas de llave y movimientos de cerrojo, franqueó la entrada.

—¡Caray, don Guillermo, qué gusto verlo! —se abrazaron—. ¡No sabe cuánto me alegro!

—Yo también, don Pepe.

—Pase, pase. No, aquí no. Hay demasiada ventana. Venga-se a mi cuarto, don Guillermo —empujó puertas hasta hacerlo pasar a una habitación con un escritorio, un sofá y varias sillas. De una pared colgaba una docena de antiguos winchesters. Al frente relucían puñales y bayonetas—. Asiento, mi querido amigo.

—Gracias, don Pepe. ¿Imagina usted a lo que vengo? —encendió otro cigarrillo y el dueño de casa le acercó un cenicero hecho con una auténtica calavera.

—A ver, déjeme adivinar —dijo y rompió a reír, palmeotean-

do. Estaba en pijama y pantuflas—. Don Guillermo, ya lo sabe: tratándose de usted... ¿Algo especial?

—Yo diría que sí —algo para no ser asesinado ni incendiado o vuelto pedazos al encender el automóvil.

—¿Para uso personal?

—Mire, don Pepe, personal y de lo otro. “La Crónica” es una invitación al saqueo. No hay otra manera de defenderla que metiendo bala. No se puede cerrar la puerta porque ni siquiera tiene puerta.

—Comprendo, comprendo. ¿Y usted también necesita?

—Yo y algunos colaboradores.

—Caray, ¿y por qué no le pide armamento al Gobierno? Después de todo, es el diario de la Revolución.

—¡El Gobierno! —Thorndike resopló.

—Bueno, aquí está don Pepe, su amigo y servidor de toda la vida.

—¿Qué se puede comprar?

—Está todo, uf, muy controlado. Desde luego, serán armas registradas.

—Desde luego.

—Pagadas al contado.

—En billetes, si a usted no le gustan los cheques.

—Y la mitad por adelantado.

—Mañana mismo tiene usted su dinero.

—¿Y usted tiene gente que sepa manejar armas?

—Hay varios licenciados —resumió Thorndike—. Mejor que sean armas sencillas.

—Fíjese usted, don Guillermo, los revólveres están carísimos. Dicen que son artículos de lujo, ¿qué barbaridad, no? Yo le recomiendo unas pistolas “Star” de nueve milímetros. Le puedo vender doce a ocho mil cada una. El calibre es bueno y son ligeritas. Usted conoce, una gran pistola. Y para usted, don Guillermo, yo diría que una parabellum.

—¿Herstal?

—No, no. Le voy a mostrar —abrió el escritorio y sacó una pistola de gran tamaño—. Fíjese usted qué belleza. Esta es para mi uso personal. Una “Star”... ah, el mejor acero de España. Y viene con un cargador para 16 cartuchos y con otro para 32. Tratándose de usted, le puedo conseguir cargadores extras. Y además se le puede adosar una culata. Con esto, us-

ted dispara por aquí, tatatá, dispara por allá, tatá, cambia, su cargador, uf, un arma preciosa.

—Mire, don Pepe, ésta la pago yo. ¿Cuánto?

—Se la dejo en quince mil. Oiga, don Guillermo, ¿no querrá algo más grueso?

—Había pensado pedirle una carabina, una Hialeah.

—¡Tengo, claro que tengo! Hay una M-1 que está nuevita. Yo le consigo unas balas rellenas de plomo. Adonde cae esa bala, plaf, explota, lo destroza todito. Creáme, una maravilla. Ahora, con un poco de tiempo, podemos conseguir un FAL, eso sería estupendo porque la bala es así —estiró los dedos calculando el tamaño—. ¡Eso sí es bala! No importa dónde lo agarre, hay que ver el boquete que le hace. Le entra por acá —se señaló el estómago— y le sale todo por la espalda. ¡Fabuloso! Pero, por ahora, está bien la M-1. ¿No le interesaría también una M-2? Cortita, potente, capaz de meter unas ráfagas, que bueno, en fin, yo le recomiendo una M-2 para llevarla en el auto. Claro, demora conseguirla y además están prohibidas, usted conoce la ley: nada de ametralladoras en manos particulares, pero “La Crónica” no es un particular, ¿verdad? Es el diario del Gobierno. Además todo el mundo tiene ametralladoras. Los apristas, tienen. Los comunistas, tienen. A “La Crónica” no se le puede negar. Ah, y tengo un amigo que es policía y nos podría vender unas cuantas bombas diarreicas. Son excelentes. Viene una multitud de revoltosos y usted, paf, tira una y todo el que huele empieza a cagarse. Así que déjeme apuntar el pedido: doce pistolas, la parabellum y la M-1, por ahora. Y bastante munición. Como siempre, don Guillermo, a sus órdenes. El servicio está garantizado.

Archivo, File 4 (confidencial)

—YO SE LO ADVERTÍ pero usted insiste en no hacerme caso —el General Segura parpadeaba detrás de sus anteojos levemente ahumados. Eran las seis de la tarde y el despacho estaba brillantemente iluminado con luz neón—. La verdad que yo no lo entiendo: se deja influenciar por los enemigos de la Revo-

lución, eso es lo malo, nos ha resultado usted una persona influenciable y yo no le hablo por hablar, caracho, si yo lo aconsejo con tanta franqueza, con tanta simpatía, usted debería decir: —Caray, el General Segura debe tener sus razones porque no es un tonto, si el Presidente Velasco lo ha puesto en el SINADI, por algo será, caray, no tiene por qué aconsejarme mal y yo nunca le he dado un mal consejo, señor Thorndike, ya usted se dará cuenta, solito, lo va a descubrir y ojalá que no sea tarde. ¿Un tecito? Bueno, nosotros no hemos empezado esta Revolución para dividir el país en buenos y malos peruanos o para decir: ustedes sí pueden ayudar y ustedes se van porque son malos. Esto no es una película de cowboys, señor Thorndike, es un proceso revolucionario que nosotros alentamos y defendemos porque somos la vanguardia y como ha dicho el señor Presidente: son bienvenidos todos los que quieran empujar el carro de la Revolución, pero nuestra... —se golpeó el pecho— ...nuestra Revolución, porque los comunistas quisieran llevársela ya usted sabe adónde y eso no lo vamos a permitir, tendría que correr sangre de peruanos y eso no sería humanismo pues señor Thorndike, el humanismo no sólo se predica con editoriales muy bonitos, muy bien escritos, no señor: el humanismo se practica, es una conducta revolucionaria tal como nosotros lo entendemos y como debe ser, señor Thorndike, quienes no están de acuerdo con la Revolución y no quieren empujarla, no están obligados a continuar con nosotros, pueden irse en cualquier momento, aquí nadie los va a retener y eso no deben olvidarlo ustedes los periodistas. Así que yo creo que estamos bien claros en cuanto a los alcances del humanismo, nosotros no lo hemos nombrado a usted director del diario de la Revolución para enemistarnos con gente que nos quiere apoyar, buenos militantes que en fin, no son tan cultos como usted, señor Thorndike, no son gente refinada, no son intelectuales, pero que tienen su manera de defender la Revolución y la Revolución a esa gente debe abrirles los brazos, no atacarla como hace usted que pareciera sentirse el único o el mejor revolucionario: ¿por qué los vamos a rechazar? No señor. Que vengan todos, que vengan nomás. Ni un sólo periódico ha escrito hasta ahora una línea en contra del Movimiento Laboral Revolucionario y de repente usted se avienta contra esos militantes, con un enañamiento que yo no sé, pues, casi como si fuera un asunto

personal, así le entra usted con el zapato en alto a golpear al MLR, acusando a esos trabajadores de delincuentes y forajidos y todo porque en algún sindicato han hecho correr a los comunistas, pero si los comunistas le pegan a militantes de nuestra Revolución, porque no se confunda usted señor Thorndike, los comunistas tienen su propia Revolución, ah, pero si los comunistas emplean la violencia, ahí sí, ahí está muy bien, pero si los nuestros le dan un cocacho a los comunistas, qué barbaridad, los periodistas del propio diario del Gobierno ponen el grito en el cielo. El señor Presidente me ha dicho: —Oye Segura, qué le pasa a Thorndike, y yo le he respondido que se deja usted copar por los comunistas y que lo están influenciando por el mal camino, que yo me canso de aconsejarlo pero que no me hace ningún caso. Y el Presidente me ha encomendado hablar con usted, a ver si por las buenas arreglamos esta situación. ¿Quién escribió el informe contra el MLR, señor Thorndike?

—¿Usted está de acuerdo con que el MLR es el partido de la Revolución Peruana? ¿que es el brazo armado del proceso?

—Está usted creyendo cuentos, señor Thorndike. El MLR no es un partido.

—Tienen himno, hasta bandera.

—Son trabajadores que han decidido agruparse para defender a la Revolución y los trabajadores no actúan como señoritas, señor Thorndike. Mientras el señor Presidente no diga lo contrario, “La Crónica” debe apoyar al MLR ¿Quién escribió el informe?

—La verdad que no recuerdo.

—Es bien raro que lo haya olvidado, un hombre listo como usted, capaz de haber transformado un periódico en veinticuatro horas, y de pronto no recuerda quién es el autor de este informe que acaba de aparecer. ¿O me va a decir que no lo leyó, señor Thorndike?...

—Oiga, General, un momento.

—... yo le voy a refrescar la memoria, señor Thorndike. El autor del informe es el señor Alfredo Filomeno, a quien el Gobierno tuvo que sacar del SINAMOS porque sus ideas era bien raras. Ahora resulta que ese señor escribe solapadamente contra la Revolución, ¿se da usted cuenta, señor Thorndike? ¿Qué puedo decirle al señor Presidente de la República? ¿que en nuestro periódico se le ha dado empleo al enemigo? No

pues, no es posible, pero ahí está —sacudió el informe publicado— agrediendo a un movimiento de trabajadores que apoyan sinceramente el proceso. ¿Qué lo mueve a ese señor Filomeno? Nada más que el deseo de dividirnos, de enemistarnos, porque esa es la técnica de los comunistas, meten una cuña aquí, abren una grieta allá y si no estamos concientes del peligro y de mantenernos alertas cuidando este proceso por el que daríamos la vida, caracho, de pronto la Revolución se va a desmoronar encima nuestro y eso no va a ser posible, señor Thorndike, la Fuerza Armada ha comprometido su honor, yo he jurado defender y voy a defender, caray, a la Revolución Peruana no la para nada ni nadie, mucho menos ese caballero. Supongo que estamos bien claros en cuanto al MLR que debe ser apoyado por las publicaciones del Sistema, si los comunistas quieren oponérsele pues por algo será, ellos no hacen nada a las locas, ellos saben muy bien lo que quieren, que ataquen al MLR pues en “Expreso”, esa es su decisión del doctor Ruiz Eldredge, él sabrá lo que hace. Pero además, señor Thorndike, “La Crónica” se nos ha disparado como si fuésemos el enemigo. Aquí hay uno, dos, tres artículos contra la Comisión Reorganizadora de CONACI, es decir, atacando a la CONACI que tiene el apoyo de nuestro Gobierno. ¿A quién defiende “La Crónica”? A la otra CONACI, la que está dominada por los comunistas. Igualito todo el tiempo. “La Crónica”, caracho, parece un vocero comunista, no el diario de la Revolución Peruana, señor Thorndike, peruana, del Perú, ni cubana, ni rusa, ni china, ni argelina, ni de ninguna otra parte. Ahora me va a decir que tampoco sabe quién es Blas Carven, autor de estos ataques. Blas Carven en realidad es el doctor Luis Cueva. Ahora, si ya no conoce que el doctor Cueva es un enemigo del Gobierno, en fin, no voy a insistir, nomás voy a comunicarle una decisión del Sistema: me saca usted a Filomeno y a Cueva, no los quiero un día más en “La Crónica”. Y yo, francamente, a lo mejor usted cree que yo quiero aconsejarlo mal, vaya uno a saber qué ideas le han metido en la cabeza, pero francamente yo le recomiendo que se deshaga del señor Lauer porque me parece muy peligroso.

—¿Es todo, General?

—Falta, señor Thorndike, falta. Yo le he transmitido el encargo del Gobierno Revolucionario de que “La Crónica” debe tener una página laboral que apoye a los sindicatos del Go-

bierno, pero usted tampoco me hizo caso, la página salió una semana y, caray, desapareció, a pesar de que el Ministro los recibió para coordinar...

—Oigame, General, el Ministro Sala nos hizo pasar un papelón. El Gobierno se siente infalible y, hombre, también se equivoca. El General Sala nos dio una lista secretísima, con los nuevos empleos de 28 de los despedidos por Siderperú y resultó que todos los datos estaban equivocados, nos llovieron veinte cartas de rectificación en un día. También nos pidió que apoyáramos a Orrego en el asunto de Marcona y por apoyarlo también hemos sido acusados de procomunistas...

—¿Eso le dijo el General Sala?

—... además quedamos en tener una reunión semanal pero nunca más volvió a recibirnos ni nos presentó a su sucesor, como lo había prometido, ni nos envió documentos sobre una supuesta moralización en el Ministerio y ni siquiera aceptó mis llamadas telefónicas. Así que dí la orden de suspender la página laboral.

—Bien, señor Thorndike, esto vamos a componerlo. Aquí, en el Sistema, yo tengo mis periodistas, así que voy a ordenar que desde mañana le envíen en un sobre confidencial los artículos ya titulados para llenar una página laboral, usted la publica bajo mi responsabilidad y se ahorra un dolor de cabeza y el Gobierno queda satisfecho.

—¿O sea que el SINADI publica lo que quiere y yo nomás le pongo la firma? ¿O el SINADI asume...?

—No, pues, señor Thorndike, cómo se le ocurre. Usted nomás publique y asunto concluido.

—¿Nada más, General? —un tumulto de palabras se le atraca en los dientes. El jefe del SINADI sonrió victoriosamente, casi con afecto; se quitó las gafas, frotó sus ojos y se incorporó: era bajito, más bien flaco, se le chorreaban los pantalones de dril militar, una tela que rara vez conservaba la planchada tiesura matinal después de la jornada. Nada más, pues, Thorndike. Se le apuraba la sangre mientras atravesó la secretaría donde se aburre el ayudante mayor Burneo frente a un televisor y a un programa de preguntas y respuestas. Salió sin contestar el buenas noches del ayudante, sin cerrar la puerta, sin prestar atención al vigilante de la DSE. La Plaza de Armas empezaba a vaciarse. Bracamonte, que estaba en la puerta del Café Haití, se acercó al trote. Lo leería en el

semblante pálido, en los dientes apretados. La ruidosa aproximación del guardaespaldas, en esos días excitados por un campeonato de fulbito en "La Crónica", se disolvió en silenciosa paciencia mientras abría la puerta y, ya ante el timón, encendido el motor, se despedía con un ademán de los guardias civiles que vigilaban la plazita Pizarro.

—¿Al diario?

—No, vamos a casa —Thorndike buscó cigarrillos.

—Aquí hay —dijo Bracamonte, abriendo la guantera—. Hoy es la fiesta de los cubanos.

—¿Ah? Sí, claro, hoy es la fiesta —fumó mientras rodaban por una calle bordeada de edificios de bancos y aseguradoras. A pesar de las reformas, el gran poder velaba intacto. A lo más se afinaban en el país nuevos grupos de influencia, entreverándose a los sobrevivientes del orden antiguo. Hay noche de etiqueta en el Hotel Sheraton, propiedad de la ITT, y los primeros comensales cruzaban el Paseo de la República vestidos de smoking o traje largo. Un brillo a quincallería norteamericana fosforecía por la ciudad. Extraña moral pública esta que perseguía a Passolini y admitía chocarreras películas del karatista chino, que no se incomodaba por el grueso contrabando oficial y enfurecía si obstaculizaban la manipulación de los obreros, que hablaba socialismo y practicaba el capitalismo. Viajando a Barranco, pasó revista a los civiles más poderosos del país, descubriendo en ellos a rostros viejos, la vetusta hidra. Quería hablar y seguir callado, estar y no estar. Otra vez la úlcera le navajó el estómago.

—Avisa al diario que no voy a ir —dijo cuando llegaron a la casa—. Que cierren nomás la edición.

—¿Lo espero?

Respiró hondo, mirando las arrugas que crecían en la frente del guardaespaldas

—Sí, mejor lo espero —dijo Bracamonte—. Usted, maestro, vaya a cambiarse, descansen un rato que hay tiempo.

Por las escaleras recogió al gato negro, fue hasta la alcoba rascándole la barriga. El secador de pelo zumbaba. Con una burbuja de aire caliente en la cabeza, Charo sonrió. La paz doméstica no consiguió penetrarlo mientras se quitaba las botas, los calcetines y se frotaba los pies adoloridos. Volvió a fumar junto a la ducha: brotaba siempre un chorro muy frío o muy caliente.

—Amor, un sinónimo de microbio con seis letras —pidió Charo por encima del zumbido.

—¿Con seis letras? —se enjabonó las axilas—. Bacteria.

—No. Empieza con eme.

—Miasma —envuelto en la toalla se empapó el rostro con agua de colonia, observó sus dientes, el bigote hirsuto que corrigió con una tijera. Un mes atrás se le rompió una muela y no encontraba tiempo para visitar al dentista—. Estoy harto —suspiró—. A mí, ¿por qué?

—¿Por dónde pasará el oleoducto? —dijo Charo. Tenía el crucigrama de "La Crónica" sobre las rodillas—. Abra de... ocho letras.

—Porculla —cruzó la alcoba y revolió la cómoda. Descartó una, dos camisas, probó con la tercera—. Tampoco entro —dijo y la arrojó sobre la cama. Miraba en derredor como si alguien le hubiese achicado las camisas—. No puedo haber engordado tanto.

—Prueba con la celeste que compraste en Caracas —dijo ella empezando a cepillarse el cabello.

—¿A qué hora es la invitación? —abrió, cerró gavetas—. Ya estamos atrasados. Todo camina mal. Estoy harto del periódico, de Segura, de su revolución, de toda esta vulgaridad oficial. Los generales son unos patanes comparados con los dirigentes populares —se abotonó la camisa en el baño. Remedó al General—: nos ha resultado usted un hombre influenciable, señor Thorndike. ¿Te das cuenta, esposa? Sí, eso dice. Que me manejan los comunistas. Y todo porque él no puede manejar. Pero a través de su boca me habla la Revolución, en su cabeza piensa la Revolución, en cuanto a nosotros concierne, él es la Revolución. No los comuneros industriales, no los campesinos, no los pueblos jóvenes, no la tropa, no los intelectuales, no los estudiantes, no el pueblo, no, no. Solamente el General Eduardo Segura Gutiérrez. Estamos jodidos, esposa, realmente jodidos. Bien, esta camisa me ajusta un poco pero sirve. ¿Sabes? Cada vez que subo las escaleras de cemento, cada vez que leo los pensamientos del día pegados a las paredes del SINADI, ya los conoces, tomados de un diccionario de citas célebres, cada vez que entro en su despacho y lo veo con sus anteojos verdes y su sonrisa falsificada, carajo, me doy asco. ¡Qué cansancio! Estoy harto, verdaderamente hartito —se vio a sí mismo en el espejo, con las piernas desnudas

bajo los faldones de la camisa—. ¿Cómo nos metimos en esto?

—Pero no te amargues, cochito —Charo se acercó a acariciarle el semblante furioso. Hablaba suavemente—. Renuncias y ya está. Nos vamos a otra parte. Y ahora, olvídale. Nos espera una fiesta.

Anudó, abotonó, cargó la pistola, vistió la chaqueta, se estudió en el espejo, recogió llaves, pañuelo, dos paquetes de cigarrillos, fósforos, documentos, un billete de mil soles, las tarjetas de crédito. Mientras Charo terminaba de arreglarse, bajó seguido por el perro y el gato. En la cocina descansaba Bracamonte.

—¿Un trago, César?

—Si usted lo dice.

—Vamos a prepararnos algo especial —propuso encontrando jugo de naranja en la refrigeradora. Chancó hielo y vertió whisky y grand marnier en dos vasos. Añadió el jugo—. Salud, zambo. Por los grandísimos cabrones que nos gobiernan.

—Ah, qué rico —Bracamonte sonrió—. Pero no se caliente, maestro, así son las cosas.

—Así son, pero no debieran ser. Dejas todo por la Revolución y después resulta que te están estafando. Nos han hecho el cuento de la liberación nacional —bebía a tragos cortos pero obstinados—. ¿Sabes, zambo? Creo que esta noche voy a divertirme. Lo que necesito es esto: buen trago.

—Está bien, maestro. Yo también lo necesito —Bracamonte rompió a reír—. A ver si nos curamos juntos...

Escucharon bajar a Charo y liquidaron el trago.

—¿Qué hacen? —vestía de negro, de largo. ¿Estoy bien?

Frente a la Embajada de Cuba, en el pasaje Aromito, en una de las orillas del centenario olivar de San Isidro, la policía de tránsito ordenaba la hilera de automóviles oficiales. La más pequeña de las puertas estaba abierta. Desde el territorio cubano, un fornido y sonriente portero recibía las tarjetas. Pudieron avanzar directamente hacia el amplio jardín donde ya se elevaba el barullo de centenares de invitados, pero el portero insistió y eligieron la entrada principal de la residencia, de la que se derramaban enormes aparatos florales. Hacía por lo menos una hora que el Embajador Antonio Núñez, antiguo capitán de guerrillas, maestro de escuela, andinista, explorador de arte rupestre, arqueólogo y político, había abandonado el salón donde recibió el saludo de perso-

nalidades peruanas y diplomáticos extranjeros, para unirse a la pachanga en el jardín. Recillez, el primer secretario, los alentó a continuar hacia la fiesta. Con cierta intrepidez revolucionaria, de veraniegos uniformes blancos con charreteras doradas, los almirantes charlaban con la embajadora de Cuba. Más allá, debajo de un toldo azul, entre mesas y sillas blancas que ya ocupaban potísimos convidados, reverberó púrpura el Nuncio del Vice Díos. No sólo gobernantes, jerarquías más o menos inflamadas por legítimo ron añejo cubano se alegraban bajo la noche de verano. A la fiesta de la Revolución se invitaba a viejos luchadores obreros, a dirigentes sindicales cuyas honradas vestimentas eran visiblemente de inferior calidad, pero a quienes los anfitriones dedicaban la misma amplia hospitalidad que a los poderosos.

—¿Señor?

Aceptó un whisky, un poco aturdido por el gentío. Humberto Castillo emergió a su encuentro.

—¿No bebes daiquiri? —tenía el rostro colorado—. No, no. Devuelve ese vaso. ¿Cómo vas a beber whisky en la fiesta de Cuba?

Canjearon el trago tan pronto apareció un mayordomo con una bandeja colmada de daiquiris batidos por Pacayao, hombre de confianza del Embajador. Recuperado el aliento, la orquesta atacó una rumba flamenca.

—Salud, hermano.

—Salud, Chivo.

Vestido de paisano, se acercó el General Gallegos. Había sido jefe de la división blindada en Lima, hasta que el escándalo de EPSA forzó la renuncia del Ministro Valdez en el ramo de Agricultura. Saludó sonriente a los periodistas. Hablar de qué. Nadie tenía ganas de acordarse de la política. Gallegos, uno de los cuatro coroneles de 1968, era contrario a la manipulación de las bases. Tenía fama de atrevido hasta que se convirtió en Ministro. Aceptó un cigarrillo y fumó pese a que quería dejar el vicio, hace realmente daño, dijo y siguió su camino.

—¡Tracatrán, tracatrán! —cantó Charo.

—Llevo cuatro daiquiris y nada —confesó Thorndike a Paco Moncloa, subdirector de "Expreso". No lejos de la orquesta, en una mesa importante se acomodaban ministros de estado y diplomáticos. No lucharán por el buffet que ya agredían los in-

vitados. Mayordomos de blanco les arrimaban las fuentes. Aficionado a una suerte de nigromancia política, Moncloa leía en las ausencias de esa noche como en las entrañas de un pichón sacrificado—. ¿Has visto? No está Tantaleán. Tampoco Richter. Y faltan Jiménez y Segura. No veo a Zavaleta y a varios aviadores. En cambio, han venido todos los marinos. La Misión ha boicoteado la fiesta.

—¡Tracatrán, tracatrán, tracatrán! —cantaban los músicos. El Canciller de la Flor sacó a bailar a la embajadora. El General Morales Bermúdez, jefe de Estado Mayor del Ejército, también salió a rumbear.

Sánguches de miga de centeno con crema de queso, blancas lonjas de pavo con trozos de piña, dados de carne de langosta con rosada salsa golf, cebichito de pejerrey, canapés de jamón almibarado, langostinos fritos, canastitas de hojaldre colmadas de picadillo de ave, todo se evaporaba entre las muelas de la concurrencia por ahora absorta en saciarse.

—¡Tracatrán, tracatrán! —bailaba el General Morales Bermúdez.

—¡Tracatrán, tracatrán! —evolucionaba el Canciller no tan cumbanchero.

—Vaya, hombre, qué gusto verte —dijo el Embajador Núñez—. ¿Qué pasa que nunca vienes a verme? Ahora, si tú me invitas, yo voy adónde tú quieras.

Era alto y nudoso, adornado con una barba negra, casi de monje ortodoxo. Brillaba su mirada oscura como un comorán.

—Tú sabes que te queremos, no es por ingratitud —replicó Thorndike.

—¡Antonio! —se acercó el General Leonidas Rodríguez—. Oye, viejo —se quejó— ¿Cómo invitas a esos miserables? Me siguen por toda la fiesta a ver con quién converso...

—¿De quiénes me hablas tú, Leonidas? Porque aquí nada más invitamos a la gente de tu gobierno o a los amigos de Cuba.

—Hola, Guillermo. Muy bien la campaña contra el MLR —dijo el General—. Sólo que aquí nos está rondando la gente del MLR... Antonio los ha traído.

—¿Tú me hablas de Gil Peñaranda, de Riega y de esos fulanos? —sonrió el Embajador—. Pero es que tengo que invitarlos, hombre, si tu Ministro de Pesquería me los pone por

delante y además son sus funcionarios. El Gobierno Revolucionario de Cuba hace negocios de pesca con el Perú, Leonidas, tú lo sabes. Mira, vamos a bebernos un daiquiri tranquilamente y a tomarnos una fotografía.

—Y van ocho —comentó Thorndike mostrando su copa vacía.

—Ten cuidado, vas a caer fulminado —advirtió Moncloa.

—Cuba, qué linda es Cuba... —torateo Charo acompañando a la orquesta.

—¿Fulminado? Ya estoy fulminado, hermano. Voy a renunciar: dejo "La Crónica", dejo todo. Otra vez libre.

—¿Vas a renunciar? ¿pero tú estás loco? Estás bromeando, ¿verdad?

—No bromeo —alargó la mano y recogió otro daiquiri.

—¿No bromeas? Oye, no jodas —lo miró fijamente—. No puedes abandonar tu puesto de lucha y menos ahora. Empieza la guerra contra el fascismo.

—¿Qué guerra? Paco, me han atado las manos. No puedo pelear porque el fascismo me ha tomado prisionero. Y sólo hay una manera de escapar: renunciando. He recibido formalmente la orden de apoyar al MLR, a CR-CONACI, a la CTRP, y también de despedir a Filomeno, a Cueva y a Mirko Lauer. Simplemente no puedo quedarme.

—¿Cuándo sucedió? —se agravó la voz de Moncloa.

—No hace ni seis horas, en el propio despacho de Segura.

—¿Y Segura te ha ordenado que despidas a Lauer?

—Bueno, casi. A Filomeno y a Cueva, ahorita. En fin, son colaboradores. Pero ya me lo ha advertido: Lauer es demasiado peligroso para el diario del Gobierno.

—Leonidas, escucha esto. Le han ordenado a Guillermo que apoye al MLR.

Allá, atrás, la orquesta se apaciguó tocando "Siboney". Generales y almirantes se refrescaban. El pequeño grupo que rodeaba a Leonidas se volvió sorprendido hacia Moncloa.

—¿Quién ha dado esa orden? —el rostro del General se endureció.

—Mi jefe, el General Segura —Thorndike alzó la copa—. ¡Jatari! Viva el MLR.

—Pero eso no podemos permitirlo.

—Sin dudas ni murmuraciones: renuncio, me voy, he terminado con el Gobierno pero no se confundan, no he terminado con la Revolución. Les dejo un buen diario, quince mil

ejemplares más de circulación, tres nuevas revistas: cortesí de la casa.

—De ninguna manera. Eso no va a suceder —Leonidas habló como consultando con su vecino, el General Luis La Vera jefe de la poderosa III Región Militar, que asintió de acuerdo—. ¿Tú que dices, Lucho? Nosotros, Guillermo, tenemos nuestros cañones.

—Así es, Leonidas, pero Segura tiene a “La Crónica” de cuello. A mí los cañones no me sirven.

—Con los cañones empezó la Revolución, no hay que despreciarlos —protestó el General—. No hagas nada antes de hablar conmigo. Anda a verme a la II Región.

—No hemos bailado una sola vez —se fastidió Charo.

—Vamos mamita. Te descuidas y me pongo a hablar de política —atravesaron el jardín hasta la terraza. Tocaban “La Batea” y los bailarines coreaban la letra. La jarana hervía. Más bien apretujados, fueron metiéndose al corazón del baile. Vieron al Chivo contonearse al ritmo de una señora gorda, Moncloa que reía, al General Morales que sacaba chispas al piso, se sumaron a un trencito, la batea, dame la batea, veníamos de una vida sucia e íbamos ensuciándola todavía más: ajándola sin remedio, mientras con la revolución se intentaba curar la gran enfermedad nacional, pagar no el hambre de hoy sino el hambre de todos los tiempos y, mierda, estábamos fracasando. Golpeaba la sangre en sus rostros, los mojaba el sudor. Del bop-chá al mozambique, como una juventud encendió sus cuerpos. El ser original se recordaba a sí mismo y con una gratitud por haber vivido los movió a abrazarse. La caricia no duró. Una prolongada “descarga” apuró de nuevo los bailarines. Rápido rápido rápido. Retrocedían a descansar cuando un compañero de Prensa Latina robó a Charo para bailar un afro-shake. Thorndike estaba empapado y hambriento. Recorrió el buffet un poco entristecido porque lo mejor había sido pulverizado por los más voraces o los más precavidos. Aceptó un caney con coca-cola y masticó un emparedado de jamón, contemplando la fiesta desde una orilla.

—¿Usted es Guillermo Thorndike? —lo sorprendió una voz. Asintió observando a un hombre bajito pero robusto, chillona mente trajeado—. Venga —dijo—. Quiero presentarle a un amigo.

No tenía ganas de discutir y lo siguió. Diez pasos más allá se abrió un grupo y reconoció a Alberto Gil Peñaranda

—No puedo darle la mano —mostró el vaso en la diestra, el ságuiche en la otra—. Las tengo ocupadas.

—No me voy a molestar por eso —replicó Gil—. ¿Qué tiene usted contra nosotros, señor Thorndike?

—El fascismo, señor Gil, averigüe qué es.

—Oiga, no estamos peleando —casi retrocedió el dirigente.

—He venido a bailar, no a rendir cuenta de mis ideas.

—Caray, señor Thorndike, nosotros queremos charlar, nada más. Salud, señor Thorndike —dijo otro pescador, del cortejo de Gil.

—Ustedes no van a tener suerte con el MLR —Thorndike mordió el emparedado—. No soy un oráculo, pero ya lo verán. No importa cuánto dinero gasten o cuánta violencia empleen —tragó el último pedazo de pan—. Nunca.

—Qué idea más equivocada tiene la gente de nosotros —sonrió Gil—. Fíjese, el MLR no es un partido...

—¿A mí, señor Gil? ¿a mí me está contando una historia de hadas? No, pues, señor Gil, cocodrilo no come a cocodrilo: el MLR no será un partido porque están huérfanos de apoyo popular, ah, pero ganas no le faltan, ¿verdad? ¿Me disculpa un ratito? Voy a servirme un trago.

Regresó a husmear la langosta hasta hallar unos trocitos que bañó con mayonesa. De reojo vigilaba a los pescadores. Recorrió los veinte metros de migajas, rescatando un pedazo de pavo aquí, un trozo de cebiche allá, hasta descubrir intacta una fuente de mazapán y chocolates. Se había alejado lo suficiente como para no cuidarse del MLR. Se apoyó en la mesa y, casi desde un rincón de la Embajada, observó a distantes bailarines, a más cercanos corrillos po'ticos. La gente empezaba a irse. Por el camino más largo, vanzó hasta los sillones que habían ocupado los ministros. Arrastró uno y se sentó a beber otro daiquiri mientras el sudor le enfriaba la camisa.

—¡Tracatrán, tracatrán! —saltaban los bailarines. Charo se le reunió.

—Acabo de conocer a Gil Peñaranda.

—¿Y que tal?

—Lleva anteojos para protegerse del sol.

—Ah... —se tocó las mejillas inflamadas por el baile—. Tengo hambre.

A las dos de la mañana salieron de la fiesta. Bracamonte,

que olía a buen ron, había estacionado el auto casi frente a la puerta de la Embajada.

—Te traigo una pierna de pavo —dijo Charo.

—Gracias, gracias. Yo también he comido, no crea que me he quedado inactivo. Por aquí nomás, ¡fuá! ¡A la cocina! —mordió la pierna mientras encendía el motor—. Nos hemos echado unos cuantos rones, a decir verdad, bastante rones. Maestro... su pistola —alcanzó la parabellum—. Yo sé por qué se lo digo. Esta noche...

Corrió el seguro y puso el arma sobre el asiento entre Charo y él.

—Entonces, zambo, abre bien los ojos —dijo—. Porque si nos pasa algo, van a tener que hacernos una transfusión con ron caney.

A las cinco de la tarde del día siguiente visitaron la II Región Militar. Era una casa grande pero vieja, de pisos temblorosos y techos a cuatro metros de altura, adornados con molduras y rosetones, toda pintada de gris-buque. Humberto Castillo señaló la muralla más nueva que la rodeaba, al filo del Paseo de la República. A tajo abierto, corrían veloces los automóviles por la vía expresa hacia San Isidro y Miraflores. Alguna vez, por esa avenida trepidaron tranvías con acoplado que servían la línea a Chorrillos. Después las excavadoras abrieron un enorme canal que se revistió de cemento, desatorando la diaria muchedumbre de vehículos. Bajaron del auto. Dos centinelas armados con pistolas-ametralladoras vigilaban la entrada. Lauer y Thorndike se identificaron. Ya Castillo atravesaba un pequeño patio donde una docena de soldados rompía filas. Un capitán más bien gordo, más bien capitán para toda la vida, los recibió con fornituras y pistola en un retén.

—¿El General Leonidas Rodríguez? —preguntó Lauer—. Del diario "La Crónica". Tenemos cita a las cinco.

Los devolvieron no al patio sino a una pequeña habitación casi desnuda, con piso vinílico y ocho sillas de oficina. Un letrero precisó dónde se encontraban: sala de espera. Thorndike fumó, atisbando cuanto era visible desde una ventana: un obrero civil dormitaba entre latas de pintura, la cabeza cubierta con un gorro de papel, y dos soldaditos cuchicheaban junto a una puerta. Nada más. Había olvidado que existían capitanes que morían capitanes: eran, seguramente, el espi-

nazo del Ejército. Tal era el comando de la Región Militar que se extendía por todo el centro del país, abarcando parte de la cordillera. De esos teléfonos había dependido más de una vez el destino interno de la República. Desde allí se movilizaba a los blindados, a las tropas aerotransportadas, a los batallones regulares que podían capturar el poder o defenderlo. Un oficial corpulento y de bigotes apareció en la puerta.

—Hola —dijo el capitán Willcox—. Vengan conmigo.

El ayudante del General los llevó por un pasadizo central que concluía en unas escaleras de madera y otro letrerito: zona reservada. Los hizo pasar por la última puerta de la izquierda, a una antesala con dos escritorios. Mientras esperaban, Lauer se estretuvo curioseando una galería de retratos: los ex-jefes de la II Región, generales que gozaron de indudable importancia y que, sin embargo, se habían hundido en el retiro castrense y el olvido. Los miró de quepís y corbata, de seriedad, ese revestimiento militar que excluye lo espontáneo y hasta la sonrisa. Había una manera de fotografiarse, así como había un uniforme que sólo la superioridad podía modificar. Las ropas militares habían evolucionado de la gorra francesa a la americana o apenas cambiado de color. Pero quienes las vestían, no parecían ciertamente los mismos, antes rollizos si llegados a general, con la rubicunda huella del buen pisco en las mejillas infladas, y ahora más duros, no tan carnosos, mucho más soldados que comensales. La quietud del cuartel permitió apreciar el irritado zumbido de una mosca. Pasó un cuarto de hora hasta que se escuchó un timbrazo y, por otra puerta salieron varios jóvenes, en fin, Leonidas.

—Adelante —mostró la sonrisa que acentuaba su atractivo: cabello gris, casi blanco, tez suave y bien afeitada, la aureola de haber tomado el poder y jugado con la vida. Casi los abrazó uno a uno. El despacho era más largo que ancho. Caminaron diez pasos antes de sentarse en tres silloncitos de cuero, en derredor del escritorio del General. Más allá, en una vitrina estaba la bandera de la II Región. Leonidas tiró de una gaveta y sacó una cajetilla de Ducal. Antes de que cerrara, Castillo vislumbró una Browning de catorce tiros. El General invitó cigarrillos y pidió café—. Esos muchachos que acaban de irse son universitarios de Ica. Allá ha prendido la Revolución entre los jóvenes, es un verdadero ejemplo. Y acabamos de ganar las elecciones estudiantiles. A ustedes, ¿cómo les va?

—Mal. Lo mismo que ayer —dijo Thorndike—. Las órdenes no han cambiado. Acabamos de recibir la primera página laboral hecha por el SINADI.

—Es una burla —dijo Castillo—. Los burócratas escriben lo que quieren y nosotros cargamos con la responsabilidad. No es ético. Más aún, es una inmoralidad.

—Filomeno y Cueva ya salieron —añadió Lauer—. Sólo falta yo.

—Si la Revolución no es anticomunista, el vocero de la Revolución no puede serlo —razonó Thorndike—. Nos quieren forzar a una conducta macartista. Simplemente no estamos de acuerdo.

—¿Y qué van a hacer? —dijo Leonidas.

—Renunciar.

—¿Renunciar?

—Tan pronto como salgamos de aquí.

—Ya te dije, Guillermo: nadie debe renunciar a “La Crónica”. Esta situación se va arreglar pronto.

—Pues no lo parece.

—Sin embargo la Revolución continúa —dijo el General—. Piensa tú cuánto se ha hecho: recuperación del petróleo, reforma agraria, expropiación de la Cerro y recuperación de nuestra riqueza minera, reforma de la educación, comunidades industriales, sector de propiedad social. No es posible ignorar la obra de la Revolución. En seis años el país ha sido modificado como nunca ni siquiera lo soñaron quienes antes se decían revolucionarios. Pero detrás de la obra, ¿qué hay? Hay un equipo en la Fuerza Armada. Claro, no todos son revolucionarios aunque participen en la tarea de gobernar. No es un método perfecto, pero resulta, porque la Revolución avanza, ¿verdad? Recuerdo que cuando se trató de tomar los yacimientos de La Brea y Pariñas y botar a la International Petroleum, el Presidente Velasco nos mandó al COAP un papequito desde el Consejo de Ministros, porque él era ahí el único revolucionario. Ni siquiera estaban Fernández o Gallegos. Eso sucedió antes del 9 de octubre de 1968, se acababa de dar el golpe. Los ministros se oponían a tomar los yacimientos y a ocupar militarmente las oficinas de la compañía. Querían negociar. Se asustaban de los Estados Unidos. Velasco se batía solo, desde la presidencia. Entonces nosotros, los coroneles que estábamos en el COAP, le enviamos otro pape-

lito anunciando que si no botaban a los gringos, íbamos a los cuarteles a tomar las armas. Y eso fue lo que Velasco anunció: señores, los coroneles regresan a los cuarteles pero seguramente volverán con la tropa. Y el Consejo de Ministros aprobó la ocupación de La Brea y Pariñas por unanimidad. O sea que tropezar con un Segura, con un reaccionario, no debe extrañarnos y mucho menos desalentarnos. Pronto Segura dejará de ser importante. Mientras tanto, lo que no se puede es abandonar una trinchera tan trascendente como "La Crónica". Porque, ¿a quiénes se la van a dar? A los amigos del MLR. Ahora, lo que ustedes han recho, denunciar a esa agrupación fascista a la que pretenden convertir en partido de la Revolución, eso es definitivo. La han golpeado cuando sacaba la cabeza...

—Ya tú ves, el autor de la denuncia es Alfredo Filomeno y lo están persiguiendo —interrumpió Thorndike.

—... no importa, pero el MLR, yo creo, está liquidado. Esto ha servido para que el Ejército abra los ojos. Y no sólo respecto del MLR, ah, sino de quienes están detrás. Y detrás están Tantaleán y La Misión. Ahora, pueden creerme, todo va a cambiar...

—¿Cuándo?

—... en febrero, cuando Pancho Morales asuma el cargo de Primer Ministro. Se van a producir transformaciones importantes en la forma de gobernar. En realidad, el Primer Ministro debiera suplir la relativa incapacidad física del Presidente Velasco, la ley lo ha contemplado. Pero es también una cuestión de confianza. Pancho es un revolucionario cabal. El equipo progresista y, en particular el Presidente Velasco, confían en él. Así que va a ejercer el premierato con toda amplitud. Falta realmente poco para febrero y yo les pido que no renuncien, yo les pido que no se den por vencidos y que sigan combatiendo, y, como uno de los iniciadores de la Revolución, yo les pido que confíen en nosotros.

Los periodistas intercambiaron miradas.

—En ese caso. . . —comentó Lauer— ...yo creo que no tenemos más nada que decir.

—Hay problemas inmediatos —se obstinó Thorndike—. Recibimos una empresa sin capital, que perdía cuatro millones al mes. Yo no sé, la verdad, cómo el diario se sigue publicando. No tenemos crédito en ninguna parte y el Estado no nos paga

la publicidad. Es un caos. Estamos siempre desfondados. Alguien tiene que preocuparse de nosotros en el Gobierno.

—¿Han hablado alguna vez con el General Morales?

—No, claro que no. Segura nos tiene prohibido abandonar el conducto regular. Hemos venido aquí desafiando sus órdenes.

—Yo voy a gestionar una entrevista —sonrió—. Así que tengan calma. Todo se va a arreglar, les prometo. Pronto.

*Cassettes 14, 15, 16 y 17: entrevista
Presidente de la República
Duración: 220 minutos*

UNA MAÑANA DE 1969 el Ministro del Interior mandó llamar a Paco Moncloa. Tras una breve antesala, el jefe de la página editorial de "Expreso" entró al encuentro del bravucón del Gobierno. El General Artola era completamente calvo o se afeitaba la cabeza, en los mítines ladraba amenazas contra la burguesía, regalaba panetones en los pueblos jóvenes y era tema de las burlas limeñas: para saber si una caja tenía fósforos, el General sacudía la cabeza. Para enroscar una bomba de luz, daba vueltas debajo del enchufe. Artola era militar a la antigua, parrandero y de buen humor, carcajeaba al conocer tales historias. Abrió los brazos al ver a Moncloa.

—No te acuerdas de mí, Paco.

—No —respondió Moncloa con los bigotes encrespados.

—Hemos sido compañeros de clase en el colegio Anglo-Peruano.

—No recuerdo —dijo Moncloa y después—: en esa época tenías pelo.

Incapaz de articular otra oposición al Gobierno Revolucionario que no fuese una verbal, en 1969 los adversarios de Velasco manejaban un bien organizado sistema de rumores públicos: las afamadas bolas limeñas, auténtica institución capaz de corroer el prestigio de cualquier gobernante. El General Artola replicaba asustando a los ricos o inventando divertidos complots, como aquel de los peinadores de señoras para asesi-

nar al longevo líder aprista Haya de la Torre, que costó dos días de prisión al peluquero Silvio y a su colega Chocco, pese a que Chocco era el peinador de la señora de Velasco. La de 1969 fue una divertida temporada en Ancón, gracias a la imaginación de Alejandro Miró Quesada y al apoyo de "El Comercio": hubo ballet y hasta dragones chinos, también fuegos artificiales en el malecón, festival de canciones criollas y a gogó en la antigua estación del tren, concurso de pintura y hasta función playera de ópera con cuatro coros y trescientas voces. No importa la batalla inicial con Estados Unidos por la recuperación de La Brea y Pariñas y el cobro de los 690 millones de dólares que la International Petroleum Company debía al Perú, ni los autoritarios y pueblerinos excesos del Ministro Artola, arriba las cosas parecían marchar bien: el Presidente Velasco veraneaba en Ancón, casi todos sus ministros lo imitaban. Conspicuos anconeros como el rollizo comerciante Miguel Angel Testino o el tostado turfman-clubman-comodoro-financista Enrique León Velarde disfrutaban de la intimidad presidencial. Arriba no habría graves motivos de preocupación, ya que el Presidente parecía muy vinculado a la familia Prado y a otras cabezas del antiguo poder que lo cortejaban asiduamente los fines de semana. Velasco pasó su cumpleaños a bordo del buque insignia y lo acompañó el joven banquero Marianito Prado. El día que Aerolíneas Peruanas, APSA, compañía aparentemente nacional, inauguró sus vuelos a Europa, no sólo recibió la bendición de un Gobierno que más tarde sería inflexible cuando se destapó el fraude y la quiebra de la aerolínea, sino que en el vuelo inaugural viajaron Consuelo de Velasco y su hija Pocha, la engréida del Presidente, a quien fue a despedir un joven musculoso llamado Oscar Pinto. El Presidente lo animó a que subiera al avión a despedirse de Pochita y Lima se delició: Velasco olía a suegro. Nada como los nietos para suavizar los ímpetus de un general revolucionario y ninguna ocasión mejor para halagarlo socialmente que una boda en la capilla del Palacio. En un divertido viaje a Londres, París y Madrid, en compañía de una antigua Miss Universo y otra Miss Mundo y más jóvenes modelos de buena familia, la esposa de Velasco se dejó fotografiar en el colmo de un esplendor. Un desfile de trajes peruanos, en el que participaron la hija del Primer Ministro de-

puesto con Belaúnde en 1968 y Pochito Velasco, fue aplaudido por las primeras damas del Perú y España.

Después de poner en marcha la Reforma Agraria, el General Velasco llevó del brazo a su hija hasta el altar de la capilla palaciega. Con frac notablemente alquilado —el chaleco blanco sobresalía casi una cuarta por debajo de la orilla de la chaqueta— el buenmozo Pinto la desposó. En la multitud de escogidos que presenció la ceremonia, los fotógrafos registraron a distinguidos hombres de negocios y al ex-dictador Manuel Odría. Lima no sólo anotó rigurosamente los errores sociales de la velada, sino que criticó al Presidente nacionalista de haber bailado “El Danubio Azul” en vez de esa suerte de vals-himno nacional que es “El Plebeyo”. Y ya que Velasco era de conducta personalmente impecable, el enemigo se dedicó a vigilar a su flamante y desconocido yerno. A Oscar Pinto le gustaba lo más opulento, lo mejor de la vida. Por ejemplo los yates, el trago más fino, el sonido cuadrafónico, las casas rodeadas de parques. La rápida adquisición de un yate más que ciertas relaciones de negocios casi turbulentos, vinculados a costosos proyectos urbanos, activó las habladurías. De esas crecientes bolas quería conversar Artola con su antiguo discípulo.

—Un buen sistema sería que desinflaras las bolas contándolas en tu columna —propuso el Ministro.

Así fue como Moncloa escribió un artículo que tituló “El ayayero”. Atacaba no a los ayayeros del Gobierno sino de la burguesía, casi identificando a ciertos intelectuales de actitudes revolucionarias pero adheridos a la oligarquía, que en los cocteles servían de voceros a la chismografía contrarrevolucionaria.

—¿Sabe usted que la hija del Presidente se ha comprado un yate? —decía uno de sus ficticios personajes.

A las siete de la noche Moncloa atendía sus asuntos en “Expreso” cuando entró a la oficina un preocupado periodista.

—Paco, te busca un marino.

—¿Quién es?

—Un edecán del Presidente.

—Hombre, que pase.

El encordonado comandante Santillana no pareció muy efusivo.

—El Presidente está realmente molesto —dijo mostrando a

Moncloa su artículo: un lápiz rojo había subrayado la mención a Pochita.

—Caramba, yo creo que lo ha interpretado mal. Quisiera pedir una audiencia con el Presidente.

—¿Audiencia? No. Yo tengo órdenes de llevarlo a Palacio, ahora.

Moncloa se puso la chaqueta, salió tras Santillana hasta una limusina presidencial.

Diez minutos de antesala vigilados por el pétreo y disgustado semblante del General Ibáñez preocuparon al periodista. Al cabo apareció Velasco.

—Pase usted, se-ñor —dijo sin ofrecerle la diestra. A la palabra señor le daba diversas y temibles entonaciones. La mirada de Velasco llameaba y Moncloa se asustó. El Presidente se acomodó en su escritorio—: ¿Con qué derecho se ha metido usted con mi hija? Si usted quería decir: el marido de mi hija, eso es distinto, pero debió tener el valor de escribirlo. Yo no sé si ese —se refería a Pinto— ha robado o no. Es asunto de él. No sé si su padre tiene o no dinero. Ese es su problema. Pero mi hija no tiene nada que ver.

La rabia mojaba la mirada de Velasco.

—¿Qué pretende usted insinuar, se-ñor? —abrió una gaveta y sacó el estado de su cuenta corriente y también su libreta de ahorros—. Todo cuanto tengo está declarado o en éstas cuentas, véalo usted mismo. Mi hija, se-ñor, está fuera de sospechas.

O salgo deportado, al Sepa, me jodo o este hombre me escucha, pensó Moncloa: era su primera entrevista con Velasco. Tomó el recorte periodístico de encima del escritorio.

—Usted sabe que cosas peores se dicen en el país, señor Presidente. Y es preciso atajarlas. Se pensó que una forma de desinflar las bolas era dando cuenta de ellas. Desde luego, ese párrafo así subrayado es una cosa, pero dentro del artículo es otra. Permítame usted —y Moncloa leyó en alta voz su columna. Velasco sonrió levemente cuando terminó.

—¿Quién te dijo que hicieras semejante cojudez —dijo el Presidente.

—Me lo aconsejaron para debilitar el chisme.

—Debe ser alguien a quien no le importa que hablen mal de su familia.

—Vea, General, o usted y yo nos ponemos de acuerdo o yo

termino preso —dijo Moncloa—. Mi vida está vinculada al proceso. Si usted falla, a mí me joden. Y si usted avanza, no gano nada.

Velasco recogió el recorte de periódico para guardarlo en su escritorio.

—Muy bien —dijo—. Vamos a conversar de política.

Casi seis años después, el soleado mediodía del miércoles 29 de enero de 1975, Moncloa espera en fila ante una de las puertas del Palacio. Al otro lado de las afiladas lanzas que protegen los jardines presidenciales, los centinelas examinan una a una las credenciales extendidas por la Secretaría de Prensa. Nadie revisaba las numerosas cámaras que pronto apuntarán al Jefe de la Revolución durante su conferencia de prensa. Hora de almorzar: en el vecino comedor de indigentes servían papilla a los ancianos. Avanzan los periodistas por una breve avenida y, arriba, vencida la escalera y la puerta de hierro forjado, se reúnen a cuchichear en el vestíbulo blanco, con jarrones japoneses colmados de gladiolos, sobre pisos de mármol y entre paredes decoradas con óleos de la escuela indigenista.

—¡Entren, muchachos! —la ronca voz del Presidente anuncia que ha terminado la presentación de credenciales de un embajador extranjero y que, como es su costumbre, ahora hablará con los periodistas. Se produce un desorden de luces y grabadoras. Disputaban la primera fila en derredor del escritorio del General. Moncloa prefiere la retaguardia. Revestida de madera, alfombrada de verde, aquella oficina resultaba estrecha para tantos visitantes. El surgimiento del MLR tensaba el ambiente. Lauer, Vargas, también Zimmermann, otros periodistas se han reunido esa mañana a examinar la situación política. Asegura Zimmermann que hoy el Presidente pronunciará su condena a los mercenarios emelerristas. Lo mismo esperaban los Generales socialistas.

Rompieron los fuegos con una pregunta sobre las relaciones entre el Gobierno Revolucionario y el poderoso SUTEP. Dice Velasco que son unos insolentes, que los maestros rompieron el diálogo, que son gente descontrolada, que si quieren hacer guerra pues que la hagan, que ya veremos, que se vayan a Marte a buscar otro mundo conforme a sus deseos, que si niegan el permiso a Aero Perú para volar a Estados Unidos habrá que bajar a los aviones norteamericanos que entren

al espacio aéreo del país, que nada más queremos igualdad. que ahora es sabroso mencionar el nombre del Perú, que en la OEA hay que hablar en español...

—¿Paco? ¿Estás soñando, no? —bromea el Presidente. Moncloa lo miraba absorto en sus preocupaciones—. ¿Estás pensando en tu pregunta?

—Es que tengo algunas dudas respecto al MLR —replicó el periodista.

—No, no —sonrió Velasco—. Eso déjalo para más tarde.

Los mayordomos sirvieron generosos copones de buen pisco y el Jefe de la Revolución brindó con sus visitantes. Ah, dijo, está suavé.

—Salud, salud. —y después—: Salud, pues, Paco.

—¡Aquí estoy! —se oyó la respuesta desde atrás.

—Señor Presidente —dijo un corresponsal—. ¿Cree usted que hay cierta contradicción entre la política económica de transformaciones profundas que lleva a cabo el Gobierno y la estructura estatal? Claro, si usted cree que no hay contradicción, tampoco hay pregunta.

—¿Usted de dónde es?

—De Pravda.

—¿Que hay contradicción entre el modo de qué?

—Entre los cambios económicos y la estructura estatal —insistió el soviético.

—¿Administrativa?

—Toda la estructura. ¿Cómo se piensa resolver?

—No sé, a ver... Paco, ¿qué has entendido tú?

—Que evidentemente hay una contradicción entre gran parte de la política del Gobierno Revolucionario y gran parte del aparato estatal y burocrático —dijo Moncloa—. Eso es evidente. Y no sólo creo que es a un nivel municipal sino a un nivel ministerial y en todo el aparato. Porque hay mucho contrarrevolucionario y mucha gente que actúa de acuerdo con los viejos valores.

—Así es, viejo —dijo Velasco.

—Incluso con los viejos objetivos.

—Estamos tomando pisco, salud —Velasco propició una risa—. No se puede, pues. Esta es una Revolución que tiene seis años y se pueden cambiar muchas cosas pero otras no se pueden cambiar. Fatal, fatal. Ustedes no se imaginan los líos que tengo con altas autoridades por estas cosas, pero fatal-

mente no puedo decirlo, son cuestiones internas. Tiene que variar poco a poco.

—Presidente —intervino Moncloa—: ¿usted no cree que parte del problema es que no existe un cauce político, que no sea un partido, pero sí un movimiento dentro del cual se canalicen los esfuerzos y se concierten voluntades de gentes que se sienten militantes del proceso y no tienen cómo participar?

—El MLR —dijo un chistoso y en efecto echaron a reír.

—Y le hago una pregunta lateral: Si no es así, ¿el MLR debería ser ese cauce?

—Estudemos pues el problema, ¿eh? Pueden dar sus sugerencias y encantado de hacerlo. Si conviene al país, lo hacemos. Moncloa no cejó.

—Hasta este momento —dijo— y tal como se plantean las cosas, le van a dar mucha importancia al MLR como si fuera el movimiento de la Revolución, que tiene el derecho a hablar en nombre de ella y que o se inscribe uno en el MLR o está uno fuera de la Revolución: esa es mi preocupación como militante. Yo no estoy de acuerdo con el MLR por razones que no creo necesario dar aquí, porque parecería que estoy haciendo campaña, pero como no me voy a inscribir en el MLR y no tengo adónde inscribirme, quisiera saber si yo soy o no un militante de la Revolución.

—Pero antes del MLR acá han venido a Palacio agrupaciones como la CTRP... —empezó a argumentar Velasco.

—Perdón, señor Presidente —interrumpió Moncloa—. Hoy día la CTRP se ha inscrito en el MLR. Así que no nos queda más camino que irnos a inscribir ahí, para ser militantes de la Revolución.

—No, no... porque hoy he leído lo que dice, lo que dice, ¿cómo se llama? ...Lo que dice la agrupación de trabajadores sobre el movimiento laboral, un comunicado...

—Según "Última Hora" se han inscrito hoy en el MLR para convertirse en el comando sindical, nada menos que la dirigencia nacional de la CTRP, es decir, que se han convertido en un solo organismo —dijo Moncloa.

—Oye, pero si son dos gatos, ¿qué interesa pues ya? —dijo Velasco—. En un momentito se han inscrito.

—Luego, ¿yo no debo inscribirme en el MLR para ser...?

—Hazlo pues, muy bien —dijo el Presidente.

—No quiero —respondió Moncloa. Unas risas aliviaron la

tensión—. Pero entonces no me queda otro camino que el MLR para ser militante de esta Revolución.

—Pero nadie ha dicho eso —Velasco recuperaba el control de la conferencia de prensa—. Hay fuerzas. Y vuelvo a repetirlo. Yo lo que digo es: los hombres del Gobierno Revolucionario no tienen el derecho, no tienen la autoridad, no tienen nada para rechazar a uno o a grupos de individuos que quieran apoyarlo. ¿Con qué cara vamos a rechazarlos?

—Totalmente de acuerdo.

—Entonces... es lo único que yo digo.

—¿Pero el MLR tiene el derecho de hablar como vocero de la Revolución? —continuó Moncloa.

—¿Como vocero de la Revolución? Bueno, bueno, lo tendrían... lo tendrían, digo, porque anteriormente ya aclaré el punto, cuando todos ellos sean verdaderos militantes de la Revolución, cuando 100 por ciento tengan la ideología, la filosofía de esta Revolución y la hagan suya no por compromiso, no por beneficio sino por ser revolucionarios...

—Presidente, permítame que insista porque para mí es importante —se oyó a Moncloa.

—... pero fuera del MLR puede haber profesionales, puede haber abogados, el colegio de abogados puede convertirse en otra agrupación, en un movimiento de la Revolución también, los ingenieros pueden convertirse en una agrupación favorable, muchos MLR pueden salir...

—Pero señor Presidente —otra vez Moncloa.

—... con la diferencia que éstos son laborales. Otros pueden ser intelectuales, otros pueden ser ingenieros, zapateros, sastres, mineros...

—Quiero saber si le he entendido —dijo Moncloa—. ¿El MLR sería el germen de un movimiento de la Revolución?

—Es que de momento no decimos uno, sino que yo he dicho al comienzo: pueden ser muchas agrupaciones. Supongamos que los habitantes de las márgenes del río Chira constituyen una agrupación, supongamos, en apoyo de la Revolución... ¿Nosotros les vamos a decir que no? Entonces conforme existe hasta ahora el MLR, pueden ser multitud de organizaciones. ¿Quién habla de una sola? ¿acaso sólo ésta apoya a la Revolución? ¿Quiere decir que tú no apoyas a la Revolución?

—Perdón, yo no apoyo —declaró Moncloa—. Yo soy militante...

—Ah, muy bien.

—... un militante que no tiene dónde inscribirse. ¿Dónde me inscribo mi General?

Velasco no respondió.

El de Pravda intervino.

—¿Quién puede decir: usted milita 100 por ciento y usted sólo 80 por ciento? ¿Quién puede decidir? Porque todo el mundo puede afirmar: somos militantes.

—Claro, claro. Pero ahí están los hechos. No se puede decir. Esto no es un partido. Porque en un partido, sí. Ahí a todo el mundo lo jalan y ponen a sus búfalos, a las fuerzas de choque, y a los intelectuales les dicen: ustedes van a actuar en esta forma. Pero esto no es un partido. Se reúnen pongamos los equipos de fútbol y quieren hacer una agrupación favorable a la Revolución, entonces pueden tener una sigla, en vez de MLR, y apoyan pues. O es que la Revolución les va a decir: no, ustedes no. ¿Por qué? Porque tiran patadas. Es baboso. O puede haber mujeres que se reúnan. ¿Vamos a rechazar? No. Entonces en este momento, conforme existe el MLR, debe haber multitud de organizaciones como efectivamente yo creo que con el tiempo se van a ir formando. Porque yo creo que lo que más debe activar esta Revolución es que todo el Perú, hombres y mujeres, formen una sola agrupación de la Revolución.

Velasco se contradecía y Moncloa insistió:

—Perdón, señor Presidente, lo que se dice es que el MLR es esa organización.

—No. ¿Quién ha dicho eso? No, no.

—Es nada más que una organización que apoya a la Revolución —intervino un periodista—. ¿Esa es toda la importancia que usted le da al MLR?

—¿Ah? No. ¡Cómo que toda la importancia! Se la merecen. Son hombres dignos. Que sean trompeadores no quiere decir que no son dignos. No se puede decir que Cassius Clay no es digno. Maneja bien los puños pero es un señor. Es un señor.

—Señor Presidente —intervino el periodista Carlos Ortega—. Hay diversas experiencias que podemos observar en el orden internacional, sin pretender inmiscuirnos en los asuntos de otros países. Concretamente en un país del sur, un vasto movimiento popular, plural, apoyó a un presidente. Resulta que

por el divisionismo y el encaramamiento en los niveles de la dirigencia sindical de verdaderos delincuentes se ha roto la unidad de los trabajadores en ese país y el Gobierno se ha visto privado de un apoyo multitudinario. Nos preocupa mucho, señor Presidente, a periodistas y observadores de la realidad política del Perú, que en ciertos niveles sindicales haya gente incluso vinculada a la mafia de las papas. Eso, a mi modo de ver, desprestigia al proceso y aleja a las masas más honradas. ¿Usted comparte este tipo de preocupación, señor Presidente?

La alusión era directa al secretario general de la CTRP, a quien conocían en el Mercado Mayorista como "El rey de las papas", alimento que había desaparecido a consecuencia de una especulación.

—Pero mafiosos hay en todas partes, pues viejo. Si hay un raterito por ahí que sale con las papas, qué culpa tenemos, qué vamos a hacer nosotros. Si son varios, van a la cárcel todos. ¿El problema de las papas está o no está en manos del Poder Judicial? Van pues a la cárcel. ¿Qué culpa tenemos nosotros? Lo que se intenta más bien —y ahora Velasco aludía al Partido Comunista— es que hay una agrupación que quiere ser la única, mantenerse sola, y no quiere que otras agrupaciones se acerquen al Gobierno. De repente lo que quiere es mantener al Gobierno calato, para en cualquier momento mangonearlo como dicen en mi tierra...

—Señor Presidente —intervino Lauer—. . . lo que está creando un temor en los sectores populares en torno al MLR no es el hecho de que apoye al proceso. Eso no ha sido cuestionado. Es el tono de las declaraciones que han dividido hasta el momento al país entre el MLR y supuestamente los comunistas, lo cual parece un dilema inaceptable. El debate está en los periódicos y el MLR acusa de comunistas a todos los que cuestionan sus métodos y su lenguaje de violencia y su posición anticomunista que, como usted lo señaló, no es la posición de la Revolución Peruana. Las bases acuden a los periódicos en demanda de información. ¿Y qué podemos responder en cuanto al MLR, qué pueden decir los periódicos sobre sus métodos?

—¡Yo que sé! —se malhumoró Velasco—. ¿Qué quieren ustedes? ¿que el Gobierno sea árbitro en esta disputa? El MLR es simplemente un grupo que quiere apoyarnos y lo hace con

hombría, no a pañuelazos como ciertos intelectuales. No podemos rechazarlos.

La voz corrió por Lima: Velasco aceptaba al MLR. En algún momento de la prolongada conferencia de prensa llegó incluso a expresarle simpatía, casi una bienvenida.

Cuando salió del Palacio, un automóvil esperaba a Castillo Anselmi. De parte del General Gallegos, lo necesitaban urgentemente. El periodista subió al vehículo. No lo llevarón al Ministerio de Agricultura sino a casa del General, en el modesto barrio de Los Paujiles. No sólo Gallegos sino otros Generales lo aguardaban.

—¿Es cierto que el Presidente apoyó al MLR?— preguntaron tan pronto entró.

Castillo reconstruyó lo mejor que pudo las palabras de Velasco. Los Generales parecían amotinados. Gallegos subió a su auto y voló al SINADI. Sus insignias de General de División rindieron puertas y antenas: venía a llevarse la grabación de la conferencia de prensa. Diez minutos después salió con las cintas y una grabadora. Regresó a su casa. Al anoecer los Generales fueron al COAP, en el Palacio de Gobierno, y allí sesionaron hasta tarde. La versión oficial no llegó a los diarios sino a la medianoche. Las palabras de Velasco habían sido sustancialmente cambiadas: el MLR no era, de ninguna manera, el movimiento de la Revolución.

Archivo, File 7: Huelga de policías

LA POLICÍA SE NEGÓ A ABANDONAR sus cuarteles el lunes tres de febrero. A las siete de la mañana, la tropa ocupó patios y reñenes. Los más jóvenes guardias parecían comandar el movimiento. Nada los conmovió: ni las amenazas o los esfuerzos conciliadores de la superioridad, tampoco el helado disgusto del señor Ministro del Interior.

Así fue como nadie llegó esa mañana a ocupar garitas de tránsito o a custodiar puertas de bancos y embajadas. Francamente amotinada, la Benemérita se encerró en el cuartel de Radiopatrulla, en la populosa avenida 28 de Julio. Desde los

techos, muchos sin uniforme, los policías vociferaron que estaban en huelga.

Los temidos guardias de la Unidad de Servicios Especiales también se encerraron en su cuartel, nada más que a trescientos metros de la Casa de Gobierno. La desobediencia se extendió a la forzada Guardia Republicana. Sólo la Policía de Investigaciones parecía mantenerse intranquilamente al margen del conflicto entre las Fuerzas Auxiliares y el Gobierno Revolucionario.

No hay dedos en los gatillos para custodiar cajas de caudales. No hay rondas nocturnas que apacigüen sueños o silbatos que ordenen el tránsito. No hay quien sustituya a la Benemérita. No hay autoridad callejera o vecinal y se derrumban cotidianos derechos, las leyes. No hay quien se oponga a los violentos. Se evaporaba el Gobierno, por ahora nada más que edificios públicos y semáforos que parpadean la remota voluntad del Poder.

La ciudad se enteró de la huelga al sufrir sus consecuencias. Los diarios socializados no se ocuparon de la noticia y el Gobierno Revolucionario se abstuvo de emitir sus habituales comunicados oficiales con la única, la verdad pública.

Al caer la tarde, alumnos de la Escuela de Policía rodearon simbólicamente la Central de Radiopatrulla, una manzana con altos muros de ladrillo y baluartes de cemento, principal foco del movimiento. Nada más parecía una huelga. Los policías ganaban poco y trabajaban mucho. Ignoraba la ciudad que piquetes de policías iban de una comisaría a otra, alentando a los indecisos. Nada se sabía de la secreta simpatía de algunos oficiales por la huelga y de todas las demandas de la tropa, no sólo considerables aumentos salariales sino también el cambio del Director de la Guardia Civil y la destitución del Jefe de la Casa Militar del Presidente de la República.

Y todo por un bofetón, según decían.

Durante la celebración del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, a la que asistieron delegaciones de muchos países, un sargento de la Guardia Civil descuidó momentáneamente la vigilancia de Velasco y el General Ibáñez lo castigó con un ruidoso cachetadón. Así decían.

Ahora, la oficialidad permitía. En las Fuerzas Auxiliares, que cumplían labores de policía interna, se ganaba menos que en las Fuerzas Armadas. Ni un general de la Guardia Civil

o su equivalente de la PIP había alcanzado el rango de ministro desde el comienzo de la Revolución y la Guardia Republicana ni siquiera tenía generales propios. Al frente del Ministerio del Interior, desde 1968 siempre hubo un hombre del Ejército.

A pesar del silencio de todos los medios de información, el martes cuatro de febrero Lima no podía ignorar la desaparición de sus policías. Al caer la noche, unos trescientos guardias marcharon desde Radiopatrulla a la Prefectura, a invitar a la PIP a unirse a la huelga. Casi a las nueve regresaron por la avenida Grau. En la esquina con Andahuaylas, a cuarenta pasos de "La Crónica", fueron fotografiados. El reportero gráfico fue perseguido por un grupo de huelguistas que le arrebató la cámara. El periodista Rodney Espinel la recuperó después de un breve pugilato. Corrió a refugiarse en el diario. Los huelguistas continuaron su marcha en dirección opuesta. A tres cuadras más allá, en el encuentro de Andahuaylas con la avenida 28 de Julio, quedaba el cuartel amotinado. Unos mil quinientos policías gritaban su rencor hacia el Gobierno Revolucionario. De todos los distritos, los revoltosos seguían llegando.

Día 5. Hora: 01.00. Lima sin novedad

—ESTÁN FURIOSOS CON NOSOTROS —dijo Espinel mostrando su camisa rota. Había intercambiado varios puñetazos—. Dicen que somos unos farsantes, que no hemos informado nada de la huelga.

—Razón no les falta —admitió Thorndike.

—Creí que me iban a matar —añadió Espinel.

—De esta noche no pasa —opinó Domínguez—. El Gobierno no puede cruzarse de brazos: se le está amotinando todo el mundo.

—Acuérdense de El Potao —habló Castillo—. Empezó así, más o menos. Después tuvieron que tomar el cuartel a balazos.

—Hoy hubo Consejo de Ministros —dijo el Jefe de Infor-

maciones, Alejandro Sakuda—. Seguramente la huelga estuvo en la agenda. Si hacen algo, será esta noche.

—Los policías están dispuestos a cualquier cosa —calculó Espinel una batalla—. Así nomás no van a deponer la huelga. Han llegado demasiado lejos.

—¿Qué hacemos? —dijo Domínguez.

En la pequeña oficina de la dirección, las miradas viajaron hacia Thorndike. Eran las once de la noche. Podían olfatear un tufo a conspiración, casi a desastre. La huelga comenzó dos días después que el General Morales Bermúdez asumiera el virtual segundo puesto en la jerarquía revolucionaria. Un cerco de silencio rodeó la despedida del General Mercado Jarrin, que pasaba al retiro después de 35 años de vestir el uniforme, no sin antes inaugurar el nuevo Ministerio de Guerra. Algunos alcaldes que organizaron homenajes al ex-Primer Ministro y ex-Comandante General del Ejército, fueron cesados en el acto. El Gobierno prohibió la publicación del último discurso del General Mercado, durante un almuerzo de camaradería en el Círculo Militar. Ahora Morales tendría que resolver la peor crisis en la Revolución desde el último grave desacuerdo con los almirantes conservadores.

—Me preocupa que puedan capturar el periódico —dijo el director—. La policía conoce bien que esto... —miró las paredes de cartón, las frágiles ventanas—... esto es difícil de defender. Y estamos tan cerca del motín... —encendió un cigarrillo, mierda, ni una directiva del Gobierno, había llamado a media docena de generales sin ser atendido—... Bien, yo también creo que si van a liquidar la huelga, lo harán esta noche. Y si empiezan a pelear, vamos a quedar en la orilla de la guerra. Tenemos que trabajar la noticia y también tenemos que defender "La Crónica".

—Los fotógrafos están con orden de inamovilidad —dijo Domínguez—. Hay que cubrir Radiopatrulla, El Potao, la Guardia Republicana, la Guardia de Asalto...

—... y la Blindada —agregó Castillo.

A la una de la mañana del cinco de febrero, Thorndike viajó a Barranco. Si algo sucede, si los precavidos del diario tenían razón, si el Gobierno actuaba, si se termina de sublevar la policía, alguien avisará por teléfono. Había dormido apenas cinco horas. Bostezó mientras el perro saltaba a su encuentro. Avanzó a tientas hasta la terraza suspendida sobre el acanti-

lado. Acometía la marea alta, retumbando como una batalla. Más limpia que de costumbre, la noche respiraba encima suyo: como un rescoldo fosforescía en lo alto, avivado vaya uno a saber por qué soplos congelados. Visto desde abajo, no resultaba tan universo ese espacio al que sólo por ignorancia podía atribuir dimensiones infinitas. Un frío se le adhirió mientras se apoyaba en la baranda. No parecía febrero, lo mejor del verano. Si hay que matar, qué hacíamos Guillermo. Si hay que deshacer esta paz, ensuciar esta mirada, endurecer esta memoria, qué mierda diríamos. Si hay que sollozar o ser valientes, si hay que seguir de pie, si hay que pelear en serio, si acaso hay que morirse, cómo moriríamos Guillermo, tal vez fueses un muerto más digno que esto, acorralado siempre, a contramano siempre, viviendo de revés siempre. Meneó la cabeza, sacudiéndose los pensamientos. Dejaba la muerte siempre para más tarde, hasta que ella fuera inevitable. Mientras tanto vivía a todo cuerpo. Regresó sobre sus pasos diciéndose que no se atreverán, qué tontería pensar en peligros, mejor se echaba a dormir a pierna suelta. Se desnudó reconociendo el dolor de sus piernas, una gran fatiga. Pero ya en la cama, apagada la luz, un presentimiento lo obligó a alzarse, a escuchar el oleaje y, más allá, el tenso silencio de la ciudad. Fumó a pausas hasta que Charo encendió una lamparita.

—¿Prefieres ir al diário? —tampoco ella había pegado los ojos—. Aquí no vamos a dormir.

—¿Estás cansada?

—No importa —dijo ella—. Te acompaño.

Vistió un blue-jean, una camiseta, un suéter, unas botas viejas. Mientras se calentaba el café, regresó a la terraza. Más acá de la piel, sus orejas interrumpían su paz, un ruido viajaba con él hasta salirse afuera, como un silbido que no cesaba desde niño. Sin embargo recordaba el silencio. Lo silbaban, no llamándolo sino existiendo en su interior: el ruido de vivir. Porque la vida, aunque discreta, jugosamente organizada, emitía sonidos a los que nunca llegaba a habituarse, a veces más fuertes que aquello que pensaba, de modo que el ruido interior sofocaba el inabarcable rumor de las cosas, lo de dentro más nítido que lo de fuera, su silencio más violento que todo lo demás. Volvió a la alcoba y de un armario sacó el fusil-ametralladora, dos cajas de munición, los cargadores de repuesto, los cinturones con cartuchos de treinta. El perro

oliscó el cañón y retrocedió disgustado. En dos viajes llevó todo al Volkswagen. Bebió el café en la puerta de calle. Charro salió con cigarrillos y dos ponchos. A las dos de la mañana arrancó el automóvil. Lima parecía dormir.

Hora: 03.30: abran fuego

EL CORONEL JARA no había dormido en las últimas 48 horas. Su musculoso cuerpo entrenado para matar, la cabeza casi afeitada, los movimientos confiados, la mirada negra impusieron un respeto mientras revisaba sus pesados ornamentos de combate. Más bien inexpresivo, su rostro sugería la posibilidad de una violencia exacta, nunca excesiva: no por compasión sino porque el adiestramiento militar controlaba el despilfarro de todas sus fuerzas. Huesos jamás fracturados moldeaban sólidos pómulos, aún más sólida su mandíbula, aquella armazón como hecha para saltar en paracaídas. El coronel tenía eso que los civiles llamaban "cara de ranger", tan curtida por la intemperie que las arrugas de los cuarenta y cinco años parecían resquebrajaduras que, si la piel descansaba, cambiaban de color en su faz tostada. Con uniforme de tanquista, dictó rápidamente sus órdenes y, ante un gran plano de la ciudad, explicó a sus oficiales los pormenores de la operación. Allí, ahora está el enemigo, entre el mediocre progreso de La Victoria con sus edificios de alquiler, sus chifas, juguerías, salones de té o tiendas de abarrotes, y el vasto, inmundo laberinto del Mercado Mayorista. No señalaba el barrio sino un objetivo. Ninguna piedad, ningún ensañamiento intefería en su sentido del deber. A las tres menos veinte, el coronel se cuadró ante el General Leonidas Rodríguez. El comandante de la II Región Militar vestía de campaña, con un suéter negro bajo la camisa verde en la que nada más destacaban las insignias de general de división. Contempló Leonidas aquel rostro desprovisto de duda: saludó militarmente, otorgó permiso para continuar. Como el Coronel Jara, los soldados de la División Blindada no tuvieron tiempo ni para dormir: habían estado

de maniobras hasta la víspera. Igual que antes de otras crisis, el General Rodríguez no vaciló en llevarse al ejército a las afueras de Lima, pertrechado como para empezar una guerra. Salió el coronel a inspeccionar su batallón, los limpios aunque zurcidos uniformes de la tropa, a sus guerreros de pequeña estatura, color de puna o cholo pobre, reclutados desde abajo, llevados en camión a los cuarteles, rapados y desinfectados para enseñarles después a leer y a matar, a obedecer sin dudas ni murmuraciones. La diamantada pulcritud nocturna se convertía en neblinoso presagio del amanecer. Una humedad se condensaba en los carros de combate, cubriéndolos de una frialdad de serpiente. Faltaban diez minutos.

—Los tanques están alineados en la avenida Eléspuru —telefoneó Domínguez a “La Crónica”. En una caseta pública, casi frente al cuartel observaba las luces, la distante actividad. Nadie se preocupe por él: se pegará al primero de los tanques, llegará con la avanzada adonde quiera que se dirijan los soldados. Tenía nueve años cuando se acostumbió a los balazos, durante el gran saqueo a los negocios japoneses en tiempos de la guerra mundial. Era un niño de malas pulgas. Un maestro lo abofeteó porque no había comprado el libro de catecismo. Domínguez le vació el tintero en el rostro. Váyase a la mierda, bufó, soy pobre y no puedo gastar en cojudéces. Así fue como terminó vendiendo los tamales que hacía su mamá. El día del gran saqueo, abandonó todo por curiosear en los desechos almacenes hasta que las primeras descargas trizaron la ciudad. Ahora sabe con cuarenta y dos años de vivir en el peligro. Volverá, no se preocupen. Calculó la hora, vislumbró un movimiento—: Yo creo que salen a las tres.

Hacía catorce horas que Rodney Espinel vigilaba a los huelguistas. Iba y venía por el barrio obrero, construido hacía muchos años a continuación del prostibulario jirón XX de Setiembre, una zona de Lima que él había conocido en todo su esplendor de carne y cuchilladas. También maestro de escuela, honrado pobre venido a más, Espinel pertenecía a la peligrosa estirpe de los fanáticos. Pudo haber sido inquisidor y también asarse en la parrilla del martirio. O asesino, silencioso sectario embarcado en una guerra santa. No le dio el pellejo para tanto y devino en fanático del orden municipal y el cumplimiento de la ley. Se agigantaba en la denuncia de abusos o en la búsqueda de pruebas a las que, por lo gene-

ral, el Poder nunca prestaba atención. Con la barba crecida y las manos en los bolsillos se acercó a la puerta de la Central de Radiopatrulla, como si pegándole la oreja pudiese escuchar noticias por nadie conocidas. Zumbó una piedra que erró su cabeza por poco. Huyó de nuevos proyectiles, hasta de una botella que reventó en sus talones. Alzó un puño, invitando a los huelguistas a buscarlo de uno en uno, por qué no bajas concha tu madre, y las sombras replicaron al desafío con pedradas y risas, se armaba una trifulca. El abogado Vergara, jefe de edición de "La Crónica", saltó de un jardincito frente a la comandancia y corrió a rescatarlo. Suéltense, se enfureció Espinel, son unos mierdas, unos cobardes, por qué no bajan que aquí hay un hombre. De conocer, Vergara conocía. Tenía parientes policías. Había crecido en ese vecindario, Vengase conmigo, dijo, usted solo no puede contra todo el cuartel, por eso van a traer a los tanques, mejor cálmese, caramba. Al cabo, Espinel accedió, fueron a aovillarse al jardincito donde otro periodista, J.L Díaz, daba cuenta de la merienda de gallina y papas que enviaron desde el periódico. De rato en rato, Espinel miraba rencorosamente a las sombras. Si iban a sacarlos de allí, dijo, ya es hora de que empiecen.

El coronel Jara subió al primer tanque. Aquella, la acorazada, era la verdadera dimensión de su cuerpo, como si el enorme blindado no fuese en verdad un ancho navío sino apenas su armadura. Asomado por la torreta, miró sin despedirse el vasto cuartel. La columna se recostaba en los cerros, subían los soldados a las tanquetas de apoyo. A las tres se encendió la trepidación. No por pesado y amenazante sino por des-acostumbrado, el ruido de las máquinas de guerra desafinó en la madrugada. Con las luces prendidas, la columna se puso en movimiento, ya fuera del cuartel precedida a cincuenta metros por el Volkswagen amarillo de los periodistas. A las tres, Lima es una ciudad apenas transitada por lívidos emolienteros, putas desvinciadas, seres más o menos infelices o desesperados. Apagados los anuncios neón, clausurados los bebederos salvo unos cuantos bares en la avenida Tacna, ni cantan los gallos, ni despiertan aún obreros o beatas, ni hay servicio de autobuses, ni deambula por sus calles nadie más que solitarios, uno que otro mendigo sin prisa y sin rumbo. Final de la víspera o principio de la mañana, según se prefiera, en estos minutos largos, en este anti-tiempo anterior al sol agonizan

los infelices o los violentos sobre las blancas baldosas de la Asistencia Pública Central mientras, comprensiblemente, la ciudad de espaldas duerme sin prestar atención. Pronto la vida será empujada fuera del ciclo de sombra y otra vez habrá entierros, masticaciones, lecturas y urgencias. Creció la trepidación acercándose a las más venerables calles limeñas, aquellas de Abajo el Puente, la porción que por estar del otro lado del río había sido olvidada por el dudoso progreso de la urbe. Un aire a huerta, a callejón y monasterio perseveraba a pesar de la masiva aproximación de los blindados. En lo alto de su torre, inaugurando la trepidación, se acautelaba el coronel en las bocacalles, como si no fuese ejército en marcha sino familia de paseo, respetuosa de los semáforos. Observaban los soldados la creciente conmoción del vecindario. Asoman mujeres que se santiguan, niños descalzos que se frotan los ojos o quisieran irse con ellos, perros que ladran a esas orugas que maltratan el pavimento, hombres en calzoncillos que se preguntan si hay golpe. Porque a través de esos barrios venidos a menos avanzaban los tanques sólo para cambiar presidente. El paso de la más moderna fuerza acorazada de Sudamérica causaba un desorden, dejaba una festiva inquietud, un sabor a clandestino desfile, a guerra verdadera. Pero la columna no se interesó en el venerable puente que desemboca en el Palacio, comprendieron los vecinos que esta vez los tanques salían con permiso de Velasco: bordearon el Rímac por las calles más anchas hasta irrumpir en los alrededores de la Plaza de Acho, donde a la luz de lamparines de gas de kerosene prosperaban unos cuantos vendedores ambulantes de caldo de ave o de pan con huevo frito, también emolienteros que componían brebajes de berros, alfalfa, llantén y limón. Tembló el suelo con la inesperada aparición de los blindados, se interrumpió la ingurgitación mientras un asombro y un temor apuraban los corazones. Dentro de unas horas, allí se atascarán microbuses y colectivos, desayunará una multitud dejando tras de sí un rastro de cáscaras y desperdicios, irrumpirán triciclos colmados de todo, de jugos de frutas, de golosinas sospechosas, de cebiches adulterados, de turrone merodeados por las moscas. El coronel Jara se acomodó al vaivén cuando las orugas se hincaron en el asfalto cambiando de rumbo hacia el Puente Ricardo Palma. Alimentado por lluvias en la cordillera, el río bajaba gruesamente marrón, su estruendo absorbió por un mo-

mento el ruido de los tanques. La columna siguió de largo por la avenida Abancay.

Los cadetes de la Escuela de Policía subieron a un autobús y se marcharon. Eran las tres. El cuartel quedó en tinieblas. Detrás de esas murallas funcionaba la 29 Comandancia: el servicio de radiopatrulla. Y la XII y XIII Comisarias con sus patios, celdas y cuadras para la tropa. Una gran antena sobresalía por encima de los torreones. Las puertas eran de madera. En derredor del cuartel se alzaban algunos edificios de alquiler, el antiguo barrio obrero, pequeñas factorías. Unos mil doscientos guardias civiles ocupaban las instalaciones. Dos o tres oficiales, los últimos en salir, abordaron un jeep lleno de documentos. Las sombras disparaban al aire, se escucharon órdenes carajientas. Vecinos de pijama y pantuflas sacaban sillas a la vereda, se reunían a conversar. En sus vidas grises, el creciente motín nunca sería olvidado. Minúsculos empleados, esforzadas obreras tenían el privilegio de ver pasar la historia ante sus ventanas, así que rehusaban dormir, en la otra orilla de esas cuatro calles abiertas por los baches se acomodaban a cotorrear, a estar a favor o en contra de los amotinados o la Revolución. A la medianoche habían aparecido las vivanderas, consagrando la notoriedad de la huelga policial. Humos de frituras o llamaradas de anticuchos sólo se elevaban en días de procesión o fútbol, pero a veces las vivanderas se interesaban en la política. Los balazos al aire convocaban al menos a quienes vivían en el barrio, los curiosos se agrupaban en las esquinas o se sentaban en las veredas. Una que otra botella caía desde las murallas y reventaba en el pavimento asustando a las señoras. Grupos de policías, con o sin uniforme, vigilaban en la calzada. Vergara, Díaz y el fotógrafo Angeles se mezclaron con los inquilinos de un callejón que, por esta vez, simpatizaban con los custodios del orden, pobrecitos policías, tanto que trabajaban y nunca nadie les hace caso. Tres guardias se acercaron corriendo. Nos jodimos. Vienen carajo los tanques. Llega todo un batallón dispuesto al combate. Los jodía Velasco por amotinados, al Chino carajo no lo asustaban, ya le había parado los machos a la escuadra, a generales ambiciosos, ahorita barría la comandancia. Vienen los tanques. Como un lamento se trasladó la noticia a viva voz. Vienen los tanques. Luchar con qué, resistir hasta cuándo. No sirven balas, gases lacrimógenos, botellas de gasolina. A arro-

jar uniformes y a vestir de paisanos porque por menos rebel-
día era capaz de fusilar un gobierno. ¡Viva la Guardia Civil,
carajo! Varias descargas a ninguna parte saludaron a la Bene-
mérita. Ahora verán, cabrones. La policía, señores, no se acobardaba. Arrimaron los automóviles de patrulla a las puertas
del cuartel, formando una barricada.

—¡Ahí están! ¡cuéntenlos! —Thorndike se empinó en la es-
quina de Andahuaylas y la avenida Grau. Con camuflaje de
desierto, parte de la columna acorazada atravesaba Grau por
la avenida Manco Cápac, a unos doscientos metros de distan-
cia. El resto de los blindados aceleró por detrás de “La Cró-
nica”. Se acercarían al cuartel por sus cuatro costados—. ¿Cuán-
tos van?

—Sesenta, don Guillermo —dijo Pedro Parra, jefe de ar-
te—. ¡Carajo, va en serio!

—¡Señora, déjenos subir! —pidió J. L. Díaz a una mujer
asomada a la ventana de un tercer piso. Somos periodistas,
añadió Vergara. Pobrecitos, dijo ella, ahí corrían peligro. ¿Y
de qué diario son? La llave dio tres vueltas a la cerradura.
De “La Crónica”, señora. Angeles voló escaleras arriba. Ah,
qué bien, la mujer leía puntualmente “La Tercera”, pasen, es-
tán en su casa, era un honor recibir a los señores periodistas.
Vergara la ayudó a arrimar la máquina de coser, no fuesen
a rompérsela a balazos. Apagaron todas las luces. Con un pa-
ñuelo amarrado a la cabeza para sujetar su larga cabellera,
Angeles asomó enfocando su teleobjetivo.

Vienen los tanques. Desde los techos de la Comandancia
ven vaciarse las calles. Empujan sus carretillas las vivande-
ras en busca de más tranquilas bocacalles, se encierran los ve-
cinos en sus casas a atisbar desde un rincón de sus ventanas,
un silencio se espesa mientras se presiente el rumor de las
orugas. Vienen los tanques. Se achatan las sombras empuñan-
do metralletas, revólveres de servicio. Vienen los tanques. Es-
pinel asoma apenas por una pared, frente a la XIII Comisaría.
Vienen los tanques. El último botellazo se desploma hasta el
jirón Andahuaylas. Crecen las luces de los blindados y un sa-
cudimiento se propaga por las ventanas. Los sitiados contenían
la respiración, sudaban sus manos, latían sus cabezas, se seca-
ban sus gargantas. Vienen los tanques. El coronel Jara obser-
vó el silencioso cuartel, las calles desiertas, como si el barrio
durmiera o si nadie lo habitara. Sin embargo cientos de pares

de ojos casi fosforescían sin parpadear, sin apartarse del hombre que comandaba el ataque. Los amotinados vieron al oficial que se zambullía en su tanque, los blindados que colmaban las calles, rodeándolos, y, atrás, a los soldados que se movían velozmente, acordonando la oscuridad y completando el cerco.

—¡Tienen diez minutos para abandonar sus armas y salir con las manos en alto! —tronó una voz por un altoparlante. Eran las tres y veinticinco. Abandonen escondites, troneras, tejados, ríndanse todos. Nadie olvide que a los soldados se les enseña a matar y que en efecto matan. No se obligue a demoler esas paredes o a acribillar a los obstinados. La voz siguió intimando: ¡Toda resistencia es inútil! ¡Tienen diez minutos para abandonar sus armas y salir con las manos en alto!

—Somos periodistas —dijo Thorndike al soldado que asomó de la oscuridad. No hay postes de alumbrado público en el jirón Andahuaylas. A la luz de un zaguán donde se apretujaban unos vecinos, el soldado apuntó hasta que mostraron sus documentos. Una tanqueta retrocedía y su intermitente luz anaranjada bañó a los periodistas que siguieron acercándose al cuartel.

—¡Tienen ocho minutos! —amenazó la voz.

—No se ve ni mierda —se acauteló Lauer. A ver si pisabas, una cáscara y te rompías una pierna, advirtió Oquendo. Dejaban atrás la ruinoso muralla del Politécnico José Pardo, aventurándose por el barrio sitiado y en tinieblas. Brillaron los faros de un vehículo militar. Cuidado, dijo Lauer, deslumbrado. Un grupo de soldados se movió sin prestarles atención. Interrumpido por las voces, un borracho que dormía en la vereda gruñó despertando. Apoyado en las paredes, el harapiento contempló a la tropa, entre dos traspiés se animó estropajosamente, viva el Perú carajo, viva Juan Velasco Alvarado, a la Revolución carajo no la para nadie. Los soldados echaron a reír, oiga tío, váyase a dormir tío. Sintiendo de revés, el borracho empezó a chorrearse junto a Lauer, al fin se desplomó sobre unas latas de basura.

—¡Tienen un minuto! —insistió la voz.

Qué largo minuto en los techos, tras las murallas, en el interior de los tanques, en el objetivo fotográfico, en las esquinas con fusil, en las casitas vecinas donde las obreras apretan a los niños contra el regazo.

Nada se movió en el cuartel.

—¡Abandonen sus armas y salgan con las manos en alto!
—se agotó la voz.

—¡Asesinos! —respondió un vozarrón.

—¡Viva la Guardia Civil!

Las puertas no se abrieron.

El ladrillo en polvo, la penumbra en luz, el silencio en espanto, el miedo en rabia, el aire en astillas, en vaho a cordita, en estallido, tronó la pesada ametralladora del tanque de vanguardia. El resto de los blindados avanzó tiroteando. Apuntaban alto, esquivando las murallas. Acaso bastara el ruido para rendir a los sitiados. Del torreón norte replicaron con fuego de metralletas. A diez metros, un tanque descargó su ametralladora contra la armazón de concreto. De ambas partes medían los tiros, ajustando la puntería cada vez más cerca pero sin darse todavía. Ni una voz, ni un canto, nada más se escuchaba la balacera encrespándose, mientras las detonaciones enturbiaban la luz en las avenidas. Cualquiera puede morir aquí y nadie muere. Llega el tiempo y todavía. En este lugar se arrastran las agujas del reloj mientras los estampidos, tan rápidos que casi se juntan en un solo horror, combatían la noche hasta romperla, enviando sus quemadas ondulaciones a estremecer ventanas siempre más distantes. Se iluminan alcobas en el Campo de Marte, la batalla sobresalta Jesús María, la incertidumbre empuja a escuchar por las ventanas en Lince, suenan teléfonos en San Isidro, se propaga un temor: sublevación, muerte, guerra civil. La llameante superioridad de los blindados encogió a los amotinados. Gruesos disparos trizaron ladrillos, retumbaron contra los torreones. No será preciso usar artillería. Comienza el asalto, siseó Angeles, se encorvó Domínguez en pos de los infantes, se abrigó Espinel tras la pared rociada de balazos. A la puerta, creció la voz del coronel y el tanque embistió la madera, volcó la barricada, descuajó bisagras, derrumbó la albañilería, bufó sobre los escombros. Rechinaban las orugas aplastando obstáculos. Un gran silencio esperaba. El coronel empujó arriba, afuera de la torre, mientras desenfundaba su pistola saltó a tierra, avanzó en la oscuridad del cuartel. Descifraba el silencio, la tiniebla. Por los costados del acorazado se deslizaban soldados. Otro tanque derribó la puerta opuesta. Tardaban en ver. Antes que los reflectores descubrieran a un millar de policías sentados

en el patio con las manos en alto, de los techos dispararon contra el Ejército. Al filo de la carnicería, las balas quemaban en busca del coronel, desfondaron a un soldado, despedazaron la mandíbula de un cabo, mierda, los mataban, aquí y allá se escuchó gemidos, entonaciones de agonía mientras los policías dispuestos a entregarse enloquecían en el patio, refugiarse adonde, carajo ahora sí los fusilaban, explotaba el mundo sobre sus cabezas mientras corrían nada más que a chocar contra paredes, acorralados sin remedio. Las manos de la tropa se cerraron en los gatillos y, sin enfurecerse, el coronel ordenó que fuego, a tomar el cuartel. Domínguez retrocedió golpeado por pedazos de pared, casi abierta la cabeza, bestias carajo, la ráfaga degolló ladrillos justo encima suyo, todavía aturdido fotografió a un soldado manchado de sangre, cuya herida se agrandaba rápidamente, se limpió los ojos mientras los blindados se esforzaban por encima de las puertas trituradas y, todas las ametralladoras, todos los fusiles disparaban acercándose a siluetas que brincan por los techos o se descuelgan expertamente a otros escondrijos. Una sola orden del coronel bastaba para bajar la puntería o escorar esas murallas a cañonazos, despedazar las madrigueras, hundir la antena, arrasar la Comandancia. Los obstinados baleaban a su batallón así que capitán, usted teniente, sáquenme a esos bandidos, a ver si limpian los focos de resistencia vecinos a Andahuaylas sin necesidad de usar los tanques. La fusilería cumplió la orden. Aparecieron sombras con los brazos en alto, gimieron los heridos. El coronel vio a otros guardias, centenares de ellos apiñados en el extremo opuesto del cuartel, entregándose al Ejército. —Gritó—: ¡Alto el fuego!

—¡Cojones! —Vergara se aclaró la garganta alzándose de a pocos hasta la ventana. La última arremetida los obligó a tenderse en el suelo y ahora consolaban a la dueña de casa que hipaba de pavor. Angeles respiró como después de un galope. Se miraron en silencio, más amigos que nunca. Asomaron espacio. Techos vacíos, el vaho del combate todavía encharcado en las veredas, la infantería entrando al cuartel, incomprensibles voces de mando, el motor en marcha de los blindados: en eso terminaba la sublevación.

En fila de a uno, pacíficos rendidos o incógnitos combatientes nocturnos alcen bien sus brazos, por ahora muestren sus manos o descánsenlas sobre sus cabezas, sin apretujarse empie-

cen a salir hacia la avenida Bolívar a sentarse en el asfalto mientras vigilan los fusiles. De las zanjas donde engrasan pa-trulleros, de pátios en los que habitualmente se apiñan otros prisioneros, de sótanos de los que han colgado miserables in-terrogados, de oficinas donde nomás hace unos días tomaban manifestación a los sospechosos, de celdas desde antier vacías, de oscuridades por fin deshabitadas, de potros en reposo, de to-dos los posibles escondites emergían los vencidos, despojados de ley y de razón. Antes de rendirse dicen los asustados que nos jodimos, para qué le metieron bala a los soldados, los vi caer carajo: culpables ya no de huelga sino de sedición, re-vuelta, ahora a consejo de guerra, a juicio más o menos su-mario, a prisión si Dios quiere, a joderse toda la vida. En fila de a uno se acercan los humillados semblantes a la avenida Bolívar iluminada de amarillo. Los primeros en salir estaban sentados en el pavimento, las manos en la cabeza, rodeados por centinelas a la espera de los camiones que han de llevár-selos. Tras un forcejeo sobre la puerta derruida, cien, doscien-tos guardias echaron a correr. Un sargento disparó al aire pe-ro el coronel los dejó escapar, no iban a matar ahora, a ca-zarlos por barrios a los que se extiende su jadeo, qué largas calles cuando las distancias no bastan para alejar un peligro, atrás el barrio de los gitanos, unidades vecinales, conventillos y basurales, corren todavía o golpean puertas, ayúdeme señora, los iban carajo a fusilar, el Gobierno los llevaba vaya uno a saber dónde, acuérdense todos de los secretos, nocturnos paredones de Chan Chán o de los marineros ejecutados en la isla San Lorenzo, escóndame señor, subirán a los techos, aguardarán las muchedumbres de mañana para mezclarse a ellas, nos jodimos ojalá puedan huir, ahora sí que nos jodimos.

¿Quién vive? Espinel vive, abandona por fin su escondite. De ver, ha visto poco pero estuvo en el corazón de su noticia, sacude sus ropas alejándose de los soldados que van y vienen por la avenida 28 de Julio a las cinco de la mañana. Un ar-dor a pimienta enrojecía los ojos de Domínguez mientras el Volkswagen amarillo esquivo los blindados y emprende el re-greso a "La Crónica". El abogado Vergara trota con las ma-nos en los bolsillos por el jirón Andahuaylas. Fumaba el di-rector en la esquina de "La Crónica" preguntando a Oquendo qué crees ahora que suceda, quién diablos movió los hilos, será posible que nada más una huelga haya encendido la ba-

lacera y Lauer, mascando un fósforo, un papelito, dice que no seas ingenuo, Guillermo, qué hacían los corresponsales extranjeros dentro del cuartel hasta un rato antes del ataque de los blindados, acuérdate de los volantes con la mano negra, el terrorismo telefónico, las amenazas de muerte, las bombas que preparaban un miedo, los documentos repartidos por los guardias amotinados, la complacencia de ciertas autoridades, todo eso no se producía carajo por generación espontánea, era evidente una organización superior a cuanto han conocido, también hubo que sitiar a la Guardia Republicana para evitar que ayudara a la Benemérita, si sumas todos los efectivos de las Fuerzas Auxiliares verás que son tantos policías como soldados, estábamos ante la peor crisis de la Revolución. Ya está el café, anunciaron las mujeres. Lo beben mirando las ampliaciones de la batalla: tanques humeando en derredor de la Comandancia, la polvareda de los tiros contra esos torreones de cemento, lívidos soldados moviéndose entre el invisible silbido de las balas. Domínguez se frotó la mirada lastimada, se acomodó en el sofá—: Yo creo que la historia no ha terminado.

Se conectó la luz en el cuartel y el coronel inspeccionó cuadras y patios. Sus patrullas ya habían registrado en busca de prisioneros. El coronel se comunicó con la División Blindada: Comandancia tomada, prisioneros despachados, siete policías heridos, ni un muerto, mi General. Muy bien, regrese. Ocho tanquetas y dos compañías quedaron en poder del cuartel. En lo alto de la trepidación, el Coronel Jara volvió a atravesar la ciudad que despertaba. Más azul que amoratado el cielo, más transitadas que desiertas las calles, no lejos de la avenida Abancay se activaba el mercado, irrumpían comerciantes empujando carretas o triciclos llenos de mercadería, humeaban grasientos desayunos, se escuchaba el vocerío que no ha de cesar hasta la noche, regateando siempre, apenas suspendido para atisbar el paso de la columna acorazada. Los que salieron de sus casas hace dos horas a mirar los blindados, asomaban somnolientos con la falta de interés de quien asiste a rutinarias maniobras. A lo suyo la ciudad, ni se enteraba de lo sucedido. Este miércoles que se enfunda los pantalones y lee diarios donde tampoco aparece la noticia, comienza extrañamente en paz. Habrá que ganarse la vida en fábricas y empleos, viajar en colectivo, soportar el sol de febrero, amar

y odiar tranquilamente mientras llega la hora de ir al cine o a casa o de fornicar, comer, en fin, de practicar los sencillos hábitos del hombre. Los tanques volvieron a su cuartel antes que terminara de amanecer.

*Atención unidades: vuelvan
a sus cuarteles*

¿SABE USTED QUE APLASTARON CON tanques a los policías que se rindieron dentro del cuartel? Así es. Y sucedió aquí, casi ante nuestros ojos. Claro, yo vivo en el barrio. Escuchamos carajo los alaridos. Primero los barrieron de los techos y después. ¿Después qué? No quería ni decirlo, gorilas de mierda. Después metieron los tanques y detrás de las puertas trituraron a la Benemérita, les pasaron encima con las orugas, los han despedazado. ¡Muera Velasco! Muera, muera. ¿Hasta cuándo vamos a soportar los abusos, carajo? ¿es que no tenemos sangre en las venas? Bien, como le estaba diciendo, adentro hubo una carnicería, los cazaban a ráfagas de ametralladora. Así es, carajo, yo también vivo por aquí. Se llevaron los cadáveres en camiones, cinco camionadas de muertos se llevaron. ¿Y qué han hecho los policías? Nada más que protestar, hacer huelga porque pasan hambre. Yo también paso hambre, compañero, al pueblo lo abusan pero ellos, usted sabe cómo viven los gorilas, en grandes casas, con el estómago lleno, esa es la verdad, compañero. ¡Muera Velasco! Muera, muera. ¡Viva la libertad! Viva. Y ahí está el cuartel, señores, ocupado por los asesinos de la Guardia Civil, ahí los tienen asomando por las murallas: no quieren que entremos a mirar la sangre de nuestros hermanos. ¿Hasta cuándo vamos a tolerar que nos maltraten, amigos? Yo he escuchado los alaridos, al pueblo lo fusilaban, en camiones se llevaban escondidos a los muertos. ¡Velasco no nos puede engañar más! ¡Muera Velasco! Muera, muera. Y ahí, dentro del cuartel señores tienen más presos, policías, hermanos nuestros. ¿Vamos a permitir que los fusilen? No. Porque ya Velasco carajo ha empezado a fusilar.

Están fusilando dice que en Pachacámac, después enterrarán en las ruinas. Yo digo que debemos protestar, que debemos impedir, basta de matar policías. ¡Abajo Velasco! ¡Al cuartel, al cuartel!

Diez minutos antes de las siete de la mañana, los soldados que custodiaban la Comandancia observaron a la multitud que titubeaba en la esquina de Andahuaylas y 28 de Julio, arrastrada al fin por cuatro o cinco agitadores. Un hombre joven, de anteojos, corbata y aspecto doctoral, azuzaba a seguir a otro de bigotes y sombrero blanco. Unos muchachos en bividís de colores se dejaban arrastrar, desde atrás un zambo vestido de blanco ensayó puntería con una piedra. Los soldados intercambiaron miradas.

Desde algún edificio en la avenida Wilson, un francotirador hizo diez disparos contra los jardines del Paseo de la República.

Empuja el pobre su triciclo, ocupa su trozo de acera el ambulante, sube el obrero a su camión, aguarda el oficinista su microbús. De vacaciones escolares, los niños son libres. Brilla el sol anunciando un buen día para ir a la playa. Los que nunca pueden descansar, los pobres numerosos se despa-ran desde los cerros y callejones. Con un mugido, la vasta zona industrial entre Lima y Callao entró en actividad. En la Plaza Castilla, punto de partida de la próspera avenida Argentina, se atascaban los vehículos, sobre pistas y veredas cubiertas de minuciosas porquerías, engrasadas por vendedores de frituras, una muchedumbre mercadeaba. Entre la Plaza Castilla y el mayorista de La Parada, funcionaban mercaditos callejeros, crecía el tráfico, a bocinazos despertaban otros barrios donde no es tan urgente salir temprano a ganarse la vida. La ciudad no sabe, todavía.

—¿Señor Thorndike? Caray, muy bien, qué gusto encontrarlo —el General Segura escuchó las protestas del director de “La Crónica”, tenían la rotativa detenida a la espera de instrucciones, habrá que confirmar los datos, estaba lista una edición extraordinaria de “La Tercera” pero se pasa la hora, General, ya son las siete de la mañana, claro, no han dormido, sí, sí, tenían doscientas buenas fotografías por lo menos. El General habló—: Oiga, señor Thorndike, nosotros no vamos a echar leña al fuego. No me publique una línea de lo sucedido.

—¡Pero la ciudad entera debe haberse despertado! —protestó—. ¡Tenemos que informarl!

—No se acalore, pues, señor Thorndike. Yo no le digo que usted no va a informar, sólo le digo que todavía, caray, usted es bien impulsivo. Ahora agarre todas sus fotos y véngase a mi oficina, porque el Presidente está en camino a Palacio y tenemos que mostrárselas. Ahorita, pues lo estoy esperando.

—¿Qué dice? —indagó Sakuda.

—Que todavía —el sol caía sobre su rostro y el director parpadeó fastidiado—. Domínguez: las fotos, hermano. Velasco quiere verlas.

—¿Qué hacemos con “La Tercera”? —insistió Sakuda.

—No sale —dijo Thorndike—. Sin la noticia, no sale.

Despiertan los impuntuales, los que no tienen prisa, los que no sospechan. Hombres armados de baldes y escobas limpian desiertas salas de redacción en los diarios limeños, sólo en “La Crónica” los periodistas terminaban sus despachos, se apagaba la actividad con tazas de café, en el relato de todo lo vivido.

—¡Muera Velasco! —gritó el joven doctoral. La piedra más certera golpeó el rostro del soldado que manejaba la ametralladora pesada en lo alto de la tanqueta. Los blindados seguían estacionados en las puertas de la Comandancia. Instintivamente el soldado apuntó a los revoltosos, pero no disparó. La pedrada había deshecho su boca, la sangre le goteaba por el mentón. Más allá, en la avenida 28 de Julio, los muchachos en bividí volcaron un automóvil. Expertamente abrieron el tanque de gasolina y lo incendiaron. La llamarada naranja pareció enardecer a los atacantes del cuartel, tanto como la súbita desaparición de los soldados que asomaban por las murallas. Un clamor de voces, asesinos carajo, ahora atrévanse contra el pueblo, ahora maten, muera Velasco, crecía cuando el ensangrentado soldado disparó su ametralladora, apuntando arriba. El traquetear espantó a los valientes y las tanquetas echaron a rodar, agujereando el cielo. El Ejército se retiraba por Andahuaylas, en busca de calles más tranquilas para volver a su cuarteles.

Thorndike se detuvo en la vereda cuando escuchó la balacera a sus espaldas. Vio un humo. Dos policías de paisano se habían refugiado en “La Crónica” y el director dijo que está bien, cuenten su historia, tómense un café y descansen,

ahí nadie quería que los mataran, después los sacarán del centro en un vehículo del periódico, no se preocupen. Ahora los policías pidieron que por favor, que ya quieren escapar, no eran los únicos que habían huido del cuartel y a lo mejor los buscaban. El director asintió, sabía que debajo de la camisa los guardias tenían su revólver. Sakuda, viejo, que los lleven ahora. Estrechó sus manos y nuevamente oyó las ametralladoras, esta vez más cerca. Al costado del Politécnico José Pardo se instalaba cada mañana una paradita anibulante y las amas de casa no se inmutaron, no comprendían los periodistas qué hace toda esa gente en las calles, porque se comerciaba como cualquier miércoles industrial. La verdad, la ciudad no sabe.

—¡Don Guillermo! —jadeó un reportero—. ¡Están saqueando La Parada?

—¿Estás seguro?

—Lo he visto con mis ojos.

—Dominguez... que vaya un fotógrafo. No, viejo, tú te quedas aquí, alguien tiene que cuidar el periódico. Estaré en el veintiocho quince trece, me llaman si hay peligro.

Después que partieron las tanquetas, los revoltosos volvieron a agruparse frente a las vacías entradas del cuartel. Se acautelaron encaramándose en los escombros de las puertas a mirar adentro. Nadie. Se atrevieron hasta el patio de la XIII Comisaría. Entonces rodó a su encuentro una bomba lacrimógena y todos corrieron a la avenida 28 de Julio. Cuando se evaporaron los gases, tres oficiales de la Guardia Civil se aproximaron despacio, calculando las intenciones del populacho.

—¡Viva la Guardia Civil! —gritó el joven de aspecto doctoral—. ¡Muera Velasco!

Atrás, una voz propuso saquear el cuartel, encontrar las armas. En la esquina de Andahuaylas, otro automóvil quedó ruedas arriba y estalló en fuego. El del sombrero blanco encaró a la muchedumbre pidiendo silencio.

—¡La Guardia Civil no está contra el pueblo! —gritó. El joven doctoral lo secundó con voces de así es, abajo los gorilas—. ¡Hace unas horas, aquí han asesinado a nuestro hermanos policías! —la turba incendió un abandonado patrullero—. ¡Los asesinos se han marchado al ver que llegaba el pueblo! —ardió una carcochita en la avenida Bolívar—. ¡El pueblo

debe pedirle cuentas a los gerilos, no a nuestros hermanos policías!

—Ya pues, zambo —dijo un capitán de la Benemérita—. Vayanse de aquí.

Muy bien, se van. Ahora a desordenar la ciudad, a seguir quemando automóviles. No hay policías que salgan a dispersarlos. Hoy se puede hacer lo que se quiera.

—¿Qué piensa usted, señor Thorndike? —el General Segura terminó de examinar las fotografías con el coronel Torres Llosa.

—Son las nueve, General. Pienso en la edición de la tarde. ¿Qué ha decidido?

—Yo lo llamo, señor Thorndike, usted espéreme aquí— el General se puso la gorra, metió las fotos en un maletín—. Yo creo que debe decidir el Presidente.

—General... ¿sabe usted cuántos muertos hubo en la Comandancia?

—Ninguno.

—Pues eso habría que decirlo. La bola es que el Ejército acribilló a cien policías.

—Ah, señor Thorndike, usted siempre causando alarma. Tómese un cafecito que yo ya vuelvo.

Fue a asomarse a la ventana. Junto a la estatua de Pizarro, Charo y Bracamonte observaban a transeúntes que se apuraban por la Plaza de Armas. En las oficinas del jefe del SINADI, los teléfonos no cesaban.

—Señor Thorndike, qué hago —se angustió una secretaria—. Dice mi papá que han empezado desórdenes y que me vaya rápido a casa. Pero no puedo dejarlo al General.

Volvió a mirar por la ventana y detectó la anormalidad: ni un vehículo rodaba por la Plaza.

—¿Un café?

—Sí, gracias —recibió la taza y sin apartarse de la ventana, bebió a sorbos cortitos. En el vecino Palacio, conferenciaba el Poder. Mientras tanto, "La Crónica" estaba lejos de todo auxilio.

Una motocicleta se detuvo en la Plaza de Armas en la entrada del atestado Jirón de la Unión, a cien metros de donde Charo fumaba. No el piloto sino su acompañante extrajo una metralleta y disparó contra la gente. Un cobrador se desplomó muerto: le dio una bala detrás de la oreja. Mugió la muchedumbre espantándose peor que un rebaño, pisoteó a una mujer ensangrentada que se buscaba el balazo de rodillas.

—¡Charo, sube!

—¡Señor Thorndike, lo llaman de “La Crónica”!

Invisibles francotiradores comenzaban un tiroteo desde los techos de Lima.

—Guillermo —a Domínguez se le juntaban las palabras—. Oye, gringo, vienen hacia “La Crónica”. Hay un saqueo bárbaro...

—Voy, Chino... ¡Oye! Limpien la calle de automóviles y corten el tránsito. Chino, sin contemplaciones, hermano.

—¿Qué pasa? —dijo Charo al verlo salir y casi arrastrarla hacia las escaleras.

—¡Van a atacar “La Crónica”. ¡Doris! —se volvió hacia la secretaria de Segura—: Avísele al General. Y por favor, que manden auxilio.

Paco Moncloa escribía su columna “Frente único” cuando lo interrumpió el teléfono. Estaba en casa.

—Paco, hay tremendos disturbios en Lima —era su esposa Irma—. Dicen que anoche los tanques tomaron Radiopatrulla y que hay policías muertos.

—¿Qué cosa? —se le agrandaron los ojos—. Pero no puede ser, me habrían avisado de “Expreso”. ¿No será una bola, negrita?

—No sé, Paco, pero el centro está horrible.

—¿Que se ve desde ahí?

Irma trabajaba en una dependencia del Ministerio de Vivienda, cerca de la avenida Tacna.

—No puedo ver, pero escucho balazos.

Apuradamente se cierra la ciudad. El director de “Expreso”, Alberto Ruiz-Eldredge, tenía una cita en la Cancillería. Veía desplomarse cortinas metálicas, desaparecer automóviles. Uno de los porteros del Ministerio de Relaciones Exteriores se sorprendió al verlo.

—Buenos días, doctor. Mejor váyase a su casa.

—Buenos días, ¿pero qué sucede?

—No sabemos, doctor. Hay desórdenes y la policía sigue en huelga.

—Gracias —Ruiz-Eldredge se inclinó hacia el chofer—. Vamos a “Expreso”, rápido.

No se sabe de dónde, un balazo fulminó a Honorata Poma Mamani, vendedora ambulante en la avenida Abancay. Pedro Pablo Alarcón decidió irse a casa, pero en el camino le abrie-

ron el vientre y se desangró. Elsa Purisaca Purisaca murió instantáneamente de un tiro en la frente.

—¿Y ahora, por dónde vamos a “La Crónica”?

Un grifo de gasolina estalló por la avenida Grau. Seis automóviles ardían en 28 de Julio, entre el monumento a Jorge Chávez y el Lawn Tennis Club.

—No se preocupe, maestro —Bracamonte calculaba la ruta al timón del Volkswagen amarillo. Al borde de la Plaza de Armas vieron a las turbas entrar a los portales, pero los centinelas del Palacio dispararon sus fusiles y los intrusos se desparmaron. Thorndike incrustó el cargador de 32 tiros en la parabellum.

—¡Muera Velasco! —se oyó en la Plaza.

Corrían con cizallas a destrozar los candados de las tiendas. Otros destapaban los escaparates con veloces patas de cabra. Se desplomaban las vitrinas rotas a fierrazos. Una ululante multitud destripó la calle de las zapaterías, a cien metros de la Casa de Gobierno. Elegantes tacones, leves sandalias veraniegas, sesenta millones en zapatos fueron saqueados mientras la turba desembocaba en la avenida Abancay, a depredar los almacenes Marcazzolo.

—Informan de disturbios, ingeniero —anunció el vigilante Mori—. Y no hay policía.

—Cierren todas las puertas —ordenó Mauricio Barbis, gerente de los diarios “Correo” y “Ojo”. Ocupaban un antiguo edificio en plena avenida Wilson, cerca del Centro Cívico y del SINAMOS, del que Barbis había sido director de administración hasta aceptar la gerencia de los periódicos. Hijo de un coronel, el fornido Barbis no se alteraba fácilmente. Sus primeros recuerdos lo ubicaban en Cabo Pantoja, guarnición peruana en la frontera con el Ecuador, a seis días de Iquitos por el río Napo, una región salvaje donde el capitán Barbis se esforzaba por implantar la civilización. Siguió conferenciando con un grupo de publicistas. Bastará cerrar las puertas. “Correo” y “Ojo” eran diarios populares: no dio mayor importancia al aviso.

María Meléndez Yoclla yacía abierta a tiros sobre un gran charco de sangre en la avenida Abancay.

—Ojalá se pueda —gruñó Thorndike mientras atravesaban un terral después de cruzar el río por las afueras de Lima. Entraron a la avenida Grau por detrás del Cementerio. A lo

lejos humeaban vehículos incendiados. Por aquí empeoraban los desórdenes. Frente a la Facultad de Medicina, apedreaban autobuses. Una ambulancia aceleró desde la Asistencia Pública Central. Las piedras no la respetaron. Bracamonte frenó cuando los vidrios de la ambulancia llovieron como una cascada sobre el pavimento—. ¡Hijos de puta! Zambo, hay que pasar —Thorndike montó el gatillo—. ¡Vamos, César, no te quedes!

En dirección contraria, se acercó un autobús: los revoltosos cruzaron para apedrearlo mejor. Pegado a la vereda, el Volkswagen amarillo se escurrió hacia “La Crónica”, a cuatro cuadras de distancia.

En derredor del periódico, en los Barrios Altos o en La Victoria, el saqueo no perdonaba lo más grande, lo más difícil de arrastrar por las calles: grandes cocinas y refrigeradoras, hasta muebles eran disputados por una multitud dispuesta a tomarlo todo. No hay ley, señores. Una codicia sin fondo empujaba a los pobres habitantes de los callejones a descuajar cortinas metálicas y rejas. Desesperados vendedores ambulantes trataban de esconder sus pobres mercaderías. En el colmo del saqueo, quienes llegaban tarde arrancaban sanitarios, cables de luz, tubos neón, trozos de edificios.

Habían limpiado la calle de automóviles estacionados, cerrado la puerta del taller, cargado los archivos de la dirección a lo más seguro del edificio. Un grupo de desconocidos observaba los preparativos para la defensa.

—¿Quiénes son esos tipos? —se agrió Lauer que no se desprendía de un maletín.

—Nos están vigilando, seguro —opinó Domínguez.

—Pues si quieren ver, ahora les muestro —dijo Lauer cruzando hacia ellos. A cinco pasos, los encañonó—. Voy a contar hasta diez.

—La calle es de todos —desafió uno de los intrusos.

—A ti te doy primero, cojudo —raposeó Lauer—. Esta calle es nuestra. Uno, dos...

—¡Ahí vienen! —gritaron los vigías desde el techo. Había que trepar por temblorosas escaleras de mano. Subían baldes llenos de piedras. Bracamonte se echó a la espalda el fusil-ametralladora y se apuró por el taller, ya más alto que la rotativa salió por una ventana y de allí saltó al tejado. Podía ver el inmenso saqueo en la vecina avenida Manco Cápac.

Desde el Ministerio de Educación avanzaba una muchedumbre capitaneada por agitadores. Corrió hacia el lado de Andahuaylas. Motociclistas vestidos con bividís de colores precedían a la turba, se acercaban por Grau a espiarlos. Abajo vio al arquitecto Ordóñez, a Pedro Parra, a Lauer que esperaban pistola en mano. Domínguez enarbolaba un garrote. Regresó hacia la retaguardia. Una ruinoso muralla rodeaba toda la manzana. Si los atacaban por la espalda, la verdad que estaban perdidos. Se entretuvo observando a los artistas del circo arruinado que tranquilamente cocinaban su olla común. En una jaula se inquietaba un león hambriento. Rió imaginando qué sucedería si soltaban al felino en la avenida Manco Cápac y casi en serio pensó pedirlo prestado. Los conserjes habían subido al techo y se armaban de piedras. El licenciado Zacarías Flores preparaba la M-1. La multitud dobló hacia "La Crónica" por Grau. Bracamonte fue al frente, se inclinó por el parapeto.

—¡Don Guillermo, están a una cuadra! ¡Son como dos mill

Se sintió pequeño al salir a la pista. Se admiraba de su falta de emociones, ni miedo o valor, como si su existencia estuviese bajo un control automático y él tuviera que limitarse a observar actos de aparente firmeza. Alzó los ojos para ver el edificio de cemento que debían defender y después miró la curvatura de la luz que destruía toda ilusión de una techumbre descomunal. Sus ojos no bastaban para tanto azul. Adivinaba la esfera, el lento vapor de las diez de la mañana adherido a todas las superficies y, más alto, las distancias sin principio ni fin. Como una culpa al acecho, el universo respiraba más allá de su propia luz detenida. Ni cúpula, ni espejo, ni nada que pudiera tocarse, la total transparencia del cielo admitía un atisbo de la noche en pleno día, como si el espacio fuese un aposento excesivo para el resplandor solar. Dentro de mil años no habrá memoria de este día, ni un rastro de estas gentes, entonces, ¿para qué? Por segunda vez en la mañana, montó el arma. Los obreros del despacho de periódicos se alineaban en el taller armados de extinguidores o garrotes.

El índice de Bracamonte se acercó al gatillo pero apareció por la avenida un largo automóvil negro: quiso esquivar a la turba pero ya tarde para maniobrar, el chofer aceleró arrollándola. Desde el techo de "La Crónica" vieron volar

cuerpos, retorcerse a los heridos. El vehículo fugaba hacia la Plaza Grau. Tan violenta distracción dividió a la multitud: unos huyeron hacia Manco Cápac, otros auxiliaron a los golpeados, sólo los agitadores insistieron en continuar, a "La Crónica", a "La Crónica", a silenciar la voz de los gorilas, a quemar el diario. Ahora empieza, se escuchó decir Thorndike, nadie retroceda, al tiempo que se preguntaba qué los mantiene allí, sobre el asfalto calcinado por el verano. Cincuenta, cien enemigos asomaron por la esquina de Andahuaylas.

Pedro Parra, diagramador y delantero centro del equipo de fútbol de "La Crónica," el cachazudo, el chueco, el alto, el miope, el trasnochador alzó un brazo y disparó: el estampido no bastaba. Por un momento, en los dos frentes hubo un titubeo, como si aquello fuese irreal o si pronto tuviesen que despertar. El final del sueño no llegó. Seguían avanzando por la avenida. Thorndike caminó varios pasos. Podía matar y qué. Una curiosidad casi irresistible lo empuja a la crueldad innecesaria. Imaginó los cuerpos dando volteretas delante de la mira humeante, mientras la subía por encima de esas cabezas que no le creen: para el profundo, el sobreviviente de otros tiempos, para el animal que lo precede no hay conflicto, en cada cual habita un carnicero y es el verdugo quien ahora gobernaba. Sin embargo los esquivó. Retumbó la parabellum y sólo algunos atacantes retrocedieron. Rociaron de balas el aire, contando los tiros. Avanzaban. Vieron los brazos en ademán de pedrada, de bomba molotov. Esta vez balearon a los pies, se percibió el chasquido que quemaba el asfalto. Arriba tronó la ametralladora enviando dos ráfagas que rasaron sobre los audaces y fueron a incrustarse en la muralla del Politécnico. La avenida quedó desierta. Bracamonte los observó correr hacia Manco Cápac. Por la otra esquina de Andahuaylas, Ordóñez correteaba a un grupo de maleantes.

—¡Guillermo, teléfono! ¡Es de Palacio!

¿Así nomás, tan fácil? Dice Parra que la munición de nueve milímetros no sirve, se le encasquillaba la pistola. Fue como volver en sí. Recordó que tenía un arma en la mano, que dirigía un diario. Desmontó el gatillo, olió el cañón cerciorándose de haber disparado y entró a la sala de redacción. La telefonista había huido temprano, desconectando la central y cerrándola con llave. Sólo funcionaba un directo.

—¡Aló! ¿Quién es?

—¿Don Guillermo? Habla el General Ibáñez. El señor Presidente me encarga preguntar si están ustedes bien.

—Acabamos de disolver a una turba, General. ¿A qué hora nos mandan ayuda? Cualquier rato nos meten la rotativa por el culo, General. Todo el barrio ha sido saqueado.

—Dice el Presidente que procuren fotografiar a los agitadores.

—¿Cuándo vendrá protección?

—Si quieren quemar, que quemen —dijo el General—. Pero necesitamos fotografías.

—No vamos a dejar que destruyan la rotativa— se enfureció el director.

—No se arriesgue, señor Thorndike. Transmita el saludo del señor Presidente. Hasta pronto.

—Hasta pronto, General.—miró a los periodistas que lo rodeaban y colgó, suspirando—. Dice que tomemos fotografías. Parece que todavía no envían ninguna clase de auxilios. Estamos solos.

El edificio de ladrillos en la avenida Wilson ha soportado cuatro terremotos, el asesinato del dueño, crisis diversas. Hasta que Luis Banchemo Rossi compró un pedazo del colegio de La Recoleta, había sido un lugar razonablemente feliz, de espaciosas y bien ventiladas aulas con baldosas verdes y largos corredores que daban a un enorme patio de cemento, donde los escolares jugaban a la pelota. Tres jerarcas de la industria pesquera se dividieron el plantel de los curas franceses. La esquina se derribó para construir un rascacielos que quedó en proyecto debido a otra crisis. El pedazo lateral se alquiló a la Universidad Federico Villarreal, controlada por los apristas. En su enorme porción, con salida a dos calles, la ocupada Wilson y la mediocre Víctor Fajardo atrás, Banchemo instaló su periódico. Todo era precario, hasta mañana nomás el cartón y la madera, por poco tiempo el hacinamiento de maquinaria en sofocados talleres. Incesantes carpinteros ampliaban las oficinas achatando techos para sobre ellos construir laberintos con sabor a buhardilla. Sobre el antiguo colegio brillaba un rectángulo de neón con el nombre del diario, despliegue que confundía a provincianos que se presentaban allí a reclamar encomiendas postales. La verdad, en "Correo" se despilfarraba uno de los terrenos más caros de Lima, usándose el patio para almacenar bobinas de papel o recibir devoluciones de canillitas. El edi-

ficio principal tenía dos puertas, una clausurada y otra que conducía a la recepción, pero más allá, detrás de unos ventanales, funcionaban las oficinas de publicidad en un local recién comprado, con una tercera puerta, más frágil. Atrás, dos grandes portones admitían la descarga de bobinas. En este lugar no había más de cincuenta personas cuando una multitud ocupó la avenida Wilson a las diez de la mañana.

En la Gerencia alfombrada de azul, Barbis oyó el vocerío y se apuró por los bajos gritando que cierren las puertas y ventanas, reúnanse a defender. Subió a la sala de redacción para asomar a la calle y comprobó que en la esquina del Centro Cívico crecía la multitud.

—¡A quemar "Correo", a quemar "Correo"! —gritaron.

Llovieron pedradas. Como una fermentación se hacía audible, como un oleaje que se fuese cerrando en derredor de una isla. Avanzó la turba impune, de espaldas al intacto Casino de Policía empezó a demoler ventanas y a aporrear las puertas.

—¡Mori! —gritó Barbis—. ¡Qué salgan las mujeres, usen la puerta de atrás !

Los periodistas telefoneaban al Poder pero las líneas estaban ocupadas.

—¡Llamen al COAP! —se exasperó el gerente.

—No se puede, ingeniero.

—¡Mori! —Barbis confiaba en el vigilante, un ex-policía que había traído consigo del SINAMOS—. Saquen los autos y coloquen bobinas contra las puertas del patio.

—¡Sí, ingeniero!

Comprendía Barbis que esta vez se enfrentan a un peligro como nunca han sospechado. Son la presa desarmada. Para defender ese edificio sería preciso salir a pelear en la calle, no quedarse encerrados. Pero con las mujeres se han escabullido muchos trabajadores, no quedaban ni treinta personas. Tampoco estaban los directores de "Correo" y "Ojo". El primer turno de obreros gráficos no empezaba hasta la una. Regresó a la ventana, preguntándose qué hacer con tan raleado ejército de contadores y conserjes. No supo de dónde apareció un soldado disparando una metralleta. Era pequeño, llevaba puestos el casco y los arreos de combate. Hacía fuego moviéndose en círculos, rodeado por la turba que dudaba. Ráfagas cada vez más bajas persuadieron a los atacantes que se

retiraron hasta el Centro Cívico, pero sin abandonar el territorio. El soldadito se estableció en el medio de la avenida y frente a "Correo": desde allí repetía los disparos si se atrevían a avanzar.

—¿Qué hay de las llamadas? —preguntó Barbis.

—Todo ocupado, ingeniero.

En el cercano supermercado de EPSA en el jirón Washington, el administrador había ordenado cerrar las puertas. Las cajeras hacían cuentas cuando un ladrillo desmoronó los grandes vidrios de la fachada. Chillaron las mujeres, gritó el administrador que corran atrás, enciérrense en los baños, huyan al patio. Embestían los saqueadores desparedando el establecimiento. Devastaron las puertas y persiguieron a las cajeras a arrebatarles el dinero. Dos de las muchachas chillaron mientras les arrancaban las ropas. Manoseadas y rotas rodaron bajo la creciente embestida, cortándose en los filos numerosos de las vitrinas despedazadas. La turba alzó triunfante el jamón y la gallina, disputó escaparates de licores, arrebató inalcanzables conservas. Detrás aparecieron triciclos, a recoger el botín, el banquete de mañana. Descuajaban las cajas registradoras, hasta motores de refrigeración.

Al soldadito se le atracó la metralleta.

El Mayor General Luis Arias Graziani negociaba con el agregado comercial de la Unión Soviética en su refrigerado despacho del Ministerio de Comercio, en el Centro Cívico. Hacía un rato habían comentado la huelga de la Guardia Civil y el señor Ministro, un hombre de cabellos grises y bigotito que fumaba con una boquilla negra, se mostró preocupado por las consecuencias del conflicto. Entró uno de sus ayudantes de la Fuerza Aérea y le susurró al oído que están atacando el SINAMOS, señor, las turbas entraron al Centro Cívico.

Dos parecían huir, trotando encogidos, casi cubriéndose las cabezas mientras se pegaban a "Correo". Desde atrás saltaron sobre el soldado que alistaba su metralleta. No quieren golpearlo, nada más arrebatarle el arma. Mientras forcejeaban, la turba avanzó gritando. De la esquina opuesta apareció un segundo soldado y el inesperado tableteo espantó a los atrevidos. Quisieron usar al primer soldado de rehén, arrastrándolo hacia el Centro Cívico, pero consiguió soltarse y corrió a juntarse a su compañero. Desatoró la metralleta y volvió a colocarse frente a "Correo". El segundo soldado se evaporó.

El que vestía camisa azul derribó la puerta del lujoso edificio de certámenes internacionales donde en marzo tendrá lugar la conferencia de ONUDI y en agosto la cita de cancilleres de los Países No Alineados. Por alfombradas y desiertas escaleras se apuraron otros, armados de bombas de gasolina. Un piso abajo: los sistemas de comunicación inalámbrica para traducción simultánea. Dos pisos abajo: el salón de sesiones con sus espléndidas butacas de cuero. Las bombas deflagaron cerca de los túneles de refrigeración, en unos minutos achicharraron los sistemas de sonido y grabación. Como chimeneas, aquellos túneles absorbían el fuego, avivándolo con un aullido. Diez minutos más tarde, el edificio que costó quinientos millones, ardía por sus cuatro costados.

Al soldadito se le agotaron las balas.

El General Arias Graziani abrió un estante y sacó una metralleta y dos revólveres, seguido por sus ayudantes y el asombrado diplomático soviético, cruzó las oficinas mascullando que al primer maricón que corra, carajo me lo cargo, de aquí no se va nadie.

Una bomba de gasolina estalló en la clausurada puerta central de "Correo".

El soldadito fue a reunirse con su compañero. No volvió.

El Ministro de Comercio salió al pasaje principal del Centro Cívico. En la esquina se perdía el edificio de certámenes y en la avenida Wilson ardían varios automóviles. Construido en varios niveles de cemento, con plazas interiores y algunos rascacielos vecinos al Hotel Sheraton, el Centro albergaba oficinas del Seguro Social y, desde hacía varios años, al SINAMOS y a sus principales jerarquías. Arias Graziani casi tropezó con un tumulto de semidesnudos que gritaban consignas incendiarias. Metió dos tiros de revólver. El ruido paralizó a los violentos. Se detuvieron a diez pasos del General que los encañonaba.

—Al que pase de allá —y el cañón de la metralleta señaló unos peldaños—, lo mato, cojudos.

Empezaron a retroceder.

—Piénsenlo bien, carajo —insistió el General—. ¡Ahora largo!

Otras turbas trizaban los vidrios del Hotel Sheraton, penetraban al vestíbulo mientras chillaban turistas, se encerraban las camareras en la cafetería. El propio servicio de seguridad del hotel rechazó a los atacantes.

El carpintero Flores conectó la única manguera contra incendios de "Correo" y mojó la puerta en llamas. Desde la planta alta, Barbis vio que pasaban agitadores en motocicletas lanzando bombas de gasolina contra la segunda puerta. El humazo que brotaba del Centro Cívico asombraba la avenida. Decidió bajar. Un vaho irrespirable colmaba el vestíbulo del diario pero consiguió entrar a la Gerencia y abrir su escritorio. Pensó en cuanto había que salvar: balances, archivos, la historia de la compañía. Estaba solo y rebuscó hasta encontrar su revólver, salió tosiendo. También atacaban por el anexo de publicidad, ahora el carpintero Flores dirigía el chorro a través del pasaje que conectaba ambos edificios.

¿Y el Gobierno? protestó Mori. Así es: dónde estaba el Gobierno. Lentamente el centro de la ciudad se convertía en una ruina, un zafarrancho a saqueo convocaba a crecientes muchedumbres llegadas desde las más pobres viviendas de La Victoria o de los Barrios Altos. Crece el exterminio y no hay Gobierno. Destrozan las oficinas de Canadian Pacific y no hay Gobierno. Saquean joyerías en el Jirón de la Unión y no hay Gobierno. Arremeten contra Scala, el más grande almacén de la ciudad, y no hay Gobierno. Por los amplios sótanos del Centro Cívico, escapaban numerosos funcionarios del SINAMOS, el aguerrido Ministro de Comercio envió gente armada a rescatar al General Sala, a traerlo por el subterráneo. De rato en rato soltaba ráfagas para contener a los frustrados atacantes.

Pues ahí estaba el Gobierno, se alegró Barbis. Volvió a espantarse la muchedumbre y asomó por la ventana: desde la avenida Tacna se aproximaba una columna de tanquetas.

Calzones o jabón, vajilla o calcetines, nada queda de la gran tienda Tía en la avenida Aviación, junto a La Parada: el saqueo no perdonó las cuarenta cajas registradoras. Por encima de un cadáver caminado por las moscas, la turba se llevó setecientos trajes, mil doscientos pantalones, seiscientas chaquetas y diez mil camisas y calzoncillos del almacén Ternopalace, a veinte metros del diario "La Prensa".

—Una, dos, tres... —contó Barbis. Mori agitaba los brazos—
...nueve, diez tanquetas, ¡bravo, aquí, aquí!

—¡Soldados, hey, ayuden! —gritó Mori.

Las diez tanquetas siguieron de largo hacia el Sur.

¡No puede ser, ingeniero, el Gobierno nos abandonaba!

Barbis sacudió la cabeza. Los van a arruinar, seguro. Los bomberos decían que muy bien, ahí vamos, y sin embargo no llegaban aunque su cuartel estaba nada más que a trescientos metros de distancia. Y en Palacio dicen que el Gobierno está muy ocupado, no se pudo hablar con nadie. La multitud avanzó victoriosa hacia "Correo". Empujaban un automóvil al que prendieron fuego casi frente al edificio. Desde la sala de redacción, Barbis y Mori empezaron a disparar.

El antiguo y bien surtido Bar Zela de la Plaza San Martín no resistió el asalto. Primero botellas de licor, después vajilla, también sillas y mesas fueron a alimentar el saqueo. Butifarritas, turrónes, milhojas, pan recién horneado de la pastelería vecina terminaron entre las muelas de los hambrientos. La turba ganó la entrada del Círculo Militar del Perú, antiguo club de oficiales del Ejército que funcionaba en uno de los edificios de tres pisos de la Plaza. Bombas de gasolina inflamaron salones y comedor, el bar se hundió, la biblioteca se hizo cenizas, hasta los cuadros perecieron en la rencorosa cremación.

Los asaltantes de "Correo" no retrocedieron. Barbis se detuvo en la última bala, contempló los triciclos cargados de latas de gasolina que iban a alimentar el incendio bajo sus pies, carajo Mori nos vamos. Por la escalera de cemento subía un humo negro. Bajaron de memoria cerrando sus narices a la brutal sofocación. En el último tramo se sintió mojado, el carpintero Flores dirigía el manguerazo a los dos solitarios sobrevivientes de la planta alta. Barbis salió al patio a vomitar, a llenar sus pulmones de aire, a lavarse la mirada. Las viejas aulas de La Recoleta, los pasadizos que anduvo Luis Bancho Rossi hasta la víspera de su asesinato, el lugar donde los periodistas escribieron la alborozada promesa de una prensa verdaderamente libre, ese edificio ardía furiosamente. Se admiró de haber escapado del incendio. Pero todavía no se quemaba lo más importante de un periódico: su maquinaria.

—¡Traigan el montacargas! —vociferó el gerente—. ¡Saquen las bobinas del patio!

A un costado del taller, en sucesión de aposentos carpinteados de cartón y calamina, se sucedían la cafetería, la oficina de distribución y el almacén. Los fotógrafos contemplaron cómo se carbonizaba su invalorable archivo de negativos, el trabajo de doce años. Desde allí, el incendio se propagó a

la cafetería. Rescataron la caja fuerte del departamento de distribución antes que los alcanzara el fuego.

—¡Saquen todo a la calle de atrás! —gritó Barbis.

—¡Primero hay que mover las bobinas, apúrense! —se sofocó el señor Arrieta, jefe del despacho.

—¡Ingeniero, el montacargas no funciona! —anunció el obrero Chicharrón—. ¡Lo han saboteado, ingeniero!

En una céntrica joyería, el dueño empuñó su pistola cuando la puerta metálica comenzó a derrumbarse. Mató al primer saqueador que se atrevió a entrar. A quemarropa mató al segundo. Apenas retrocediendo mató al tercero. Contempló los cuerpos en el alfombrado pasadizo, a otros bandidos que entraban. Huyó por una puerta trasera. A cien metros de distancia, en una gran ferretería, los propietarios japoneses rechazaron a tiros el asalto. Contaron ocho cadáveres amontonados en la puerta de su negocio. Un cuarto de millón de limeños había evacuado a pie, en taxi, en los últimos autobuses el centro de la ciudad. Ahora, en las calles sólo quedaban las turbas violando y robando a plenitud.

—Vaya, por fin —Lauer señaló un helicóptero de la Fuerza Aérea que sobrevolaba los techos.

—“Correo” está en llamas —informó Sakuda. Había sido uno de los fundadores de ese diario—. También están quemando SINAMOS.

—¿Qué se sabe de “Expreso”?

—Nada. No contestan sus teléfonos. Seguro que... —Sakuda se volvió al escuchar el silbato en la azotea de “La Crónica”.

—¡Ahí vuelven! —vociferó Bracamonte—. ¡Vienen por Manco Cápac! —y después—: ¡Cuidado con el grifo!

Más allá de la esquina, ni a ochenta metros del diario había un grifo de gasolina, donde se surtían vehículos interprovinciales y camiones. Corrieron a cubrir esa esquina. Mientras Parra y Zacarías Flores contenían primero y dispersaban después a los saqueadores, volvió a tronar el fusil-ametralladora en el techo del periódico. Los defensores controlaban también la esquina de Grau, desde allí tirotearon hasta limpiar la amplia avenida.

—Ya nosotros nos salvamos —dijo Thorndike desmotando el gatillo. En verdad “La Crónica” se había convertido en una montonera que empezaba a adueñarse del barrio. Se acercó un hombre con una lata y Espinel lo acorraló, incendiario de

mierda no te muevas. El desconocido quiso correr, después pelear. Espinel le hundió el cañón de una pistola debajo de la barbilla. Se rindió manos arriba. Lo obligó a apoyarse contra la pared mientras lo registraba. ¡Guillermo, éste tipo lleva una lata de gasolina! Es agua, gimió el prisionero. ¿Agua? Espinel no cesaba de encañonarlo. Zacarías se acercó a destapar la lata y probar su contenido. Sí, es agua. Que se vaya. Cargados de telas, de zapatos, de artefactos domésticos volvían los saqueadores por Andahuaylas. La primera línea de defensa los dejaba pasar y frente a "La Crónica" los capturaban. Un zambo que se quiso amotinar fue prontamente demolido por el musculoso Zacarías. El griterío convocó al director. Descubrió un rebaño de saqueadores con las manos en alto en la puerta del diario. ¿Qué hacemos con ellos? preguntó Bracamonte que había dejado a otros vigías en los techos para tomar un poco de sombra. Carajo, zambo, qué vamos a hacer. Soltarlos, dijo Thorndike. Pero son saqueadores, protestaron los captores. Sí, pero aquello era un diario, no una cárcel. Los defensores replicaron que no se preocupe señor director, ellos los vigilaban. ¿Y si vuelven a atacar "La Crónica"? ¿quién vigila a quién? Quítenles todos sus documentos personales y que se larguen. ¿Y el botín? Guárdenlo bajo llave y tomen inventario. Thorndike contempló el cielo ennegrecido por los incendios, volvió a la sala de redacción. ¿Y "Expreso"? preguntó. Nada, dijo Sakuda, no hay señales de vida.

Barbis ordenó que mojaran las paredes del taller. El horno para fundir plomo se alimentaba a petróleo, pronto los tanques harían explosión si el calor sigue en aumento. Demolían vecinas oficinas de madera para interrumpir el incendio. Con ayuda de barretas, los obreros movieron las bobinas y pudieron abrir una de las puertas posteriores.

—¡Ingeniero, el taller! ¡Se quema el taller!

Barbis corrió a mirar: por la sección cometas bajaba el incendio. Ardieron las bobinas bajo las tres rotativas, explotó la tinta, se retorcieron las calaminas, retrocedían los trabajadores empujados por el abrasamiento general. Atrás, atrás. Y salven lo que puedan. Cargaban máquinas de sumar o calcular, los archivos de contabilidad, vaciaban el almacén transportándolo todo hasta la calle Víctor Fajardo. Doscientas bobinas se quemaban en el patio y un hollín enturbiaba el cielo sobre sus cabezas. Adónde llevar ingeniero lo que salvaban,

no podían dejarlo en la vía pública. En ese momento los saqueadores aparecieron por la esquina.

—¡Están sacando cosas, a quemar carajo, a quemar "Correo"! —se anunció un cabecilla.

—¿Qué más quieren? —gritó Barbis avanzando hacia ellos. Señaló el incendio: ¡Lo han quemado todo! ¿Ahora qué buscan?

—¡Que no salven nada!

—¡Déjennos algo! —insistió Barbis.

—¡No se salva nada —replicó el cabecilla—. ¡Los diarios no sirven al pueblo!

—¿Y qué culpa tienen los obreros? ¿quién va a responder de sus derechos si todo se carboniza?

La turba crecía a la expectativa mientras el cabecilla discutía a gritos con el gerente.

—¡Estos obreros ya se quedaron sin trabajo! —vociferó Barbis—. ¡Por lo menos que cobren su semanal!

—¡Los diarios son enemigos del pueblo!

—¡A quemar, a quemar "Correo"! —

—¡Carajo, ya está quemado, "Correo" ha dejado de existir! —pensó Barbis que esto se acabó, ya nos jodimos, nos quitan lo poco que queda y nosotros qué, no iban a quedarse cruzados de brazos, pero otro cabecilla, hasta ahora silencioso, dijo que sí, está bien, que salven algo, nos vamos.

En los alrededores de la Plaza San Martín, los más afortunados saqueadores organizaron un mercadito de robos. Aparecieron los charlas a anunciar con voz profesional las ventajas de comprar ahora, señores y señoras, sin plazos ni intereses, a precios de verdadera liquidación, esta espléndida cocina que la venden a quince mil soles ahora con yaya nada más que a cuatro mil, más barato ni en el paraíso, aprovechen caballeros, por incendio rematamos licuadoras, lustradoras, televisores, todo fino, sólo marcas de prestigio, compre como pobre lo que usan los ricos. Desde los cerros y sus empinadas barriadas descendió una muchedumbre armada de necesidad. Zarpas incontables se abrieron paso por los establecimientos "Bandera Azul", cuyo dueño, un árabe lujurioso y derrochador acababa de morir de mucho parrandear y donde se vendía al por mayor y menor telas al peso: saquearon doscientos millones. Una hora bastó para que dismantelaran la vecina fábrica "Fantasía" de ropa para mujeres. Al mediodía se veía as-

cender, como columnas de hormigas desparramándose entre las chozas y tugurios, a victoriosas saqueadoras que sostenían sobre sus cabezas piezas de géneros de vivos colores que reverberaban al sol.

Hora: 13.00. Estado de sitio

EN 1969 EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO expropió al prófugo ex-ministro de Hacienda Manuel Ulloa los diarios "Expreso" y "Extra" y se los entregó a su frente único de trabajadores. Hasta 1974, "Expreso" había peleado cada veinticuatro horas contra el resto de la prensa limeña, opuesta a la Revolución. En la defensa de la Reforma Agraria o de la ley de comunidades industriales, en la denuncia de enormes inmoralidades que trajo abajo imperios como el de los Prado o en la lucha por fueros sindicales amenazados por autoridades reaccionarias y la matonería de algunos empresarios, "Expreso" se había convertido, con todos sus errores y toda su valentía, en un símbolo revolucionario. Por eso la batalla que se libró el 5 de febrero en las puertas del diario fue la más intensa de cuantas se vivieron en la ciudad.

Quince días atrás, más o menos avisados por el creciente terrorismo de derecha, los trabajadores se reunieron en asamblea a examinar la seguridad de su edificio. Designaron una comisión presidida por el gráfico Carlos Ramos para organizar brigadas de defensa, elaborar un plan para el caso de ser atacados por turbas y, en fin, para asumir el comando del diario si llegaba la hora. Así fue como se instaló un sistema de altoparlantes para propagar órdenes dentro del diario y una sirena para dar la alarma. Los defensores también recolectaron botellas que convirtieron en bombas de gasolina. En el techo de "Expreso" se amontonaron piedras. La brigada del taller alistó líneas de plomo a manera de garrotes y diversas clases de proyectiles. En la sección fotograbados, los obreros preparon bombas de ácido sulfúrico.

—Están saqueando La Parada —informaron en la sala de

redacción. Mónico escuchaba el resumen de lo sucedido en la 29 Comandancia. Otra vez sonaron los teléfonos—. Están quemando “Correo”.

Subieron al tercer piso y descubrieron un grueso penacho de humo negro sobre techos distantes. Ramos hizo sonar la sirena.

Ni Melita, secretaria de la dirección, ni la señora Basurco se movieron de “Expreso” cuando se pidió a las mujeres que se fueran. Mientras una brigada de veinte bajaba la cortina metálica del diario y ocupaba la vereda sin disimular sus garrotes, Melita se hizo cargo de la central telefónica.

A ciento cincuenta metros de la avenida Tacna, donde ya iban y venían las turbas, “Expreso” queda en un barrio de tugurios, entre las calles Chancay y Cañete, cerca del Mercado de la Aurora y del templo de Las Nazarenas, donde reposa la amada imagen del Señor de los Milagros. Ocupa un edificio de cemento sobre el Jirón Ica, frente al cine Astral y entre dos prósperas chinganitas: el bar Tani y el restaurante Almeyda. Suponían los trabajadores de “Expreso” que de producirse un ataque, sería desde la avenida Tacna. Por el lado contrario, a partir del Mercado de la Aurora y por la calle Chancay, aparecieron al galope los primeros ciento cincuenta atacantes. La vociferante irrupción en una esquina a la que no prestaban atención, casi paralizó a los defensores.

—¡A “Expreso”, a “Expreso”!

—¡A quemar “Expreso”!

Paco Landa, el jefe de redacción, reaccionó con un aullido, a ellos carajo, viva “Expreso” y acometió resueltamente al frente de los defensores. Se encontraron a mitad de la calle, sañudamente combatieron con puños o pies y garrotes, empujando los de “Expreso” al enemigo hasta la esquina y, ya aporreando sus espaldas, en vergonzosa fuga hacia el Mercado. Ahora sí, se endureció Ramos, a cerrar la calle. A partir de ese momento, por allí no pasa nadie. Hicieron rodar bobinas de papel hasta clausurar la esquina frente a la plazoleta de San Sebastián. Después levantaron otra barricada en la esquina de Ica y Chancay. Los trabajadores formaron en tres hileras, adelante quienes tenían garrotes, atrás los que estaban armados con bombas de gasolina. La verdad, no creían posible una batalla. Sin embargo montaban guardia bajo el sol, observados por sonrientes vecinos que asomaban a las ventanas,

esos locos de "Expreso" eran unos tipos francamente divertidos. Pero los vigías apostados en Tacna regresaron jadeantes, era verdad, una multitud se aproximaba por la avenida, precedida por misteriosos motociclistas.

Engordó un vocerío, la muchedumbre llenó la entrada del Jirón Ica, caudalosamente se empujó hacia adelante, a incendiar "Expreso", a limpiar el Perú de comunistas sirvientes de gorilas comechados.

—¡Nadie se mueva! —advirtió Ramos.

En las filas de "Expreso" nadie se movió. La amenazante inmovilidad de los trabajadores atemorizó a las primeras filas de saqueadores y la turba empezó a detenerse. Medio minuto estuvieron frente a frente, separados por veinte metros de asfalto y la barricada de papel.

—¡Las botellas! —gritó Ramos.

Desde atrás, los defensores aventaron humeantes cocteles molotov. Gritos de rabia se mezclaron a los bombazos. Por la ondulante transparencia del aire casi vidriado por el fuego, vieron a los atacantes que huían de vuelta a Tacna. Detrás de la gasolina inflamada, los obreros arrimaron expertamente las bobinas que cerraban la pista y, aprovechando el quemado calmazo, el doctor Ruiz Eldredge se apuró hacia su periódico. La aparición del director fue saludada con aplausos.

A Moncloa, manco de la diestra, Ramos lo devolvió al interior del edificio. En la oficina de la dirección, ahora telefonaba a Palacio a pedir ayuda. Desde la ventana pudo ver que la multitud de atacantes crecía sin pausa. El joven doctoral que a las siete de la mañana azuzaba frente a Radiopatrulla, ahora arengaba a los indecisos, vamos, no iban a tenerle miedo a los comunistas, avancen carajo. Los que vestían bividí de colores para identificarse como capitanes de las turbas, los que incendiaron el Círculo Militar, los que destruyeron "Correo", los que desencadenaron el saqueo en el Jirón de la Unión, todos llegaban para el gran asalto final a "Expreso". También Ruiz Eldredge empuñó un teléfono.

—Tú llama al COAP —dijo el director—. Tengo noticias de un estallido fenomenal en toda la ciudad y la policía sigue en huelga.

—Se está convirtiendo en un bogotazo —dijo Moncloa—. Aló, por favor, con el General Graham: es muy urgente, de parte de Moncloa, del diario "Expreso". ¿Cómo? ¡Que no se

puede acercarl ¡No hay ningún oficial del COAP? Aló, aló. ¡Carajo, me colgaron!

—Aló, ¿Segunda Región? Deseo hablar con el General Leonidas Rodríguez. Soy el director de “Expreso” —Ruiz Eldredge miró hacia las ventanas. Contra la fachada chasqueaban balazos—. Ah, no está. Por favor, ¿y su ayudante?

Diluvieron piedras sobre los defensores. Mil, dos mil enemigos se turnaban para arrojar proyectiles. Tuvieron que pegarse a las paredes para esquivarlos. Después empezaron a devolver pedradas. Por encima de la pacífica plazuela de San Sebastián, con sus árboles donde al caer la tarde piaban miles de gorriones, se entrecruzaban los disparos. Ramos soló un silbato y ordenadamente los defensores se metieron en “Expreso”. Con un grito de júbilo, la muchedumbre avanzó hacia el diario. Desde el techo cayeron las botellas con ácido sulfúrico, justo lo necesario para causar ruido y levantar malolientes vapores. Por segunda vez los atacantes echaron a correr, ahora perseguidos por los de “Expreso” que blandían sus garrotes. De nuevo dueños del Jirón Ica, volvieron a alzar su barricada de bobinas. Chocaron balazos contra la fachada. En la planta baja, Melita y Esther Basurco rompían camisas para vendar a los heridos, goteaba la sangre en las baldosas. En Tacna, la multitud siguió creciendo.

—Aló, mayor —Ruiz Eldredge suspiró—. Mayor, pretenden incendiar “Expreso” desde hace uná hora. Se ha rechazado tres ataques sucesivos y me parece que no vamos a resistir mucho tiempo. Han empezado a tirotearnos y no tenemos armas. Quiero saber si nos van a ayudar.

—Por supuesto, doctor —respondió el ayudante—. Ya se va a tomar medidas, no se preocupe.

—No tengo más remedio que preocuparme, mayor. ¿Dónde me puedo comunicar con el General?

—Creo que es imposible, doctor, pero insisto, por favor, no se preocupe.

Cómo no nos íbamos a preocupar, Alberto, las balas seguían chocando contra “Expreso” y la sala de redacción estaba llena de trabajadores ensangrentados: bocas apedreadas, frentes abiertas, narices machucadas. Melita los parchaba utilizando trozos de camisa y la señora Basurco daba buches de agua con sal a quienes tenían dientes rotos. Se acabó el alcohol y el agua oxigenada y escaleras arriba llegaban más heridos.

“Expreso” tenía dos entradas: la que defendía el grueso de sus trabajadores en el Jirón Ica y otra, protegida por una enorme puerta de metal, que usaban los camiones de distribución en la calle Chancay. A diez metros de esa segunda puerta, en una casita alquilada funcionaban las oficinas de circulación. Después del tercer fracaso en el Jirón Ica, parte de la turba atacó por el frente de Chancay.

Nada más que media docena de trabajadores cuidaba ese vecindario, capitaneada por el dirigente Antonio Laynez que mugió como un toro cuando aparecieron los atacantes. Había luchado por la expropiación de “Expreso” y por mantenerlo en una línea revolucionaria. Porque no había sido fácil sobrevivir políticamente hasta hoy. Sin pausa el enemigo, anidado en todas partes desde los tiempos de Ulloa, tejía intrigas o propiciaba escándalos para desprestigiar a los dirigentes. No iban ahora a echarle candela al fruto de esos seis años: un diario que vendía más de cien mil ejemplares con el apoyo de un importante sector de la clase obrera. Laynez montó en su Volkswagen y embistió a la turba. Aceleraba, topándolos y caían, los magullaba o los hacía huir. Retrocedía y lo perseguían. Adelante, atrás. Ya es imposible bajar del auto. Adelante, atrás. Abollan el autito, a fierrazos pulverizaron los vidrios. Todavía apretaba el acelerador pero muchas manos levantaron el vehículo desde atrás y las llantas giraron en el aire. Sintió que tiraban de sus ropas en distintas direcciones, como si quisieran descuartizarlo. En el centro de la turba, lo sacaron del auto vuelto escombros, hasta él descendieron tacones, nudillos, escupitajos, todavía peleó sabiendo agotados sus brazos, como vueltos de algodón. Le ensangrentaron la mirada. Diversos golpazos le hundieron las vísceras, un filo a traición cortó su espalda como en busca de riñones, después su pecho, los antebrazos con que protegía su rostro hinchado. Lo patearon mientras caía, sólo para después pisotear sus manos, triturando los nudillos. Contraatacaron los de “Expreso”. A Laynes carajo lo mataban, cinco minutos en poder de la turba, ahora verán hijos de puta: aullaban los trabajadores desmadejando adversarios. Tomaron tres prisioneros. Contra todo cálculo, Laynes vivía. Escucharon su corazón, obstinado a pesar de la pateadura. Respiraba con dificultad, ahogándose en sus propios cuajarones. Lo cargaron hacia “Expreso”. A los prisioneros se les doblaban las piernas cuando los condujeron a

la sala de redacción y se encontraron en medio de los heridos. Sobre una mesa de diagramación, Laynes parecía agonizar.

Afuera volvieron a la carga, esta vez empujando un auto al que incendiaron junto a la barricada de bobinas. Por última vez contraatacaron los defensores, arrojando botellas de ácido sulfúrico a través del fuego. Los más aguerridos quedaron a defender la puerta del diario, a demorar si era posible el incendio. Los demás alzaban barricadas interiores, amontonando muebles de metal en los descansos de la escalera o entre el vestíbulo y el taller.

—Aló, COAP —se exasperaba la voz de Moncloa—. Hablan de “Expreso”. Oiga usted, nos van a achicharrar vivos, necesitamos armas. Quiero hablar con el General Graham.

Pero el General no se podía acercar. En la vereda, el jefe de fotografías Otto Díaz recibió un balazo en la frente. El plomo rebotó contra el hueso pero el golpazo le desprendió la retina izquierda. Cayó como fulminado, bañado en sangre. Y todavía lo patearon. Enrique Paredes, redactor, consiguió arrastrarlo dentro del diario. Mientras otros lo cargaban a la sala de redacción, una docena de periodistas y obreros gráficos resistió a la multitud en la puerta.

Ruiz Eldredge fue hasta la sala de redacción y contempló a los heridos leves que se aprestaban a combatir. Melita curaba a los contusos recientes. Casi juntos, Laynes y Díaz yacían deformados, inconscientes. El director escuchó su respiración comatosa y volvió a su despacho.

—No pienso escapar —anunció—. De aquí no me mueve ni el incendio.

—Nos quedamos todos —asintió Moncloa—. Nadie se mueve.

—El que se quiera ir, puede hacerlo —razonó Ruiz-Eldredge.

Nadie pestañeó.

—Pierre de Zutter se ha vuelto un león en la puerta —informó Guillermo Sheen, el veterano jefe de la página laboral. Descubrió al Gerente del diario—: ¿Usted no tiene un revólver?

—Sí, pero usarlo significa una grave responsabilidad —sudó el Gerente.

—Ay, carajo —se amargó Sheen—. Vaya a preguntarle a Otto Díaz, él puede informar hasta qué punto es grave esa —responsabilidad —se asomó de perfil a la ventana mascullando un: cojudos, tener un arma y esconderse en el tercer piso—.

Empezaron a entrar, señores, ahora sí tenemos los minutos contados.

—¡Aló, vaya, qué gusto escucharlo, comandante Guerola —Moncloa sonrió en el teléfono—. Voy a resumir la situación: tenemos dos heridos graves y unos veinte contusos, hace dos horas y media que estamos sitiados por la turba. Han empezado a entrar al vestíbulo, a echarnos fuego. Estamos en el segundo y tercer piso y no nos vamos a mover, así que dentro de un rato presumimos que todo se acabó. ¡Escúcheme, comandante: no es posible que el Gobierno nos abandone de esta manera! ¡No es justo! ¡Guerola, no sean cabrones!

—Cálmese, Paco —dijo el marino, de las filas del COAP.

—¡Si ustedes no quieren pelear, mándenos armas! ¡Nosotros sí queremos pelear!

—Van a ayudarlos, de todas maneras. Tranquilícese.

—¡Usted puede estar tranquilo, comandante. Es a nosotros a quienes van a matar!

Desde las ventanas del tercer piso, los sitiados arrojaban trozos de plomo, cuanto de pesado o filudo tenían a la mano. Los atacantes volvieron a balear la fachada. Lentamente se iba abollando la cortina metálica. Para entrar había que agacharse. En el vestíbulo, los de "Expreso" se defendían a punta-piés, estorbando a los incendiarios.

En Palacio de Gobierno, el rubicundo General Graham contó las tanquetas que lo protegían: nada más que tres.

—¡Capitán!

—Sí, mi General —trotó a su encuentro el oficial que las mandaba.

—¡Váyase a "Expreso" y tómelo... saca usted a todo el mundo y que no le pase nada al periódico ni a los periodistas! ¡Llévese las tanquetas!

—¿Las tres, señor?

—¡Bueno, usted regrese con una.

—¿Y Palacio, mi General?

—Son órdenes del Presidente, capitán —Graham se encogió de hombros—. Aquí podemos defendernos.

Media hora duró el pugilato. Los atacantes no conseguían encender la mecha. Sangre de unos y otros salpicaba gruesamente las paredes del vestíbulo de "Expreso".

—No es posible que demoren tanto en ayudarnos —bufaba Moncloa—. Estamos a diez minutos de cualquier cuartel.

—Ya nos jodimos —se amargó Sheen. Si conseguían incendiar, tendrían que subir al techo. Y adónde después.

En la calle Cañete sonaron ráfagas de fusil.

—¡Viva! —gritó Moncloa—. ¡El dulce sonido de las balas! Corrieron a la ventana. Seis soldados avanzaban disparando sus fusiles por el Jirón Ica. Los atacantes huían despavoridos.

—Casi puedo ver el polvo que levantan sus zapatos —rió Ruiz Eldredge.

Aparecieron más soldados y detrás una, dos, tres tanquetas cuyas ametralladoras remecían el vecindario. Al llegar frente a "Expreso", un soldado roció de balazos la fachada. Los trabajadores se zambulleron en lo más oscuro. Una segunda ráfaga abrió agujeros en los mármoles de la entrada. Una de las tanquetas se estacionó amenazadoramente frente a la puerta del diario, mientras los soldados limpiaban el Jirón Ica.

—Quietos —habló Ruiz Eldredge—. Nadie se mueva. Yo voy a hablar con los oficiales.

—No salga usted, doctor, mejor que salga Ramos.

—Nadie se mueva —insistió Ruiz Eldredge—. Pueden creer que el edificio está en poder de saqueadores.

Moncloa lo siguió. Bajaron escaleras bloqueadas, atravesaron oficinas en desorden, caminaron baldosas sucias de hombre. El director contempló el pequeño rectángulo de luz que entraba desde la calle.

—Tú, quédate —dijo a Moncloa—. Voy solo.

Salió a gachas. Cuando se enderezó, vio a un soldado que lo apuntaba con un fusil.

—Soy el director de "Expreso" —dijo al capitán que asomaba por la tanqueta—. Buenas tardes.

—Buenas tardes —dijo el oficial—. Hay orden de desalojar a amigos y enemigos. Es la única forma de garantizar a "Expreso".

—Pero es una exageración, ¿cómo vamos a abandonar el diario? Tenemos que preparar la edición de mañana, capitán.

—Son las órdenes, señor. Tengo que desalojarlos.

—Dos condiciones, capitán. Los trabajadores que han defendido el diario, tendrán protección militar hasta llegar al Rímac. Y yo me quedo en el diario.

Al capitán le pareció razonable.

—Muy bien, doctor. Que salgan de uno en uno.

—Tengo dos heridos graves que es preciso llevar a un hospital de emergencia. Hay que traer un automóvil hasta la puerta.

—Daré la orden.

—Ah, y le vamos a entregar tres prisioneros.

En la sala de redacción, los trabajadores casi se amotinaron. Tres horas de batalla campal y ahora los echaban, carajo cómo vamos a dejarlo todo. Los más hombres de hace un rato, sollozaban al momento de partir como si se separaran para siempre de "Expreso". Cargaron a Laynes, a Otto Díaz, prestaron el hombro a quienes vacilaban y empezaron a salir. El capitán observó sin inmutarse a los heridos. El resto, magullado y con las ropas deshechas, se fue por el Jirón Ica hacia la avenida Tacna. Los escoltaban un sargento y dos clases.

—El señor Moncloa, subdirector de "Expreso", desea acompañarme —dijo Ruiz Eldredge.

—Como usted diga, doctor. Aparte de los dos, ¿no queda nadie en el diario? Por favor, registren.

Volvieron sobre sus pasos. Ya vacío, el periódico daba pena: un aire a funeral, un vaho a muerto insepulto se espesaba en los talleres abandonados de prisa. Así se verán los barcos en trance de naufragio. Que no quede nadie, gritaban, que no quede nadie. Moncloa se acercó a la primera, la más vieja de las rotativas y la palmeó, como estás desgraciada, te acordarás de Moncloa y la acariciaba como quien rasca la cabeza a un tigre asesino. Una noche de 1973 se había acercado a ella, a sacar un diario recién impreso. Los dientes giraban a quince mil ejemplares por hora y mordieron el filo de su chaqueta. Se sintió succionado por una fuerza descomunal, arrastrado hacia esos rodillos de acero que giraban hacia dentro, absorbiéndolo con el papel. El maquinista se estiró en demanda de los controles. Ni siquiera aulló: su diestra, la que escribía, la que cada mañana lo afeitaba, la que cortaba el churrasco y la que firmaba, esa mano tan querida se hizo pulpa entre los fierros. La rotativa lo siguió tragando. Tiraba de él por el hueso. El maquinista aplastó el botón rojo. Devorado hasta arriba del codo, a unos centímetros su cuello de esos filos, de esa descomunal solidez de los rodillos recubiertos de plomo, Moncloa se supo atascado para siempre. Había cerrado los ojos y recibía en todo su cuerpo un dolor inabarcable, como si todos sus nervios hubiesen sido he-

ridos en el accidente. Sintió que su corazón latía violentamente: retumbaba la sangre en su pecho y escapaba a chorros por el brazo triturado. Tan tibio derramamiento lo inundaba por debajo de la camisa, mojándole el torso. Primero vio el techo, sus luces neón, parte de la rotativa inclinada sobre su cuerpo. Después los rostros espantados, obreros que no se atrevían a tocarlo. Si me desmayo, si me rindo estoy jodido, pensó Moncloa. ¿Quién sabe hacer un torniquete? No se queden ahí parados, obedézcanme. Tampoco se aturdan, carajo. El que se muere soy yo. A ver, contengan primero la hemorragia. Resoplaba. El maquinista intentó desprenderlo de la rotativa: no se puede, Paco, estás atrapado. Traigan una llave inglesa, ordenó el herido, desarmen los fierros. Vamos, rápido, no voy a durar toda la noche. Se le evaporaba la cabeza, un frío le trepaba por las piernas y siempre el dolor: desde inexistentes dedos y uñas que nunca más le pertenecen, desde el codo chancado subía el oleaje, así ha de doler la muerte, carajo Paco no te asustes, todavía puedes luchar. Tenía que vivir. Se le habían hundido los ojos, se volvió transparente. Pensó en Irma, aquella voz alegre y cariñosa y peleadora, deseó verla, reír con ella otros domingos. Habían planeado una casa, comprado un rectángulo de tierra que iban a mirar: allá estará el jardín, aquí se harán viejos. En fin, morir qué mierda pero no así, deshecho en este lugar. De qué te vengarías, maldita rotativa. Añoró el sol, amigos, las canciones que tarareaba. Veía su propia piltrafa, la lentitud con que apartaban los rodillos, por piezas a las que se adhería su cuerpo. Era preciso arrancarlo poco a poco. Despacio fueron reco-brando lo que quedaba de su hueso. En medio de tal consternación, nadie se acordó de llamar una ambulancia. Que me lleven echado en una camioneta de distribución, dijo Moncloa. Quiso andar pero se le cayeron las piernas. Se balanceó su piltrafa mientras lo cargaban hasta la plataforma de un camión. Allí, echado cara al cielo, sostenido por los obreros, miró las estrellas y sintió el corazón que bombeaba en falso, chupando una sangre que casi no bastaba para mantenerlo con vida. En el Hospital del Empleado terminaron de amputarlo. No se quejó ni una vez. Acarició la rotativa y sonrió de haberla defendido de los asaltantes con el brazo que ella le había perdonado. ¡Que no quede nadie, que no quede nadie! gritaba Ruiz-Eldredge. Otra vez asomaron. El capitán se

había marchado. Dos tanquetas custodiaban el Jirón Ica. El soldado volvió a encañonarlos.

—Buenas tardes, doctor —se acercó otro oficial—. Soy el teniente García.

—No hay nadie más dentro del diario.

—Muy bien, doctor, tenga la bondad de permanecer en el interior.

En el tercer piso sonaba un teléfono. Subieron a contestar.

—¿Diario “Expreso”? —era una telefonista del servicio internacional—. Le van a hablar de Panamá.

—Es de Panamá —informó Moncloa—. ¿Quién podrá ser?

—¿El diario “Expreso”? Buenas tardes señor. Es de parte del General Torrijos: el General quiere saber cómo está la situación.

—Hay serios disturbios callejeros, señor, pero el Gobierno sigue firme y el Ejército controla la situación —resumió a ciegas Moncloa.

—¿El Presidente Velasco está bien?

—Sí, señor. Está bien. Y va a seguir presidiendo el país.

—Muchas gracias, señor. Es todo.

—Torrijos —sonrió Moncloa—. Está preocupado por Velasco.

Sin acercarse mucho a la ventana, observaron el Jirón Ica cubierto de escombros. El teniente García estaba en el medio de la calle. De rato en rato, la tropa disparaba al aire. Asomaban palomillas por la esquina de Chancay y el oficial bramaba: ¡Quiteeeénse! Y soltaba una ráfaga de metrallera. Un horizonte de armas automáticas se encendía por la ciudad. Desde otra ventana atisbaron la avenida Tacna. Una trepidación avanzó: eran los tanques. La División Blindada salía a capturar la ciudad.

Moncloa encendió el televisor de la dirección. Transmitían dibujos animados, viejos cortos del Gato Silvestre. La sensación de irrealidad se acentuó: ardía la ciudad y en el desierto edificio del periódico él contemplaba los esfuerzos del gato por tragarse al canario. Se interrumpió el programa.

—En la fecha —anunció una voz de barítono— el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada por decreto supremo número cero cero cinco setenta y cinco, ha declarado en el territorio nacional el estado de emergencia, suspendiendo las garantías constitucionales contenidas en los artículos cincuentiséis, sesentiuno, sesentidós, sesentisiete y sesentiocho de la Cons-

titución del Estado. En consecuencia, el comando político militar de las zonas de seguridad nacional ha sido asumido por los comandantes de las regiones militares correspondientes.

—En Lima ahora manda Leonidas —murmuró Moncloa.

—Comando Conjunto de la Fuerza Armada —insistió la voz de barítono—. Comunicado número uno: ante los falsos rumores que se están propalando en el sentido de que en la toma de los cuarteles de la Guardia Civil, en la mañana del día de hoy por las fuerzas del orden, se han producido numerosas bajas, este comando informa a la ciudadanía que no se ha producido muerte alguna, registrándose únicamente seis heridos.

—¿Quién diablos redacta esos comunicados con faltas de ortografía? —se malhumoró Moncloa.

Ruiz Eldredge sonrió. La detención de una persona no necesitará de mandamiento escrito y motivado de juez ni de autoridad competente —repitió de memoria—. La inviolabilidad del domicilio queda suspendida. Nadie puede reunirse con otras personas. El derecho de entrar, transitar y salir de la república requerirá permiso especial del comando de seguridad nacional. Deportaban cuando quisieran. Cuatro generales de división tenían todo el poder en sus manos. Escuchó un tiroteo que crecía en toda la ciudad. El estruendo a batalla no lo incomodaba. Más bien le causaba un cosquilleo en la sangre y más atrás. Su bisabuelo, Henry Eldredge, un guerrero oriundo de Kent, llegó al Perú con el Ejército Libertador de Bolívar. Combatió en Junín y Ayacucho y volvió a tomar las armas cuando la batalla del 2 de Mayo de 1866 contra una escuadra española en el Callao. El abuelo Manuel Benigno Ruiz Eldredge mandó una compañía en la batalla de Miraflores, durante la guerra con Chile. Pero el más explosivo soldado de la familia había sido Godofredo Ruiz Eldredge, su padre, que en 1895 y a la edad de dieciocho, fue teniente de montoneros y ascendió a capitán el mismo día que Piérola capturó Lima, después de una batalla en plazas, calles y campanarios que costó cuatro mil muertos. Del Partido Liberal, Godofredo intervino en cuarenta y siete acciones de armas hasta 1915, cuando abandonó las montoneras del feroz Durand con el grado de Coronel. Fue un milagro que el coronel muriera de viejo. En 1909 cayó preso y lo enviaron al panóptico mientras el gobierno discutía la conveniencia de fusilarlo. El Presidente Leguía ordenó que lo deportaran a Bo-

livia, pese al consejo de sus amigos que conocían al escurridizo coronel: seguramente no tardará en infiltrarse de vuelta al Perú. Esta noche le disparan, avisó una voz invisible al coronel en su celda. Preparó un bulto bajo la frázada y se aplastó en el suelo, en un rincón. A medianoche asomaron varios fusiles por los barrotes y a tiros trizaron el camastro. En fin, lo deportaron. El coronel, que después fue prefecto, indiscutida autoridad en varios departamentos, colmaba a ratos la memoria del director de "Expreso".

A ese abogado que tan bien sabe todo, como decía Velasco de Ruiz Eldredge, le pidieron en 1974 que aceptara la dirección de "La Prensa". Embajador del Perú en Brasil, Ruiz Eldredge se enteró de la inminente socialización de los diarios por una conversación con el canciller de la Flor. Lo había llamado a Lima y en su despacho de Torre Tagle, el Ministro comentó que la expropiación era cuestión de días. Una preocupación por las repercusiones en el extranjero malhumoraba a los diplomáticos, nada como una mordaza interna para arruinar la buena imagen peruana. Los nuevos directores habrían de ser honorables, con cierto prestigio fuera del país y sin excesivas vinculaciones con el "peligro comunista". Había pensado el Presidente que Ruiz Eldredge dirigiera "El Comercio" de los campesinos, pero el propio de la Flor mencionó la vieja amistad entre el abogado y Luis Miró Quesada, nacionalista pero contrarrevolucionario que lo apoyó en la lucha por la recuperación del petróleo. Más tarde, ya en una reunión con el Presidente y los ministros, se le pidió que el 27 de julio tomara las riendas del ex-diario de Beltrán.

—Estoy muy agradecido que hayan pensado en mí —respondió—, pero quisiera pensarlo. Yo no soy un periodista sino un político. No puedo contestar ahora.

Escuchó cómo el abogado Eduardo Glave, ex-presidente del Consejo Nacional de Justicia, declinaba la dirección de "Expreso".

—¿Y por qué no puede continuar de director Efraín Ruiz Caro? —se interesó Ruiz Eldredge.

—Debemos cambiar a todos —fue la respuesta.

Ruiz Eldredge se desconcertó. Ex-diputado social-progresista, motor de la Reforma Agraria, Ruiz Caro se había jugado el pescuezo por la Revolución en los peores momentos, dirigido "Expreso" durante los últimos años.

—Señor Presidente —dijo—. Creo que está usted en problemas.

—¿Por qué, doctor?

—Me parece que no va a encontrar fácilmente quien aceptar dirigir “Expreso”.

Velasco lo observó atentamente un rato.

—¿Así, no?

—Ulloa dejó 54 millones en deudas incobrables, el diario está controlado por un combativo frente único de trabajadores, en fin, se me ocurren diez razones para no aceptar, pero si usted me propone “Expreso” en vez de “La Prensa”, mi respuesta es afirmativa.

La verdad, “Expreso” era un baluarte revolucionario, acaso aprovecharan la circunstancia para deshacerlo.

—Bueno, doctor, me parece muy bien —dijo el Presidente.

—Yo le hablaré a Ruiz Caro —dijo el abogado—. Supongo que no va a quedar desplazado.

—No se preocupe, doctor, el señor Ruiz Caro estará muy bien.

—Disculpe que insista: ¿por qué no se queda?

—Reservamos para él un puesto más importante en la Revolución. Háblele usted. Dígale que lo estimamos mucho y que le estamos muy agradecidos.

No sabían qué hacerse con “La Prensa”. Ismael Frías, consejero del MIT, propuso a Mario Vargas Llosa como director y los señores generales estuvieron de acuerdo. Ah, sí, claro: sería estupendo, un escritor muy conocido.

—No creo que acepte —dijo Ruiz Eldredge—. ¿Han leído “Pantaleón y las visitadoras”?

Una sonrisa se expandió por el salón.

—Yo creo que debemos llamar al doctor Walter Peñaloza —propuso el Presidente.

—Comunicado cero uno —reapareció la voz de barítono—. El Comando de la Zona de Seguridad Nacional Centro pone en conocimiento de la ciudadanía lo siguiente...

—Alberto, lo que no pudo la reacción, lo va a conseguir la Revolución: si no dejan entrar a los trabajadores, mañana no aparece “Expreso”.

—... que habiendo sido declarado el estado de emergen-

cia y, pese a las medidas de seguridad adoptadas ha continuado la alteración del orden público con grave detrimento de la integridad física de las personas y de la propiedad privada, este Comando ha implantado el toque de queda a partir de la fecha y hasta nuevo aviso, desde las ocho de la noche hasta las cinco de la mañana del día siguiente...

—Aló, el General Leonidas Rodríguez, por favor. Ah. Bueno. ¿Y a qué hora vuelve? No, no. Muchas gracias.

—...queda, en consecuencia, terminantemente prohibida la circulación de personas y vehículos en Lima, Callao y balnearios durante esas horas, salvo autorización escrita otorgada por este comando. Los lugares donde se proporcionará la autorización son los siguientes...

—¿El General Graham, por favor? No está. De parte del doctor Ruiz Eldredge. Gracias.

—...En Lima, Comandancia General de la Segunda Región Militar...

—¿Podría comunicarme con el General Ibáñez, si es tan amable? Ah, no se puede acercar. De parte del diario "Expreso".

—...En Chorrillos, Cuartel General del Centro de Instrucción Militar del Perú...

—¿El General Vargas Prieto? Bueno, bueno. Comprendo. No se le puede molestar. Muchas gracias.

—...En el Rímac, Cuartel General de la División Blindada...

—... ¡Vaya! ¡cuánto me alegra encontrarlo, General Segura! Sí, claro. Llegaron los soldados a tiempo. Lo malo es que desalojaron a los periodistas y a los gráficos. Aquí sólo estamos Moncloa y yo, que, como usted comprende, somos insuficientes para sacar el diario mañana. El oficial necesita una orden. ¿Usted le habla? Muchas gracias, General.

—...En el Callao, Comando General de la Base Naval...

—¡Teniente! —anunció Moncloa—. El General Eduardo Segura quiere hablarle. Está en el teléfono.

—...Las tropas tienen orden de hacer fuego a quienes contravengan esta disposición —dijo el barítono—. Firmado: Leonidas Rodríguez Figueroa, General de División, Ejército Peruano.

—Aló, habla el teniente García, mi General. Sí, mi Ge-

neral. Muy bien, mi General. Inmediatamente, mi General. Así se hará, mi General. Con permiso, mi General —el teniente colgó, por primera vez sonrió—. Los trabajadores pueden volver. ¿Tiene un cigarrillo? Hace seis horas que no fumo.

*Casa del campesino. Día 7.
Hora: 16.00*

CIEN MIL MISERABLES sin techo, hambrientos y sin trabajo estable, avanzaron en 1971 a través de prósperos barrios residenciales en busca de tierras que tomar si era preciso por la fuerza. Ni vociferaban ni ansiaban la violencia. Familias que empujaban cuanto tenían a bordo de un triciclo, hombres cargados de palos y esteras que transformarían en una casa, mujeres que atesoraban abollados cacharros, niños a quienes mataba un resfriado o un sarampión, perros escuálidos que gruñían defendiendo las paupérrimas posesiones de sus amos, esa dolorosa muchedumbre se atrevió por vecindarios saciados y, sin pisotear jardines nunca sedientos, atravesaron la carretera Panamericana para establecerse en grandes y codiciados terrenos en trance de urbanización. Era la última, la más grande invasión ocurrida en Lima. En tiempos de Odría, los pobres exasperados irrumpieron de noche a ocupar eriazos al filo de la urbe. Ciudad de Dios, la primera gran barriada, se ha convertido en un próspero distrito en 1971, pero el espanto inicial que sus chozas causaron en los burgueses que iban en auto a contemplar la inabarcable miseria, ese espanto vuelve a repetirse cada vez que hay invasión. San Martín de Porres es casi ciudad aparte, con cinemas, mercados, calles asphaltadas y centro comercial. A Comas llegaron la electricidad, los desagües, las veredas, una autopista. San Cosme y El Agustino sustituyeron casuchas de totora y cartón por aéreas construcciones de ladrillo de hasta cuatro pisos. Tras los pobres que se reparten un desierto, que acarrear agua en latas y alzan polvorientas urbes de estera, aparecen los que prestan dinero, los especuladores, los políticos. Pronto embaucados o hipotecados, mu-

chos de esos recientes urbícolas han de ceder el lote que les tocó en suerte y otra vez rodar en busca de una tierra prometida. Otros, más afortunados, han de pagar paredes y techos hasta morir. No todas las barriadas, rebautizadas por la Revolución como pueblos jóvenes, progresan a imagen y semejanza de los barrios burgueses. En derredor de la despreocupada cintura de Lima, se amontona un millón de peruanos con sed, sin electricidad, sin adecuado transporte. Deben comprar agua, por lo general contaminada, a especuladores que la transportan en destartalados camiones cisterna. Aunque los alimentos son más caros y hay que andar largas distancias hundidos en una polvareda, prefieren la barriada a los tugurios del centro limeño, donde una habitación puede costar hasta novecientos soles mensuales. Aquella invasión de 1971 alteró al Ministro del Interior. Los miserables habían elegido terrenos pertenecientes a la Compañía de Jesús, próximos al colegio de La Inmaculada y entre urbanizaciones para ricos, zona que de inmediato se desvalorizaba. Paradójicamente el Ministro Artola acusó al jesuita Monseñor Bambarén, obispo de los Pueblos Jóvenes, de agitar a los invasores. Metió preso al prelado y envió a la Guardia de Asalto a atacar a los pobres. Murió un invasor llamado Vicente Salvador. También hubo numerosos contusos y una crisis política. Por orden personal de Velasco, el obispo fue excarcelado de El Sexto. Al Ministro Artola le aceptaron su renuncia y lo mandaron al retiro militar, a rumiar su ruina en casa con discretos centinelas en la puerta. Y camiones del Ejército trasladaron a los pobres a una pampa donde en invierno amarilleaban amancaes y verdeaba el musgo. Pronto allí hubo ciento treinta mil personas que organizaban febrilmente Villa El Salvador. No querían ser una barriada más. No querían que les prestaran a veinte años para construir pobres casas y veredas. No querían hipotecar su derecho a la luz. Querían trabajo y después ellos mismos se darían cuanto necesitaban. La ciudad se movilizaba al comando de silbatos y cada manzana tenía un dirigente responsable. Rechazaron inclusive los títulos de propiedad individual, seguros de que tan pronto los dividieran, serían pasto de los prestamistas. Preferían un título colectivo: allí todos dueños de todo. Se constituyeron en Comunidad Urbana Autogestionaria de Villa El Salvador, CUAVER. Los más pobres no eran, sin embargo, los más ignorantes. Al Salvador habían llegado mu-

chos damnificados por el gran terremoto de 1970, gente que sabía leer y escribir, artesanos o pobres industriales que comprendían la necesidad de planear no para mañana sino para toda la vida. Casi cuatro años después de su nacimiento, Villa El Salvador tenía su propio banco comunal, con casi siete millones de fondos; su propia línea de microbuses y avanzaban proyectos fabriles dentro del Sector de Propiedad Social: desde una inmensa panadería para abastecer a todos los pueblos jóvenes del Cono Sur o talleres de carpintería y confecciones, hasta una fábrica de bicicletas.

Galindo Santiváñez, presidente de la CUAVES, José Baustista y Antonio Aragón, dos de los principales dirigentes, cruzaban la Plaza San Martín antes de que empezaran los graves disturbios del 5 de febrero. De conocer, conocían la importancia de la huelga policial. En El Salvador habitaban numerosos guardias civiles que explicaron las razones de la huelga, aparentemente reivindicaciones salariales. A los dirigentes populares les preocupaba el rechazo del Gobierno a dialogar con la policía y la decisión de la tropa de continuar su huelga hasta las últimas consecuencias. Nadie daba marcha atrás. La colisión parecía inevitable.

Los comerciantes de El Salvador que se aprovisionaban en La Parada a las cinco de la mañana, llevaron temprano la noticia del asalto al cuartel. Una confusión se extendía por el Mayorista pero no se interrumpió el abastecimiento de la ciudad hasta las diez de la mañana. La CUAVES despachó grupos de informantes a los mercados limeños y a la zona de La Victoria, a intentar un contacto con los policías.

A las ocho y media, los tres dirigentes detectaron a varios agitadores en San Martín. Había tiendas abiertas, transeúntes que se apuraban rumbo al trabajo. Los agitadores actuaban seguidos por una indiferencia, luego por una curiosidad. Comechados y abusivos, carajo, el pueblo se moría de hambre porque los gorilas se lo tragaban todo. Y tímidos aplausos saludaban esas afirmaciones. Los dirigentes siguieron de largo hacia una oficinita en el Jirón Carabaya, desde donde telefonaron a los hermanos campesinos. El Secretario General de la Liga Agraria de Lima, Walter Sacayco, informó que desde la víspera se había dado la alerta a todas las organizaciones campesinas para mantener abastecida a la Capital. Acordaron reunirse en la Casa del Campesino.

Bautista y Aragón regresaron a la Plaza San Martín. La masa no rechazaba a los agitadores sino que seguía complacida su creciente atrevimiento.

—Hay muchos de la Villarreal —comentó Bautista—. Esto es obra del APRA.

—¿Nada más? —dudó Aragón.

Quisieron discutir con los agitadores pero pronto los armaron, caían en pedazos las puertas del Bar Zela y empezaba el ataque al Círculo Militar del Perú. Cuando entraron en actividad los francotiradores y el saqueo volteó el centro de Lima, retrocedieron los de la CUAVES a su oficina a telefonar al poder. En SINAMOS los teléfonos estaban abandonados. El General Leonidas Rodríguez no estaba, lo mismo que sus subalternos inmediatos. En diversos ministerios no sabían nada o aparentaban no saber o nadie contestaba. Rumbo a la Casa del Campesino se cruzaron con multitudes que transportaban televisores, refrigeradoras, muebles, aspiradoras. A lo lejos crecía la trepidación de los blindados.

Por las abiertas ventanas del salón de sesiones entraba, distante todavía, la crepitación de la batalla. La Casa del Campesino se levanta en un barrio de clase media, cercano al Campo de Marte y al Ministerio de Agricultura. Sacayco y dirigentes de la Cooperativa Huando y de los valles de Mala y Cañete recibieron afectuosamente a sus hermanos de los pueblos jóvenes. A Aragón lo acompañaba el prestigio de haber construido en parte la organización campesina del Cusco y un frente de izquierdas que hizo posible la aparición de las guerrillas en la antigua capital imperial.

—Nosotros creemos que se trata de una acción combinada entre el APRA, el MLR y obviamente la CIA —opinó un dirigente campesino.

—Ha de tener alguna vinculación con elementos militares a quienes no disgustaría que la Revolución sea destruida —dijo Sacayco. Era un hombre joven, de voz persuasiva y ademanes pausados—. Ocurre cinco días después de que Morales Bermúdez asumió la Comandancia General del Ejército, acto al que concurrimos las organizaciones populares. Ninguno de nosotros ignora que el General Morales trae consigo la bandera de la limpieza pública.

Las cabezas asintieron.

—Los campesinos no vamos a permitir que detengan la Revolución —añadió Sacayco—. Para ello, el pueblo debe coordinar sus acciones. Propongo que formemos un Comité de Coordinación de Organizaciones Populares.

La idea fue aprobada.

—También debemos movilizar a la ciudad contra el vandalismo —propuso Aragón—. Hay que tomar medidas concretas inmediatamente.

Media hora después tuvieron listo un plan mínimo para proteger los grifos de combustible más importantes y también para ayudar a los trabajadores de los diarios que se sabía en peligro. También se acordó destacar a los más expertos dirigentes de base a una misión de esclarecimiento en La Parada, porque allí agitaban a los provincianos para entorpecer el abastecimiento de Lima.

—Debemos esclarecer a nuestras propias organizaciones —recordó Sacayco—. Hay que difundir la verdad de los hechos. Y apurar el abastecimiento. Tenemos que cosechar día y noche.

—Si sabotean los transportistas, nosotros enviaremos nuestros propios camiones a La Parada —anunció Pablo Torres, de la Cooperativa de Huando.

—Las organizaciones campesinas han puesto en marcha un plan para la defensa de las acequias de riego y los puentes —añadió Canales, del valle de Cañete—. Hace dos días que vigilamos.

—Se informará de todo a los hermanos campesinos del resto del país —convino Sacayco—. Nuestra obligación es defender la Reforma Agraria. Habrá una movilización nacional.

—El Ejército podría prestar camiones —dijo Torres.

—Es imposible hablar con los generales —se agrió Bautista—. Parece que ellos no creen necesitar de nosotros.

—La primera reunión del Comité Coordinador será mañana, aquí mismo, a las cuatro de la tarde —resumió Sacayco.

A bordo de una destartada camioneta, Aragón y Bautista se acercaron a "La Crónica". Las columnas acorazadas recorrían la ciudad abriendo fuego contra los saqueadores.

—¡Alto!

Los dirigentes se detuvieron con un frenazo.

—Está bien —dijo Bracamonte—. Son de Villa El Salvador, pueden pasar.

Un centinela de la brigada de defensores entró a anunciar a los visitantes.

—Hola, papá —saludó Aragón cuando apareció el director—. Oímos que te querían incendiar el diario y hemos venido con unos compañeros para ayudarlos.

—Entra, Chango —sonrió Thorndike—. Ya pasó lo peor, pero los que quieran quedarse hasta mañana, que se queden. Necesitamos dormir un poco. ¿Cómo están en Villa?

—Vamos a tu oficina. Papá, ¿y Charito?

—Consiguiendo salvoconductos. Hay toque de queda, ¿sabías?

—¿A partir de qué hora?

—De las ocho de la noche a las cinco de la mañana. Nos han fregado con la distribución del periódico. Claro, no van a darle salvoconducto a los canillitas, ¿verdad? Y nosotros repartimos desde las tres.

—Y yo tengo que moverme esta noche. ¿Cómo hago? papito.

—¿Es urgente?

—¿Cómo no va ser urgente? Todos los pueblos jóvenes pueden quedar desabastecidos.

Entraron a la oficina. Grandes ampliaciones fotográficas de los agitadores estaban clavadas en las paredes de madera. Entre aquellos rostros que gritaban órdenes inaudibles y esos puños crispados después de la pedrada, paseó Thorndike, míralos Chango: el joven doctoral está a las siete en la Comandancia y a la una en “Expreso”. El zambo de blanca vestimenta aparece en el cuartel, rumbo a “La Crónica”, frente a “Correo” y después en “Expreso”. El de anteojos y bivió aquí apedrea y allá incendia. ¿Quiénes son, cómo se llaman, quién los ordena? Con las fotos Seguridad del Estado podrá encontrarlos, opinó Aragón. El otro rompió a reír. La policía era excelente para perseguir a la izquierda. Hacia el otro lado no veía. La DSE francamente era tuerta en política. Ya tú verás, Chango, eran capaces de echarle la culpa a la ultraizquierda y esta vez, todos lo saben, la ultra se quedó más o menos en casa. Aquí está la clave, dijo el director, con estas fotos hay que descubrir el origen del plan. El cansancio lo demacraba. De la captura del cuartel no se publicará una línea, una sola fotografía. El gran avestruz estatal pretendía escamotearle a la Historia el combate de la madrugada.

—Hay cien muertos, más o menos —dijo Thorndike—. En la Morgue no se puede ni caminar. El mortuario del Hospital Obrero también está repleto. Dejan cadáveres en la calle, frente a la Asistencia Pública, y nadie pregunta de qué murieron. Vamos calculando mil doscientos millones en pérdidas materiales.

—Y esto no es sino el comienzo —opinó Aragón—. Las organizaciones populares creemos que el imperialismo está poniendo a prueba las fuerzas de la Revolución. Ahora lo más importante es asegurar el abastecimiento de los barrios pobres. Piensa que los pueblos jóvenes compran agua en latas y que a las nueve de la mañana de hoy desaparecieron los aguateros. Hay zonas sin una gota. ¿Cuánto tiempo crees que puede aguantar la gente?

—¿Veinticuatro horas?

—Ojalá, ojalá. En el Ministerio de Alimentación no nos atienden. En Agricultura no hemos tenido suerte. El COAP está demasiado ocupado. El SINADI anda como siempre en la luna. El Gobierno no tiene idea de la situación en los pueblos jóvenes. Necesitamos de todo. ¿Y cómo implantan un toque de queda a partir de las ocho? La ciudad está sin transportes. ¿Cómo regresarán los obreros? Caray, yo necesito un salvoconducto.

—Te puedo dar hasta cuatro y uno para el automóvil.

—Gracias, cholito. ¿Sabes dónde está Leonidas?

—No. Ni creo que lo encuentres.

—Estás bien acomodado —sonrió Aragón señalando un aparato de aire acondicionado. Le faltaban las ruedas izquierdas—. Ya parece oficina.

—Los muebles son herencia de los Prado.

—Mira, papá: las organizaciones populares nos vamos a coordinar. Es mucho más que una coordinación, pero hay palabras que causan miedo, ¿verdad? Hoy se ha visto que mil personas decididas a todo pueden jaquear a la Revolución. Es un absurdo, una estupidez. Hasta ahora hemos aceptado el juego del Gobierno, que nada de partido, tú conoces la música. Creemos que eso se ha venido abajo. Es decir, que el Gobierno ha fracasado. Porque para solucionar una agitación política, ha tenido que sacar a todas sus fuerzas como si se tratara de una guerra. Y nosotros no vamos a permitir que se ponga en peligro el proceso de cambios, ¿entiendes? Para el

pueblo es realmente importante. A lo mejor, para los Generales es una cuestión de amor propio y nada más. Porque si esto fracasa, ellos se van a sus casas o al exilio. ¿Y el pueblo? ¿otra vez a la esclavitud? Ni de a vainas, hermano. Lo quieran o no, vamos a organizarnos, es decir, a coordinarnos. ¿Qué te parece?

—Tienen todo mi apoyo, si de algo les sirve.

—¡Claro que sirve! ¡cómo no va a servir!

Temprano esa noche la ciudad se vació. Desde las tres de la tarde los bomberos habían apagado incendios, todavía humeaba el Centro Cívico. En "La Crónica" imprimieron una edición de emergencia de "Correo" y "Ojo". Patrullas militares se establecieron en avenidas y plazas. La infantería de marina controlaba el puerto y algunos mercados. La Fuerza Aérea la zona del Centro Cívico. El Ejército, lo demás. Durante el toque de queda, acribillaron a un ebrio en automóvil que no se detuvo. Amaneció en paz, aunque la tropa seguía disparando al aire. Fuerzas militares custodiaban los mercados donde a las once de la mañana se habían agotado los víveres. Compraban las amas de casa como si fuese la última oportunidad. En algunos centros de abastos, las patrullas dejaban entrar compradores de veinte en veinte. Sólo algunas puertas abrían. Los bomberos debieron volver a "Correo", donde revivió el incendio. Seiscientos habían sido detenidos durante el saqueo. Los soldados los tumbaban boca abajo y con las manos en la nuca, los embarcaban después en camiones a diversos cuarteles. La PIP y el Ejército pusieron en marcha esa mañana el registro de casi toda la ciudad, en busca de bienes saqueados. Sólo de un edificio con veinte apartamentos en La Victoria, los detectives recuperaron artefactos electrodomésticos robados que llenaron tres camiones militares. El registro volteaba barrios enteros. Se exigía facturas de los objetos nuevos. Rumores de que no habrá gasolina, que han destruido el sistema de agua potable, que no tendremos qué comer, inquietaban a las buenas gentes. El Gobierno nombró un nuevo director de la Guardia Civil, clausuró por mal intencionada a la agencia Reuters, deportó a dos periodistas británicos y empezó a recibir adhesiones de sindicatos y centrales obreras. A las cuatro de la tarde, en la Casa del Campesino tomaba forma el Comité de Coordinación de Organizaciones Populares, COCOP.

Los campesinos y los pueblos jóvenes constituían el espinazo. A Villa El Salvador se habían sumado los 83 pueblos jóvenes del norte de Lima. Estaban presentes la Cooperativa de Huando y la Liga Agraria de Huarochirí. También la Confederación Nacional de Trabajadores, de orientación democristiana y la Comunidad de Compensación Minera que representaba a unos quince mil obreros. Esa mañana, los organizadores del COCOP habían visitado al Ministro de Energía y Minas a exponerle su decisión y a solicitar consejo. De todos los generales accesibles, de aquellos que daban preferencia a las bases si se presentaban en su antesala, el General Fernández Maldonado era quien más confianza demostraba en la solidez de la propia Revolución y en la madurez de las organizaciones populares. Lo llamaban por su nombre, Jorge, y hablaban libremente con él, sin esconder las cartas. Esta vez dijo que muy bien, comprendía el fracaso de anteriores intentos de movilización que habían acabado en grosera manipulación. Allí donde los burócratas o sus jefes militares enviaban promotores a sueldo, allí las organizaciones se corrompían. La movilización debía ser orientada, nunca manipulada. El General anunció su apoyo al COCOP y designó a sus ayudantes, los mayores Lora y Fernández Salvatecci, para que asistieran en su representación a las reuniones en la Casa del Campesino. Vestidos de paisano, los dos militares se confundían ahora con los dirigentes populares.

—Yo creo que debemos definimos como un amplio frente popular, integrado por organizaciones campesinas, obreras, juveniles, profesionales y de pueblos jóvenes, que aunque tengan diversas posiciones y objetivos, se reúnen por un interés común: defender y profundizar el proceso revolucionario peruano —dijo Sacayco—. No entraremos a ningún debate ideológico.

Los de Huarochirí propusieron definir a los enemigos de la Revolución. Aunque todos allí estaban de acuerdo en repudiar al MLR, lo excluyeron como uno de los instigadores del “Limazo”. Convinieron en acusar al APRA y tras ella a la CIA, y tras los agentes internacionales, desde luego al imperialismo.

—El COCOP estará integrado por delegados de todas las organizaciones bajo la responsabilidad de un presidente, que será uno de los delegados —resumió Torres, de Huando.

—Rotativamente —sugirió otro campesino.

—De acuerdo.

—Hemos pensado en tres comisiones —habló Bautista—: de Abastecimiento, de Control y Resguardo, y de Orientación y Difusión. Los objetivos son: contribuir a garantizar el mantenimiento de la producción y el abastecimiento de subsistencias; apoyar las acciones destinadas a conservar el orden público y orientar a la opinión pública frente a la realidad del país, contrarrestar el rumor y difundir las acciones del Comité y las organizaciones populares.

—Muy bien —casi interrumpió un minero—. Pero debemos definir tareas concretas e inmediatas, aparte del objetivo principal de coordinarnos, esto es, compañeros, de darle al pueblo una movilización original, sin manipulación, a través de la cual intervenir en la Revolución y en el Gobierno del Perú. Compañeros, debemos ser muy cuidadosos al definir esas tareas concretas.

—Organizar grupos de control en cada centro de trabajo, para evitar el sabotaje, canalizar la información y oponerse a la penetración del MLR, ¿qué les parece?

Las cabezas dijeron que sí.

—También organizar comités de vecinos para la defensa y el orden en todos los barrios. Combatiremos de viva voz los rumores y pintaremos las consignas del pueblo y la Revolución. Vigilaremos por nuestra cuenta los centros de producción, los mercados, las instalaciones eléctricas y de agua potable, también los grifos.

—Pasemos ahora al llamamiento al pueblo —propuso otro—. Necesitamos la participación de las organizaciones manipuladas, es mi opinión.

—¿Ustedes creen? —se preocupó el minero.

—No vayan a tildarnos de ultras —se acauteló Bautista.

—Bien, mañana, a las cuatro de la tarde, aquí mismo —dijo Sacayco—. Deben estar todas las organizaciones populares. Mañana echamos a caminar.

Después redactaron el borrador del documento que titularon "Llamamiento al pueblo peruano". Esa noche, pese al toque de queda, los emisarios del COCOP convocaban a los delegados del pueblo. A las organizaciones manipuladas, comprometidas con la Misión y ya infiltradas por el MLR, las dejaron para después.

No daban las tres de la tarde el 7 de febrero y ya doscientos delegados populares se apretujaban en la Casa del Campesino. Ahora detengan la Revolución, parecían decir sus pacientes miradas. Toda la izquierda se había lanzado en apoyo del COCOP. La verdadera fuerza popular que sustentaba al Gobierno Revolucionario y que éste a menudo parecía despreciar, estaba presente. Llegaron delegados de la Confederación Nacional Agraria y de su rival, la Confederación Campesina del Perú, dominada por Vanguardia Revolucionaria. Ahí, la Federación Departamental Agraria de Lima, las Ligas Agrarias de Lima, Valle Chillón, Huarochirí, la Federación Campesina Chancay-Huaral-Aucallama, las Cooperativas de Caudivilla, Huacoy, Punchauca, de Cañete y de Huando. Ahí, Villa El Salvador, los 83 pueblos jóvenes de Lima Norte, los pueblos jóvenes Primero de Octubre, El Rescate, El Agustino, Conde de la Vega, Condesuyos, de la margen izquierda del Rímac, Las Animas, Unión Nacional Nueve de Octubre, El Arenal, La Molina y el Comité Revolucionario de San Martín de Porres. Ahí, la Confederación General de Trabajadores, la CNT, la CONACI, la COCOMI, la poderosa Federación de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos del Perú, la Federación Provincial de Trabajadores del Callao, la Federación de Empleados Bancarios del Perú, la Federación Nacional de Petroleros del Perú, la Federación Nacional de Trabajadores de la Industria Pápelera y Afines, la Federación de Luz y Fuerza, la Federación Gráfica del Perú, la Federación de Periodistas, la Federación de Trabajadores de la Construcción, la Federación de Trabajadores de Mercados, el Sindicato Unico de Transporte Terrestre. Si sumaban a sus representados, ahí estaba la voluntad de unos cuatro millones de peruanos. La manipulada CTRP, el ajado Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana, las organizaciones propiciadas por el SINAMOS, tuvieron que sumarse.

La reunión de los delegados populares había dejado de ser un secreto. La Casa del Campesino, aunque funcionaba para los campesinos, estaba sutilmente controlada por el SINAMOS, que pagaba las cuentas. Secretarías y telefonistas eran más leales al SINAMOS que a los campesinos. Grabaron las deliberaciones. A medida que avanzaba la tarde, esas cintas magnetofónicas viajaban al despacho del General Sala. Allí se reunía la Misión a escuchar las voces de un pueblo que la

rechazaba. Con un afilado lápiz, el General Sala escribió los nombres de los periodistas que asistían: Mirko Lauer, José María Salcedo, Pierre de Zutter, Francisco Landa, Owen Castillo. El mismo lápiz los tachó, como degollándolos. Significaba el COCOP más o menos una declaración de guerra política. Ahora tocaba atacar a la Misión.

Archivo, File 11.

Asunto: cartas de renuncia

CAMPESINOS, SACERDOTES REVOLUCIONARIOS, juventudes, obreros, pueblos jóvenes del resto del país se sumaron al COCOP, organizando Comités Regionales mientras comités de seguridad empezaban a aparecer en fábricas y barrios. El COCOP, además, establecía centros de almacenamiento de víveres y artículos de primera necesidad. Poderosas empresas campesinas de la Cordillera ayudaban a este abastecimiento controlado por el pueblo. Desde el sábado crecía el malhumor presidencial, pero el fin de semana impuso una tregua. El lunes, Velasco humeaba. Vaya, quién gobernaba el país. El COCOP se le escapaba de las manos. ¿Para que existía un Ministerio de Alimentación si el COCOP empezaba a manejar los mercados de la ciudad? La furia presidencial descendió sobre ministros y funcionarios. En algunos diarios, incluido el propio vocero de la Revolución, se criticaba abiertamente la doctrina del no-partido, opinándose la urgencia de una organización política que permitiera la inmediata participación de las bases populares en el gobierno del país.

—Adelante, señor Thorndike, tome usted asiento —Segura parecía haber chupado un limón y quedándosele el semblante agriado por tal sabor—. Ahora sí, señor Thorndike, tenemos que tomar algunas determinaciones dolorosas porque francamente, yo espero que usted comprenda, caray, han transgredido todos los límites de la paciencia y la tolerancia se acabó, seamos concientes de lo mucho que he aguantado, pero ahora sí, ya no se puede, porque usted, no vaya caramba a decir

después, ha estado usted suficientemente advertido, caracho yo me he cansado de repetírselo, una y otra vez a riesgo de parecer pesado pero se lo estuve machacando y usted, usted señor Thorndike no me ha hecho caso, esa es la verdad, y ahora, ahora qué hacemos, no vaya usted a pensar que estoy resentido, no señor, yo creo que usted va a aprender, yo creo que usted es honesto aunque un poco impulsivo, porque si yo no creyera todo eso, caray, no tendría más remedio que poner a otro director en "La Crónica", pero señor Thorndike, yo confío en usted, un hombre decente, todo un señor escritor, y sin embargo cuánto le he repetido, deshágase de esa gente peligrosa que yo lo apoyo pero usted, caramba, usted cree que yo invento la peligrosidad, no ha querido escucharme y ahora voy a tener que botarlos yo.

—¿Se refiere usted a alguno de mis colaboradores?

—Aquí tenemos la página editorial del sábado, la columna ésta de "Considerando en frío" que la firma un tal Pedro Rojas. . .

—Es un personaje de César Vallejo.

—...Pero quien la escribe no es ningún personaje, no es un señor que ha vivido hace muchos años sino un periodista de carne y hueso, caramba, ahora me va a decir que su diario lo escriben desde el cementerio —Segura rió de su propia ocurrencia—. ¿Usted lo ha leído?

—Sí, General. Yo mismo aprobé la columna.

—¡Qué barbaridad, señor Thorndike! Fíjese usted lo que dice: Desde semanas atrás —leyó en alta voz— algunas personas señalaban la presencia dentro de la Guardia Civil de un grupo de oficiales que se había organizado al margen de la institución, bajo el tutelaje directo de la Agencia Central de Inteligencia ejercido a través de los representantes de algunas empresas extranjeras —el General carraspeó disgustado. Volvió a leer—: Se decía ya entonces que era este grupo de oficiales, de graduación intermedia, el que se encontraba detrás de por lo menos uno de los últimos atentados de los últimos meses, y también participado en el entrenamiento militar de grupos de derecha —dejó caer el diario y volvió a calzarse los anteojos—. ¡Esto es gravísimo! Ha acusado usted a algunos señores oficiales de la Guardia Civil de traición a la Patria y a la Revolución, justamente ahora, caracho, cuando estamos solucionando el problema con los policías y cuando

los guardias regresan a cumplir su servicio público. Francamente, señor Thorndike, esto es contrarrevolucionario. ¿Qué cree usted que puede hacer, señor Thorndike? Porque el daño, caray, es casi irreparable. Lo que usted ha dicho, la verdad que no es moco de pavo.

—¡Contrarrevolucionario! —bufó Thorndike—. ¿Y qué entiende usted por contrarrevolucionario? ¿Defender un periódico para que no lo quemen? ¿fotografiar la captura del cuartel con la vanguardia de las tropas? ¿No dormir tres días? ¿Combatir rumores, explicarle al público la verdad de las cosas? ¿Preguntarse quién estuvo detrás del 5 de febrero? ¿Y qué es revolucionario? ¿Amotinarse? ¿dispararle al Ejército Revolucionario? ¿matar a los transeúntes, balear a mujeres y niños? ¿incitar al saqueo? ¿Abandonar la ciudad a las turbas porque se está en huelga? ¡Vamos, General eso sí no se lo acepto! ¿Quién se sublevó? ¿la policía o los periodistas? Y no me diga que al Ejército no le dispararon porque nosotros vimos salir a un soldado ensangrentado de la Comandancia. ¿Y quiénes eran los francotiradores? ¿acaso periodistas de “La Crónica”, tal vez Mirko Lauer? El periodista Castillo Anselmi vio bajar de una moto a un terrorista que ametralló el Jirón de la Unión. ¿De dónde salieron las armas? Los propios comunicados del 5 de febrero mencionan agitación política contrarrevolucionaria dentro de la Guardia Civil. ¿Ahora qué resulta? ¿Que la culpa la tenemos los periodistas, más que menos? ¿Así que Oquendo incendió el Centro Cívico, yo maté a vendedores ambulantes, Castillo saqueó las zapaterías? Reconozco que es un error el contenido de la columna, pero rechazo la insinuación de traición que usted me hace.

—¡Pero usted vincula a la CIA con un grupo de oficiales de la Guardia Civil! Caracho, señor Thorndike, la institución está hecha un cuete y el Ejército también. ¿Ha recibido usted la carta del Comando Conjunto?

—¿Y qué hacían en la Comandancia las agencias noticiosas imperialistas en la noche del 4 de febrero?

—La Fuerza Armada exige una rectificación.

—Nos rectificamos el domingo. Públicamente a pesar mío. Hemos solicitado disculpas por servir de vehículo a una murmuración.

—No basta, señor Thorndike. No señor. Caracho, los periodistas dicen lo que quieren y después nomás se rectifican

y creen que ya está cuando no pues, señor, no es así caramba, no pueden jugar con el honor de las instituciones tutelares de la Patria...

—¿Puede usted decir quién estuvo detrás de todo lo sucedido del 5 de febrero?

—... se está investigando, pues. ¿O usted cree que un Gobierno se puede precipitar?

—Claro, por eso casi quemaron la ciudad mientras el Gobierno no se precipitaba con los tanques.

—No, pues, señor Thorndike, caracho, la política no se improvisa, si nosotros fuésemos unos improvisados. ¿dónde estaría el país?

—¿La CIA está descartada?

—Ustedes los periodistas se la pasan diciendo que la CIA por aquí, la CIA por allá, como si la CIA estuviese en todas partes. Nosotros no debemos dormirnos porque cómo nos vamos a dormir, ni locos que estuviésemos, pero la CIA no es como ustedes dicen, que está debajo de todo lo que se mueve, no señor, la CIA es otra cosa.

—¿Y el APRA tampoco tuvo nada que ver?

—¡Pssss! —e! General sonrió—. El APRA, el APRA. ¿Y por qué no pregunta usted si la ultra y los comunistas no tienen nada que ver con el cinco de febrero? ¿Acaso usted conoce, usted sabe quiénes son los agitadores? No señor, nadie conoce.

—Conozco a uno, Jorge Chávarry, y su padre trabaja en este mismo edificio, General, es militar del servicio de inteligencia y fue a "La Crónica" a usar su grado y su influencia como oficial para que no volviésemos a ocuparnos de su hijo. Dice que el muchacho trataba de calmar a las turbas cuando en verdad llegó con ellas.

—Chávarry, claro. Bueno, si él dice que su hijo...

—No me chupo el dedo, General. ¿Quién es Chávarry para contrariar la versión de testigos, las fotografías que prueban la intervención del muchacho? ¿En qué clase de juego estamos metidos? ¿Cuántas cosas se pueden hacer impunemente si uno tiene un padre en el servicio de inteligencia? La verdad que no entiendo. Hay casi noventa muertos, edificios quemados, estado de sitio y todavía se tiene miedo a la verdad.

—Señor Thorndike...

—Me cuesta creerlo. Ahora es la izquierda la que causó el cinco de febrero.

—... señor Thorndike, ¿tiene usted pruebas de lo que afirma Pedro Rojas?

—¿Qué clase de pruebas?

—Por ejemplo para defenderse en un consejo de guerra —Segura lo vio parpadear, caer hacia el respaldo del sillón, resoplar—. No las tiene. Y sin embargo lo ha publicado. Y nada menos que en el diario del Gobierno.

—Está bien, General. Se lo acepto. No fue la CIA. No fue el APRA. Ni siquiera hubo huelga de la Guardia Civil.

—¡Ajá! —triunfó Segura—. ¡Ya cambió de opinión!

—¡Pero me pone usted un cuchillo en la garganta, General!

—Le voy a decir lo que tiene que hacer, señor Thorndike. Esa columna de Pedro Rojas no vuelve a aparecer nunca más. Al señor Mirko Lauer me lo bota hoy mismo, porque él es Pedro Rojas. Y le escribe usted una carta al presidente del Comando Conjunto comunicándole esas medidas y dando satisfacciones a la Guardia Civil.

—Tengo que reunirme con el comité, General —se sintió colmado de rabiosa impotencia—. No puedo contestar ahora.

—Es una orden, señor Thorndike, usted verá si la cumple o no. Espérese, todavía no hemos acabado, señor Thorndike —volvió a empuñar “La Crónica”, esta vez un ejemplar del domingo—. Fíjese usted, caray, esto es algo que no puede atribuirse a la ingenuidad —leyó el titular de primera plana: Unidos, cuatro millones. Y la foto del señor Presidente, como si él hubiese autorizado semejante barbaridad. ¿Y quiénes están metidos en ese Comité de Coordinación? Los comunistas, pues, señor Thorndike, los comunistas. Ahí está la CGTP, el Frente Unico de “Expreso” y “Extra”, la Federación Campesina, los puros rojos.

—Están la CNA, la CTRP, el SERP, la Juventud Revolucionaria, General, son organizaciones fomentadas y controladas por el Gobierno.

—¡Señor Thorndike! ¡no nos hagamos los zonzos! Usted sabe bien como peruano conciente de nuestra Revolución y los problemas que atraviesa, caray, que los comunistas quieren mangonear ese Comité para infiltrarse y crearnos problemas que bueno, mejor ni hablar. Se aprovechan de una situación como la actual para inmediatamente ya usted sabe qué. No, señor Thorndike, no debemos olvidar que nuestras organizaciones carecen de experiencia, ya usted ve cómo firman al lado

de los comunistas, y lo peor es que aparece en "La Crónica", el diario del Sistema, caracho, estimulando a esos sinvergüenzas, ahorita van a formar un partido tremendo cuando no es así, pues, el Gobierno Revolucionario, caramba, cuyos actos son soberanos, decidirá en el momento oportuno si es necesaria o no la organización política, ustedes los periodistas no se le van a adelantar al señor Presidente, es una lisura que en nuestro propio diario...

—¿Y no se podría conversar alguna vez con el General Velasco? La última vez que lo vi fue hace siete meses. No soy un adivino, General, y además ese Comité representa a cuatro millones de peruanos, a organizaciones revolucionarias...

—¡Para eso estoy yo, para no estar molestando al Señor Presidente! Usted no me vuelve a mencionar al Comité, señor Thorndike. ¿Estamos claros?

—¿Nada?

—Ni una palabra.

—O sea que tomo un borrador y borro a cuatro millones de peruanos. No existen.

—No existen.

—Si usted lo ordena de este modo...

—Se lo ordeno, señor Thorndike.

Se levantó pesadamente. Ahora Segura sonreía como si fuesen amigos. Recogió con la mirada los muebles suntuosos, la alfombra color oro, la esmirriada silueta del jefe del SINADI. Metió sus cigarrillos en el bolsillo y cargó el maletín.

—General, voy a demostrar públicamente las vinculaciones del APRA con los sucesos del 5 de febrero, aunque sea lo último que haga en mi vida. Entonces espero que usted tenga la valentía de rectificarse.

Bajó los peldaños de tres en tres, tenían que apurarse para neutralizar la orden de Segura. ¡Qué sabía el Ejército de Mirko Lauer! Era la Misión quien ejecutaba. Trepó al Volkswagen, vuela Bracamonte al diario, debían hablar urgentemente con Leonidas.

Mirko sospechaba. Sobre el escritorio de la dirección aguardaba un sobre confidencial del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. Con disgustado lenguaje, el General de División Oscar Vargas Prieto censuraba a Pedro Rojas. Pero no exigía, como afirmaba Segura, que se despidiera a nadie de "La Crónica". Dice Lauer que nadie se preocupe, mejor pasaba a "La

Prensa", donde había más libertad. Será difícil continuar en "La Crónica", aun si el Ejército desmentía el supuesto veto. Bruscamente amargado, recogió sus cosas y se marchó sin despedirse.

Se deshacía "La Crónica". Telefónicamente Oquendo recordó que era responsable de la página editorial y que estaba en la obligación de renunciar. Tras Oquendo se irían los mejores colaboradores editoriales. Paseó el director arriba abajo, humeando entre las ampliaciones fotográficas. El General Leonidas Rodríguez no está en la II Región Militar. Tampoco en el Comando Conjunto. Tampoco en la División Blindada. Tampoco en su casa. Consiguió comunicarse con el mayor ayudante.

—Viejo, es muy urgente.

—Pero el General no está, llámalo a las cuatro.

—¿Y si llega antes?

—Yo te aviso. No te preocupes, hermano.

No te preocupes, dicen siempre que no te preocupes. Pidió que no le pasaran llamadas de otros periodistas, no estaba de ánimo para recibir condolencias. Al rato apareció Domínguez con una sonrisa que apenas entraba en su rostro moreno.

—Hemos sacado copias en "La Prensa" y en "Expreso" de todos los actos apristas o vinculados al APRA de los últimos cinco años —depositó un enorme paquete sobre el escritorio—. ¿Adivina a quién encontramos?

—¡Sube la noticia, Chino! —el director se incorporó de un salto.

—Al peluconcito de la Comandancia.

—¿Chávarry?

—No, el otro. El de anteojos, el doctorcito. Y está al lado del líder aprista de moda. Hace nada más que un mes.

—Junto a Carlos Enrique Ferreyros, vaya.

—El mismo día que lo eligieron decano del Colegio de Abogados de Lima. Míralos.

El joven doctoral aparecía en la Comandancia un tanto despeinado y, más compuesto, realmente eufórico al lado de Ferreyros la noche de su elección. Abría calle mientras cargaban en hombros al nuevo decano, alzaba los brazos al llegar a la calle. Atrás presidía un cartelón con el nombre del partido: APRA.

—¿Qué le parece a usted el trabajo? —se enorgulleció Domínguez.

—Realmente oportuno —recordó la conversación con Segura—. Dicen que el APRA no fue, que no se la puede acusar. Me pregunto quién la protege pero ha de estar muy alto para pretender semejante engaño.

—Aquí está en Radiopatrulla —Domínguez recorría las ampliaciones con una lupa—. Y está en el ataque a “Expreso”. ¿Vas a publicarlo?

—A toda madre —gruñó el director—. Quiero ver si mañana se atreven a decir que no hubo complot aprista. Chino, me han ordenado que despida a Mirko.

Domínguez miró como si no hubiese entendido.

—¿A Mirko?

—Sí.

—¿Después que defendió el periódico con los dientes?

—Sí, a Mirko. El de la Reforma Agraria. El de “La Crónica”. El de Pedro Rojas. A Mirko Lauer.

—¿Por el comentario sobre la CIA?

—Sí.

—¡Carajo, pero la CIA existe! Todo esto —el ademán abarcó las ampliaciones de la violencia—. ¿a quién se le ocurrió? ¿Nada más que a éste muchachito de anteojos? Oye, gringo, pero es que son unos cojudos o se hacen.

—No son cojudos, nada más juegan sucio. El comentario editorial es un pretexto. Lauer es peligroso porque denuncia la manipulación y escribe sus opiniones con toda franqueza.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Tengo que calcular cuánto piso queda debajo de nosotros —se derrumbó en la butaca—. Hay que identificar a este amigo de Ferreyros. Tú sabes quién puede ayudarnos.

—Comprendido. Yo traigo el nombre esta noche.

Por la ciudad todavía patrullada por el Ejército, pese a que los policías reaparecían en sus puestos, aceleró taciturno y a solas bajo un sol que invitaba a olvidar, a irse al mar, a hacer el amor, a escuchar músicas chillonas o conversar. Ni una sola vez este verano había ido a la playa, seis meses sin ir a un cine, sin descansar un domingo, sin llegar temprano a casa. Y encima carajo eras un traidor. Se desvió por los almacenes de Sears hacia un restaurant frecuentado por hombres de negocios, alfombrado de azul y bien refrigerado. En un

rincón descubrió a Oquendo que bebía un pisco-sour. Se sentó frente a él. Nomás se miraron, saludándose con un guiño. También pidió un pisco-sour, doble y muy frío. Bebieron en silencio, sin ganas realmente de discutir lo inevitable. Oquendo parecía como terminado y eso amargaba su faz. Mejor no ser a ser algo que termina. Las palabras sirven para cualquier cosa, las muy putas. Con idénticas letras escribía el derecho y el revés. Y para qué: para que igual los días se repitan. Hasta que todo haya muerto, también las palabras. La muerte ha de ser siempre más y esto y lo otro era apariencia, perfecto sueño de una divinidad desconocida, y aquí, allá, apenas vida, la fugaz memoria de apenas vida, emparedada por la muerte de la que veníamos y a la que íbamos, mientras tanto empeñados en ser, hechos todos de muertos, llegados todos de muertos, caminando todos a lo mismo: a padres de muertos, a abuelos de muertos, a simiente de muertos, a muertos de muertos y sin embargo, por ahora, siendo esto que llamábamos vida, amada porquería. Llamábamos vida sólo a aquello conocido, la médula apenas presentida, la piel, los colores que a través de sus ojos se convertían en manchas miopes, como violentas acuarelas en trance de disolución. Todo era y no era verdaderamente así que un día prefirió no ser, jamás preguntar qué ven los ojos alucinados de los gatos, atentos a invisibles pero veraces apariencias; o a quién ladraban los perros en esos espacios sólo por ellos comprendidos. No existió y tuvo cuatro hijos. No existió y habitó una casa, un jardín, una costumbre. No existió y fue dueño de zapatos. No existió e inventaba el mundo por su cuenta. No existió e hizo formas con la arcilla, soplándoles la vida. Y sin embargo en lo que a Oquendo concierne, Oquendo nunca existió. Por eso sintió recelo de conocer a Thorndike porque Thorndike se empeñaba en existir, en ser varios a la vez, en ocupar la amplitud del tiempo, en quedarse: de tan cobarde a veces era valiente, de tanto odiar la vida había llegado a amarla y necesitaba, de tan desesperado alcanzaba la paciencia, al revés de Oquendo, que originalmente había sido paciencia y razonable armonía con la vida. Porque se contradecían, como el espejo, cuando se conocieron acabaron por hacerse compañía. En algo estaban de acuerdo: todo es en vano y sin embargo valía la pena, porque ahí, en la robusta alegría de estar no siendo, una certeza inexpresable, una íntima coherencia se abría paso a pe-

sar del pensamiento fracasado. Y las miradas nomás decían que no importa, que está bien, que sigamos adelante. Ahora ni se miraban, pero aquel silencio hablaba. Sabía Oquendo que le pedirá que se quede, que retire la renuncia. De vez en cuando en la vida, naufragaba a sabiendas. A saltos sobre la cáscara de nuez de la cordura, a pisotones sobre el agua vasta de la duda, se hundía con la majestad de un capitán derrotado. Y sin embargo sobreaguaba en todos los intentos de hundimiento. Seguirá, con puntualidad de ferry-boat, acudiendo a las citas inmediatas, mientras la gran hora se aproxima. Hay casi siempre en él una grave decisión de renunciar, no a lo banal que nada más desprecia, sino una vocación a no estar, hasta, ojalá, de no estarse más en Oquendo, y sin embargo estaba, por lo común proponiendo las decisiones más arduas, vinculándose a la vida por los códigos más difíciles, las conductas más esforzadas, los sacrificios acaso más inútiles. Estaba construido de silencios como ahora.

—No voy a renunciar —dijo al fin Thorndike. — Voy a quedarme y pelear. Recién ahora he comprendido cómo es el juego y no lo pienso abandonar.

—¿Qué juego? —la voz de Oquendo casi cortaba—. Tenemos encima a un sujeto intratable, que da órdenes inadmisibles, que se cree la Revolución, un general inculto y autoritario. ¿Acaso se puede conversar con él? No. Es imposible tener una vinculación inteligente con el poder, que es caótico, intolerante y contradictorio. La pita se rompe siempre de nuestro lado. Yo creo que hay que irse.

Sirvieron otros dos pisco-sours. Thorndike se llevó un puñado de maní a la boca

—El juego se da abajo, Abelardo. Hemos prestado demasiada atención a cuanto sucede arriba, pero lo que realmente importa está en las bases. El mismo enemigo nuestro intenta controlarlo todo: sindicatos, organizaciones populares, la participación del pueblo en el poder...

—Que es una participación que no parece darse nunca.

—... Nosotros solos o aun acompañados por algunos militares, no tenemos ningún peso. Nada tiene peso sin el pueblo. Y ahora, creo yo, más que nunca el pueblo tiene que ser ayudado por "La Crónica". Hay que empezar a pelear.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo vas a pelear, Guillermo, si el enemigo, el manipulador, el fascista es quien te da las órdenes?

Obedeces o caes inevitablemente en la insubordinación y en el conflicto. Y siempre tienes todas las de perder. En estos meses hemos cometido errores pero el saldo es favorable: un diario aceptable, comprometido con las causas populares, con la Revolución. Las incoherencias son fruto de la presión de arriba. Ya es hora de irse. Porque principia la imposición, cuando menos te des cuenta, estarás publicando opiniones que no compartes o que rechazas. Yo no estoy dispuesto a tolerarlo, así que me voy. Además, el responsable de la página editorial soy yo. Entonces que el General Segura me bote a mí.

—La verdad, debiera echarnos juntos, o a mí, solamente a mí, porque el responsable legal es el director y la de Pedro Rojas es una columna con seudónimo —se interrumpió mientras ordenaban el almuerzo—. Ahora, ¿qué sucede si yo renuncio? Cae todo el comité. Y después los editorialistas, las jefaturas de redacción. Se viene abajo el diario que hemos hecho. Pondrán a algún obediente defensor del sector autoritario y manipulador. Y harán “La Crónica” al revés de lo que era, ¿verdad? Carajo, ya veo al diario defendiendo al MLR, a los gangsters sindicales anidados en la CTRP escribiendo editoriales o justificando la prepotencia de ciertas autoridades con la clase obrera. No puedo irme.

—¿Y cuánto tiempo vas a durar?

—No importa. Una semana, dos semanas pueden ayudar.

—¿Y cómo vas a negarte si te ordenan publicitar al MLR? A nosotros, ¿quién nos ha protegido? ¿Dónde están ahora los protectores generales progresistas por los que Lauer se ha jugado políticamente? ¿qué se hizo de ellos? ¿No accedían plenamente al gabinete el primero de febrero? ¿No controlaban el Ejército? ¿No iban a tener mayoría en el Consejo de Ministros? Si te vas a quedar, Guillermo, antes procura contestar esas preguntas.

—Si decidimos quedarnos, estoy seguro que se encontrará una respuesta. Claro, de todos modos vamos a jodernos. Tengo plena conciencia de que no hay alternativa. Ahí está la gran frase de Moncloa: nos echan caca con ventilador. No espero que después nadie de arriba nos ayude. La lealtad no es una virtud muy peruana con aquellos que ya no sirven a un interés. No sé, pues. Siento un compromiso con la Revolución y quiero cumplirlo.

—¿La Revolución de Segura?

—La Revolución a pesar de Segura.

Otra vez cayeron como en un pozo de silencio. Thorndike procuraba mantenerse firme.

—Abelardo, viejo: te pido que no renuncies al comité. Si quieres, deja la página editorial. Pero no me abras un hueco que sólo puede llenarse por resolución suprema.

No contestó. Tras su silencio por lo general se acorrallaba el disgusto o el hastío. Cuanto hay que decir, ha sido dicho. Creía el esfuerzo inútil, condenado inevitablemente al fracaso.

—Dejamos mi renuncia pendiente —concedió al fin—. No la retiro pero por un tiempo no tienes que aceptarla. ¿Te parece bien?

—Gracias.

Después de almuerzo, Thorndike se detuvo en la II Región Militar. Demoró media hora en llegar hasta el mayor ayudante.

—El General está en una reunión de Estado Mayor, no creo que te pueda atender —dijo.

—Es que tengo que hablarle hoy. Mañana será tarde, ¿entiende? ¿No hay ninguna forma de verlo?

—No lo puedo interrumpir —el corpulento mayor parecía dispuesto a colaborar—. ¿De qué se trata?

—Algo que sólo él puede arreglar. ¿Qué hago? ¿Espero aquí?

—Vas a perder tu tiempo. Yo te llamo a “La Crónica”.

Frente al diario, vigilaba una tanqueta. Dos soldados desviaban el tráfico en la esquina de Andahuaylas y Grau. El primer día un capitán comandó la patrulla. Después fue un teniente. Ahora la vigilancia dependía de un sargento. Los periodistas invitaban merienda y gaseosas a los soldados, la madrugada anterior los obreros de distribución desafiaron a la tropa a un encuentro de fulbito, “La Crónica” ganó a la División Blindada por cuatro goles a dos. Habían instalado cuatro grandes reflectores en el techo que bañaban con una luz blanca esas calles habitualmente en penumbra.

El arquitecto Ordóñez, que después del 5 de febrero dirigía la guardia nocturna de “La Crónica”, lo esperaba en la recepción. Thorndike lo miró fatigado.

—He venido a renunciar —dijo Ordóñez—. No estoy de acuerdo con la línea que le van a imprimir al diario.

Encendió un cigarrillo. Todos saben carajo lo que iba a suceder. Y el director qué. Y el apoyo popular qué. Se sintió harto de adversos vaticinios.

—¿No estás prejuzgando?

—Está claro, viejo. Es un triunfo de la Misión.

—“La Crónica” no ha cambiado de director, todavía. Yo respondo por la línea del diario pero si quieres renunciar, hazlo. No pienso pasarme la vida convenciendo a la gente a que se quede. He decidido continuar aunque sea solo.

Ordóñez se incorporó disgustado.

—Si es todo lo que puedes decirme en este momento...

—Lo siento mucho. El que confía, que se quede. El que prefiera irse, que se vaya.

—Bueno, adiós —hizo un vago ademán de hasta siempre antes de partir.

—¿Qué le pasa a Ordóñez? —se interesó Domínguez que entraba.

—Renunció.

—¿Qué sucede? ¿todos renuncian? ¿Y Oquendo?

—No te preocupes, Oquendo no se irá por el momento. ¿Y qué hay del personaje?

—Identificado. Ya tú sabes de dónde viene el dato, o sea que es de confianza. Dicen que se llama Juan Enciso Torres y que es bachiller en derecho, aprista, secretario de Carlos Enrique Ferreyros, ¿qué te parece?

El director silbó.

—Vive en Huarochirí 1430 —siguió Domínguez— ... en casa de su mamá. Ella se queja de que el muchacho desaparece sin avisarle su paradero. Debe tener unos veinticinco años. Recién terminó sus estudios y trabaja para otros abogados, también apristas.

—Muy bien, vamos a demostrar que...

—¡Guillermo! —Sakuda agitaba un comunicado oficial—. ¡acaba de llegar esto! El Ministerio de Alimentación desconoce la labor del COCOP y recuerda que el único organismo autorizado para regular el abastecimiento de los mercados es el propio Ministerio.

Aragón llegaba detrás de Sakuda.

—Hola, papá.

—¿Qué hay, Chango. ¿Leíste el comunicado?

—Dice que presentemos nuestras sugerencias a la Oficina

del Productor y el Consumidor, una especie de departamento de quejas para las amas de casa. ¿Qué te parece?

—Digamos que es un desaire. Era de esperarse, ¿no? La verdad es que existe un Ministerio de Alimentación.

—Hemos estado con el Ministro Hoyos para exponerle nuestra labor. No queremos sustituirlo, cholito, y el Ministro dijo que muy bien, que siguiéramos adelante. Y no bien salimos de su despacho... ya tú ves.

—Han prohibido que "La Crónica" vuelva a ocuparse del COCOP. Ustedes no existen. El General Segura los ha frotado con un borrador hasta volverlos invisibles.

Aragón se desmadejó en un sofá. Los periodistas observaron su cansancio. Sin embargo no se daba por vencido.

—Leonidas opina que debemos desmovilizarnos —dijo el dirigente—. Y SINAMOS ha prohibido que se use la Casa del Campesino para las reuniones del Comité.

Thorndike discaba el número de la II Región.

—Están golpeando por todas partes —comentó—. Aló, comuníqueme por favor con el General Leonidas Rodríguez.

—El General no está —dijo una voz aburrida.

—¿Cómo que no está? ¡Si me dijeron que llamara a esta hora!

—El General se fue —no se conmovió la voz.

—¿Y el mayor ayudante?

—Tampoco está. Se fue con el General.

Colgó lentamente. Miró a Aragón que sonreía.

—Chango, nos estamos quedando solos, puta madre, completamente solos.

File 12 (Confidencial).

Llamamiento al pueblo peruano

EL COMITÉ DE COORDINACIÓN de organizaciones populares fue formalmente instalado por los mayores Lora y Fernández Salvatecci en nombre de la Zona de Seguridad Nacional Centro. Aparte de las tres comisiones que actuaban en abastecimientos, control e información, se estableció un comité de en-

lace cívico-militar que integraban periodistas, dirigentes campesinos y de pueblos jóvenes. Contra el COCOP actuó de inmediato la Misión, cuyo proyecto político, el MLR, estaba a punto de recibir la bendición del Consejo de Ministros. En la demolición del COCOP colaboró activamente Carlos Delgado, Director Superior del SINAMOS y responsable de la doctrina del no-partido, secundado por un equipo de burócratas al que se conocía como La Aplanadora. Acusado de fachada de organizaciones comunistas y blanco del disgusto presidencial, el mismo día que el COCOP funcionó públicamente, fue sentenciado a muerte por el Gobierno. Sería deshecho, desautorizado, sitiado por el silencio, sabotado desde adentro. No sólo el COCOP quedó sin apoyo en los diarios debido a la sibilina mordaza impuesta por el SINADI. También quedó sin local donde sesionar. SINAMOS influía para clausurar la Casa del Campesino a los propios campesinos. La presión, ejercida directamente por Delgado, se desinfló cuando en respuesta los campesinos amenazaron con censurar a toda la dirigencia de la CNA si se prestaba a la manipulación.

Al mediodía del sábado 8 de febrero, el abogado Carlos Vásquez Velarde entró a la dirección de "Expreso". No sólo principal asesor del Ministro Fernández Maldonado sino hermano del General Luis La Vera Velarde, jefe de la poderosa III Región Militar en el sur del Perú, traía malas noticias: al COCOP lo liquidaban y en el próximo Consejo de Ministros el Gobierno Revolucionario abandonaba finalmente la doctrina del no-partido, para sustituir el organizado vacío político que propiciaba Delgado por un movimiento controlado por los Generales Tantaleán y Sala, cuyo espinazo sería el Movimiento Laboral Revolucionario. Una consternación enmudeció a los periodistas. La blanca cabeza de Ruiz Eldredge ni se movió. Tamborilearon los dedos sobre su escritorio. Intentó sonreír y sólo consiguió una mueca. ¡El MLR, partido político de la Revolución Peruana! Resultaba tan grotesco que casi parecía un mal sueño. Pensó en el Velasco original, rápido y astuto. Y ahora qué. ¿Influido por Tantaleán? ¿por amigos que conformaban una nueva clase de capitalistas? Podía imaginar el alejamiento de las organizaciones populares que ahora se acercaban a la Fuerza Armada. Y la violenta respuesta de los matones que integraban el MLR. Hasta siempre dignidad, buenos propósitos. Adiós, Revolución. Contempló a Moncloa, a

Rafo Roncagliolo, al dirigente gráfico Carlos Ramos, al meditando Carlos Vásquez. No será una exageración: el asesor del Ministerio de Energía y Minas estaba demasiado cerca de los generales progresistas para equivocarse. Los nudillos de Ruiz Eldredge golpearon el escritorio como quien toca a una puerta. El rechazo popular al MLR hacía que sus mentores se aproximaran a las fuerzas políticas contra las que precisamente había irrumpido la Revolución. Un irreflexivo temor a cuanto pareciera comunismo podía acabar en una alianza con el APRA, con los mismos agresores del 5 de febrero.

—¡Pero no es posible! —explotó Moncloa—. ¿Es que no hay nadie que pueda explicarle la verdad a Velasco?

Un silencio pareció responder que nadie, que lo del MLR era asunto acabado, que nomás leas Paco el diario de Frías convertido en vocero del MLR, que no iría tan lejos en su enfrentamiento con los generales progresistas si la Misión no se sintiera vencedora.

—El COCOP lejos de ofrecer una alternativa ha agudizado la cuestión del MLR —explicó Vásquez—. Al MLR se le presenta como una organización política sin infiltrados comunistas, una verdadera garantía.

—Además conocemos la debilidad de Velasco por Tanta-leán —añadió el dirigente Ramos.

—Hay que defender al COCOP —propuso Moncloa.

—Demasiado tarde —repuso Vásquez—. La suerte está echada.

Ruiz Eldredge fue hasta la ventana. Mientras observaba la tanqueta estacionada frente a "Expreso" y se le agolpaban presagios en la garganta, dijo que sólo hay una manera de atajar al MLR.

—Haremos nuestros propio llamamiento a un movimiento político de la Revolución Peruana, excluyendo esta vez a los comunistas. Y con el COCOP haremos una tenaza a ver si apachurramos al fascismo.

—Eso mismo quería proponer —se alivió Vásquez.

—Movimiento de la Revolución Peruana, el eme-erre-pe —dijo Roncagliolo en voz baja. El nombre que le gustaba a Velasco y que, según Leonidas, lo había usado como una posibilidad en el Consejo de Ministros. A mediados de enero, diecisiete se reunieron en casa del arquitecto Ordóñez para analizar la necesidad del partido político. La verdad, mientras ofi-

cialmente prévalecía la doctrina del no-partido y todo intento de organización era prontamente congelado por el SINAMOS, la Misión empujaba vehementemente al MLR favoreciéndolo con los vastos recursos del Estado y una impunidad obsequiada por el Ministerio del Interior. Así que redactaron un documento, una suerte de llamamiento a todos los revolucionarios del país a organizarse, entre otros motivos porque era indispensable hacerle frente al fascismo. Roncagliolo entregó el original a Leonidas y copias a los directores de los diarios amigos. Pero al día siguiente tuvo que recoger las copias porque el General Rodríguez dijo que todavía, que es prematuro, que mejor esperemos a febrero—. Bien, hay que ponerse a trabajar —dijo—. Lo primero que necesitamos es tener redactado el llamamiento.

—¡Melital! Por favor, papel sin membrete.

Roncagliolo se sentó a la máquina.

—Los que suscriben, militantes de la Revolución Peruana. . .

—Revolución Nacional Peruana —rectificó Moncloa—. Valga la redundancia, no vayan a torcer las palabras.

—... autónoma e inconfundible, inspirada en principios humanistas, socialistas, libertarios y cristianos. . .

—Orientada a la construcción de una democracia social de participación plena —agregó Ruiz Eldredge.

—... muy bien, nos dirigimos a todos los trabajadores peruanos, al pueblo peruano entero del cual formamos parte, con el objeto de convocarlos. . .

—Convocarlos a militar en las filas de este proceso revolucionario a través del desarrollo de un Movimiento de la Revolución Peruana —se acauteló Ruiz Eldredge.

—... que ha de corresponder a la propia naturaleza de nuestro proceso —siguió Roncagliolo—, que es canal de participación, de participación combatiente, ¿no? —fumó calculando las palabras—, ajeno a toda tradición partidaria, burocrática, manipulatoria. . .

—Dogmática —ayudó Moncloa—, divisionista.

—... o partidaria de la violencia.

—Releyeron en voz alta.

—Oye, Rafo, todavía puede parecer llamamiento a partido político —Moncloa resopló. Claro, había que hacer un partido que no fuese partido sino todavía más, mezcla de gobierno y

oposición y que, además, no se pareciera a ninguna estructura socialista o comunista—. Tenemos que insistir, viejo.

Rafo estuvo de acuerdo.

—Al proponer la organización de los militantes de este proceso revolucionario —escribió como dictándose en voz alta—, destacamos ante todo su carácter enteramente original, cuya expresión más genuina será el... el predominio de la propiedad social...

—Destacamos nuestra plena identificación con la marcha hacia una democracia social de participación plena —subrayó Ruiz Eldredge—, inconfundible con el viejo sistema partidario e inconfundible a la vez con cualquier sistema de partido único o monopolio burocrático del poder.

A las ocho de la mañana del domingo, Roncagliolo visitó la II Región Militar a entregar el documento al General Rodríguez. A la misma hora, Ruiz Eldredge y Moncloa conversaban con el General Fernández Maldonado. Estuvieron de acuerdo. El COCOP apuraba a la Misión, los Generales sabían que el martes se revisaría la doctrina del no-partido y que ya Sala y Tantaleán celebraban el triunfo político del MLR. Sobre una basura de mercenarios pretendían construir la participación del pueblo rescatado. El llamamiento debía aparecer de todos modos antes del Consejo de Ministros. Quedaban cuarenta y ocho horas.

Perdieron el tiempo en conciliábulos. En vez de informar a las bases de cuanto había sucedido, el lunes se extraviaron en conversaciones a ninguna parte, sin contactar a los principales dirigentes del COCOP. Sólo al mediodía partieron emisarios a obtener apoyo popular. Ya arrinconados, los del COCOP sintieron que les arrebataban la iniciativa y rechazaron el llamamiento. A las nueve de la noche, nadie había firmado. En los diarios adversos a la Misión, las rotativas no se movían a la espera del documento.

En febrero decían que el Consejo de Ministros estaba dividido. Así como la Misión funcionaba con toda coherencia, así los progresistas actuaban bajo el reciente liderazgo de Morales Bermúdez. En los cenáculos políticos se hablaba del grupo de Los Ocho, de los cuales seis eran ministros: los Generales Fernández Maldonado, Miranda, Gallegos, Hoyos y Arias Graziani, el único de la Fuerza Aérea. Desde luego, el Primer Ministro. Y los Generales Rodríguez y La Vera, que coman-

daban las regiones militares más importantes del país. Otros dos ministros, el Canciller de la Flor y el de Transportes y Comunicaciones, Raúl Meneses, apoyaban a los Ocho, considerándoseles progresistas pero no agrupados. De otro lado, la Misión la formaban los Generales Tantaleán y Richter y el Contralmirante Jiménez, con voz y voto en el Consejo, y Sala y Segura, que sólo tenían voz, además del jefe de los servicios de inteligencia, el General Zavaleta, que no asistía al Consejo pero que todas las mañanas despachaba con el Presidente. A otros cuatro ministros se les reportaba nada más que velasquistas: el General Gilardi, jefe de la Fuerza Aérea, y su colega Miró Quesada, Ministro de Salud; y los vicealmirantes Faura y Gálvez. Completaban el comando del Gobierno los generales que oscilaban por encima de la división, sin comprometerse nunca con ninguno de los grupos: Graham, influente jefe del COAP, y el aviador Poggi, Ministro de Trabajo.

Lauer había elaborado la teoría de los fusibles. Puesto que las facciones militares rehusaban un enfrentamiento definitivo que podía conducir a la guerra civil, la lucha política se desarrollaba a través de civiles-fusibles que se quemaban o resistían, un poco a la manera de piezas de ajedrez que trasladaban la pugna a un plano casi irreal, olímpico, pero gracias a cuya existencia se evitaba el gran cortocircuito nacional. La Misión contaba con eficientes fusibles: el diario "Última Hora", desembozado vínculo con el APRA y defensor del MLR; ciertos funcionarios del SINAMOS, la CTRP, una alianza con "El Comercio" y su director Cornejo Chávez. Los Ocho contaban con el apoyo de "La Prensa", "Expreso" y, aunque en cotidiana pugna con el SINADI, también de "La Crónica". Y con fusibles en varios Ministerios, altos funcionarios muchos de ellos procedentes del Instituto Nacional de Planificación. Eran precisamente los civiles-fusibles quienes especulaban con las fuerzas superiores a las que servían, dispuestos a carbonizarse por las luchas de tal olimpo castrense. Jugaban auxiliados por el fuego divino. Sus olímpicos propietarios nunca marchaban al exilio o acababan en prisión, no importa lo que hicieran: eran políticamente inmortales. Pero la desgracia fulminaba a los civiles-fusibles a veces más allá de todo lo imaginable y en ellos se ensañaba todo el encono de las batallas superiores. Esta realidad era desconocida para la mayoría de los peruanos: al país se le ocultaba la creciente división en

el comando revolucionario. Eran los fusibles quiénes se dividían y guerreaban entre sí y ahora parecían dispuestos a enfrentarse en toda la línea de batalla. El chisporroteo que causarían sería sólo el preludio de lo que podía ser el enfrentamiento armado.

A pesar de la urgencia, el llamamiento fracasaba. A las nueve, empezaron a llegar a casa de Zimmermann, un chalecito vagamente inglés, en una quinta que sobrevivía al progreso miraflorentino. Ruiz Eldredge y Carlos Vásquez expresaron preocupación: mañana es el Consejo y no llegaba la respuesta del COCOP. Por teléfono, Lauer y Roncagliolo pedían a los jefes de redacción que esperaran un rato. Al fin se supo: los del COCOP rehusaban apoyar. En el saloncito alfombrado de azul discutieron si esperar hasta obtener apoyo de las bases o si nomás lanzaban el llamamiento con unas cuantas firmas de prestigio.

—No podemos demorar —dijo Vásquez—. Tiene que aparecer mañana.

Telefonaron a Peñaloza y le leyeron el documento. De los reunidos en casa de Zimmermann sólo firmarían Ruiz Eldredge, Vásquez y Carlos Ortega, asesor del General Meneses. Siguió telefonando. Aceptó José Luis Brousset, Presidente del Banco Popular y hombre de Morales Bermúdez. Aceptó Otóniel Velasco, principal civil del Instituto Nacional de Planificación. Siempre por teléfono aceptaron Ruiz Caro y Thorndike. A las once de la noche, sin que los firmantes se hubiesen reunido una sola vez, doce notables entre políticos, directores de diarios y funcionarios, asumieron el riesgo de contrariar a la Misión en la víspera de su victoria. La mañana del Consejo de Ministros, el llamamiento apareció en la primera plana de casi todos los diarios.

Mientras el poder forcejeaba rompiendo con la doctrina del no-partido, los diarios no cesaban de demostrar las vinculaciones entre el APRA y el ataque a edificios públicos, a periódicos y a los desórdenes del 5 de febrero. El bachiller Enciso aparecía fotografiado en viejos disturbios estudiantiles y en recién descubiertas imágenes junto a Ferreyros. Otros agitadores fueron identificados por "La Crónica" como miembros de la Juventud Aprista o del Comando Universitario Aprista. Los miserables habitantes de un tugurio en San Miguel señalaron a Enciso como el cobrador de alquileres y representan-

te del dueño de esas destartaladas habitaciones de adobe, sin agua ni luz. Asustado por la insistencia y exactitud con que su rostro y sus huellas aparecían en las primeras planas, el bachiller Enciso se refugió en la Embajada Argentina.

Esa mañana, Velasco humeó rumbo al salón del Consejo, en el tercer piso de la Casa de Gobierno. No sólo los diarios contrariaban las versiones iniciales de su jefe de inteligencia respecto de la identidad de los agitadores, sino que un puñado de funcionarios se adelantaba al alto gobierno llamando a los revolucionarios a organizarse en un movimiento político. Ni siquiera se había decidido el abandono del no-partido. Le agitaban el país debajo de la presidencia. Si al menos pudiese andar, desembarazarse de esos fierros, moverse libremente. Primero el COCOP, que le robaba a sus organizaciones. Ahora el MRP; caray, y usaban las siglas que gustaban al propio Presidente. Qué se han creído, bufó. Esos funcionarios no iban atreverse al llamamiento sin estímulo de lo alto, ahí, en su propio gabinete hacían política sin consultar. Los ojos verdes de Tantaleán sonreían mientras el malhumor presidencial crepitaba a plenitud. Ah, pero ahorita averiguaban quién alentaba ambiciones a espaldas de la Revolución. El General Arias Graziani pidió la palabra. Veinte miradas viajaron hacia él. A su asesor, Hélan Jaworski, le habían pedido que firmara y no firmó. Esa mañana informó al Ministro. ¿Y quién se lo pidió? se amargó Velasco. Fue Augusto Zimmermann, señor Presidente. Velasco lisureó en voz baja, bueno, ya sabían las locuras que hacía el flaco, la cólera no pareció evaporarse.

Zimmermann renunció esa noche a la secretaría de prensa. La renuncia no fue aceptada.

Mirko Lauer no tuvo tanta fortuna. El General Segura exigió copia de la carta de despedida y hubo que cursársela por vía notarial. Inmediatamente fue contratado por "La Prensa" para dirigir un nuevo suplemento dominical. Pedro Rojas volvió a morir. Oquendo abandonó la página editorial. Se supo que el General Leonidas Rodríguez había sufrido un accidente, al disparársele la pistola, y que estuvo dos días en el Hospital de Aeronáutica. Trascendió que el Gobierno había decidido revivir una comisión que durante dos años se ocupó de delinear el movimiento político. Esta vez tenían un plazo y una urgencia para concluir el trabajo. El movimiento quedaba

encargado principalmente a la Misión: Tantaleán, Sala, Richter y Jiménez de Lucio. Completaban la comisión los Generales Grahani y Fernández Maldonado. Mientras tanto el Gobierno pidió cortésmente a los autores del llamamiento que se abstuvieran de organizarse.

Cassettes 65 y 66, sobre MLR.

Duración: 95 minutos

PUNTA HERMOSA ES UN ATREVIDO balneario de verano. Ha crecido al filo de un tortuoso cauce por donde cada veinte o veinticinco años descienden inundaciones. Su playa es breve, a trechos pedregosa, y cae abruptamente a profundidades azules, frecuentadas por espléndidos lenguados. Una isla carcomida por el oleaje no basta para tranquilizar su ensenada que en invierno, al caer el sol, visitan escuadras de bufeos. De espaldas a un arenoso desmoronamiento, el paraje es curvo, tan árido que hasta los cactus perecen. Las olas más grandes del país rompen allí donde acaba el balneario y las rocas se atreven a sobresalir por el océano. Mitad pobre, con casitas mediocres de estrecha terraza, mitad opulento, en su extremo sur, donde adinerados deportistas se encerraron en un club, Punta Hermosa empezó con cuatro o cinco casitas: la de don Pancho Fascioli, primero carnicero, después joyero, un corpulento y fellinesco viejo que jamás recuerda el nombre de los recién presentados; la del viejo Bruce, la de Luciano Cúneo y la de un joven militar: Javier Tantaleán Vanini. Ahora que Punta Hermosa es casi una ciudad, aquellas casas que desafiaron la soledad del arenal cuarenta kilómetros al sur de Lima, están en el centro mismo del balneario. Tantaleán es hoy Ministro de Pesquería, de su sector dependen gran parte de las exportaciones nacionales y en su casa, modernizada, llena de confort, acaba de tomarse quince días de vacaciones el Presidente Velasco. En cuanto a los otros pioneros, los Bruce se han dedicado a las obras públicas, con importantes contratos en el sector pesquero, y uno de ellos es alto funcionario

en Pesca Perú; Luciano Cúneo ha sido director de importantes empresas pesqueras y Fascioli es nada menos que diplomático, agregado pesquero del Perú en la embajada en Washington, donde su hija Irma Fascioli también es secretaria. Tantaleán ya no es más el mayor, el comandante, sino don Javier, a cuya casa este verano llegan los ministros a despachar con el señor Presidente de la República.

Si en enero podía decirse que el hombre más influyente en Velasco era Tantaleán, quien más influye en Tantaleán es su hijo Pocho. Ex-dirigente del comando universitario aprista, el hijo del señor Ministro tiene ideas precisas sobre el futuro político de la Revolución, que visualiza a la manera de un APRA rota de su actual dirigencia. Detrás de su papá, que en estos días aspira a convertirse de una vez por todas en Vicepresidente del Perú, el joven doctor de Lovaina impulsa al MLR pero comprende que no bastan matones como el Bello Antonio o mangoneadores sindicales como Rolando Riega y Alberto Gil Peñaranda. Si ha de robársele el APRA a Haya de la Torre, si se ha de desplazar a Carlos Delgado, el ex-secretario de Haya de la Torre que durante cinco años ha influido en el pensamiento de Velasco, los Tantaleanes necesitan su propia aplanadora, su élite de políticos, escritores y técnicos capaz de asumir el comando intelectual de una nueva fase del proceso. Dirigentes universitarios de hace unos años, coincidentes con la línea de Pocho Tantaleán, enriquecían ya el núcleo directriz del MLR. Otros, como Angel de las Casas, el joven presidente de la Comisión Nacional de Propiedad Social, que disfruta de rango de Ministro, parecían dispuestos a ayudar y ya se cocinaba el enorme plan de la ciudad autogestionaria de Samanco, donde el sector pesquero y Propiedad Social se daban el encuentro y que el joven Tantaleán transformaba rápidamente en un enclave del MLR. La actividad proselitista de los Tantaleanes se orientó entonces a los diarios expropiados. Con gran soltura política echaron el anzuelo precisamente a quienes los criticaban. Uno de los que aceptaron el diálogo, sin morder la carnada, fue Manuel Benza, joven y barbudo funcionario de segunda en el Instituto Nacional de Planificación, INP; y mordaz editorialista de "La Crónica", que había roto fuegos contra el MLR.

Se conocían de Punta Hermosa, también de la universidad. Benza recordaba a un Pocho a menudo iracundo. Tan

pronto acabaron las vacaciones de Velasco, se produjo la invitación de una manera inocente. Nancy de Fascioli, nuera del rollizo agregado pesquero, invitó a almorzar en su casa, vecina a la de Tantaleán, a la esposa de Benza. Será el sábado, un grupo íntimo. Si es verano, los domingos llega una multitud a Punta Hermosa, hay que estacionar el auto en las afueras del pueblo, sudar bajo el sol hasta encontrar un pedazo de playa. Pero los sábados, como hoy, las muchedumbres no empujan o se malhumoran. En la puerta de la casa de los Fascioli, tropezó con el General Tantaleán.

—Se te ve muy pálido, hombre, hay que apartarse un poco de los libros y tomar el sol —dijo el Ministro.

Al General se le veía por cierto saludable. Se zambullía con frecuencia en esas aguas bravas y, con grandes aletas y arreos de pesca submarina, buceaba hasta cosechar un succulento almuerzo. Así curtido por la sal, bien asoleado, en lo alto del poder, musculoso y abrigado por la buena mesa, el Ministro parecía gozar de una jovial e indestructible fortaleza. A su lado, Benza parecía pálido y enclenque. A diferencia de la casa del General, cuyas primitivas paredes parecían haber desaparecido bajo sucesivas refacciones, la de Fascioli creció sin que lo antiguo fuese modificado, de modo que el visitante podía calcular la edad de las habitaciones. Benza bebió cerveza en una sala dominada por una enorme fotografía de la familia Fascioli almorzando con Tantaleán en la todavía solitaria playa de Bayóvar. Después llegaron el cebiche y la frijolada. El General se movía entre su casa y la vecina sala de los Fascioli como si nada los separara. De conocer, conoce que Benza escribía muchas de las críticas de fondo al MLR y que había remplazado a Filomeno en "La Crónica", encargándosele tareas de análisis político en aquello que era su especialidad: los partidos.

—Aquí tienes al Ministro, pues, Manano —invitó familiarmente a Benza el dueño de casa—. Dile qué piensas del MLR.

Los ojos verdes de Tantaleán sonrieron mientras Benza opinaba sin titubear, despachándose un discurso sobre el neofascismo en el Perú.

—Nada más absurdo —comentó Tantaleán—. Verdaderamente, doctor Benza, me parece absurdo. No tiene ni pies ni cabeza. Mire usted: en la Revolución se están infiltrando los comunistas. Hay una tremenda infiltración.

—¿Por ejemplo? —las adversas opiniones de Benza habían establecido una tensión.

—Por ejemplo Mirko Lauer, que es un comunistazo. A Lauer lo han entrenado en China. O José Luis Alvarado. ¿Los conoces? —rapseó Tantaleán. Todavía en enero, Benza trabajaba codo a codo con Lauer en “La Crónica”.

—A Lauer lo conozco y no me parece ningún agente de Pe-kín. A Alvarado, no. ¿Cómo es él?

—Quiso mangonear el Area Laboral del SINAMOS, infiltrarla de más comunistas como José María Salcedo, pero yo lo desenmascaré en una reunión —Tantaleán se paseaba por la habitación, a ratos parecía hablar a solas—. En el Perú hay un Ejército anticomunista y ese anticomunismo no lo cambia nadie. La Revolución Peruana nunca se aliará al comunismo porque el Ejército no está ni estará jamás de acuerdo. Para llevar adelante la Revolución se necesita una fuerza sin ningún parentesco ideopolítico o programático con el Partido Comunista. Esa fuerza es el MLR —miró de arriba abajo a Benza, su descuidada vestimenta—. Yo soy un estratega —dijo el General casi amenazante—. Hay que actuar con pragmatismo. La Fuerza Armada es anticomunista. Esa es la verdad más importante y en base a ella hay que calcular la acción —volvió a caminar, mirando a veces el mar, la multitud de bañistas—. Hay ministros que van a China, lo ven todo y se entusiasman, opinan que China es una maravilla. ¿Y qué sucede con esas opiniones? Las cataloga el Servicio de Inteligencia. Yo voy a China y digo que está muy bien, muy impresionante, pero que la Revolución Peruana es mejor. Y eso también lo cataloga el Servicio de Inteligencia. ¡Estrategia! Ah, pero se la pasan diciéndolo que yo... —sus ojitos verdes volvieron a penetrar a Benza—... que yo soy un reaccionario, un fascista o, por lo menos, un anticomunista rabioso, que no me gusta el socialismo. Eso dicen, ¿verdad? —y se acercó a Benza, que precisamente opinaba que era un reaccionario—. ¿Y quién fue el primer ministro peruano en ir a Cuba? Yo. ¿Y quién el primero que visitó China? Yo. Caray, yo he llegado a las bases secretas de los chinos, he visto sus cohetes y sus submarinos...

—Pero no me negará, General, que hay de su parte un antisovietismo —se atrevió Benza—. Y en su actitud, no sé...

hay apristas dispuestos a aceptar el desarrollo político de China pero que son anti-Unión Soviética.

—¡Vaya! ¡eso sí es ocurrente! —rió el General—. Mire, Benza, no se le puede conceder a los comunistas una capacidad de acción que no tienen. Son totalmente incapaces de controlar este país.

—¿Entonces por qué actúa usted bajo la brújula del anticomunismo? O mejor dicho: ¿por qué es tan anticomunista ahora el Ejército? ¿No resulta el APRA la fuerza más peligrosa para la Revolución en la actualidad? ¿Por qué en el pasado se vetó al APRA y ahora no nos parece tan, tan...?

Arrimaron hasta Benza un plato con frijoles chinchanos y el Ministro se desvaneció rumbo a su casa. No seas exagerado, cuchicheaban los demás convidados, no le hables así a don Javier, después de todo es un ministro, iban a terminar creyendo que el simpático Manano Benza, funcionario público con mucho porvenir, también era un infiltrado comunista. Y Benza replicaba que si piden mi opinión, caramba yo opino, toda la vida he sido franco. Y recordaba a Tantaleán repitiendo: desgraciadamente en el Perú, Pocho sólo hay uno, Pocho sólo hay uno.

Tantaleán regresó con un manojo de radiografías.

—Vean —sonrió—. Estas son mis medallas —desenfundó las películas y las mostró a trasluz—. Aquí dio la bala, aquí está la esquirra —y flexionaba el brazo, deliciándose de su salud actual.

—¿Qué se siente, General?

—Fue demasiado rápido. Pam, pam, ahí estaban disparando frente a mis ojos. Bueno, ¿y qué piensa el doctor Benza de la expropiación de los diarios?

—Estoy de acuerdo.

—Sin embargo, no marcha bien. “Expreso” es un vocero del Partido Comunista, lo manejan entre la CGTP y la Embajada de Cuba. Y desde ahí se derrama toda una influencia perniciosa al gremio periodístico. Ah, si fuera por mí... —la amenaza quedó flotando—. La expropiación de los diarios sólo está beneficiando a los comunistas. También “La Crónica” se ha convertido en un vocero comunista. ¡Quién lo hubiera imaginado! ¡Y “La Prensa”! Hay que ver cómo han infiltrado ese periódico —el General se sentó, apoyándose en la mesa frente

a Benza—. La culpa la tiene SINAMOS, ¿no cree usted doctor Benza? SINAMOS ha fracasado.

Benza asintió. La influencia de Delgado y su aplanadora impidió la sustentación partidaria del proceso; dijo que no había manera de militar. Benza reservaba su juicio sobre la conducta de Carlos Delgado, que le parecía sospechosa porque al consagrar la idea de una Revolución sin partido, congeló el movimiento popular. Mientras tanto, nadie criticaba a los teóricos del SINAMOS, ah, todo lo contrario, la Revolución perdía su tiempo elevándolos.

—¡Vaya, vaya, al fin coincidimos en algo! —sonrió Tanta-leán. Miró su reloj pulsera—. Bueno, algún día volveremos a hablar, tengo que irme a un compromiso.

Algún día fue el martes siguiente. Llamaron del Ministerio de Pesquería al INP, que es urgente, vaya usted doctor Benza al despacho del señor Ministro. Pero no lo recibió el General sino uno de sus principales asesores, Ramón Pérez Prieto.

—Te felicito —dijo el funcionario.

—¿Se puede saber por qué?

—El Ministro me ha encargado hablar contigo —Pérez Prieto se movía con desenfado por el Ministerio de Pesquería—. Dice que tú piensas distinto pero que él necesita un asesor político con quien poder discrepar, porque si todos sus asesores pensarán igual, ¿para qué servirían?

—¿Me estás ofreciendo un cargo?

—Te ofrezco la asesoría política del General Tantaleán, ven, te mostraré tu oficina —abrió una puerta del noveno piso y enseñó un alfombrado aposento. Señaló otra puerta—: por ahí se llega al despacho del Ministro. Más cerca ño se puede estar.

—Oye, viejo, pero a mí no me interesa...

—No seas cojudo, Manano, una ocasión así no se presenta dos veces. ¿Tienes familia, verdad? Pues entonces piensa en el futuro —su voz se convirtió en un cuchicheo—: lo saben hasta las piedras, Tantaleán es el próximo presidente.

—Pero yo no estoy de acuerdo —protestó Benza.

Por el pasillo apareció Tantaleán. Sonrió, arrastrándolo consigo.

—¿Hablaste con Ramón? Mira, ésta es mi oficina... —abrió otra puerta y le mostró el mismo alfombrado aposento— ... y aquí está la tuya. ¿Qué te parece?

—No puedo aceptar, General, estoy haciendo un trabajo importante..

—Puedes acabarlo acá, fíjate, desde este lugar hay verdadero acceso a la Presidencia, puedes pedir lo que quieras. En cuanto al sueldo, cobrarías por Pesca Perú, porque en el Ministerio hay un tope de cuarenta mil. En Pesca Perú estarás encima de Gastelú...

—Ajá —Benza recordó al ex-pastor protestante que desempeñaba la gerencia de Bienestar Social, por donde dicen que se desviaba fondos al MLR.

—... y Gastelú creo que gana sesenta o setenta mil, así que tú ganarías un poco más. ¿Aceptas?

—Mañana le contesto.

Se despidió Benza con un apretón de manos, sobre trajinadas suelas abandonó el Ministerio hacia su automóvil comprado en difíciles plazos y, en fin, hacia su casita entre Lince y San Isidro, en los capítulos de incipiente prosperidad dentro de una historia que empezó a pan y cebolla, con beca en Alemania y dos hermosas hijas que pronto irán a la escuela. Qué clase de bonanza toca a la puerta que rehusabas Manano escucharla, justo ahora que pide un préstamo de treinta mil soles para no tocar fondo, carajo qué difícil era empinar-se por la vida. Contempló la salita con chimenea y alfombra reciente, el comedor barato, la terraza techada con estera y el jardincito umbroso, regado de juguetes. No podía aceptar, esa es la diferencia: él no se vendía. Y lo comprobaba con ese desaliento que a veces asalta a los honrados, porque la honradez no es sino una fuerza de voluntad y hasta la voluntad a ratos se cansa.

Al otro día regresó al Ministerio en busca de Pérez Prieto. Entre zumbidos de aire acondicionado, urgencias telefónicas, ascensores silenciosos y secretarías que adornaban escritorios, contestó que un asesor revolucionario no cobra. No podía negarse a aconsejar al señor Ministro cuando éste le pidiera su opinión, pero no iba a exigir dinero a cambio de sus ideas. El funcionario lo miró como a un estúpido y dijo que está bien Manano, se lo diré al General.

—¡Doctor Benza! ¡váyase inmediatamente al Ministerio de Pesquería! —tronó un capitán en el Instituto Nacional de Planificación el 5 de febrero.

—¿Ahora? —el centro de la ciudad ardía, retumbaban los disparos.

—Ahorita.

Tardó media hora en llegar a San Isidro, ni cinco minutos en alcanzar la secretaría del Ministro. Del despacho salía Carlos Delgado que esquivó el saludo.

—Pase usted, doctor —sonrió la secretaria.

—¿Y, qué pasó? —lo recibió el Ministro—. Asiento, Manuel. Quiero que me hagas un análisis de la situación.

Entrécerraba los ojos. Tantaleán no confía en nadie. Y nadie, excepto Pocho, puede influir en su pensamiento. Jamás perdía los papeles. Nada más escuchaba, como ausente, separando y tomando para sí cuanto le interesaba. Estuvo de acuerdo con Benza que de existir un partido político de la Revolución, no se habría producido la violencia en Lima.

—El Gobierno tiene que actuar ahora con mucho tino —habló el General—. Hay que detectar a la ultra, no sólo al APRA detrás de los desórdenes. Y no hay que reprimir a los apristas. ¿Para qué les vamos a obsequiar mártires? Pero es indispensable plantear seriamente la necesidad de la organización política —paseó por el despacho refrigerado, entre retratos de Túpac Amaru y el héroe José Olaya—. El próximo martes presentaré al Consejo de Ministros la moción para poner en marcha el movimiento.

—Nos jodimos —pensó Benza—. Si el partido o el movimiento caen en manos de Tantaleán, la Revolución se jodió.

—¿Qué te parece? —interrogó bruscamente el General.

Benza suspiró.

—Es indispensable.

Esa tarde, el joven doctor se jugaba el balazo. Propietario de un trozo de preciosa información, se movió por Lima hasta ubicar a dirigentes campesinos y de pueblos jóvenes. Auxiliado por Mirko Lauer, logró explicar las pretensiones de Tantaleán, la Misión y el MLR. El COCOP se apuró. Y después el llamamiento presidido por Ruiz Eldredge. Para el martes, cuando el Ministro presentó su moción, los obstáculos se habían amontonado en su camino.

Pero Tantaleán ignoraba sus andanzas con el COCOP. Esa semana envió su automóvil a recoger a Benza del INP. El General lo abordó en San Isidro. Parecía confiado y jovial cuando ordenó al chofer que se dirigiera a Cieneguilla. Cuando no se reunía en el Convento de las Canoneras de la Cruz en Chaclacayo, el MLR sesionaba en el edificio de Cieneguilla que alguna vez sirvió para entrenamiento en idiomas de curas extranjeros, que después compró la democristiana Central Nacional de Trabajadores con fondos alemanes de la Fundación Konrad Adenauer y que en 1972 fue alquilado al SINAMOS. En el kilómetro 23 de la vieja carretera a La Molina, junto a la Iglesia de la Purísima Sangre, el auto del Ministro fue admitido por unos vigilantes. Ramón Pérez Prieto los recibió. Había sido vocero de la derecha en la Universidad Católica entre 1963 y 1964. Candidato a la presidencia de la federación universitaria, lo derrotó Rafo Roncagliolo. Un año después, Pérez Prieto se afiliaba al APRA. Miembro del Comité Ejecutivo Nacional se encargó de las relaciones internacionales del partido e intentó organizar un frente internacional de juventudes con Liberación Nacional de Figueres y Acción Democrática de Venezuela. Fracasó. Nunca renunció al APRA. Ahora saludaba efusivamente. En el salón de reuniones, unos ciento cincuenta emelleristas escuchaban la parte final de una conferencia de Carlos Delgado. El auditorio, principalmente de pescadores, rompió en vítores cuando acabó la charla y entró Tantaleán.

—¡Jatari, jatari, jatari!

—¡Causachum, Revolución! ¡Causachum Tantaleán!

Benza escucha el vocerío, observa los puños que suben y bajan, los rostros fanatizados, deformados, anhelantes mientras el General los deja gritar, pasea triunfante por el estrado, como acariado físicamente se contonea, sonríe. Piensa Benza que a la sombra del anticomunismo, el APRA empieza a infiltrarse masivamente en la Revolución: también sus métodos están presentes, su sabiduría política con cincuenta años de supervivencia, de fraudes, de golpes, de intrigas y, sobre todo, de despiadada manipulación del pueblo. Recuerda Tantaleán el estilo de Haya de la Torre, sólo que viste uniforme de general de división. Aquella fervorosa asamblea era casi clandestina: Tantaleán negaba públicamente todo auspicio y aún vinculación con el MLR. Si querían apoyarlo, no se iba

a negar, eso decía. Pero dentro de esas paredes les dedicó un discurso de patrocinador, patriotero y ferozmente anticomunista. Habla el General de los héroes, de los fundadores de la República, del color sangre y el color paz de la bandera, de los hermanos pobres, del hermano pueblo a quienes se debe la grandeza del país, del cuerno de la abundancia, de las doscientas millas de mar territorial, del almirante Grau, del coronel Bolognesi, del mártir José Olaya, del General Juan Velasco Alvarado, de nuestra Revolución, de nuestro Perú, y dice Perú inflando la palabra, limpiándola de sus costras, sus zarpas, andrajos y oprobios, dice Perú como si todo estuviera de lo más bien, dice Revolución como si sólo esto fuera, dice Velasco como de una inteligencia infalible, inapelable, dice sangre, Patria, tierra nuestra, mar nuestro, como diciendo MLR, Tantaleán, anticomunismo: dice diciéndolo todo un poco como triunfante candidato a la jefatura de la Revolución, ya próximo presidente.

Nada más que Tantaleán, Pocho, el capitán ayudante y Benza viajaron después al chifa Lung Fung, cercano al Ministerio del Interior. Acaso uno de los chifas más grandes de Lima, con cascada propia y puentecitos que atraviesan riachuelos de agua potable, con tanto cloro que marchita a los lotos y nenúfares, en su puerta fueron recibidos por chinos untuosos. De allí había salido el General la noche del atentado. Ordenó Tantaleán la cena con su habitual buen apetito.

—¿Y, qué te pareció? Pero críticame a fondo, sin temor —dijo el Ministro.

—Sus alusiones al socialismo no me parecen correctas —dijo Benza—. El destino socialista de la Revolución es lo más importante —pausó mientras el General empapaba un wantán en salsa de tamarindo—. ¿Cómo he llegado yo a la Revolución? No he sido atraído por el estilo personal del General Tantaleán sino porque aprendí a confiar en las posiciones políticas de algunos generales con clara orientación socialista. Usted, General, ni cocinó la Revolución, ni estuvo en la vanguardia desde los orígenes. Digámoslo así: usted no capturó Palacio el 3 de octubre de 1968.

El General recogió una lonja de chanco asado con nabo encurtido.

—No estaba en el Perú —replicó masticando vigorosamente.

—Muy bien, ¿pero dónde está, por ejemplo, el General Fernández Maldonado? ¿Aceptaría el General Morales Bermúdez el apoyo político del MLR? Pregunto: ¿puede parecer todo esto socialismo si los socialistas están ausentes?

—Yo soy socialista pero no lo digo porque es una cojudez —sonrió Tantaleán—. No voy a estar cacareando lo que no conviene. En cuanto a Jorge Fernández Maldonado... —atrapó un chicharrón de gallina— ...nos llevamos muy bien. Me acaba de prestar un libro, “Teología de la Revolución”, y aunque no me gustan los curas, pues lo estoy leyendo —separó el tostado pellejo del pato—. ¿Por qué me odian los comunistas? ¿No son estatistas? El único sector realmente en manos del Estado es el mío. ¿Acaso el sector de Energía y Minas es todo estatal? No. Y que conste que yo me opuse al contrato Cuajoné. Sírvete, viejo, el pato está delicioso. Mira: gracias al fervor despertado por el MLR, en el sector pesquero los trabajadores militan en la Revolución. Nunca han parado la producción. ¿Y qué sucede en las Minas? Hacen huelga a cada rato, lo cual quiere decir que están en contra de la Revolución. Pásame el sillau, por favor.

—No sé —dudó Benza—. Usted sostiene que no hay problemas en el comando revolucionario pero el país cree lo contrario. Habría que verlos abrazados. Pero ustedes mandan...

—¿Por qué dicen ustedes? Ustedes manda, ustedes dirigen, ustedes deciden, ustedes, ustedes. ¡Si los militares y los civiles somos la misma cosa! ¡Todos somos peruanos!

—Si yo le pego a usted, me juzga un tribunal militar. Y si usted me pega a mí, no pasa nada. No creo que seamos iguales.

Tantaleán rió.

—Lo importante, en mi opinión, es que quienes sacaron a Belaúnde y concibieron la Revolución no están hoy en los puestos políticos —dijo Benza—. Además, si usted es socialista, pues dígallo. No hay por qué ocultarlo. Y explique en qué consiste su socialismo.

El General se ensimismó un rato. Volvió con una sonrisa.

—Ya lo ves —dijo—. Eres un buen consultor político.

Pronto se anunció la comisión ministerial que debía sentar las bases para la organización política de la Revolución. Los Generales Sala, Tantaleán, Richter y el Contralmirante Jiménez de Lucio estaban en mayoría. Dos subcomisio-

nes se instalaron en marzo: la de doctrina y la de organización. Benza fue convocado a integrar la segunda.

Al noveno piso del Ministerio de Pesquería, donde Pocho explica orgullosamente que nacieron la CTRP y el MLR, Benza llegó con atraso. Un poco torpemente avanzó por la sala de reuniones mientras el General Tantaleán le dedicaba una afectuosa sonrisa. También estaba presente el General Richter. No hubo tiempo para cortesías. Se instaló Benza en una silla y estudió a quienes debían dar organización militante a la Revolución Peruana. Allí, Pocho Tantaleán. Allí, el abogado Róger Cáceres, vinculado al MLR, la CTRP y la Federación de Pescadores. Allí, otro conspicuo emelerrista: Rolando Riega. Allí, el comandante Díaz, de los servicios de inteligencia y del SINADI. Allí, Ramón Pérez Prieto. Allí, Turrón Estremadoyro, alto funcionario del INP. Y allí, entre otros silenciosos apistas apartados del APRA por discrepancias con Haya de la Torre, el hombre que había de intentar nuevamente el escamoteo de las masas hayistas: Luis Felipe de las Casas. Apenas prestó atención Benza a la moción presentada por Pocho Tantaleán para que la afiliación no fuese individual sino por organizaciones de base y sólo de aquellas propiciadas por la Revolución como la CTRP. Mordiéndose los labios comprendió que los Tantaleanes ganaban la partida.

Expediente 203-0526 DGT

Caso: Fundición Callao

—SIÉNTATE, GRINGO —aunque en retiro, el Jefe del SINAMOS Pedro Sala vestía uniforme de general de la Fuerza Aérea. Entraba un chorro de sol a su oficina en el Centro Cívico. Thorndike ocupó una butaca de cuero, aceptó un cigarrillo—. Ya tú conoces que el Gobierno Revolucionario ha decidido poner en marcha la organización política. El Presidente nos ha dado un plazo para presentar un informe amplio —con un ademán pareció abarcar toda la habitación y aún más—... realmente amplio, así que como presidente de la comisión desig-

nada por el Consejo de Ministros —pausó, fumando—, deseo conocer tus opiniones, por escrito, por supuesto.

—¿Por escrito? —Thorndike desconfió.

—Nada más contesta éstas preguntas —Sala alargó un papilito. ¿Cree usted que debe existir un movimiento político de la Revolución Peruana? ¿cómo cree que debe organizarse? ¿Piensa usted que la Fuerza Armada debe pertenecer al movimiento?—. Lo más pronto posible. Me envías las respuestas a través de mi secretaria.

—Muy bien —Thorndike guardó el papel, decidiendo no contestar—. ¿Nada más?

—Nada más, Gringo, gusto de verte—Sala sonrió y la sonrisa se le convirtió en una mueca.

Al salir del despacho, encontró al coronel Sierralta, Jefe del Area Laboral, que exageró lo casual, lo estupendo de haber tropezado con el periodista.

—¡Hola, colorado! ¡Caray, qué suerte tengo! Justamente me estaba diciendo: tengo que hablar con el colorado porque hay una serie de problemas —era un viejo fornido, el cabello cortado al rape. Vestía guayabera. Tomó de un brazo a Thorndike con excesiva familiaridad. Se habían visto dos veces, en Villa El Salvador, dos años atrás—. Ven, acompáñame a mi oficina que hay una gente a quien te quiero presentar.

El periodista dudó, al fin se dejó arrastrar. Bajaron dos pisos y avanzaron hasta el final de un largo corredor. La Jefatura del Area Laboral ocupaba una pequeña habitación, dividida en dos por una mampara con vidrios esmerilados. Afiches más revolucionarios que la Revolución alegraban las paredes. En el camino, Sierralta había charlado calurosamente, pero sin revelar la identidad de sus amigos. Abrió la puerta como un mago que vacía conejos de su chistera.

—¡Entra, colorado!

Doce, trece personas se volvieron a mirar hoscamente. Thorndike se sintió conejo. Sierralta lo anunció:

—Aquí está don Guillermo Thorndike, director de “La Crónica”. Ha sido una suerte encontrarlo en el despacho del General Sala, caray, porque justamente estábamos hablando de su diario. Así que ahora...

Los ojos celestes del periodista recorrieron los rostros. Reconoció a Róger Cáceres, asesor legal de la CTRP y de Pesca Perú, también dirigente del MLR. Reconoció a Tello

Cuya, el rey de las papas, el supuesto especulador de alimentos que llegó a secretario general de la CTRP y afilió la Central al MLR. Reconoció a Daniel Bossio da Silva, dirigente del MLR y de la Federación de Pescadores. Reconoció a Isidro Lurita, joven e inexperto nuevo secretario de la CTRP, también afiliado al MLR.

—¿Conoces a todos? —indagó Sierralta—. Allí el doctor Delgado Aybar, asesor legal de la CTRP. El señor Medina, dirigente. Goyo Valverde, de construcción civil. Don Juan P. Luna, secretario general de los choferes. Bueno, que se siente en la cabecera. Eso es. Los muchachos tienen una serie de quejas contra “La Crónica”...

Los dirigentes, dirigentes son: a mitad de camino entre el poder y la miseria de la que ascienden, visten de domingo en día de semana, tutean —¡raro privilegio!— al coronel, algunos beben café con el meñique enarbolado, han aprendido a disentir ordenadamente y, sobre todo, a asentir cuando el Poder lo necesita.

—... me parece mejor que ellos mismos se expresen.

—Claro —Thorndike encendió otro cigarrillo—. Escucho.

Los dirigentes, dirigen: a los de abajo, a quienes sólo visten de domingo si es domingo, que jamás han tuteado a un coronel o pisado las muelles alfombras de un despacho ministerial. Los aquí reunidos son dirigentes oficiales, desde que se sumaron a la CTRP rara vez, si acaso nunca, han estado en conflicto con los de arriba. Para que jamás se ponga en duda su fidelidad al Poder, se les ha asignado un sueldo, o, mejor dicho, se les ha asignado una asignación, poca cosa si se trata de vivir a lo grande: un empresario sonreiría de los quince mil mensuales con que se beneficia por planilla a tales representantes de la clase obrera. Pero, en fin, los billetes, billetes son: sirven para vestir mejor, para saciarse o fumar cigarrillos de los finos, esas minúsculas costumbres que adornan el ejercicio del poder real o ficticio.

—Nosotros vemos que “La Crónica” no cumple con su deber —comenzó Bossio—. Como órgano del Gobierno Revolucionario está en la obligación de apoyarnos y no nos apoya. Más bien acoge a las organizaciones sindicales de clara inspiración comunista. Por eso hemos expresado ante las autoridades del Gobierno Revolucionario que “La Crónica” está llena de infiltrados.

—Necesitamos apoyo periodístico y... ¿adónde vamos a ir? A “Expreso”, de ninguna manera. A “La Prensa” tampoco, porque también está gobernada por comunistas. Si la CTRP es la Central del Gobierno quien debe ayudarnos es el diario del Gobierno —opinó Valverde.

—Y no nos ayuda —dijo Róger Cáceres—. Es la verdad.

—La CTRP exige que se le entregue la página laboral de “La Crónica” para poner fin directamente a la acción de los infiltrados —afirmó Bossio.

—Es la mejor manera de evitarnos problemas —se oyó otra voz.

Comandados por vaya uno a saber qué ejemplos o remembranzas, alzan algunos el mentón diputadesco o descansan las manos entrelazadas sobre un vientre senatorial, sin percatarse don Goyo Valverde cuánto se parece a aquellos tribunos de provincia, consagrados por el fraudulento dedo presidencial para también estar de acuerdo con el Poder. Ha variado la época, el clima, el estilo, el lugar. No la democracia burguesa a plenitud sino el comienzo de la Revolución. No la butaca de cuero, no la curul, no el elevado hemiciclo, no las rojas alfombras, no los reverenciados futraques, no los urinarios de mármol, no el Parlamento sino ésta trastienda del SINAMOS propicia a las murmuraciones, donde masas irreales son ofertadas, cotizadas, en fin, conducidas del cabestro por la buena senda que, como todos intuyen, ha sido totalmente diseñada por el Poder.

—Para empezar —se amargó el periodista— la página laboral de la cual ustedes se quejan, que no les hace caso, que protege a los comunistas, que es obra de infiltrados, esa misma página es hecha directamente por el SINADI por orden directa del General Segura...

—¿Cómo ha dicho? —se interesó Delgado Aybar.

—... y si no están satisfechos, vayan a lloriquear a otra parte. Si el SINADI protege a los comunistas, sus razones tendrá y yo no puedo impedirlo. Ahora, desde luego transmitiré sus opiniones al General Segura con todo gusto...

—Bueno, no hay que tomarlo a la tremenda —se disculpó el abogado Cáceres.

—... en cuanto a esta reunión, yo no he venido aquí a solicitarles un voto de confianza. En lo que a mí respecta, ustedes, la CTRP, no representan de manera exclusiva a la

Revolución. Tampoco estoy en esta oficina para discutir cómo debo conducir "La Crónica", porque eso, eso lo discuto solamente con el Gobierno, ¿entendido? Respeto sus opiniones pero no acepto eso de los infiltrados, acusación que, tratándose de la página laboral, afecta gravemente al SINADI y sobre la que tendrá que pronunciarse el General Segura...

No ha variado el mecanismo: he ahí, inmutable, el aparato estatal y represivo, pensando por su cuenta entre Revolución y revolucionados, dueño por ahora de la Central en la que no admite herejías o discrepancias. Las discusiones, discusiones son: no afectan la esencia misma de la subordinación con viáticos abundantes y pequeños favores gubernamentales. Con vigorosa retórica obrera, se discrepa sólo a ras de los asuntos. En lo más alto se mueve la Revolución como una cabeza girando hacia la izquierda, mientras el tronco gubernamental permanece inmóvil. Dentro de esas paredes, la unanimidad es rotunda como un slogan publicitario: si es Gobierno es bueno, todo va mejor con el Gobierno.

—... ahora, si se trata de mejorar las relaciones entre la CTRP y "La Crónica", si la actitud de ustedes también es positiva, no veo inconveniente en continuar la conversación.

—Yo creo que Daniel ha exagerado —siseó Cáceres, ofreciendo una sonrisa—. Claro, ellos ponen la pasión propia de los trabajadores. No nos quejamos de la página laboral. Pero creemos que podría ser mejor.

—"La Crónica" ha hecho excelentes campañas —concedió Valverde. —Podría poner el mismo ímpetu en el periodismo laboral.

Por ahora a salvo de las peripecias de la olla común y de la huelga, don Goyo Valverde quiere y no quiere estar con el MLR en la medida que sospecha la oposición castrense al MLR, que sabe de Generales opuestos al eterno mangoneo de las bases. Feroz incertidumbre la de no saber quién gana encima de su cabeza. Así que por ahora puede detectarse una temblorosa división, reflejo de la más grave fisura entre la Misión y los Progresistas, a uno y otro lado del MLR, o de sus métodos, o de todo cuanto representa de neofascismo y neoaprimismo. Pero en la CTRP no es perceptible ningún desacuerdo con el Gobierno aunque allí, en el Área Laboral del SINAMOS, el Gobierno expresado a través del coronel Sierralta sea partidario si acaso no inscrito en el MLR. Ah, pero no

es el MLR lo que podría separarlos esta tarde. Separa el temor a perder, a caer devueltos a la clase obrera, al tractor sin secretaria, a la fresadora sin maletín de cuero. El temor, la ambición separan sin separar demasiado: allí no hay disidentes y las enemistades no son tan importantes como para ensañarse con el perdedor. Todo ha sido ya repartido.

—Hubo una época en que la página laboral de “La Crónica” se hacía aquí, en SINAMOS, y aumentó la circulación —declaró Bossio.

—Y usted quiere ayudarme —dijo Thorndike—. Para información de todos los presentes, el promedio de venta neta de “La Crónica” ha subido este mes a 108,000 ejemplares y en la tarde a 170,000. O sea que por “La Crónica” no se preocupen. Más bien vamos a preocuparnos por la CTRP, que sí necesita clientela. ¿Ustedes qué prefieren? ¿una página burocrática o una página combativa?

—Combativa —dijo un coro de voces.

Todo ha sido ya repartido, hasta la derrota, porque todos están de acuerdo en continuar allí, en el ancho regazo de la Central, de manera que juegan a la política como quien hace la guerra con soldaditos de plomo. De plomo los obreritos que van y vienen con sus necesidades por el tapete verde, de plomo las banderitas sindicales, de plomo escuadrones, federaciones que avanzan y retroceden en la esgrima invisible de la Revolución con sus fintas nada más, sus aceros que jamás llegan a encontrarse, a chisporrotear bajo la luz. ¿Qué diferencia entre don Goyo y don Celestino, don Julio, padres de la Patria? ¿Acaso el mentón? ¿La mirada, tal vez? ¿El anillo en el meñique, quizá la engolada solemnidad de la voz? ¿Nada más que otro el salón, más pobre la ropa? Pero qué importa si la chistera no es chistera, ni Lobb sus zapatos, ni cortada en Savile Row la chaqueta, con las mismas tijeras que daban elegancia a los uniformes de Lord Nelson. Don Goyo camina sobre varios pares de zapatos o sandalias, se abriga en invierno con varias chaquetas, a diferencia de sus dirigidos tiene buen traje para ocasiones importantes o fiestas de embajada en las que ha descifrado el sabor del caviar.

—El SINADI tuvo que asumir la responsabilidad de la página laboral porque ustedes se negaban a apoyarnos —dijo Bossio—. La CTRP tiene periodistas, puede hacer ella su propia página.

—Señor Bossio, no pierda su tiempo. El SINADI puede enviar informaciones. Pero a la CTRP no se le puede ceder una página. De ninguna manera.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque yo soy el director responsable, por eso.

—Eso es autoritario.

—Es inteligente, nada más. No pienso responsabilizarme por las opiniones que usted quiera verter. Además, la Revolución Peruana es más amplia que la CTRP. Si mal no entiendo, también se acepta el apoyo de la CGTP.

—Pero...

—¿Ustedes quieren o no quieren entenderse conmigo?

Los dirigentes, dirigentes son: ni aventureros, o intranquitos, empecinados defensores de causas perdidas. Arrogancias todavía no saciadas aconsejan que el Gobierno sabe lo que hace, de tanto estar de acuerdo la clase obrera ascien-de, prospera, cómo dudarle: ellos son la clase obrera. Volvió a mirarlos. Tenían la pacífica y paciente inmovilidad de la policía antes del interrogatorio, mientras el preso cuenta una verdad en la que nadie cree. Tras anteojos ahumados bajo la luz neón, el joven Lurita dará en cualquier momento un manotazo sobre la mesa, inapelable juez don Juan P. Luna dejará caer una ceja hirsuta y don Goyo desenfundará la picana eléctrica, los grilletes. Pero también "La Crónica" era Gobierno. No iba a atacar al MLR o a demostrar su director tanta confiada insolencia ante los mentores del partido, nada menos que Sala o Tantaleán, si un sector de la Fuerza Armada no lo sostuviera, de modo que otra vez lo invisible y lo posible se movieron por el aire, imponiendo una prudencia.

—Estoy de acuerdo con el señor Thorndike —dijo Lurita.

Esa tarde de febrero, la CTRP aceptó abrir sus puertas, por primera vez desde julio de 1974, a los periodistas de "La Crónica". Se acordó que los periodistas se pondrían directamente en contacto con las bases, con la ayuda de los dirigentes. Cualquier problema de sus afiliados sería expuesto con amplitud. Delinearon varias campañas en defensa de la clase obrera, que debían vigorizar la deteriorada imagen de la CTRP en los sindicatos. Porque las bases amenazaban con mudarse de central. Todos los dirigentes estuvieron de acuerdo: empezarían con el caso de Fundición Callao.

Rodney Espinel marchó en la mañana del 24 de febrero en busca de una enorme factoría en el 3719 de la avenida Argentina, a comprobar sesenta denuncias presentadas por el Sindicato contra la empresa Fundición Callao. Se decía que al periodista Lombardi lo balearon por interesarse en la misma historia. A la periodista Begoña Ibarra, que publicó un testimonio sobre Fundición Callao en "La Prensa", le llovieron anónimos amenazándola de muerte. A pesar de sus crecientes canas, nadie más intrépido que Espinel para revivir el caso.

A lo largo de varios kilómetros, se amontonan en la avenida Argentina algunas de las fábricas más importantes del país. La doble pista de cemento une Lima con el Callao y, en un buen trecho, corre paralela al río Rímac. Espinel nunca había oído hablar de Fundición Callao, pero al rodar lentamente frente a sus puertas, comprobó la magnitud de la empresa: ocupaba unas tres hectáreas y allí fundían acero, bronce, cobre, aluminio, estaño y zinc. Producía desde blindajes para molinos mineros hasta varillas de construcción, además de tuberías y una línea de artefactos sanitarios. Principal compradora de chatarra en el país, la compañía, propiedad de los Marsano, una familia de ascendencia genovesa, tenía un laboratorio metalúrgico con maquinaria electrónica y un bien equipado taller de mecánica fina. Tan pronto el automóvil de "La Crónica" se detuvo en la entrada de Fundición Callao y asomó el fotógrafo, un corpulento negro adornado con un gorrito de marinero arremetió con un garrote desde la portería. Escaparon ajustadamente.

El apellido Marsano se hizo famoso en Lima por su opulencia. Casi al final de la avenida Arequipa se levanta un chocarrero y deshabitado palacio, groseramente neoclásico, con pretensiones de casa de gobierno, obra final de don Tomás Marsano, acaso el italiano más rico que en su tiempo vivió en el Perú. En su interior de salones dorados o chinos o supuestamente florentinos, de marmóreas inmensidades que recuerdan un excesivo mausoleo, habitaron durante muchos años una inválida en silla de ruedas y un Marsano solterón y demente, inventor de máquinas voladoras que jamás se separaron del planeta. Los inquilinos del palacio, aliados a otro Marsano a quien la locura le dio por el socialismo y que creía ser agente personal de Fidel Castro en la época de las guerrillas peruanas, pleiteaban con los demás hijos del millonario

Marsano, disputándose aquella casa más bien hecha para muertos y los vastos aunque deteriorados bienes del viejo sonrosado, a quien todo su oro no impidió morir sin una sonrisa, como perseguido por una culpa que no tiene remedio, abrumado desde ahora por la condenación eterna. A diferencia de esos Marsano, enredados en un interminable juicio de herederos, a quienes la Ley y sus practicantes empobrecían jugosamente, los otros Marsano del puerto, los pobres Marsano del Callao que negaban todo parentesco con aquellos locos mirafloresinos, levantaron desde la nada su pequeño imperio de Fundación Callao. Hijos de inmigrantes, los cinco hermanos Marsano Vera estudiaron en colegio fiscal, se abrieron paso por la universidad e hicieron fortuna con la chatarra. Más bien avaros, duros con dureza de aldeanos europeos, manejaban la factoría y a sus cuatrocientos obreros como si viviesen a principios de siglo. Todos los cargos directivos estaban ocupados por la Familia. Despreciaban a los trabajadores que escribían protestas en difícil castellano y que, por acarrear chatarra o manejar tornos, se sentían con derecho a la copropiedad de la Fundación. La Ley de Comunidades Industriales avinagró a los Marsano. Tendrían que contribuir con el 25 por ciento de sus utilidades anuales al enriquecimiento de los obreros, retrocediendo de la propiedad absoluta a una decreciente mayoría, a no tener nunca más de la mitad de cuanto consideraban exclusivamente suyo. Para la industriosa Familia, se trataba de un robo, no de un progreso social. Los asalariados de siempre se sentarían en el directorio de Fundación Callao y exigirían balances, auditorías, inspecciones, el cabal cumplimiento de todas las obligaciones empresariales y tributarias. Los Marsano se prepararon para una guerra. Para empezar, desconocieron la Ley de Comunidades Industriales y no distribuyeron utilidades desde 1970, no importa que la empresa ganara como nunca. Cuando los trabajadores organizaron su sindicato y lo reconoció el Ministerio de Trabajo, los Marsano auspiciaron un sindicato amarillo para negociar con él. Cuando el MIT confirmó al obrero Mauro Ríos como representante de la comunidad ante el directorio, después de una elección en la que intervino la mayoría de los trabajadores, los Marsano incorporaron a otro comunero como director y enjuiciaron a las autoridades del MIT y del Ministerio de Trabajo. Aparecieron los matones. Quienes apoyaban al auténtico sin-

dicato eran pateados en la penumbra, perseguidos en sus domicilios. Malograban sus ropas con petróleo o pintura o la cortaban con tijeras o robaban sus salarios de los casilleros. Pero el sindicato no se rindió. Mientras un terror crecía entre hornos de pronto controlados por maleantes a quienes la empresa parecía garantizar impunidad, los obreros presentaban denuncias ante la policía y el Ministerio de Trabajo, exponían sus sufrimientos ante atónitos periodistas que también se asustaban. Nadie parecía atreverse contra el invisible pero real poder de los Marsano. Algo los protegía. Vacilaban los jueces, se inclinaba obsecuente la policía, se atascaba el Ministerio de Trabajo, altas autoridades del Gobierno se volvían sordas y los Marsano deshicieron a su antojo durante cinco años. La guerra en Fundición Callao empeoró cuando la empresa, exasperada por la obstinación obrera, empezó a torturar a los dirigentes sindicales, cambiándolos a humillantes ocupaciones u obligándolos a cumplir tareas inútiles en los lugares más peligrosos. La noche del 24 de febrero, en una oficina de la CTRP, el periodista Espinel escuchó un recuento de vejámenes mientras su alma de fanático, su rectitud de bienintencionado inquisidor se encrespaban, carajo, no puede ser verdad, y los trabajadores, fríamente, como si hablaran de otros obreros, sustentaban su relato con infinitas copias de documentos nunca atendidos por la autoridad.

—¿Pero a usted lo encerraron? —se asombró el periodista.

—Fue después que me eligieron presidente de la comunidad industrial —afirmó Moisés Preciado—. Yo pedí que la empresa mostrara los libros de contabilidad de acuerdo a la ley.

—¡Oye, tú! —llamó Luis Alberto Marsano, jefe de relaciones industriales—. Desde hoy vas a trabajar en la faja transportadora, en el sótano.

—Pero ese no es mi puesto —protestó Preciado.

—Tú verás si cumples o no.

Preciado midió al sobrino de los viejos Marsano: el muchacho se había criado en Fundición Callao, alto y fuerte, era el más duro de la Familia. Quería asustarlo, que renunciara, que diese motivos para despedirlo.

—Está bien —dijo el presidente de la comunidad—. Como usted diga, señor Marsano. ¿Qué debo hacer?

El sótano tenía trescientos metros de largo por tres de ancho y cuatro de alto y se bajaba a él por una trampa, mo-

viendo unos tabloneros en la entrada de la Fundición. Nadie bajaba al sótano mientras funcionaba la faja transportadora de tierra de molde. Por la falta de ventilación, los trabajadores sólo entraban al sótano para la limpieza semanal o si un desperfecto detenía los engranajes. Marsano replicó que nomás vigilara el transporte de tierra. ¿Es todo? Sí, es todo. Marsano se fue y Preciado se dirigió a la entrada del sótano. Los matones miraban, cachacientos. Vigilaban la fábrica, se indignaban los obreros. Empujó las tablas y contempló la polvorienta oscuridad. Se zambulló dentro. A tientas buscó un lugar donde respirar mejor. Arriba, los matones clausuraban el rectángulo de luz por el que había bajado. No hay aire que no arrastre polvo, al avanzar la faja derramaba tierra de molde y Preciado supo que se le cerraba la garganta. Amarró el pañuelo sobre su nariz y su boca. Apenas quedaba espacio para caminar entre la faja y la pared de cemento. Un gigantesco martillo neumático golpeaba en lo alto, sacudiendo como una explosión cada vez, cada tres, cuatro segundos, reventando los oídos de Preciado que se aplastaba contra la maltrecha oscuridad. Respiraba apenas, viviendo con menos cuerpo que de costumbre, esquivando los dientes de la faja, engranajes que podían despedazarlo, pero en ningún extremo del sótano era posible escapar a los golpes del martillo o a la sofocante densidad del polvo. Sin embargo aguanta Preciado, recuerda los libros de contabilidad, recuerda a los matones, recuerda sus derechos, recuerda a los compañeros ensangrentados, recuerda las amenazas de muerte, cholo de mierda ya verás, cojudo te fondeaban, un día desapareces del puerto y qué, mejor vete, renuncia, no vuelvas más, no te vayan a desgraciar. Más lentos los minutos que aquella faja, más veloz su corazón que los golpes de martillo, soportó el encierro. Ya serán las once y apenas son las nueve. Ya será de noche y nada más es mediodía. Preciado se apoyaba en la pared, mirando rendijas de luz pronto enturbiada por ese polvo de arcilla seca que lo va obturando, a qué hora me sacarán, carajo no lo soporto. Y sin embargo, Preciado resistió. Nueve horas y media más tarde, cuarenta y siete días después terminó el castigo.

—Comenzó el 2 de noviembre —apuntó el periodista—. ¿Hasta cuándo lo obligaron a estar en el sótano?

—Hasta el 18 de diciembre. Desde entonces lo han usado como lugar de castigo para quienes se enfrentan a la empresa.

Un año antes llegaron los contratados. La verdad, no remplazaban a los metalúrgicos. Nada más andaban en grupos por la fábrica, buscando pleito al sindicato. Diez días antes de Navidad, unos cuchillos empujaron al obrero Octavio Huamán a un cuartucho.

—¿Qué quieren de mí? —se asustó Huamán. El cuchillo subió hasta su garganta.

—Renuncia —dijo un matón y le puso por delante una carta ya escrita.

Huamán se negó con un movimiento de cabeza. Golpearon su estómago, puños expertos le demolieron la nariz, exprimiendo sus labios. Nadie escuchaba sus aullidos.

—Firma, mierda — insistió el jefe de los matones, a quien conocían como El Loro—. Firma o te dejamos caer a los hornos esta noche.

Huamán firmó su renuncia.

El sindicato se enfrentó con piedras y cadenas. Así le metieron miedo al Loro. No bastó que los hampones fuesen a buscar a los dirigentes a sus casas o que atropellaran a sus familias.

—¿Les pegaban? —indagó el periodista.

—Peor —se endureció Preciado—. Lea usted mismo las denuncias.

—A una compañera la violaron en su casa.

—Que hable Ubaldo —dijo otro obrero de Fundición Callao.— Encima del castigo, a Ubaldo lo despidieron.

—Me tuvieron seis meses en un calabozo —explicó el obrero Palomino.

Calabozo no es, pero aquel cuartucho servía para lo mismo. Echaban llave a la puerta y lo dejaban encerrado con dos perros bravos. Por una ventana de vidrios sucios, veía la huerta en la espalda de Fundición Callao. Pronto memorizó el mínimo paisaje. No había dónde sentarse. La verdad, ese cuartucho era la guarida de los perros que soltaban al caer la noche. Las bestias, libres, gruñían si Palomino se movía. Pero hasta los perros se ablandaron. Al cabo de varios meses de encierro común, movían el rabo cuando el obrero entraba a cumplir su jornada. No renunció. Un día, desde su prisión se atrevió a conversar con el obrero Pariona, a quien acababan de suspender.

—No sé de dónde apareció David Marsano —relató Palomino—. Me mentó la madre, cholo de mierda, eso dijo, estás prohibido de hablar cholo de mierda, y me pateó aquí, puñetazos me dio en la cara, rompió mis dientes.

—¿Y denunciaste la agresión? —a Espinel se le anudaba la garganta.

—Aquí está la copia de la denuncia —Preciado empujó otro papel—. Nunca investigaron nada.

Seis años de Revolución y ya usted ve. Regresaba Espinel bufando a pie por las calles más tranquilas de La Victoria, respirando a plenitud el olor a pobres, sus magros guisos, oyendo un rumor a televisores que los adormecen, tantos locutores y nunca una noticia de abajo, tantos discursos y jamás una protesta por Fundición Callao, o una entrevista a los estafados mayordomos del opulento Country Club, a los ajados barredores municipales, a los cargadores de basura, a los choferes interprovinciales que han de manejar hasta 24 horas sin cerrar los ojos para ganar un salario miserable. Ya usted ve, carajo, algo caminaba mal, no llega la Revolución a todas partes, la sujetaban en los ministerios, en anónimas oficinas atrapaban la libertad para encerrarla en archivadores de acero, en cajas de seguridad. Un cortejo de hombrechicos enjutos desconfiaba detrás del periodista. Desde el local de la CTRP una veintena de obreros de Fundición Callao seguía a Espinel, como si dudasen del súbito interés del diario gubernamental, como si no fuese posible que su caso quedara al fin expuesto ante la opinión pública. Un hombre rubio y corpulento bajaba de un automóvil frente a "La Crónica". Espinel se le acercó y los metalúrgicos observaron desde la vereda.

—Son los compañeros de Fundición Callao —dijo el reportero.

—¿Ya tienes la historia? ¿se puede publicar mañana? —se interesó el director.

—La tengo —Espinel rió—. Pero no vas a publicarla —movía la cabeza, recurriendo a la risa para explicar su asombro—. Es demasiado. Yo todavía no creo cómo pueden cometerse tantos abusos. Los Marsano deben tener vara bien arriba.

—Ponte a escribir y ya veremos —el director sonrió a los trabajadores y se escabulló hacia su oficina.

La denuncia se publicó a ocho columnas el 25 de febrero. Continuó apareciendo, en el mismo espacio, tres días consecutivos. Alcanzada por una súbita y siniestra celebridad,

frente a Fundición Callao desfilaban curiosos. Los sindicatos se agitaban. El 28 llamaron urgentemente al director de "La Crónica" a la jefatura del SINADI.

—Muy bien el apoyo a la CTRP —sonrió el General Segura—, sólo que un poco sensacionalista, caray, se ha pasado usted al otro extremo, señor Thorndike, tenemos que conservar una imagen de ponderación, usted sabe: "La Crónica" es del Gobierno y el Gobierno, pues, somos todos, no una parte de los peruanos, caracho, casi están incitando ustedes a la lucha de clases —hojeaba un ejemplar del diario y su índice recorrió la denuncia contra Fundición Callao—: ¡Tremendo titular! Y además es bien exagerado, señor Thorndike, no podemos dejarnos arrastrar por la fantasía de los trabajadores, fíjese usted: nueve horas diarias en un subterráneo es el castigo, año y medio en un calabozo con dos perros bravos, pasu macho, ya parece cuento de terror señor Thorndike, francamente no entiendo qué clase de periodismo se propone hacer.

—¿No quería usted que ayudáramos a la Central? Pues la CTRP nos ha proporcionado copia de todas las denuncias contra Fundición Callao. No es ningún cuento, General.

—¡Pero esto es sensacionalismo! Me para usted hoy mismo lo de Fundición Callao, señor Thorndike.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—Que me para usted lo de Fundición Callao.

—No, mi General. Eso no es posible.

—Están publicando mentiras, señor Thorndike —se acaloró Segura—. ¡Cómo va a ser posible que haya calabozos y castigos a los obreros!

—¿Y usted cómo sabe que son mentiras? ¿Con quién ha hablado, General? ¿Con los obreros, tal vez?

—Estamos en 1975, señor Thorndike, no en la Edad Media.

—Oiga, General, yo no tengo la culpa de que la verdad parezca mentira. Espinel es un periodista serio. Cuanto ahí se dice es cierto. Y no se ha dicho todo. Lo que resulta difícil de creer es que habiendo calabozo y castigos, el Gobierno no defiende a los trabajadores.

—No puede ser verdad —se obstinó el General—. ¿Quiere usted decir que al señor Ministro de Trabajo se le pasea el alma y que la policía no sirve para nada? Los Marsano, caray, son unos caballeros. Ah, porque es muy fácil quejarse irresponsablemente, que me quisieron pegar, que me trataron

mal, que me han amenazado, esa es la cantaleta de los trabajadores y si usted la recoge, pues, ¿eso es periodismo? ¿Cómo va a ser periodismo enlodar la honra de unas personas decentes? ¿Acaso ha conversado usted con los Marsano? ¿o usted cree que ellos van a estarse peleando con los obreros por las puras? Algo les habrán hecho, sus razones tendrán. Yo le pido una página laboral sensata, revolucionaria, y usted me sale con tremenda denuncia, caracho, parece un diario comunista, usted me comprende señor Thorndike, no le digo que sea comunista, ahora no se me vaya a sulfurar, sino que lo parece con tanto sensacionalismo, caray, igualito que "Expreso", ¿y qué pueden pensar los señores empresarios? Si yo fuese empresario, diría: caramba, el Gobierno está en contra de nosotros, está azuzando con su periódico a los obreros contra los inversionistas que tanto los necesita el país, porque una cosa es la justicia revolucionaria y otra pues es la anarquía, señor Thorndike, con todo esto usted sólo consigue desalentar la inversión y asustar a quienes tienen su capitalcito, no le digo esos grandes oligarcas a los cuales la Revolución hemos barrido, sino gente sencilla, que tiene su dinerito y lo quiere invertir por el bien del país y nosotros, nosotros señor Thorndike, no somos anticapitalistas, ya lo ha dicho bien claro el señor Presidente, si un señor tiene su capital, muy bien, que lo invierta, que haga una industria, qué menos puede desear la Revolución.

—¡Yo no sé en qué clase de mundo vive usted, General!

—¿Por qué, señor Thorndike?

—Habla usted como si el Ministerio de Trabajo funcionara de lo más bien, cuando hace unos meses el propio General Sala se quejaba de lo contrario. La Revolución nomás empieza y usted habla de ella como de algo terminado. Yo no sé qué clase de influencia tienen los Marsano, pero mi decisión es continuar adelante. Hemos adquirido un compromiso con los trabajadores...

—¿Así que va usted a seguir denunciando?

—... en cuanto a los señores Marsano, los periodistas quisieron hablar con ellos. ¿Y qué pasó? Los matones de Fundición Callao no sólo les impidieron la entrada, sino que casi le rompen la máquina a un fotógrafo...

—Bueno, señor Thorndike, usted debe comprender, caray, esa gente no podía conocer sus intenciones.

—... ahora, si lo que hemos publicado es mentira, existe un Estatuto de Prensa dado por el Gobierno Revolucionario, con drásticas sanciones para los periodistas que mienten. Pueden enviar al diario todas las rectificaciones que deseen, eso sí: amparados con pruebas, del mismo modo que los obreros han amparado las suyas. Y si “La Crónica” los ha calumniado, si semejante delito se comprueba, estoy dispuesto a ir a la cárcel, como lo dispone el Estatuto. Me parece que soy razonable...

—No se trata de dramatizar, señor Thorndike.

—... pero si los señores Marsano han abusado de los trabajadores, si desconocen la ley que reforma la industria, si han hecho trampas laborales, si no tienen pruebas para desmentirnos, yo no voy a convertirme en su cómplice o su encubridor y el deber...

—Pero señor Thorndike, escúcheme usted.

—... el deber del Gobierno es interesarse por la situación de los trabajadores porque me parece que la Revolución no se hace para los señores empresarios, que estaban muy bien, sino para la clase obrera, que está muy mal.

—Escuche, señor Thorndike: todo lo que pido es que se reúna usted con los Marsano y los escuche, porque ellos dicen que tienen pruebas en su favor, que a nuestro diario lo han sorprendido y que no desean, en fin, un escándalo porque...

—¿Sorprendido? ¿y quién ha sorprendido a “La Crónica”? ¿La CTRP? ¿yo mismo? ¡Qué tales conchudos! Si tienen pruebas, ¿por qué no rectifican como lo hace todo el mundo que siente tener razones para ello? ¿Y por qué no van directamente al diario? ¿Qué clase de maniobra es ésta para sacarnos la vuelta, General? ¡No sólo hacen trampa sino que ahora yo miento! ¡Y se mueven encima mío para presionarlo!

—Pero cálmese pues señor Thorndike, no estoy presionando nada, caracho, si sólo estamos conversando.

—Mire, General, acabemos de una vez: dígame usted a los señores Marsano que pueden buscarme cuando quieran en “La Crónica”. ¿Le parece bien?

EN CAJAMARCA NO SOLO empezó a derrumbarse el Imperio Incaico cuando Pizarro capturó y ejecutó al Inca Atahualpa: en ese verde y montañoso departamento del norte del país, famoso por su ganado lechero y sus aguas termales, han nacido algunas de las más temidas o siniestras figuras políticas peruanas. Allí nacieron Eudocio Ravínes, el líder comunista que se vendió a Beltrán para ejercer la más baja delación; y también Alejandro Esparza Zañartu, el comerciante de vinos que se convirtió en eminencia política de la dictadura de Odría, jefe de los servicios secretos, amo de cárceles y deportaciones, en fin granjero en Chosica, desde donde amenaza en 1975 con publicar memorias que paralizan a sus enemigos; y también Marín del Aguila, jefe de la policía que sirvió a órdenes de su paisano Esparza; y también el lustroso general de división don Zenón Noriega, que puso a Odría en el poder para traicionarlo unos años más tarde, según consejo de almas importantes a quienes consultaba en la mesa de espiritismo; y también don Octavio Alva y León, recordman absoluto de longevidad en el Congreso de la República, donde acumuló cincuenta años de servicios como padre de la Patria; y también el general de división don Javier Tantaleán Vanini, de quien se dice en este mes de febrero que pronto será exaltado a la condición de Vicepresidente, por iniciativa del propio Jefe de la Revolución.

Como Tantaleán, el ingeniero Carlos Malpica nació en Chota, en familia de prominentes apristas. A diferencia de los Tantaleanes, que forman parte del engranaje provinciano del APRA, el padre de Malpica, aunque en algunas épocas decidió quién sí y quién no podía prosperar en Cajamarca, no ha sido un político profesional sino liberal aventurero, que irradiaba una poderosa simpatía, un tipo de armas tomar que en 1933 capturó Chota, en apoyo de la revolución del comandante Jiménez, y que sufrió la sanguinaria persecución del Presidente Sánchez Cerro. Tenía cuatro años Malpica cuando desapareció su padre: a las catacumbas, a la isla penal de El Frontón, al exilio. Al niño lo enviaron a una hacienda familiar. Lo crió la abuela materna. Estudió en Chota, después

en Cajamarca. Siete años tardó el padre, también llamado Carlos, en volver libre. Cuando en 1945 los apristas llevaron al jurista Bustamante y Rivero a la presidencia de la República, el viejo Malpica designó a quienes debían ser senadores y diputados por el departamento, pero optó para sí el más modesto cargo de alcalde de Cajamarca. El cuartelazo de Odría en 1948 lo envió nuevamente a la clandestinidad y al destierro. Su familia subsistió vendiendo propiedades. El joven Malpica terminó sus estudios en el colegio militar Leoncio Prado e ingresó a la Juventud Aprista, donde intervino en el comando de colegios con los futuros guerrilleros Chang y de la Puente Uceda.

En 1948, antes del cuartelazo de Odría, las fuerzas populares ardían por tomar el poder. Desde las catacumbas de 1931 y la gran revolución popular de Trujillo en 1932, que Sánchez Cerro liquidó bombardeando la ciudad y fusilando a unos 600 apristas en las ruinas de Chan Chan, el APRA había sufrido casi quince años de cárceles y represión con cortas primaveras que más bien favorecían a sus adversarios. Aunque ganó las elecciones de 1945, había tenido que elegir presidente a Bustamante, que no era aprista, en vez de Haya de la Torre, fundador y jefe del partido. Durante tres años el APRA gobernó a medias, se atascó en la lucha parlamentaria, conspiró a todo vapor. Bustamante y el APRA se traicionaban mutuamente. Haya prefería complotar con ciertos generales pero autorizó el entrenamiento de sus fuerzas de choque y la subversión en la escuadra. Ante los titubeos del jefe del partido, el comando revolucionario empezó a funcionar por su cuenta y el 3 de octubre de 1948 la marina se sublevó. Cuatro suboficiales de la Fuerza Aérea capturaron al Real Felipe. El comandante Aguila Pardo, el teniente Ontaneda y los contramaestres se llevaron la flota fuera del puerto. Los civiles apristas recibieron armas del Arsenal Naval y ocuparon el Callao. Se cumplía el plan con sorprendente puntualidad mientras Bustamante dormía en el Palacio. A las dos de la mañana, como ordenó el comando revolucionario, una escogida fuerza naval, con ametralladoras y cañones, se estacionó en la Plaza del Obelisco: debía avanzar a Lima y capturar la Casa de Gobierno. Pero Haya de la Torre dio la contraorden y desautorizó la revolución. No se la habían consultado, no estuvo de acuerdo. Cuando cambió de parecer a las

siete de la mañana, su causa estaba perdida. Aunque sus vetustos tanques checos habían consumido toda la munición disponible durante la guerra de 1941 contra el Ecuador, el Ejército contraatacaba con éxito. La artillería naval hizo retroceder a los blindados pero la flota llevó las de perder en un combate aeronaval librado en la bahía de Chorrillos, que los limeños contemplaron festivamente desde los acantilados y terrazas de Miraflores o Barranco. El sublevado Real Felipe y el vecino y leal cuartel Dos de Mayo, donde Zenón Noriega resistió toda la noche el bombardeo de la escuadra, se acribillaron mutuamente hasta que la antigua fortaleza española se rindió a las cuatro de la tarde. El APRA fue puesta fuera de la ley, los apristas baleados, perseguidos, encarcelados. Los jóvenes como Malpica, que en vano esperó con otros posibles combatientes la orden de atacar los cuarteles del Rímac, nunca perdonaron a los dirigentes del partido esas cinco horas que costaron ocho años de brutal represión.

Pero Malpica era apenas un estudiante de agronomía, escapó a los rigores de la persecución hasta 1950, cuando organizó desórdenes callejeros en Lima que le costaron seis meses de reclusión en El Sexto. Cuando en 1956, inválido y pifiado, Odría abandonó el poder, Carlos Malpica había sido elegido diputado por Cajamarca en una lista independiente apoyada por el APRA.

Como Luis de la Puente Uceda o Gonzalo Fernández Gasco, el fogoso Malpica aún estaba afiliado al APRA. Sin embargo actuaba por su cuenta en la Cámara de Diputados, donde libraba una solitaria batalla al lado de los social-progresistas contra la mayoría de su propio partido y del Presidente Prado por la recuperación del petróleo. En 1959, los jóvenes radicales empezaron a apoderarse del APRA. En las elecciones internas para el Comando Nacional, Malpica derrotó a uno de los más antiguos e importantes dirigentes. De la Puente presentó un documento criticando agriamente la actuación política del APRA en los últimos veinte años. Ya entregada a los intereses capitalistas contra los cuales surgió en tiempos de Leguía, la vieja dirigencia respondió con la expulsión.

Así fue como se marcharon a formar primero el APRA Rebelde y después el MIR. El triunfo de Fidel Castro radicalizaba aún más a los miristas. Pronto se produjo la discre-

pancia: unos querían, como Malpica, el desarrollo político del partido; los otros, la guerrilla. Malpica se opuso a la lucha armada porque creía que el pueblo no estaba preparado y que la sorpresa cubana no podía repetirse. Conocía las reales, todavía débiles bases del MIR: los iban a barrer. Pero la discrepancia se sometió a votación. Ganaron los guerrilleros e hicieron un pacto: quienes estaban en desacuerdo, simplemente no intervendrían. No hubo expulsiones o rupturas.

Por su vinculación con el MIR sufrió Malpica la peor de sus cárceles. Cayó en la redada contra la izquierda de 1963, con que la Junta de Gobierno facilitó la elección de Belaúnde a la presidencia. Junto a centenares de dirigentes populares, Malpica estuvo una temporada en el infierno del Sepa, en el corazón de la selva, adonde los llevaron sin una muda de ropa limpia para encerrarlos en un galpón, incomunicados del resto del mundo. Sudaban y el sudor, la falta de aseo pudría sus ropas. A las siete de la mañana les daban un desayuno de yuca con té. A las diez, almuerzo de yuca, plátanos y frijoles. Y hasta la mañana siguiente no volvían a probar alimentos. Tan arbitrario horario o acaso el agua agusanada que debían beber, enfermó a los presos. Cuando dos meses después los cambiaron a El Frontón, les pareció mudarse a una metrópoli. La isla desbordaba de presos políticos. Allí estaban los sobrevivientes de las primeras guerrillas o quienes asaltaron bancos para proveer de fondos a la lucha popular. Malpica empezó a escribir un libro que iba a causar sensación: *Los dueños del Perú*. A diferencia de El Sepa, adonde no llegaban periódicos ni permitían oír la radio, en la isla permiten visitas dos veces por semana, se podía trabajar. El encuentro con el falsificador Rázuri Briones, que había sido su condiscípulo y ahora, convertido en famoso y acaudalado delincuente, gobernaba parte de El Frontón, alivió los rigores de la prisión. Rázuri era un exquisito, lo visitaban bailarinas, invitaba buen almuerzo a los presos políticos, se interesaba por la lucha social. Los soltaron en junio. Belaúnde ya era presidente electo.

En el segundo piso de una residencia estilo tudor en el anciano balneario de San Miguel, donde funciona un centro de investigación universitario, la secretaria anunció a Malpica que lo telefoneaba el abogado Róger Cáceres. Desde su austero

escritorio contemplaba la enorme piscina, el jardín que alguna vez pertenecieron a un político puneño que presidió el Congreso. Alzó el auricular. Conocía que Cáceres, en el pasado cacique de Juliaca en el departamento de Puno, era asesor de la Federación de Pescadores del Perú, de la CTRP y que participaba activamente en el MLR. Malpica mantenía una distante actitud crítica, cuando no escéptica, frente al Gobierno Revolucionario, y se sorprendió que un hombre tan vinculado a Tantaleán quisiera hablar con él.

—¿Aló, Róger? Oye, me parece insólito que me busques. ¿Qué deseas?

Cáceres conocía la afilada brusquedad habitual de Malpica.

—Fíjate, Carlos, la Federación de Pescadores me ha pedido que contacte contigo: quiere que la asesores.

—¿La Federación? —Malpica se enderezó aún más sorprendido—. Mira, yo creo que hay otras personas más indicadas.

—Bueno, no es precisamente la Federación, tampoco vayas a creer que es el Ministerio de Pesquería —llegó la voz—. Se trata de las bases.

—Oye, Róger, con Gil Peñaranda ni hablar.

—Nomás te transmito el mensaje —dijo Cáceres—. Te llamaré dentro de una semana a ver si te animas.

Malpica decidió olvidarse del asunto. Pasaron quince días y Cáceres insistió.

—¿Y qué has decidido? —indagó siempre por teléfono.

Malpica dudó.

—No he decidido nada —dijo—. Primero quiero averiguar de qué se trata.

—Mira, no hables más conmigo —dijo Cáceres—. Habla directamente con los pescadores. Dales tú mismo la respuesta porque los tengo encima, ellos creen que estoy manipulando para evitar que los asesores.

—Está bien, Róger, no te preocupes.

En la tarde, Malpica se fue al diario "Expreso" y preguntó por Guillermo Sheen: él tenía que saber, algo se agitaba entre los pescadores.

—Se ha formado una comisión de defensa del pliego de reclamos —explicó Sheen—. La Federación está dividida entre partidarios y enemigos del MLR.

—¿Y Gil Peñaranda? se acauteló Malpica—. ¿Qué influencias tiene Tantaleán en esa comisión?

—Esa comisión trata precisamente de combatirlo —dijo Sheen—. ¿Por qué no buscas a Carlos Blas? Es un buen dirigente. ¿Lo conoces?

Malpica lo conocía desde que fue candidato de la Unidad de Izquierda. No costó mucho trabajo encontrarlo. Blas lo abrazó.

—¿Está dispuesto a ayudarnos, ingeniero?

Se instalaron en un cafetín.

—¿Por qué me buscas? ¿para qué me quieren?

—Yo mismo lo propuse, ingeniero —sonrió el pescador—. Estamos hartos de la corrupción. Deshacen como quieren Pesca Perú pero las deudas de la empresa las vamos a pagar los trabajadores. A petición de las bases se ha formado la comisión de defensa y necesitamos a un asesor económico. Se ha hecho averiguaciones entre personas de confianza y no hay nadie mejor que usted, ingeniero, tiene todo nuestro respaldo. Será muy útil que una persona independiente revise las cuentas de Pesca Perú.

—¿Y dejarán revisarlas?

—Estamos en nuestro derecho —dijo Blas.

—Bueno, yo entiendo de economía pero... —Malpica dudaba— ... pero nunca he visto una bolichera de cerca. Claro, sé manejar números...

—Eso necesitamos.

—Si creen que puedo ser útil, bueno, vamos adelante.

En la comisión participaba Gil Peñaranda, aunque ya arrinconado. También Bossio y otros emelerristas. Pero dirigentes de base como Blas, Luis Arce o Abelardo Ojeda tenían mayoría. Acordaron pagar a Malpica 120 mil soles por un informe financiero sobre Pesca Perú. Regresó a su casa cargado de documentos y balances. Y empezó por estudiar la historia de la industria pesquera peruana.

El primero de enero de 1972, cuando el capitán de la industria Luis Banchemo Rossi fue asesinado de dos puñaladas por la espalda, el Perú capturó unos doce millones de toneladas de anchoveta que convertía en alrededor de dos millones de toneladas de harina de pescado exportadas principalmente a las granjas europeas. Con un océano donde los cardúmenes parecían inagotables, la gran industria de harina de pescado no tenía ni catorce años y ya había transformado la vida del litoral, dejando tras sí una hue-

lla de inmensas fortunas y también de quiebras descomunales. Hundido en el subdesarrollo, paradójicamente el Perú era una potencia industrial pesquera. Producía el 44 por ciento de la harina de pescado mundial, por encima de Noruega, Sudáfrica, Japón o la Unión Soviética. Pero la industria se había construido sobre deudas y ese año desapareció la anchoveta. A mediados de 1973, la actividad que había atraído a importantes inversionistas como Star-Kist Foods, filial de H. J. Heinz, General Mills o el broker neoyorquino Pierre Petrou, además de los principales grupos financieros peruanos, clamaba estar en una crisis sin fondo. El Gobierno expropió las empresas el 7 de mayo y formó el ente estatal Pesca Perú. Las leyes peruanas establecen que al expropiar se paga a los antiguos dueños lo que tienen pero no lo que deben. El decreto-ley 20000 estableció un régimen de excepción para los industriales pesqueros: a diferencia de los latifundistas o de los grandes trusts mineros, a ellos se les iba a pagar también lo que debían. Un tanto escandalizado, Malpica prosiguió sus averiguaciones: era el Ministerio de Pesquería el que a través de dos comisiones, valorizaba primero y liquidaba después, también de acuerdo a dispositivos legales de excepción. Descubrió Malpica que el stock no se había expropiado al precio de costo sino de acuerdo a la cotización internacional, es decir, que el Ministerio de Pesquería había obsequiado un sobreprecio de 147 dólares, más del ciento por ciento del precio de costo, por cada una de las 378,940 toneladas que aguardaban venta en el país.

Malpica reunió recortes de todos los discursos, citas, opiniones vinculadas al Ministerio de Pesquería así como resoluciones supremas o ministeriales relacionadas al sector. El mismo día de la expropiación, ante la cadena nacional de radio y TV, el General Tantaleán calculó en 4,800 millones el patrimonio de las empresas expropiadas. Pero en 1971, el Instituto del Mar y expertos de la FAO calculaban preocupadamente el valor de la industria pesquera apenas por encima de sus deudas a corto plazo y treinta por ciento debajo de todas sus deudas. Imaginó Malpica que en su exposición al país, el Ministro Tantaleán se había referido sólo a los patrimonios positivos y no a aquellas empresas que debían más de lo que tenían.

Con creciente asombro, en las semanas que siguieron se dedicó a descifrar cómo habían sido valorizadas las empresas con patrimonio positivo. Tecnológica de Alimentos, del acaudalado urbanizador y terrateniente Pedro Brescia, se valorizaba 56 millones por encima de su patrimonio contable. Tres empresas del Grupo Banquero se calculaban 97 millones arriba de su patrimonio contable. Al Consorcio Ballenero se le subía 26 millones y a la Pesquera Santa Magdalena, 33 millones, además de 32 millones a Alimentos del Mar. En total, 27 empresas fueron valorizadas 480 millones por encima de su patrimonio contable.

También descubrió Malpica que la expropiación benefició a empresas que, estando quebradas, transferían deudas que el Estado asumía liberando a los accionistas. Marítima Pesquera, del poderoso Grupo Gildemeister —a quien ya se había expropiado en 1969 el latifundio más grande del país— tenía un patrimonio contable de 84 millones pero debía 95. Otra empresa, propiedad de un conocido jugador y apostador llamado Isaac Fulop, tenía un patrimonio de 4 millones 800 mil y debía más de 50 millones. Anchoveta Peruana aparecía con un patrimonio contable negativo de 157 millones y resultó debiendo 187 millones, es decir, que la expropiación liberó a sus exdueños del pago de 187 millones. Armado de una calculadora electrónica, Malpica empleó una noche en estimarlo: se pagaba cuatro mil seiscientos millones por una industria en bancarrota. Y se pagaba por las puras, mascullo avanzando en su informe preliminar. Al grupo Fulop-Brunstein-Cukerman se les aliviaba de 248 millones. Y además se les compraba, en efectivo, una flota pesquera que se habían escamoteado a sí mismos antes de la expropiación. A las empresas extranjeras se les canceló aparte, según el acuerdo Greene con el Gobierno de los Estados Unidos. Malpica calculó los patrimonios positivos de origen nacional: 2 mil 200 millones. Restó el sobrepago por el stock de harina de pescado y las verdaderas quiebras que el decreto ley 20000 transfería al Estado: llegó a un déficit de 853 millones. Se hubiera podido expropiar por nada.

Aparte de tratar tan generosamente a los empresarios pesqueros, después de la expropiación Pesca Perú devolvió a sus antiguos propietarios bienes no vinculados a la industria anchovetera. Así fue como a la Star Kist, que recibió 7 mi-

llones 300 mil dólares por el acuerdo Greene, se le restituyó después toda la línea conservera de Coishco cuyo valor era de 146 millones de soles. Al Grupo Bancharo se le devolvieron 27 barcos pesqueros, redes y acciones a precio de regalo, calculando Malpica el precio de cada embarcación devuelta en 200 mil soles, es decir, menos que un automóvil. "Sin exagerar", escribió Malpica, "se puede afirmar que Pesca Perú les ha pagado y/o les va a pagar a los herederos de Bancharo unos 300 millones más de lo que les correspondía". Contempló la montaña de documentos: el Ministerio de Pesquería expropiaba por más lo que devolvía por menos, caray, qué tal negocio.

Las reuniones con la comisión de defensa también eran citas con el enemigo. Tras sus gafas negras, Gil Peñaranda contempla los progresos de Malpica: estaba más allá del soborno o del miedo. No lo conmueve la dudosa gloria de un poder deshonesto ni lo asustan amenazas cada vez más audaces. También Bossio, otros emelerristas aprenden a callar. Quienes sostenían en las asambleas que Tantaleán era como un padre para los pescadores y que nunca había sido manejada tan eficiente y honestamente la industria, con una orientación social y nacionalista, retrocedían a medida que Malpica demostraba lo contrario. A diferencia de los funcionarios, asesores gubernamentales o los propios militares del sector, el ingeniero apelaba al lenguaje más simple posible, a veces sudaba para traducir el idioma económico a otro que todos pudieran comprender, especialmente los nuevos, quienes irrumpían desde abajo contra la antigua dirigencia y que se atollaban en el entendimiento de las altas finanzas pesqueras.

—El Estado no ha puesto capital —decía Malpica.

—Pero ingeniero, si siempre nos ha pagado nuestro sueldo.

Diariamente se reunía con los pescadores. Quería empararlos, que pudiesen actuar por su cuenta frente a Pesca Perú. Controlaban la empresa quienes antes también habían controlado la industria privada de la pesca. El Gerente General antes lo había sido del quinto grupo pesquero más importante del país. El gerente de flota era primo del difunto Luis Bancharo. Un vasto aparato de computadoras, abogados, informantes y la sumisa dirigencia de la Federación se disponían a defender Pesca Perú de la duda y el inevitable ajuste de cuentas. Los defensores del pliego designados por las bases

oían a Malpica un poco incrédulamente. No será posible que la Revolución se haya dejado embaucar tan gruesamente en la estatización de la pesca, a lo mejor el ingeniero estaba equivocado. A ratos Malpica se notaba casi violento, machacando sus descubrimientos sin que los pescadores parecieran emocionarse. Dudaron de él hasta que el Ministerio de Pesquería y Pesca Perú desataron una violenta campaña para desprestigiarlo en todo el litoral. También los pescadores averiguaban por su cuenta. El once de octubre de 1974, Pesca Perú giró un cheque por ocho millones y medio a la Federación de Pescadores para el pago de remuneraciones, viáticos, honorarios y otros gastos de los dirigentes. Gil Peñaranda se giró 540 mil, Bossio 307 mil, otros dirigentes cobraron hasta medio millón cada uno. Catorce se repartieron cinco millones. También cancelaron un millón y medio de sobregiro en el influyente Banco de Crédito, el ex-Banco Italiano del que Luis Banchoero fue presidente, y que la Federación había usado en gastos administrativos de los que no había comprobantes. También parecía haberse evaporado seis millones donados por los constructores de la Ciudad del Pescador, entre los que había algunos amigos del General Tantaleán, y cuyas obras costaban siempre más: la firma Carlos León de Peralta debía construir 650 casas por 125 millones y pasaba la cuenta por 162 millones, un aumento de casi el 30 por ciento. Bruce Ingenieros subía sus gastos de 116 millones a 149. Para los pescadores, las casas iban a costar como de oro.

El día que Malpica entregó su informe preliminar de cinco páginas, las bases de pescadores parecían en víspera de una rebelión. Comparaba el asesor la situación en la pesca con aquella de la Reforma Agraria. Por 6 millones 664 mil hectáreas de las mejores tierras agrícolas y dos millones de cabezas de ganado, el Estado había pagado 2,362 millones de soles en efectivo y 9,240 millones en bonos cuyo vencimiento llegaba hasta los 30 años. La deuda total de 220,000 familias campesinas llegaba a 12,130 millones y habían exportado productos en 1974 por 11,570 millones. Malpica calculaba las deudas de Pesca Perú en 11,860 millones y 25 mil pescadores, obreros y empleados tenían que pagarlas para que la empresa fuese verdaderamente propiedad del Estado y pudiera asegurarles un trabajo digno y estable.

DOCE HORAS DESPUÉS DE SALIR DE LIMA, el automóvil expreso se acercaba a la ciudad de Huancavelica, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Desde el asiento posterior, cubierto con un poncho, entumecido y hambriento contemplaba Castillo Anselmi la salvaje campiña iluminada por la luna. Hacía un largo rato que el taxista dejó de parlotear. También el fotógrafo Angeles parecía sumido en un sopor, aunque en verdad vigilaba la estrecha carretera, ajustadamente abierta al filo de las montañas.

—¿Falta mucho? —se aburrió Castillo.

—Un cuarto de hora —tardó el taxista en calcular.

Tres días atrás, Castillo escuchó por primera vez el nombre de la comunidad campesina de Huayanay. Todos a una, allí los comuneros habían juzgado y dado muerte a un malhechor que gozaba de la protección de las autoridades. Todos los varones de Huayanay fueron enjuiciados por homicidio. De los 218 campesinos con orden de captura, once estaban en prisión, el resto huyó a las punas, se escondió en las minas, cambió de nombre, abandonó las tierras donde estaban sepultados sus antepasados. Habían obtenido la noticia de un abogado de la CTRP, Manuel Delgado Aybar, que se oponía como "La Crónica" al MLR. De Lima a la Oroya, del verano a las nieves perpetuas, contempló ávidamente Castillo las rocas siempre más grandes, el áspero amontonamiento de la cordillera que le causaba como unas ganas de llorar. No importa cuántas veces subiera a la cordillera, al periodista lo herían esos despeñaderos, los páramos, tan quebradizas lagunas en trance de congelación, región donde bajo una luz sombría, incolora, alzaban vuelo bandadas de patos o galopaban las alpacas con indolente elegancia. Apenas se detuvieron en Huancayo a beber café. Se derrumbaba el sol sobre el ubérrimo valle del Mantaro, purpureando en las quebradas y en los trigales, cuando el automóvil otra vez aceleró hacia Huancavelica. Con robusta cháchara, el taxista recuerda que durante muchos años ha servido esa ruta y que su cliente más importante fue don Celestino Manchego. Hombre generoso el senador, pa-

gaba doscientos soles por viaje, regalaba buenas propinas, todas las noches se hacía llevar una chola a la cama. Diputado, senador sin interrupciones, ministro de casi todo, don Celestino Manchego Muñoz había sido hasta su muerte dueño de Huancavelica. Empezó su buena fortuna política en tiempos de Leguía y duró hasta 1962 cuando cuarenticinco años después de organizar su primera montonera, vencido por las deudas y los achaques, se retiró de la política para morir pronto con honores oficiales, banda de músicos y toque de silencio. Su hacienda Cinto se extendía por varias provincias. Administraba su propia justicia, su cárcel particular. Designaba a las autoridades, se hacía cargar en hombros si llegaba a Huancavelica. Era el padre, el propietario, el usuario de la indiada. Nadie allí tenía derechos si don Celestino no los aprobaba. A los indios les estaba prohibido caminar por la Plaza de Armas. Por las veredas de la ciudad sólo caminaban señores. Hasta 1970, cuando un mitin propiciado por la Revolución trizó la vieja costumbre, amontonando de una sola vez a veinte mil campesinos en la plaza prohibida, los indios cruzaban exhalados esas calles solitarias, temerosos de que su sola presencia injuriase el paseo de los notables y diese lugar a una pateadura o, peor aún, a una temporada en la cárcel. Cuando empezó la Reforma Agraria, los más osados comuneros galopaban la plaza como quien ensaya una libertad sorprendente. Ahora se tomaban fotos: Huancavelica ha progresado mucho. Castillo contempló el vacilante alumbrado público, las calles empapadas y vacías. ¿Esto es? Ajá, esto era, dijo el chofer. Llovía a cántaros cuando se refugiaron en el Hotel de Turistas.

No hay teléfono, tampoco televisión. Cinco taxis sirven a la ciudad sin autobuses. Hay nada más que un cine en la Plaza de Armas, que exhibe la misma película mexicana siete días consecutivos. En el comedor del Hotel les sirvieron una merienda. Una resonancia de iglesia vacía perseguía sus pisadas, acentuando su soledad mientras chorreaba el aguacero. Asomaron a la calle: nada se movía, sólo la lluvia. Tronó sobre sus cabezas. Cuando el taxista reapareció a las diez de la noche, se subieron al auto en busca de la Lavandería Castillo en la avenida Celestino Manchego. Aquí es, afirmó el periodista, calculando el ancho de la acequia que separaba el pavimento de la barrosa orilla. Colocó el impermeable sobre

su cabeza y saltó chapoteando al otro lado del riachuelo engordado por la lluvia. Golpeó la puerta y dudó que abrieran, hasta su voz desaparecía bajo el estruendo del diluvio.

—¡Señor Castillo! ¡abra, señor Castillo!

Como un calor se acercó hasta la puerta mojada. Pegó la oreja y escuchó que despertaban.

—¿Quién es?

—Don Teófilo, somos periodistas. Venimos de parte del doctor Delgado Aybar.

Chirrió la puerta y asomó don Teófilo, ex-presidente de la Federación Campesina Departamental de Huancavelica y ahora pacífico lavandero. En esa acequia, frente a su casa refregaba las sábanas y toallas del hospital. La titubeante luz de un lamparín recibió a Castillo Anselmi y a Angeles que tiritaba.

—¿En qué puedo servirlos?

—Es por lo de Huayanay. El doctor Delgado llega mañana en el autovagón. Queremos visitar la comunidad.

—¿De qué diario son? Ah, caramba. De “La Crónica”.

—Vamos a informar sobre el ajusticiamiento.

—No les permitirán averiguar nada. Hay toda una conspiración. Aquí todavía gobiernan los gamonales. Trafican con ron de quemar, se enriquecen vendiendo ese veneno para que los campesinos se emborrachen. Perdone usted señor...

—Castillo —sonrió—. Humberto Castillo.

—... señor Castillo, ¿dice usted que de “La Crónica”? ¿No es el diario del Gobierno?

—Sí, señor Castillo.

El viejo líder sonrió por primera vez.

—Huayanay es un lugar abandonado, sólo llegan mujeres y niños cuando es domingo...

—Pero si usted les habla, don Teófilo.

—... Huayanay ha perdido la fe en todo, señor periodista —la lucecita del lamparín rebotaba en esos pómulos que bombeaban su rostro de indio—. ¿Cuándo quieren ir?

—Será domingo, dentro de tres días.

—Está bien. ¿Tienen automóvil? Quisiera buscar a un amigo que nos puede ayudar —don Teófilo se abrigó y apagó la luz. Todavía diluviaba. Corrieron hasta el taxi. El lavandero los guió hasta el otro extremo de la ciudad. Pronto entraron a una casita que parecía desmoronarse bajo la lluvia. Un olor

a moho, a sudada humanidad, a líquenes y piedras húmedas impregnaba la primera habitación. Los presentó a un hombre joven, vestido con pijama de franela. Era maestro en el colegio Batalla de Ayacucho. Más que don Teófilo, tenía contacto con los actuales dirigentes campesinos.

—Habrà que enviar a un propio avisando que llegamos —opinó el maestro—. Es preciso que reúnan a la gente y le digan que los señores son amigos.

La culpa de todo la tuvo el Gobierno. ¿O acaso la Corte de Justicia, la Guardia Civil y el señor Prefecto no son Gobierno? Porque en Huayanay, como en otras comunidades de Huancavelica, tras la Reforma Agraria se declaró una guerra y el Gobierno nada hizo por proteger a los campesinos. Huayanay perteneció muchos años a los Sobrevilla, hasta que la vendieron a más violentos gamonales, los Mezcua-Chamorro, gente dura que se enriqueció con aquellos ondulantes pastizales y sus grandes manadas de vacunos. Se sube a la puna, se baja a una hermosa campiña: eso es Huayanay. La Reforma Agraria sorprendió a los Mezcua-Chamorro sin haber podido saquear la hacienda ni vendido el ganado como hicieron otros gamonales. Se marcharon nomás de Huancavelica. Al cabo de unos meses, según denunciaron dirigentes campesinos, los propios ex-hacendados del departamento habían organizado el bandidaje. También a Huayanay llegaron los ladrones de ganado, los violadores de doncellas, los matones a caballo. Los capitaneaba César Matías Escobar, que siendo de la comunidad, despreció la parcela que le destinó la Reforma Agraria. Como antes, seguía en el bando del patrón, se ensañaba con sus hermanos. Toda la vida había sido mayordomo.

—A Matías Escobar fue a quien ajusticiaron —explicó don Teófilo.

A las siete de la mañana se detuvo el autovagón en el terminal de Huancavelica. Vestido con botas cortas y una chaqueta peluda, Delgado Aybar saltó al andén, su cabeza pelirroja se alegró de ver a Castillo Anselmi, al otro Castillo y al maestro. Había viajado en colectivo hasta Huancayo. No hay tiempo para desayuno, apenas para una taza de café en la lavandería. Después fue con los periodistas al juzgado de instrucción. El juez Andrés Loayza, cuya desafortunada gestión precipitó los hechos de Huayanay, no está. Atiende un inexperto magistrado suplente.

—Buenos días, señor juez —la chillona voz de Delgado electrizó el ruinoso local del juzgado. Mostró su credencial del Colegio de Abogados—. Quiero ver el expediente del caso Huayanay. ¿Se acuerda usted, doctor?

—¡Cómo no me voy a acordar! —sonrió el juez pero desconfió de Castillo Anselmi y de Angeles, su equipo fotográfico—. ¿Los señores vienen con usted?

—Ah, sí, caramba, disculpe usted señor juez. Los señores son unos amigos periodistas del diario del Gobierno.

—Mucho gusto —se adelantó Castillo.

—Están preparando un reportaje a Huancavelica —informó Delgado.

—Ah, muy bien. Ojalá pudieran escribir unas palabritas sobre el juzgado, mire usted qué ruina, vengan señores —los llevó a otra habitación, una de cuyas paredes se había desmoronado—. No es posible, ¿verdad? Y no hay fondos para reparar el local. La máquina de escribir me cuesta una fortuna. Las cintas, oiga usted, cuestan casi cien soles, una barbaridad.

—Señor juez, póngase por favor junto al derrumbe —propuso Angeles, enfocándolo—. Eso es. Ahora señale el agujero.

El juez infló el pecho, estiró una mano como declamando ante los escombros.

—Ahora, señor juez, necesito una foto suya en la puerta del juzgado.

Adoptó una solemnidad debajo del escudo judicial.

—Muchas gracias, señor juez.

—Bien, doctor, tengo que atenderlo —el juez rebuscó en un armario que crujía bajo el peso de infinitas miserias procesales, al rato encontró el expediente—. Es un poco incómodo. . .

—¿Podemos echarle una mirada? —se interesó Castillo.

—Por supuesto, no faltaba más. Le diré que haremos, doctor. Llévase el expediente a la oficina del escribano. Ahí no serán molestados. Usted me avisa cuando termine.

Delgado recibió el expediente. A Castillo le brillaron los ojos.

—¡Qué tal país! —sonreía Castillo mientras se acomodaban en la desierta oficina del escribano. Angeles alineaba un tripode para fotografiar las hojas—. ¡Podemos salir corriendo con el expediente y no nos ven más! ¡Y se jodió el juicio! —se agarraba la cabeza—. ¡No nos ha pedido credenciales, no sabe ni cómo nos llamamos!

¿Quién asalta en los caminos? ¿quién hace parir a las mujeres? ¿quién golpea a los caminantes? ¿quién arrastra rebaños? ¿quién ultraja a las doncellas? ¿quién se burla de los ancianos? Matías Escobar. Las trescientas familias de la comunidad de Huayanay se reunieron en asamblea bajo el vetusto eucalipto de su plaza principal. El pueblo escuchó la acusación pronunciada por las víctimas. Matías me golpeó. Matías me preñó. Matías me robó. El anciano presidente de la comunidad y teniente gobernador de Huayanay, Eustaquio Palomino Gabilán, designó una comisión de varones para traer al delincuente. No lejos de la plaza, Matías se emborrachaba, cojudos, se creen que les tengo miedo pero no saben con quién se atreven. Los comuneros lo capturaron. El teniente gobernador ordenó 24 horas de arresto, para que quedara advertido. Matías durmió la borrachera en el pequeño calabozo de Huayanay. Salió jurando venganza. Ante todo el pueblo lo anunció: —¡Escucha bien, Eustaquio: voy a quemar tu casa y a preñar a tus hijas, huevón, para que aprendas quién es Matías Escobar! Una semana más tarde, mientras la familia del teniente gobernador dormía, se incendió el troje, la vieja casa construida por el abuelo Escobar ardió con la cosecha de papas, la reserva de cebada y habas. Matías Escobar había cumplido su venganza. La comunidad contuvo el aliento. Acaso fuese mejor aplicar la justicia propia, el diente por diente que había normado la vida de los campesinos desde la época de los Incas. Pero don Eustaquio Palomino era autoridad designada por el Gobierno Revolucionario. A principios de 1972 viajó hasta Acobamba y presentó su denuncia. La Guardia Civil capturó a Matías. El Tribunal Correccional de Huancavelica lo sentenció a dos años. La comunidad respiró. El bandido estaría preso hasta noviembre de 1974 .

—¿Terminaron de copiar? Han pasado dos horas y media —dijo Delgado.

—Ya está lo más importante —asintió Castillo—. ¿Cuántos comuneros están presos?

—Hay once. . .

—Bueno, vamos a la cárcel.

—... espera, espera. Primero hay que devolver el expediente.

Atravesaron la Plaza de Armas ahora cubierta por un sol que no terminaba de evaporar los charcos dejados por la tor-

menta. Sólo las nueve cuadras de la avenida Celestino Manchego están pavimentadas. El resto estaba salpicado de barro y lagunajos. Los dos únicos colegios del departamento quedan en esa plaza, lo mismo que el único cine, la Municipalidad y la Prefectura. Antes la cárcel funcionaba en los bajos de la Municipalidad y todas las mañanas a las seis, todas las tardes a las cinco, un grupo de reclusos encadenados salía cargado de baldes y, bajo la hosca custodia de republicanos armados con fusiles, iba hasta la pileta ornamental a cargar agua para las necesidades del penal. El señor alcalde se quejaba del vaho a mierda que ascendía hasta su despacho, no era posible trabajar así, en un ambiente que corrompía la indispensable majestad edilicia, así que en tiempos de Belaúnde se construyó una buena cárcel, con barrotes de primera. El abogado y los periodistas se estrellaron contra la reja.

—Está prohibido el ingreso —explicó un malhumorado sargento—. Nadie entra.

Aunque no acababan las vacaciones judiciales, Delgado fue en busca del presidente de la Corte Superior. El doctor Sánchez Concha ha ocupado tan alta magistratura durante muchos años en Huancavelica, es viejo amigo de los antiguos hacendados, seguramente les debe favores políticos. De los otro cuatro jueces que integran la Corte, dos son apristas y dos están vinculados a los gamonales. Al caer el sol, los magistrados aparecen en la Plaza de Armas, con las manos entrelazadas o en los bolsillos empiezan una caminata que nadie se atreve a interrumpir. Después de la segunda vuelta, se les une el alcalde, el señor prefecto, el jefe de la Guardia Civil, el comisario de la PIP, a veces el señor Obispo. Pasean de azul con chaleco, de sombrero, cogidos afablemente del brazo, enfrascados en una conversación que para el resto de la ciudad será siempre un secreto. A esta hora, hasta los campesinos más audaces se abstienen de aparecer en la plaza. Desde las esquinas, vecinos importantes aguardan el beneficio de un sombrero. Cumplidas nueve o diez vueltas, una vez que anocheció, los notables se dirigen al Hotel de Turistas. La mejor mesa del bar les está reservada. Ocupa cada cual su lugar, repiten los mismos tragos cada noche mientras agotan los chismes, todas las noticias de esta ciudad que tampoco tiene periódico. A las ocho empiezan a timbear o se marchan a cenar en sus casas.

—Ah, mucho gusto —el Presidente de la Corte Superior saludó efusivamente a los periodistas de la Capital—. Me alegro que por fin se interesen, esos comuneros de Huayanay son unos comunistas, yo sé bien quién los ha azuzado, es ese Lucio Gala, un sindicalista, un verdadero antisocial. Porque aquí en Huancavelica los comunistas se han ensañado con los pobres hacendados.

Castillo intercambió un guiño con Delgado

—Tiene usted razón, señor Presidente —dijo el abogado—. La verdad que han abusado. Convendría que usted autorizara a que se le tomen unas fotos a esos sinvergüenzas, y ojalá los señores periodistas las publiquen en forma destacada para que sirva de escarmiento.

—Por supuesto —aprobó Castillo.

—Muy bien, doctor: un escarmiento. Por mi parte yo estoy de acuerdo en dar amplias facilidades a los señores periodistas —convino Sánchez Concha—. Pero claro, no me compete. Tendrían que hablar con el Prefecto.

Otra vez cruzaron la plaza hasta la prefectura custodiada por guardias civiles. En el vestíbulo se apiñaban inmóviles suplicantes. El señor Prefecto los recibió de inmediato. ¿Y el doctor Sánchez Concha está de acuerdo? La autoridad política pulsó un timbre. Teníamos muchos problemas en Huancavelica, dijo, una región muy olvidada por el presupuesto nacional, pronto llegará el servicio telefónico pero ya ustedes ven, como ciudad no podía ser más aburrida. Capitán, lleve a los señores a la cárcel, están autorizados para entrevistar a los presos de Huayanay, que les den amplias facilidades. Castillo contempló el retrato oficial de Velasco que colgaba de la pared y la banderita peruana sobre el escritorio. Devolvió una ancha sonrisa al señor Prefecto.

Camino de la cárcel, Delgado Aybar se despidió. En diez minutos partía el autovagón a Huancayo. Habían conseguido fotografiar el expediente, ahora entrarían a la cárcel, el domingo irán a Huayanay. El debía volver a Lima.

Más alto que los bosques de rocas, sólo está el cielo, surcado de águilas pequeñas al acecho de rapidísimas vizcachas. No en noviembre sino en agosto de 1974, beneficiado por un indulto gubernamental, picaba espuelas hacia Huayanay el temido Matías Escobar. Por el camino se le unieron su cuñado Crispín y sus parientes Emilio y Jesús Escobar. La som-

bra de los jinetes espantaba a las campesinas. Antes que la noticia de su libertad, llegó el bandolero. En la placita de Huayanay retrocedieron las mujeres, titubearon los hombres.

El Gobierno me ha soltado porque soy poderoso —retumbó la voz de Matías— y cuantas veces me encierren... —chasquéo los dedos— ... así volveré a salir. Comunidad es una mierda —dijo—. Huayanay es una mierda. Autoridad es una mierda.

Desde atrás apareció el teniente gobernador.

—Vigila tu boca —habló pausadamente Palomino—. Eres libre para ser decente. Como autoridad no permitiré delitos.

Matías aceptó de mala gana. Aún tenía que pagar sesenta mil soles de reparación civil a Palomino por haberle quemado su casa. Volvió grupas pero antes de trotar fuera de la plaza se volvió a gritar:

—Ahora sí, autoridad: te voy a matar. Voy a hacerte comer tierra, autoridad.

Seis horas caminaba Castillo con su mochila a la espalda, subiendo y bajando por entre bosques de piedras, enormes cerros grises pulidos por descomunales aguaceros, nervaduras de roca como de anchos troncos todavía circulados por la savia. El ichu criaba barbas, succulento a pesar de la altura, y por esos pastizales se escurrían las vizcachas, como alimentadas de electricidad. De rato en rato don Teófilo y el maestro se detenían a descansar y Castillo respiraba la inmensidad, sintiendo el cuerpo calentado por la caminata, en contradicción con los vientos helados que desordenaban la chata vegetación.

Sucedió de noche. Debió luchar don Eustaquio, aullar antes de que lo enterraran de cabeza porque cuando sacudieron la máscara de polvo que cubría su rostro, los comuneros descifraron un espanto nunca antes visto. La autoridad, en efecto, había comido tierra. Lo encontraron al alba, clavado de cabeza en la parcela que le adjudicó la Reforma Agraria. Aquella tierra por la que había discursado, incitado a la huelga, apedreado o envejecido, entró hasta su garganta, atiborró su mirada, chorreó por sus oídos, emparedó su nariz, subió hasta su cuello. La comunidad se reunió en torno del anciano cuyo cuerpo sobresalía como arboresciendo al revés. No sólo había muerto don Eustaquio. Habían asesinado a la Reforma Agraria. Todos comerían tierra por haber creído en la libertad. Una lamentación creció por Huayanay pero otro dirigen-

te, Lucio Gala, se burló del llanto, cuándo había sufrido más la comunidad, si ahora eran libres verdaderos, si esta vez el Gobierno apoyaba a los campesinos, si la ley los protegía. La comunidad sesionó. Una comisión caminó hasta Acobamba y denunció el asesinato ante la Guardia Civil.

Hace 82 años que los Palomino plantaron el solitario eucalipto en la plaza de Huayanay. Hace cuatrocientos años que su ayllu fue deshecho por los españoles y que los esclavizaron para alimentar las minas de azogue de Huancavelica. Pagaron tributo. Sirvieron como pongos en casa del encomendero. La libertad no los liberó. Durante toda la república continuaron en servidumbre, trabajando para el gamonal. A cambio de su vida recibían habas, un costalillo de papas. Nunca leche, jamás carne, ni siquiera en las fiestas de Huayanay. La indiada disputaba los restos de la pachamanca, nunca el banquete mismo. Sin embargo confiaron en la Justicia de la República. Y viajó lentamente su denuncia hasta el juzgado de instrucción de Huancavelica.

El magistrado Andres Loayza no está de acuerdo con los campesinos. Indios sucios, intrigantes, indios mentirosos: así son. A pesar de su juventud, Loayza se comporta como un viejo irritado por los cambios sociales, como conviene a su incipiente carrera de juez. Conoce razonablemente los códigos, se esfuerza por merecer la aprobación de los magistrados más antiguos. Ha sido aceptado en las caminatas vespertinas por la Plaza de Armas, aunque su juventud lo obliga a cierto trato ceremonioso con el resto de paseantes. Sólo el jefe de la Guardia Civil y el comisario de la PIP intercambian familiaridades con el juez. A veces, los vocales de la Corte Superior le obsequian una palmada en la espalda, véngase Andrés a tomar una copa, y el joven letrado penetra al Hotel de Turistas, a sentarse en la mesa del Poder. Calentado por unos piscos, el magistrado Trabuco, que viene de Trujillo, se acuerda de los buenos tiempos, cuando la gente decente gobernaba el país y no había esta anarquía de mierda, con perdón del señor Prefecto. Pero todos, hasta el Prefecto, están más o menos de acuerdo: en Lima olvidan qué difícil es mantener la paz pública en sitios tan apartados como Huancavelica, con una indiada soez, que sólo sabe pedir y pedir, como si la Revolución se hiciera para satisfacer a pediguños. Crece una aguardentosa nostalgia por las buenas fiestas de antaño, cuan-

do ser Gobierno en Huancavelica no costaba tanto sacrificio. Así es, conviene el magistrado Mendoza Dongo, que ha sido diputado aprista, se sacrificaban por el país y encima pagaban mal. De regreso a su casa o al llegar al juzgado, el joven juez se sueña fiscal de la Nación, vocal de la Corte Suprema en un país como de antes, presidiendo en un estrado con solemnes talladuras la sinrazón de los hombres. Cuando recibió la denuncia contra Matías Escobar, averiguó con la policía. Matías había sido hombre de confianza de los hacendados, seguramente lo acusaban por acusar. Indios de mierda, quién iba a creerles. El juez Loayza no ordenó la detención de Escobar, nada más pidió que compareciera. Una semana después Matías y su cuñado Crispín se presentaron en el juzgado de Huancavelica. Soy inocente, doctor, se quejaba Matías, ni siquiera estuve en Huayanay, hay testigos que pueden decir por mí, gente honorable, no esa comunidad que, en fin, usted doctor comprende, sabe que son ociosos y ladrones, caramba, pida usted referencias a los hacendados y dirán: Matías Escobar, un tipo fiel y respetuoso. El juez Loayza lo dejó en libertad.

Tierra querían y tierra comerán, no importa lo que el mujerío suplique ante el Cristo de enagüillas, que asoma entre potencias de purpurina, clavado encima de una humilde peana de piedra en la iglesia de Huayanay. No hay autoridad que defienda ni valiente que acorrale al torvo Matías: mierdoso y tambaleante, ensopado en aguardiente fue al cementerio y orinó sobre la tumba de Eustaquio Palomino, vean carajo, aprendan lo que hago con mis enemigos. El galope del bandido y sus secuaces estremeció a Huayanay. Menstruantes o doncellas, perseguía a las campesinas con la infatigable tiesura de su verga, mugía sobre sus vientres hasta chorrear su abominable esperma. Tiritando se reunían los varones mientras se armaba el granizo y durante tres días descargaban los cielos.

—¿Es que no hay Justicia? —se quejó Bonifacio Palomino, hijo de la autoridad asesinada.

—La Justicia se ha equivocado —opinó Octavio Escobar, exteniente gobernador.

—Debemos reclamar —propuso Víctor Escobar, presidente de la Asociación Agropecuaria de Huayanay.

—¿A quién vas a reclamar? —la voz de Patricio Enríquez

desafiaba a los ancianos—. ¿A la Guardia Civil vas a reclamar? ¿A Justicia vas a reclamar?

—Presentemos otra denuncia en Acobamba —dijo el dirigente Lucio Gala—. Diremos cómo Matías ha violado a las mujeres, cómo sigue robando ganado.

Cuando terminó la tempestad, el guardia Luis García Samaniego, jefe de línea accidental, vio llegar a una numerosa delegación de comuneros. En la puerta del puesto policial de Acobamba recibió disgustado un papel con la denuncia en difícil escritura. Venían los campesinos a destruir su paz.

—¿De qué se trata? —dijo sin leer el documento.

Con una salmodia, el comunero Víctor Escobar hizo un recuento de las fechorías: robo de ganado, estupro, lesiones, amenazas de muerte y el asesinato de Eustaquio Palomino. Pidió que la Guardia Civil se movilizara hasta Huayanay para tomar preso a Matías.

—¿Cuántos guardias ves conmigo? —dijo el jefe de línea.

El presidente se sorprendió. Miró sin ver a nadie y el policía quería que los contara.

—No hay —respondió.

—Claro. No hay más guardias. Eso quiere decir que estoy solo. Y yo no puedo moverme de Acobamba aunque el diablo en persona visite Huayanay. Tráiganlo ustedes.

Los campesinos conferenciaron con un murmullo.

—Comprendemos —dijo el presidente—. Pero alguien tiene que ordenar que se le aprese.

—Yo daré esa orden.

Los dirigentes intercambiaron miradas y siguieron al policía hasta el modesto interior con sus muebles pintados de gris, el retrato del señor Presidente de la República y, atrás, un corral y un calabozo. El jefe de línea extendió un documento autorizando a los comuneros de Huayanay a capturar “al individuo llamado César Matías Escobar de la Cruz para ser conducido a este despacho policial de donde sea habido”.

Lucio Gala atravesó la plaza de Huayanay al encuentro de los periodistas y sus amigos de Huancavelica. Detrás del dirigente avanzó un puñado de mujeres y niños, parientes de los comuneros que estaban presos. De perfil, achatados contra las esquinas, asomando apenas por encima de las pircas, jóvenes huidizos acechaban a los extraños. Como una ciudad de abejas, panales de roca se apiñaban detrás de Huayanay. Pero

lo que se conoce como Huayanay apenas es un pueblo: escuela, iglesia, calabozo, cuatro o cinco casas. Viven los comuneros desparramados en la campiña. El periodista Castillo contempló la plaza desolada, se preguntó para qué haber caminado ocho horas desde Acobamba.

—Nadie quiere comparecer ante extraños —explicó Lucio Gala—. Hay muchos presos, muchos perseguidos.

—Nos han estado espionando desde hace dos horas —dijo Angeles.

—El juez de Huancavelica abrió instrucción contra 218 comuneros. Casi no quedan varones en la comunidad —dijo Gala—. La gente tiene miedo. Esperen aquí. Voy a traer a las autoridades de la comunidad.

El 5 de setiembre de 1974, la comunidad en pleno se reunió en esa plaza donde ahora Humberto Castillo pateaba guijarros, con la vista clavada en el polvoriento rectángulo como si así pudiese descifrar las huellas del ajusticiamiento. Allí el comunero Raymundo mostraba el documento con el sello y la firma del jefe de línea. Entrecerrando sus ojos, tantas veces engañados, los comuneros observaban ese papel que no podían leer y que, sin embargo, ordenaba capturar al bandolero. Detrás de ese papel está el Gobierno, la Justicia que ha fracasado. Ese papel era el talismán, garantía de paz, final de las venganzas de Matías. Mientras la comunidad sesionaba, una vieja de 80 años corría desde el bosque de rocas soltando breves chillidos de alarma. Callaron los campesinos hasta que la viuda Taipe se detuvo acezante ante la asamblea. ¡Matías escapaba a caballo con su cuñado Crispín! La vieja espía al asesino por orden de la comunidad. Matías galopaba rumbo a Choccha, en la ruta de Huancavelica, indios de mierda, son capaces de cualquier cosa, iría a refugiarse bajo la protección del juez instructor. La asamblea decidió capturarlo.

El teniente gobernador Octavio Escobar y otros siete jinetes picaron espuelas cuesta arriba. Con bestias cubiertas de espuma, dieron alcance a los fugitivos antes de la cumbre, en el paraje Ancor-Pallca-Huaycón. Justamente al mediodía, Matías soltó una maldición, desmontando para trepar una ladera mientras recogía pedruscos. También su cuñado Crispín se armó de proyectiles.

—¡Los voy a matar, no se acerquen carajo! —amenazaba Matías.

—¡Por orden de la autoridad! —gritó el teniente gobernador—. ¡Entrégate Matías!

—¡Ven por mí! —se enfureció Matías.

Aplastándose contra los filos, esquivando las pedradas treparon los comuneros en pos de Matías. Quiso desnudar un cuchillo cuando lo acorralaron. Justiniano Raymundo lo golpeó en la cabeza. Tenía el rostro hinchado cuando acabaron de maniatarlo. Crispín no ofreció resistencia.

Tres horas después llegaron a la plaza de Huayanay. Los comuneros guardaron silencio mientras Matías resbalaba del caballo y deformado por el odio escupía a los campesinos, cojudos, todos comerán tierra, no son nadie para apresarlos.

—Los mataré a todos —se retorció Matías salivosamente—. Los enterraré de cabeza.

—Se te acusa de haber asesinado a la autoridad Eustaquio Palomino —habló el teniente gobernador.

—¿Y qué? Yo lo maté pero no pueden probarme nada. A ti también te mataré, mierda. Escuchen bien: Matías Escobar es importante, no como ustedes, indios mentirosos. Matías se caga en la comunidad. Haré parir a sus mujeres. Haré parir a sus hijas. Y los mataré uno por uno.

Lo encerraron en el calabozo.

—Que lo diga por escrito —acordó la asamblea—. Así la Justicia no se volverá a equivocar.

—¡Matías! —dijo a través de la puerta el teniente gobernador—. ¡Firmarás una declaración de lo que has dicho! ¡Repetirás en papel que has matado a la autoridad!

Respondió con una carcajada.

—¡Imbéciles! —gritó desde el calabozo—. ¡No firmo nada! Enciérrenme, usen calabozo, llévenme a la policía...

Su voz ofendía escarbando viejas injurias, la impunidad que exasperaba al pueblo. Siguió despreciando a los campesinos.

—... cuantas veces me lleven preso, yo saldré. No podrán encerrarme toda la vida, carajo y volveré para matarlos uno por uno, quemaré sus casas, cubriré de bosta sus tumbas...

Se agitó la asamblea. Endurecían los mansos, reflexionaban los tardos.

—Ha dicho verdad —se oyó la voz de un anciano—. Lo pon-

drán libre y regresará a matarnos. ¿El Gobierno no lo soltó? ¿no dicen que Matías es bueno?...

—... Nosotros conocemos —se oyó otra voz—. La masa comuna debe hacer justicia...

—¡Muerte! —gritó a una la asamblea.

Como una estampida hizo trepidar la plaza bajo el sol de las tres y media de la tarde. La puerta del calabozo se derrumbó. Arrinconado, el malhechor suplicó vivir. Lo arrastraron, pateándolo, hasta el octogenario eucalipto. Con los pies lo ajusticiaron. Lo mataron de dientes, de huesos aplastados, de tripas rotas. Lo ajusticiaron por los testículos preñadores, por la verga que no consiguieron arrancar de su cuerpo ya sin vida. Quedó frente a la iglesia, con los brazos abiertos y los ojos vueltos de vidrio, mirando sin mirar el cielo tan azul.

Lucio Gala regresó con el teniente gobernador que soportaba la vara que simboliza su autoridad. Ceremoniosamente invitó a los periodistas a las oficinas de la comunidad. Les ofreció asiento en un poyo cubierto de pellejos.

—Yo no quiero contestar nada —anunció.— No tenemos confianza en ustedes.

—En el ex-predio` Huayanay, del distrito de Anta, de la provincia de Acobamba, del departamento de Huancavelica, escribió Lucio Gala frente a la asamblea— hemos reunido a toda la masa comuna en la plaza principal de Huayanay para tratar los asuntos de los asesinos del que fue señor Eustaquio Palomino de esta ciudad...

La asamblea aprobaba con movimientos de cabeza.

—... a los dos hampones se les paró a pedradas. Son César Matías y su cuñado Fernando Crispín...

Escribía Gala con lentos trazos de tinta.

—... de los cuales es autor César Matías y luego declaró que es asesino directo de la muerte del señor Eustaquio Palomino Gabilán y más quería bajar el cuello del señor teniente gobernador de esta comunidad, de los cuales querían hacer parir a las esposas de la masa comuna y también a alumnas que se encontraban mayores de diez años las quería violar en los caminos...

La asamblea escuchaba la lectura de cada palabra.

—... todo esto la comuna no permitieron que se sigan amenazando con los delitos contra la ley...

Ya muerto, derribado en la plaza, parecía Matías pequeño, suplicando ayuda frente a la asamblea.

—... Al escuchar estas palabras la masa comuna no aguantaron dar más la vida y lo dejaron asesinado a horas 5 y 15 minutos p.m. y en su quipse encontraron unos objetos: Un cuchillo filudo de casi más o menos 20 centímetros de largo. Doce pares y medio de granos de maíz blancos en ellos estaban dos rojos. En un trapo blanco encontramos en su adentro tres dientes humanos y un plomo pequeño. Y los tres caballos que montaba el asesino...

Campearon llamando a misa. El periodista Castillo no se explica de dónde, pero por esos montes deshabitados aparecieron mujeres, niños y ancianos que pronto colmaron el pequeño templo. Un cura sermoneaba en quechua cuando los periodistas se arrimaron al atrio.

—Escucha a este miserable —susurró el maestro traduciendo a Castillo—: Dice que deben respetar a los blancos, que el mal Gobierno ha despojado de sus tierras a los señores, que hay comunistas en Huancavelica que quieren destruir la propiedad y la religión, que Dios castigará a esos ladrones.

Terminó la misa y el cura quiso esquivarlos. ¿Ajusticiamiento? Sí, he oído. La verdad que fue un asesinato. Merecen castigo ejemplar. Tampoco las mujeres quisieron hablar. Se evaporaron tan rápidamente como habían llegado.

Durante seis días el cadáver de Matías estuvo expuesto en la plaza de Huayanay. Empezaba su pudrición cuando unos ciento cincuenta comuneros lo transportaron a Acobamba, precedidos por un cartel. Decía: El hampón César Matías Escobar, eliminado por la comuna como prófugo de la justicia. Y el saludo del Imperio de los Incas: Ama Sua, Ama Llulla, Ama Kella. No seas ladrón, no seas mentiroso, no seas ocioso. Se detuvieron ante el puesto policial de Acobamba. El teniente Mansilla, jefe de línea había regresado a su puesto. Ordenó que llevaran el cadáver al cementerio y recibió el acta que escribió Lucio Gala y que firmaron 218 comuneros. En la puerta del camposanto, el fotógrafo de Acobamba se ofreció a retratarlos. Con la satisfacción del deber cumplido, los comuneros de Huayanay posaron para la posteridad.

A LA FOTOGRAFÍA DE LUIS BANCHERO ROSSI le habían añadido pinceladas de carne y carmín, como embalsamándola. No olvidaron subrayar la perpetua salud de sus labios y mejillas. El incógnito artista que iluminó el retrato, también mejoró la nariz y adelgazó el rostro, rebajando de peso al difunto como creían que a él le hubiera complacido. Lo vistieron con un traje de solapas anchas, azul eléctrico, y una estupenda corbata a pintitas rojas. Recostado contra el cielo, el asesinado magnate pesquero sonreía con burlona perversidad debida al artista y, colgado en sitio preponderante, presidía como una santidad las actividades de la casa. El salón no era salón: también merendero, cocina, campo de juego para una tribu de niños robustos. A la mesa se podían sentar diez pero las sillas sólo alcanzaban para siete. Una buena refrigeradora entorpecía el paso al rincón, donde, sobre hornillas alimentadas con gas, un suculento almuerzo de pescado perfumaba el ambiente. Sobre la mesa aguardaban una gran botella de Johnny Walker y dos garrafas de vino italiano. No sólo el Chino Cervantes y su rizada hermana Bertha esperaban al director de "La Crónica" en esa casita de Bellavista. También un hombre de cabellos cortos y blancos, vestido con una camisa deportiva: Dante Marsano, dueño de Fundición Callao.

Diez días atrás, a Thorndike lo citaron al despacho del jefe del SINADI. A las cuatro de la tarde en verano, el segundo piso del Sistema estaba más bien despoblado. Un viejo robusto y elegante y un uniformado mayor del Ejército parlotearon con un oficial de guayabera a quien el periodista no conocía y que ocupaba el escritorio de la recepcionista. El oficial detuvo a Thorndike cuando pretendió pasar a la secretaría, anotó su nombre, le indicó que se sentara y reanudó la conversación. El director de "La Crónica" encendió un cigarrillo y observó de reojo a los presentes. Dedujo que el viejo era un militar en situación de retiro porque recordaba antiguas aventuras de la Escuela de Oficiales. De rato en rato reían alegremente. A las cuatro y media se escuchó un timbre y el oficial-recepcionista hizo pasar juntos al viejo y al mayor, de-

mostrando hacia ellos una notable deferencia. El periodista se disgustó imaginando una larga espera. Quería irse y se quedó. Pero los visitantes no tardaron ni cinco minutos. Volvieron a sentarse frente al recepcionista y ahora Thorndike pudo pasar al alfombrado despacho.

—Cómo está usted señor Thorndike —el General casi salió a su encuentro, lo invitó a acomodarse en un sillón. Rodeó el escritorio para ocupar su asiento, ofreció un cigarrillo, titubeó un instante—. Mire, señor Thorndike, no voy a darle otra vez mi opinión sobre este asunto de Fundación Callao porque, caray, ha tomado una posición bastante irreductible, ¿no? Pero ya se verá quién tiene la razón, yo no sé por qué usted cree que lo quiero aconsejar mal, que yo deseo su ruina, en fin, cada uno se rasca las pulgas como puede, caracho, ya no me meto —el General aplastó su tabaco, lo miró fijamente—. Lo que sí quiero pedirle, señor Thorndike, es que converse usted con los Marsano o sus representantes.

—Caramba, General, ¿y para esto me hace venir? Ya se lo dije: pueden ir a “La Crónica” cuando gusten.

—No, no señor Thorndike, aquí nomás. Justamente han venido a visitarme, hay un muchacho que ha sido mi alumno en la Escuela Militar —oprimió un timbre— y quiere conocerlo, así que por favor, usted conversa con ellos y así me los saca de encima —asomó el mayor Burneo—. Hágalos pasar —el General se levantó—. Mejor así, señor Thorndike, salimos del asunto de una vez por todas, ellos quieren mostrarle unos papeles, usted escúchelos nomás.

Aparecieron el viejo y el mayor.

—El señor Thorndike va a atenderlos —explicó Segura—. Pueden usar la sala de reuniones.

—Hemos traído a otras personas —dijo el viejo.

—Señor Thorndike, teléfono —informó la señorita Doris—. Es el señor Mazzini, dice que es urgente.

Vio cómo Segura volvía a su despacho, sin cerrar la puerta. El viejo y el mayor se apuraron fuera de la secretaría. El ayudante del General abría la sala de reuniones.

—Aló, Eduardo —el Gerente de “La Crónica” quería recordar que el SINADI debe trece millones de publicidad estatal, Guillermo, si te vas a ver con Segura dile que apure el pago... —oye, Eduardo— ...porque vamos a tener problemas para pagar el papel y la planilla de empleados... —escucha, Eduar-

do—...no tenían un centavo en la cuenta corriente y el banco no quiere autorizar más sobregiros—. Eduardo, dijo, ahora no. Te contaré después.

Cuando se deshizo del teléfono, unas veinte personas de ropas obreras entraban a la sala de reuniones del Jefe del SINADI. Respiró hondo, apelando a todo el control sobre sí mismo, y los siguió. De pie, en derredor de una larga mesa, el rebaño casi colmaba la habitación.

—Los señores son dirigentes del sindicato y de la comunidad industrial de Fundición Callao —explicó el viejo— y vienen a decirle que cuanto ha publicado el diario de su dirección es completamente falso. A ver, hablen.

Thorndike encendió otro cigarrillo. Una furia le latía en la cabeza.

—Nunca hemos sido torturados, eso es una mentira —peroraba un gordo de guayabera amarilla—. No hay calabozos en Fundición Callao. Los han sorprendido porque en la huerta hay sano esparcimiento para los trabajadores y no castigos y perros bravos como ha dicho “La Crónica”...

—Mire, mire usted —se mezclaban las voces, sin que el gordo concluyera su discurso. Otro dirigente desparramó fotos sobre la mesa: mujeres y niños rodeaban a dos payasos en la huerta de Fundición Callao—. Esto fue durante la fiesta que la empresa ofreció a las familias de los trabajadores.

—... así que exigimos una inmediata rectificación o nos veremos obligados a enjuiciarlo...

—¡Oiga usted so carajo! —estalló el periodista—. ¿Y usted quién mierda se cree ser?

—¡Yo soy secretario general del sindicato! —replicó a voces el gordo.

—¡Entonces muéstreme el reconocimiento del Ministerio de Trabajo! ¡Muéstreme un papel con su nombre!

—Es el verdadero sindicato —se debilitó el otro.

—El verdadero sindicato, el único sindicato es el reconocido por las autoridades del Ministerio de Trabajo. ¡Usted carajo no es nadie! ¡usted es secretario de un sindicato amarillo! ¡Usted es un traidor a su clase! ¡Y no vuelva a levantarme la voz porque lo hago echar de esta oficina! ¿De qué comunidad industrial me hablan? —golpeó la mesa—. ¿Dónde está el documento del Ministerio de Industria que los ampa-

ra? ¡Esto, esto carajo... —agitó las fotos de los payasos, documentos de supuesta adhesión y simpatía a los Marsano— ... esto es basural!

—El Ministerio se ha equivocado —enrojeció de cólera el viejo—. ¡Hay unos miserables que se han confabulado con los comunistas contra nosotros! ¡Han reconocido a unos ladrones!

—¡Entonces vaya usted a quejarse a la policía y tampoco me grite, carajo! ¡Haga sus acusaciones por escrito! ¡atrévase a mentir con su firma!

—Señor Thorndike —el mayor apaciguaba—. No se trata de pelear. Usted debe comprender.

—¡Lo único que yo comprendo es que usted ha venido de uniforme a presionarme en contra de un numeroso grupo de trabajadores!

—Es que estos —su pulgar señaló a los amarillos que conferenciaban con el viejo— son la mayoría.

—¡Oiga usted, mayor, hace años que dejé el biberón... encima no me tome por cojudo! Si son mayoría, ¿por qué no censuran a los otros? La ley los protege.

—Pero sentémonos a hablar...

—Sáqueme carajo las manos de encima, usted es un bribón, la verdad que ponerse el uniforme para esto... —llegó hasta la puerta— ... ¡usar las oficinas del SINADI para esta clase de cochinado, carajo! —equivocó la salida y regresó a la secretaría de Segura. Vislumbró la puerta del General entreabierta antes de gritar—: ¡Debiera darles vergüenza!

Al mayor Burneo no se le movió un músculo de la cara. Doris miraba la pared. El oficial-recepcionista también parecía una estatua. Thorndike pasó ante ellos como descorporizado. Sólo al bajar las escaleras descubrió que al cigarrillo se le había desprendido la brasa y el tabaco. Su diestra sostenía nada más que un canuto de papel.

Aquel sábado, Thorndike remoloneó hasta las dos de la tarde, como no queriendo ir a casa del Chino Cervantes, que lo había invitado a almorzar con Charo. Bertha en persona iba a cocinar. Pero a las dos y diez subió al auto, está bien, vamos Charo, que maneje Bracamonte. Al llegar a Bellavista dijo—: Apuesto a que nos vamos a encontrar con los Marsano—. Opinó Charo que mejor no vayamos pero él dijo que no importa, no iba a pasarles nada. Reconoció el camino a través de un barrio desconchado, con grandes baches y niños que

desafiaban el tráfico de autobuses y camiones para jugar a la pelota. Aquí, a la derecha, una casa verde, detrás del camión frigorífico, aquí es. No habían invitado a Bracamonte pero no importa, dijo Thorndike, almorzaba con ellos y, por favor César, te quería con las orejas bien abiertas.

La numerosa y próspera familia de Cara de Papa y su esposa Bertha ocupaba lo mejor de la casa. El Chino vivía en la parte de atrás. A pesar de la proximidad, los hermanos habían estado sin hablarse, peleados varios años. Una paz reciente acercaba a las familias y Bertha, que antes de tener muchos hijos y dedicarse a los negocios, había sido una muchacha trompeadora que también jugaba fútbol, volvía a visitar al Chino varias veces al día. Hoy, Bertha ha cocinado en casa de su hermano.

—Adelante, pasen, ya conocen el camino, ven Guillermito, yo misma he preparado el cebichito, adelante, como estás Charito, entre Bracamonte...

Thorndike no se inmutó al descubrir a Marsano.

—Mi hermano Dante —lo presentó el Chino—. Le he pedido que nos acompañe en esta reunión de amigos en mi casa.

Después de los saludos, el Chino ocupó una cabecera y Bracamonte la otra. En el mismo lado de la mesa se sentaron Marsano, Thorndike y Charo. Al frente se acomodó Bertha, cuya mirada se divertía.

—¿Un whiskicito? —propuso Cervantes.

Aparecieron unas copas para coñac, una vasija de plástico colmada de hielo. Marsano abrió la botella de whisky y sirvió con exceso.

Bien, calculó Thorndike, habrá que beber mucho. Contempló los ceremoniosos movimientos del empresario. Sus ojos dijeron a Bertha que son unos pendejos, claro, la verdad no le importaba, sentía curiosidad por conocer a este Marsano tan rudo y a la vez tan educado, y después miró a Charo, a Bracamonte, diciendo sin hablar que dentro de un rato, no imagina cómo, tratarán de sobornarlo, ya verán. Aceptó la gruesa ración de whisky y le agregó hielo y agua, no mucha.

—¡Salud, Guillermito! ¡salud, Charito! —el Chino alzó su vaso.

—Salud Guillermo, señora —Marsano sonrió afablemente.

—Salud Dante. Salud Chino.

Bebieron.

—¿Y qué hay de almuerzo? —indagó el periodista olfateando un vaho a pescado.

—Después del cebiche, un chilcano que es pura sustancia, ya tú sabes para qué es bueno —Bertha se celebró con un jocundo estremecimiento—. Y un sudado de corvina. Yo no quería cocinar pero después me acordé que te debía 'el cebichito...

—Bueno, salud.

—Salud, salud.

—Aquí, pues, mi hermano Dante —el Chino miró al industrial con borrachoso afecto—. Nos hemos criado juntos, ¿verdad? Estuvimos en la misma escuela fiscal —su mano calculó una estatura—. Eramos de este tamaño, chiquillos.

—¿Qué vinculación tienes con ese palacio mirafloresino?— se interesó Thorndike.

—Ninguna. Esos Marsano son otra familia. Nosotros somos del Callao —hablaba suavemente, con voz monocorde, con remoto acento italiano.

—¿Y de dónde vienen los Marsano? ¿de qué parte de Italia?

—De Génova. Pero yo nací en el Perú.

—Guillermito, yo quiero brindar por Luchito —intervino Cervantes—. . . mi hermano Luchito Banchero, caray —alzó la copa diciéndole salud al retrato—. Ya tú ves dónde lo tengo, en mi corazón, ¿verdad Dante?

Marsano sonrió asintiendo.

Bebían sin tropezar con la única conversación que podía serles común: Fundición Callao. Marsano habló de los inmigrantes, del puerto antiguo, de los otros Marsano, de su infancia pobre, de sus viejos amigos como el Chino Cervantes. Apenas elocuente, sus ojos gris-celeste se movían veloces, calculando a quienes lo rodeaban. Encendía gentil los cigarrillos, servía trago generosamente bebiendo igual que los demás, sin que la tenaz ingurgitación del whisky pareciera afectarlo. A las tres y media habían bebido un litro y Bertha sirvió un cebiche en cuyo jugo enrojecía el ají. Sus expertas manos de pescadora habían condimentado fuertemente los trozos de corvina. Sólo el Chino no comió. Se le doblaba la cabeza, en trance de dormir, interviniendo abruptamente en la conversación o mascullando asuntos que sólo él entendía.

Mientras liquidaban la botella de whisky y, juiciosamente, Thorndike tragaba una taza de espeso chilcano, trepidó un tim-

bre y apareció un hombre desenvuelto, chillón, con esa aparente felicidad de los agentes viajeros que acaban de cerrar un buen trato. Saludó ceremoniosamente al periodista y con familiaridad a Marsano, a quien llamó mi querido Dante. Era abogado. Volvieron a llenar las copas.

—Señor Thorndike —el recién llegado no tardó en abordar el tema—, me gusta mucho su periódico, muy revolucionario, muy combativo, pero lo están golpeando duro a mi amigo Dante.

—Bueno, él se lo ha buscado —sonrió el periodista. Marsano parecía absorto en su copa—. Hay que comprender que los tiempos han cambiado. Existe una ley de estabilidad laboral, otra que reforma la industria. Fundición Callao debe respetar las leyes o aceptar los inconvenientes de oponerse a ellas. “La Crónica” es uno de esos inconvenientes. Ahora, muchos industriales se han adaptado a los cambios y prosperan más que antes, compartiendo su prosperidad con los trabajadores. No veo por qué los Marsano no hacen la prueba de llevarse bien con los obreros.

—¡Así se habla! —se entusiasmó el abogado—. ¡Así se da consejos! Ah, pero estos consejos, Dante, no tienen precio. ¡Tú lo que debes hacer, ahorita, es darle al señor Thorndike un cheque por doscientos mil soles! ¡Un gran consejo el suyo, mi amigo, salud!

Ni siquiera se molestó. Nada más echó a reír. Primera vez que intentaban sobornarlo y éste era su precio: doscientos mil soles ofrecidos por un ruidoso tinterillo del Callao. Miró de reojo a Charo: ella está a punto de indignarse. Tan chocarrera oferta obligó a Bracamonte a menear la cabeza. Thorndike rió y clavó la mirada en el sobornador que no se atrevió a insistir.

El Chino Cervantes roncaba sobre la mesa mientras Marsano recordó sus días de aprendiz de ingeniero. Había levantado Fundición Callao a pulso, desde abajo, engrandeciéndola por la aplicación de cada vez mejor tecnología. No podía aceptar que la arruinara la intervención de los obreros en la gestión. ¿Qué sabían los soldados del manejo de una industria? Nadie había ayudado verdaderamente a Dante Marsano cuando era un estudiante pobre y compartía la carpeta con gente humilde. Será blanco, hijo de italianos, pero el viejo se sentía del pueblo. No reclamaba privilegios, nada más un res-

peto a la propiedad. Y él y sus hermanos eran los únicos propietarios de Fundición Callao.

—No conozco qué clase de influencia tienes —dijo Thorndike—, pero es poderosa. Sin embargo no basta para detener una Revolución. El mundo tampoco alcanza para tantos hambrientos. No discuto tu capacidad de empresario, que me parece muy respetable. Discuto tu egoísmo en una época como la nuestra. Es como si no comprendieras cuanto ha sucedido y cuanto tiene que suceder. Por lo menos debieras mantener la armonía con los obreros, eso que llaman relaciones públicas...

—¡Muy bien dicho, un consejo muy sabio! —volvió a interrumpir el sobornador—. Lo que tienes que hacer, Dante, es nombrar gerente de relaciones públicas a la persona que recomienda el señor Thorndike, con el sueldo que él señale y así...

—¿Quiere usted callarse?

Cinco minutos después, el intruso se fue. Bertha sirvió el sudado de corvina. A las ocho de la noche terminaron el vino. Cervantes amenazaba despertar.

—Creo que es hora de partir —se levantó Thorndike. Marsano sonrió. Había fracasado aunque cordialmente—. Ha sido una buena conversación. Ya debes saber, Dante, que la CTRP pide la expropiación de Fundición Callao. Damos la noticia completa en la edición de mañana...

Marsano hizo un gesto como diciendo qué le vamos a hacer.

*Ciudad del Pescador, 1.00 p. m.
Mitin de protesta*

PRONTO EL CALLOSO TUVO COMPAÑÍA: a fines de abril se inauguró la Ciudad del Pescador con sus 2,367 casas cerca de la avenida Venezuela en Bellavista. Ni funcionaban mercados o escuelas, ni abrían tiendas. Tampoco habían retirado andamios y encofrado del vecino reservorio de agua. Pero el General Tantaleán necesitaba mostrar su popularidad entre los trabaja-

dores. La Misión pasaba algunas dificultades y con ella peligraba el MLR. Cientos de pescadores llegaron en microbuses. También las jerarquías de los Ministerios de Vivienda y de Pesquería. Las obras de la Ciudad del Pescador resultaban costar casi un 30 por ciento más de lo presupuestado. Por aquellas viviendas masivamente construidas, iguales unas a otras, que ocupaban terreno barato, los pescadores iban a pagar más de medio millón incluyendo los intereses. Y cada casa tenía nada más que dos dormitorios, una salita-comedor y un baño. Y que cada cual hiciese su escalera, la segunda planta si la necesitaban. El Calloso, que ocupaba una casa terminada a medias desde hacía cinco o seis meses, se unió esa mañana a los emelerristas llegados a aplaudir a su jefe. No sólo la PIP y la Guardia Civil protegían ahora al General Tantaleán. El MLR también se encargaba de vigilar la casa del señor Ministro. El servicio se extendía a las residencias de otros directivos de Pesca Perú: Benito Rossi, el Coronel Rejas, Giulio Vals Gens y Pedro Martínez. Los muchachos no cuidaban gratis. Juan Corsano, alias Niño Juan, cobraba como jefe de guardianes de Los Ferroles, una ex-fábrica de Banchemo Rossi. A los ocho años llegó al Hogar de Menores por haber roto algunas cabezas. Tras muchas peripecias, asaltos y reputadas monras, el forzado Niño Juan disfrutaba de un bien ganado prestigio de hombre duro. Corsano casi vivía en casa de Tantaleán, almorzaba en su cocina, se hacía llevar en auto la paga de Pesca Perú. Las brigadas de vigilancia del MLR se movilizaban por Lima en vehículos estatales, disfrutaban de documentos invocando la colaboración de la policía para el cumplimiento de su misión revolucionaria. El Negro Talán, El Bolsa, Cricro, también el Negro Camión, el Negro Chancaca, Pancho el Gago, hasta Calavera, Capulí, Manolo Ulloa, el Chino Comba y otros treinta, a veces cuarenta guapos de la flor y nata del MLR se turnaban para vigilar, con su cigarrito, su coquita o su pitito, y desde luego con su cuate calibre 38 proporcionado por la empresa, las casas de los jefes. Eran trabajadores eventuales. Desde luego, su patriótica labor no interfería con otras ocupaciones. El Chino Comba era reducidor, de preferencia atendía negocios de emelerristas, andaba con los billetes al día además de anunciar, con vinosa importancia, que tenía autorización del alto Gobierno para jalar chitos del Cerro a engrosar el MLR. Porque como

chitos se identificaban unos a otros los maleantes y mercenarios: ¡chito! ¡Chito que ahí llega la policía! Ascendidos a la categoría de activistas políticos, al prontuario lo llamaban currículum. Todo lo borraba la influencia del MLR. La chitada en pleno, los pequeños o grandes dirigentes del MLR, los ejecutivos de Pesca Perú esperaban al Ministro Tantaleán. Se abrieron banderolas, subieron pancartas, ondearon pabellones, estallaron jataris y aplausos cuando el General, el vicealmirante y los dirigentes de la Federación de Pescadores subieron al estrado.

El Ministro de Vivienda parecía un tanto extraviado en la Ciudad del Pescador. La verdad, no tenía nada que hacer con esas obras pero lo invitaron a ir y fue. Con fama de conservador, sin embargo el Vicealmirante Gálvez había presentado al COAP un proyecto de Reforma de la Vivienda capaz de desmayar a los grandes propietarios de las ciudades. En la pugna entre La Misión y los Generales socialistas, se mantenía discretamente neutral. Los forcejeos entre la multitud, cuando una gruesa formación de pescadores del Callao se abrió paso hasta quedar detrás de la chitada, no le llamaron la atención. Discurseó brevemente sobre asuntos de su portafolio y agradeció los aplausos.

—Hermanos todos —anunció una voz experta en plazas públicas—. Y ahora con nosotros... el hermano Alberto Gil Peñaranda...

Se elevó la silbatina.

—¡Ladrón, ladrón! —gritaban los pescadores del Callao—. ¡Vendido! Traidor! ¡Eres una mierda!

Tan gruesos vozarrones, el diluvio de chiflidos congelaron la sonrisa de Gil, tras la gafas negras trastabilló como si le hubieran dado un golpe en el rostro. Los ojitos verdes de Tantaleán lo esquivaron para clavarse en esa multitud dentro de otra que lo desafiaba violentamente.

—... secretario general de la Federación de Pescadores —se esforzó la voz por los altoparlantes. La silbatina creció—. ¡Hermanos, por favor, más cultural!

La chitada no sabía si empezar el pleito. Vigilaban el inmutable rostro de Tantaleán a la espera de un gesto que declarara la guerra.

Un escándalo de gritos y silbidos, cállate mierda, mentiroso juna gran puta, Gil al paredón, ratero conchetumadre,

abajo Gil, apagaba violentamente a Gil Peñaranda que durante diez minutos se esforzó por despachar su discurso. Estaba empapado en sudor cuando regresó a sentarse junto al Ministro. Las protestas cesaron. Con pausados movimientos, Tantaleán se acercó a los micrófonos. Miró como quien pregunta a ver si se atreven.

—¡Hermanos! ... Entre los trabajadores sólo existe sacrificio; sólo existe una bandera que debe prevalecer ante cualquier intento de divisionismo. Esa es la bandera de la Revolución Peruana —la chitada aplaudió a rabiar—. Quienes no tienen contacto permanente con los hombres de mar... —confiaba en su habilidad para manejarlos, su voz fluyó familiarmente— ... querrán ver en la manifestación de sus diferencias un río revuelto. Pero no se trata de un río, se trata de los hombres que en el mar están en lucha por una sociedad mejor...

Unos aplaudieron, otros gritaron que abajo Gil, Gil traidor, devuelve la Federación mierda.

—... Quisiera ser —creció la voz del Ministro— lo suficientemente rudo como los pescadores cuando son atacados por gente que no entiende lo que es la hombría y el valor de salir a la mar...

El uniforme de general de división, la vecindad del edecán presidencial, los blancos uniformes navales tranquilizaban a los pescadores chalacos. Tantaleán usó lo mejor de su repertorio político para apaciguar la protesta. Habló de los riesgos del pescador, de las familias que aguardan en la playa el retorno de los hombres de las aguas procelosas con el sustento para sus hijos, en fin, se dirigió a las pescadoras.

—... A ustedes, hermanas, mi amor de hermano, todo mi cariño de soldado de esta Revolución, toda mi identificación con nuestra causa, como pescador, y mi mayor afecto como primer servidor del Sector Pesquero... Y ahora, declaro oficialmente inauguradas las obras... —Tantaleán sonrió... pero la verdadera inauguración será cuando una familia de pescadores me invite a su casa a comer un cebichazo.

Para Rafo Roncagliolo, el MLR no estaba ni siquiera en aprietos. Analizaba claramente tres opciones para el desarrollo político de la Revolución. La primera, la pragmática, era la propuesta de Tantaleán con el MLR, es decir, el neofascismo con el uso racional de la violencia y de la manipulación sindical en nombre del anticomunismo. La segunda, la utópi-

ca, era la doctrina del no-partido sustentada por Carlos Delgado y la Aplanadora, teniendo al SINAMOS como aparato político hegemónico, motivador de las masas y a la vez controlador de éstas, es decir, el gran intermediario. Y la tercera, la ortodoxa, proponía que los militantes se organizaran en un frente del que debía salir la organización política de la Revolución. Dentro de esta tercera opción, el COCOP y el llamamiento de los trece habían sido esfuerzos complementarios. Cuando el Gobierno descartó la opción utópica, el grupo del SINAMOS empezó a dividirse a los ojos de Roncagliolo. Más tarde, una parte de la Aplanadora encabezada por Pancho Guerra y José Luis Alvarado, que trabajaban también en el diario "Correo", priorizaron al MLR y a la opción pragmática como principal peligro para la Revolución Peruana. Carlos Delgado y el resto de la Aplanadora, pensaban que lo peor era la opción ortodoxa. Representaban el neoaprismo anticomunista. Delgado dialogó con los asesores del MLR, encabezados por Pocho Tantaleán. El director superior del SINAMOS preguntó: ¿Quién de acá no ha sido aprista? Nadie levantó la mano. Habían dejado el APRA por motivos políticos, no ideológicos. Entre la opción pragmática y la opción ortodoxa, Delgado prefería el MLR y se reconcilió, si es que habían estado separados alguna vez, con el General Tantaleán. Lo importante, según pensaba Roncagliolo, era que también Velasco prefería el camino pragmático. El Presidente se apoyaba a veces en los Generales progresistas porque los necesitaba para mantenerse en el poder. En su inevitable acercamiento a La Misión, la sibilina acción de Delgado resultaría aglutinante. Como muchos intelectuales comprometidos en la reforma de la prensa, Roncagliolo desconfiaba de Delgado. A pesar de su diferencia de edades, ambos habían sido dirigentes de juventudes en la misma época. Con Alfredo Filomeno, el pausado Rafo había tenido destacada actuación internacional en la Juventud Demócrata Cristiana. En ese tiempo, Carlos Delgado era presidente de la World Assembly of Youth, WAY, una organización que, según denuncias posteriores, recibía apoyo y mucho más de la CIA. La lucha de las juventudes terceristas contra la manipulación internacional de los Estados Unidos los había enfrentado contra el WAY y Carlos Delgado, que prefería ahora no tratar el tema aún en sus trabajos autobiográficos. El antiguo secretario de Haya de la Torre nunca había renunciado públicamen-

te al APRA. Tras haber estudiado antropología social en Estados Unidos y trabajado en la CEPAL, se acercó a Velasco en lo que Roncagliolo conceptuaba como acción paralizante: en una hora en que la evolución ideológica de los militares avanzaba hacia una forma novedosa del socialismo, Delgado cristalizó y detuvo ese desarrollo, dando apariencia de teoría a las limitaciones del pensamiento militar. Su neoaprismo y el neofascismo de Tantaleán no estaban en contradicción. Se complementaban. Y tenían que reunirse. Así que cuando el General Tantaleán telefoneó a Roncagliolo para invitarlo a Samanco, a conocer las obras allí ejecutadas dentro de un proyecto de propiedad social, el jefe editorial de "Expreso" aceptó con la cautela que merece un adversario poderoso.

Carlos Malpica, José María Salcedo y Roncagliolo se encontraron a las seis de la mañana en el Grupo 8 de la Fuerza Aérea, en el aeropuerto internacional. El Ministro llegó unos minutos después con Ramón Pérez Prieto.

—Señores, buenos días. Aquel es nuestro avión —señaló un bimotor estacionado a un costado de la pista. El avión había sido de Luis Banchero Rossi—. Caray, me dicen que está medio malogrado. Si alguno quiere quedarse. . .

—Excelente truco, General —comentó Malpica.

—Ingeniero Malpica, que tal desconfiado —carcajeó Tantaleán—. Yo lo invito porque usted es asesor de mi sindicato, no para caerme con usted en el mismo accidente.

Abordaron la nave. La habían dividido en dos ambientes, uno con gruesas poltronas y otra con asientos comunes. Entraban como quince personas. La azafata sirvió whisky con hielo y pronto despegaron. Pérez Prieto y otros funcionarios del Ministerio viajaban en la parte de atrás del turbohélice. Los invitados observaban el mullido interior del avión, el desenvuelto gobierno de Tantaleán que lo advirtió.

—No vayan a creer que este avión es mío —sonrió—. Lo uso para movilizar pescadores, no para política.

Y después:

—Oiga usted, don Rafo, dicen a que a Frías le gusta. . . ¿ah? Le gusta que. . . ¿ah?

—Así dicen, General. Usted debe saber.

—¡Ah, carajo! ¿Y yo por qué? —volvió a carcajear—. ¿Me han visto cara?

—Bueno, no se amargue.

—¡Menos mal! Oiga, no se vaya a confundir. A mí eso no me gusta, ¿ah?

Reían.

—¡Qué tal pendejo este Frías! ¿Nooo? Y dicen que es trotskista...

—Así es, pues.

—Ah, carajo. Qué tal pendejo. Vaya, vaya.

Cuarenta minutos tardaron en aterrizar en Chimbote. Al abandonar el avión, un nutrido grupo de pescadores avanzó a su encuentro en el polvoriento aeródromo. Desplegaron un cartel del MLR, Tantaleán se disgustó y fue hacia ellos. Hablaron con un murmullo y los pescadores enrollaron el cartel. Las iniciales del Movimiento Laboral Revolucionario habían sido raspadas de toda la ruta que siguieron hasta Samanco, en cuya entrada flotaba una enorme banderola que decía: Samanco socialista. En la plaza hubo una reunión política. Los vecinos protestaban porque el Gobierno cambió al alcalde, sustituyendo al antiguo por un emelerrista. El General jugó con el auditorio, haciendo votar con la mano en alto a los partidarios de uno y otro. Los emelerristas eran mayoría. Esta es la verdadera democracia, afirmó Tantaleán, no la antigua. Después Pocho Tantaleán les sirvió de cicerone y recorrieron las importantes obras de Samanco. Durante aquel viaje, ante los pescadores el Ministro más o menos invitó a Malpica a continuar su trabajo de asesor de las bases pero con sueldo de Pesca Perú. Malpica declinó la oferta: no le interesaba convertirse en burócrata sino servir a los pescadores. No se habló verdaderamente de política. Roncagliolo pensó que el Ministro reservaba el vuelo de regreso para tal conversación. Pero a la hora de viajar a Lima, se presentó en el avión el General Uzátegui, jefe de un organismo estatal, y le hicieron lugar en una de las principales poltronas. Ante otro jefe militar, no se atrevió Tantaleán a discutir política. Durante los cuarenta minutos finales hablaron banalidades.

La adversidad originaba cambios en el estilo del MLR. Más conciliador, Tantaleán pareció poner de lado a Rolando Riega, cuyo violento proyecto de capturar sindicatos a la fuerza empezaba a fracasar. En su lugar emergió Wilfredo León, el Chino, un ex-comunista a quien el Ministro hizo su compadre, bautizándole dos hijos en una sola ceremonia. León era dirigente en Tambo de Mora y subió a asesor de Tantaleán y

después a la inspección del Ministerio. Precisamente en Tambo de Mora, el pescador Abelardo Ojeda y otros nuevos líderes cocinaban la desgracia de Gil Peñaranda. En todo el litoral crecía la oposición a la manipulada directiva de la Federación de Pescadores, La base del Callao estaba en rebeldía. El Chino León conservaba cierto prestigio, por luchador lo habían perseguido, hasta encarcelado en El Sexto. Como decían los anchoveteros, Tantaleán lo trabajó bonito: lo hizo su compadre y le dio un sueldo de 18 mil mensuales. León formó el MLR en Chincha. Antes de que prosperara la rebelión de las bases, Tantaleán prefirió negociar. Y nadie mejor que León para servir de nexo con los nuevos. Así fue como el Chino invitó a un grupo de los revoltosos a almorzar con el Ministro en el salón de reuniones vecino al despacho.

Luis Arce, Claudio Nizama, Jaime Sánchez, Pedro Morante Yarlequé nunca habían subido tan alto en el Ministerio de Pesquería. Sus movimientos resultaban un poco torpes para tanta alfombra, tanto cuero mullido. León los hizo pasar al salón refrigerado. Había una mesa dispuesta para ocho comensales. A la una y media apareció el Ministro.

—Cómo están, muchachos. Ya conocen a Franco Baca, ¿verdad? Bien, creo que no falta nadie así que de una vez nos sentamos.

Mientras servían el cebiche y, según prefieran, vino o cerveza, el General escuchó una breve introducción del Chino León, aquí están los compañeros pescadores, señor Ministro, son revolucionarios pero no militantes porque aún no se han esclarecido.

—Vamos a hablar a calzón quitado —propuso el General—. Yo les pido que no me vean como Ministro. Soy un político y aquí todos somos iguales —pausó mientras sorbía el vino, aprobándolo—. Es preciso que trabajemos en armonía por la Revolución, que es el interés superior. Si hay problemas en las bases, debemos arreglarlos. No vamos a permitir que fracase la Revolución por culpa de pequeñeces, ¿verdad? Así que hablando con franqueza de trabajadores, yo les pido que me digan qué anda mal.

—Lo que está mal es el MLR —espetó Nizama—. Y eso está manipulado, dirigido y protegido por el Ministerio de Pesquería.

—Claro, resulta que el Ministerio de Pesquería propicia el asalto a los sindicatos, la captura de locales, la violencia contra dirigentes legítimamente elegidos por las bases. Y al servicio de esas pateaduras está el MLR —añadió Sánchez—. Eso es lo que anda mal. Los pescadores nos damos cuenta.

Sirvieron más cerveza y cabrito con ensalada.

—Consideramos que el MLR es un instrumento fascista que traiciona a la Revolución. Y creemos que Riega es un delincuente que utiliza a mercenarios como el Bello Antonio o La Cobra para amedrentar a las bases. El sector de la pesca, este Ministerio, ha dado empleo a delincuentes y para qué —protestó Nizama.

—Un momento, muchachos, los errores se dejan en el pasado —replicó Tantaleán—. Yo no conozco nada de lo que me hablan ustedes, que Rolando haga violencia, que contrate a hampones, nada.

—¿Usted no conoce que asaltan sindicatos? —casi sonrió Arce.

—No conozco. Primera palabra.

—Bien, yo le voy a contar —dijo Arce con voz suave—. Lo he sufrido en carne propia. Estábamos en una sesión del sindicato en Chancay cuando nos atacó el MLR. Los mercenarios estuvieron encabezados por un funcionario de este Ministerio, Alarco, y derribaron la mesa directiva, golpeando a los trabajadores con cadenas y pirulos. A lo mejor usted no conoce pero sería bueno que le advierta a Alarco que la próxima vez le vamos a quemar la camioneta, aunque sea del Ministerio.

Tantaleán escuchó sin inmutarse.

—Bueno, bueno —dijo—. Lo importante es que ustedes apoyen el proceso. Entren a trabajar en el MLR y vean cómo funciona esa gente a la que están denunciando. Y si no sirven, bótenlos.

—Los trabajadores confían en mí porque soy honrado —respondió Arce—. Soy incapaz de ensuciarme en el MLR.

Tantaleán miró a los otros pescadores. Estaban de acuerdo con Arce.

—Bien —dijo—. Estoy esperando a un embajador y tengo que irme.

Salió sin darles la mano.

CONOCÍAN UN POCO DE MEMORIA AQUELLA habitación pintada de gris, con sillas alineadas contra la pared. Esta vez, mientras caía la tarde, pasearon de un extremo a otro, nada más que ocho pasos de ida o de vuelta, mientras una mujer elegante, que ya estaba aburrida cuando llegaron a la comandancia de la II Región, bostezaba o releía un ejemplar de "Vanidades". Los habían citado a las cinco y ya eran las seis, las seis y media. Campaneaban llamando al Angelus, se atascaba la vía expresa, se encendían el neón y las ventanas. Aquel era un barrio difícil de recordar, con muchas puertas, veredas y pistas angostas, y chinganitas donde se podía lonchear butifarra, café mediocre, chicharrón de prensa, siempre la misma mortadela Popeye y gelatinas de frambuesa o dudoso flan de leche. Causaba un poco de tristeza, hasta un temor porque allí habitaba una pobreza aprisionada por la corbata, que jugaba a la lotería sin nunca acertar el gordo de Fiestas Patrias o el millón de consuelo: de allí nunca se salía. Como una mala suerte se mueve en la penumbra de esas callejuelas o atisba desde habitaciones en las que brilla una solitaria bujía, cubierta por una pantalla casera hecha de papel, como si le hubiesen puesto sombrero a la luz. Y allí hasta la mala suerte siente ganas de llorar, como si esos viejos en pantuflas y sin esperanza apoyados en estrechos respiraderos, al acecho de una vida que no se detiene jamás a saludarlos; como si esos niños que soñaban lo que nunca llegarán a ser, esas jovencitas suspironas que parloteaban en las esquinas, le causaran un tardío arrepentimiento. Una luz que rehusaba partir empapaba la noche de una lívida tonalidad a muerte así que los periodistas regresaron del patio a la salita, prefiriendo no ver. Un capitán recogió a la mujer elegante. A las siete de la noche apareció el mayor ayudante, pasen, recién avisaban que están ustedes esperando. Thorndike y Castillo entraron a la antesala mullida y bebieron un refresco. Al fin se abrió la puerta. Con uniforme de campaña, el General Rodríguez Figueroa los abrazó.

Se instalaron en los silloncitos de cuero. Leonidas pidió café y rehusó el tabaco: había dejado de fumar. Una intimidad, cuando no una complicidad se establecía entre los perio-

distas y los Generales progresistas. Leonidas miró como diciendo que bueno, aquí estoy, hablen lo que quieran.

—¿Y, cómo les va?

—Mal —dijo Castillo—. Es imposible trabajar. El SINADI está copado por La Misión. Hay cosas que dan asco.

Thorndike relató la violenta entrevista con los amarillos de Fundición Callao en la jefatura del SINADI y el posterior intento de soborno en casa de Cervantes. Sabía que a petición de ciertos dirigentes de la CTRP, preocupados porque Mateo Tincopa, ahora convertido en dirigente metalúrgico, organizaba a los 100 sindicatos más importantes de la Central en Lima para censurar a la dirigencia nacional comprometida con el MLR, el General Rodríguez intervino y desde la II Región Militar telefoneó a Segura advirtiéndole que dejara tranquila a "La Crónica" y a la CTRP respecto de Fundición Callao. Los periodistas estaban furiosos: ¡vaya manera de limpiar un país! La Revolución debía crear antes que nada una moral nueva, protestó Castillo. ¿Y quién manejaba el SINADI? ¿la nueva moral? ¿A través de quiénes llegaban las orientaciones a "La Crónica"? Pues a través de un señor Truel, por ejemplo, a quien despidieron de "La Prensa" por razones harto conocidas. No se puede hacer arroz con pato sin pato, ni Revolución sin revolucionarios, se malhumoró el reportero. Por lo de Huayamay le armaban un expediente adverso en el SINADI. Por la denuncia contra los malos jueces del Cusco, le revivían a Avendaño el mismo proceso que quedó cortado por el indulto. Cualquier tarjetazo valía más que la versión de un periodista. Pequeñas influencias pretendían torcer la verdad de los hechos. Si así querían manejar a "La Crónica", vaya uno a saber cómo timoneaban la Revolución.

—Soy director del diario de la Revolución, del vocero de este proceso —sonrió Thorndike amargamente—. ¿Cuántas veces he conversado con Velasco? Dos. Y en reuniones más o menos sociales. La gente seguramente cree que yo tomo desayuno con el Presidente. Hasta ahora no he tenido cinco minutos de oportunidad para conocer su pensamiento político. El vocero de la Revolución se alimenta de instrucciones recibidas de cualquiera en el SINADI...

Leonidas hizo un gesto de no puede ser, no es posible.

—... ¿Para esto se reunió a personas inteligentes, decidi-
das al riesgo de criticar dentro de la Revolución? Porque yo

entiendo a “La Crónica” como el diario de la Revolución, no de la burocracia, y por lo tanto como un órgano más o menos subversivo dentro del aparato estatal que debe ser cambiado. ¿O ya la Revolución terminó? ¿o es que ese aparato estatal es la vanguardia revolucionaria? No. Todo lo contrario. Ah, pero debemos callarnos, aceptar la corrupción, sonreír a los automóviles de contrabando, ignorar las boutiques alimentadas vaya uno a saber por qué viajeros, aplaudir la manipulación de las bases, el cachiporrazo, la pateadura política. Y sobre todo, callarnos. Yo me pregunto para qué se hizo la Revolución y si crear una moral nueva no implica necesariamente liquidar la inmoralidad pública que se perpetúa no importa los cambios de Gobierno. Y me pregunto si no será mejor que otra clase de personas, sumisas y obsecuentes, dirijan los periódicos, especialmente “La Crónica”...

—Hay más inmoralidad que antes de la Revolución —admitió sombrío el General—. Pero ya no hay quien detenga la organización de los campesinos, por ejemplo. Claro, para esto no nos jugamos la vida en 1968. Por momentos pienso que... —pareció buscar un cigarrillo pero se reclinó en la butaca—... Ah, el señor Frías se da el lujo de insultarme por periódico, a mí, y yo no puedo hacer nada. ¿Dónde está el poder? Estoy de acuerdo contigo. Podría añadir muchas otras quejas. Pero tienes que comprender que vamos avanzando. Esto es como una guerra y sólo importa la victoria final. A veces estamos cercados. Las presiones son infinitas. El MLR y el fascismo son el frente más importante. No podemos pelear con todos al mismo tiempo. Espérate que se acabe el MLR y que se unifiquen los trabajadores con la Revolución y ya verás qué hacemos con los coimeros, los abusivos, los tramposos y los ladrones. ¿Tú crees que no sabemos? —meneó la cabeza disgustado— ¿Y cómo crees que yo me siento? A mí, el sueldo a veces no me alcanza, mi mujer hace prodigios. Yo no como carne todos los días sino de vez en cuando. Y lo mismo sucede con Pancho —aludió a Morales Bermúdez—, hay que visitar su casa, conocer sus costumbres, tratar a su familia para comprender su honradez. Y la de Jorge Fernández. Y la de quienes tomamos seriamente, responsablemente el uniforme, caray, es un servicio a la Patria, no un negocio. Pero no podemos empezar una guerra civil porque sería abrir las puertas a la intervención extranjera. Yo te juro por esto —se tocó el uni-

forme— que es como mi propia vida, que es todo mi honor, que quienes le hayan robado al pueblo no van a disfrutarlo. No importa quiénes sean, habrán de devolverlo e ir a las cárceles.

Los periodistas se emocionaron.

—Me he quedado en "La Crónica" por ti —habló Thorndike—. Es hora de que nos ayudes. La situación es insostenible.

—Ten confianza en el Ejército, Guillermo.

—Yo confío, carajo, ya más no se puede confiar en ustedes. Nos enfrentamos al MLR y La Misión. Coordinamos contigo. ¿Y qué sucede? Según nos aluga económicamente. Nos deben trece millones de publicidad estancada. Nos demoran las facturas. Nadie nos avala de modo que el papel hay que comprarlo al contado. ENCI —la empresa pública que vendía las bobinas— ni siquiera acepta cheques. Hace una semana Mazzini tuvo que ir con una maleta llena de billetes, dinero de canillitas, billetes de a diez, de a cinco: toda una maleta para comprar seiscientos mil soles de papel que duran dos días. Y nos acaban de reducir la cuota. En marzo vendimos más que ningún diario grande y en abril nos fuerzan a reducir páginas y tiraje. Alquilamos autos al crédito y eso cuesta una fortuna, porque no podemos pagar la cuota inicial de vehículos propios. Faltan sillas, máquinas de escribir. No hay cafetería. Un solo baño sirve a doscientas personas, hombres y mujeres. Los teléfonos no alcanzan. Los fotógrafos gastan su propio equipo. ¿A quién me quejo? ¿con quién hablo? Porque Segura no entiende o no quiere entender. Pero Fundación Callao sí comprende. MLR sí sabe. ¿Y cómo hago para difundir la política revolucionaria si nunca veo a Velasco? ¿si cada vez que me llaman del SINADI es en plan de policías, que está mal, que no señor Thorndike, que ya basta? ¿Qué esperan de mí? ¿que adivine?

—Todo eso va a cambiar —apaciguó Leonidas—. Tienes toda la razón, por supuesto. ¿Has hablado con Pancho?

—No conozco personalmente a Morales Bermúdez. Es que el director del vocero de la Revolución no debe hablar con el Primer Ministro. Mi conducto regular es el jefe del SINADI.

—Pero es una tontería.

—Tú sabes además que nos han llenado el diario de soplonos y no es ninguna tontería.

—¿Y a Graham le has contado?

—Tampoco lo conozco.

El General bufó.

—El diario de la Revolución debe tener un contacto estrecho con el Presidente —dijo.

—Hasta ahora carecemos de ley orgánica. Somos y no somos empresa pública. Tampoco hemos recibido un centavo de aporte de capital.

—Hablaré con Pancho. Seguramente él te llamará. Yo creo que “La Crónica” debe depender de la Presidencia de la República, no estar sujeta a ninguna burocracia.

—O tal vez depender de un mini-COAP civil-militar. No hay una política de comunicaciones. No concibo una Revolución que no construya en el pueblo un estado de ánimo revolucionario. Diariamente se despilfarra medios de comunicación que son del Estado pero que sirven al enemigo. Una verdadera huevada.

El General Rodríguez los tranquilizó, que nadie fuera a renunciar. Viste de campaña porque ese día estuvo en la División Blindada con un grupo de oficiales de la Marina, mostrándoles instalaciones y equipos. Después tuvieron un almuerzo de camaradería. Había sido un día excelente.

Pero también el SINADI se movía. A través de un coronel, se organizaba una célula vinculada al MLR dentro de “La Crónica”. Además de choferes, conserjes y empleados administrativos puestos allí por los servicios represivos, contaban ya con un grupo importante de periodistas. Dentro de unos meses se cumplía el año y adiós Thorndike, hasta siempre Comité Directivo. Pero Segura seguiría siendo jefe del SINADI. General es General. Quienes hoy se sublevaran contra el director, serían bien tratados más adelante. De pronto los mandos no respondían como siempre en el periódico. El SINADI celebraba reuniones con subalternos de “La Crónica” para tratar asuntos del diario sin conocimiento de la dirección. Y algunos jefes empezaron a actuar por su cuenta, de acuerdo a instrucciones del SINADI. La guerra estaba declarada. Cuando para el primero de mayo, varias organizaciones proclamaron a Velasco primer trabajador de la Revolución, el General Segura opinó que se trataba de una maniobra comunista. La Misión maniobró para que la CTRP retirara su apoyo al pronunciamiento que pedía también la cancelación del capitalismo. Lo suscribieron la CNA, las dos CONACI, la Fe-

deración de Periodistas del Perú y el Frente Unico de "Expreso" y "Extra". El SINADI no pudo impedir la difusión del pronunciamiento. Pero, aunque se dio la orden de publicarlo en primera plana, en "La Crónica" no apareció. Los problemas recién empezaban. Tres días bastaron para que tomara forma la pequeña conjura, enfrentando "La Crónica" al COAP, al Ministerio de Alimentación y a la CGTP. El domingo 4 de mayo Thorndike contemplaba el desastre periodístico en la casa de Barranco. Habló por teléfono con Castillo Anselmi y con el jefe de edición Naranjo, que estaba de vacaciones. Al mediodía se reunieron en la terraza. Ya nadie lo duda: los habían infiltrado y desde abajo el SINADI golpeaba. Thorndike propuso una respuesta fulminante: crear un comité de edición que sacara de juego al jefe de redacción y al de informaciones. Telefonó al resto del directorio y obtuvo pleno respaldo. Esa noche reunió a todo el personal y anunció su propio golpe de estado. Al día siguiente, el sindicato de periodistas aprobó una moción de solidaridad con el director y censuró a los conjurados. Cuando a Thorndike lo llamaron de la Casa de Gobierno, se metió un sobre en el bolsillo y cargó su maletín. Ellos o nosotros, murmuró antes de salir.

A las siete de la noche, trepó las escaleras del Hall Eléspuru. En la oficina de seguridad de la Casa de Gobierno no le pidieron documentos de identificación. Pronto, el General Ibáñez lo espera, por aquella puerta. Entre fornidos centinelas de vistoso uniforme de verano, volvió a recorrer el amplio vestíbulo revestido de mármol. Lo hicieron esperar brevemente en un deshabitado salón de azulejos y muebles españoles. Un capitán lo condujo después por unas escaleras a otro saloncito con sillones de cuero, ceniceros de bronce y altas luces neón: la Casa Militar. El vozarrón del General Ibáñez electrizó al capitán. Cinco minutos más tarde se abrió una puerta.

—Adelante, don Guillermo —el General acababa de refrescar su rostro, podía verse la huella del peine en su cabello húmedo. La oficina estaba refrigerada. Una enorme fotografía de Velasco ocupaba todo un paño de pared. A un extremo, el escritorio. Al otro lado, los confortables. Ibáñez señaló el sofá—. Asiento. ¿Un whiskicito, don Guillermo?

—Mejor un café, General.

—¡Capitán! —la voz volvió a agitar al ayudante—. Tráiganos café, por favor. Bien, don Guillermo, voy a explicarme: el señor Presidente quiere saber que está sucediendo en “La Crónica”. Así que deme su versión. Esta reunión es confidencial, hable usted con toda libertad.

De gruesos bigotes, macizo y moreno, el General escuchaba asintiendo con la cabeza. Parecía conocer. De la reorganización puesta en marcha, “La Crónica” había informado. Pero el SINADI hacía ostensible su apoyo a los adversarios de la dirección.

—¿Y quiénes son esos miserables? —preguntó el General.

—Aquí los tiene —Thorndike entregó el sobre.

—¿Es cierto que ha llenado usted a “La Crónica” de extranjeros?

De un maletín el periodista extrajo un cartapacio.

—Esto es para usted, General. Son veintitantos extranjeros. Ahí encontrará los datos de cada uno. Hay algunos refugiados. Todos tienen buenas referencias.

—Bien, don Guillermo, voy a darle una noticia: va usted a trabajar directamente con el hombre —el ademán señaló el gran retrato de Velasco—. “La Crónica” pasa a la Presidencia de la República.

Entraba el capitán con una bandeja de plata y tacitas de café.

—Ahora sí le acepto el whisky, General —paseó la oficina de pronto excitado. Reconocía la influencia de los Generales progresistas. Le costaba creer—. ¿Con Velasco? ¿quiere decir que se acabó el SINADI para nosotros?

—Se acabó. Pero todo esto es confidencial. El Presidente quiere que limpien de todas sus deudas a “La Crónica” antes de la transferencia.

—¿No tendremos que depender más de Segura?

Ibañez sonrió, asintiendo.

—El Presidente me encargó saludarlo, don Guillermo, y decirle que no permitirá a nadie desestabilizar a “La Crónica”.

Antes del Consejo de Ministros de ese martes, Ibañez conferenció con el Presidente Velasco. A la una de la tarde buscaban a Thorndike. El capitán ayudante lo ubicó por teléfono en un restaurante, donde almorzaba con Zimmermann. Al rato Ibañez se acercó a la bocina. Entre el barullo de platos y el rumor de los comensales, oyó la buena noticia: dice el

Presidente que muy bien, que saque en el acto a esos miserables, que si necesita una resolución o un decreto para echarlos hay que hacerlo de inmediato. ¿Y a quién quiere como reemplazo en el Comité Directivo? A Humberto Castillo Anselmi. Antes del postre, un mayordomo anunció que otra vez telefonaban de la Casa de Gobierno. Era Ibáñez para anunciar que ya el Presidente firmó, Castillo es miembro del Comité Directivo, reciba usted un saludo del General Velasco.

*Cassettes 115 y 116: neofascistas a la
captura de los diarios.
Duración, 73 minutos*

EL DÍA QUE A PROPUESTA DEL Instituto Nacional de Planificación, al doctor Benza lo llamaron a integrar la comisión de doctrina de la naciente Organización Política de la Revolución Peruana, OPRP, y supo que los otros miembros eran Carlos Delgado, Daniel Bossio, el teórico del SINAMOS Carlos Franco y Ramón Pérez Prieto, y que la comisión sesionaba en el Ministerio de Pesquería, el joven editorialista de "La Crónica" supo que quien manipulaba verdaderamente los hilos del Gobierno era el General Javier Tantaleán. Pero Delgado estaba de viaje y a su regreso a Lima enfureció por la presencia de Benza, se negó a convocar a la comisión. Sin embargo la OPRP marchaba, lejos de toda simpatía popular aunque con el poderoso aliento oficial, insuflado principalmente por La Misión.

Apenas unos días después, Pocho Tantaleán citó a Benza, a Filomeno y al arquitecto Ordóñez a su oficina del Proyecto Samanco. La Misión y la derecha del proceso tenían casi todo: la simpatía de Velasco, la comisión política del Consejo de Ministros, la OPRP, influencia en las organizaciones alumbradas por el proceso. Les faltaban intelectuales. Esa tarde, el joven Tantaleán los recibía con lo mejor de su equipo: Pérez Prieto, un ex-búfalo llamado Carlos Villalobos, el ex-pastor Gastelú, catorce personas en total y todas de reciente y no abjurado pasado aprista.

Se trataba, dijo Pocho, de organizar una nueva Aplanadora con dos tareas inmediatas: copar la OPRP y copar los diarios, empezando por "La Crónica". Benza intercambió miradas con Filomeno y Ordóñez. La segunda Aplanadora los usaría de coartada, no se vaya a decir que la alianza del neoaprimismo y el neofascismo capturaba el control político de la Revolución y los medios de comunicación. Serían usados en minoría por un tiempo, lo mismo que cuando se daban los pasos iniciales de la OPRP.

—"La Crónica" no tiene línea, es una cagada —opinó uno de los presentes.

Benza había obtenido que "La Crónica" publicara eventualmente colaboraciones de Pocho Tantaleán bajo el seudónimo de Jatunyai.

—Algunos de ustedes ya colaboran en "La Crónica" —respondió—. Escriban más. ¿o lo que quieren es que no ataque al MLR? ¿O que lo defienda? Porque en ese caso es preciso cambiar a muchos de sus hombres.

—No es un problema del MLR —dijo Tantaleán—. La verdad es que en "La Crónica" hay gente en contra del Gobierno. Mañana tendremos una reunión en el COAP con Graham. Y ahí se decidirá qué sucede con los diarios y los infiltrados.

A la mañana siguiente, en el pequeño saloncito verde del COAP, el General Graham recibió a quienes pretendían convertirse en conductores de los diarios a partir del próximo 27 de julio. A Benza lo habían llevado a regañadientes. Ahora nos van a usar de coartada, decía, ya verán. El jefe del COAP los recibió amablemente. Eran casi las once de la mañana. Sirvieron cafecito.

—Bueno, señores, —habló el General—, yo pido a cada uno de ustedes que se defina políticamente con franqueza revolucionaria.

Pocho Tantaleán miró a Ramón Pérez Prieto invitándolo a comenzar.

—Yo he sido aprista —explicó el dirigente del MLR— y quiero dejar bien claro que no he renunciado al APRA. Cuando se dispuso la reinscripción, dejé de estar afiliado. No podía reinscribirme en un partido cuya dirigencia ha claudicado y traicionado a las bases apristas. Pero creo que los principios del APRA siguen vigentes.

Filomeno fumaba mirando de reojo la complacencia del General.

—Somos un grupo pluralista —habló el joven Tantaleán—. Nos ha reunido nuestro común interés en la Revolución que entendemos peruana, original, sin infiltrados que la desvíen a modelos extranjeros. Y este grupo pluralista está listo a combatir en cualquier trinchera que el Gobierno Revolucionario le designe.

—Yo soy aprista —dijo el arquitecto Chaparro, otro de los seguidores de Tantaleán—. No estoy inscrito en el partido porque la dirigencia no sirve a los verdaderos principios del APRA.

Benza humeaba.

—Perdón, General, yo también quiero hablar —dijo—. No soy anticomunista, ni lo seré. Pero si soy antiaprista, porque el APRA ha defendido durante muchos años al sistema capitalista. Su alianza con los dueños del país no es reciente, sino más antigua que la militancia de algunos de los presentes. El APRA representa todo aquello contra lo que se hizo la Revolución. El 5 de febrero pasado el APRA incendió y destruyó Lima y yo no vi saquear al señor Haya de la Torre o al señor Villanueva del Campo. Saquearon los apristas de abajo. Me sorprende ahora escuchar cómo se reivindica al APRA y precisamente en este lugar —del otro lado de la mesa le hacían gestos para que se tranquilizara—. Yo debo rectificar algo que se ha dicho aquí: no somos ningún grupo pluralista. Ni siquiera somos un grupo. Ayer nos vimos por primera vez. Eso es todo, General.

Se espesó un silencio.

—En efecto, no somos lo que podría llamarse un grupo —habló Filomeno—. Para que se nos pueda presentar como un grupo pluralista tendrían que existir entre nosotros algunos puntos comunes de entendimiento y yo creo que no los hay.

Bueno, muchachos, habían sido ustedes muy honestos, ahora el General iba a hablar de sí mismo, porque esas insignias de general de división no estuvieron siempre sobre sus hombros, recordó su niñez y se le mojó la mirada, una niñez pobre en una escuela pobre con pobres ropas, y ahora el Jefe del COAP hipaba, charlando y sollozando al mismo tiempo ante aquel grupo de extraños casi todos. Explicó entre gemidos cómo había conocido la injusticia social desde su infancia y

cómo ahora, en fin, el General se sonó la nariz, guardó el pañuelo en el pantalón, ahora se sentía responsable de que la Revolución no se desviara. Ya sereno, afirmó que en los diarios, señores, hay una infiltración de los cojones. Y había que corregir, no se reformaba la prensa para beneficio de mangedores, oportunistas, ambiciosos o de los propios enemigos del proceso. Agradeció la bondad de aquel grupo pluralista, con el cual esperaba contar a la hora de poner en orden a los periódicos y reveló que allí, en torno a esa misma mesa, se había reunido la víspera con los directivos de los diarios y que sólo pudo felicitar a uno: a Ismael Frías, porque indudablemente tiene valor, caray, es honesto en publicar todas las rectificaciones. ¡Ah, pero el resto! Se ha agotado la paciencia del Gobierno Revolucionario, declaró el General Granam, nos han conducido a una situación ya muy peligrosa.

*Directiva N° 7A2828-OCLA. Asunto:
infiltración comunista*

JOSÉ MARÍA SALCEDO BAJÓ DEL TAXI y siguió a Antonio Fernández Arce, jefe de redacción de "La Prensa" al interior del chifa Lung Fung. Los acompañaba otro redactor del diario. Por el laberinto de comedorcitos privados, un chino flaco los guió hasta una mesa dispuesta para ellos. Allí aguardaban el Director General de Participación del MIT, teniente Maza, y el jefe de relaciones públicas del Ministerio, Manuel Cisneros Milla. Los saludó hoscamente. Salcedo conocía bien que el teniente Maza era el encargado de manipular la transferencia de "La Prensa" sólo a las comunidades laborales que contaban con la simpatía de La Misión. Acababa de producirse un escándalo cuyo protagonista principal era Salcedo. Los de CONACI en el ramo de Química Ligera habían llegado a su oficina con un comunicado escrito a mano. Pedían su publicación. Respondió que muy bien, que nada más lo pasaran a máquina porque los linotipistas no aceptaban manuscritos. Calculó la longitud del comunicado y les prestó su propia máquina. Un rato después

aparecieron los de CR-CONACI y encontraron a sus rivales tecleando en el escritorio del jefe de la página laboral y estalló el escándalo. Ahora sabían ya quién usaba a "La Prensa" y de quién era realmente esa oficina. CR-CONACI hizo llegar una carta notarial denunciando manipulación. "La Prensa" la publicó. Y al día siguiente el MIT los invitó a almorzar al Lung Fung.

—Bien, señores, yo quiero examinar con ustedes la gestión de "La Prensa" —el teniente Maza colocó sobre la mesa un abultado dossier con los delitos de la página laboral—. Francamente nosotros creemos que hay numerosos casos de mala intención hacia el Gobierno, de falsificación de la verdad y de tendenciosa preferencia hacia un sector de CONACI.

—Oiga usted, se trata solamente de una conversación —advirtió Salcedo—. Esta no es una reunión jerárquica, no se olvide. No somos sus subalternos.

—Señor Salcedo, en el congreso de Química Ligera, CR-CONACI tuvo mayoría y los de Tarma se retiraron. Y la página laboral informó que un numeroso grupo de delegados abandonó el Congreso. Está muy claro que se trata de una versión tendenciosa.

—¿Y no era un numeroso grupo de delegados? Se trata del 40 por ciento de delegados, más o menos. ¿Qué quiere usted? ¿que el 40 por ciento sea un pequeño grupo?

La conversación continuó agriamente. Un poco harto de ese juicio acompañado de sopa wantán, Salcedo prorrumpió:

—Oiga, teniente, usted todavía no es el censor de "La Prensa" así que por ahora no se esfuerce por callarnos. Pronto nos botan a todos y usted pone a quien quiera en el periódico.

Dos días más tarde recibió una citación de la PIP a sus oficinas de San Isidro. Se hizo acompañar por una secretaria. Hacía poco lo habían interrogado cortésmente por primera vez. Sucedió mientras Raúl Vargas estaba de viaje. Quedó encargado de la página editorial y publicó un artículo sobre la situación en la Compañía de Teléfonos. Se hacía más o menos a petición de un General progresista, porque en esa empresa sobrevivían algunos funcionarios puestos por la ITT y al menos de uno se sospechaba que era agente de la CIA. El jefe del COAP se molestó. Llamaban los coroneles del SINADI pero Salcedo no atendió. Después telefoneó el General

Sala. Hizo decir que no estaba. Una tarde se abrió la puerta de su oficina y asomó un comisario PIP. Así que lo invitó a sentarse y a conversar. El policía se fue media hora después sin haber averiguado quién era el autor del artículo. Ahora lo hacían ir a la PIP.

—Soy el mayor comisario Jorge —se presentó a sí mismo un detective.

—La citación no menciona el motivo de esta reunión —dijo Salcedo.

Lo instalaron en una oficina. El policía actuaba amablemente.

—Señor Salcedo, usted conoce a fondo los problemas de las comunidades industriales.

—Bueno, yo creo que sí —desconfió Salcedo.

—Usted sabe cómo las empresas burlan los derechos de los trabajadores.

—Mire usted comisario, cuanto yo conozco está publicado en "La Prensa". Puede ir a nuestro archivo y revisar la colección.

—Es que tengo el encargo del más alto nivel del Gobierno de coordinar una investigación de cómo las empresas burlan la ley de comunidades y evaden impuestos. Necesitamos su colaboración.

Salcedo se extrañó. La comisión interministerial encargada del caso de Fundación Callao no había averiguado nada. No parecía existir ninguna voluntad de enderezar a las empresas.

—Bueno, está muy bien —dijo el periodista.

El comisario le pidió su dirección y teléfonos.

—Yo lo llamaré, señor Salcedo, le estamos muy agradecidos.

La verdad, José María Salcedo nació en Bilbao y vino al Perú a los cuatro años de edad. De aquello hace un cuarto de siglo. Quien ahora pone en marcha el esfuerzo dirigido por Walter Peñaloza para unificar CONACI y facilitar una ejemplar transferencia de "La Prensa", era un niño rizado que sintió una gran decepción al contemplar el vasto cascajar del Callao en 1950. Había esperado un país húmedo y verde, francamente tropical. Los parientes habían empezado a llegar al Perú a principios de siglo. En 1937, el tío Domingo de la Torre vino como refugiado. Antes había salvado el pellejo escondiéndose en la Bretaña francesa. Parte de la familia volvió

a Bilbao cuanto terminaba la Guerra Civil. En la frontera los guardias españoles invitaban—: ¡Venid a este lado, que aquí hay pan! El padre de Salcedo, combatiente del Ejército Vasco, no salió de la cárcel hasta 1939. Once años más tarde, los parientes de la América los invitaron a unírseles. Se embarcaron con la abuela Juliana Ortiz y una tía soltera a bordo de un paquebote inglés y durante los veintidós días de travesía, tocando en Bermudas, La Habana y a través del Canal de Panamá, el pequeño Salcedo hizo grandes amigos, de modo que a la hora de desembarcar lo atacó un berrinche: quería quedarse a vivir en el buque. Por fin lo persuadieron y pisó tierra vestido de marinero, más bien disgustado con su nuevo país. Aguardaba el Pontiac último modelo del tío Germán que había hecho fortuna. Viajando por la avenida Costanera, la tía soltera advirtió—: Yo me regreso a España, este lugar es un desierto. Añoraba el verdor del país vasco, sus largas mareas. En efecto, antes de una semana, emprendió el largo retorno por mar.

Por un tiempo estuvieron alojados en casa del opulento tío Germán, que era un viejo nacionalista vasco casado con una difícil peruana de origen alemán y que despreciaba todo lo español. La aparición de los parientes pobres causó graves problemas sociales. Salcedo memorizaba. Su padre se convirtió en empleado del tío rico, con un sueldo paupérrimo: se mantenía y ratificaba así su condición de parientes pobres y subordinados. Al niño lo pusieron en colegio burgués. En La Inmaculada, los niños preguntaban—: ¿Y qué marca es tu auto? Confería un cierto valor social. José María consultó con su papá: ellos no tenían. Diles que es un Ford, aconsejó el viejo, algún día yo me compraré uno. Fue el primer alumno. Sus padres lo usaban como compensación de su pobreza ante la familia. Después de todo, la inteligencia no se puede comprar.

Los domingos, al niño lo llevaban a los grandes almuerzos barranquinos de doña Julia Schutz de Montori, matriarca de esa numerosa familia. Se sentaban los comensales de acuerdo a su edad, cuanto más viejos más cerca de la doña. Allí escuchó Salcedo las primeras discusiones políticas. En efecto, a la enorme mesa se sentaba un pariente demócrata cristiano y acérrimo antifranquista, a quien los ancianos consideraban más o menos comunista. En el salón de la matriarca Montori había un importante retrato del Generalísimo. Un domingo, el

desafortunado pariente habló mal de Franco. Uno de los mayores le arrojó la servilleta a la cara.

—¡Fuera de mi casa! —bramó—. ¡Quien insulta a Franco, insulta a España! ¡Y quien insulta a España, insulta a mi padre!

Meses más tarde, al pariente demócrata cristiano lo readmitieron en los banquetes dominicales. Otra vez se habló de política.

—Odría es un ladrón —afirmó.

Se produjo un escándalo de manotazos y golpes de cubiertos sobre la mesa.

—¡Odría, Odría, Odría! —coreaba la tribu.

—¡Odría es un tirano, un asesino! —vociferaba el demócrata cristiano.

—¡Odría, Odría, Odría!

José María sintió afecto por el inconforme. A los doce años se colocaba en una incipiente izquierda.

En 1968 el joven Salcedo obtuvo su doble ciudadanía peruana. Era presidente de la Federación Universitaria de La Católica y apoyaba a la Revolución cuando tuvo su primer encuentro con la policía. Lo capturaron durante una marcha de estudiantes. Después de cinco días en un calabozo de la DSE, se enteró que lo iban a deportar por extranjero indeseable. El Ministro Artola ya había firmado la resolución. ¡Pero si soy peruano! —protestó. La policía volvió a investigar: era verdad. Otro General intervino y la resolución se anuló. Pero igual lo ficharon, barbudo, de frente y de perfil. Mientras lo fotografiaban, a través de unos vidrios vio pasar a su padre también sin afeitarse, que agotaba gestiones para impedir la deportación. Después lo llevaron a la oficina del Director General de la PIP, Hércules Marthans, un detective aficionado a consultar con los espíritus. Escortado por dos policías avanzó por el enorme despacho hasta colocarse frente al temido jefe de la secreta.

—Co-co-co-cómo es pooooosible que-que-que usted se me-meteta en ta-ta-ales diiiiisturbios —tartamudeó ferozmente Marthans.

A Salcedo se le derramó la risa.

En casa toda la familia consolaba a su abuela Juliana Ortiz. No tuvo tiempo ni de bañarse: ya descorchaban botellas para celebrar. Lo que tienes que hacer es dedicarte a

los estudios, sermoncaban los viejos. La juventud se está perdiendo, pontificó un conservador. Sólo la abuela aprobaba.

—Si me han sacado para esto, mejor regreso al calabozo —se enfureció Salcedo.

—Mira cómo estás manoseando mi nombre —protestó su padre—. No seguirás ni un día más en la Federación Universitaria.

Salcedo abandonó la casa paterna y siguió hasta el cuello en la política. Más tarde entró a trabajar en SINAMOS, en el Area Laboral. Allí se convirtió en un experto en CONACI.

En el congreso de fundación, en marzo de 1973, CONACI atacó al MIT mediante acuerdos que solicitaban la modificación de la propia ley de comunidades industriales para incluir sanciones y hasta censuró al Ministerio por su actitud favorable a los patrones. Resultaba evidente que el MIT aceptaba el congreso pero no deseaba una confederación de trabajadores industriales. Su política era otra: como en la Comunidad Industrial, en CONACI debían reunirse empresarios y trabajadores. Los funcionarios del MIT replicaron acusando a CONACI de asumir una actitud negativa, puramente reivindicativa, y algunas publicaciones denunciaron infiltración comunista. Para Salcedo, lo mejor de la confederación era que de ella surgían dirigentes jóvenes, sin pasado partidario, que se nutrían de la ideología del proceso socialista peruano. Y de ahí su peligrosidad para los sectores más reaccionarios del Gobierno que le negaron el reconocimiento legal.

Al congreso de 1973 asistió el Primer Ministro Mercado Jarrín en representación de Velasco. Prometió que todas las conclusiones del congreso serían recogidas por el Gobierno Revolucionario. Los dirigentes de CONACI reiteraron su militancia revolucionaria y resumieron públicamente todas sus críticas al MIT.

Terminado el congreso, empezaron las antesalas. El Presidente Velasco nunca recibió a los dirigentes como lo había prometido. Al fin se designó una comisión integrada por el COAP, el MIT, oficiales de inteligencia, del Ministerio del Interior, del SINAMOS, Instituto Nacional de Planificación y los dirigentes de CONACI, que se desgastaban en negociaciones inútiles. La comisión se dividió: no parecían integrarla funcionarios del mismo Gobierno. Presidía el coronel Ramón Miranda.

—El Partido Comunista ha montado el congreso de CONACI —declaró un día el representante del MIT.

—¿A través de quiénes? —indagó el coronel.

—De José María Salcedo, que fue expulsado del MIT por comunista —acusó el funcionario.

—¡Ah, pendejo! —rió Miranda—. ¡Te saliste de ahí para jodernos a nosotros!

—Y seguiré jodiendo toda mi vida —informó Salcedo.

El dictamen de la comisión nunca fue dado a conocer. Finalmente CONACI rompió con el MIT.

Cuando se cumplió el primer aniversario de CONACI hubo una asamblea en el auditorio del Colegio Guadalupe. El MIT fue agriamente denunciado de favorecer a los patronos y su representante debió soportar violentos discursos. No tardó en aparecer CR-CONACI.

Pero la división no tuvo éxito. La Comisión Reorganizadora arrastró a los sectores menos importantes de la producción, como la Federación de Joyería y Platería, o a regiones poco industrializadas como Pucallpa y Tingo María. Las más importantes federaciones permanecieron en CONACI y algunas regiones, como Arequipa, se mantuvieron independientes, un poco al margen del conflicto. A la CR-CONACI no sólo la criticaron duramente en todos los diarios, salvo "Última Hora" que la alentaba, sino que la manipulación falló entre los comuneros. Un informe de "La Prensa" distribuyó así las fuerzas: CONACI, 60 por ciento; CR-CONACI, 30 por ciento; independientes, 10 por ciento. En el primer congreso no se había elegido comité ejecutivo nacional. CR-CONACI aspiraba a realizar su propio congreso y, con mayoría de bases, elegir un comité que fuese de inmediato reconocido por el Gobierno. La cita se celebró el primero de febrero y acabó en el ridículo. A pesar del apoyo de La Misión y de la anunciada intervención de cinco mil delegados, a la reunión final no asistieron ni doscientas personas. CR-CONACI se desintegraba en medio de la indiferencia cuando no del alivio de la clase obrera. Para salvar la vergüenza, el MIT propició ahora una Comisión Unificadora, CU-CONACI, con nuevos dirigentes. "La Prensa" auspició contactos entre las dos CONACI. Tal vez ahora fuese posible acabar la división.

A fin de preparar la transferencia, el Comité presidido por Peñaloza las convocó y también a los mineros, pescadores

y al sector de telecomunicaciones. Desconfiaba de la comisión ministerial encargada del reglamento de la transferencia y elaboró su propio anteproyecto. Y para el 6 de julio se consiguió convocar a todos los presidentes de las federaciones de comunidades industriales del país a fin de que eligieran su Comité Ejecutivo Nacional.

Las dos CONACI querían la reunión. Quien allí ganara, resultaría controlando el diario "La Prensa". Desde la primera hora del congreso se hizo evidente que CONACI tenía mayoría. Se aprobó la expulsión de todos los funcionarios gubernamentales del evento, porque los representantes del MIT y del SINAMOS influían descaradamente sobre los indecisos, empujándolos hacia el sector que más convenía a La Misión. Pronto se produjo un entendimiento entre la CONACI original y los independientes y al elegir la mesa directiva ganaron sus candidatos por amplia mayoría. Entonces CU-CONACI se retiró.

Para satisfacer al Gobierno se había otorgado un voto a cada federación, a pesar de que algunas agrupaban a 4 ó 5 mil trabajadores mientras que otras tenían a 30 y 40 mil. No importa esta disparidad, CONACI y los independientes tenían el 55 por ciento de los votos. Sin embargo, murió todo intento de unificación. A partir de ese congreso, el MIT trabajó exclusivamente con CU-CONACI, ignorando simplemente a la mayoría de los comuneros industriales. Se dio un apurado reglamento para la transferencia del diario, aunque antes se dio a conocer otro reglamento de acuerdo al cual, para su reconocimiento, una federación no necesitaba la mitad más uno de los trabajadores sino la mitad más uno de las empresas. Salcedo se enfureció. El MIT incorporaba dóciles comunidades de a veinte o veinticinco trabajadores a la estafa de "La Prensa" mientras que comunidades con más de 500 trabajadores resultaban una minoría. Gracias a esta trampa, en veinte días el MIT pudo beneficiar con "La Prensa" sólo a Federaciones vinculadas a CU-CONACI, a excepción de la Federación Gráfica, a la que no se atrevió a ignorar porque era capaz de paralizar a todos los diarios expropiados. También el MIT convocaba asambleas de oficio para que las federaciones eligieran representantes a la junta de propietarios de "La Prensa". A tales asambleas no se permitía el ingreso de periodistas y se informaba de ellas a través de comunicados oficiales. A pe-

sar de numerosas protestas de trabajadores, el MIT terminó de cocinar una transferencia que más tarde sirviera exclusivamente a los fines políticos de La Misión. Se había quitado el diario a Beltrán para entregárselo a los amigos del General Tantaleán.

Después el Gobierno anunció que se suspendía la estabilidad laboral para aquellos contratados en los diarios desde el 27 de julio de 1974, es decir, a raíz de la expropiación. Salcedo lo supo: cuando hablaban de infiltrados, él era uno de ellos. Y Vargas. Y Lauer. Y Peñaloza. Y Fernández Arce. Y Begoña Ibarra. Se preparaba una gran purga contra la izquierda en los diarios expropiados. Los apristas y beltranistas nada más esperaban.

Moción de censura, aprobada

CARLOS MALPICA SE SENTÓ EN SEGUNDA FILA, confundido con los integrantes de la Comisión Nacional de Defensa. En el noveno piso del Ministerio de Pesquería, los ejecutivos de Pesca Perú ocuparon butacas frente a los anchoveteros y su asesor. Sólo faltaba Tantaleán. Tampoco hoy vestirá el batín japonés. Para poner en su sitio a los pescadores y al ingeniero Malpica que se atrevían a desafiarlo, prefería vestir uniforme de General. Como una majestad demoró en llegar al salón de reuniones. Ni siquiera miró a Malpica cuando por fin entró. Dedicó un vago y disgustado saludo a los hombres de mar. Iba a discutirse el pliego de reclamos. Pero el Ministro se proponía acabar de una vez por todas con cualquier oposición crítica a su gestión y a la enorme empresa estatal. Los ejecutivos de Pesca Perú habían contestado al breve informe preliminar de Malpica con un documento de 25 páginas en el que se repetía, casi como un estribillo, que el asesor de los pescadores era un ignorante o no entendía los complejos mecanismos de la industria. Tantaleán había leído y aprobado tal respuesta. Esa mañana se proponía liquidarlo como asesor.

—Por ahí está circulando un documento que me hace cargos —habló el General amenazadoramente—. Y eso yo no puedo permitirlo ni como General del Ejército, ni como Ministro, ni como militante de la Revolución, ni como hombre. Y es que detrás de ese documento se esconde el maligno propósito de difamar a leales revolucionarios y de echar...

—Yo soy quien ha firmado ese documento y no hay ningún propósito de difamación —también tronó la voz de Malpica que se incorporó frente al Ministro—. Y usted no me va a asustar con ese tono de voz. El documento se refiere a asuntos muy concretos de la situación en Pesca Perú, no al honor de nadie.

—... no le he cedido el uso de la palabra —vociferó Tantaleán.

—Y yo no necesito pedírsela. Me está usted amenazando y yo le respondo. Hace veinte años que intervengo en la política de mi país...

—¡Pero ingeniero Malpica! —Tantaleán gritaba.

—... y muchas veces han tratado de silenciarme —alzó la voz Malpica—. Yo combatí desde el Congreso y las calles del país a la International Petroleum Company y entonces quisieron callarme. Quince años más tarde, el Ejército del cual es usted General expropió a la empresa imperialista. Yo luché porque se hiciera una auténtica Reforma Agraria y me dijeron comunista, me dijeron resentido, me dijeron improvisado, me metieron a la cárcel para silenciarme. Y diez años después, el Ejército al que usted pertenece hizo la Reforma Agraria. Y cuando se firmó el Acta de Talara, ¿cuántos se opusieron? Pues yo me opuse y más tarde el Ejército desconoció ese documento. Desde hace veinte años hay quienes quieren amedrentarme, hundirme en el silencio, desprestigiarme. Y no lo han logrado...

Los pescadores no creían: Malpica no había cedido ante el todopoderoso Tantaleán. A los gritos respondió con voz también tonante y ahora, de pie, el Ministro escuchaba mientras los ejecutivos de Pesca Perú presenciaban atónitos una escena que nunca creyeron posible.

—... así que por mucho que usted grite o me amenace, no conseguirá asustarme.

—Bueno, bueno... —el Ministro aparentemente recuperaba la serenidad— ...debo haberme expresado mal —ahora sonrió—. Yo no digo que usted haya manipulado los números ni le atri-

buyo una intención que, usted comprenda, sobre todo tratándose del hijo de un hombre tan honorable como don Carlos Malpica, a quien tengo el placer de conocer. Nuestras familias, ingeniero, son de Cajamarca y se conocen desde hace muchos años. Yo creo que usted también es un hombre honorable. . .

—Entonces yo le propongo abandonar el tema familiar y entrar al asunto que nos ha reunido en este Ministerio.

La tensión no cedió pero Malpica y Tantaleán empezaron a discutir la situación de Pesca Perú. Descubrió entonces que el Ministro más o menos repetía la respuesta de la empresa al informe preliminar pero que no argumentaba. El General desconocía el manejo contable, no distinguía entre un activo y un pasivo. Cuando Malpica empezó a ganar la discusión, Tantaleán dio por terminado el encuentro. Confiaba en su influencia sobre los pescadores. Dentro de una semana habrá asamblea de anchoveteros en Huampaní. Allí volverán a discutir.

—Entonces veremos quién tiene la razón —dijo el Ministro.

También los pescadores sabían que la inminente asamblea sería decisiva. El MLR se preparaba para dar su respaldo y aplauso a Gil Peñaranda. En Tambo de Mora, Abelardo Ojeda fue elegido presidente de un comité de movilización: debían viajar a Huampaní a enfrentarse a los emelerristas y a apoyar al ingeniero Malpica si era necesario. Los del Callao los imitaron. En varias zonas del litoral, cada pescador cotizaba veinte soles para alquilar autobuses. La mañana de la asamblea, mil anchoveteros se presentaron en Huampaní en una ruidosa caravana. Pero en la puerta del centro vacacional fueron detenidos por la Guardia Civil. Ojeda estaba dispuesto a entrar si era preciso por la fuerza, esta vez carajo los tenían que escuchar, pero con inspirada vehemencia explicó que llegaban a aplaudir a su hermano mayor, el Ministro de Pesquería, estuvo a punto de adornarse con un jatari, y el capitán ordenó a su pelotón que los dejaran pasar. Nadie más osó interponerse en su camino. Ya Tantaleán estaba en el estrado, rodeado por sus asesores y los ejecutivos de la empresa estatal, cuando los pescadores irrumpieron gritando: ¡Pesca Perú, reorganización! ¡Pesca Peru, reorganización! Era la primera vez que Ojeda veía al General en carne y hueso. A pesar de su determinación de luchar, lo cohibió un respeto.

Malpica presentaba su informe a la asamblea de pescadores esa mañana cuando apareció el Ministro. Tantaleán no disponía de mucho tiempo y se pidió al asesor que suspendiera su intervención. Aceptó y fue a acomodarse en una silla, en el propio estrado. Cuando el General se disponía a hablar, entraron los anchoveteros de Tambo de Mora y Callao. Tan pronto se tranquilizó el auditorio, Tantaleán volvió a atacar a Malpica, con idénticos argumentos a los usados una semana atrás. De nuevo lo amenazaba.

—No se está discutiendo su honorabilidad o la mía —interrumpió Malpica. El Ministro pretendió ignorarlo así que el asesor de las bases habló más fuerte—: No es un problema de su familia o mi familia. Estamos aquí para tratar de la situación de Pesca Perú, en lo que discrepamos.

Tantaleán continuaba imperturbable su discurso.

—No, no, General, se ha equivocado usted. Ahí tiene a sus asesores. Pregúnteles —interrumpía Malpica.

El General perdió el hilo, empezó a titubear.

—El 7 de mayo de 1973 usted informó al país que la industria debía más de nueve mil millones de soles —ahora prevalece la voz de Malpica—. Pero a usted lo engañaron sus asesores o no comprendió bien las cifras, porque resulta que Pesca Perú lo ha rectificado: las deudas ascendían a 11,860 millones y usted mismo lo admitió durante su última exposición al país...

Escuchaban los pescadores sin perder un gesto del Ministro.

—...por ejemplo, usted avaluó la deuda con el Banco Industrial en 267 millones más que el cálculo posterior de Pesca Perú y la deuda con la Banca Asociada en 1,508 millones menos. Mientras usted dijo que la deuda con la banca privada llegaba a 1,500 millones, la empresa afirma que no alcanza los 1,200 millones. También sobrevaloró usted las deudas a los proveedores, diciendo que eran 1,257 millones, cuando según Pesca Perú son de sólo 950 millones. Pero en la partida de varios, usted mencionó 1,078 millones mientras que la empresa estima sus otras obligaciones corrientes en 3,558 millones. Por eso he sostenido que cuando usted afirmó que el patrimonio de las empresas expropiadas era de unos 4,800 millones, tal cálculo no correspondía a la verdad porque por un lamentable error, usted olvidó 2,650 millones de deudas de

esas mismas empresas. Sólo teniendo en cuenta este factor, tal patrimonio se reducía a 2,150 millones.

—Pero usted ha dicho que Pesca Perú no ha pagado deudas sino que ha cancelado las viejas contrayendo otras nuevas —argumentó el Ministro.

—Usted y la empresa dicen que al 31 de diciembre del año pasado han pagado 6,890 millones y que, por lo tanto, sólo falta cancelar 4,970 millones. Eso no es exacto. Pesca Perú debe más de 11,000 millones. Yo lo invito, General, a mirar a sus espaldas.

Tantaleán demoró en volverse. Grandes cuadros estadísticos y financieros llamaron su atención.

—Al Banco de la Nación le deben 783 millones —disparó Malpica—. Al Banco Industrial, 5,147 millones. A la Banca Asociada, 372 millones. A diversas financieras, 434 millones. Deudas en moneda extranjera, 751 millones. Las obligaciones por la estatización suman 2,670 millones. Hay 2,396 millones de sobregiros bancarios. En prenda mercantil, 131 millones. ¿Cuánto es en total? Pues son 11,568 millones, aparte de unos 350 millones por intereses. Las cifras demuestran, General, que después de un año y medio, Pesca Perú debe lo mismo o más que cuando la industria era privada. Y para terminar mis palabras, le ruego observe que, según Pesca Perú, los gastos financieros en 1975 estarán 200 millones por encima que en 1974, lo cual significa que la empresa se sigue endeudando.

Los ojos verdes de Tantaleán recorrieron los cuadros puestos allí por Pesca Perú.

—Oye, ¿es cierto eso? —preguntó al Gerente General de la empresa que no contestó. Los ejecutivos de Pesca Perú no se atrevían a respirar.

—O a usted lo han engañado, General, o las cifras de Pesca Perú son falsas —dijo Malpica—. Ahí tiene a los directores de la empresa. Ellos deben hablar.

Tantaleán los miró uno por uno. Se obstinaron en el silencio. Entonces los pescadores aplaudieron a Malpica.

—Bueno, aparentemente yo he comprendido mal algunas cifras —suetamente el Ministro se dispuso a recobrar la simpatía del auditorio—. En ese sentido, debo rectificar algunas apreciaciones. Pero ustedes, los hombres de mar, conocen que yo siempre he obrado con rectitud y sobre todo con espíritu revolucionario y que en las horas más difíciles de la crisis

pesquera siempre contaron con mi ayuda para que no faltara el pan en sus hogares...

—¡Pido la palabra! —interrumpió Abelardo Ojeda.

—... porque nosotros, los Tantaleán siempre hemos luchado por el pueblo, mi abuelo fue un conocido luchador social, mi hermano Víctor estuvo cinco años preso...

—¡He pedido la palabra! —casi gritó Ojeda avanzando hacia el estrado—. ¿O es que el señor Ministro no desea escuchar a los pescadores?

—... los conozco a casi todos ustedes, juntos hemos recorrido muchas veces el litoral de la Patria, de nuestra gran Patria peruana, y los hermanos pescadores me han abierto sus casas y sus corazones...

—¡Debo hacer uso de la palabra! —se amotinó Ojeda trepando al estrado.

Antes de que pudiera acercarse a los micrófonos que ahora Tantaleán abandonaba, Gil Peñaranda se dirigió a la asamblea.

—¡Hermanos! Quiero hacer un anuncio importante...

Empezó la rechifla.

—... hemos conseguido seguro social para nuestros hermanos los pescadores artesanales y por ello pido un aplauso para nuestro hermano mayor, el General Tantaleán!

—¡Pesetero!

—¡Cállate, mierda!

—¡Vendido, traidor!

Arreció la silbatina. Los emelerristas ni chistaron.

—Silencio, señores, dejen hablar —intervino el Ministro.

Ahora también silbaron a Tantaleán. Llovieron insultos sobre Gil Peñaranda.

—Bueno —dijo el Ministro—, como no quieren hablar conmigo, yo me voy.

Hoy nadie lo obedece, a nadie conmueven sus palabras sobre la hermosa Patria, la gloriosa revolución, los heroicos hermanos pescadores protagonistas de la gran marcha hacia el Oeste. Los anchoveteros han dejado de creer. Hasta muchas noches en alta mar en barcos de doscientas o trecientas toneladas, hasta que se acaban los víveres persiguiendo esquivos cardúmenes, hasta los huesos la soledad de los viágas que mastican su coca en la helada, nocturna inmensidad

marina y todo para qué, para cuatro mil soles de mierda mientras los pillos prosperan protegidos por grandes funcionarios, depositarios de grandes conocimientos y dueños de grandes decisiones. Los ejecutivos de Pesca Perú nomás fabricaban deudas que ni siquiera tendrán que pagar. Con su trabajo pagaban los pescadores, o pagaba el Estado: los peruanos de siempre. Dinero hay para los chitos, para asaltar sindicatos, para que engorde el MLR, para que vivan mejor los dirigentes sumisos al Poder. Ah, pero hoy nadie obedece, esos pescadores viajados desde los puertos para controlar que en la asamblea nadie volviera a estafarlos, se encrespaban perdida toda la paciencia. Hoy gritan por sus heridas: por pirulazos en la espalda, por la bomba que despertó al secretario de PICSA, por los dos muertos de Chimbote, por las cabeza rotas en Chancay, por los aporreados de Pisco, por el terror emelerrista en Puerto Chicama, por el Bello Antonio impune, por la complacencia oficial ante el delito, por todas las trampas, los falsos accidentados que cobraban seguro, por toda la manipulación gritaban sus gargantas. El Ministro Tantaleán compuso su uniforme y bajó del estrado. Gil Peñaranda se le adhirió, escabulléndose de la asamblea al amparo del General. También fugaban los ejecutivos de la empresa. Desde el estrado hasta la puerta, los pescadores abrieron calle sin dejar de proferir insultos contra Gil. Porque lo tiene al costado, el General observa tales puños que se acercan exasperados, a su rostro llega un aliento enfurecido.

—¡No hemos autorizado a Gil Peñaranda a que se vaya!
—gritó Abelardo Ojeda.

A dos pasos de la puerta, los pescadores echaron mano del secretario general y lo devolvieron a la asamblea. Tantaleán se marchó rápidamente. Los emelerristas no se atrevían a defender a Gil que regresó al estrado empapado en sudor.

—Si el problema es por mí, bueno, yo renuncio —dijo el secretario.

Un pescador saltó al estrado. Pareció que iba a pegarle. Nada más lo señaló con el índice.

—Por ti, concha tu madre, nos hemos estado muriendo de hambre —hablaba a borbotones—. Nos has traicionado, nos has vendido. Por ti, judas, los pescadores estamos reventados.

De uno en uno se le acercaban, ahora escuchabas a tus bases, a los pescadores a quienes decías representar, y de

uno en uno lo acusaban de traidor, de traficar con todo, de estafar a la Federación de Pescadores.

También habló el dirigente Porfirio Vite.

—¡Hermanos! —agitaba un papel—. Esto es copia de una carta que yo dirigí al coronel Rejas, Presidente Ejecutivo de Pesca Perú, devolviéndole un cheque por 71 mil soles. Voy a leer, hermanos pescadores...

Se hizo un gran silencio.

—... como tengo graves sospechas que la liquidación que se ha practicado para justificar el pago de los viáticos que han recibido los dirigentes no es correcta, hago entrega a usted de dicho cheque solicitándole disponga la investigación pertinente...

Gil Peñaranda se secaba el rostro con un ajado pañuelo.

—... ¿y saben por qué devolví esos 71 mil soles? ¿O creen acaso que no los necesitaba? Lo hice porque se los estaban robando a la Federación de Pescadores. Porque era una viveza maquinada por ese traidor —señaló a Gil—. Según consta en las actas, el 16 de abril de 1969 recién se aprobó por mayoría el pago de tres mil soles mensuales por viáticos. Pero en casa de Dino Gherardi, durante un almuerzo a Tantaleán los dirigentes falsificaron un acta, usando un espacio libre correspondiente a 1967, para cobrar dos años de viáticos con plata que pertenece a la Federación...

La asamblea aulló de indignación.

—¡Raterol!

—¡Judas, devuelve lo que has robado!

Gil intentó defenderse.

—... ¡Revisen las actas! —gritó Vite—. ¡Verán que se ha aprobado viáticos dos veces! Examinen la tinta si quieren... ¡es tinta nueva!

—Así no se puede continuar —protestó Gil débilmente—. Yo renuncio.

—Ya han escuchado, compañeros —habló Ojeda—. Ahora quiere renunciar. Ha hecho cuanto ha querido, nos ha traicionado y ahora nomás renuncia. No, compañeros. En esta asamblea están representadas todas las bases anchoveteras. Yo digo que a Gil hay que censurarlo. Yo digo que basta de inmoralidad, basta de dirigentes corrompidos, basta de traidores.

—¡Que se vaya judas!

—¡Censura, censura!

—Lo que pasa es que a los anchoveteros les faltan pantalones —desafinó un piurano del sector de pesca artesanal—. ¡Viva el MLR!

—¿Qué a mí me faltan pantalones? —rugió el fornido Morante, llegado de Tambo de Mora. Descargó un silletazo sobre el emellerista.

—Ayayay —alcanzó a jadear el otro, ya derribado. Viajó por encima de las cabezas, mientras los anchoveteros le quitaban los pantalones y lo arrojaban por una ventana a los jardines de Huampaní.

—¿Quién más cree que a los anchoveteros nos faltan pantalones, carajo? —indagó Morante con los brazos en jarras—. A ver, ¿dónde está ese MLR?

—¡Sí, que hablen los chitos!

—¡Gil, llama a tus matones, huevón! ¡qué hablen por til!

—¡Calma, muchachos! —volvió a escucharse a Ojeda—. Primero hay que discutir la censura al secretario general. Después veremos qué se hace con los chitos.

—Sí, no pierdan la serenidad —habló otro pescador.

—Carajo, pero tampoco nos van a insultar —se amargó Morante—. ¡Que yo no tengo pantalones. . . ay, carajo!

—La asamblea continúa, señores.

Malpica no se había movido de un rincón del estrado, contemplaba sonriente el final de Gil Peñaranda. Después de todo, los pescadores habían comprendido la esencia de su informe. Por ahora, la empresa sólo parecía fabricar deudas y pretendían pasarle la cuenta a los esforzados anchoveteros.

—Este salón es chico —se quejó Gil.— Vamos a pedir el salón de actos a la administración.

—¡Que no se escape! —se oyó una voz.

Mil quinientos anchoveteros hicieron un callejón hasta la administración para que el secretario general no fugara. Con la mirada invisible tras los cristales negros, Gil recorrió doscientos metros de insultos. Algunos lo escupían. Pero al regresar de la administración, los guardias de asalto lo rodearon, protegiéndolo. Volvió al mismo salón pero esta vez la policía se estacionó en la puerta. Sólo pasaron los delegados. Malpica aprovechó para dar un paseo por los jardines. Detrás de unos arbustos descubrió a Daniel Bossio.

—¿Cómo? ¿y qué hace usted aquí? —preguntó el ingeniero—. ¿Por qué no está en la asamblea?

—No me dejan entrar —se apuró el otro:

A las nueve de la noche, la asamblea de anchoveteros censuró a Gil. Se quedó sin base. Estaba liquidado.

Al día siguiente tuvo lugar la plenaria. Los otros sectores de la pesca, los artesanales y los de pesca para consumo humano, quisieron todavía salvar a Gil. Pero la decisión de los 25 mil anchoveteros era final. Después de muchos años de haber sido dueño de la Federación de Pescadores del Perú, a Gil lo repudiaron.

Despacho presidencial. Hora: 08.00

A BORDO DEL AVIÓN QUE SE DISPONE a aterrizar en Lima, hay un hombre preocupado. Es el embajador Alberto Ruiz Eldredge. Desde el 15 de mayo ha estado ausente del Perú, pero lo mantienen informado de la actitud de la derecha, paciente como un gato al acecho del ratón, y de la poderosa confianza del APRA en cuanto estaba ocurriendo en las alturas del Gobierno Revolucionario. Ratón era el pueblo incipientemente organizado. Ratón era la nueva prensa a su servicio. Ratón era "Expreso". Sabe Ruiz Eldredge que si la Revolución fracasa, habrán de aniquilarlo. No por viejo ha dejado de ser impetuoso. Como él, quienes en esos últimos once meses se hayan interpuesto en el camino de los fascistas, serán triturados. Costaba admitirlo, pero todo parecía perdido mientras un Velasco que ya no era el mismo, seguía entregándose a La Misión. Ah, si el General pudiese caminar, de nuevo escuchar por sí mismo. Admite Ruiz Eldredge que con el apoyo de Velasco; La Misión es el grupo más poderoso que haya dominado la política del país y que, al mismo tiempo, todo su poder es más o menos ficticio porque está de espaldas al pueblo. Mientras el Gobierno Revolucionario lava su ropa, se clausuran todas las habituales rendijas de información. Hay que deletrear cuanto sucede como quien arma un rompecabezas de gestos y palabras sueltas y estados de ánimo, sin otro auxilio que la intensidad de los silencios.

Mientras recibe el saludo de familiares o atraviesa la aduana, en fin, rumbo a su casa escucha las últimas noticias. Quienes ahora van en su busca, a ratos tienen la impresión de estar gobernados por un Presidente errático. Se sabe que ciertos oficiales del COAP, perdida la prudencia, se quejan de las rabias presidenciales. Pequeñeces influían en el rumbo del país. Velásco parecía susceptible a la murmuración. En su cuerpo agotado, que parece no soportar más la presión de gobernar, anidan todas las sospechas. El hombre que dio comienzo a la libertad de los de abajo, empieza a perseguirla. Lo acosa el fantasma de los infiltrados de izquierda y este naciente delirio es bien alimentado por los informes confidenciales del General Rudecindo Zavaleta, jefe de los servicios de inteligencia y hombre de La Misión. Velasco no dejará el poder el próximo 28 de julio. La Marina anda sublevada, se dice que la escuadra y los almirantes van y vienen por alta mar. El último acto de aquel Velasco que hacía la Revolución, la reforma de la prensa, también está a punto de fracasar. La comisión de ministros encargada de la transferencia había empezado tarde su trabajo. El 27 de julio no podrán ser entregados todos los diarios a sus nuevos dueños. Y no todas las transferencias resultan honestas. Como en los niveles sindicales o de la movilización social, no se podía disimular más el apetito de los fascistas que torcía la reforma para cosecharla en su beneficio político. Y el control de los diarios no era sino otro peldaño para obtener el gobierno absoluto del país.

En su casa, Ruiz Eldredge meditaba a solas. Las empresas periodísticas estaban acongojadas por varios motivos. En buenos meses, una estricta cuota de papel les había impedido ganar lectores. Después desapareció la moneda fraccionaria. Gruesos soles de bronce valían más como metal que como dinero. El kilo se cotizaba a 166 soles. Las monedas pequeñas se convertían en huachas o piezas de mecánica. Los viejos soles eran fundidos, también negociados en el extranjero. Nadie tiene con qué pagar el autobús. Se daba el vuelto con fósforos, chicles, cigarrillos sueltos, caramelos, analgésicos. Quien no pueda pagar el precio exacto, debía aceptar diversos objetos que seguramente no necesitaba. Acaso los más afectados por esta crisis fueron los periódicos. Costaban cuatro o cuatro soles con cincuenta centavos. Los canillitas no tienen vuelto.

No hay monedas y exigían cuatro pesados discos de bronce a cambio de un tabloide. La devolución de los diarios subió abruptamente a un 30 por ciento. En julio, la reducción de las ventas empezaba a hundir algunos balances. De otro lado, los diarios concebidos como órganos de servicio social y autofinanciado, seguían incrustados en una sociedad capitalista, cuyo sistema publicitario perseguía fines de lucro y consumo y de retorno al estado de cosas anterior. En esa colisión de valores contradictorios, los periódicos, salvo "El Comercio" con inevitables ingresos de 50 millones mensuales, llevaban las de perder. Debían amamantarse de aquella sociedad a la que querían modificar de manera irreversible. En muchos casos ordenaban la publicidad empresas transnacionales a las que se atacaba en la página editorial: grandes consorcios japoneses como National, Honda o los fabricantes de Toyota, productores de calzado como Bata o de gaseosas como Coca Cola, Pepsi Cola, Seven Up y Canadá Dry, los cigarrillos Winston, los almacenes Sears, la Volkswagen y la Chrysler, la Bayer o Braniff International Airways, las licuadoras Osterizer, los televisores Philco, los radios Philips, las llantas Good Year, las camisas Arrow, el dentífrico Colgate seguían dominando el mercado a través principalmente de las agencias McCann Ericsson y Walter J. Thompson, también transnacionales de la publicidad. Y es que la publicidad no era sólo un instrumento de ventas, sino arma que controlaba los órganos de opinión, aunque estuviesen socializados. Algunos diarios empezaban a tambalearse o a ceder. También los ex-dueños habían dejado tras de sí abultadas deudas, como en el caso de Ulloa, verdaderamente incobrables. No hay créditos, el papel volvía a subir de precio, la incertidumbre política retraía la publicidad. En fin, ya se sabe: nombrará el Gobierno directores y gerentes para un año más, aunque esta vez funcionarán consejos directivos elegidos por los sectores. Pero así como La Misión ha manejado la formación de esos sectores, también elegirá a los directores que han de modificar la combativa línea de algunos diarios.

El 7 de julio, Ruiz Eldredge renunció de manera irrevocable a la dirección de "Expreso". A la mañana siguiente lo telefoneó el General Ibáñez.

—El Presidente está muy preocupado, doctor —dijo el Jefe de la Casa Militar—. Quiere saber por qué renuncia usted. ¿Ha tenido algún disgusto?

—No, General. No se trata de un disgusto. Pero quisiera hablar con el Presidente. Creo que es importante.

—Muy bien, doctor, transmitiré su mensaje.

Media hora después volvió a telefonar. El General Velasco lo esperaba mañana a las ocho.

Lo recibió puntualmente. Parecía haber perdido peso pero lo encontró vivaz, afectuoso, optimista. A esa hora, en el antiguo sector IV del Cementerio Presbítero Maestro, los jefes militares se reunían ante las tumbas de los oficiales muertos durante la revolución aprista de Trujillo en 1932.

—¿Y qué pasó, doctor?

—No estoy de acuerdo con el reglamento de la transferencia —Ruiz Eldredge barajaba los pulgares entre sus manos enlazadas—. Creo que no se va a cumplir con el espíritu de la reforma.

—Pero no hay nada contra “Expreso” —Velasco parecía sincero—. Nada. A ese diario sólo podemos estarle agradecidos. ¡Hay que ver cómo nos ha defendido!

—Pero se habla oficialmente de infiltrados y justamente de revolucionarios llegados con la expropiación. . .

—No en “Expreso”. Allí no hay infiltrados. —Velasco volvió a elogiar el periódico—. Lástima que su renuncia sea irrevocable.

—He meditado bastante mi decisión.

—¿Y quién cree usted que debe ser el nuevo director? Porque a mí me parece que debe ser Moncloa.

—Pues sí, ya lo creo. Ha luchado siempre por la Revolución. Y cuando yo he tenido que viajar, Moncloa ha sido el director.

—¿Y si hubiera otras opiniones?

Ruiz Eldredge sonrió de la habilidad de Velasco.

—Leopoldo Chiappo —dijo.

—Claro, el doctor Chiappo. Muy bien.

Más allá de la puerta del despacho, el Palacio parecía inmovilizado en un enorme silencio, como a la espera. Deba-

jo de sus cimientos yace la tierra caminada por Pizarro, la lenta y codiciosa huella de España, el rastro de febriles conspiraciones republicanas. Este Palacio dura más que sus ocupantes. Entran a él como en una ebriedad y al cabo se van tristemente, derrotados todos. Una confianza animaba a Velasco. La Revolución no se detiene, doctor, ahora echábamos a la Marcona. Ruiz Eldredge conocía. Existen kilómetros de papel confidencial escritos sobre ese asiento minero, que empresarios norteamericanos con imaginación y políticos peruanos complacientes convirtieron en una transnacional. Pero el hierro extraído de ese suelo abrasado cinco horas al sur de Lima, de nada sirve sin los enormes barcos propiedad de otra Marcona extranjera, porque son muchas Marconas: la que explota el mineral, la que lo vende, la que transporta, la que hace finanzas en Nueva York, las que explotan otras minas en el resto del mundo. La comisión de juristas que estudió y proyectó la nacionalización, estuvo presidida por Ruiz Eldredge y desde mayo todo está listo para expropiar, sólo que aún no conviene económicamente. Pero opina Velasco que ya era tiempo y Ruiz Eldredge dijo que igualmente importante le parecía que la Revolución se hiciera sentir en la vida diaria del pueblo. Después de recuperar el petróleo, empezar la Reforma Agraria en los enormes latifundios azucareros o expropiar a la Cerro Corporation, lo de Marcona apenas si ha de impresionar al pueblo. El costo de vida subía. El General Morales Bermúdez asumía la ingrata tarea de pedir austeridad y sacrificio porque la economía peruana no soportaba más la política de subsidios a alimentos y combustibles. Un aumento general de cuatrocientos a mil seiscientos soles apenas si compensaba las alzas que arrecian. De otro lado, en tiempos de Revolución había surgido una nueva clase de financistas, empresarios y contratistas cuya riqueza paseaba en prohibidos carruajes y cuyas actividades de recreativa ostentación emulaban la grandeza de la vieja oligarquía. La Revolución no se decidía a organizar políticamente a los de abajo. Una OPRP sumisa, hecha principalmente de burócratas y organizaciones manipuladas, pretendía ser el canal de la gran participación popular. La directiva nacional de la CTRP, con dos o tres excepciones, estaba afiliada al MLR. Poniéndose de acuerdo con ciertos empresarios, el MLR infiltraba a su gente como obreros nuevos cuyo objetivo era dividir sindicatos o apoderarse de ellos. Y ta-

les suciedades contaban con el aliento oficial. A Mateo Inco-
pa y los dirigentes de los cien sindicatos de la CTRP que re-
pudiaban al MLR, empezaban a perseguirlos. En fin, la espe-
culación con los alimentos sobrevivía a la guerra declarada
por el empeñoso Ministro de Alimentación, dice Ruiz Eldredge
que no basta un control policiaco sino una verdadera inter-
vención popular. La clase obrera carece de transporte adecua-
do, de indispensable atención médica. Los niños se mueren en
las puertas de algunos hospitales. Hay una violenta especula-
ción inmobiliaria y de alquileres. Los beneficios del crédito
bancario están reservados únicamente a los empresarios. Los
hospitales de provincias daban pena, hay zonas donde un sa-
rampión es tan grave como la bubónica. No se ha cumplido
con alfabetizar al país. Y en todas partes aparecen burócra-
tas cuyo propósito parece ser el entorpecimiento de lo que se
llama Revolución. No, mi General, las cosas no andaban nada
bien.

—En fin, existe el peligro de la infiltración aprista, a la
que no parece prestarse mucha atención —dijo el embajador—.
Yo he criticado el antiaprismo sanguinario del pasado, cuando
al APRA se la ponía fuera de la ley, pero la actual infiltra-
ción puede torcer el proceso.

—Conocemos, doctor, conocemos bien —asintió Velasco—.
Justamente ahora hay una gran romería ante la tumba de los
caídos en Trujillo. No se trata de perseguir, yo soy contrario
a esa política.

—Me parece bien —dijo Ruiz Eldredge—. Pero me preocu-
pa que sin darnos cuenta acabemos gobernados por el APRA.
Es que el APRA no participa como pueblo sino para desviar
los cambios protegiendo los intereses de la oligarquía y el
imperialismo.

—En cuanto a “Expreso”, doctor, no debe preocuparse.
Claro, lamentablemente la situación no es la misma en otros
diarios. Yo no entiendo a algunos señores directores, pero la
verdad es que se han dejado llenar de infiltrados.

Ruiz Eldredge nada más sonrió.

—¿Y cómo está su salud, señor Presidente?

—Bueno, yo había abusado un poco. Estuve muy mal en
marzo, pero me he recuperado. ¿Y qué hará usted ahora,
doctor?

—Pienso viajar a la reunión del Comité Jurídico Interamericano en el Brasil.

—Ah, muy bien, muy bien. Muy importante. Yo, doctor, comprendo y respeto sus razones. Pero no se preocupe: la Revolución no se detiene.

—Así lo anhelamos, señor Presidente.

*Cassettes 138 y 139 sobre
Sector Pesquero.*

Duración: 84 minutos

CIEN MIL SOLES INVIRTIERON para tumbar la gran asamblea de pescadores en el Callao. Los mercenarios debían exigir que se levantara la censura a Gil Peñaranda o deshacer la reunión a cachiporrazos. Pero asistieron más de dos mil anchoveteros y, la verdad, los emelerristas no se atrevieron a discrepar. Todos los que no pertenecían al partido, es decir al MLR, eran calificados de moscovitas y, según La Cobra, los moscos cobraban cuatrocientos soles diarios, así que Sabú calculaba: dos mil pescadores son ochocientos mil soles al día solamente en el Callao, carajo es mucho dinero, la Unión Soviética debía ser más poderosa que Tantaleán. No se sabe si por ambición o si porque estaban muy borrachos, ese día los mercenarios se pasaron al bando contrario, censurando al propio Gil en medio de entusiastas aplausos. El Bello Antonio enfureció. Para la asamblea de Pilsen Callao, donde los trabajadores pretendían expulsar a su dirigente Daniel Caballero, ahora secretario de la CTRP, los del MLR enviaron al Bello Antonio en persona, secundado por Calo Calo, Sabú, el negro Corsino y otros dieciséis mercenarios a controlar la reunión. Ahora los matones trabajaban sobretiempo. No sólo intervenían en auxilio de la dirigencia nacional de la CTRP, sino que iban y venían por el litoral, desordenando los puertos que visitaba Malpica para informar a las bases sobre el pliego de reclamos y la situación de Pesca Perú.

A pesar del apoyo presidencial y de las maquinaciones de La Misión, Gil se hundía sin remedio. Las protestas por su censura causaban una sonrisa a los pescadores. Cuando el 10 de julio se preparó una asamblea informativa en Pisco, base a la que pertenecían otros dos influyentes censurados, Dino Gherardi y Santa Gadea, el MLR se movilizó como para una guerra.

Una supuesta comisión de disciplina capitaneada por el Bello Antonio llegó la víspera al puerto. La Cobra y los hermanos Ceca unieron sus fuerzas a las del MLR de Pisco, dirigidas por el Flaco Landa y el Loco Otto. Los mercenarios fueron atendidos en persona por un asesor de Pesca Perú, que distribuyó un fajo de billetes de a mil para que los muchachos se emborracharan en el Hotel San Martín. Coordinaba la operación un alto funcionario de la IV Zona de Pesca Perú.

Pero Carlos Malpica no llegó a la asamblea de Pisco. Ocupaba su lugar Carlos Blas, a quien acompañaban otros integrantes de la Comisión Nacional de Defensa y, por Pesca Perú, algunos ejecutivos. También viajó el connotado emelerrista Róger Cáceres. No había ni cien pescadores en la asamblea. El resto era personal ajeno a la discusión del pliego: rederos sobre todo, gente de tierra. Y los mercenarios que irrumpieron a los gritos de jatari, mueran los comunistas, viva Gil, viva Velasco. La borrachosa asamblea eligió director de debates al Turco Salem, conocido cachiporrero emelerrista que caficheaba en sus horas libres, y, mientras a punta de cuchillo arrancaban los mercenarios nuevos vivas a Gil, al MLR y a Tantaleán, a la Revolución y a Velasco, se empezaron a aprobar acuerdos por aclamación: se levanta la censura a Gherardi, se levanta la censura a Santa Gadea, se censura a la Comisión Nacional de Defensa, se protesta por la censura al hermano Gil, se da un voto de confianza y aplauso al hermano mayor Tantaleán, jatari, jatari, los emelerristas concluyeron eligiendo secretario de defensa al censurado Santa Gadea.

Desde el estrado, Blas contemplaba el vinoso entusiasmo, a los hampones cuyos visajes denunciaban el forzado estupor o las contracciones de la cocaína. Qué montón de basura. No más esperó a que aprobaran cuanto querían. Después dijo que la Comisión, señores, no tiene nada que hacer en este lugar, se retiraban a Lima. Pero los emelerristas los siguieron has-

ta el autobús. Un violento tufo a aguardiente y sudor anunció a La Cobra.

—Hijos de puta —bramó ocupando forzudamente el interior del ómnibus—. Me cago en la Comisión y en todos ustedes. A ti —su mirada enrojecida encontró finalmente a Carlos Blas— a ti, mierda, te voy a matar cojudo. . .

Los pasajeros escucharon cómo La Cobra descuartizaba verbalmente a Blas: le iba a cortar los testículos, las orejas, lo clavaría, lo fondearía en el mar, lo haría pulpa. Como apareció, La Cobra se fue, tambaleándose.

—Ahí están sus patrocinados, doctor —dijo Blas a Róger Cáceres que guardó silencio—. Imagino su orgullo, caray.

En Lima, Tantaleán tenía la última palabra en el aumento a los pescadores. Mientras Malpica avanzaba su informe final, el Ministro de Pesquería negoció a través del abogado Cáceres y del MLR. El General solucionaría favorablemente el pliego, siempre y cuando los pescadores se deshicieran del asesor Malpica. Y citó a una reunión en el Ministerio. Llegó Malpica para acompañarlos y los anchoveteros dijeron que mejor no, que si iba al Ministerio les fregaba el pliego.

—¿Ustedes quieren que yo no aparezca en público con la Comisión de Defensa?

—Bueno, así es.

—¿Y por qué no me lo dijeron antes?

—Es que nadie se atrevía.

—Ah, ya.

Malpica fue en busca de una máquina de escribir y tecleó su renuncia acusando de deslealtad y cobardía a los nuevos dirigentes.

—Y me reservo la libertad de ir a las bases y explicar qué ha pasado —dijo mientras los pescadores leían—. Maricones, carajo, me dejan en el aire.

—No, ingeniero, no podemos aceptar su renuncia.

—No se amargue usted, ingeniero. Nos hemos equivocado. Retiró la carta.

Su aparición en el Ministerio de Pesquería contrarió vivamente al General. La sonrisa de confiada victoria se dibujó en el rostro de Tantaleán. Malpica se sentó en el medio de la Comisión de Defensa. Había que discutir el aumento a los pescadores, escollo principal en el pliego de reclamos. Tantaleán interrumpió su discurso, dijo que muy bien, a ver

si acababan pronto, que él no podía perder su tiempo. Tal como acordaron antes de llegar al Ministerio, los pescadores invitaron a Malpica a fundamentar la petición de un aumento mayor que el ofrecido por Pesca Perú. Tantaleán se levantó y, mientras hablaba el asesor de las bases, entró a un pequeño baño y sin cerrar la puerta, orinó ruidosamente. Las interminables chorreaduras del General desconcertaron a Malpica.

—Siga nomás hablando —dijo Tantaleán sin interrumpir sus orines—. Yo lo escucho.

—He terminado —replicó secamente Malpica.

Archivo, File 14: ¿Alguien está loco en el Gobierno?

UNA ÉPOCA LLEGABA A SU FIN. Como una tregua se extendió por el país mientras de nuevo el Poder forcejeaba consigo mismo. Dentro de unos días, todo habrá cambiado. Quienes asumieron el riesgo de la reforma de la prensa, en un año han envejecido políticamente. Al servicio de La Misión o tras la causa socialista, son seres más o menos decrepitos, algunos en trance de olvido. Por ahora, en los días finales de un tiempo que ya pertenece a la historia de la república, disfrutan de una breve paz a ratos sacudida por amenazantes rumores. Porque cuanto ellos hicieron de los diarios y los diarios mismos, son objetos de negociaciones en las que los protagonistas de la reforma no intervienen.

Trascendió que no todos los directores serían cambiados. El democristiano Cornejo Chávez, quien hace un año dijo que no estará en "El Comercio" ni un minuto después del 27 de julio de 1975, ha aceptado quedarse hasta 1976. Se sabe también que el Gobierno prepara modificaciones en "La Prensa" y "La Crónica", periódicos que se dice están infiltrados. Para "Última Hora" se busca otro director, sólo que no parece haber nadie dispuesto a ocupar su maloliente comando.

Anciano de 35 años de edad, Thorndike desciende del automóvil frente a "Expreso" al mediodía del lunes 15 de julio.

Un evidente acartonamiento dificulta su sonrisa. Dónde la Revolución y dónde lo contrario. A partir de qué frontera la decencia y en qué parte la vieja podredumbre republicana que se obstina en sobrevivir. Por la vereda se acercaban Moncloa, Efraín Ruiz Caro y Mario Benedetti, refugiado en el Perú después de recibir amenazas de muerte en Argentina. Más allá aparecieron Roncagliolo, Lauer, Raúl Vargas. Y también el periodista Carlos Ortega. No hay verdaderamente risa en sus rostros, aunque nadie haya perdido el buen humor. Entraron a una bodega vecina a "Expreso" y abrieron una botella del buen pisco de Rocha, el compadre de Odría que a los ochenta años sigue fermentando el mejor puro de uva de Ica. Nadie más que ellos brinda y no se sabe a qué, a ellos mismos, a que todo esto no acabe mal para el pueblo, a que no haya guerra civil, a que no se empiece a fusilar, a que el Gobierno entienda porque no es posible carajo estafar al pueblo siempre. Allí, en esa penumbra fotografiada por el Chino Domínguez, se preguntan por los Generales socialistas. Ni una voz llega desde ellos. Ni una noticia. Sólo se escucha avanzar a La Misión.

A las doce y media entraron hasta el patio de bobinas de "Expreso" y cerca de la puerta donde casi asesinan a un trabajador el 5 de febrero, saludan a Ruiz Eldredge, se acomodan como pueden en medio de una pequeña multitud de obreros y periodistas. "Expreso" daba una afectuosa despedida a su ex-director. Hablan representantes de los sindicatos, también Paco Moncloa. Desde una silla en la mesa de honor, Ruiz Caro contempla pensativamente las instalaciones del diario que comandó hasta hace un año.

Enarbola el índice Ruiz Eldredge, sacude la cabeza blanca, frota sus manos, recuerda que el capitalismo es un sistema decadente que empieza a devorarse a sí mismo, que hoy en el Perú todo depende del pueblo y en los ojos de Lauer se repite la luz preocupada que respondió a Thorndike cuando nomás la víspera preguntó y si estamos carajo gobernados por un loco, porque no era posible tanta incoherencia entre la Presidencia y el pueblo, entre el Jefe de la Revolución y la Revolución misma. Velasco no conoce o no quiere conocer, casi grita Thorndike, no es posible preferir el Bello Antonio a Ruiz Eldredge, Riega a Peñaloza, no puede ser verdad, carajo, vivíamos una pesadilla. Y la luz preocupada va y viene

por el delgado semblante de Lauer mientras crece la voz del ex-director de "Expreso".

—¿Es que hay alguien tan loco o tan extraviado, si no traidor, que pueda pensar que en estos momentos de la Revolución caben alianzas con el fascismo? —y la voz se convertía en violenta acusación—. ¿Alguien está loco para buscar por ahí una alianza que venga a traerle fuerza a la Revolución? ¿Qué fuerza? Sólo sería corrupción... —un vaho a Tantaleán se le acercaba— ...y esos otros políticos neoapristas que también conspiran en este momento para infiltrarse y excitando el fantasma del macartismo, pretenden capturar el Poder o parte del Poder con los fines más deshonestos o más personalistas, que son la misma cosa. Yo pregunto: ¿alguien está loco en la dirigencia de la Revolución o cerca de la Revolución para pensar que una alianza de tal estilo es posible, cuando sería más bien la destrucción de la Revolución?

A la noche siguiente se supo: Luis Gonzáles Posada, el joven cuñado de Velasco, asumía la dirección de "La Crónica". Tras él llegarán Pocho Tantaleán y su grupo de colaboradores a enderezar la política editorial del diario. No lo informó el Gobierno. Se supo a través de un infidente.

El motociclista de la Guardia Civil se detuvo ante la puerta de "La Crónica" y de una cartera de cuero extrajo un sobre.

Los teléfonos habían enmudecido o no conducían a ninguna parte. El General Ibáñez no está. Todos han salido. Es preciso conocer el cambio. A la dirección llegaban los periodistas y no hay cómo responder a sus preguntas. ¿Gonzáles Posada? se acalora Castillo Anselmi. Cesaba como miembro del Comité pero retenía su puesto de redactor: Castillo era además subsecretario general del sindicato.

—El día que aquí entre Gonzáles Posada —dice Castillo en alta voz— yo salgo por la otra puerta. ¿Por qué? Porque es un inmoral.

—Cálmate, Humberto —pidió el director.

—¡No es posible! ¡Esto es un vicio de nepotismo! ¿Cuántos puestos tiene Gonzáles Posada? Está en Finanzas y Desarrollo, en el Seguro Social, en Turismo, vaya, es un espíritu santo de la burocracia: está en todas partes.

El sobre que entregó el motociclista al portero de "La Crónica" viajó confundido con otros papeles a la mesa de edi-

ción. El conserje Guti se encargaba de distribuirlos. No dice el sobre otra cosa que el nombre del diario. Abrió.

—Parra, mira esto.

Los diagramadores se acercaron.

—Lo debe ver primero don Guillermo —dijo Parra—. Es la resolución cesando al Comité. ¿Cómo llegó?

—Lo trajo un motociclista.

Parra dobló el papel y fue a la dirección. Lo seguían periodistas que esperaron en un pequeño patio.

—Don Guillermo, acaba de venir.

El otro recibió la xerocopia de una resolución suprema con un gran escudo peruano. Nombraba un nuevo Comité presidido por Gonzáles Posada.

—Bien, Humberto, ya entró.

Los periodistas se deslizaban al interior de la oficina. Se adelantó Domínguez y entregó una carta.

—Guillermo, contigo vine y contigo me voy. Renuncio

—No seas cojudo, Chino. ¿Y tú por qué te vas a ir?

—Porque ya estoy viejo, hermano. Conozco lo que se viene. No me van a engañar.

—¿Y quién mandó esto? —preguntó Castillo.

—Un motociclista lo dejó en portería.

—¿Y tú no has recibido ni siquiera una llamada por teléfono? —también Castillo se enfurecía con Thorndike—. ¿Es toda la deferencia que mereces?

—Francamente, qué importa.

—¿Cómo no va importar? A mí me importa y soy miembro del Comité. Por lo menos has debido conocer a tu sucesor. Ni siquiera nos dan las gracias. ¿Qué somos? ¿el enemigo?

—Me parece que hemos acabado por ser el enemigo —reflexionó Thorndike—. Ganó La Misión. Ganó Tantaleán. Y no es sino el principio.

—Guillermo, mi renuncia. También me voy —Sakuda dejó su carta irrevocable sobre el escritorio. Y Gianotti. Y después Parra. Veintiséis cartas se amontonaron en menos de diez minutos. Thorndike las dejó llegar. Después las guardó en un gran sobre que metió en la caja de seguridad.

—Voy a guardarlas hasta mañana. Piénsenlo bien.

Y llegó el jueves, ya son las doce, las doce y media. El sindicato de "La Crónica" invitaba un almuerzo en homenaje a los comités de los diarios socializados, con excepción de

“Última Hora”. No irán todos los trabajadores de “La Crónica”. Los cautos se apartaban. De otros se despedía como antes de un viaje sin retorno, entre abrazos y excesivos apretones de mano. Nada volverá a ser lo mismo. Modificarán sin necesidad el diario, acaso para demostrar los nuevos que saben más. Y rasparán su nombre, sus huellas digitales con amable ensañamiento. Después de hoy y de mañana, algunos se desplomarán hasta no ser recordados. ¿Y los otros? ¿qué pasará con aquellos a quienes La Misión no quiera olvidar? ¿qué suerte de aniquilamiento les esperaba? Llegaron Oquendo y Mazzini. Insiste Castillo en que se dé trámite inmediato a su renuncia. Las otras se las llevó Thorndike, a su casa, a tenerlas por ahí. ¿Te acuerdas Oquendo de la primera noche? Claro, claro. Hace una vida. Entonces no sabían que hay la Revolución subterránea y que en ella habrían de militar, moviéndose bajo las apariencias al encuentro del pueblo y de otros Generales, no siempre los mismos de la Revolución pública, la que por ahora ha triunfado. Desde principios de julio Oquendo pedía que renunciaran y Thorndike se obstinaba, hasta el fin aunque los destruyeran, hasta el último día mantendrán a “La Crónica” en oposición a los fascistas. Y ahora, en la víspera del último día, se derrumbaba como después de una caminata excesiva, yacía en aquel sillón como si empezara a quedarse sordo, todavía sin descubrir que es el silencio que se acerca. Casi la una, es hora de partir.

Hasta el Tambo Andino, un mediocre recreo para fiestas de oficina en el barrio de Jesús María, son veinte minutos en auto bajo la lechosa luz invernal. Al llegar reconoció a Ruiz Caro que se impacientaba en la puerta: debía tomar un avión dentro de una hora. Se abrazaron. Más allá conversaba Ricardo Letts con algunos dirigentes de pueblos jóvenes. Apareció la delegación de “Expreso”, los que habían sobrevivido a cinco años de intriga y atentados. Por el jardín sembrado de pancartas, aguardaban centenares de personas. Están presentes la CGTP, el sindicato de Fundición Callao, el ingeniero Malpica. Y los comités cesantes. Y dos directores que se quedan: Comejo Chávez y Neira. Y el secretario presidencial Zimmermann. Y representantes de bases campesinas. Y los de la combativa Academia Diplomática encabezados por el Embajador Valdez y el Director Superior de la Cancillería, único militar presente en la reunión. Y el máximo dirigente

deportivo de la Revolución. Y los hermanos de Villa El Salvador. Y bases rebeldes de la CTRP. Y periodistas, obreros, secretarias, conserjes. Y los de la Federación Gráfica. Y manos que se tienden, abrazos que abrigan, comprensivas sonrisas mientras persiste la sensación de haberse quedado sordo y el almuerzo, los elogios forman parte de una atmósfera irreal, si ya todo terminó por qué demoraban en partir. El atontamiento continuó mientras de pie esas quinientas treinta y cinco personas aplaudían y él ha olvidado dónde está y por qué, hasta escuchar el murmullo de Zimmermann—: Te aplauden a ti, levántate. Así que se incorporó y alzó una mano abierta. Otra vez se derrumbó despacio, ahora sonriente aunque sólo él pudiese comprender por qué sonreía. Se estaba burlando de sí mismo, el que desdénaba los banquetes de amigos y los discursos. El dueño del restaurante va y viene disponiendo la bebida, con coctelitos aviesos, mientras una rubia que desborda un escote plateado controla el dispendio desde la caja registradora. Un fermento de inconformidad afloraba pese al esfuerzo colectivo de apoyar y respetar y hasta de querer a Velasco. Costaba tanto creer en él mientras empujaba los diarios a su revés. Pero de todo esto, ancha época vista desde ahora, de tales palabras y tales aplausos no habrá memoria fidedigna dentro de unos años, algunos leales se volverán traidores y otros se preguntarán de qué valió la lealtad y ya dispersos, llegados a ninguna parte, empezarán a morir mientras dudan de su propio valor. Y acaso valían mucho, cómo saberlo hoy. Se suceden los brindis. Aplauden a Charo y ella lloraba. Aplauden a Oquendo y sonríe. ¿Nada más queda de una época que termina? Cincuenta kilos de periódicos viejos, eso es “La Crónica”.

*Hora: 6 y 30 p. m.: adiós
a todo el personal*

LUIS GONZALES POSADA, ABOGADO, tiene numerosas oficinas: alfombrados despachos públicos donde es ejecutivo o asesor legal, salones de directorio de empresas privadas, en fin, su bufete propio. De todas, el corpulento cuñado de Velasco eligió

la del Seguro Social del Perú, en el Centro Cívico, para entrevistarse con Thorndike. Donde acababa el ascensor, había que subir dos tramos de escaleras hasta un lugar amplio, con confortables y escritorios modernos. Nada más que una secretaria trabajaba allí a las siete de la noche. Aparentemente el nuevo director de "La Crónica" no hacía otra cosa que esperar a su predecesor, porque estaba solo en un enorme salón de conferencias. Se esforzaron por ser cordiales, acomodándose en butacas vecinas. Gonzáles Posada pidió café por el teléfono interno.

—¿Y, qué pasó? ¿tuvieron que darme la noticia a través de un mensajero? —Thorndike fumó—. Hubiese preferido que me avisaras tú mismo.

—Marilú conversó con Charo —el otro hablaba con voz maciza—. La verdad que hasta el último momento nada estaba seguro —pausó dando por terminado ese aspecto de la conversación—. Tú sabes que soy tu amigo y, bueno, hay algunos consejos que quisiera darte...

—Todo lo que deseo es tranquilidad —replicó Thorndike—. Francamente estoy agotado. Ya acabé en "La Crónica". Ahora es tuya.

—... es referente a las ametralladoras. ¿Tienes factura?

—No, por supuesto que no. Su venta está prohibida.

—¿Y cómo se va a justificar el gasto? Porque puede parecer malversación. Por supuesto, yo estoy dispuesto a ayudarte.

—Claro, comprendo —volvió a fumar: no fueses Guillermo a causar problemas porque te ensuciaban de cualquier manera—. La factura es prueba plena de la existencia de un bien. Pero las armas están ahí. Forman parte del inventario de la empresa.

—Sí, pero está prohibido tenerlas.

—También está prohibido quemar periódicos y ya tú ves lo que pasó el 5 de febrero.

—¿Cuántas ametralladoras son?

—¿Y cuántas crees que hay?

—Me han dicho que tienes dos.

—Así es: una Solothurn y una Hialeah.

—Pero además en "La Crónica" existe un verdadero arsenal. Mira, viejo, el servicio de inteligencia te está investigando.

—Ah... —aplastó el cigarrillo y esperó que el conserje dejara las tazas de café y saliera— ...pues bien, se compró armas con permiso, conocimiento y licencia del Ministerio del Interior. Todo lo demás tiene factura. El servicio de inteligencia no tiene más que preguntar a la policía o darse una vuelta por el departamento de contabilidad.

—Es que si quieren, te pueden fregar —amenazó Gonzáles Posada—. Yo también estoy preocupado y le he dicho a Juan —aludía al Presidente de la República— que es preciso limpiar la economía de la empresa. Pasa a la Presidencia desde el primero de agosto...

—Me alegro mucho.

—... lo que no me gusta son las renunciaciones. Eso es sabotaje.

—La única renuncia a la que se ha dado curso es la de Castillo Anselmi.

—¿Se va? ¿y por qué? Yo contaba con él.

—Motivos personales.

—Pero han renunciado como treinta.

—No acepté ninguna otra renuncia. Imagino que se trata de una reacción un poco sentimental. Si quieren irse, que lo traten contigo. ¿Cuáles son tus planes?

Respiró hondo. Vestía una ancha chaqueta a cuadros y llevaba flojo el nudo de la corbata. Buscó un ejemplar de "La Crónica" y extendió la primera plana.

—Aquí arriba —dijo Gonzáles Posada— vamos a poner solamente mi nombre: director. Al otro lado, el domicilio. Y abajo, la fecha. Y emplearemos todos los colores.

—Ajá —Thorndike alzó y dejó caer las cejas—. Bueno, yo me refería al personal y a la línea del diario. ¿Tú crees esa historia de los infiltrados? Porque no quisiera que se haga daño a un montón de gente buena. En pocas palabras: ¿a quiénes piensas a botar?

—A nadie. Ya te lo he dicho otras veces: "La Crónica" me parece un gran diario. Tendremos que adecuar la línea a una nueva situación. Como vocero de la Presidencia, tú comprendes que las cosas son diferentes.

—¿Quién será el nuevo jefe de redacción?

—Aún no he tomado una decisión —Gonzáles Posada hojeó el último ejemplar del diario—. He pensado en una ceremonia muy simple. . .

—¿Ceremonia?

—Sí, para la transmisión del mando. Reúnes al personal, tú puedes pronunciar unas palabras, luego yo presento al nuevo Comité y servimos unos tragos. ¿Será necesario que vaya Marilú?

—No, no lo creo necesario —de pronto sintió una urgencia por acabar—. Oye, Lucho, yo tendría que encargarme todavía de la edición que se hace el 26 y se publica el 27. Pero si te entrego el diario en la tarde, tú ganas un día. ¿Te parece bien? Podría ser a las cuatro de la tarde.

—Mejor a las cinco.

Siete horas antes de que acabara el mandato del Comité, los trabajadores de "La Crónica" atestaban la sala de redacción. La mirada de Thorndike paseó por su oficina sin papeles. Dentro de un rato saldrá por esa puerta por última vez. Y de nuevo será dueño de sus noches, sus domingos, y el teléfono no volverá a repicar cada vez que hay crisis o una catástrofe y será libre de andar desarmado por los parques barranquinos y no se preocupará más de que intercepten sus conversaciones. Se despidió de los sofás de terciopelo, del afiche de "La Crónica" clavado a una pared, de la silla de cuero desde la que había dirigido el diario.

—Llegó don Lucho —avisó Bracamonte.

Adiós a todo. Acarició a Charo y salieron a recibir al nuevo director.

Estaba en la vereda, con otra chaqueta a cuadros, rodeado por su comité.

—Vamos —invitó Thorndike—. El personal espera.

Faltaban 25 minutos para las seis. Miró esos rostros a los que se había habituado. Ahora prestaban más atención al cuñado del Presidente. Esperó a que se apagara el murmullo.

—Ha llegado el momento de despedirme —su voz no bastaba pero no se esforzó en hacerse oír—. Y de presentarles al nuevo director, el doctor Luis Gonzáles Posada. Yo no quiero extenderme porque ahora a quien deben escuchar es a él. Así que le pido que les dirija la palabra. . .

Gonzáles Posada sonrió y se abrazaron. Los trabajadores aplaudían.

Dice el cuñado del Presidente que muchas gracias, que esto es un reencuentro, que antes él escribía una columna política en el diario, que "La Crónica" es el gran periódico de la Revolución, que es una obra grandiosa, que no exagera, que ahora entramos en una etapa de militancia, que serán voceros de la Presidencia, que no son posibles las posiciones intermedias, que se es revolucionario o no se es revolucionario, que basta de indefiniciones, que como Velasco responde con una frase casi bíblica a la pregunta de qué harán, que esa frase bíblica, sencilla y profunda es sudaremos, sudaremos, que cuando Velasco lo dijo se rió la oligarquía, que ya lo ven, que esa frase tan simple y hermosa corresponde a la realidad del trabajo revolucionario, que pide la colaboración de todos, que le dediquen un aplauso al General Velasco nuestro líder y conductor, que ya los irá conociendo a todos, que está muy agradecido por esta fraterna bienvenida.

Otra vez aplaudieron.

Thorndike lo llevó a la dirección, a entregar la oficina. Y después:

—Ahora sí me voy. Tú tienes que trabajar. Me llevará Bracamonte, si no hay inconveniente.

—Te acompaño —dijo el director de "La Crónica".

Los trabajadores se habían congregado en la calle. Aplaudieron cuando salió. Y después se acercaron a abrazarlo, a despedirse. Algunas de las muchachas lloraban. Tardó diez minutos en abordar el automóvil. A Charo se le mojaba el rostro.

—Vamos, César, salgamos de aquí —pidió desde el asiento posterior.

Caía la noche cuando se alejaron. Abrió la ventanilla y respiró aliviado. De pronto se sintió libre, reconciliado consigo mismo.

En la casi vacía sala de redacción, Reynaldo Naranjo se frotó las manos.

—Ahora si podremos trabajar bien —dijo.

WALTER PEÑALOZA, EDUCADOR Y FILÓSOFO, recibió en la segunda planta del viejo edificio de "La Prensa" a Gilberto Escudero, burócrata, ex-empleado de aduanas y ex-reportero policial de "El Comercio". Un año atrás, a esta hora circulaba en Lima la primera edición del diario expropiado. Hoy Peñaloza entregaba la dirección. Se oculta Escudero tras habituales gafas negras. Ha perdido el cabello y, bajo la calva sudorosa, sólo las lunas oscuras y el bigote contribuyen a constituir una personalidad en su rostro más bien macizo y redondo. Tiene la inexpresividad de un ciego y habla pausadamente, abrigado por una chalina dispuesta no en derredor del cuello sino cruzada sobre el pecho, aunque dejando ver la corbata que cae a partir de un nudo excesivo, nunca demasiado apretado. Pero el rasgo característico del nuevo director de "La Prensa" es el tamaño de sus uñas. Cultiva la longitud de pulgares y meñiques, a cuyas enormes uñas da prácticos empleos de higiene corporal, como el minucioso escarbamiento de sus orejas. Sólo los periodistas antiguos conocían a este hombrón que recibía el parco saludo de Peñaloza y, como si estuviese bajo un sol deslumbrante, contemplaba bajo las luces neón al personal reunido en la sala de redacción. Escudero es un triunfador. La sorpresiva designación como director de "La Prensa" será un honor difícilmente repetido en lo que queda de su vida. Una voz gruesa y casi inaudible brotó de su garganta. Era de hablar pesado. Hay que cuidar la Revolución, dice. Nada de desviaciones. La nueva gestión tendrá que tomar medidas fuertes.

—¿Y este es un director de diario o un policía? —preguntó Salcedo en las filas de atrás.

Así que ya saben, mucho orden, mucho afecto a la Revolución y a Velasco, una línea recta y todo irá de lo más bien. A Escudero, muchos años protegido de Zimmermann, se lo llevaron a conocer las oficinas de los directivos. Había prosperado como director del diario oficial "El Peruano" y, acaso por piurano, disfrutaba de la simpatía de Velasco. El personal se disolvió.

—Oye cholo —conferenciaba con el jefe de redacción Fernández Arce—, nada de petardos, ah, porque esta barriguita —y se frotó el vientre—, esta barriguita tenemos que cuidarla. Fíjate, viejo, que la cosa está muy brava.

Paseó la antigua oficina de Beltrán, que Peñaloza había mantenido más o menos intacta. Se rascó la barbilla con una de sus uñas que parecían cuchillos, después se hurgó el cuello, en fin una oreja. Otra uña sirvió para despejar a la primera de sus pequeños desperdicios corporales. Contempló con mal disimulada satisfacción los muebles que pronto ocuparía.

*Operativo Mordaza, órdenes al
OI-570118036*

COMO MUCHOS PERUANOS, AQUEL 28 DE JULIO Humberto Damonte, director de la pequeña revista "Marka", escuchaba el mensaje a la Nación. Ante las cámaras de la cadena nacional de televisión, un agotado Velasco anunciaba que al rechazo al comunismo, su Gobierno sumaba ahora el rechazo a todos los posibles pro-comunismos y que quienes exageraban la importancia del APRA, ocultaban la real y efectiva infiltración comunista en importantes áreas de la vida nacional. Con su habitual cachaza, apoyada la cabeza morena y apenas rizada en una mano que parecía soportar mucho más que sus preocupados pensamientos, Damonte comprendía que los Generales socialistas habían perdido toda influencia en la orientación política del proceso, convirtiéndose en nada más que una coartada frente al pueblo. La voz ronca y demacrada que brota del televisor, prepara desde ahora el camino a la derechización y el consiguiente encubramiento del neofascismo. La defectuosa dicción de Velasco delata el avance de su enfermedad. Mi General piensa que le han torcido su Revolución. Habrá que enderezarla y revisarla. Damonte comprende que se endurecerá la represión y que un biombo de seguridad disfrazará pronto la descomposición moral del Gobierno. A quien averigüe, le

dirán infiltrado. A quien discrepe, le dirán traidor o enemigo del pueblo. Habrá que ver no viendo, en fin, estar siempre de acuerdo.

No por pequeña, la revista "Marka" carecía de influencia. Representaba una posición crítica desde la izquierda. Entre sus colaboradores figuraban personajes como Carlos Malpica, dirigentes populares como Ricardo Letts, intelectuales como Mirko Lauer y Raúl Vargas. No tenía ni cuatro meses de vida. Apareció gracias al aporte de diez accionistas que reunieron un modesto capital de 200 mil soles. El número que apareció tres días después de aquel mensaje a la Nación, criticaba el cambio en los enunciados teóricos y subrayó la novedad: el anti-pro-comunismo, asunto que abarcaba a todos quienes quisiera el señor Ministro del Interior. También resaltó que Velasco se había referido a la infiltración comunista mas no a la infiltración aprista, que se daba a nivel ideológico y táctico. Un corto y divertido artículo se ocupaba de los numerosos talentos del doctor Luis Gonzáles Posada, remarcando que el hermano de la Primera Dama tenía numerosos e importantes empleos públicos, bufete propio, algunos negocios y que ahora, además, se daría tiempo para presidir "La Crónica" y, por lo tanto, para dirigir dos diarios, tres semanarios y algunos suplementos. Completaba el número de "Marka" uno de sus habituales ataques al régimen chileno del General Pinochet.

Cuatro días tardaron los agentes de la DSE. Como si fuesen dueños, penetraron a las modestas oficinas de "Marka" en la avenida Garsilaso de la Vega. Usted, diga, dónde está Damonte. Desde el invisible poder de su condición de carceleros y jueces y averiguadores, cuya cárcel y tribunal eran todo el país y cuyos sospechosos, todos los peruanos que no fueran policías, contemplaron con maldisimulado desprecio los pobres escritorios, las máquinas de escribir aportadas por los propios periodistas, los afiches socialistas. Damonte no está. El ímpetu de los detectives se enfrió. Ahora piden que por favor lo ubiquen, es necesario que hablen con él. Una secretaria telefonó a Editorial Horizonte, donde el director de la revista consumía casi todas sus horas de trabajo. Señor Damonte, lo busca la policía. Voltean papeles como quien maneja desperdicios. Por orden de la superioridad, "Marka" ha dejado de ser: ahora es objeto de la custodia pública.

Las oficinas quedarán inmovilizadas, llenándose de telarañas y polvo y nada se moverá de allí sino es para alimentar la insaciable sed de sospecha del gran ojo único. Muy bien, dijo Damonte, si quieren verme que vengan a Horizonte, yo los espero.

Ni se alteró su pulso, ni se agitó su voz o se entrecortó su aliento. Por supuesto, lo sabía. Siguió despachando sus asuntos con faz inalterable. Cuando anunciaron a la policía, una sonrisa de raposa tironeó de sus labios. Sin embargo, no sonrió. Eran nada más que dos: sus ropas de paisano resultaban casi un uniforme, un estilo que todos conocían, también sus adornos: anillo, esclava de oro, reloj pomposo, todo posado sobre manos anchas y golpeadoras, nudosas, manos de policía. Los recibió como si fuesen clientes, de pie y ofreciéndoles asiento.

—¿En qué puedo servirlos? —indagó como quien se prepara a vender un diccionario.

—Por orden superior, la revista "Marka" no debe volver a publicarse —dijo el comisario Salcedo—. Queda clausurada.

Superioridad, alto gobierno, supremo gobierno, el estado, los altos intereses de la nación, te usaban Patria para cualquier cosa. Damonte se esforzó por continuar inmutable, como jugando naipes.

—¿Y le han dicho por qué?

—La verdad, no conozco los motivos —respondió el comisario—. Mejor pregunte en el Ministerio del Interior.

—Comprenda que no puedo aceptar una comunicación verbal —razonó el editor—. Déjemela por escrito.

Como siempre ocurría, uno de los detectives no pronunciaba palabra. Estudia la oficina, la ventana, los numerosos libros alineados en una estantería, las puertas, los cuadros, el archivador. El comisario asintió como quien hace un servicio extraordinario.

—Voy a complacerlo —sacó papel de un bolsillo—. ¿Me presenta su máquina?

—Sírvase.

—Gracias —el comisario se acomodó— ... NOTIFICACION —escribió—. En la fecha, don Humberto Damonte... ¿su otro apellido? Ajá, Larraín, natural de... de Lima, ¿verdad? De Lima, 44 años, casado, editor, con libreta electoral, a ver, dos nueve uno cuatro tres uno cinco, con domicilio en... ¿dónde

vive usted, señor Damonte? ¿Cómo? ¿no tiene número? Ah, es casa nueva. Bueno, en el Jirón Sucre, cuarta cuadra, del distrito de San Miguel, director de la revista "Marka"... queda notificado para que la revista "Marka" no vuelva a ser editada en el país, por disposición del Gobierno —releyó antes de terminar—: El Instructor, OI-570118036-A, José Salcedo Barrios, comisario primero PIP —sacó el papel, la copia, los puso en el escritorio Damonte—. Ahora firme, por favor. La copia es para mí. Queda usted notificado.

Ya lo sabe, Damonte, "Marka" se acabó. Usted no volverá a opinar porque no le conviene a la superioridad. Dice mi General que qué mierda se han creído, meterse con su familia, mencionar a la Primera Dama, burlarse del muchacho. Así que carajo, que cierren la revista. Y esto, además, no quedaba así. La policía señores me averigua quién escribió esa infamia, a ver cual de los Lauers es el culpable. Así que está usted enterado, Damonte, este papelito ordena que basta, que a callarse. Los vio irse mientras una cólera le tensaba las cejas, le despintaba los labios. Telefoné a la DSE y pidió una cita con el jefe Rosado.

—El Inspector no está, habla su ayudante —dijo una voz hosca.

—Soy Humberto Damonte. Me están clausurando la revista "Marka" y creo tener derecho a saber por qué.

Un momentito — pasaron casi diez minutos mientras Damonte jugaba con un lápiz. La voz regresó—: El Inspector lo espera mañana a las nueve. Sea puntual, por favor.

Operativo Lobo de Mar. Hora: 05.00

DESDE HACE TRES HORAS RONDAN LA TRANQUILA avenida Dos de Mayo en San Isidro. Saben ya que el edificio tiene una sola puerta y que aquellas ventanas a oscuras pertenecen al ingeniero Carlos Malpica. Duerme a pierna suelta. Dentro de unos días contraerá matrimonio y ha planeado razonablemente su vida. Escribirá un libro tan pronto acabe de copiar su informe sobre Pesca Perú. Por ahora, la única versión corregida

del informe está sobre su mesa de trabajo, allí, en el tercer piso. A las cinco de la mañana los policías bajaron de sus autos. Uno de ellos oprimió el timbre trizando la noche. El escándalo rompió el sueño de Mario Malpica. Consultó el reloj y, en vez de abrir, fue a despertar a su hermano Carlos.

—¿Qué sucede? —los timbrazos lastimaban y Malpica empujó las frazadas, fue a atisbar por la ventana—. Es la policía —respiró hondo: viejo, tenía que suceder, al final todos los gobiernos eran la misma mierda. Vistió una bata—. Ya voy.

Mientras zumbaba el ascensor, recordó el informe. Contuvo una mueca y salió hasta la puerta.

—Ingeniero Malpica, tiene una cita en Seguridad del Estado.

—¿No le parece un tanto temprano?

—El Inspector Rosado lo quiere ver a las ocho de la mañana.

¿Entiende, Malpica? Rosado envió a sus muchachos por usted. El inspector oprime un timbre y listo. Tráiganme a Malpica. Deje su cama, su mañana, su vida atrás: es la autoridad quien llama, la paz social, el orden público, el gran ojo único. No será necesario esposarlo, Malpica, sabían que es un tipo decente: nunca una trampa en los negocios, jamás un soborno en la política, eso que se llama un hombre recto y, claro, los hombres rectos jodían más que nadie, eso lo saben bien en la DSE, pero por su conciencia tranquila no intentaban escapar así que puede usted vestirse, Malpica, el ojo único lo acompañará a su apartamento. Bien, pasen. Escaleras arriba: se pregunta qué ira a sucederle esta vez. Ya estuvo en El Sepa, ya conoce El Frontón, ya durmió en El Sexto. Ahora qué querías, Tantaleán, además de su silencio. Guiñó un ojo a su hermano, los señores son de Seguridad del Estado, Mario, atiéndelos mientras voy a vestirme. Un olor a café engordaba en la cocina y se adelgaza la noche de azul en celeste y al fin en húmedo gris, apenas azafrán, incipiente sol pronto emparedado por un cielo de plomo. Se afeitó y duchó sin prisa. Está su huella en todas partes: en la pastilla de jabón, en el cepillo, en las hebras de su cabeza enredadas al peine, en el olor a la loción de siempre, en el idéntico desorden de los mismos objetos mientras lejos de las miradas policiales recoge el informe de Pesca Perú y lo esconde en la alcoba de su hermano. Eligió ropas cómodas y abrigadas. Ter-

minaba de vestirse cuando entró Mario. Señaló el escondite, susurró que te lleves el informe, que saques copias y las repartas y cuando yo salga con la policía, síguenos para saber adónde me depositan.

—Tenemos tiempo —dijo al salir a la sala—. Voy a desayunar.

Revuelve el café y lo miran fijamente, muerde la tostada y están absortos en sus masticaciones. Fuman los policías, de rato en rato miran sus relojes. Apúrese Malpica. La verdad, le obsequiaban el desayuno. No importa que la cita sea a las ocho, podían llevárselo a cualquier hora. Ni un papel, ni una orden judicial, ni una formalidad era necesaria. Ahora, fuera de su casa, fuera de sus libros, fuera de su familia, andando, métase a esa camioneta gris reservada a delincuentes. Respiró un abombamiento a pies caminados, a axilas avinagradas. La camioneta se apuró por calles sanisidrinadas bordeadas de arbolitos deshojados por el invierno. En este asiento viajan sospechosos, putas, rateros. Y ahora Malpica. Todos somos iguales. No hacia Lima sino en busca del extremo parido de la ciudad, donde se alza el Morro Solar, corrían por avenidas adormiladas. Los vecinos de la Estación de la PIP en Chorrillos lo observaron con curiosidad nunca saciada: vaya uno a saber qué delito habrá cometido, se han necesitado cinco detectives para arrestarlo.

Inútil hablar, exigir qué: no hay otra razón que la de sus carceleros. La primera vez que tragó chufla, la abominable bazofia con que alimentan a los presos; la primera vez que se aplastó contra unos barrotes, la primera vez que debió tenderse en los mugrientos pisos de El Sexto, la primera vez que usó las violentas letrinas de El Frontón merodeadas por maricas pintarrajeados, la primera vez que lo golpeó la guardia de asalto y la primera vez que lo interrogó la DSE, la primera vez de todas las infamias no bastaron para disuadirlo así que seguirá vociferando su verdad, no importa lo que pase. Lo empujaron hacia una oficina y contempló el retrato oficial de Velasco colgado de una pared, desde allí presidiendo también la soledad de los reclusos, la miseria de los interrogados y golpeados, de los que pierden la esperanza. No, mi General: Malpica no se calla. Eligió la silla más cómoda y se sentó a perder el tiempo, algo que sólo se aprende en cárceles y hospitales de beneficencia. Persigue el vuelo

de una mosca, estudia las paredes ampolladas, rectas, hechas con prisa, sin un retorcimiento, todo rectangular y carcelario. Ni siquiera se pregunta hasta dónde llegará la represión. Hay que soportar en paz, con la cabeza limpia, guardando fuerzas para cuando venga lo peor. Otra camioneta se detuvo con un chirrido en la calle. Pudo aproximarse a una ventana con rejas y mirar. Sobre sus piernas atascadas se movía César Lévano, apoyado en un bastón, jalando de sí mismo, elevándose y hundiéndose en su acompañada cojera. No, mi General, Lévano tampoco se rinde. Como los otros sentenciados de "La Prensa", había renunciado la víspera a su empleo, se disponía a jefaturar un pequeño periódico obrero.

Lo metieron en la misma oficina. ¿Y cómo fue? A ambos los visitaron de madrugada, sus historias no eran diferentes. Sentados, parece que hicieran una antesala cualquiera. Lévano se acuerda de sus prisiones anteriores. Después hablaron de la sombra más temida. Aquí está la mano de Tantaléan, no importa lo que digan más tarde sus comunicados oficiales. Lévano es poca cosa para tanto aparato represivo y sin embargo sus ojos desafiaban.

—¡Qué mierda hace esta gente en mi oficina! —un desatemplado vozarrón trepidó a sus espaldas. Se volvieron sobresaltados. Era un comisario: ¡Fuera! ¡aquí hay documentos secretos!

—Mire, yo no tengo la culpa. Vaya a gritar a su subalterno —replicó Malpica.

—¡Llévenlos al patio, carajo, fuera de aquí! —siguió el otro—. ¡Separados! ¡que no conversen!

—¡Afuera! —ordenó el subalterno—. ¡Usted, allá! —señaló a Lévano un extremo del patio— ¡Y usted, al otro lado.

*Cassettes/64 y /65 (lado A)
Duración: 83 minutos*

A TRESCIENTOS METROS DE LOS ACANTILADOS, San Miguel despierta oloroso a pan recién horneado, a floribundas madresevas, a cera de capilla, a marisco y medusa. A las seis todavía azuleaba la noche y boyaban islas e islotes, su fluctuoso perfil emer-

gía de un horizonte aterido mientras más gris que dorado, rápidamente llegaba el día sobre plazuelas malhumoradas, pesadamente impregnadas de un perfume a floripondio y jazmín. Hombres suspicaces, extraños al barrio, interrumpían la paz del jirón Sucre. Golpearon violentamente una ancha puerta de madera. En la alcoba de la planta alta, Humberto Damonte tardó en despertar. Se sintió sudado y torpe cuando al fin comprendió que querían entrar a su casa. No funciona el timbre pero el perro pastor ladraba furiosamente. Desde una ventana reconoció al comisario Salcedo y a otros cuatro policías.

—Espere —dijo y bajó en pijama, dando tiritones hasta el jardín incipiente. Mientras forcejeaba con la cerradura, escuchó el cornetín de un panadero, el alboroto de otros perros, el campanear de la primera masa. Miró somnoliento al comisario—: Y ahora qué desea.

—Tiene cita con el inspector Rosado.

—Sí, a las nueve de la mañana y son las seis.

—Hemos venido a acompañarlo.

—Mire, comisario, antes tengo que dejar a mis hijos en el colegio —se frotó el cuello—. Pase usted.

Adelante, entre, por aquí, tome asiento. Esta es la casa de su víctima más reciente, su intimidad inviolable, su familia en penumbra, todavía dormida. Le dieron permiso para ir a vestirse y subió los peldaños de tres en tres. El teléfono no tiene conexión con los bajos así que hizo varias llamadas sin que los policías se enteraran.

—¿Qué ocurre? —despertó su mujer.

Ocurre que se lo llevan dentro de unos minutos y que es posible que no vuelva en mucho tiempo. Tal vez registren la casa.

—Seguridad del Estado —dijo sonriendo para infundirle valor—. Hay que preparar café.

Despertaban los niños. Irán hoy más temprano al colegio, pronto, a lavarse. Damonte terminó de telefonar, se afeitó y duchó, en fin eligió ropas como quien se dispone a ir a la oficina.

Los policías se habían instalado en el comedor y daban cuenta del café servido por la esposa de Damonte. Actuaban como si fuesen amigos de casa. Se sentó con ellos y desayunó en silencio. A las siete dijo el comisario que ya es hora,

vamos, un policía viajará con Damonte, los demás lo seguirán en la patrulla.

Besó a su esposa y miró la casa en la que no habían tenido tiempo de vivir. Treparon sus hijos al asiento posterior, el detective se sentó a su lado. Partió sin dejar una última mirada.

Hasta el colegio italiano Antonio Raymondi atraviesa una ciudad que empieza a ensuciarse de hollín y estridencias. Los barrios residenciales todavía duermen, hasta los semáforos descansan en algunas avenidas. El policía silbaba despacio: para él, esto es rutina. No guardará de Damonte otro recuerdo que el de sus ojos taciturnos, el tamaño de su nariz y sus orejas. Damonte no es cuanto cree ser, sino apenas una ficha, un número, un objeto. Y esto que vive no es el adiós a sus hijos sino el comienzo de un operativo. Ni siquiera pudo besar a los niños en paz: lo vigilaban.

—Vamos a Chorrillos —dijo el Comisario Salcedo subiendo al automóvil.

—¿A Chorrillos? No, comisario. Mi familia cree que voy a la avenida España. Tienen que recoger el auto.

Los subalternos se sorprendieron: su jefe dudaba.

—Está bien, vamos a la avenida España.

Perseguido siempre por la patrulla, se dirigió al amurallado edificio de la Prefectura. Traspuso la reja y estacionó en el patio. Una fatiga lo embotó mientras miraba los edificios grises, habitados por anónimos preguntones, los sacerdotes del ojo, la oreja única, de la sospecha contumaz que se encargarían de deslabonarlo de la vida. Una crasitud espesaba la mañana. Rodeado de policías lo llevaron al tercer piso por usadas escaleras de cemento. El deplorable cornisamiento, la arquitectura interior, los inútiles rosetones de yeso delataban que alguien, alguna vez pensó que se podía añadir belleza a ese lugar. Un vaho a persecución, a golpiza anida en tales vericuetos. Reincidente político, no era primera vez que Damonte visitaba la DSE. Se movió como a repecho, alzándose pisada a pisada por oficinas donde no lo esperaban. Como una extenuación se posó sobre sus hombros.

El Inspector Rosado no lo recibió. En su lugar apareció otro comisario que ofreció una silla y de inmediato comenzó a preguntar. ¿Quiénes son los dueños de "Marka"? ¿Dónde viven sus accionistas? ¿Cuál es la dirección del periodista

Juan Gargurevich? ¿Y Mirko Lauer? ¿Está usted afiliado a algún partido político? ¿Quién pone el dinero para financiar su revista. ¿Ha visitado la Unión Soviética? ¿Y Cuba? Las mal-humoradas respuestas de Damonte fueron escritas en un cuaderno. El comisario se fue y reapareció Salcedo.

—Nos vamos a Chorrillos, señor Damonte.

Otra vez recorrió el laberinto sintiéndose ya preso sin remedio. Abordó una patrulla gris que eligió la apurada vía expresa con destino al sur. En dirección contraria se atorbaban los autos: hombres recién afeitados iban a sus trabajos, silenciosos o escuchando las noticias por la radio, a aprovecharse de otros o a ser aprovechados, es decir, a hacer negocios. Ignoraban el cautivo destino de Damonte: no será noticia hasta la noche.

Cassette/68. Duración: 60 minutos

EN CASA DE SUS SUEGROS, Lauer terminó la lectura de los diarios y telefonó a Thorndike. Habían paseado lentamente las playas al sur de Lima. Mientras Charo, Lola y la pequeña Vera parlotaban en el asiento de atrás, ellos hablaban de libros futuros. En Pucusana almorzaron camarones: con mayonesa, en cebiche, en chupe. Aplomados por varias botellas de cerveza fueron a asolearse junto al Boquerón, calculando si sería posible atravesar a nado el violento túnel por el que arremetían las olas desgarrándose contra los filos, para romper, casi en sus narices, con espumoso estruendo. Regresaron a tiempo de instalarse en un cine casi vacío, a ver la segunda parte de El Padrino. Más tarde compraron víveres en un supermercado y cocinaron en la casa de Barranco, Mirko una frondosa ensalada con leche agria y mostaza, Guillermo un pollo en salsa de limón, en fin, se sentaron a comer y a conversar con Oquendo hasta la madrugada, mientras el invierno mojaba las calles y adentro humeaba el café, se evaporaba una botella de coñac. Sin embargo, nadie tuvo el presentimiento de que era una despedida.

Renuncié a “La Prensa” —dijo y su voz pareció aliviada. Hacían al revés el diario que dirigiera Peñaloza, empujando sus editoriales a una obsecuencia ante el MIT y La Misión. Había querido irse desde el 27 de julio pero un emisario del General Leonidas Rodríguez le pidió que se quedara, no podían abandonar “La Prensa” a los fascistas. Sin embargo, la víspera llegó a su oficina y la encontró ocupada por extraños. Sus funciones de editor del suplemento dominical habían sido asumidas por otro periodista. Tardó en renunciar el tiempo indispensable para escribir la carta y presentarla.

—Celebremos juntos el primer día de desempleo —propuso su amigo— Podemos ir a la playa —miró por la ventana—. Debe haber sol en la Herradura.

—No puedo. Tengo que almorzar con gente de la Cancillería.

Rara vez se endomingaba pero ese martes vistió su traje azul. Con el maletín colmado de papeles marchó al encuentro del barbudo Oswaldo de Rivero, diplomático que representaba a la Cancillería en la nueva agencia de noticias oficiales. Querían a Lauer como asesor, para comenzar. Pero la sonrisa se le había desplomado a de Rivero cuando llegó a la cita. Parece que se desató la represión contra la izquierda. ¿Es grave? indagó Mirko. El otro dijo que sí. Malpica ya está preso. La lista de perseguidos es larga. Después de almuerzo, Lauer visitó “Expreso” en busca de noticias. Lo hicieron pasar a la dirección.

—Entra, hermano, ayúdanos a analizar las noticias —lo recibió Roncagliolo.

—Hay varios detenidos —explicó Moncloa—. En mi opinión está en marcha un derecho.

—Parece que también buscan a apristas —advirtió Roncagliolo.

—No importa, es pura coartada —dijo Moncloa—. Dos o tres apristas serán deportados y junto con ellos quince o veinte revolucionarios.

—¿Tanto? —se asombró Lauer.

—Han clausurado “Marka” y Damonte está adentro.

Leopoldo Chiappo, el nuevo director de “Expreso”, soportaba gravemente el peso de la situación: como de costumbre el Gobierno invocará razones de seguridad nacional. Y él tendrá que estar públicamente en desacuerdo.

Al rato se confirmó: habían caído Damonte, Malpica, Lévano, Gargurevich, un dirigente del SUTEP, otro de los mineros de Toquepala. En todas partes los policías se esforzaban por conocer el paradero de Lauer. Estuvieron de acuerdo: mejor se escondía hasta saber de qué se trata.

—¿Tienes adónde ir? —se interesó Chiappo.

—Más o menos.

—Ven conmigo.

Cada uno subió a su automóvil y viajaron sin separarse hasta los suburbios. La casa de Chiappo debió ser de arquitectura moderna allá por los años cincuenta, pero ha envejecido, ganando en calor lo que perdió en audacia. Se instalaron en la cocina mientras Chiappo almorzaba. Magro y de pequeña estatura, impetuoso y efusivo, discutía la obra de Jean Baruzzi sobre la experiencia mística en San Juan de la Cruz. Después llevó a Lauer a la biblioteca, lo instaló en una butaca con sus pensamientos y se sentó al piano, a tocar a Mozart. Así desmadejado por la música, en aquella habitación olorosa a papel venerable, a viejas palabras, a Mirko le parecía imposible estar perseguido. Sin embargo aceptó la posibilidad. Desde hace tres meses tenía listo un plan para evadirse. Nada más debía telefonear a la Mujer y pedir un diccionario. La letra que eligiera señalaba la hora. Pero, ¿y si nadie lo persigue? De pronto sintió la necesidad de huir de allí.

—Me voy —dijo interrumpiendo al pianista—. Por favor, telefona a mi casa y explica lo sucedido.

Chiappo asintió. Salió por delante y escudriñó las calles. Con un gesto indicó que todo estaba bien.

Pero Lauer no se había decidido. Dio vueltas por la ciudad, confundido su auto con el tráfico más grueso. Como quien vuelve al escenario de un crimen, pasó frente a la casa de Raúl Vargas, acaso también lo persiguieran. Desde un cercano teléfono público llamó a casa. Contestó su suegro.

—¿Qué debo hacer?

—Yo opino que lo mejor es no ocultarse —se equivocó el viejo abogado.

Lentas llegaban las seis de la tarde. Lauer regresó a casa, nada más que a veinte metros de una estación de la PIP. El suegro lo recibió empujándolo al interior.

—Es mucho más serio de lo que pensé —dijo—. Acaba de

llamar Roncagliolo. Dice que a todos los van a deportar y que mejor te escondas.

Frente a la puerta pasó un vehículo policial. Subió a su dormitorio, vació el maletín y lo llenó con la máquina de afeitar, el cepillo de dientes, un peine y un puñado de ropa interior. Cogió al vuelo un ejemplar de *El otoño del patriarca*, besó a su hija, a su esposa y, todavía vestido de elegante azul, fue hacia el patio posterior y trepó a los techos vecinos. Perros de mierda, murmuró sintiéndose delatado por un escándalo de ladridos. Por techos y jardines llegó a la calle opuesta. En el momento en que saltaba a la calzada, una camioneta de la PIP apareció a gran velocidad. Se aplastó contra la sombra y después corrió. Cruzó el Parque Vallejo, corrió hacia José Leal, subió a un atestado autobús, diez cuadras después cambió a un colectivo, en fin, a un taxi. Se bajó cerca de la casa de su amigo Enrique Carrión. Tocó la puerta y pidió a los padres que lo dejaran subir al escritorio.

—Me persigue la policía —explicó.

—Pasa hijo —dijo el señor Carrión—. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

*Interrogatorio, piso 3, Prefectura.
Tiempo: 17 horas*

ESA MAÑANA, HUMBERTO CASTILLO ANSELMÍ estuvo en "La Prensa" buscando empleo. Tardará la liquidación de su antiguo trabajo, lo preocupaban necesidades inmediatas. Pero un tufo a persecución lo desanimó. Por esos pasillos lo miraban mal, como si una satisfacción premonición anunciara su inevitable desgracia. No obstante, se sometió a la sala de espera, memorizando a todos quienes entraban antes que él sin haber aguardado. Tampoco olvidará los cuchicheos que su presencia animaba. Al fin se abrió la puerta y Fernández Arce lo invitó a pasar.

—Hola, hermano, hay posibilidades de encontrarte un sitio —dijo el jefe de redacción—. Tal vez te interese "La Jornada" —bajó la voz—: ¿Ya lo sabes?

—No.

—Dicen que han apresado a mucha gente. Los van a deportar. Es una vaina, carajo. Mirko está en el grupo.

—¿Mirko? —Castillo se frotó la cabeza—. ¡Pero si acabo de verlo en la calle con Oswaldo de Rivero!

—Lo están buscando.

—No entiendo nada.

Se fue como si ya estuviera hundido. Creer tanto y para qué, ya no es posible encogerse de hombros y decir que es un error, el Jefe de la Revolución también tiene derecho a equivocarse. No, carajo: todo cambiaba de rumbo. Como cualquier transeúnte, es ahora un hombre con problemas, desvinculado del Poder. Ha de pagar la pensión escolar de sus hijas, la hipoteca, algunas letras pendientes. Y tenía veinte soles en el bolsillo. “La Crónica” ni siquiera pagaba su última quincena. Dicen que vuelva otro día, que el señor gerente está ocupado, que espere ahí, que la liquidación no ha sido aprobada, que primero será necesaria una auditoría. Tardó casi una hora en volver a su casa. Se encerró a leer. De rato en rato atisbaba la televisión en busca de noticias.

A las nueve de la noche lo interrumpió el timbre de calle. Primero asomó por la ventana y distinguió una patrulla gris de la PIP. Se le apuró el corazón. Su familia estaba reunida ante el televisor. Abrió sin abrir del todo.

—¿Castillo Anselmi?

—Sí, soy yo.

—Somos de la División de Seguridad del Estado. Tiene que acompañarnos.

Ya me arruiné, pensó, vaya uno a saber de qué me acusan.

—Oiga usted —pidió—, yo quisiera que me digan la verdad. No puedo desaparecer así nomás. Tengo esposa y dos hijas. ¿Se trata de una detención o de una deportación?

—La verdad, no sabemos —dijo uno de los detectives. Cambió miradas con sus acompañantes y agregó—: Por si acaso, lleve sus cosas.

—Gracias, un momentito por favor.

No hay cómo escapar de allí. Aquel laberinto de Maranga no conduce a ninguna parte. Entró a la alcoba y sonrió a su mujer mientras metía ropas y su cepillo de dientes en un maletín.

—¿Adónde vas?

Meneó la cabeza. No sabía cómo explicarse.

—Es la policía —dijo—. Seguridad del Estado. Han venido por mí.

—¿Pero y tú qué has hecho? —protestó su esposa—. ¡Es un abuso!

Contestó con un ademán vacío de sentido.

—Si no vuelvo mañana, averigua qué ha pasado conmigo.

Salió apuradamente. Lo subieron a la patrulla y mientras viajaba a Lima hizo un examen de conciencia, cerciorándose de haber obrado bien. No podía creer que lo fuesen a deportar, no se sentía tan importante. Pero ya en la avenida España lo llevaron al temido San Quintín y lo encerraron en una habitación grande, sin otro mobiliario que dos bancos de madera.

—Espere aquí —dijo un policía—. Lo llamarán dentro de un rato.

Esto es un rato: infinitas respiraciones hasta memorizar rendijas y escalfaduras en las viejas paredes pintadas de gris, un silencio de tumba mientras la luz de una solitaria bombilla, que no alcanza a iluminar los rincones, empieza a latir, a vacilar ante sus ojos fatigados. Nada más que un animal solitario aunque lleno de optimismo: acechaba ruidos que no llegaran, manos que descerrojaban su encierro aunque igual no pudiese salir de allí, voces que no alcanzaban a decirle nada. Ni ventana o claraboya, ni otra cosa que cuatro paredes, una puerta clausurada y un tiempo que no fluye, vuelto jalea de recuerdos, más ancho atrás, adelgazándose hacia mañana: así impedido de ser, empezó a indignarse. No lleva reloj y cuanto más larga la espera, más difícil se volvía el cálculo de lo vivido. Bruscamente se incorporó y fue a golpear la puerta. Golpeó hasta que un policía corpulento abrió ofuscado.

—¿Que te pasa, mierda?

—Perdón, señor. ¿Hasta cuándo voy a estar encerrado?

—Espera, pues, espera. ¡Cojudo! Ya te llamarán.

Castillo se encogió de hombros. Casi musitó una disculpa. La puerta se volvió a clausurar y el periodista regresó a uno de los bancos. Se tendió a lo largo y colocó el maletín como una almohada. No era primera vez que estaba jodido. Cerró los ojos. A pesar de la luz amarilla, pronto se quedó dormido.

Ruidos reales, timbres más o menos cercanos lo despertaron varias horas después. La luz eléctrica se obstinaba en

brillar. Tuvo que recordar la víspera para comprender dónde estaba. Luchó contra el entumecimiento de su espalda y en esa soledad acorralada por movimientos que no le incumbían, flexionó el cuerpo y anduvo de una pared a otra, dudando si otra vez golpear la puerta o ponerse a gritar. Decidió conservar la calma y regresó al banco de madera, a sentarse aburrido como un náufrago a bordo de una balsa. Francamente ya no le importaba mucho lo que hicieran después con él: ahora sólo quería salir de allí.

Eran las diez de la mañana cuando por fin se abrió la puerta.

—¿Humberto Castillo Anselmi? Venga conmigo.

Cargó su maletín y siguió a un detective hasta una habitación con una mesa, una silla y una grabadora. Al otro lado de la mesa esperaban tres policías. Como un acusado, ocupó la silla.

—Soy el inspector Pino —dijo uno de ellos—. Tenemos órdenes del Inspector Rosado de interrogarlo.

—Bueno, pero empiecen de una vez.

La grabadora funcionó.

—¿Qué hace en "La Crónica"?

—Renuncié —le provocó sonreír—. Pero fui redactor y también miembro del Comité Directivo.

—¿Cuántos años?

—Once meses.

—¿Es usted amigo de Humberto Damonte? ¿Se siente identificado políticamente con él?

—Conozco al señor Damonte. Y creo que ambos apoyamos la Revolución.

—¿Trabaja en la revista "Marka"?

—No.

—¿Escribe en la revista "Marka"?

—No.

—¿Colabora en la revista "Marka"?

—No tengo nada que ver con "Marka" —dijo controlando un fastidio.

—¿Entonces cómo es que figura usted en esta nómina? —el inspector mostró un papel escrito con varios nombres, entre otros el suyo—. Lo requisamos en la revista "Marka".

—No sé. Supongo que habrán pensado en mí como colaborador.

—¿Conoce usted a Carlos Malpica?
—Sí, porque el señor Malpica fue diputado y yo trabajé como cronista parlamentario del diario "La Prensa".
—¿Conoce a Juan Gargurevich?
—Sí, porque es periodista.
—¿Ha escrito usted el artículo que sobre el doctor Luis Gonzáles Posada fue publicado en el último número de la revista "Marka"?

—No.
—¿Ha influido para que ese artículo fuese publicado?
—No.
—¿Sabe usted quién lo hizo?
—No.
—¿Qué problemas personales tiene usted con el doctor Luis Gonzáles Posada?
—Nunca lo he tratado.

Por ahora el inspector pareció darse por satisfecho. Otro policía asumió el interrogatorio. ¿Ha trabajado en "Expreso"? ¿sabe usted si Francisco Moncloa es comunista? Le provocaba sonreír. ¿Conoce a Francisco Landa? ¿a Rafael Roncagliolo? ¿Son comunistas? ¿Y Luis Pásara? ¿Conoce usted? ¿Qué sabe de? ¿Qué opina usted de sus colegas, de sus amigos? ¿Son comunistas? Hable, hombre, hable con confianza. Todo es confidencial.

—¿Ha asistido a reuniones en la CGTP o a reuniones políticas a las que asistieron miembros de esa Central o del Partido Comunista?

—Sí.
—Entonces usted admite haber tenido vínculos con los comunistas.

—He participado de las reuniones para organizar la manifestación del 7 de junio en apoyo del General Velasco. Como usted debe saber, allí estuvieron presentes los obreros de la CGTP y también el Partido Comunista.

—¿Qué comunistas? ¿quiénes son?
—Pregunte usted al secretario general del Partido Comunista. Yo no soy la persona indicada.

Se le secaba la garganta.

—¿Desde cuándo conoce a Guillermo Thorndike?
—Desde hace unos dieciséis años.
—¿Cuáles son los vínculos políticos de ese señor?

—Bueno, ha sido director del diario del Gobierno Revolucionario.

—¿Ha participado usted de reuniones políticas secretas con Guillermo Thorndike, Mirko Lauer y el General Leonidas Rodríguez Figueroa?

—Hemos tenido reuniones pero no fueron secretas. Acudíamos a él para exponerle problemas relativos al periódico.

—Pero tenían reuniones políticas con Generales...

—Le repito que fuimos dos o tres veces a la II Región Militar, a la luz del día.

—¿Y en la casa del General Rodríguez Figueroa?

—No.

De nuevo preguntaba el inspector. ¿Quién es Pedro Rojas? Como en el poema, respondió, Pedro Rojas somos todos. No se haga el chistoso, Castillo. ¿Quién es Pedro Rojas? Pedro Rojas es Abelardo Oquendo. Es Mirko Lauer. Es Guillermo Thorndike. Es mucha gente. ¿Por qué Pedro Rojas acusó a la CIA de haberse infiltrado en la Guardia Civil? ¿Quién dateaba a Pedro Rojas? ¿Quién contrató a Pedro Rojas? ¿Es comunista? ¿Cuánto gana Pedro Rojas? Castillo Anselmi resopló.

—¿Ha estado usted con Mirko Lauer y Guillermo Thorndike en la Embajada de Cuba?

—Sí.

—¿Admite usted haber mantenido relaciones políticas con los cubanos?

—Hemos estado en la fiesta por el aniversario de la Revolución Cubana.

—¿Quiénes más estuvieron presentes?

—Oiga usted, había unas mil personas, empezando por el Canciller de la Flor y otros ministros. En la Embajada de Cuba le pueden dar la lista de invitados.

El segundo interrogador volvió a la carga. ¿Cuántos exilados chilenos trabajan en "La Crónica"? Que Castillo sepa, ninguno: se dio una ley prohibiendo que trabajaran extranjeros en publicaciones del SINADI. Pero en "La Crónica", ¿trabajaron chilenos? ¿Quién los contrató? ¿Quiénes son, cómo se llaman, qué hacían antes de venir al Perú? Son periodistas perseguidos, dos o tres, un hombre y dos mujeres. Y otra vez las viejas preguntas: ¿Tuvo usted relaciones políticas con el General Rodríguez Figueroa? ¿qué hacían en la II

Región Militar? ¿Quiénes visitaban al General? ¿De qué conversaban? ¿Sabe usted si Francisco Moncloa es comunista? ¿Ha asistido a reuniones del Partido Comunista? ¿Conoce a Carlos Malpica? Tres horas más tarde, a Castillo le costaba trabajo no confundir las respuestas. El tercer interrogador, que había permanecido callado, entró en acción. ¿Es cierto que en "La Crónica" existe un arsenal? ¿Cuántas armas hay en "La Crónica"? ¿Dónde se compraron? ¿Aprobó su compra el Comité Directivo? ¿Con qué propósito? Castillo empezaba a enfurecerse, carajo hubo un 5 de febrero, quemaron periódicos y entonces la DSE no estuvo cerca para defenderlos. ¿Algúná vez usaron las armas?

—Muy bien, muchas gracias.

La grabadora se detuvo. Castillo sintió que se le secaban las palabras. Eran casi las dos de la tarde.

—¿Puedo irme?

—No, todavía no. Pase usted por ahí. Tienen que ficharlo.

¡Alerta, puestos de control! ¡Alerta, puestos de control!

—MIRKO, VENGA, APÚRESE —el señor Carrión hablaba desde los bajos.— ¡Están dando la noticia por televisión!

Abandonó el libro que estaba leyendo y saltó por las escaleras. Allá, en la azulada imagen del televisor, un rostro vociferaba contra los enemigos de la Revolución, inclúyase a Mirko Lauer, reo de injurias al General Pinochet, instigador de rencores, enemigo de la paz social. Llegó tarde.

—Son veintiocho deportados —dijo el señor Carrión.

—Sí, y hablan de usted como si ya lo hubiesen echado del país —agregó la señora Carrión—. Pero espérese, seguramente volverán a leer el comunicado.

—¿Pero cuál es el motivo? —Lauer sabe bien que las deportaciones han sido cocinadas por La Misión aprovechando un disgusto presidencial, pero no imaginaba cuál podía ser el pretexto—. ¿Y quiénes son los demás?

—Hay de todo —reflexionó el señor Carrión.— Asesores de sindicatos, líderes universitarios, dirigentes laborales mezclados con unos cuantos de derecha. También deportan al secretario general del APRA.

—Dicen que la revista "Marka" ha insultado a Chile —explicó la señora.

Mirko mascó un fósforo soportando las importantes noticias del día: hace 151 años de la Batalla de Junín, el propio General Graham desmentía no haber solicitado asilo al Ecuador, el Perú compraría 10 millones de dólares de trigo a Hungría.

—Comunicado oficial número 66 —se agravó una voz.

—¡Escuche! —se enderezó el señor Carrión.

—El Ministerio del Interior pone en conocimiento de la ciudadanía lo siguiente...

Abelardo Ojeda juega con una caja de fósforos frente al televisor en su casa de la Ciudad del Pescador, los enciende de uno en uno mientras mira a otros pescadores llegados con la noticia de que al ingeniero Malpica lo detuvieron esta mañana.

—... primero —continuó el locutor—: es política reiteradamente expresada y puesta en práctica por el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, la no intromisión del Perú en asuntos internos de otros países, al igual que el rechazo de cualquier intento de intromisión en los nuestros...

Se endureció el rostro de Oquendo, fumó furioso Raúl Vargas, qué tal lisura, le buscaban cinco pies al gato, dice Charo que por lo menos tengan el valor de admitir por qué los deportan, los muchachos de "La Crónica" telefoneaban a anunciar que todavía no se sabe, parece que Lauer anda suelto, a veinte metros de distancia celebraban las deportaciones en la dirección del diario, titularán entusiastamente que la Revolución se defiende.

—... concordante con este fundamento de su política, ha denunciado recientemente la infame capaña antiperuana que llevan a cabo quienes pretenden enfrentar al Perú con países vecinos a los que brinda paz y amistad, porque con ninguno de ellos existe motivo de discordia...

Por desagaviar al General Pinochet se deportaba a peruanos, rumió amargamente Lauer, y pretexto tan denigrante

se usaba para esconder el malhumor presidencial y los desig-
nios de La Misión.

—... No obstante lo expresado, el día primero de los co-
rrientes ha sido puesto en circulación el número 7 de la re-
vista "Marka", la misma que en dos de sus secciones vierte
expresiones inaceptables en contra del gobierno chileno y de
sus principales dirigentes, a quienes irresponsablemente da
calificativos injuriantes...

—¡Qué tal conchal —murmuró Vargas entredientes, ojalá
no hayan secuestrado el informe sobre Pesca Perú piensa Oje-
da, en otro barrio de la misma Ciudad del Pescador brinda el
Bello Antonio, salud muchachos, ya deportaron a los enemigos
del Perú.

—... por lo expuesto, el día de ayer se ha decidido la
clausura de la citada revista y la deportación del personal
de la misma que a continuación figura: Damonte Larraín Hum-
berto, Flores Lamas Jorge, Gargurevich Regal Juan, Hermoza
Denegri Ernesto, Letts Colmenares Ricardo, Lauer Holoubek
Mirko, Malpica Silva Santisteban Carlos, Rosas Ribeyro José
y Urrutia Boloña Carlos...

Se hundi6 Mirko en el asiento. Inútil ya aferrarse a los
recuerdos. A otros diecinueve, incluyendo a dirigentes de ex-
trema izquierda o de derecha, los deportaban por actividades
subversivas. Y sólo Dios sabe hasta cuándo desterraban. Adiós
país, familia, neblinas de siempre, cerros pardos, multitudes
pobres, bahía azul o gris y ventruda, hasta luego gallinazos,
dunas, alguna vez volveremos a vernos amigos, compañeros
todos. Con el Gobierno no se discute. No sólo es Gobierno si-
no a la vez verdad, fin, doctrina, sentencia inapelable. En nom-
bre de Velasco ha hablado el Ministerio del Interior y su pa-
labra está dicha: hela ahí, inmovible en los oídos de la
ciudad, repetidos sus nombres para que nadie los olvide. Pe-
sa como de piedra esa sentencia, sofocando sus reflexiones,
su apurado adiós al paisaje, que ya no, a los rostros que tam-
poco, mierda, si tan sólo pudiese disfrutar de un día más, de
una mañana en libertad.

—Bueno, para mí se acabó —dijo—. ¿Me prestan el telé-
fono?

Llamó a la Mujer. Tardaba en contestar. ¿Y si no está?
¿si salió, si ha enfermado, si no vuelve hasta mañana? Al fin
escuchó su voz somnolienta.

—Hola, quiero que me prestes tu diccionario.

Se hizo un breve silencio. Pudo imaginar que ella comprendía lo irremediable de su voz.

—¿Qué letra quieres? —dijo la Mujer—. Acabo de tomar una pastilla para dormir.

—La U —respondió: las once de la noche. Faltaba media hora.

—Te lo llevaré sin falta.

Hacía tres meses, conversando con la Mujer ella preguntó qué harás si te persiguen, uno debía estar preparado. Y a Mirko lo rondó el ridículo, no iba a jugar a los espías o a los celadores, vaya, si siempre había actuado limpio. Sin embargo accedió a planear al menos unos días de escondite. Puede parecer tonto pero es necesario, insistió ella. A las once y cinco de esa noche, la Mujer lo recogió de una esquina cercana a la avenida Arequipa. Se aovilló en el asiento trasero.

—¿Desde cuándo te buscan? —preguntó mientras aceleraba hacia Miraflores.

—Todo empezó esta mañana. He tenido que moverme en las barbas de la PIP —respiró hondo. Ardía en deseos de telefonar a su familia pero se contuvo.

Viajaron por avenidas poco iluminadas, hasta rodear la Huaca Juliana y detenerse al borde de la avenida Angamos, a unos trescientos metros de una esquina vigilada por la policía.

—Aquí termina tu parte —dijo Mirko—. Espera a que yo entre y no vuelvas. No nos hemos visto.

*Embajada de México a Cancillería
del Perú: petición de salvoconducto.
Cassette 143, duración 35 minutos*

EL PADRE DEL PINTOR CHANI GARREAUD murió el domingo 3 de agosto. El longevo funcionario de la antigua Caja de Depósitos y Consignaciones se fue sin quejarse. Aturdido por muchas tazas de café y el funeral, el inacabable visiteo de los deudos, exhausto de consolar a su madre que vivía en la plan-

ta baja y de conservar él mismo una serenidad que no deseaba, Garreud se tumbó en cama temprano esa noche del martes. No pudo dormir. La muerte es una sospecha que nos salta encima antes de tiempo, un miedo que otras muertes refrescan. Chani, que no vivía exactamente, es decir, que practicaba esa forma de vida que puede llamarse el revés de morir, entre acrobacias en aeroplano y riesgos que sólo a él insuflaban alegría, como si cada cierto tiempo necesitara una constatación de todavía estar aquí, no conseguía disolver en sueño la última visión del padre muerto, así que conversaba con su esposa Lucrecia de esas cosas que suelen ocupar a la gente después de un funeral: los recuerdos más amables, todo cuanto de bueno uno se niega a olvidar. Casi a la medianoche trepidó el timbre. ¡Qué raro! opinó Lucrecia. Garreud bajó a abrir.

—¡Hola! —pensó que Lauer venía a darle el pésame pero después cambió de opinión—. ¿Qué sucede?

—¿Me das asilo en tu casa?

—Sí, claro... ¿es una broma?

Qué ganas de sólo bromear, Chani: su nombre voceado por la cadena nacional de televisión, su deportación ya dispuesta por el Gobierno, sus pisadas perseguidas por toda la policía. Fueron a la alcoba y Mirko se sentó con las piernas cruzadas sobre la alfombra.

—Me buscan —resumió—. Tengo que esconderme.

—Bueno, ya tienes escondite.

Garreud se queja: no hay nada que invitarle, ni un vaso de vino. Otra vez tendrá que refugiarse en casa de gente rica. Dice el perseguido que no sabe cuánto durará su visita y responde que no importa, cálmate, ahora tenías que descansar. Le prestaron un pijama que le quedó a la pantorrilla. Por primera vez desde el funeral, Chani rió de la facha de su amigo.

Durmió en el sofá de la sala. Al alba despertó desorientado pero la casa de Garreud era un lugar amable, hospitalario, colmado de buenos cuadros, con una inmensa discoteca. Aguardó los diarios para leerlos de cabo a rabo. Cuando los dueños de casa se fueron, telefoneó brevemente a su familia y conversó en chino con Lola. Su único contacto era Rafael Roncagliolo. Nadie más, aparte de la Mujer y de la familia Garreud, conocía su paradero. Aquel miércoles, Roncagliolo

anunció que cuatro ministros habían intercedido por él ante Velasco. El Presidente no se conmovió. Otro general sugería que escribiese una carta personal al Jefe de la Revolución. Pero decir qué. Sin embargo, empezó la carta. Señor Presidente de la República: me veo obligado a escribirle estas líneas porque usted se propone deportarme. Rompió el papel. Señor Presidente de la República: se comete una arbitrariedad conmigo. Otra vez rompió el papel. ¿Qué hacíamos, Mirko, pedir perdón, implorar un sitio en el Perú, arrepentirnos de haber combatido al MLR, estar ahora de acuerdo con Tantaleán? No, mi General. Esto no es vida. Lo habían defendido durante un año no para pedir clemencia sino para ser más libres, mi General. Militaban en la única revolución posible, mi General, la que se hace para el pueblo. Pedirle qué, si no hay nada que implorar, si era usted quien volvía las espaldas, quien no consigue ver, así que no, mi General, que otros se pusieran de rodillas, Lauer no tenía nada que negociar con Velasco.

Al otro día, Roncagliolo trajo malas noticias. Habían arrestado a Castillo Anselmi y los interrogadores insistieron en vincular a Lauer y al General Rodríguez Figueroa en citas políticas secretas. De otro lado, la DSE había entrado a "La Crónica" a las tres de la mañana y con autorización de su director fotografió las armas como si se tratara de un importante arsenal clandestino. Que hubiera licencias de poco importaba si los fascistas se decidían a usar las fotos para justificar más represión. Ya se murmuraba que las armas de "La Crónica" estaban en verdad destinadas a ciertas organizaciones populares y que así armaba Leonidas al pueblo. La búsqueda de Lauer no descansaba, una fuerza especial de veinte detectives perseguía sus huellas por toda la ciudad. Ya habían visitado la casa de Oquendo. La de Thorndike estaba bajo vigilancia. Otra vez a solas, mientras escucha viejas canciones de Ives Montand, comprendió que querían usarlo también para derribar al General Rodríguez y, en ese momento, no lo podía permitir. Habrá que escapar de la PIP y, por lo tanto, escapar del Perú. Desde una esquina de la ventana contemplaba la tranquila calle mirafloresina, con sus niños paseando en bicicleta, sus sirvientitas de compras, sus perros gruñidores. En el estereofónico, la voz de Nana Mouskuri lo

entristeció. No había escapatoria y nadie puede aconsejarlo. Volvió a llamar a la Mujer.

Esa noche se mudó a casa de otro amigo que estableció contacto con el Embajador de México. El licenciado Julio Zamora Batis aceptó recibirlo como huésped y gestionar el salvoconducto. Tuvo que esperar un día. Al cabo telefoneó el Embajador: puede venir. Por tercera vez intervino la Mujer. Lo llevó tranquilamente hasta la avenida Javier Prado. Ahí, frente a la residencia del hombre que ponía y quitaba presidentes, está la cancillería de México. Se despidió en la vereda. Luego de tres trancos, entró a territorio mexicano.

La aparición de Lauer bajo la protección de México causó un corto berrinche oficial. La primera reacción fue responder que se quede ahí, pues. Pero el Embajador Zamora no se dejó intimidar. Muy bien, si no sale Lauer, México no recibía a los apristas deportados. Zamora informó a la Cancillería del Perú que los demás países latinoamericanos compartían su actitud. Esa noche instalaron a Lauer en una cama de campaña en una oficina y durmió bajo la vigilancia de un guardaespaldas puesto por la Embajada. Intentó conversar con su ocasional acompañante, pero el tipo parecía sordomudo. Se cubrió con una frazada y por primera vez desde el martes durmió a pierna suelta: acababan de informar que se le otorgaría salvoconducto.

*Atención aeropuerto: salen
deportados*

EL MULLIDO FORD CONTINENTAL con el Embajador Zamora a bordo lo recogió a las nueve de la mañana. Por última vez recorrió esa avenida familiar. Oprimió un botón y la ventana se abrió con un leve zumbido. Intentó percibir el olor peruano, el vaho a desierto y pobreza mezclado al perfume dulzón de los valles costeros, pero sólo obtuvo una bocanada a ciudad, a cualquier ciudad. A pesar del frío, mantuvo abierta a me-

días su ventanilla. Cuanto hay atrás parece definitivamente marchito, como un papel que el tiempo volvió amarillo, como si abruptamente el pasado no tuviera edad y fuera nada más que viejo. Te vas como los muertos, sin equipaje y a desgano, dejando todo a la mitad. *Hay en el aire un pequeño viento frío que es un límite.* ¿Qué planes tienes? se interesa el Embajador. Por ahora, vivir en la dudosa libertad del destierro. El mundo será su cárcel y todo esto su libertad perdida. Tras sus ojos hay otro vacío azul. No tiene ningún motivo para la prisa, él, que vive apuradamente. *Hay en el aire un pequeño viento frío que es un límite.* El ancho Ford Continental atravesó el aeropuerto. Brumosos policías los arreaban hacia pistas donde se estacionan los aviones. Fueron a detenerse detrás de un vehículo de la PIP. Lauer distinguió a sus compañeros de viaje: Armando Villanueva, secretario general del APRA y el abogado aprista Carlos Enrique Ferreyros. Detrás del auto del embajador se colocó otra patrulla con otros dos deportados. Un policía se acercó a Lauer.

—¿Quiere los cien dólares que ofrece el Ministerio del Interior?

—¿Y qué han respondido los apristas?

—Los han rechazado.

—Bueno, entonces yo acepto.

—Ya se los doy —dijo el policía.

No volvió a verlo. Bien, andando. Ha llegado la hora de partir. El ruido de puertas que se cierran, la súbita actividad en el avión que se va, todos a bordo, andando: recordará estos minutos, el bamboleante andar de Villanueva como un plantigrado fatigado y el comisario que repetía a todos los deportados: buen viaje y pronto regreso a la Patria. Los apristas agitan pañuelos a nadie, gritan que viva la democracia, muera la dictadura. *Hay en el aire un pequeño viento frío que es un límite,* escribió. *El policía que me desea pronto retorno no lo siente/ pero tampoco está seguro. ¿Por qué había de estarlo?/ En su cuarto destierro el viejo Villanueva/ cubre la distancia con los pasos obstinados/ de su antiguo poder y el joven poeta Rosas/ no concede ni un milímetro a la situación/ (Dos muchachas me saludan desde lejos: me han confundido,/ y eso me da derecho a confundirlas) Adiós, adiós.* Y después: la ululación de las turbinas, el tufo

internacional, desinfectado, próspero de la aerolínea, el eficiente ajetreo de las azafatas para quienes no hay deportados, sólo pasajeros felices, abróchese el cinturón, señor, ponga ese maletín bajo su asiento, sírvase no fumar. Y al cabo, con una sonrisa de dientes perfectos: ¿Está usted bien, señor? La miró con esa expresión de los hombres que dudan si hacer el amor o golpear a una mujer.

Barbudos y sin haberse bañado en varios días, Damonte y otros deportados subieron a una patrulla a las siete de esa noche. Ni siquiera verán la ciudad antes de partir. Los llevaron por las playas o inhóspitas callejuelas hasta el aeropuerto. La distante reverberación limeña rebotaba en un cielo que parecía aplastar las casas, pesado y húmedo, más bien morado, de mal agüero. Con su frazada enrollada bajo el brazo y una apurada maleta, en la que su esposa vertió por igual ropa gruesa o veraniega porque no se sabe adónde los destierran, Damonte se sentía como un pasajero de tren de tercera. Supo que los embarcaban en un jet de Aerolíneas Argentinas. Pero igual su destino podía ser Buenos Aires o México. A las ocho de la noche, el auto de la DSE se acercó hasta la escalerilla. Un policía subió a entregar los pasaportes al purser. Como si pudiesen escapar, los rodearon detectives a la hora de embarcar. Adónde va este avión, indagó Damonte y la azafata lo miró como quien hace un chiste de mal gusto. A Buenos Aires, respondió.

Archivo de recortes. Mes de agosto

MUCHOS NI CHISTARON DESPUÉS DE LAS DEPORTACIONES, aunque estuvieran en desacuerdo. Sólo "Expreso" se pronunció francamente en contra. Y pudo ser peor: los propios periodistas impidieron que Chiappo titulara la noticia de esta manera: *Extraño comunicado del Ministerio del Interior*. Después se atrevió "Correo", publicando protestas individuales. El periodista venezolano Eleazar Díaz Rangel, presidente de la comisión organizadora del II Encuentro Latinoamericano de Periodistas

que debía realizarse en Lima, firmó un comunicado de preocupación por el clima de dudosa libertad en el que habría de realizarse el evento. Un año atrás, Díaz Rangel defendió la expropiación de la gran prensa peruana y apoyó al Perú para que fuese sede del siguiente congreso. El Ministerio del Interior respondió con el comunicado 67, mandando a paseo a los hombres de prensa extranjeros y más que menos invitándolos a hacer su encuentro en otro país. Seiscientos intelectuales suscribieron una protesta y solicitaron la reapertura de "Marka" y el cese de la represión. Responde el Gobierno que los intelectuales son unos oportunistas, que las deportaciones han dejado de ser lo que son, es decir, una legítima acción defensiva, que las quieren convertir en un juicio de Dios, que una serie de intelectuales cercanos al proceso disienten del destierro, que sus análisis son político-pasionales, que son medrosos, evasivos, ponzoñosos, que emiten sentencia inapelable desde un Sinaí de papel y tinta entre rayos y truenos de ofendida intelectualidad, que creen ser la conciencia de la Revolución, que su crítica es más o menos encubierta pero envuelta en un halo de suficiencia, que no está de acuerdo con la trayectoria revolucionaria de sus autores, que desde una situación pagada de sí misma pretenden denunciar la supuesta desviación del proceso, que tal desviación según los protestantes se desprende de las deportaciones, que en verdad el destierro y la persecución se deben a causas concretas, que nada más lejos de Velasco que un modelo fascio-capitalista o comunista, que los criticantes desde alturas de engolada intelectualidad insinúan una desviación totalitaria y fascista aunque no se atreven a ponerlo así en blanco y negro, que ni siquiera saben qué es fascismo, que son unos ignorantes, que a ver, que adónde está la defensa del gran capital imperialista, que los intelectuales tienen una imaginación calenturienta, que quieren dañar el proceso, que el Gobierno no es incoherente o precipitado, que se quiere sorprender al país, que no hay represión contra dirigentes populares, que ya se sabe al fin si los intelectuales son revolucionarios, que lo son si están de acuerdo con las deportaciones, que los militantes obedecen, que habrá sus razones, que los protestantes le hacen el juego a la SIP y el imperialismo, que se rasgan las vestiduras y presentan a los deportados como víctimas, que mienten, que

no se puede firmar una protesta como si fuese una planilla de pago, que algunos llamados intelectuales se apoderan del derecho a la crítica y desde un inaceptable paternalismo juzgan los actos de una revolución, que se han pasado al enemigo, que qué mierda se han creído, que el Gobierno actuará con firmeza ejemplar, que mucho cuidado.

Así es, sacude su cabeza Moncloa, ahorita los joden, éramos seiscientos en la próxima lista, al Sepa, al Frontón, con buena suerte al extranjero. ¿Tú crees? Oquendo había propuesto visitarlo porque la fe de Paco no desmayaba, hoy lo necesitaban para recuperar el buen ánimo y así lo encontraron: huido en un sillón y en la penumbra, esperando no se sabe qué. Había hecho maleta, nada más que una, pequeña, con lo indispensable para la prisión o los primeros días del destierro. Barrerá La Misión también a los generales que iniciaron la Revolución. ¿Y después? Después o al mismo tiempo caíamos todos: una o dos noches de batida y listo. Eramos los próximos, vaticina Moncloa y tiene sus razones para afirmarlo. Adónde ir, no estábamos hechos para el monte. Y todos allí guardan silencio, a todos les ha llegado el soplo, la voz que desde el interior advierte que a cuidarse, compañeros, después de la cita de cancilleres de los países no alineados, el último día de agosto: sus nombres ya han sido escritos, cada libertad tiene su plazo. Para que llegara la hora no faltaban ni dos semanas. Escucha Guillermo tumbado en un sofá frente al hogar crepitante, no quiere café, no quiere moverse, nada más mirar las brasas, la ondulación del aire quemado, los chisporroteos que ascienden chupados por la chimenea: no tiene amigos nada que decir. Hay que tener fe, dice Moncloa, esta es la última esperanza: el pueblo y no el Gobierno que, en fin, solo no se basta, sin pueblo cuánto ha de durar, y sin reservas fiscales, sin coherencia, sin honestidad, ah, y decía queriendo creer, ansiando no equivocarse que la Revolución misma hará sus correcciones, que el Viejo comprenderá, que todavía estamos a tiempo, que ya basta de perder, que ya no desconfíen más del pueblo, que pongámonos de acuerdo y sin embargo se irá a dormir al pie del destierro, a la sombra de los teléfonos y sus invisibles presagios.

AVANZA MI GENERAL CASI SIN AVANZAR, paso a paso apoyado en Consuelo y en una baranda puesta allí para auxiliarlo, atollándose sin un bastón, sin nada más que orgullo y voluntad que lo impulsen por esa rampa alfombrada, mientras 50 cancilleres, 107 delegaciones de países y movimientos de liberación no alineados, centenares de periodistas nacionales y extranjeros, millones de televidentes contemplan la mano que tantea y empuña, el cuerpo escorado en busca de su esposa que sin embargo sonríe como diciendo que Juan está muy bien, que nadie se preocupe, aunque no pueda disimular la pierna que no está siguiendo a la que sí obedece, y, otra vez al filo del traspies, se atreva la mano por un breve vacío hasta de nuevo tantear y empuñar, halando al resto de sí mismo mientras no puede, sí puede dar otra pisada, dejando la falsa huella de su zapato de artificio sin que nadie ose acercársele. Oficialmente mi General goza de buena salud. Mentira la oscuridad que crece en sus ojos, la lengua de pronto estropeada. Mi General llegará con sus propias fuerzas al estrado de la Conferencia de Países No Alineados, aunque en tan corto viaje se cubra su rostro de sudor y, vuelto máscara de extenuación al final de la travesía, acepte el aplauso a todo cuanto Velasco ha sido. ¿Será el mismo? ¿El chúcaro, impávido, ladino y socarrón, el atrevido, clemente y borrascoso General que deshizo el país para dárselo a los pobres y a quien no obstante le han ganado la partida? Desde aquella cumbre aparente, de un poder que no cesa de elevarlo, Velasco cree oír el clamor de un pueblo que lo abriga.

Dicen que medio millón lo aclamó el pasado 7 de junio.

Sin embargo, el pueblo sabe: mi General ya no gobierna. Revolucionarios venales conducen postizas rebeldías, hábiles impostores estrangulan la libertad y otra vez mandan menudencias, vanidades.

Una inmensa muchedumbre lo aplaudió hace menos de un mes, al término del desfile militar.

Pero el pueblo sabe: el conmovido, el avisado, el benigno, el terrible General ha sido al fin puesto de revés, lo calculan y lisonjean, lo envían a descansar, mintiéndole un

país, desfigurándole multitudes, acosándolo con caprichos hasta hacer de él otro presidente trivial, nada más que una voz hueca que cada cierto tiempo repite a la Nación las mismas palabras, la revolución verbal con que se adorna la realidad de siempre.

Velasco es el comandante es jefe.

A trescientos metros de tan magna asamblea, Angel Avendaño está preso en San Quintín. No se haga el pendejo, Avendaño. El gran ojo único sabe muy bien quién es usted. Avendaño agitador, Avendaño ladrón de bancos, Avendaño incendiario. El interrogador resopla, moviendo papeles. ¿Quiénes de tus camaradas trabajan en "La Crónica"? ¿Cuánto ganas al mes? ¿Quién te ordenó desprestigiar al Poder Judicial?

Mi General es el fundador, el padre de la Revolución.

Guerreros del Africa, patriotas portorriqueños, dignidades asiáticas, militares portugueses, hermanos venidos de Cuba, inconformes prósperos, olorosos a petróleo y a cibernética o rebeldes que desafían al imperio casi con las manos vacías escuchan la voz de Velasco que se despeña desde su altura de jefe indiscutido, a quien le huyen las palabras atascando su discurso, mientras en tenso silencio el pétreo General Ibáñez lo auxilia a recuperar el párrafo perdido.

El escritor Mario Benedetti acaba de ser devuelto a la Argentina por el Ministerio del Interior. Allá lo han amenazado de muerte. Le interceptaron una carta dirigida a su mujer. Opinaba que Juan Velasco Alvarado está enfermo. Lo arrestaron. No pudo ni recoger su maleta de exilado. En el primer avión lo despacharon a Buenos Aires.

Las ciento siete delegaciones observan que tan simple asunto, la lectura de este discurso que voces desapasionadas traducen simultáneamente a varios idiomas, demanda del General un esfuerzo sobrehumano. Se le ha apagado la vida, ya no deslumbra más como un incendio.

A trescientos metros, el pescador Abelardo Ojeda es fichado por la DSE, entra después a un calabozo donde hay otros cincuenta dirigentes populares, también estudiantes de medicina todavía vestidos con mandil blanco. Unos muchachos que pintaban paredes han sido molidos por la policía. A ratos, una nueva golphiza crispera los calabozos, traquetean las máqui-

nas de escribir, Ojeda dormita preguntándose hasta cuándo abuso, cuajarones, costillas, hasta cuándo humillaciones.

Cinco veces intentaron derrocar a mi General. También quisieron asesinarlo. Pero tenía ojos en la nuca. Después del discurso recibió el saludo de los delegados. Mil doscientos apretones de mano, mil doscientas sonrisas, mil doscientas frases protocolarias. En el salón de sesiones, el General Morales Bermúdez no está. Ha viajado a visitar las guarniciones del sur.

De rodillas abrazado a una campesina en la Pampa de Anta. Desafiante, respaldado por los tanques en la División Blindada mientras lo amenaza un complot. Adornado con plumas de jibaro en un mitin de la selva. Compartiendo la chicha de un campesino en Piura. Viva Juan.

Al comandante en jefe lo calentó el luminoso tiroteo de los fotógrafos, la Marcha de Banderas. La escolta de dragones lo acompañó caracoleando hasta el Palacio. Dictó órdenes, fue obedecido. Viajó a Chacabayo. Dio cuerda al reloj despertador. Se cubrió con las cobijas. Buenas noches, chola. Buenas noches, Juan. El padre de la Revolución se quedó dormido.

El macizo Palacio con sus centinelas de charoladas botas y chispeantes arreos simboliza un poder inmovible. El país está en calma. Los dignatarios visitantes se embriagan en bares elegantes. Esta noche las más finas prostitutas de la ciudad cobran sus servicios en dólares. Mañana la Guardia Civil estará de asueto festejando su aniversario y, como es costumbre, los boy-scouts se encargarán de dirigir el tránsito.

Se enfrentó a la Standard Oil de Nueva Jersey. Liquidó a los grandes terratenientes.

Pero el Poder empezó a abandonarlo a las tres de la mañana. Seis años, diez meses y veintiséis días después de que los coroneles Gallegos, Rodríguez Figueroa, Hoyos y Fernández Maldonado movieron los blindados dando comienzo a la Revolución, el Ejército se volvió a sublevar. Las órdenes viajaban por el circuito telefónico normal. Primero, la guarnición de Tacna. Luego, la III Región Militar con sede en Arequipa. Después la II Región Militar comandada por el General Rodríguez Figueroa. En fin, la poderosa I Región del norte del país. La Revolución se ha desviado, basta de personalismos. Se acabó, mi General.

—¿Morales Bermúdez? —pregunta al clarear el día.

Los paracaidistas enviados a cercar Chaclacayo llegaron tarde.

La primera, la segunda, la tercera vez que quisieron derribarlo fueron obras del General Montagne, su Primer Ministro. Tan joven la Revolución y debía pasar al retiro. ¿Se acuerda, mi General? Montagne citó por su cuenta a un consejo de ministros en día jueves. Pero mi general tiene ojos en la nuca. El jueves a Montagne lo recibió en el Palacio un mayor con vestimenta de combate. También los oficiales del COAP estaban trajeados de campaña. Y los soldados. La guardia habitualmente cubierta de incómodos adornos se ha transformado en una fuerza lista para guerrear. Dice el Presidente que vaya a su despacho, informó el oficial. Y después: dice el Presidente que espere. Los ministros son enviados al salón del Consejo, a excepción de los jefes de las tres armas que integran la Junta Revolucionaria. La puerta del despacho está entreabierta, se puede vislumbrar que mi General está solo. Sin embargo los hizo esperar una hora.

Por fin gritó:

—¡Que entren!

Bueno señores, yo no he convocado al Consejo. Dice el Primer Ministro que él lo hizo. Si se va Velasco, será el sucesor. Pero mi General ya lo sabe, claro, tú has llamado a los ministros, me imagino que para discutir mi próximo paso al retiro. Y eso lo vamos a decidir ahorita porque corresponde a la Junta Revolucionaria pronunciarse si debo o no seguir siendo Presidente.

Abre la gaveta del escritorio, saca una pistola, la coloca delante suyo.

Muy bien, vamos a conocer sus opiniones. Que hable primero el almirante. El marino dijo que lo que digan sus compañeros. ¿Cómo? Usted es el jefe de la Armada. Esto no es un club de señoras. A ver, qué dice el aviador. El fiel General Gilardi dijo: yo estoy con usted, mi General. El almirante dijo: bueno, yo también estoy con usted. Correcto señores, entonces mi General sigue siendo Presidente, no hay necesidad de conocer ya la opinión del Primer Ministro. La reunión ha terminado.

—¿Qué apoyo tiene Morales Bermúdez? —pregunta al salir de Chaclacayo.

Se mueve, respira, late pero mi General ha muerto. Ni puede combatir, ni caminar hasta las guarniciones, ni llamear su mirada ante los soldados. Por última vez Presidente viajó por la carretera trasandina. Por última vez Presidente traspuso la Puerta de Desamparados. Por última vez Presidente dijo que ya verán esos chanchulleros, entró a su despacho, alzó los teléfonos. Por última vez Presidente ordenó que comparecieran todos sus ministros.

Pero el Gobierno no funcionaba. Ordenes imperiosas se mueven cachazudas tan pronto se alejan de su mirada endurecida. Crece un silencio a su alrededor. Dos mil doscientos días ha presidido, emancipado, hecho la ley.

No, mi General, ya no era Presidente.

Lima empieza a obedecer las órdenes que los Generales Rodríguez Figueroa y Fernández Maldonado disparan desde el cuartel de la División Blindada. El nuevo comando revolucionario ha destituido al jefe de los servicios de inteligencia.

Los comandantes de las cinco regiones militares lo han destronado. Se propaga la rebelión: hay nuevos comandantes generales de la Marina y la Fuerza Aérea. Hasta la DSE se pasó al otro bando.

Antes de la represión, medio millón de personas lo aclamó el pasado 7 de junio. Hoy, el pueblo no está.

No, mi General. La Plaza de Armas está vacía.

Como si estuviese muerto. Como si lo hubiesen enterrado hace cien años y ni siquiera los curiosos se acercaran a saludarlo. Como si nunca lo hubieran aclamado. De televisores y estaciones de radio brotó una marcha militar. La misma voz profesional que comunicaba las órdenes de Velasco a la Nación, ahora leyó la proclama, el pronunciamiento, se acabó: Morales Bermúdez es el nuevo Presidente. Parece que el Palacio casi ha sonreído. ¿Qué es esto, Segura? El SINADI difundía la rebelión. El General Segura se apuró por el Palacio, cruzó la calle, quiso entrar al edificio contiguo pero una tropa le cerró el paso: lo habían destituido.

Nunca más fanfarrias, altivas escoltas, motociclistas, banderolas. Nunca más suplicantes, forcejeos, músicas. Nunca más salón del consejo, sillón con el escudo del Perú. Nunca

más Marcha de Banderas. Nunca más la voz de presenten armas. Nunca más timbres, secretos de estado, la sensación de llevar al Perú como una piel. Nunca más comandante en jefe. Nunca más obedecido. Nunca más jefe supremo. Nunca más poder.

Nada se movió mientras mi General se desmoronaba a solas con algunos de sus ministros y más cercanos colaboradores. Ni salieron los tanques a amedrentarlo, ni vociferó el pueblo acompañándolo. El Palacio casi ha sonreído, como si preguntara si la Revolución de verdad existe. No se necesita la violencia para licenciar a mi General. Se llevarán de allí sus objetos personales. En maletas saldrá cuanto era suyo hasta borrar su rastro en la Casa de Gobierno. Clausurarán su despacho. Decenas de miles de retratos suyos serán descolgados de las oficinas del Gobierno en todo el país. Ni le escribirán cartas, elogios, memoriales o poemas. Por las ventanas abiertas entraba el silencio como un olvido. Por última vez Presidente, escribió un mensaje a los peruanos.

Todo ha terminado, mi General

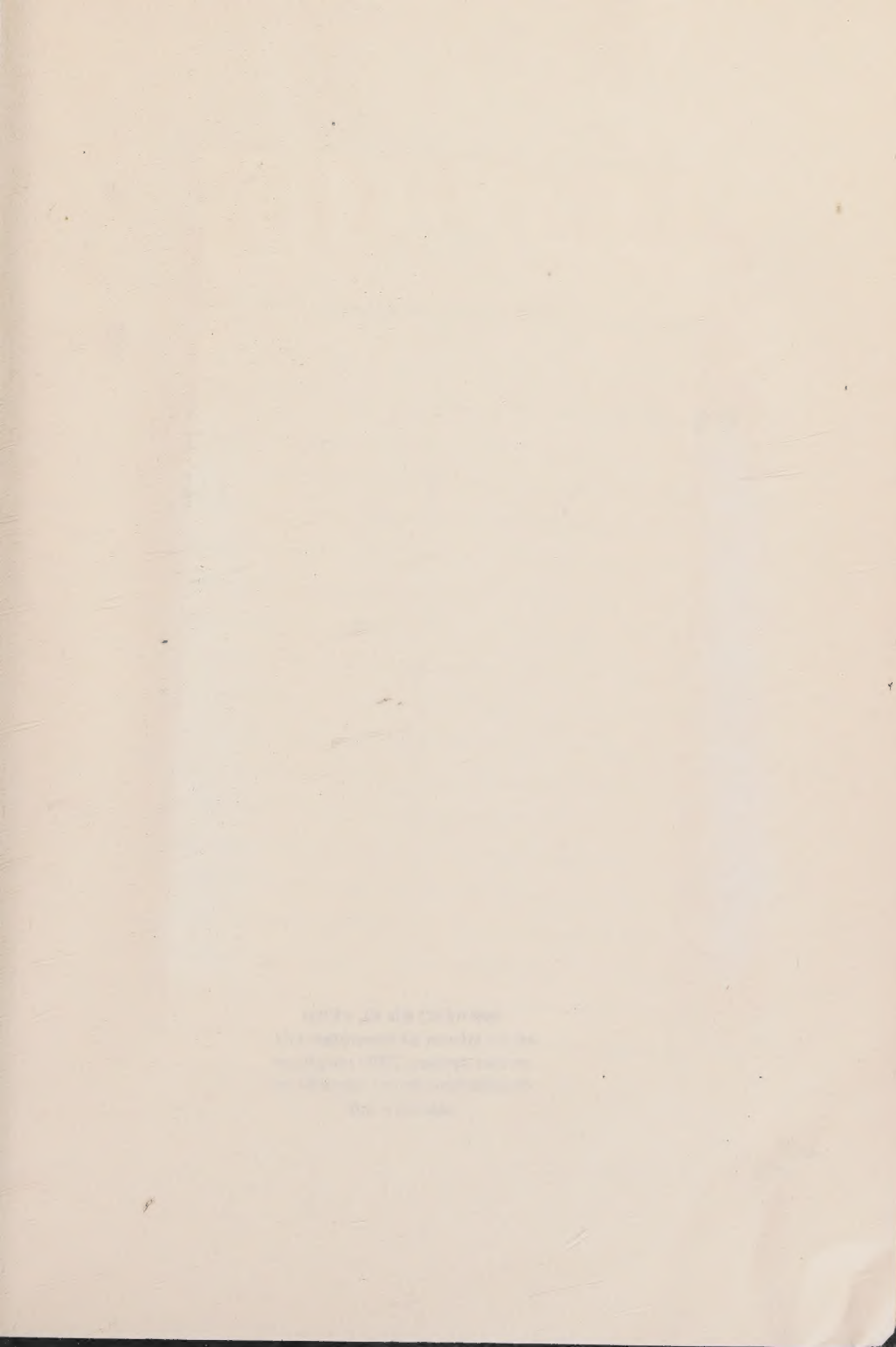
La guardia abrió las rejas del Palacio vecinas a la vetusta estación del tren en Desamparados. Los periodistas esperaban. Por un cielo morado se apuraba la noche. Lentamente apareció el Mercedes Benz presidencial y los reporteros pudieron ver el rostro de Velasco.

Vimos la cólera, mi General.

Era nada más que un viejo fatigado y solitario, un retirado general a quien los batallones habían dejado de obedecer. El vehículo se detuvo y Velasco asomó por la ventanilla. Gracias por todo, muchachos. Mi General tenía un mensaje para los peruanos, ustedes encárguense de difundirlo.

No importa lo que ha pasado, apoyen la Revolución.

Después el automóvil aceleró por la callejuela de Desamparados. llevándose con toda su grandeza y toda su confusión.



[illegible]

24

F
3448
.2
T46

635569

Con *El año de la "barbarie"* (Mosca Azul) y *El caso Banquero* (Barral Editores) Guillermo Thorndike no solo ha ganado un puesto de primera línea en la narrativa contemporánea del Perú, sino que inauguró en ella un género inexplorado, amalgama del gran reportaje y la novela tradicional. Sus libros, que se urden con hechos sucedidos y personajes reales, demuestran otra vez que tanto o más interesante y valiosa que la literatura como invención de una realidad, es la literatura como recuento certero de la realidad.

Este es el relato de los meses finales del gobierno de Juan Velasco Alvarado, y de su deterioro. Con esta obra la renovación que Thorndike representa avanza un paso más: insume sucesos de la actualidad inmediata y propone la relevancia del hecho social como elemento céntrico para la narrativa. Capaz de practicar por igual la meditación y el apasionamiento, Thorndike ofrece aquí un testimonio de parte. Actor, testigo y narrador de muchos de los acontecimientos que contiene este libro, no intenta, sin embargo, hacer Historia, aunque busca servirla.

No, *mi general* se inscribe dentro de la serie de obras que anuncian ya, por todo el continente, la nueva literatura de la liberación latinoamericana.



MOSCAZUL